UNIVERSIDAD DE CANTABRIA

UNIVERSIDAD DEL PAÍS VASCO/EUSKAL HERRIKO UNIBERTSITATEA





ESCUELA DE DOCTORADO DE LA UNIVERSIDAD DE CANTABRIA
ESCUELA DE MÁSTER Y DOCTORADO DE LA UNIVERSIDAD DEL PAÍS VASCO/EUSKAL HERRIKO UNIBERTSITATEA

PROGRAMA DE DOCTORADO EN *CIENCIAS DE LA ANTIGÜEDAD*

TESIS DOCTORAL

EL USO FUNERARIO DE LAS CUEVAS EN ÉPOCA VISIGODA

Presentada por: **JOSÉ ÁNGEL HIERRO GÁRATE**

Dirigida por: **Prof./Dr. PABLO ARIAS CABAL**

Santander, febrero de 2020

A Felisardo, que nos mira desde el cielo

¿Qué suceso obligó a aquella gente a cobijarse en la caverna tanto tiempo? ¿Alguna guerra religiosa, la invasión árabe?

Jesús Carballo, "La caverna de Suano" (*Altamira 3*, 1935)

Well, you asked the right guy. I'm the whale biologist. Though, personally, I hate whales. Especially Mushu

Futurama, "Three hundred big boys" (4ª temporada, episodio16)

No quiero entrar en esa cueva más,
no quiero encerrarme nunca más…

Airbag, "La cueva" (*Manual de montaña rusa*)

Gracias a todos los que me “metieron” en estas cosas y me hicieron interesarme por aquellas cuevas dejadas de la mano de dios. A los que me dieron la oportunidad de conocerlas y trabajar en ellas. A quienes compartieron conmigo excavaciones, salidas de campo y debates, cerveza en mano. A los que me abrieron sus puertas cuando llamé a ellas y me dieron sin pedir nada a cambio. A los que siempre me animaron y creyeron en mí mucho más que yo. A todos los que me han ayudado a lo largo de todos estos años y que, de una forma u otra, han contribuido a que este trabajo se pudiera terminar. Sin ningún orden particular, a Emilio Muñoz, a Mariano Luis “Alís” Serna, a Ángeles Valle, a Silvia Carnicero, a Ana Isabel Ortega, a Javier Marcos, a Lino Mantecón, a Anne Ziegle, a Jaione Agirre, a Adriana Chauvín, a Yeyo Balbás, a Mikel Pozo, a Roberto Ontañón, a Juan Carlos Guisado, a Santiago Domínguez, a Alfonso Vigil-Escalera, a Ángel Armendáriz, a Antonio Higuero, a Edgard Camarós, a Ander Madinabeitia, a Patxi Pérez, a Carmelo Fernández, a Cesáreo Pérez, a Borja Gómez-Bedia, a Helena Paredes, a Eduardo Peralta, a Araceli González, a Henri Salvayre, a J. C. Guinchard, a Raúl Catalán, a Arnaud Coiffé, a Anna Homs, a Julio Manuel Vidal, a Maribel Espejo, a Rosario Gómez, a Elvira García, a Jerónimo Sánchez, a Juan Manuel Piñero, a Myriam Hernández, a Octavi Pons, a Alain Campo, a Carmen Alfaro, a Inés López-Dóriga, a Sergio Vidal, a Paloma Cabrera, a Juan Antonio Quirós y a Carmen Díez. Al personal del MUPAC, al del BIBAT, al del Museo de Palencia y al del MAN. Y a todos los que me olvido, que son unos cuantos. A esos, también perdón.

A Peltor Optime II.

A Leticia Tobalina, a Eva Pereda y a Rafael “Rafa” Bolado, por esos cables tan importantes.

A mis padres y hermana, por supuesto.

A Enrique Gutiérrez, “Quique”, por seguir estando siempre ahí, pese a los muchos años y las muchas cosas. Y porque este trabajo, de alguna manera, también es un poco suyo.

A Pablo, por dejarme estar, hacer y pensar.

A Lara y Diego, porque sin ellos hubiera sido mucho más fácil pero también mucho más triste.

Y a Amaya, por todo.

ÍNDICE

1 PRESENTACIÓN 1

1.1 OBJETIVOS Y MÉTODOS 3

1.2 MARCO GEOGRÁFICO Y CRONOLÓGICO 5

1.3 HISTORIA DE LA INVESTIGACIÓN 8

2 DOCUMENTACIÓN ARQUEOLÓGICA 17

2.1 CATÁLOGO DE YACIMIENTOS 19

CANTABRIA 21

ASTURIAS 95

LEÓN 107

VIZCAYA 115

GUIPÚZCOA 125

ÁLAVA 114

BURGOS 137

LA RIOJA 143

PALENCIA 153

HUESCA 161

SORIA 171

CUENCA 177

LÉRIDA 185

GERONA 192

TARRAGONA 197

BARCELONA 205

VALENCIA 217

CASTELLÓN 187

ANDORRA 220

SANTAREM 225

LISBOA 229

GARD 235

PYRÉNÉES-ORIENTALES 239

AUDE 247

HAUTES-PYRÉNÉES 250

HAUTE-GARONNE 257

ISLAS BALEARES 261
2.2 LAS CUEVAS CON USOS SEPULCRALES: CONTEXTOS Y MATERIALES 265
APROXIMACIÓN A LA GEOGRAFÍA DE LAS CUEVAS SEPULCRALES 267
TOPOGRAFÍA INTERNA 270
RESTOS HUMANOS 275
MATERIALES 282
Ornamenta 283
Armas 327
Útiles y herramientas 334
Recipientes 346
Otros 372
ASPECTOS RITUALES 385
CRONOLOGÍA 394
2.3 LAS CUEVAS CON USOS NO SEPULCRALES 401
3 INTERPRETACIÓN Y CONCLUSIONES 407
3.1 LAS CUEVAS COMO LUGAR DE ENTERRAMIENTO A LO LARGO DE LA HISTORIA. UNA BREVE SÍNTESIS 409
LA PREHISTORIA RECIENTE 409
LA EDAD DEL HIERRO 411
LA ÉPOCA ROMANA 414
LA EDAD MEDIA 419
UNA VISIÓN GENERAL 423
3.2 EL MUNDO FUNERARIO EN EL ÁMBITO RURAL DE LA PENÍNSULA IBÉRICA EN ÉPOCA VISIGODA 424
EL TESTIMONIO DE LAS FUENTES ESCRITAS 424
EL REGISTRO ARQUEOLÓGICO 427
Las necrópolis 428
Tumbas y grupos de tumbas dispersos 434
Inhumaciones en estructuras no funerarias o depósitos especiales 437
3.3 CONCLUSIÓN: LAS CUEVAS SEPULCRALES DE ÉPOCA VISIGODA, SEPULTURAS ATÍPICAS 443
CARACTERIZACIÓN DE LAS CUEVAS SEPULCRALES 443
LAS CUEVAS COMO SEPULTURAS ATÍPICAS 461
4 BIBLIOGRAFÍA 499

1. PRESENTACIÓN

1.1 OBJETIVOS Y MÉTODOS

El principal objetivo de este trabajo es tratar de conocer y caracterizar el uso sepulcral de algunas cuevas en época visigoda, entre los siglos VI y VIII. En cierto modo, se trata de dos objetivos relacionados entre sí: establecer un *corpus* de cuevas de esta cronología y con este tipo de uso de forma más o menos segura -o al menos tan segura como se pueda lograr con los datos que manejamos en estos momentos- y tratar de entender los cómos y los porqués de estas manifestaciones funerarias tan peculiares y su relación con el resto de manifestaciones funerarias de la época.

Entre los objetivos menores se encuentra tratar de identificar cuáles, aparte de la sepulcral, pudieron ser las otras utilizaciones de las cavidades en esos momentos y la identificación y estudio de algunos elementos de la cultura material de época visigoda presentes en las cuevas y que admitían una revisión, tanto funcional como cronológica, para la que su procedencia de estos contextos puede aportar novedades interesantes.

La metodología empleada ha comenzado por la revisión bibliográfica de todos los yacimientos en cueva publicados con evidencias de haber tenido algún tipo de uso entre los siglos VI y VIII, dentro del marco geográfico establecido (*vid. infra*). Una vez recopilada esa información, en algunos casos se ha procedido a la revisión de sus materiales depositados en los fondos de museos y se ha ampliado el -escaso- conocimiento de algunos de ellos mediante la revisión de publicaciones de prensa o, directamente, mediante el contacto con algunos de los participantes en las intervenciones arqueológicas que tuvieron lugar en ellos. También se han incorporado al estudio los resultados de algunas investigaciones llevadas a cabo en los últimos años en algunos de ellos, significativamente de las desarrolladas en -y en torno a- Riocueva, codirigidas por el autor de estas líneas y por Enrique Gutiérrez Cuenca entre 2010 y la actualidad, de forma más o menos intensa.

Establecidos unos criterios para considerar como sepulcral o no cada cavidad, el trabajo se ha centrado en el estudio de las que tienen -o cuentan con elementos para pensar que podrían hacerlo- el primero de los usos señalados, analizando su contexto arqueológico y sus materiales y estableciendo una cronología más precisa para ellas, en la medida de lo posible. El siguiente paso ha consistido en comparar esos yacimientos, con esas características bien definidas, con el resto de las manifestaciones funerarias de la época y tratar de interpretarlas dentro de ese marco general, atendiendo, sobre todo, a las coincidencias o, en este caso, diferencias observables entre unos y otras. Y también su comparación con el uso sepulcral de las cuevas en ese mismo territorio -y en otros- a lo largo de los diferentes periodos históricos, con el fin de comprobar si nos encontramos ante situaciones excepcionales o si, por el contrario, este uso de las cavidades responde a dinámicas de larga duración y que siempre han estado presentes.

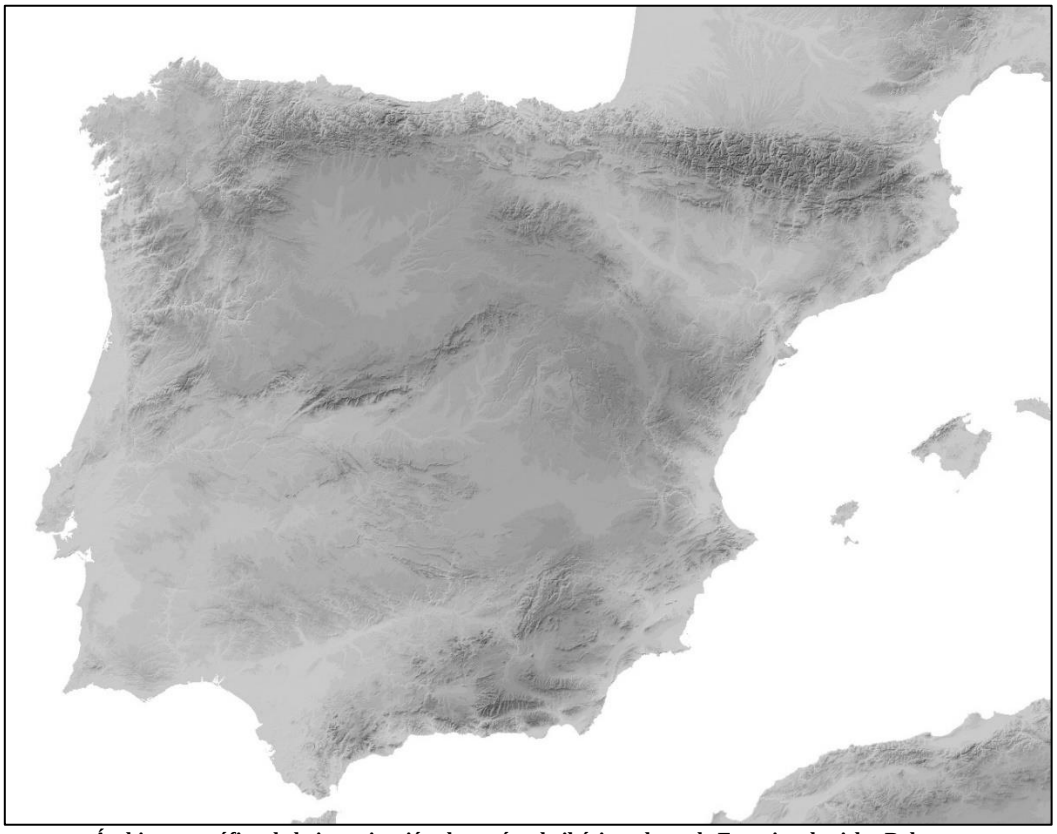
El punto de partida de esta investigación es el trabajo de fin de máster que realicé en el año 2008 sobre este mismo tema, pero restringido al ámbito territorial de Cantabria. En este caso, se ha realizado una investigación similar a aquélla, aunque a una escala mucho

mayor -no sólo desde el punto de vista geográfico- para el que ha sido necesario rehacer la mayor parte del trabajo realizado entonces y añadir los nuevos datos recopilados. El resultado es un *corpus* de yacimientos mucho más numeroso y más completo en todos sus aspectos, algo que ha facilitado el trabajo posterior de contextualización e interpretación, siempre dentro de los estrechos márgenes que deja la información disponible, que ni abunda ni destaca por su calidad, como tendremos ocasión de comprobar. Y que ha contribuido a tratar de conseguir algunos de los objetivos mencionados más arriba.

Es necesario señalar que quedan fuera de esta investigación tanto las cuevas artificiales -u otro tipo de manifestaciones de arquitectura excavada datadas en la Tardoantigüedad y la Alta Edad Media- como las marcas negras carbonosas parietales -o "Arte Esquemático-Abstracto"- que en ocasiones se han relacionado con el uso sepulcral de las cuevas en época visigoda y el periodo inmediatamente posterior. Más allá de alguna referencia puntual, exigida por el contexto del que se trate y por su valor para datar el uso de esa cueva en concreto, no habrá, en las páginas que siguen, ningún tipo de síntesis o intento de interpretación sobre estas últimas, algo que considero merece una investigación monográfica dedicada por entero a ellas. Y otro tanto sucede con las primeras, estudiadas en contextos regionales, pero para las que cada vez se hace más necesario un trabajo de conjunto que las ordene y dé sentido, en la medida de lo posible.

1.2 MARCO GEOGRÁFICO Y CRONOLÓGICO

El marco geográfico utilizado en este trabajo se corresponde, *grosso modo*, con los territorios que a lo largo de los siglos VI-VIII pertenecieron al Reino Visigodo de Toledo. Es decir, con toda la península ibérica y la zona del sudeste de Francia equivalente a la antigua Septimania, la provincia "gala" del *regnum Gothorum*[1]. Hay que precisar que no todos los territorios del reino formaron parte de ese ente político a la vez, sino que se vieron envueltos en una serie de acontecimientos históricos que desembocaron en la configuración última de éste, con la extensión -y las fronteras- que alcanzó a finales del siglo VII[2], momento de su máxima expansión.



Ámbito geográfico de la investigación: la península ibérica, el sur de Francia y las islas Baleares

[1] Una provincia con un marcado carácter fronterizo-militar y caracterizada por su "visigotismo", su conexión con la Península y su poca permeabilidad a los contactos e intercambios con la Aquitania franca desde momentos tempranos y que habría funcionado como una barrera entre la Hispania Visigoda y el resto del continente (James, 1980: 223-241). Un aislamiento y una frontera que confirma la cultura material (Ripoll, 1992). Resulta muy elocuente en ese sentido, para los siglos VII y VIII, la distribución por el sur de Francia de los broches de cinturón hispanovisigodos de tipo liriforme (Escher, 2014).

[2] Así, las conquistas de Leovigildo -gran parte de la Bética, *Sabaria*, Cantabria, los montes *Aregenses*, la Oróspeda, parte de Vasconia y el reino suevo de *Gallaecia*- que configuran la extensión definitiva del reino como un estado peninsular con su proyección norpirenaica en Septimania, o las posteriores de Sisebuto y Gundemaro para acabar con las posesiones bizantinas en el sureste peninsular; así como las campañas punitivas de distintos monarcas contra regiones y pueblos "*rebellantes*" -especialmente los vascones, aunque también astures y *rucones*, si bien es cierto que en mucha menor medida- a lo largo de los siglos VI y VII e incluso a comienzos del VIII, cuando la invasión musulmana sorprende al rey Rodrigo combatiendo en Vasconia. Para una historia política del Reino Visigodo *vid*. Orlandis, 2003; Collins, 2005.

Esa imagen final es la elegida como marco para este trabajo, aunque con algunas excepciones en forma de añadidos: la cara norte de los Pirineos y las islas baleares. En la primera, que se incluye por constituir la frontera inmediata con los territorios bajo control toledano y por haber formado parte del anterior reino visigodo de Tolosa, se localizan algunas de las cuevas estudiadas. En las segundas, posesiones bizantinas hasta el momento de su caída en manos árabes, otra. También se incluyen los territorios de la Vasconia peninsular[3], asumiendo que estos fueron incorporados al estado visigodo, si bien es cierto que las fuentes escritas insisten en una permanente inestabilidad manifestada en constantes enfrentamientos armados de los vascones con los ejércitos de Toledo[4].

En cuanto a la cronología, el arco temporal elegido se sitúa entre los siglos VI y VIII, entre los años 500 y 800, *grosso modo*. En principio, resulta tentador utilizar dos grandes hitos históricos que marcan el devenir del reino toledano: los dos descalabros militares que jalonan su existencia. Por una parte, la derrota en Vouillé, en el año 507, frente a los francos de Clodoveo I, con la muerte del rey Alarico II en el campo de batalla y la pérdida de Tolosa, la primera sede regia visigoda en occidente, y de la mayor parte de los territorios godos al norte de los Pirineos (Orlandis, 2003: 52-53). Y por otra, el desastre del Guadalete (711), donde pereció el rey Rodrigo y que motivó el rápido desmoronamiento del reino y la conquista musulmana de todo su territorio en cuestión de pocos años (Manzano, 2006: 34-35 y 49-53). Sin embargo, mientras que la primera de las fechas puede aceptarse en términos generales, al uso de la segunda como límite temporal pueden hacerse serias objeciones, ya que la desaparición del estado visigodo como tal no parece haber implicado un cambio repentino y dramático en la cultura material y los hábitos de la mayor parte de los habitantes de la Península, más allá de los asociados a la llegada de nuevos contingentes de población desde Oriente Medio y el norte de África, su asentamiento en puntos muy concretos y la propia guerra de conquista; y siempre con importantes diferencias territoriales. Y es que, desde un punto de vista estrictamente arqueológico, los cambios en ese sentido comienzan a notarse a partir de mediados de la octava centuria (Vigil-Escalera, 2009b: 116 y 118; Gutiérrez Lloret, 2011: 205), con el abandono de una parte de los antiguos asentamientos o la transformación de otros. Esto, que resulta válido para el centro y sur peninsulares, está por constatarse en igual medida en el norte, donde el siglo VIII sigue siendo un misterio arqueológico aún mayor que en latitudes más meridionales. En ese sentido, resulta muy elocuente la presencia de los "fósiles guía" por excelencia de la arqueología de época visigoda, los broches de cinturón de tipo liriforme, en contextos del siglo VIII avanzado e incluso de inicios del IX[5] en toda

[3] La *Spanoguasconia* del Anónimo de Rávena, fuente de finales del siglo VII o inicios del VIII, rodeada "*ex tribus partibus Alpinis montibus et a quarto latere a praedicto Oceano*".

[4] Para la diferente situación y comportamiento en época visigoda de cántabros y vascones *vid*. Besga, 2000: 115 y ss.

[5] Sigo en este asunto los postulados de S. Gutiérrez Lloret (2011: 194-195), quien propone, a partir de los hallazgos en el yacimiento de El Toldo de Minateda (Albacete), la perduración de este tipo de elementos relacionados con el atuendo hasta incluso el siglo IX. Los hallazgos y las dataciones de algunos de los contextos cántabros que he estudiado parecen darle la razón, como veremos más adelante en este trabajo.

la Península. Aunque en latitudes más meridionales pueda resultar, en principio, algo extraño, no debería serlo tanto en los territorios del norte, insumisos desde pronto al nuevo orden cordobés y refugio de parte de la antigua aristocracia visigoda. El reino de Asturias puede considerarse, en muchos aspectos, como un epígono del reino de Toledo y no como una creación completamente *ex novo* y sin relación alguna con la realidad estatal peninsular anterior a su nacimiento. Obviamente existen importantes matices a esa afirmación relacionados con las diferencias entre uno y otro[6], aunque creemos que no la invalidan. Y por eso mismo no debería extrañarnos que la cultura material hispanovisigoda perdurase allí más tiempo que en el centro y sur peninsulares, donde el influjo árabo-bereber fue muchísimo mayor; máxime si, como acabamos de ver, también en aquellas zonas los cambios en ese sentido llevaron su tiempo.

A finales del siglo VIII, ese reino norteño parece haberse consolidado, ampliando sus fronteras e instalando su capital de forma permanente en una nueva ciudad, Oviedo, donde se tratará de reconstruir, según los cronistas de la época, "el orden de los godos". Septimania y buena parte de la actual Cataluña -la Marca Hispánica- están en manos francas y el emirato de Córdoba impone su poder en la mayor parte de la Península, si bien es cierto que en constante pugna con sus territorios más alejados. El final de esa centuria marca también, según la teoría clásica de H. Pirenne (2008: 239), el final del mundo tardoantiguo y el inicio del estrictamente medieval, por lo que parece un buen momento para establecer el límite final del ámbito cronológico de este trabajo.

Frente a esa visión extensa del uso de los broches de tipo liriforme se ha pronunciado recientemente J. Pinar (2017: 61-62), quien propone una cronología más restringida, con un final hacia el año 720 y la consideración de los elementos de ese tipo en contextos posteriores como residuales.

[6] Véase en este sentido la obra de referencia -e ineludible- de A. Besga (2000), cuya conclusión, de forma resumida hasta el extremo, es que el reino de Asturias fue una síntesis entre el mundo visigodo y la realidad indígena astur, aunque con un peso mucho más destacado del primer elemento, constatable ya desde momentos tempranos y omnipresente a partir de inicios del siglo IX.

1.3 HISTORIA DE LA INVESTIGACIÓN

Los primeros hallazgos en cueva de materiales de época visigoda de los que se tiene constancia en la península ibérica se remontan a un momento en el que la arqueología apenas había dado sus primeros pasos, algo que se reflejaba en la dificultad para encuadrar, cronológica y culturalmente, los objetos encontrados. Así, en la mina El Milagro –una explotación minera prehistórica ubicada cerca de Villar de Onís (Asturias) que, a la altura del siglo VII, debía tener el aspecto de una cueva natural– se descubrió, en torno a 1850-1853, un jarrito de bronce con una inscripción latina (Martínez Villa, 2011) que fue considerado entonces un "vaso fúnebre" de época romana (Escandón, 1862: 499-500). Algo semejante sucede con los hallazgos que recoge a principios del siglo XX el médico leonés E. Gago Rabanal, procedentes de una cueva aún no identificada de la montaña leonesa (Gago Rabanal, 1902: 65-67 y lam. 6). Lo que ese erudito describe en su obra como "dos aldabas de bronce" son, en realidad y como veremos más adelante con detalle, sendos broches liriformes; una "hebilla o fíbula de bronce en forma de tortuga" es una hebilla con hebijón escutiforme, el "cubo del agua lustral" es un acetre y el "*preferículo* o vaso sacerdotal" es un jarrito de bronce. Y, por supuesto, la interpretación que realiza de los objetos es igualmente errónea, ya que los considera astur-romanos, relacionados con cultos paganos, y estima que fueron ocultados en la cavidad cuando el cristianismo ya se había impuesto en la región. Apenas una década más tarde se explora la cueva del Tajón (Ortigosa de Cameros, La Rioja) y los hallazgos realizados en ella –fragmentos de TSHT, de vidrio, un broche de cinturón de placa rígida calada con inscripción...– son considerados ya "de los primeros siglos del cristianismo" (Garín y Modet, 1912: 136); atribución en la que tendrá especial influencia el broche, que es atribuido inicialmente al siglo V (Garín y Modet, 1913). J. Garín y Modet era ingeniero y contó, para leer la inscripción del broche, con la ayuda del prestigioso epigrafista F. Fita, que fue quien propuso realmente esa cronología. Como sucede hasta bien entrado el siglo XX, también en este inicio de las investigaciones sobre los restos materiales de época visigoda en cueva tienen un papel destacado personajes sin una formación arqueológica específica.

La identificación de piezas de esos momentos halladas en cueva como "objetos cristianos" seguirá siendo habitual durante el primer tercio del siglo XX, cuando aún la arqueología del periodo se está empezando a desarrollar. Esta consideración tendrá el conjunto estudiado por el prehistoriador H. Alcalde del Río en la cueva de Cudón (Cudón, Cantabria), descubierta en 1928. El lote de materiales metálicos, procedentes, junto con más objetos, de la excavación incontrolada realizada en el interior de la gruta por sus descubridores, incluía un jarrito de bronce, un broche liriforme y un "osculatorio" y estaba asociado, aparentemente, a restos humanos. Pese a ello, Alcalde del Río prefirió decantarse por la opción de "un pequeño cenobio en los primeros tiempos de propaganda del cristianismo" (Alcalde del Río, 1934) y no considerarlo un yacimiento sepulcral. Conviene señalar, no obstante, que menciona específicamente la atribución a "época visigoda" para otro jarrito de bronce de Asturias, cuyo hallazgo se atribuye en torno a comienzos de siglo, y considera semejante al de la cueva de Cudón. La relación entre el uso de las cuevas y el eremitismo que planteó este investigador ha seguido teniendo

defensores hasta fechas recientes (Fernández Vega, 2006), con la presencia habitual de jarros de bronce -considerados de uso litúrgico- como principal argumento para sostenerla.

Durante las décadas de 1920 y 1930 tendrá lugar la eclosión de la arqueología de época visigoda en la península ibérica. En 1924 C. de Mergelina realizó una excavación en la necrópolis de Carpio de Tajo (Mergelina, 1949) que sería la primera de una serie de grandes actuaciones arqueológicas que marcan la investigación del periodo hasta la actualidad y contribuyeron de manera decisiva a consolidar la arqueología post-romana en España: Deza (Taracena, 1927: 23-30), Daganzo (Fernández y Pérez de Barradas, 1931), Herrera de Pisuerga (Martínez Santa-Olalla, 1933), etc. En estos primeros momentos predominará un enfoque objetualista, plasmado en trabajos de síntesis, como los de Zeiss (1934), Supiot (1934) o el propio Martínez Santa-Olalla (1934), que, a pesar de sus limitaciones en otras facetas, facilitarán la atribución tipológica de los hallazgos que se realicen en adelante en todo tipo de contextos, incluidas las cuevas.



J. Carballo durante la excavación en Los Hornucos (1935)

J. Carballo excava en 1935 en la cueva de Los Hornucos (Suano, Cantabria) tras el hallazgo casual de la caverna por parte de unos lugareños y recupera una interesante colección de materiales de épocas tardorromana y, sobre todo, visigoda, además de otros pertenecientes a la Prehistoria Reciente. La de Suano podría considerarse la primera excavación “metódica” –en palabras del propio J. Carballo– de una cueva con niveles de

época visigoda[7]. Como sucede en Cudón, aunque hay abundantes restos humanos en la cueva, Carballo no se plantea una relación directa de los mismos con los materiales de los siglos VII-VIII. Por el contrario, prefiere explicar la presencia de esos objetos al uso de la cueva como un lugar de habitación ocasional que atribuye -correctamente, eso sí- a "época visigótica", un refugio utilizado durante alguna "guerra religiosa" o la invasión árabe (Carballo, 1935). Es una de las interpretaciones que tendrá un mayor éxito en las investigaciones posteriores, sobre todo para explicar otros contextos en cueva con materiales de época visigoda en el territorio de Cantabria y otros espacios septentrionales que quedan en los confines de las campañas árabo-bereberes de 711-714. De hecho, esta interpretación como refugio ante amenazas se extiende a momentos anteriores, como sucede con el llamado tesorillo de Chapipi –del siglo V, con monedas de oro de Teodosio, Honorio y Arcadio– descubierto en 1934 en una cueva de Coalla (Grado, Asturias) y explicado como una ocultación ante la amenaza de la invasión de suevos, vándalos y alanos a inicios de esa centuria (Escortell, 1973).

Tanto H. Alcalde del Río como J. Carballo eran prehistoriadores y el estudio de materiales de época visigoda estaba fuera de su ámbito de investigación, lo que resulta motivo suficiente para justificar las carencias que presentan sus trabajos. No obstante, les cabe el mérito de haber sido los primeros arqueólogos que abordaron el estudio de hallazgos en cueva de esa época. De acuerdo con lo que será la tónica general antes y después de estos trabajos pioneros, los hallazgos se producen de forma accidental, en lugares donde se espera –y, de hecho, se realiza– el hallazgo de restos de época prehistórica. La aparición de objetos de época visigoda, especialmente los metálicos, no pasa inadvertida, sin embargo, para investigadores que van con frecuencia a la caza de la pieza, ya sea por su valor estético o por su potencial como fósil-guía.

Habrá que esperar hasta la década de 1950 para que investigadores dedicados específicamente al estudio de la Antigüedad Tardía aborden trabajos sobre colecciones procedentes de cuevas. El más destacado de todos ellos es, sin duda, P. de Palol, referente de la arqueología paleocristiana y visigoda en España durante toda la segunda mitad del siglo XX. Este investigador estudiará los materiales de la cueva de Can Sant Vicenç (Sant Julià de Ramis, Gerona) (Palol, 1950) y, sobre todo, los de la cueva de Los Goros (Hueto Arriba, Álava) (Palol, 1957). En esta última, miembros del grupo espeleológico Manuel Iradier habían hallado en 1954 diversos objetos metálicos asociados a restos humanos en una zona profunda del complejo kárstico (G.E. Manuel Iradier, 1957). El estudio de las piezas recuperadas por los espeleólogos –entre los que destacaban un broche de cinturón liriforme con decoración damasquinada y un hacha de combate– realizado por Palol permitió confirmar su cronología, que ya se situaba en un momento concreto, el siglo VII, y no un indefinido periodo visigodo, como había sido lo propio hasta ese momento. En este caso, la asociación entre restos humanos y objetos de época visigoda parecía más evidente que en otras cuevas, lo que llevó a este investigador a apostar de forma decidida

[7] En el archivo del MUPAC se conserva el diario manuscrito de las excavaciones realizadas por J. Carballo en la cueva de Los Hornucos, que recoge algunos datos no reflejados en la publicación. *Diario de los Trabajos*, 1935. Archivo MUPAC, Carpeta Excavaciones II.

por la interpretación funeraria del contexto. Interpretación que hizo extensiva a las cuevas de Cudón e Iturrieta (Mañaria, Vizcaya). En esta se había hallado, por esos años, un jarrito de bronce (Alzola, 1958), aunque en realidad no consta la presencia de restos humanos asociados a él. Palol relaciona estos posibles enterramientos con el carácter ocasional de la presencia visigoda en la cornisa Cantábrica, tópico historiográfico al que se recurrirá durante los siguientes años en las interpretaciones sobre la presencia en cuevas de objetos de los siglos VI-VIII.

Casi al mismo tiempo, y de nuevo en el marco de una investigación relacionada con la Prehistoria, tuvo lugar el descubrimiento de otro contexto sepulcral en cueva de época visigoda, en esta ocasión en El Juyo (Igollo, Cantabria) (Maza, 1957). Los cráneos de una mujer y tres niños, acompañados de un collar de cuentas de vidrio que fue atribuido por J. Martínez Santa-Olalla al siglo V -todo ello en paradero desconocido, en la actualidad- fueron interpretados por J. González Echegaray como evidencia de un "sacrificio ritual" de origen pagano (González Echegaray, 1966). El componente de ritual no cristiano de este contexto llamaría más la atención a los investigadores que el específicamente funerario, hasta el punto de que sería uno de los argumentos utilizados por A. Barbero y M. Vigil (1974: 192) para sostener el indigenismo de las poblaciones cántabras durante la Antigüedad Tardía.

A finales de la década siguiente, la excavación realizada por I. Barandiarán en 1969 en Cueva Foradada (Sarsa de Surta, Huesca) permitió identificar un amplio conjunto de restos óseos humanos asociados a diferentes objetos de finales de época visigoda -un broche de cinturón, varios anillos y chatones, una fusayola de hueso, vasos de vidrio, un *tremisis* de Witiza (702-710), etc.- que se identifica como un contexto funerario, relacionándolo este investigador con posibles refugiados huidos de las incursiones musulmanas de 714. Además, considera que podrían haber muerto emparedados en la sala del fondo de la cueva donde se recuperaron sus restos (Barandiarán, 1973).



Excavación en la cueva de Montou, en los 80 (Fotografía: H. Salvayre)

El siguiente hito en la investigación lo constituye el hallazgo, entre otros objetos, de cinco broches de cinturón, uno de ellos damasquinado, en la cueva de Montou (Corbère-les-Cabanes, Francia) durante las actuaciones arqueológicas llevadas a cabo por F. Claustres en la década de 1980. La presencia de esos materiales -interpretados como el reflejo de una ocupación ocasional- en esa cavidad pone de manifiesto que el fenómeno no era regional ni restringido a zonas marginales del Reino Visigodo de Toledo, sino que se extendía por todo su territorio y con características similares, incluida la Septimania. Lamentablemente, el hallazgo, que sólo ha sido publicado muy superficialmente (vid. Kotarba *et alii*, 2007), no tuvo apenas eco en la investigación y pasó prácticamente inadvertido.

A la altura de los años 90, la acumulación de evidencias había consolidado la idea de que, en determinadas circunstancias, las cuevas podían haberse utilizado con fines sepulcrales en época visigoda, aunque seguía viéndose como una cuestión anecdótica. De hecho, la idea con más peso en la investigación sobre el uso de las cuevas en periodos históricos seguía marcando la opinión mayoritaria. Según sus seguidores, las cuevas eran utilizadas fundamentalmente como refugio frente a circunstancias adversas, tal y como había sido propuesto en la primera mitad del siglo. A esta idea contribuyen hallazgos de objetos aislados que se siguen produciendo en algunas cuevas, como el fragmento de jarrito litúrgico de la cueva del Asno (Los Rábanos, Soria) (Eiroa, 1979) o la hebilla del abrigo de La Castañera (Obregón, Cantabria) (Van den Eynde, 1985). De hecho, también se convirtió en el paradigma dominante para interpretar las ocupaciones en cueva de época romana en territorios vecinos (Gagniere y Granier, 1963) y, aunque ya en la década de 1980 fue puesta en tela de juicio, siguió teniendo sus defensores en el ámbito peninsular (Martínez Salcedo y Unzueta, 1988). En el caso de las cuevas de época visigoda, el carácter tardío de los materiales hallados -la frecuente aparición de broches liriformes es el mejor ejemplo- y la ubicación geográfica de muchos de los hallazgos en zonas periféricas del reino de Toledo apenas afectadas por las incursiones árabo-bereberes de 711-714 serán argumentos suficientes para que las interpretaciones sobre el uso como refugio de las cuevas se retomen con fuerza en estos momentos. Es una postura defendida, entre otros, por E. Van den Eynde (1986), quien considera las cuevas y abrigos de Cantabria como lugares de refugio para la población huida al norte tras la invasión musulmana, negando incluso la presencia en la región de objetos de tipología hispano-visigoda en momentos anteriores al año 711.

Hay que señalar que, durante las décadas de 1970 y 1980, el número de hallazgos en cueva se amplió sensiblemente, como consecuencia de la intensa actividad prospectora que realizaron diferentes equipos en Cantabria: la Sección de Espeleología del Seminario Sautuola (SESS), el Colectivo para la Ampliación de Estudios de Arqueología Prehistórica (CAEAP) o la Asociación Cántabra para la Defensa del Patrimonio Subterráneo (ACDPS). En los lugares donde aparecían objetos metálicos como las hebillas de la cueva de Venta del Cuco (Ubiarco, Cantabria) o la cueva de La Pila (Cuchía, Cantabria) (Hierro, 2002), o el hacha de la cueva de Los Cirrios (Muñoz, 1996), la atribución cronológica se determinaba sin demasiada dificultad. Sin embargo, también comenzaron a aparecer cavidades en las que sólo estaba presente la cerámica y eso motivó

que muchos contextos fueran atribuidos a la Edad del Hierro (Morlote *et alii*, 1996), como consecuencia del desconocimiento en aquellos años de las tipologías y tecnologías alfareras propias de la Antigüedad Tardía en Cantabria. De hecho, un trabajo dedicado a la cerámica de época visigoda en cueva publicado a finales de la década de 1980 (Bohigas y Ruiz, 1989) sólo aborda el estudio de un contexto en cueva, Los Hornucos, un viejo conocido de la investigación, como acabamos de ver. Aparte de la inclinación de algunos investigadores locales por las interpretaciones relacionadas con rituales paganos (*vid*. Peñil *et alii*, 1986), las aportaciones de estos momentos son destacables porque amplían el número de yacimientos conocidos, aunque no tanto por sus propuestas interpretativas. Además, los trabajos de prospección no se llevan a cabo de forma específica para localizar contextos de esta época, sino que se identifican todos los restos en superficie susceptibles de revelar ocupaciones humanas. En una siguiente etapa, algunos de estos yacimientos cántabros serán explorados de forma exhaustiva, deparando algunos hallazgos de gran relevancia para el tema que nos ocupa.

En 1995 se realizó la catalogación sistemática de hallazgos superficiales en la cueva del Portillo del Arenal (Velo, Cantabria), un trabajo que permitió localizar una interesante colección de objetos de época visigoda, tanto elementos de adorno personal como herramientas, utensilios diversos y cerámica, entremezclados en algunas zonas con restos humanos de la Prehistoria Reciente (Valle Gómez *et alii*, 1998). La actuación arqueológica se encuadraba en una serie de trabajos que trataban de estudiar el contexto de las manifestaciones rupestres conocidas como "marcas negras" o "Arte Esquemático-Abstracto", algunas de las cuales se fechan en este momento (Gutiérrez Cuenca, 2002). El estudio de los materiales de época visigoda de Portillo del Arenal permitió obtener además una primera datación absoluta -mediante termoluminiscencia- a partir de muestras de cerámica, lo que resultaría de gran utilidad en la caracterización de las producciones alfareras del periodo presentes en diversas cuevas de la región.

También en 1995 se realizó la exploración del sistema kárstico de La Garma (Omoño, Cantabria) durante la que se produjo el descubrimiento de un contexto sepulcral de época visigoda en la Galería Inferior. Se trataba de una zona de muy difícil acceso desde la boca de la cueva, lo que ha propiciado que el conjunto haya llegado hasta nuestros días en un excelente estado de conservación (Arias *et alii*, 1999). De acuerdo con el planteamiento metodológico propio del proyecto en el que se enmarca el hallazgo (*vid*. Arias *et alii*, 2011), los restos se conservan *in situ* y se han estudiado sobre el terreno –únicamente se ha recogido el broche de cinturón damasquinado asociado a uno de los cuerpos, por la dificultad que entrañaba su restauración y conservación– recurriendo por primera vez a técnicas forenses y analíticas no empleadas hasta ese momento en el estudio de contextos en cueva de época visigoda. Esto permitió constatar, entre otras cosas y, por primera vez, desde una perspectiva científica, que los esqueletos de época visigoda habían sido depositados de forma intencional en la cueva y que, por tanto, su disposición no era consecuencia de un accidente o una circunstancia similar (Arias *et alii*, 2018); o, lo que es lo mismo, que se trata sin ninguna duda de sepulturas.

La necesidad de sistematizar toda la información acumulada durante el siglo XX motivó la realización, por parte de quien esto escribe, de un primer trabajo de síntesis sobre el uso de las cuevas en época visigoda centrado en Cantabria, por ser el territorio que mayor número de evidencias aportaba en ese momento, pero en el que se referenciaban también algunos casos bien conocidos de otras zonas de la península ibérica (Hierro, 2002)[8]. En ese artículo se repasaban también las interpretaciones funcionales planteadas hasta ese momento y se insistía en la dificultad de encontrar una explicación general válida para todos los contextos. También se compilaron en este momento las dataciones absolutas disponibles hasta la fecha y relacionadas con el uso de las cuevas en Cantabria durante el periodo comprendido entre los siglos V y X (Gutiérrez Cuenca, 2002), una información de especial interés para confirmar la cronología de conjuntos sobre los que existían dudas por carecer de hallazgos bien caracterizados.

La excavación de la cueva de Las Penas (Mortera, Cantabria), realizada a caballo entre los años 2004 y 2005, permitió aportar nuevos datos sobre el uso funerario de las cavidades en esos momentos. Se identificaron en su interior los restos de varios individuos, acompañados de gran número de objetos de todo tipo –elementos de adorno personal, armas, herramientas, recipientes, etc.– alterados por corrientes de agua, pero sin rastro de intrusiones posteriores (Serna *et alii*, 2005) y cuya cronología pudo ser corroborada con dataciones de ^{14}C.



Excavación de la cueva de Las Penas, en 2004-2005 (Fotografía: M. L. Serna y A. Valle)

[8] Este artículo recogía datos de un trabajo inédito de especial relevancia sobre la materia: *Algunas notas sobre la Arqueología Tardo-Antigua en Cantabria*, de E. Muñoz Fernández y M. L. Serna Gancedo (1997).

Las particularidades del yacimiento y el análisis detallado de su contenido permitieron profundizar en la interpretación del depósito funerario y la función pasó, de ser una mera propuesta resumida en unas pocas líneas, como había sido habitual en el estudio de la mayor parte de los conjuntos de época visigoda en cueva publicados hasta ese momento, a convertirse en una preocupación central. Por primera vez era tan importante describir los objetos presentes en la cueva como intentar explicar por qué estaban allí. Y la interpretación no se limitó al carácter funerario del contexto, sino que también trató de explicar las motivaciones de su particular puesta en escena.

Dentro de la renovación teórica que se ha producido en las últimas décadas en el ámbito de la arqueología medieval, afín a nuevos enfoques ligados al post-procesualismo, se ha propuesto una explicación para el uso de las cuevas en este período que lo vincula a los profundos cambios sociales y económicos que sufre el occidente europeo a partir del siglo V. Una de las manifestaciones de esas transformaciones sería la ocupación y explotación agroganadera de espacios hasta entonces considerados como marginales, de los que las grutas formarían parte (Quirós y Alonso, 2008). Y el uso funerario sería, a su vez, uno solo de los varios que habrían tenido éstas dentro de ese marco general.

Precisamente, el potencial de estudio de los contextos funerarios en cueva motivó que algunos investigadores centrásemos nuestra labor en este tipo de manifestaciones. A partir de los datos de los contextos mejor estudiados, elaboré una primera propuesta de interpretación del uso sepulcral de las cuevas en época visigoda como sepulturas atípicas posiblemente vinculadas a muertes catastróficas (Hierro, 2011), en la que además es, hasta la fecha, la síntesis más completa sobre un tema que, dicho sea de paso, no ha sido objeto de una atención especial por parte de la comunidad científica.

En paralelo, se planteó por primera vez, un proyecto de investigación específicamente dedicado al estudio de este tipo de contextos[9]. Dicho proyecto se ha centrado en la aplicación de nuevas técnicas de análisis a yacimientos ya estudiados (*vid*. Hierro y Gutiérrez Cuenca, 2015) y en la realización de actuaciones arqueológicas en la cueva de Riocueva (Entrambasaguas, Cantabria) entre 2010 y 2014 (Gutierrez Cuenca y Hierro, 2015). Los resultados obtenidos no solo han permitido profundizar en la línea de investigación planteada sobre el uso funerario de las cuevas, sino también han servido para revitalizar el estudio del periodo en Cantabria, donde la documentación arqueológica es clave en la reconstrucción del tránsito de la Antigüedad a la Edad Media.

Paradójicamente, estos contextos sepulcrales están comenzando a ofrecernos una variada y valiosa información acerca de los modos de vida de las comunidades que poblaron el territorio de la actual comunidad autónoma de Cantabria durante los siglos VII-VIII y cuyos lugares de habitación siguen siendo un misterio arqueológico. Y todo eso pese a que, en un trabajo de síntesis reciente, los restos materiales de las cuevas habían sido considerados como un "conjunto muy limitado y muy exiguo como material documental" (Aja, 2008: 223).

[9] La primera actuación, al margen de publicaciones, del Proyecto Mauranus (Arqueología de la Tardoantigüedad y la Edad Media en Cantabria), codirigido por mí y por Enrique Gutiérrez Cuenca

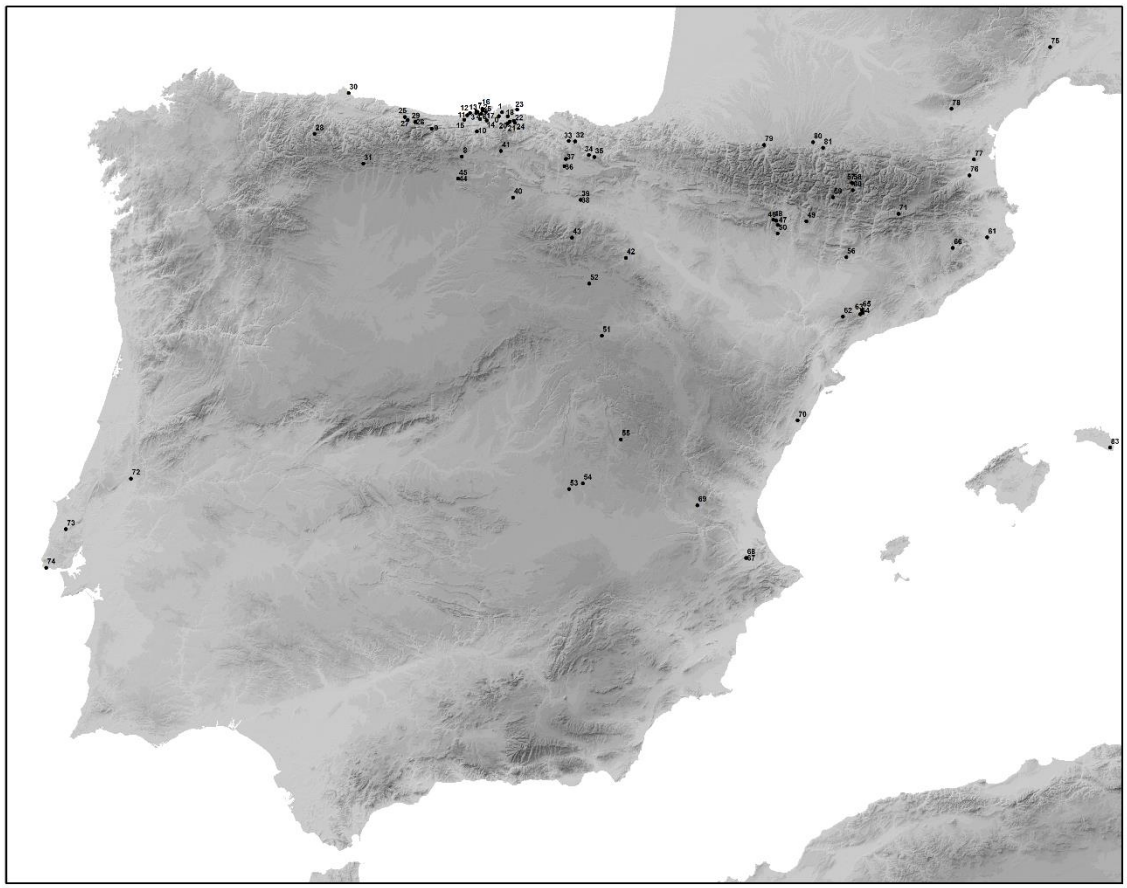


Toma de muestras en Riocueva, en 2014

En los últimos años las cuevas han vuelto a tener cierto protagonismo en el renovado interés de la investigación peninsular por la época visigoda, como, por ejemplo, en el debate sobre el significado de la frecuente presencia de armas en necrópolis del País Vasco en los siglos VI-VIII (Quirós, 2011: 30-33; Azkarate y García Camino, 2012: 335-337). Dentro de esos nuevos enfoques, la que probablemente sea la interpretación más reciente de los contextos funerarios en cueva (Gutiérrez González 2010: 70-73) los vincula con enterramientos de miembros de las elites de la zona norte de la península Ibérica. Desde el punto de vista estrictamente arqueológico, hay que señalar, finalmente, que en los últimos años hemos asistido a un aumento significativo del número de yacimientos de este tipo, gracias tanto a nuevos descubrimientos e intervenciones arqueológicas como a la datación por ^{14}C de restos humanos procedentes de excavaciones antiguas en cuevas y que se guardaban en distintos museos o de otros materiales en las propias cavidades, en el marco de excavaciones generalmente enfocadas al estudio de sus ocupaciones prehistóricas. Todos ellos, entre los que destacan la mina de *lapis specularis* de La Condenada (Osa de la Vega, Cuenca) (Bernárdez y Guisado, 2005), la cueva de los Riscos de la Escaleruela (Cuenca) (Domínguez Solera y Muñoz, 2012) o la Grotte des Ancêtres (Malvezie, Haute-Garonne, Francia) (Coiffé y Boudartchouk, 2019) se reúnen y estudian en los siguientes apartados de este trabajo junto con otras evidencias más antiguas que apenas habían sido tenidas en cuenta a la hora de estudiar este fenómeno.

2. DOCUMENTACIÓN ARQUEOLÓGICA

2.1 CATÁLOGO DE YACIMIENTOS[10]



0. Riocueva
1. La Garma
2. Las Penas
3. Cudón
4. Ñobre
5. El Juyo
6. Cueva del Portillo del Arenal
7. El Calero II
8. Los Hornucos
9. La Hermida
10. Los Moros
11. Hoyos I
12. Venta del Cuco
13. La Pila
14. Abrigo de la Castañera
15. El Linar
16. Los Cirrios
17. La Piedra
18. Los Zorros I
19. Los Zorros II
20. Cueva 1289
21. La Covarona
22. El Saúco
23. El Merino
24. El Cantal
25. Mina El Milagro
26. Cueva Pequeña
27. El Molín
28. Cueva Güerta
29. Cueva Indeterminada
30. Cueva de l'Alborá o del Alba
31. Fresneda I
32. Iturrieta
33. Abrigo de Arrietabaso
34. Iruaxpe III
35. Iritegi
36. Los Goros
37. Lazaldai
38. Los Husos I
39. Los Husos II
40. Cueva de los Moros
41. Galerías Altas de Palomera
42. Contrebia Leucade
43. El Tajón
44. Cueva Larga
45. Cueva indeterminada del cañón de la Horadada
46. Cueva Foradada
47. La Carrasca
48. Cueva Drólica
49. Abrigo de Rialarez
50. Fuente del Trucho
51. La Mora
52. El Asno
53. La Condenada
54. Los Monceguillos
55. Cueva de los Riscos de la Escaleruela
56. Cova del Parco
57. Gerber I
58. Abric de l'Estany de Xemeneia
59. Abric de l'Estany de Llebreta
60. Pletiu de la Coveta
61. Can Sant Vicenç
62. Coveta de l'Heura
63. Bauma de la Sivella
64. Cova de les Bruixes
65. Cova de la Roca de Miravet
66. Abric del Roc del Migdía
67. Cova del Assut de Bellús
68. Cova de la Sarsa
69. Los Praos
70. Cova dels diablets
71. Balma de la Margineda
72. Gruta do Caldeirão
73. Abrigo da Carrasca
74. Furnas de Poço Velho
75. Aven de la Boucle
76. Grotte de Montou
77. Cova de les Bruixes
78. Grotte de Buffens
79. Pic d'Alian
80. Grotte de Tredjoloungo
81. Grotte des Ancêtres
83. Binisafuller

Conjunto de todas las cavidades con evidencias de uso en época visigoda de las que se trata en este trabajo

N

0 100 200 km.

[10] La organización del catálogo se ha hecho por provincias y por sus equivalentes portugueses y franceses

CANTABRIA

RIOCUEVA (HOZNAYO, ENTRAMBASAGUAS)

La cueva de Riocueva o Recueva se localiza en la ladera occidental de una pequeña elevación situada en la margen derecha del río Aguanaz, en los municipios de Entrambasaguas y Ribamontán al Monte[11]. Su boca, de tamaño modesto, se abre en un pequeño farallón calizo que se levanta en una zona de bosque y en el que son apreciables los restos caídos de una gran visera que la ampliaba notablemente hacia el oeste. En realidad, se trata de un gran complejo kárstico con tres entradas, ésta citada, otra activa situada más abajo y por la que aflora una corriente de agua subterránea que baja al río y una tercera en forma de sima de 8 m de profundidad, la Torca de los Cañaos, unos 200 m al noroeste. Aunque el desarrollo completo es de más de 3 km, el yacimiento arqueológico se localiza en los primeros 70 m a partir de la entrada principal. Ésta da paso a un vestíbulo pequeño y de techo muy bajo en cuya pared izquierda, al fondo, se abre un laminador de unos 2 m de longitud por el que hay que pasar reptando y que desemboca en una galería estrecha y baja que se va ampliando ligeramente y que discurre de forma lineal, con sólo un par de curvas muy marcadas, hasta una pequeña salita. Los restos de época visigoda se concentran entre ésta y la primera de esas curvas, a lo largo de la conocida como Galería del Campamento.

Fue descubierta en los años 50 del siglo XX por los camineros de la entonces Diputación Provincial de Santander, quienes realizaron alguna cata en su interior, presumiblemente en la zona del vestíbulo, y cuyos resultados se desconocen. En los años 60 y 70 el sistema fue intensamente explorado desde el punto de vista estrictamente espeleológico y también fue objeto de sondeos arqueológicos por miembros de la SESS e investigadores vinculados al Museo de Prehistoria, en los que se recuperaron restos humanos, fragmentos de cerámica y abundante utillaje lítico procedente del importante yacimiento prehistórico de la zona exterior de la cueva (Gutiérrez Cuenca y Hierro, 2010-2012: 264-265). En los años 80 fue prospectada por el CAEAP, que localizó restos humanos y cerámicas de época visigoda en superficie en la Galería del Campamento, aunque en un principio éstas fueron consideradas como protohistóricas. En 2010 fue una de la cuevas elegidas, dentro de la primera actuación del Proyecto Mauranus, para el muestreo y datación de restos humanos aparentemente asociados a cerámicas tardoantiguas (Gutiérrez Cuenca y Hierro, 2010-212 y 2016a) y entre 2011 y 2016[12] fue objeto de una intervención arqueológica dirigida por Enrique Gutiérrez Cuenca y el autor de este trabajo, en el transcurso de la cual se excavó alrededor de un tercio del yacimiento, unos 30 m^2 repartidos en ocho sondeos (Gutiérrez Cuenca y Hierro, 2015; 2016b y 2019). Esta excavación ha permitido poner al descubierto un importante contexto sepulcral en cueva de los siglos VII-VIII.

[11] Aunque su boca principal está situada en el primero de esos dos municipios, la Torca de los Cañaos se localiza en Villaverde de Pontones, término municipal bajo el que discurre buena parte del complejo subterráneo

[12] La excavación arqueológica tuvo lugar en los años 2011, 2013 y 2014. En 2012, un problema con los permisos obligó a suspenderlas y a realizar únicamente una prospección del sistema hasta el nivel activo. Los años 2015 y 2016 se dedicaron a la realización de distintos trabajos de laboratorio, estudios y analíticas

Los restos humanos aparecen repartidos por todas las zonas de la Galería del Campamento, aunque se aprecian mayores concentraciones en determinados sitios, lo que podría estar señalando, siquiera de forma aproximada, los lugares originales de depósito de los cuerpos. Estos, que fueron colocados sobre el suelo de la cavidad y no enterrados, se encuentran muy alterados -principalmente por la acción de animales cavadores y el tránsito de personas, aunque no sólo, como se verá- y removidos, sin que hayan podido identificarse conexiones anatómicas. Resulta imposible por tanto establecer las posiciones en que fueron colocados y, como ya se ha mencionado, incluso identificar con ciertas garantías los lugares en los que eso sucedió.

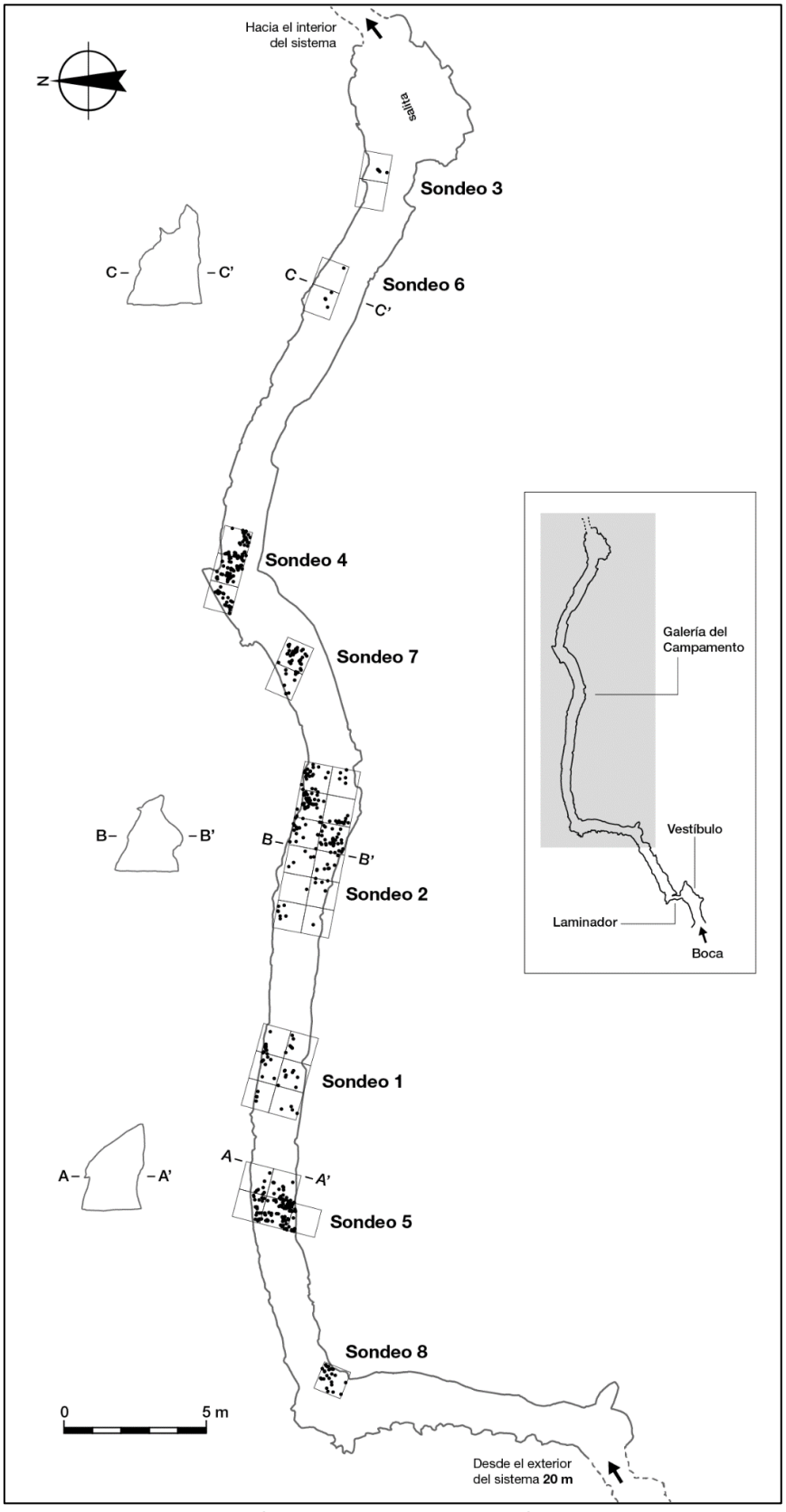


Boca de la cueva

El estudio antropológico (Carnicero, 2017[13]; 2018) establece que los restos recuperados hasta la fecha pertenecen a un número mínimo de 8 individuos, 4 infantiles y cuatro juveniles o adultos jóvenes, de los que sólo ha podido identificarse el sexo en dos de los últimos casos, correspondiendo a uno femenino y a otro masculino. Las edades de los

[13] Aunque de cada campaña existe un informe antropológico redactado por Silvia Carnicero, sólo citaremos el final, de 2017, que incluye los anteriores, el inventario completo de restos humanos y las valoraciones generales.

muertos de Riocueva se distribuyen de la siguiente manera: perinatal, entre 2 y 3 años, entre 3 y 4 y mayor de 6, para los infantiles; y menores de 25 en el resto.



Plano de la Galería del Campamento con localización de los sondeos

En ninguno de los casos estudiados se han encontrado evidencias de lesiones relacionadas con traumas o patologías que hubieran podido ser la causa de la muerte de los inhumados en la cueva. En cuanto a otras alteraciones, resulta especialmente llamativa la extrema fragmentación de los restos, especialmente de las calotas craneanas, de las que únicamente se han recuperado trozos de pequeño tamaño, gran parte de ellos afectados en diferente grado por el fuego. Hay fragmentos prácticamente calcinados y otros sólo ligeramente quemados, con coloraciones que van desde el blanco azulado al negro parduzco y con una amplia gama intermedia. Esas quemas, centradas en los cráneos previamente fracturados, tuvieron que ser hechas con fuegos que llegaron a alcanzar los 600 grados y también afectaron a otras partes del esqueleto, probablemente por encontrarse junto a aquellos en el momento de la combustión.



Cerámica, hueso de fauna y pie de copa durante la excavación

Los objetos recuperados junto a los restos humanos (Gutiérrez Cuenca y Hierro, 2015; 2019; Gutiérrez Cuenca *et alii*, 2018) pueden agruparse en varias categorías: objetos relacionados con el atuendo y el adorno personal, útiles y herramientas, recipientes y otros de distintos tipos. Los primeros están representados por un hebijón de bronce de base escutiforme, de un tipo que suele acompañar a los grandes broches de placa rígida del Nivel IV de Ripoll (1998) y que se fecha en el siglo VII, una cadena de bronce y un ganchito de cobre, varias cuentas de collar de pasta vítrea, un pendiente de plata, un anillo de bronce y otro de oro, así como varias tachuelas de calzado de hierro. Cuchillos y ganchos y remates de huso de hierro completan el apartado del instrumental, con una importante representación del trabajo textil, como puede observarse. Aquí podrían

incluirse una valva de *Callista chione*[14] que probablemente formó parte de una pequeña lámpara de aceite cuya estructura de hierro no ha sido identificada y un anzuelo de hierro, aunque este último ofrece algunas dudas acerca de su cronología[15]. Los recipientes, por su parte, están representados de forma abrumadora por las vasijas de cerámica, con al menos 8 pequeñas ollas de "perfil en S", algunas de ellas decoradas con líneas onduladas incisas y todas con evidencias de haber sido usadas para cocinar antes de su amortización definitiva en la cueva. Hay numerosos restos, muy fragmentados, de láminas de hierro chapadas en aleación de cobre que pudieran corresponder a un pequeño acetre y también de dos recipientes de vidrio: un pie de una copa de tipo Foy 27 y el borde de un cuenco. Finalmente, los fragmentos de madera localizados en la cueva quizá se correspondan con duelas pertenecientes a calderos de madera, aunque se trata de un extremo que aún no hemos podido confirmar.



Gancho de huso

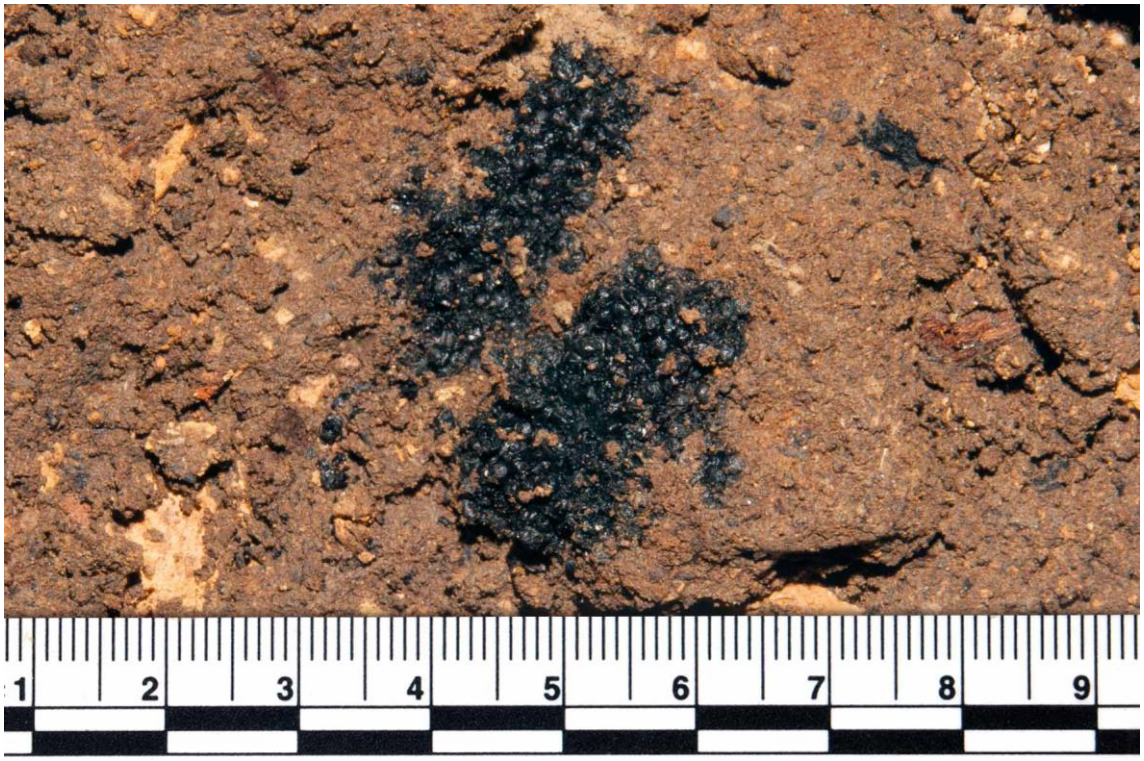
Un hallazgo del todo excepcional es el de un fragmento de tejido de lino (Gutiérrez Cuenca *et alii*, 2016) que envolvía un conjunto de granos de mijo y panizo carbonizados y que, precisamente por eso, por estar él también parcialmente carbonizado, se ha conservado. La presencia de granos carbonizados en el yacimiento es notoria, tanto formando paquetes, como ocurre en el caso de los mijos, como sueltos en el de la cebada o el de las semillas de lino. Como ya ha sido señalado y veremos con más detalle en otro

[14] La especie ha sido identificada por Igor López Zugasti, del IIIPC, quien está realizando el estudio de la pieza en el momento de redactar estas líneas

[15] Su buen estado de conservación, pese a su fragilidad y pequeño tamaño, resulta llamativo y, aunque no parece probable que nadie haya entrado con un anzuelo a la cueva en momentos recientes, preferimos mantener ciertas cautelas.

apartado de este trabajo, estos restos pueden relacionarse con prácticas rituales precristianas, para las que existe un buen paralelo en la cueva de Las Penas (*vid. infra*).

Aunque en la cueva no se aprecian restos de marcas negras parietales, en superficie era posible observar la presencia de pequeños carbones, así como de restos de madera quemada y de "paquetes" de granos de cereal carbonizados, algunos de estos últimos de gran tamaño. Y durante la excavación se encontraron muchos más carbones formando parte del depósito, con acumulaciones significativas en algunos cuadros, aunque siempre integrados en ese único nivel revuelto y no como restos de hogueras sin alterar. En relación con estas últimas hay que señalar la presencia de zonas en las que el suelo ofrecía evidencias de rubefacción, así como de pequeños desprendimientos producidos por el calor de la capa más externa de las paredes de la cueva, lo que permitió identificar al menos parte de los lugares donde se encendieron los fuegos con los que se quemaron huesos y grano; apareciendo grandes concentraciones de unos y otros precisamente en esos sitios.



Granos de *Setaria* carbonizados

El estudio de los carbones[16] ha permitido conocer las especies representadas y concluir, gracias a ello, que se realizó una selección de las maderas en función del objetivo perseguido, tanto la iluminación como, sobre todo, las quemas. Dichas especies son,

[16] El estudio parcial de los restos de madera y carbones ha sido realizado por María Martín Seijo. Esta investigadora se encuentra en el momento de escribir estas líneas desarrollando un proyecto mucho más amplio en el que se incluyen los restos xiloantracológicos de Riocueva que aún quedan por estudiar y cuyos resultados sin duda aportarán nueva información sobre este interesante aspecto del registro arqueológico de la cueva.

principalmente y por orden de mayor representación, el roble, el avellano, el castaño, el haya y el pino (Gutiérrez Cuenca *et alii*, 2017).

En una repisa situada en una esquina de la galería, donde ésta hace una curva, se conservaban los restos de una gran hoguera. Dos dataciones por ^{14}C de sendos carbones, uno de ellos de haya, han arrojado fechas contradictorias sobre su cronología, pues mientras la primera sitúa esta entre los siglos II y IV, la segunda ofreció un resultado de época contemporánea[17]. En principio y a falta de nuevos análisis que permitan dilucidar este asunto, parece que lo lógico es pensar en una hoguera de época romana en la que se han producido intrusiones de materiales -o, directamente, contaminaciones por la manipulación de los carbones- en épocas más recientes. De ser correcta esta interpretación, la hoguera sería la prueba de la frecuentación de la cueva durante la Antigüedad, así como de la realización de actividades, quizá rituales, en las que el fuego jugaba algún papel y en una zona muy interior.

Cinco muestras de huesos humanos y dos de grano -uno de ellos asociado directamente al resto de tejido de lino- fueron datadas por ^{14}C, ofreciendo una batería de fechas absolutas radiocarbónicas[18] que sitúa el uso sepulcral de la cueva en los siglos VII-VIII.

Muestra	Edad BP	Cal 2 Sigma AD	Material	Referencias
Poz-39142	1380 ± 30	608-679 (650)	HUESO HUM.	Gutiérrez y Hierro, 2019
Poz-46497	1305 ± 30	658-768 (702)	HUESO HUM.	Gutiérrez y Hierro, 2019
Poz-49634	1300 ± 30	660-769 (706)	GRANO	Gutiérrez y Hierro, 2019
Poz-59619	1285 ± 30	665-771 (716)	HUESO HUM.	Gutiérrez y Hierro, 2019
Poz-46496	1265 ± 30	666-778 (728)	HUESO HUM.	Gutiérrez y Hierro, 2019
Poz-59620	1255 ± 30	672-867 (736)	HUESO HUM.	Gutiérrez y Hierro, 2019
Poz-59618	1210 ± 30	708-891 (816)	GRANO	Gutiérrez y Hierro, 2019

Además, una muestra cerámica tomada del fondo de una olla de "perfil en S" proporcionó una fecha de Termoluminiscencia situada entre finales del siglo VI y mediados del VIII, ratificando la cronología ofrecida por el radiocarbono.

Muestra	Edad BP	Intervalo AD	Material	Referencias
MaDN6061.BIN	1345±77	589-743	CERÁMICA	Gutiérrez y Hierro, 2019

[17] La primera, 1760 ± 30, ofrece un intervalo a 2 Sigma AD de 171-383, mientras que la segunda, 135 ± 30 se sitúa entre el año 1671 y 1943 (Gutiérrez Cuenca y Hierro, 2019).

[18] Otras tres fechas remiten a diferentes momentos de frecuentación de la cavidad por animales y humanos, las ya mencionadas de la hoguera y otra procedente de una muestra de fauna -un ejemplar joven de *Sus*- de época moderna o contemporánea (*Ibidem*)

Atendiendo a las características de las fechas absolutas, parece que podrían señalarse al menos dos momentos de uso de la cueva en época visigoda: uno más antiguo, localizado en la zona del fondo del área sepulcral y marcado por la primera datación absoluta, y un segundo más reciente, al que pertenecerían las demás; si es que no se van escalonando todas ellas. El primero habría tenido lugar en algún momento del siglo VII mientras que el otro sería ya más bien del VIII. Incluso podría añadirse un tercero, relacionado con prácticas rituales post-sepulcrales más que con enterramientos, ya que el segundo de los granos de cereal carbonizado datado da una fecha ligeramente más tardía y que podría irse incluso a inicios de la novena centuria.

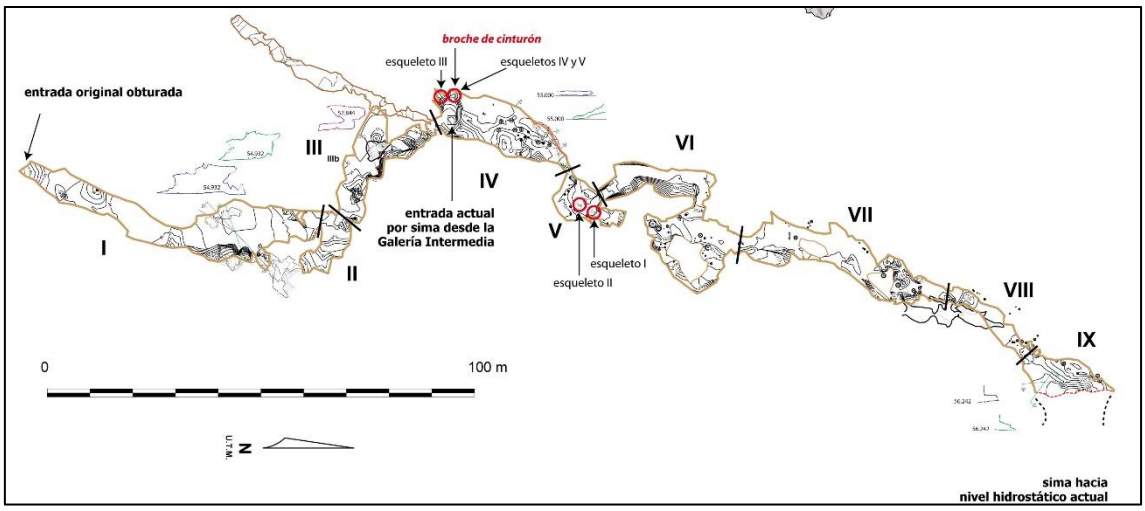


Anillo de oro

En cuanto al tipo de uso de la cueva en esos siglos, su carácter sepulcral, como lugar de depósito de cadáveres, está fuera de toda duda. Puede descartarse completamente la utilización de alguna parte de la cavidad -la zona de la entrada y/o el vestíbulo- como lugar de habitación, dadas sus nulas condiciones para ello.

LA GARMA (OMOÑO, RIBAMONTÁN AL MONTE)

La colina de La Garma, de 186 m de altitud, se localiza en el pueblo de Omoño, Ribamontán al Monte, muy cerca de la desembocadura del río Miera, al este de la bahía de Santander. En la cara sur de esa pequeña elevación kárstica se abre un conjunto de varias cavidades entre las que destacan las que forman el complejo de La Garma propiamente dicho: La Garma A, la Galería Intermedia, la Galería Inferior, la Galería Weitzman-Kreger y el propio nivel hidrostático del sistema o Galería del Río. La entrada actual al conjunto se realiza a través de La Garma A, una cueva de pequeño tamaño que termina en una sima de 8 m de profundidad que conecta con la Galería intermedia. Aunque ahora la entrada a la cavidad es relativamente cómoda, hasta el momento de su excavación ésta era estrecha y de techo muy bajo, obligando a avanzar agachado en los primeros metros de su recorrido, a lo que hay que añadir un importante estrechamiento en un paso elevado que dificulta notablemente el tránsito y donde se observa claramente la rotura intencionada -y antigua- de una estalactita que la bloqueaba. La Galería Intermedia, de unos 60 m de desarrollo, piso llano y relativamente amplia también desemboca en un pozo vertical, de 15 m de profundidad esta vez, que conduce a la Galería Inferior, una cavidad de unos 300 m de desarrollo, con un trazado relativamente rectilíneo (Arias *et alii*, 1999). Ésta, a su vez, de nuevo conecta con los pisos inferiores a través de una gran caída vertical, de unos 6 m hasta la parte más alta de un gran derrumbe de bloques, desde donde se puede descender a pie hasta el nivel hidrostático, otra galería similar a las anteriores y por la que discurre una importante corriente de agua subterránea. Entre este piso y el anterior se localizan otras galerías, como la Weitzman-Kreger y algunas más aún no del todo exploradas.



Plano de la Galería Inferior con la localización de los muertos de época visigoda

El complejo de La Garma fue descubierto a inicios de los años 90 del siglo XX, aunque el yacimiento de la Galería Inferior no fue explorado hasta 1995. Desde entonces y hasta la fecha viene siendo objeto de intervenciones arqueológicas dirigidas por P. Arias y R. Ontañón (*vid*. Arias *et alii*, 2000; Arias y Ontañón, 2008; 2016) y en 2008 fue incluido en la Lista del Patrimonio Mundial de Unesco.

El conjunto cuenta con una secuencia arqueológica en la que están representados todos los periodos de la Prehistoria más algunos históricos, desde el Paleolítico Inferior hasta la Alta Edad Media, aunque, sin duda, la joya es el yacimiento de la Galería Inferior, un suelo de ocupación intacto del Paleolítico Superior que fue sellado por un desprendimiento de la ladera, que taponó la boca original de la cueva, hace unos 14.000 años; al que hay que sumar un importante conjunto de pinturas rupestres (Arias *et alii*, 2000).

Los restos de época visigoda se reparten por varias zonas del complejo, aunque la mayor concentración se localiza, precisamente, en la Galería Inferior. Allí fueron depositados los cuerpos de cinco individuos (Etxeberria y Herrasti, 2001), todos ellos infanto-juveniles. Al tratarse de un contexto muy poco alterado es posible reconstruir la ubicación y posición de los cuerpos, algo excepcional en este tipo de yacimientos, como veremos.



Vista desde el interior de la antigua boca original, cegada en la Prehistoria (Fotografía: P. Arias)

El individuo nº 1 se localiza en la Zona V, una sala formada por un ensanchamiento de la galería. Está colocado en decúbito supino, en un espacio llano delimitado por pequeñas estalagmitas, algunas en su lugar natural y otras rotas y colocadas *ad hoc*, y su estado de conservación es bastante bueno, a excepción del cráneo y los huesos de la zona superior del tronco inmediatos a él, que están casi completamente destrozados y reducidos a fragmentos minúsculos; una destrucción que parece claramente intencional. El brazo izquierdo está colocado paralelo al cuerpo y pegado a él, mientras que el derecho, que también está estirado, presenta un ángulo de unos 45 grados respecto a éste. Hay que señalar una marcada diferencia de coloración en los huesos a partir de las rodillas, algo que ha sido interpretado como la marca de la vestimenta, que consistiría en una túnica, saya o prenda similar que llegase hasta esa zona del cuerpo, dejando la parte inferior de

las piernas al aire. Ha sido interpretado como un individuo grácil, de sexo masculino, con una altura aproximada de 1, 52 m y de entre 18 y 20 años.

Muy cerca de él se localizan los restos del individuo nº 2, también en conexión anatómica, aunque peor conservados, dispuestos esta vez en decúbito lateral izquierdo, con brazos y piernas flexionados. Al igual que en el caso anterior, el cuerpo parece haberse adaptado a los espeleotemas presentes en el lugar. De nuevo se observa la destrucción selectiva del cráneo, que aparece completamente aplastado y disgregado. El informe antropológico señala que también en este caso nos encontramos ante un individuo masculino subadulto, de entre 18 y 20 años y de aproximadamente 1,60 m de estatura.



Restos del individuo nº 2

En la Zona IV, muy cerca del pie de la sima por la que se accede a la Galería Inferior desde la Intermedia, se encuentran los restos de los individuos nº 3, nº 4 y nº 5. El primero es un individuo infantil, de unos 12 años, que fue depositado en decúbito lateral derecho, con las piernas ligeramente flexionadas, junto a una de las paredes de la cueva. Su estado de conservación es muy malo, estando la mayor parte de los huesos reducidos a esquirlas, aunque puede apreciarse, una vez más, la destrucción selectiva del cráneo. En este caso, además, se observa junto a los restos machacados de éste una gran piedra colocada parcialmente sobre ellos y que muy probablemente se utilizó con ese fin. Junto a los huesos se recogió un ejemplar de *Phorcus lineatus*, que ha sido datado por ^{14}C AMS en el Mesolítico[19] y que sin duda procede del yacimiento de esa cronología localizado en La

[19] OxA-32289: 8369 ± 37 BP

Garma A. Aunque es imposible saber a ciencia cierta cómo ha podido llegar hasta ese lugar, puede plantearse la hipótesis de que fuera recogido allí por alguno de los encargados de llevar el cadáver hasta la zona en la que fue depositado y dejado junto a éste. O, más probablemente, que se quedara atrapado en la ropa del muerto durante su traslado a través de la cueva. No olvidemos que, como se ha comentado, el acceso original por La Garma A debía hacerse con mucha dificultad, reptando, y que, por lo tanto, el cadáver tuvo que ser arrastrado para poder pasar por allí (Arias *et alii*, 2018: 139-140).

No lejos de allí, al otro lado del pie de la sima y en un hueco junto a la pared y sobre una zona elevada, se localizan los restos de los individuos nº 4 y nº 5, mezclados y en muy mal estado de conservación. Se trata de dos subadultos, uno de ellos menor de 14 años, y aunque no se pudo establecer con seguridad la forma exacta en la que fueron depositados, sí que parece que lo fueron en sentidos inversos, es decir, con la cabeza de uno a la altura de los pies del otro y viceversa.

Junto a los individuos nº 4 y nº 5 y mezclado con sus huesos se recuperó un broche de cinturón hispanovisigodo (Arias *et alii*, 2012), portado sin duda a la cintura por uno de ellos en el momento de su depósito en la cueva. Se trata de un ejemplar de tipo liriforme, de hierro y con decoración damasquinada a base de latón y plata tanto en la placa como en la hebilla y el hebijón. Sus motivos decorativos, una cruz griega flanqueada por sendos círculos radiados son de claro origen y significado cristianos y puede fecharse en los siglos VII-VIII. Junto a él, ínfimos restos de posibles remaches de aleación de cobre completaban una más que posible guarnición de cinturón. A la altura de la rodilla derecha del individuo nº 1, por su parte, se localizó un pequeño objeto de hierro bastante deteriorado, de tipología indeterminada y que ha sido interpretado como un posible punzón, aunque podría tratarse, en realidad, de un remate de huso, en este caso sin gancho, similar a otro encontrado en Riocueva y del que se tratará en otro apartado. En el momento del descubrimiento de La Garma A -conocida entonces como Los Castros 2- se recogió en superficie una cuenta de collar metálica, de forma gallonada y color dorado, que se interpretó como de oro (Morlote *et alii*, 1996) y que se encuentra perdida en la actualidad. A estos materiales hay que añadir numerosos restos de carbones repartidos por toda la Galería Inferior y la Intermedia. Se trata de restos de teas formadas por haces de varas de avellano o de pequeñas hogueras, probablemente también relacionadas con la iluminación (Arias *et alii*, 2018)

En 2016, una exploración del piso situado por debajo de la Galería Inferior, la Galería del Río, con motivo de instalar unos sensores de control ambiental[20] permitió un nuevo e inesperado hallazgo de época visigoda. En el extremo norte de esa galería, en un gran caos de bloques originado por varios derrumbes, se localizaron restos humanos y un interesante conjunto de objetos metálicos. Los primeros, pertenecen a al menos dos individuos, alguno de ellos muy joven, a juzgar por el tamaño de algunos huesos[21]. En este caso y a diferencia de lo sucedido en el piso inmediatamente superior, un cráneo se

[20] Llevada a cabo por R. Ontañón, M. L. Serna y una tercera persona cuya identidad desconozco.

[21] La identificación y estudio preliminar de los restos humanos fue realizada por Antonio Higuero.

conserva completo y en buen estado, sin evidencias de destrucción de ningún tipo. Junto a ellos, una gran espada de dos filos y dos *scramasaxes*. La primera parece estar fracturada y, semienterrada en la arena del hueco entre rocas en el que está clavada, se aprecia lo que podría ser su empuñadura. Los segundos se encuentran completos y conservan restos de madera en sus respectivas espigas de enmangue y quizá también de las vainas. Un primer análisis, obligadamente superficial y provisional, permite ubicar cronológicamente estas armas en los siglos VI-VIII. Inmediatamente por encima del gran derrumbe, en un hueco lateral de una pequeña galería colgada y con forma de tubo, que se va estrechando hasta hacerse impracticable, se encontró un calderito o acetre de hierro chapado en aleación de cobre, completo y en muy buen estado de conservación. Se trata de un objeto con buenos paralelos en otras cuevas similares, especialmente en Las Penas, donde se recuperó gran parte de otro prácticamente idéntico (*vid. infra*).



Cráneo en la Galería del Río (Fotogrfía: L. Teira)

Una exploración posterior de la zona y de la galería al completo ha permitido observar la presencia de más restos humanos dispersos a lo largo del río, probablemente arrastrados desde la zona anterior. Además, a lo largo del recorrido se han observado destrucciones intencionadas de algunos espeleotemas y conjuntos de marcas negras parietales, lo que indica el tránsito por esa zona de la cueva presumiblemente en las mismas fechas que en las galerías superiores. En relación con esas exploraciones altomedievales hay que situar el conjunto de huellas de pisadas identificado en el suelo arenoso de la galería Weitzman-Kreger, en la misma zona en la que se ha documentado el esqueleto completo de un león de las cavernas, cuyos huesos también fueron parcialmente manipulados por los visitantes de época visigoda. En el momento de redactar estas líneas los restos y materiales de época visigoda mencionados -y otros que sin duda les acompañan- están aún pendientes de su recogida y estudio en profundidad.

Finalmente hay que señalar que una revisión reciente de los materiales procedentes de la excavación de La Garma A ha permitido identificar una fíbula en omega de aleación de cobre a la que le faltan los remates de los extremos[22]. Aunque se trata de un objeto con origen en la II Edad del Hierro y una presencia muy prolongada en el tiempo, su último momento de uso se da en época visigoda, hacia finales del siglo VI o incluso inicios del VII[23], por lo que no puede descartarse su atribución a ese momento en este caso concreto.



Acetre de hierro chapado en aleación de cobre de la Galería del Río (Fotografía: Luis Teira)

En cuanto a la cronología del conjunto sepulcral, los cinco individuos de la Galería Inferior han sido datados por ^{14}C AMS, ofreciendo en cuatro casos fechas de época visigoda, entre los siglos VI y VIII, y en otro una muy posterior.

Muestra	Edad BP	Cal 2 Sigma AD	Material	Referencias
AA-45589	1426±59	533-690 (615)	HUESO HUM.	Arias *et alii*, 2018
AA-45590	1348±36	630-767 (668)	HUESO HUM.	Arias *et alii*, 2018
AA-45592	1269±56	659-881 (744)	HUESO HUM.	Arias *et alii*, 2018
OxA-7249	1115±40	861-1016 (928)	HUESO HUM.	Arias *et alii*, 2018
AA-45591	1288±42	653-778 (720)	HUESO HUM.	Arias *et alii*, 2018

[22] La identificación fue realizada por Jorge Vallejo en el marco de los trabajos de revisión de los materiales procedentes de la excavación de La Garma A.

[23] Para un listado de la mayor parte de los yacimientos de época visigoda en los que aparece este tipo de fíbulas *vid*. Mariné, 2017: 105-106.

Con todas las precauciones derivadas de los márgenes de error inherentes a este tipo de dataciones y al igual que sucede en Riocueva, creemos que pueden establecerse al menos dos momentos de depósitos de cadáveres en la Galería Inferior de La Garma. El primero y más antiguo, probablemente del siglo VII, sería el de los individuos nº 1 y nº 2 en la Zona V, la más interior de las utilizadas con ese fin. El segundo, el de los nº 3, nº 4 y nº 5 en la Zona IV, ya del VIII. Creemos que la fecha de los siglos IX-XI del individuo nº 4 no debe tenerse en cuenta, ya que puede deberse a un problema ya observado en otras ocasiones -y sobre el que volveremos- que tiene que ver con el rápido enriquecimiento de carbono en la atmósfera durante la segunda mitad del siglo VIII y la consiguiente distorsión en las dataciones para esos momentos (McCormac *et alii*, 2008), si es que no se debe a una contaminación en el laboratorio[24]. De ser correcta la primera explicación, habría que considerar que este individuo fue depositado más tarde que los otros dos -significativamente que aquél con el que comparte espacio funerario- y que lo fue en algún momento de finales del siglo VIII. O que los dos lo fueron a la vez, aunque resultaría extraña esa diferencia en los niveles de ^{14}C entre uno y otro.

Muestra	Edad BP	Cal 2 Sigma AD	Material	Referencias
AA-78255	1263 ± 35	666-867 (734)	CARBÓN	Arias *et alii*, 2018
AA-45563	1275 ± 31	661-777 (722)	CARBÓN	Arias *et alii*, 2018
AA-78254	1267 ± 35	664-865 (731)	CARBÓN	Arias *et alii*, 2018
AA-78253	1562 ± 46	404-593 (489)	CARBÓN	Arias *et alii*, 2018
AA-78252	1235 ± 35	686-880 (772)	CARBÓN	Arias *et alii*, 2018
AA-78251	1202 ± 38	690-898 (821)	CARBÓN	Arias *et alii*, 2018
AA-78250	1293 ± 42	661-777 (716)	CARBÓN	Arias *et alii*, 2018
AA-45593	1282 ± 33	658-776 (719)	CARBÓN	Arias *et alii*, 2018
AA-20042	1281 ± 57	653-879 (736)	CARBÓN	Arias *et alii*, 2018
AA-45574	1279 ± 33	659-777 (721)	CARBÓN	Arias *et alii*, 2018
AA-45582	1266 ± 46	663-875 (739)	CARBÓN	Arias *et alii*, 2018
AA-20041	1220 ± 44	679-894 (801)	CARBÓN	Arias *et alii*, 2018
AA-78256	1321 ± 35	650-768 (689)	CARBÓN	Arias *et alii*, 2018
OxA-6890	1210 ± 40	687-895 (813)	CARBÓN	Arias *et alii*, 2018
OxA-25910	1407 ± 25	603-662 (637)	CARBÓN	-
OxA-36762	1530 ± 24	429-597 (536)	CARBÓN	-

[24] Nótese que, de las 5 dataciones, es la única realizada en un laboratorio distinto al del resto

La datación de los carbones -la mayor parte de la Galería Inferior, aunque haya algunas muestras tomadas en la Intermedia, en la Weitzman-Kreger y en La Garma A- ha ofrecido unas cronologías muy similares a las obtenidas de los restos humanos y que son coherentes con lo expuesto hasta el momento. Como puede observarse, la mayor parte de las fechas apuntan al siglo VIII y también son compatibles con el VII, e incluso algunas podrían avalar visitas a la cavidad a inicios del IX, aunque eso se nos antoje más complicado. Las únicas fechas discordantes remiten a los siglos V-VII, momentos muy tempranos en comparación con las demás y para los que, de momento, no existen evidencias en el complejo, salvo quizá la fíbula en omega de La Garma A. Podrían ser explicadas por el efecto "madera vieja", aunque el hecho de contar ya con varias -y que se trate, en su mayor parte, de carbones de *Corylus*- hace disminuir esa posibilidad y aumenta de forma notable las de la existencia de una frecuentación más antigua.

Finalmente, la datación mediante las series del uranio de uno de los muchos espeleotemas rotos de la Galería Inferior indica que dicha rotura se produjo en la segunda mitad del siglo VIII (Arias *et alii*, 2018: 141).

En conclusión, tanto las dataciones absolutas como la información cronológica que nos proporcionan los objetos asociados a los restos humanos sitúan el uso sepulcral de la Galería Inferior y la del Río en uno o varios momentos de los siglos VII-VIII.

LAS PENAS (MORTERA, PIÉLAGOS)

La cueva de Las Penas, o Los Perros I (Valle y Serna, 2004; Serna *et alii*, 2005), se localiza en un rellano de la ladera oriental de la sierra de Tolío o de La Picota, muy cerca del núcleo urbano de Mortera, en el municipio de Piélagos, junto a la desembocadura del río Pas, a unos 10 km al oeste de Santander.



Boca de la cueva (Fotografía de M. L. Serna y A. Valle)

Con un desarrollo total de unos 200 m, tiene planta laberíntica y una boca muy colmatada, baja y estrecha. Comienza con una rampa descendente y angosta, por la que hay que progresar arrastrándose, que conduce a un estrechamiento en el que se observan los restos de un muro de piedra seca. Tras él, un brusco desnivel de unos 2 m y la primera bifurcación de la galería principal en dos paralelas que vuelven a unirse y separarse otras dos veces antes de llegar a su final, en una rampa al pie de una gran colada que cierra lo que en tiempos remotos pudo ser otra entrada. Poco antes, por un paso estrecho ,a la derecha, se accede al resto de galerías de la cavidad, también de planta laberíntica, a las que se puede llegar por otra entrada de pequeño tamaño y parcialmente obstruida, situada al noroeste. La zona comprendida entre los restos del cierre y la colada es la Galería Sepulcral, donde se localizaron numerosos restos humanos y objetos que los acompañaban; y una de las bifurcaciones, en este caso de pequeño tamaño y anterior al paso al resto de galerías, es la bautizada como Galería de los Cráneos, el lugar donde se observaron algunas de las evidencias más interesantes y destacadas del sitio. La cueva y su yacimiento fueron descubiertos por el GEIS C/R y la Asociación Mortera Verde en la

primera década del siglo XXI, siendo objeto de una excavación de urgencia, dirigida por A. Valle y M. L. Serna y que afectó a toda la zona sepulcral, entre los años 2004 y 2005.

Los restos humanos recuperados (Carnicero, 2006) corresponden a un número mínimo de trece individuos, repartidos por edades de la siguiente manera: un feto, cuatro infantiles, cinco subadultos y tres adultos jóvenes. En cuanto al sexo, de los cinco subadultos, tres eran varones y los otros dos indeterminados, mientras que los tres adultos jóvenes eran mujeres. En ninguno de ellos se ha observado la existencia de patologías o de evidencias de enfermedades o lesiones traumáticas que pudieran haber causado su fallecimiento.



La Galería de los Cráneos durante su excavación (Fotografía de M. L. Serna y A. Valle)

Acerca de su localización y disposición hay que señalar que los únicos restos en conexión anatómica -cierto es que parcial- corresponden a un individuo subadulto masculino depositado en posición de decúbito lateral izquierdo, con las piernas flexionadas, al fondo de la Galería Sepulcral y pegado a la pared derecha del inicio de la rampa. Los demás se encontraban muy alterados por la acción del agua, aunque formando concentraciones que pueden ofrecer una idea aproximada de las principales zonas de depósito. Así, una de esas concentraciones se sitúa al sur del individuo supradicho, siguiendo la pared, y parece haber estado compuesta de alrededor de seis individuos, al menos uno de ellos una mujer adulta y varios infantiles, además del feto. La otra gran concentración se localiza en la Galería de los Cráneos, donde a los restos de los colocados allí -al menos tres- hay que añadir el traslado de los cráneos de los demás (*vid. infra*). Finalmente hay que señalar la presencia de restos de otros dos individuos adultos, uno de ellos femenino, en la zona más

exterior de la Galería Sepulcral. En todos los casos parece que los cuerpos fueron depositados sobre el suelo de la cueva, sin ser enterrados. Tampoco se han encontrado evidencias del uso de contenedores funerarios para ellos.

Como acaba de mencionarse, se documentó una acumulación intencional de cráneos en la galería -por eso mismo- homónima, cráneos que fueron fracturados y sometidos allí mismo a la acción de un fuego intenso, que pudo alcanzar los 600 grados y también afectó a algunas partes del esqueleto postcraneal de los allí depositados con anterioridad. Ese fuego, que dejó huellas, además de en los huesos y en el suelo, en la pared del divertículo en forma de mancha rojiza, tuvo lugar sobre restos ya esqueletizados, al igual que ocurriera en Riocueva.



Hebilla de bronce en el momento de su hallazgo (Fotografía de M. L. Serna y A. Valle)

Los materiales recuperados en la zona sepulcral y, en principio, asociados a los cadáveres son numerosos y variados (Serna *et alii*, 2005). Destacan, en primer lugar, los relacionados con el atuendo y el adorno personal, con un destacado conjunto de cinco broches de cinturón y una hebilla suelta. Los primeros son todos de tipo liriforme y se incluyen sin problemas en el Nivel V de Ripoll (1998), fechado en los siglos VII-VIII. Todos son de bronce, a excepción de uno cuya placa es de hierro con decoración damasquinada en latón y plata, y cuentan -sin considerar el que hasta la fecha es una pieza única- con buenos paralelos en otras zonas de la Península y Septimania. La hebilla suelta, por su parte, es del mismo tipo que las que acompañan a los broches mencionados e indica la presencia en el yacimiento de otra placa no localizada y con la que formaría un sexto broche. Tres anillos de bronce y uno de hierro, una cuenta de collar gallonada de vidrio

azul, un pendiente formado por un aro de bronce amorcillado y un pequeño eslabón de hierro y otro filiforme de plata que enrolla una piedra de vidrio, completan este apartado.

Los utensilios están ampliamente representados: un hacha barbada, fusayolas -de hueso, piedra y cerámica- y ganchos de huso, un cuchillo, un regatón, dos *briquets* o encendedores de chispa, un anzuelo y numerosos restos fragmentarios de difícil interpretación entre los que parece haber una sierra o peine de telar y los restos de un posible peine de cardar con púas metálicas. También hay una destacable presencia de recipientes, tanto cerámicos como metálicos y, muy probablemente, también lígneos. De los primeros se conservan fragmentos de al menos tres ollas de "perfil en S", una de ellas decorada con líneas onduladas incisas. Se ha podido reconstruir la forma de un pequeño acetre de hierro chapado en aleación de cobre y se han recuperado numerosas cinchas, así como enganches y fragmentos de asas, pertenecientes a calderos de madera. Algunos de esos flejes metálicos tienen un tamaño tan grande que tuvieron que pertenecer, necesariamente, a al menos un gran contenedor de tipo tonel o barril.



El hacha en el momento de su hallazgo (Fotografía: M. L. Serna y A. Valle)

La industria lítica y la fauna están representadas por una pieza cuadrangular de sílex negro, los restos de dos gallináceas en conexión anatómica y cuatro garras de oso, respectivamente. A todo ello hay que sumar la presencia excepcional de restos textiles, concretamente de hilos o hebras de lana y de lo que parecen cuerdas. Mención aparte merecen los abundantes restos de cereal -y otro tipo de semillas- carbonizado que aparecen asociados a los restos óseos quemados de la Galería de los Cráneos.

En la primera parte de la cavidad se han localizado restos de molinos circulares rotatorios de piedra arenisca. Concretamente, dos grandes fragmentos de sendos *meta* -base- y *catillus* -volandera- en la boca y al pie de la rampa que sigue a ésta y diez más de otro *catillus* más allá del escalón y de los restos del muro. Esta última localización parece indicar que los restos de molinos no llegaron a la cueva de forma accidental, sino que fueron introducidos en ella de forma intencionada, ya que, de haber rodado ladera abajo y entrado en la cavidad, no habrían podido salvar con la mera inercia de la caída el escalón y el muro y llegar hasta el otro lado. En esa misma zona exterior se recuperaron también dos herraduras. Finalmente, hay que señalar la existencia de marcas negras parietales repartidas por varias zonas de la cavidad.

Dos huesos humanos, un grano de cereal, los restos orgánicos -presumiblemente cuero- adheridos al reverso de una de las placas de cinturón y un hueso de gallina[25] han sido datados por ^{14}C AMS, ofreciendo fechas entre los siglos VII y IX.

Muestra	Edad BP	Cal 2 Sigmas AD	Material	Referencias
Poz-10412	1270±30	663-777 (725)	HUESO HUM.	Serna *et alii*, 2006
Poz-10414	1275±30	661-776 (722)	HUESO HUM.	Serna *et alii*, 2006
Poz-7526	1265±35	665-866 (732)	CUERO	Serna *et alii*, 2006
Poz-10413	1250±30	677-869 (739)	CEREAL	Serna *et alii*, 2006
OxA-29210	1273±25	672-772 (721)	HUESO *GALLUS*	-

Las dataciones absolutas apuntan a un uso de la cueva a finales del siglo VII o, más probablemente, ya en el VIII, algo que corroboran las cronologías de buena parte de los materiales recuperados, especialmente las proporcionadas por los broches de cinturón. Ese uso es, indudablemente, de tipo sepulcral, pudiendo excluirse cualquier otro tipo de utilización, a tenor de las características de la cavidad y del propio registro arqueológico.

[25] La identificación de la especie, un tipo arcaico de gallina, de pequeño tamaño, fue realizada por I. Fombellida (2005)

CUDÓN (CUDÓN, MIENGO)

La cueva de Cudón se localiza muy cerca del casco urbano de la localidad de la que toma su nombre, en el municipio de Miengo. Su boca principal, de grandes dimensiones, quedó completamente cegada en un momento indeterminado del pasado, siendo su única forma de acceso hasta el momento de su descubrimiento, en 1928[26], una sima abierta en el techo de la cavidad, de aproximadamente 4 m de profundidad. La cueva tiene cerca de 2 km de desarrollo, con una galería principal de buenas dimensiones de la que parten varias galerías laterales menores que, a su vez, terminan en nuevas salas o laminadores. Existe otra entrada, también cegada, en el extremo opuesto a la principal.



Interior de la cueva

Excavada de forma incontrolada -aunque no tanto como se ha contado, como veremos más adelante- en los momentos inmediatamente posteriores a su descubrimiento y bajo los auspicios -y con el dinero- de un acaudalado jándalo[27] retornado a la localidad, Nicanor Balbontín, la cueva ha sido objeto de interés tanto espeleológico como arqueológico prácticamente desde entonces (*vid*. Muñoz *et alii*, 1991). En las distintas visitas y exploraciones realizadas a lo largo de los años se han recogido materiales arqueológicos en diferentes zonas de la cavidad, algunos de ellos pertenecientes al periodo que nos ocupa. Destacan, finalmente, las prospecciones llevadas a cabo por el

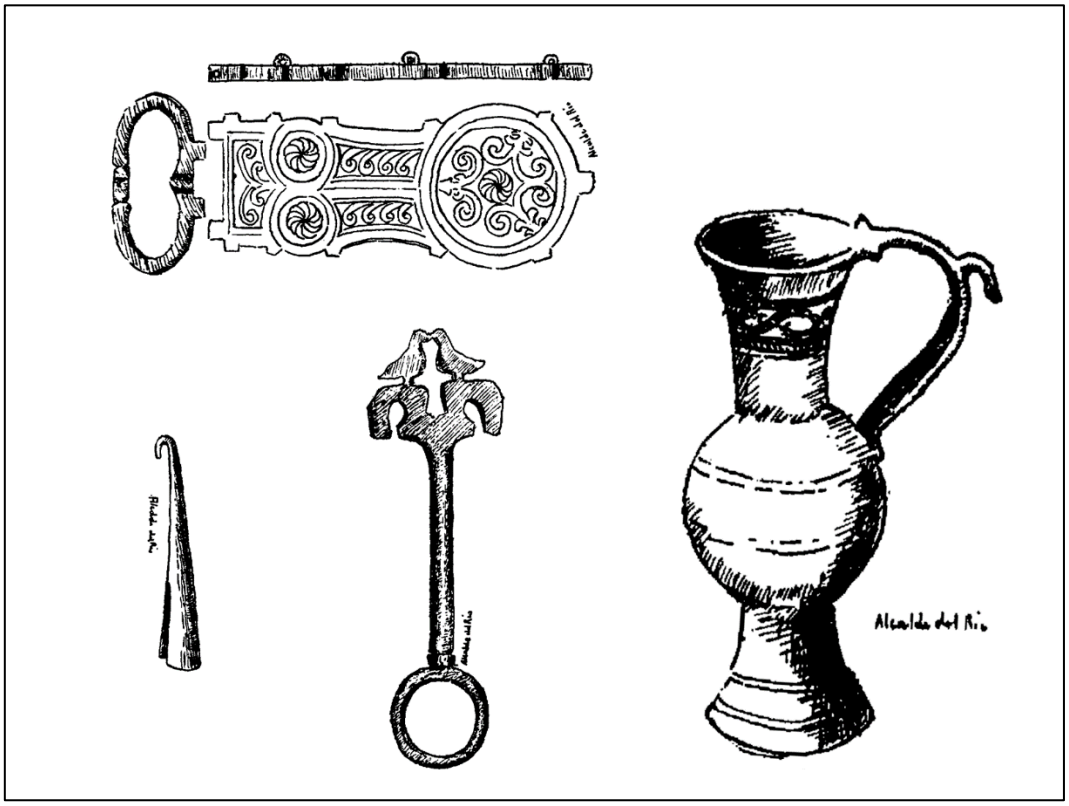
[26] Momento en el que se reabrió la boca original merced a una excavación incontrolada que pretendía hacer accesible la cueva a futuras visitas turísticas.

[27] En Cantabria se denomina "jándalos" a los montañeses que emigraron a Andalucía y retornaron a sus localidades de origen después de haber hecho fortuna en aquella región.

CAEAP en los años 80, en el transcurso de las cuales se documentaron numerosas evidencias de arte rupestre a añadir a las que ya habían sido señaladas por Breuil y Obermaier.

Los materiales de época visigoda descubiertos en la cueva de Cudón lo fueron, en su gran mayoría, durante la excavación que siguió a su descubrimiento y se encuentran en paradero desconocido en la actualidad. Fueron objeto de una muy somera publicación por parte de H. Alcalde del Río en 1934, hasta ahora prácticamente la única fuente de información sobre ellos.

Entre los objetos publicados por este investigador (Alcalde del Río, 1934) destaca, en primer lugar, una placa de cinturón de bronce de tipo liriforme, perteneciente al Nivel V de Ripoll y fechable entre mediados del siglo VII y todo el VIII. Se trata de una pieza muy característica -con sus tres campos circulares con otros tantos umbos radiados en su interior y un tamaño respetable. Aunque la placa se recogió sola, sin hebilla ni hebijón, la aparición entre el conjunto de materiales de un ejemplar de las primeras con un tamaño compatible con el de la placa llevó a Alcalde del Río a proponer que ambas formasen parte de la misma guarnición de cinturón. Aunque esa conjetura podría ser correcta, hay que señalar que el tipo de hebilla -ovalada- no se corresponde con el más habitual -en forma de D- en una pieza de este tipo, por lo que también se abre la posibilidad de que nos encontremos ante objetos pertenecientes a dos broches diferentes.



Algunos de los materiales recuperados en Cudón, según Alcalde del Río (1934)

El jarrito de bronce procedente de la cueva fue clasificado por P. Palol (1950) en el Tipo IV de su tipología y se fecharía en el siglo VII. Un detalle muy interesante y que suele

pasar desapercibido son las evidencias que presentaba esta pieza "de haber sufrido la acción del fuego" (Alcalde del Río, 1934: 154). En principio parece poder descartarse una explicación utilitaria para unas señales de ese tipo en un contenedor de líquidos, lo que abre la posibilidad a otro tipo de interpretaciones. Como ya se ha señalado, tanto en Riocueva como en Las Penas, determinadas partes de los esqueletos, así como el grano, también sufrieron "la acción del fuego", en el marco de lo que hemos interpretado como prácticas de tipo necrofóbico. A partir de esos paralelos se puede plantear, de modo hipotético, que ese tipo de quemas post-sepulcrales -sobre las que se tratará con detalle en otro apartado- también pudieron haber tenido lugar en la cueva de Cudón. En el interior del jarrito se localizaron, junto a algunos clavillos de hierro, varios fragmentos de otro objeto de aleación de cobre con decoración calada y forma circular. Otra pieza destacada es un pequeño "osculatorio" de bronce[28], con un remate formado por dos palomas afrontadas que dejan entre ellas un hueco con forma de cruz. Se trata de un objeto para el que se han propuesto distintas interpretaciones y que se ha considerado relacionado con el trabajo textil, concretamente como una pequeña rueca (*Vid.* Gutiérrez y Hierro, 2010: 268-270).



Marcas negras parietales

[28] Damos por hecho que ése sea el material del objeto, por comparación con los abundantes ejemplares del mismo tipo conocidos. Sin embargo, otro testimonio de la época lo describe como "hierrecillo" (*vid. infra*), lo que plantea la posibilidad de que se tratase en realidad de un objeto de hierro, aunque parece poco probable que fuera así.

La relación de Alcalde del Río termina con la mención a un pequeño gancho de bronce con enmangue tubular, que hemos interpretado como un elemento relacionado con el trabajo textil, concretamente un gancho de huso (*Ibidem*: 268) y a la cazoleta de una cucharilla del mismo material, de un tipo corriente en época romana y tardoantigua, con una forma que a su publicador le recordaba a las valvas de los mejillones y con un nervio a lo largo del reverso. Finalmente, su trabajo incluye una lámina con varios objetos de hierro, descritos de forma genérica como "útiles de trabajo, asociados a pequeñas asas o agarraderas de indescifrable uso" (Alcalde del Río, 1934: 159), en la que se aprecian lo que parece un hacha barbada de pequeño tamaño, otro recto algo mayor, dos azuelas, una posible hacha-pico, dos azadas, un bocado de caballo, dos probables hebillas y lo que parece un encendedor de chispa o *briquet*.

Como ya se ha comentado, se desconoce qué fue de ese conjunto de materiales, habiéndose perdido su pista prácticamente desde el momento de su publicación. Tras releer detenidamente el artículo de Alcalde del Río, no parece que los materiales que publica hayan estado en ningún momento en su poder, sino que se limitó a estudiarlos *in situ*, en el lugar en el que el dueño de la finca en la que se localizaba la gruta los guardaba exponía[29] (*Ibidem*: 153 y ss.). Algo que hace que su eventual localización, a estas alturas y por desgracia, sea poco menos que imposible[30].

La investigación realizada para este trabajo sobre el paradero de los materiales no ha conseguido dar con estos, como era de esperar, pero sí ha desembocado en un hallazgo de cierta importancia para la historia del yacimiento: una serie de artículos publicados a finales de los años 20 en el diario santanderino "El Cantábrico", en la sección "Las mil y una tardes" y firmados por periodista y escritor cántabro Fernando Segura Hoyos bajo el pseudónimo "Nostradamus" (Bartolomé y Pérez Avellaneda, 2014: 34). Éste, amigo personal de Nicanor Balbontín, dedicó a la cueva y a los materiales procedentes de ella varios escritos de prensa en los que ofrece una valiosa información sobre ambos y da una visión complementaria, cuando no contraria, a la que hasta ahora era única, la de Alcalde del Río[31].

[29] Lo que parece confirmar la noticia publicada en el diario El Cantábrico el día 31 de marzo de 1932 con el título "La caverna de Cudón. Debemos dejar que la estudien los sabios y la visiten los turistas", en la que se mencionan los objetos metálicos hallados en la cueva entre los que guardaba y exponía en su casa el dueño de la finca y patrocinador de la excavación del yacimiento.

[30] En 1939 fueron enviados algunos vocales de la Comisión de Monumentos de Santander a Cudón para interesarse por el paradero de los objetos procedentes de la cueva y que formaban parte de la colección de Nicanor Balbontín, que llevaba entonces varios años fallecido, según quedó recogido en un acta con fecha del 20 de mayo de ese año: "Al mismo tiempo se acordó que algunos de los vocales fuesen al pueblo de Cudón para informarse directamente del testamento legado por Dn. Nicanor Balbontín (…) y además por conocer el destino que este señor había dado a los objetos prehistóricos procedentes de la gruta de Cudón, que él había explorado extra-oficialmente y sin la debida autorización". La ausencia de más noticias al respecto parece indicar que no tuvieron éxito en sus pesquisas.

[31] De hecho, tras leer la publicación de éste de 1934 se saca la impresión de que la cueva fue saqueada sin consideración ninguna por un grupo de desalmados ávidos de dinero y del afán de rentabilizar turísticamente el hallazgo, todo ello sin el conocimiento de las autoridades en la materia y, obviamente, con total ausencia de metodología arqueológica. Sin embargo, de la lectura de esta serie de artículos se

En varios de esos artículos se enumeran algunos de los materiales no prehistóricos recuperados en la cueva: "hierros oxidados, instrumentos cortantes, armas arrojadizas" se mencionan en uno de ellos[32]; "muchos utensilios de hierro, dardos, picos, hachas, azadas y algunos otros objetos" en otro[33]. Materiales que incluyen los que pueden verse en la lámina publicada por Alcalde del Río pero entre los que también se citan armas, como las puntas de jabalina. También consta la presencia de varios fragmentos de un molino rotatorio[34] y de un campano de cobre, ninguno de los cuales fue citado por Alcalde del Río en su publicación[35]. Que el campano estuviese "incrustado en un trozo de madera podrida" parece excluir en principio su uso como esquila para alguna res que se perdió en la cueva y abre la posibilidad de algún otro tipo de función para estos objetos, cuya presencia está atestiguada en yacimientos similares, como Cueva Foradada o la cueva del Pic d´Alian (*vid. infra*).

Llama la atención la mención a un "punzón de hueso perfectamente pulido" para el que sus descubridores descartaron una cronología prehistórica e interpretaron como un posible estilo para escribir y que quizá podría relacionarse con los del mismo tipo hallados en las cuevas del Portillo del Arenal y El Linar (*vid. infra*) y que hemos interpretado como punzones de tejedora (Gutiérrez y Hierro, 2010: 270-275). De ser así, se trataría del sexto útil de ese tipo recuperado en Cantabria, siempre en contextos subterráneos, aunque resulte imposible confirmar el dato.

El resto de materiales de época visigoda, recogidos en superficie durante visitas y prospecciones posteriores, son, básicamente, fragmentos de cerámica. Uno de ellos, perteneciente a una olla de "perfil en S" con decoración de pequeños hoyuelos o digitaciones alineadas en la zona del cuello y recuperado en la segunda galería de la

desprende que esa impresión ha de ser matizada de forma considerable, ya que el propio Alcalde del Río asesoró a Nicanor Balbontín sobre cómo debían llevarse a cabo los trabajos, visitó la cueva en varias ocasiones y estudió los materiales, que parecen haber estado a su disposición sin ninguna traba. Encontramos un ejemplo en el artículo del 15 de marzo de 1929, donde podemos leer lo siguiente: "Díjome don Nicanor que esta excavación fue hecha por indicación del sabio especialista en cuevas don Hermilio Alcalde del Río, que ha podido estudiar así las diversas capas, de tierras y de cenizas, pertenecientes a los distintos periodos de la Edad de Piedra". Además, el propio Jesús Carballo también estuvo en contacto directo con el yacimiento y con el responsable de la excavación incontrolada (o no tanto, según se ve ahora), yacimiento que fue visitado por figuras de la arqueología de la época como Breuil. Ni que decir tiene que los responsables del patrimonio regional de entonces, Alcalde del Río y Carballo entre ellos, reunidos en la Comisión Regional de Monumentos, elogiaron la actuación de Balbontín en la cueva, al que agradecieron "el celo tenido en su conservación" (El Cantábrico, 8/11/1928).

[32] El Cantábrico, 24/10/1928, Las mil y una tardes .

[33] El Cantábrico, 4/9/1929, Las mil y una tardes.

[34] "Ya vio don Hermilio aquella piedra de molino hecha pedazos, junto a la cual fue hallado un tosco mecanismo de hierro, deformado por la oxidación, que debió de servir para que ese molino funcionase". No parece probable que ese objeto de hierro tuviera relación directa con la piedra de molino, siendo ésta una mera elucubración de Alcalde del Río.

[35] "Y vio también don Hermilio un campano de cobre incrustado en un trozo de madera podrida, y separó la madera del cencerro, y éste se hacía trizas a la menor presión, porque el tiempo había convertido en fragilidad de cristal la dureza del cobre".

izquierda, ha proporcionado una fecha de Termoluminiscencia de los siglos V-VI (Peña, 2006a).

Muestra	Edad BP	Intervalo AD	Material	Referencias
UAM-10023T	1501±97	408-602	CERÁMICA	Peña, 2006a

Otro, una pequeña orza sin decoración recogida en el "Laminador de las Pinturas", guarda un gran parecido con otros recipientes similares procedentes de la necrópolis alavesa de Aldaieta (Azkarate, 1999: 212-214, 174-179), lo que ha llevado a considerarlo de la misma cronología que el anterior (Peña, 2006a).

Las muestras de marcas negras en las paredes son abundantes a lo largo de la cueva, habiéndose señalado ya su existencia por el propio Alcalde del Río (1934: 151). Recientemente, en el marco de un estudio acerca del arte parietal de la gruta (Montes, 2016) se han realizado dos dataciones absolutas de sendas marcas carbonosas. Los resultados de ambas muestran dos momentos distintos de realización, algo corroborado por el estudio estilístico. El primero se situaría entre el siglo V y el VII, en época visigoda, mientras que el siguiente, más tardío, se mueve en un intervalo entre el siglo VIII y el XI; aunque en este caso podríamos encontrarnos ante un resultado alterado por la ya mencionada alta concentración de carbono en la atmósfera documentada en la segunda mitad del siglo VIII.

Muestra	Edad BP	Cal 2 Sigma AD	Material	Referencias
Poz-47232	1500±60	427-646 (554)	Carbón ind.	Montes, 2016
Poz-47235	1120±70	765-1030 (908)	Carbón ind.	Montes, 2016

En cuanto al carácter de la ocupación de la cueva en época visigoda carecemos por el momento de evidencias en ningún sentido, aunque es probable que la boca principal estuviese colmatada en aquellos momentos y que, por tanto, pueda descartarse un uso de la gruta como lugar de habitación: para llegar a la zona en la que se localizaron los materiales habría que recorrer gran parte de la cueva, a la que únicamente podría accederse a través de una sima o de la segunda boca, también casi completamente cegada y a una considerable distancia de la primera. Existen además algunas evidencias de que la cavidad pudo tener un uso sepulcral, ya que Alcalde del Río (1934: 152-153) señala haber observado entre las tierras extraídas de la cavidad "varios huesos que nos dieron el convencimiento de ser pertenecientes a varios individuos de la especie humana". Y también afirma que su descubridor le comunicó que el jarrito apareció asociado a huesos humanos. Ahora es posible ratificar y ampliar esa información, ya que conocemos el testimonio sobre ese particular de Nicanor Balbontín, que corrobora lo dicho sobre el

jarrito y añade al conjunto presuntamente funerario el "osculatorio"[36]. En cualquier caso, hay que señalar que dicha asociación, la del jarrito y el "osculatorio", parece muy dudosa, dadas las distintas cronologías comúnmente aceptadas para ese tipo de objetos; salvo que, como veremos más adelante, ambos objetos formasen parte de un miso conjunto de materiales metálicos oculto en la cueva.

[36] "Nos llevó a otra habitación y allí vimos los hallazgos curiosísimos. Una jarrita de bronce, cubierta de cardenillo y de tierra petrificada, y un hierrecillo labrado, que viene a ser un anillo con una prolongación rematada por dos palomitas pico con pico (…) Nos dijo don Nicanor que estos objetos han sido hallados en un rinconcito que debía de ser una sepultura, en la que había una masa de tierra y de huesos triturados" (El Cantábrico, 24/10/1928, Las mil y una tardes).

ÑOBRE (CARAVIAS, MIENGO)

La cueva de Ñobre o de Caravias (Gutiérrez Cuenca y Hierro, 2010-2012) se localiza en terrenos del barrio de este último nombre, muy cerca del núcleo urbano de Cudón, en Miengo, al que pertenece. Tiene una boca de pequeño tamaño, orientada al noreste y que se abre en la ladera occidental de una gran dolina. La cueva cuenta con una única gran sala, de piso descendente y en cuyo fondo se abre una sima de hundimiento de 3 m de profundidad, así como con otra galería situada a un nivel superior, corta y estrecha, a la que se accede por un laminador situado a unos 8 m de la boca.

La cueva fue descubierta y explorada en los años 80 del siglo XX por el CAEAP, quien recogió materiales cerámicos en varias zonas de su interior, incluido el fondo de la sima, algunos de ellos aparentemente asociados a restos humanos. En el año 2010 fue una de las cavidades seleccionadas para el muestreo y datación de huesos humanos en el marco del Proyecto Mauranus.

Las cerámicas de la cueva de Ñobre que interesan a este trabajo son, principalmente, varios fragmentos de una misma vasija que ha podido ser parcialmente remontada y que se corresponde con una orza a torneta, de pasta grosera, color marrón-anaranjado y labio biselado, que podría ser de cronología tardoantigua o altomedieval. Además, algunos galbos pertenecientes a vasijas elaboradas a torneta observados en superficie durante la visita del año 2010 podrían compartir esa cronología.



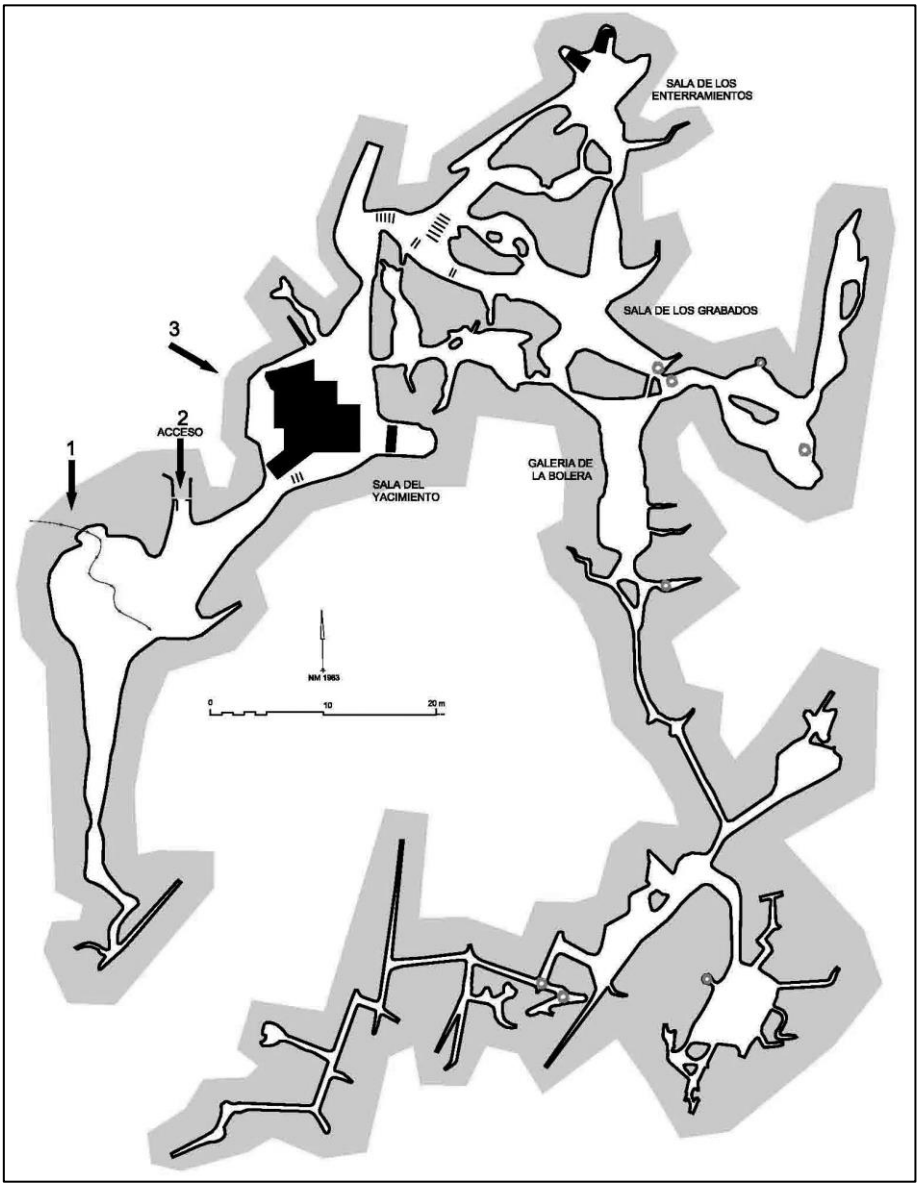
Boca de la cueva desde el interior

La datación de una muestra de hueso humano perteneciente a un individuo adulto, sin embargo, ha proporcionado una fecha radiocarbónica del Calcolítico[37], por lo que, por el momento, puede descartarse la asociación directa entre la cerámica tardoantigua y los restos humanos y, por tanto, la utilización de la cueva con fines sepulcrales en época visigoda. Habría que pensar, pues, en algún otro uso, quizá relacionado con la explotación económica del entorno inmediato de la cueva.

[37] Poz-39138: 4210±40

EL JUYO (IGOLLO, CAMARGO)

La cueva del Juyo se localiza en el paraje del mismo nombre[38], en el pueblo de Igollo, perteneciente al término municipal de Camargo. Su boca actual, acondicionada en los años 50, cuando se descubre la cavidad, se encontraba obturada de antiguo por un derrumbe, al igual que la que fue la entrada original, mucho más amplia y que daba paso a la Sala del Yacimiento, el vestíbulo entonces. El único acceso practicable desde que esas bocas quedaron clausuradas fue un pequeño desagüe de una corriente subterránea, que cuando estaba seco permitía el paso al interior. Y precisamente por ahí fue por donde se introdujeron en la cueva sus descubridores, en 1953.



Plano de la cueva, según V. Fernández Acebo (González Echegaray y Freeman, 2015)

[38] El nombre "Juyo" tienen una curiosa historia etimológica, ya que resulta de la castellanización del topónimo montañes "Hoyu" –"Joyu", con aspiración de la h- y con un paso intermedio "Huyu"/"Juyu". Ese "joyu" (hoyo) no es otro que la dolina en la que se abre la cueva. La cueva de la Venta del Cuco (*vid. infra*) se abre también en una dolina llamada "la Joya de la Casa".

El yacimiento (*vid*. González Echegaray y Freeman, 2015), excavado inicialmente por P. Janssens y J. González Echegaray -con la colaboración de otros arqueólogos, como L. G. Freeman o I. Barandiarán más tarde- es muy conocido en el mundo de la investigación sobre el Paleolítico peninsular. A él hay que sumar hallazgos aislados de la Prehistoria Reciente, como un puñal de la Edad del Bronce y algunas cerámicas posiblemente asociadas a este último.

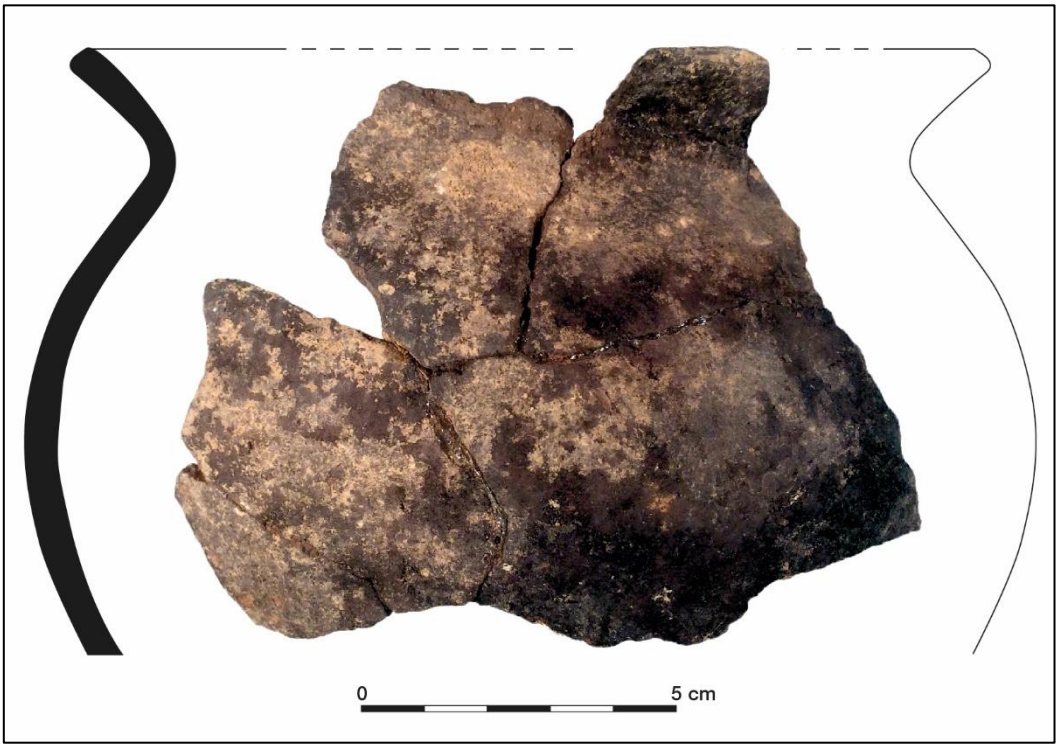
En lo que interesa a este trabajo, hay que señalar que los restos de época visigoda se localizaron en el mismo momento del descubrimiento de la cueva, en una sala interior -Sala de los Enterramientos- situada a unos 80 m de la boca (Maza, 1957: 103; Janssens y González Echegaray, 1959: 9-10). La versión más reciente del hallazgo y en la que se ofrecen más detalles, dentro de la parquedad general, es la publicada en 2015, en el último -y póstumo- gran trabajo sobre el yacimiento. Según lo contado en él (Freeman y González Echegaray, 2015: 68), los restos humanos consistían concretamente en cuatro cráneos: uno de mujer y tres de niño y se encontraban en superficie. El primero estaba acompañado por varias cuentas de collar de vidrio de colores, cuentas que fueron examinadas por J. Martínez Santaolalla, quien las consideró propias del siglo V, entre finales de la época tardorromana e inicios de la visigoda. Parece probable que, además de los cráneos, sin duda la parte más llamativa del esqueleto, hubiera otros restos humanos en la sala que no se mencionan. De no ser así no tendría ningún sentido la presencia del collar, sin un cuello al que acompañar. En cualquier caso y dado que no parece que esa parte de la cueva haya sido objeto de excavación, sólo una nueva intervención en la zona podría arrojar algo de luz al respecto. Hay que señalar que tanto los cráneos como las cuentas se encuentran en paradero desconocido en la actualidad, aunque las segundas se guardaban en el museo a finales de los años 50 (Maza, 1957: 103). Otros posibles elementos de época visigoda procedente de esta cueva son varios fragmentos de cerámica[39] que, una vez remontados, han permitido reconstruir el perfil de una olla de "perfil en S".

También se ha señalado la presencia de marcas negras parietales –"trazos lineales de color negro"- en las galerías más profundas de la cueva, así como de abundantes carbones y "señales de fuego" a sus pies (Janssens y González Echegaray, 1959: 11). Durante los trabajos de revisión del arte parietal de la cavidad, que se llevan a cabo por parte de R. Wanderley y C. González Sáinz desde 2019, se ha documentado la presencia de varias estructuras, aparentemente tumulares, en una zona interior de la cavidad, una de ellas cubierta por una extensa capa de granos de cereal -mijo y/o panizo- carbonizado.

La primera interpretación del yacimiento fue, sin duda, una de las más pintorescas para este tipo de hallazgos. Lo extraño del contexto -una zona muy interior de una cueva- y de los restos presentes -cráneos de mujer y niños- llevó a los investigadores a buscar una explicación para él y propusieron que se trataba de un "sacrificio ritual", lo que

[39] Según las etiquetas de la excavación, proceden del Nivel 4 de la Trinchera I.

demostraría la pervivencia del paganismo en estas latitudes en momentos tan avanzados de nuestra historia como la época visigoda (González Echegaray, 2004: 273).



Olla de “perfil en S” de El Juyo

CUEVA DEL PORTILLO DEL ARENAL (VELO, PIÉLAGOS)

La cueva del Portillo del Arenal (Crespo *et alii*, 2007: 198) se localiza en la zona que le da nombre, en el barrio de Velo, en Piélagos. Su boca, de reducidas dimensiones, se abre en la parte alta de una pequeña elevación caliza ocupada en la actualidad por una plantación de eucaliptos y da paso, casi inmediatamente, a una sima de cerca de 3 m de profundidad por la que se accede al resto de la cueva. Al pie de la sima, a la izquierda, se sitúa una sala amplia, la Sala Sepulcral, mientras que a la derecha se abre una galería descendente de buenas dimensiones, la Galería de los Derrubios. Desde una oquedad en la pared de ésta y a través de un paso elevado –que fue abierto rompiendo, en un momento indeterminado, una columna que lo bloqueaba- se accede a una gran galería situada en un piso inferior, la Galería de los Caballos, de trazado sinuoso y varias decenas de metros de desarrollo. Fue descubierta y explorada por el CAEAP y el GEIS C/R en los años 80 del siglo XX y objeto de una intervención arqueológica, consistente en la documentación y recogida de materiales, dirigida por E. Muñoz y J. M. Morlote a mediados de los 90 (Muñoz y Morlote, 2000).



Boca de la cueva desde el pie de la sima

La cueva contiene un importante yacimiento sepulcral de la Prehistoria Reciente, con varios momentos de utilización en el Neolítico y el Calcolítico (*Ibidem*; Muñoz *et alii*, 2007: 45-50; Gutiérrez Cuenca y Hierro, 2010-2012: 272-273). En estos periodos han sido fechadas por ^{14}C AMS cinco muestras tomadas de otros tantos individuos, así como dos grandes vasos ovoides con decoración plástica por Termoluminiscencia; e incluso uno de ellos también por radiocarbono.

El estudio de los restos humanos (Prieto, 2017) ha establecido un número mínimo de once individuos: uno de alrededor de dos años de edad, dos juveniles y ocho adultos, de los

que seis serían de sexo femenino y cuatro masculinos. Llama la atención que una pequeña parte de los huesos, significativamente fragmentos de cráneos y maxilares, presenten huellas de la acción del fuego, algo que hemos visto también, de forma mucho más clara, en Riocueva y Las Penas. También hay que resaltar la existencia de una lesión con supervivencia en una tibia, provocada por un objeto con filo. De tratarse éste de un arma de metal, podría descartarse una cronología neolítica -y considerar poco probable la calcolítica- para ese hueso, acercándole a momentos históricos.

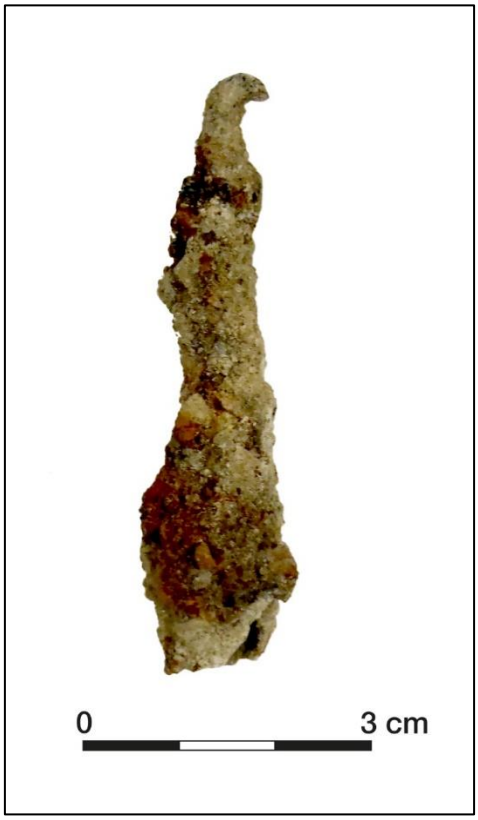


Placa de hierro damasquinada antes de su restauración

Los materiales que nos interesan en este trabajo son numerosos y variados y se reparten por cuatro zonas de la cavidad (Valle *et alii*, 1998: 40 y ss.). La mayor parte de ellos se recogió en la plataforma llana situada al pie de la sima de acceso y al inicio de la Sala Sepulcral. De ese lugar proceden numerosos restos de cerámica pertenecientes a al menos siete vasijas, la mayor parte de ellas ollas de "perfil en S" realizadas a torneta y de color pardo negruzco. Una de ellas, conservada casi completa, presenta una decoración en la zona de hombro, a base de líneas incisas rectas y onduladas que se entrecruzan, muy característica de las producciones tardoantiguas de ese tipo. Destaca, además, una ollita con asa y labio biselado, de color ladrillo y decorada en todo el cuerpo con un estriado grueso irregular. Hay que señalar, además, la presencia de parte de otra vasija con

decoración pintada, que en principio habría que llevar a momentos más avanzados de la Edad Media.

Junto a la cerámica, tres objetos relacionados con el atuendo: una placa de cinturón liriforme y una hebilla circular. Ambas son de hierro, aunque la primera contaba con una profusa decoración geométrica damasquinada en latón y plata en gran parte perdida, y cuentan con buenos paralelos en otros yacimientos de época visigoda. La cronología de la placa liriforme, perteneciente a un broche del Nivel V de Ripoll, es de los siglos VII-VIII, mientras que la de la hebilla circular puede alargarse, hacia atrás, hasta el VI[40]. Cuatro cuchillos de hierro de un solo filo y pequeño tamaño, tres ganchos de huso, una paleta o atizador y varios clavos, punzones y clavijas del mismo metal completan el grupo de objetos relacionados con el instrumental, a lo que hay que añadir los restos los flejes metálicos de al menos un caldero de madera, así como otros restos metálicos de difícil interpretación[41]. Durante los trabajos de revisión de materiales en el MUPAC con motivo de este trabajo se han localizado la hebilla y el hebijón, de hierro y con decoración damasquinada, que completarían un broche junto con la placa citada.



Gancho de huso sin restaurar

[40] Aunque en un trabajo anterior la relacioné con las hebillas tardorromanas de Tipo Olmeda (Hierro, 2011), de las que este tipo de objetos podrían ser herederos, lo cierto es que esa cronología tan antigua desentona con el resto de materiales y el conocimiento de paralelos claros de época visigoda ha permitido una reinterpretación y un mejor encuadre cronológico para la pieza (*vid. infra*).

[41] Se puede descartar la herradura de calzado en esta relación ya que, pese a haber sido considerada en trabajos anteriores como de época visigoda (Hierro *et alii*, 2006; *Ibidem*), su revisión para este trabajo permite considerarla como de época contemporánea, como se razonará en otro apartado.

Del fondo de la Sala Sepulcral, por su parte, proceden otros tres objetos: una placa liriforme, un terminal de correa, ambos de aleación de cobre, y un *briquet* de hierro. La primera, que conserva importantes restos de cuero adheridos en el reverso, es de tipo liriforme y, como la anterior, se inscribe en el Nivel V de Ripoll y se fecha en los siglos VII-VIII. El segundo es una pieza no muy común pero que cuenta con paralelos en los mismos ambientes y cronología que la placa y que, muy probablemente, formaba parte junto con ella -y las otras dos piezas perdidas del broche al que pertenecía- de una misma guarnición de cinturón.

Al fondo de la Sala de los Derrubios y sin relación directa con otros restos, aunque asociados a varias concentraciones de carbones[42], se encontraron tres punzones de tejedora de hueso, un tipo de instrumento usado en los telares verticales en la Alta Edad Media (Gutiérrez Cuenca y Hierro, 2010; Garrido *et alii*, 2014) y que podrían ser algo posteriores en el tiempo al resto de materiales de esos momentos presentes en la cueva. Y, finalmente, de la Galería de los Caballos procede un pequeño objeto con forma de sierra que ofrecía dudas a sus publicadores acerca de su cronología pero que guarda un parecido más que razonable con instrumentos textiles altomedievales, concretamente peines de telar, por lo que lo tendremos en cuenta en este trabajo.

A lo largo de toda la cueva existen numerosas marcas negras parietales, así como cubetas con carbones y restos de pequeñas hogueras, siendo más abundantes todos ellos en la Galería de los Caballos.

Dos dataciones absolutas por ^{14}C AMS, obtenidas de una de esas marcas negras y de un carbón de una hoguera remiten a inicios de la Alta Edad Media, concretamente a un intervalo entre los siglos VII y X.

Muestra	Edad BP	Cal 2 Sigma AD	Material	Referencias
AA-20045	1230±40	683-887 (787)	CARBÓN	Muñoz y Morlote, 2000
AA-29649	1195±56	688-968 (827)	CARBÓN	Muñoz y Morlote, 2000

Otra muestra, tomada de la olla de "perfil en S" decorada, datada por Termoluminiscencia, ha ofrecido una fecha tardoantigua, de entre los siglos IV y VI.

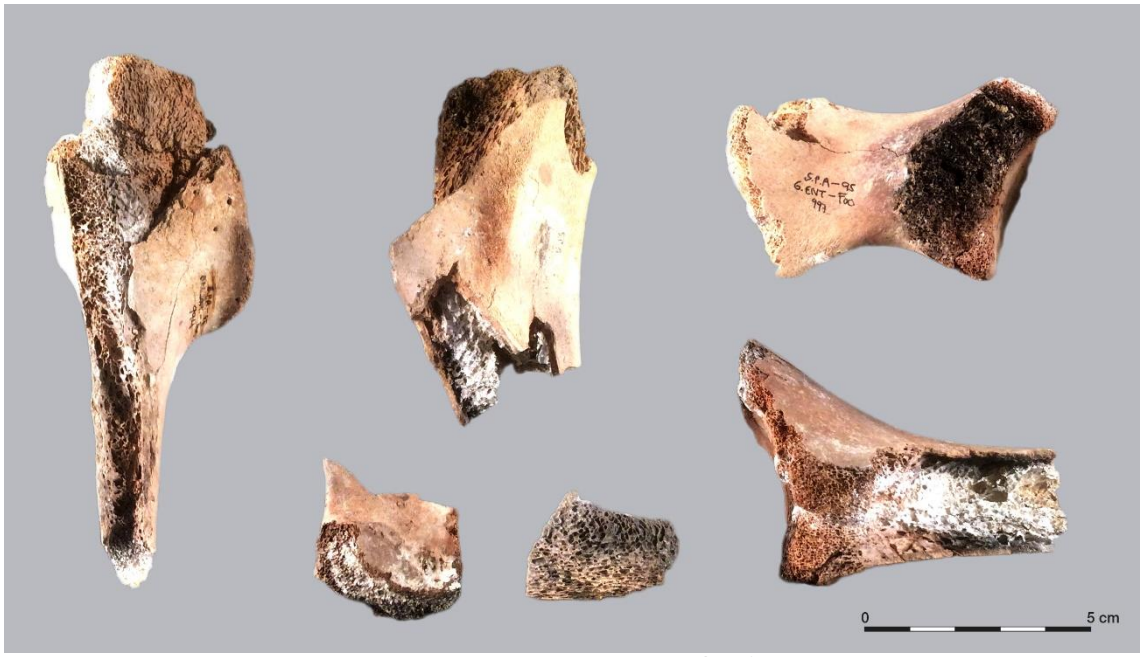
Muestra	Edad BP	Intervalo AD	Material	Referencias
MAD 670	1578±125	297-547	CERÁMICA	Muñoz y Morlote, 2000

Por su parte, la cronotipología de los materiales de época visigoda, significativamente los broches de cinturón, señala los siglos VII-VIII como momento más probable de uso de la cueva, aunque podría alargarse incluso hasta inicios del IX. Esas fechas más tardías

[42] Una de ellas (*vid. infra*) fue datada por ^{14}C AMS en torno a finales del siglo VIII (1230±40 BP).

encajarían mejor con algunos de los restos, como la cerámica pintada o los punzones de tejedora, siempre que no contemplemos varios episodios de utilización de la cavidad y consideremos uno solo o varios muy poco separados en el tiempo.

Aunque, hasta la fecha y como hemos visto, no se hayan localizado restos humanos datados en época visigoda que puedan relacionarse directamente con los materiales de esa cronología, seguimos considerando que la opción de un uso sepulcral de la cueva en los siglos VII-VIII es la más probable. Esos materiales, significativamente los relacionados con el atuendo y el adorno personal u *ornamenta*, encuentran su mejor explicación si pensamos en la existencia de "inhumaciones vestidas" en el interior de la cueva, muy poco apta de por sí para otro tipo de utilizaciones por sus propias características.



Huesos humanos con huellas de exposición al fuego

Como veremos más adelante en este mismo apartado, la "convivencia" de enterramientos de la Prehistoria Reciente y de época visigoda en una misma cueva no es extraña. En todo caso, serían necesarias nuevas dataciones para confirmar de una vez esta hipótesis, centrando la toma de muestras, a partir de otros paralelos conocidos, en los individuos infanto-juveniles, en el hueso con evidencias de una herida provocada por un instrumento afilado y en aquellos otros afectados por la acción del fuego.

EL CALERO II (ARCE, PIÉLAGOS)

La cueva del Calero II (Crespo *et alii*, 2007: 183-184) se localiza en el paraje del mismo nombre, en Barcenillas (Piélagos). Su boca, de poco más de 1 m de alto por 0,8 de ancho se abre en la parte baja de una pequeña colina, entre garmas calizas. Da paso a un vestíbulo de pequeño tamaño y piso descendente, parcialmente cerrado por un gran muro a base de bloques trabados con barro, que conduce a la galería principal, amplia y que se abre en una sala de buen tamaño en la primera parte de su recorrido, con una gran columna central. La cavidad, que cuenta con 220 m de desarrollo total, se va estrechando hacia el final de éste, terminando en una segunda entrada, obturada desde antiguo.



Boca de la cueva

Descubierta a principios de los años 90 del siglo XX por parte del CAEAP y el GEIS C/R, fue objeto de una intervención arqueológica no destructiva, dirigida por E. Muñoz y J. M. Morlote, por esas mismas fechas, que puso al descubierto un importante yacimiento arqueológico en su interior, con materiales y otro tipo de evidencias que van desde el Paleolítico Inferior hasta la plena Edad Media (Muñoz y Morlote, 2000: 264-265; Crespo *et alii*, 2007: 183-184).

Para el periodo que nos ocupa hay que señalar dos dataciones absolutas. La primera fue obtenida de una muestra de carbón procedente de una concentración sobre una estalagmita en la Gran Sala y nos remite a los siglos VII-IX. La segunda, tomada de una de las abundantes marcas negras parietales que adornan las paredes de la cueva, se sitúa en un intervalo entre la séptima y la décima centuria.

Muestra	Edad BP	Cal 2 Sigma AD	Material	Referencias
AA-29652	1265±60	655-889 (750)	CARBÓN	Muñoz y Morlote, 2000
AA-20047	1227±93	652-987 (803)	CARBÓN	Muñoz y Morlote, 2000

A estas dataciones hay que sumar la presencia en la cueva de un gancho de huso de hierro (Gutiérrez Cuenca y Hierro, 2010: 266), interpretado en el momento de su descubrimiento como una posible punta de proyectil (Muñoz *et alii*, 2007: 58), muy similar a los recuperados en otras cuevas cántabras con enterramientos de época visigoda, como las que acabamos de ver, Portillo del Arenal, Las Penas o Riocueva. También se localizó, en superficie, un gran cincel o formón, también de hierro.



Acumulación de carbones

Se ha detectado la presencia de restos humanos en algunas zonas de la cueva, como unos de la Gran Sala, asociados a los restos de un collar de *Triviae* y que por eso mismo han sido atribuidos al Neolítico (Muñoz y Morlote, 2000: 264). En esa misma zona, en una oquedad en la base de una columna, se localizaron los restos de dos individuos infantiles de muy corta edad, dándose la circunstancia de que sus huesos tuvieron necesariamente que ser introducidos en el hueco estando ya esqueletizados. Uno de ellos fue datado por ^{14}C AMS, ofreciendo una fecha de entre los siglos XII y XIV (*Ibidem*: 265), algo que se aleja significativamente de nuestro periodo objeto de estudio pero que plantea

interesantes interrogantes acerca del uso sepulcral de las cuevas en momentos más avanzados de la Edad Media.

En cuanto al tipo de utilización de la cueva en época visigoda, la ausencia de más elementos que los tres señalados más arriba impide hacer precisiones. Únicamente cabe señalar que la presencia de ganchos de huso en el resto de casos conocidos siempre se da en contextos funerarios, lo que podría estar indicando un uso sepulcral también aquí, aunque la ausencia de relación directa con restos humanos de ese objeto no permita plantearlo más que como posibilidad.



Hueso humano

LOS HORNUCOS (SUANO, CAMPOO DE SUSO)

La cueva de Los Hornucos se localiza en la localidad de Suano (Campoo de Suso), unos 6 km al suroeste de Reinosa. Su boca, de la que surge el arroyo de Ricueva, se abre en una vaguada boscosa al sur del pueblo, a poco más de 1 km de éste.



Boca de la cueva

Consta de una entrada de medianas dimensiones, con un primer paso entre el vestíbulo y la primera sala muy dificultoso -por lo estrecho y sinuoso- en tiempos, el conocido como Paso del Sapo, que fue ampliado artificialmente de forma notable durante los trabajos de excavación. La boca presenta la peculiaridad de haber estado bloqueada, al menos parcialmente, por lo que el propio Carballo describió como un "muro megalítico"[43], un cierre de piedra en seco con un hueco en la parte inferior, a modo de desagüe, para permitir la salida de la surgencia (Navarro, 1934: 226).

La cueva presenta un desarrollo lineal, con una única galería sinuosa que se va ensanchando, formado salas o "antros, en la terminología de la época, y que se bifurca en dos amplios ramales al final de su recorrido. El de la izquierda se convierte en una gran sala desde la que se accede a la Galería Prehistórica o de Los Cráneos, mientras que el de la derecha se va estrechando y desemboca en una sima. En ambos se localizaron restos humanos y cerámicas de la Prehistoria Reciente.

[43] Diario de excavación de J. Carballo (MUPAC). Entrada perteneciente al día 23 de septiembre.



Restos del muro de la boca

Fue reconocida por primera vez en 1901 por Luis de Hoyos Sáinz (1940: 101), quien recogió una vértebra humana en una de las salas más interiores. Sin embargo, no fue hasta la década de los 30 cuando comenzó a ser objeto de atención, tanto científica como popular. De la primera da fe la visita realizada por un grupo encabezado por C. Navarro y Morenés (1935), que reconoció gran parte de la cavidad, observó la presencia de restos de fauna y de granos de trigo carbonizados y recogió algunos fragmentos de cerámica prehistórica. De la segunda, una tristemente famosa en la época excursión de jóvenes de Villacantid[44] en busca del legendario tesoro que presuntamente escondía la cueva[45], un año antes que la anterior. Estos encontraron, al fondo de la cavidad, el paso hasta entonces

[44] La excursión y el consiguiente "hallazgo" recibieron una destacada atención mediática, incluso a nivel nacional. Informaron de ambos, por ejemplo, El Heraldo de Madrid (31-07-1934) y La Época (30-07-1934), mientras que La Voz (31-07-1934) recogió las primeras impresiones sobre el yacimiento de J. Carballo.

[45] La historia del tesoro oculto en Los Hornucos ha llegado hasta nuestros días, aunque modernizada. Desde hace un par de décadas corre el rumor de que expoliadores de la zona de Reinosa habrían encontrado, al fondo de la cueva, un ocultamiento de cientos o miles de monedas romanas. Aunque numerosos informadores de la zona aseguran la veracidad del hallazgo, hasta la fecha no existen elementos que permitan darlo como cierto. En relación con las historias de tesoros ocultos y relacionados con sitios arqueológicos en la zona, existe también en Suano la leyenda de la existencia de un pellejo de buey lleno de monedas de oro enterrado en el monte Endino, concretamente en la fortificación situada en su extremo más occidental. Dicha historia nos fue comunicada por un paisano del lugar a Enrique Gutiérrez Cuenca y a quien redacta esta nota a comienzos de los 2000, mostrándonos a la vez su escepticismo al respecto, ya que un sobrino suyo llevaba tiempo buscándolo con un detector de metales y no había conseguido encontrarlo.

desconocido a una galería sepulcral con numerosos restos humanos y algunas vasijas completas. Tanto parte de los primeros como varias de las segundas fueron extraídos de la gruta, descontextualizándose y sufriendo daños de consideración en algunos casos.

Las excavaciones dirigidas por J. Carballo (1935) tuvieron lugar en la primera sala de la cueva, inmediata al Paso del Sapo y permitieron recuperar un interesante lote de materiales de cronología tardoantigua y altomedieval. Además, algunas piezas de la Edad del Bronce, como un hacha plana, se recogieron en superficie algo más al interior. En la base del único nivel, aparentemente muy removido por las corrientes de agua, se localizaron dos monedas de bronce tardorromanas y fragmentos de vidrio, así como restos de lo que se interpretó como un enlosado con una canalización (Carballo, 1935: 245). A momentos tardorromanos pertenecen sin duda los fragmentos de *Terra Sigillata* Hispánica Tardía recuperada, así como algunos de los objetos metálicos; entre ellos, sin duda, el "botón" de bronce con base cuadrada.

Entre los materiales de época visigoda destacan en primer lugar dos guarniciones de cinturón en aleación de cobre. La primera era, en realidad, una placa de tipo liriforme de pequeño tamaño, sin hebilla ni hebijón. La segunda, por su parte, consistía en un broche de placa rígida al que le faltaba el extremo distal y también carecía de hebijón. En cuanto a su cronología, la primera placa pertenece al Nivel V de Ripoll (1998) y puede fecharse entre mediados del siglo VII y todo el VIII mientras que el segundo podría ser anterior y clasificarse en el Nivel IV de esa misma autora, de finales del siglo VI e inicios del VII, aunque también podría ser algo posterior.

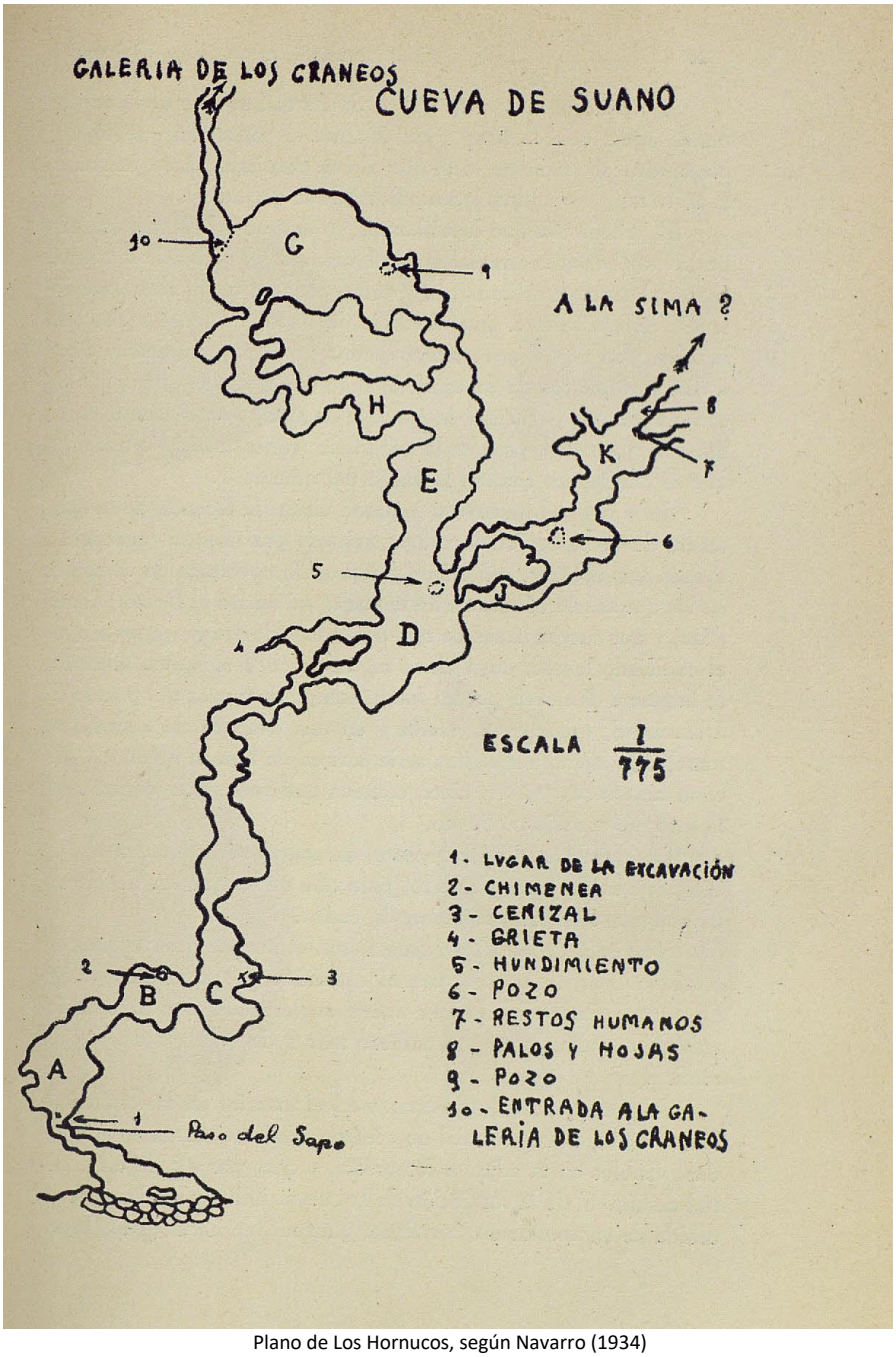
Un fragmento de un posible mango de patena de bronce rematado en una cabeza de bóvido también puede ser atribuido a esta cronología, así como una cucharilla del mismo material, sin decoración y de un tipo relativamente común en contextos hispanovisigodos (Elorza, 1988). Un cacillo de pequeñas dimensiones y un objeto alargado, identificado como una posible empuñadura pero que es, en realidad, el mango de un recipiente, también en aleación de cobre, pueden ofrecer alguna duda más, dada su indefinición tipocronológica.

En cuanto a los objetos de hierro, muy numerosos y en muy mal estado de conservación ya en el momento de su hallazgo, se citan punzones, "hojas de puñal", clavos, un formón y un serrucho (Navarro, 1934: 231; Carballo, 1935). Luis de Hoyos (1940: 8) también menciona la presencia de una espada corta, algo que refrenda Carballo en su diario[46], donde al dibujo de un objeto de ese tipo -con un filo tan marcadamente curvo que le lleva a interpretarlo en un principio como una gumía[47]- y a sus medidas -23 cm de largo por 4 cm de ancho y con un presunto enmangue de 7 cm de longitud- se añade la opinión de B. Taracena de que se trata realmente de un machete o *scraxmasse* (sic). Lamentablemente, no hay ni rastro de este posible *scramasax* de Los Hornucos y, por tanto, resulta imposible

[46] Entrada correspondiente al día 26 de septiembre y notas finales.

[47] La gumía es un tipo de arma blanca de hoja marcadamente curva y propia de los habitantes del norte de África.

confirmar esa identificación, aunque en principio el dibujo hace albergar serias dudas al respecto de esa identificación.



Plano de Los Hornucos, según Navarro (1934)

La única pieza en hueso trabajado recuperada en la excavación era parte de un mango, de sección poligonal y decorado con un sogueado en todas sus caras. Aunque en su momento se le buscaron paralelos en la Edad del Hierro (De Hoyos, 1940: 112), lo cierto es que encontramos algunos válidos en contextos de los siglos VI-VII, como la tumba A-9 de la necrópolis de Aldaieta (Azkarate, 1999: 122 y 128).

La cerámica de este momento (Bohigas y Ruiz, 1989: 32-36) está representada por fragmentos "toscos", entre los que destacan los de un gran recipiente de tipo *dolium*

decorado con líneas onduladas múltiples a peine y que ha sido datado por Termoluminiscencia entre finales del siglo VI y la segunda mitad del VIII (Peña, 2006: 184). Hay también algunos restos de ollas de "perfil en S", aparentemente sin decoración, así como galbos estriados o con incisiones anchas en forma de X. Destacan entre todos ellos algunos fragmentos con decoración pintada a base de líneas y puntos que pudieran fecharse en época tardorromana pero para los que también se ha propuesto una fecha más tardía y un papel como precedente de época visigoda de las conocidas producciones pintadas campurrianas de la alta Edad Media, posteriores al siglo VIII (Bohigas y Ruiz, 1989: 36).

Muestra	Edad BP	Intervalo AD	Material	Referencias
UAM-100242T	1326±93	587-773	CERÁMICA	Peña, 2006

Finalmente, hay que señalar que, formando parte del muro de la boca, se encontraba un fragmento de molino rotatorio, concretamente la mitad de una piedra volandera o *catillus*.

Pese a la cantidad de restos humanos mencionada por los diferentes autores, pertenecientes a entre 30 y 40 individuos, lo cierto es que el paradero de todos ellos es desconocido en la actualidad, no conservándose ningún elemento de ese tipo entre los materiales de la cueva conservados en el MUPAC[48]. Precisamente, la revisión de esos materiales con motivo de este trabajo ha propiciado el hallazgo del único resto humano de Los Hornucos conocido en fechas recientes y que se presenta aquí. Se trata de una primera vértebra coccígea de un individuo infantil, algo alterada por el tiempo transcurrido y que se encontraba mezclada con numerosos restos de objetos y fragmentos metálicos procedentes de las excavaciones de Carballo en la zona del vestíbulo. La importancia del hallazgo motivó su datación por ^{14}C AMS, obteniéndose una fecha absoluta centrada en el siglo VII. En principio y aunque se desconoce el lugar exacto en el que se recuperó ese hueso, podría proceder del mismo sitio que los objetos metálicos a los que estaba asociado, aunque no puede descartarse una localización más interior. Conviene recordar que, pese a que Carballo (1935) no lo menciona, Carlos Navarro y Morenés, describe la presencia allí de "trozos osteológicos"[49], sin mayores precisiones que la existencia entre ellos de dientes y huesos "de bisontes" que juzgó paleolíticos. Por otra parte y como ya se ha señalado, el hallazgo de restos humanos en superficie en las zonas interiores fue bastante frecuente durante las distintas exploraciones de la cavidad, por lo que la vértebra señalada también pudo haber sido recogida en alguna de ellas.

[48] Luis de Hoyos Sáinz (1940: 104) afirmaba, en su trabajo sobre la cueva, que entonces los restos humanos se encontraban en el Museo Antropológico Nacional de Madrid

[49] "Comenzóse, después, a hacer un ligero tanteo de excavación en la boca de la primera sala (sala A lugar 1), y en menos de medio metro cúbico de tierra, aparecieron más de doce piezas de hierro, unos veinte trozos de cerámica, una concha petrificada, y numerosos trozos osteológicos; todo en confuso desorden, mezclados los niveles y sin presentar claridad alguna estratigráfica" (Navarro y Morenés, 1934: 227).

Muestra	Edad BP	Cal 2 Sigma AD	Material	Referencias
OxA-36993	1353±27	637-694	HUESO HUM.	-

La datación absoluta es perfectamente coherente con la cronología ofrecida por el resto de materiales de época visigoda de la cavidad y, lo que tiene mucho más valor, permite demostrar, por vez primera, el uso de la cueva como lugar de enterramiento en esos momentos, algo que ya había sido sugerido con anterioridad (Fernández Vega, 2006: 86) pero para lo que se carecía de confirmación arqueológica. Se suma así Los Hornucos a la lista creciente de cavernas con una utilización sepulcral segura en época visigoda.

El trabajo de revisión de materiales de Los Hornucos mencionado más arriba no sólo ha proporcionado resultados en lo que a los restos humanos se refiere, sino que ha permitido identificar una serie de objetos, principalmente de hierro, que formaban parte del yacimiento de época visigoda. Lamentablemente su pésimo estado de conservación ha impedido hacerlo en gran parte de los casos, habiéndose perdido para siempre mucha de la información arqueológica recogida durante la excavación de los años 30 del siglo XX. Durante esos trabajos se han podido identificar algunos de los objetos mencionados por Carballo, como el serrucho, aunque, por su forma, podría ser en realidad otro tipo de instrumento, como un peine telar. Aparte, se ha podido realizar un intento de identificación de algunos otros utensilios[50] -su pésimo estado de conservación no permite ir más allá- que permite plantear la presencia en el yacimiento, entre otras cosas, de un peine de cardar lana o lino: buena parte de las numerosas púas metálicas que, *grosso modo*, comparten forma y tamaño podrían corresponder a un objeto de ese tipo para el que existen buenos paralelos en contextos medievales, como el de época visigoda de La Yecla de Silos, en Burgos (González Salas, 1945: 29 y lám. XXV) o, fuera de la Península en York, Inglaterra (Walton, 19997: 1727-1731), algo más tardío.

Se han identificado también una hebilla rectangular y otra ovalada, dos pequeñas cuñas macizas para trabajar madera o metal y una hoja de un pequeño cuchillo, todo en hierro, así como fragmentos -chapas remachadas- de posibles recipientes de cobre de tipo acetre y lo que podría ser la cazoleta de una nueva cuchara de bronce, con restos de un estañado superficial o incluso un baño de plata. Sin duda, uno de los objetos más llamativos de los identificados entre los restos metálicos informes ha sido una punta de jabalina. Aunque se encuentra fragmentada y ha perdido una pequeña parte del cuerpo, puede apreciarse claramente que se trata de un arma de ese tipo, para el que existen numerosos paralelos en el mundo tardoantiguo peninsular, como veremos en otro apartado. Mide 20 cm de largo, de los que 6 corresponden a la punta propiamente dicha y 14 al enmangue. Éste es en cubo y tiene un diámetro de algo más de 2 cm, mientras que aquella tiene sección cuadrada y va estrechándose hacia la punta. También se han localizado dos fragmentos

[50] En el transcurso de estos trabajos de revisión de los materiales de Los Hornucos también se han localizado restos de un crisol y gotas y escorias de cobre, aunque presumiblemente de cronología prehistórica, que demuestran que en la cavidad tuvieron lugar trabajos de metalurgia. Esos materiales están siendo estudiados por Ignacio Montero Ruiz, del CSIC.

de un objeto de hierro con decoración damasquinada, probablemente la placa de un broche de cinturón. Pese a su pésimo estado de conservación, la presencia de algunos hilos de latón[51] -y probablemente también de plata- incrustados en los restos del cuerpo principal de hierro permite interpretarlos en ese sentido. Lamentablemente, resulta imposible hacer ningún otro tipo de apreciaciones.



Algunos de los materiales de Los Hornucos conservados en el MAN

En cuanto a los materiales de época visigoda publicados por Carballo, hay que señalar que durante años he creído -y, como yo, otros investigadores- que la mayor parte de ellos -todos los de aleación de cobre y varios de los de hierro, así como el de hueso- se encontraban desaparecidos, quizá ya desde poco después de su localización. Tras numerosos e infructuosos intentos por conocer su paradero, durante los trabajos de documentación para este trabajo he conseguido dar con el de una parte de ellos: la colección Martínez Santaolalla, del Museo Arqueológico Nacional[52]. Se conservan todos los mencionados en los párrafos anteriores, más un gran fragmento de patena o plato de bronce, un cincel y una pequeña podadera o corquete de hierro, algunos otros fragmentos

[51] Uno de esos hilos ha sido analizado mediante microscopía electrónica de barrido (SEM) en el LADICIM de la ETS de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos de la Universidad de Cantabria. Dicho análisis, llevado a cabo por Ignacio Montero Ruiz, ha confirmado que está compuesto de cobre, zinc y estaño y que se trata, por eso mismo, de un tipo de latón.

[52] Supe de esa localización gracias a Cesáreo Pérez González y Carmelo Fernández Ibáñez, a quienes quiero agradecer aquí su inestimable ayuda con este asunto.

informes de ese mismo metal, un galbo cerámico y dos fragmentos de huesos quemados. Por otro lado, están ausentes la placa liriforme, la cuchara, el mango de hueso decorado y los vidrios, desconociéndose el paradero de todos ellos[53].



Granos de cereal carbonizados

La interpretación de la ocupación de época visigoda de la cueva de Los Hornucos ha sido, ya desde su descubrimiento y de forma generalizada, como lugar de habitación, si bien es cierto que motivada por alguna situación puntual de emergencia, como la invasión musulmana de 711 (Carballo, 1935: 246). La ausencia de restos humanos asociados directamente a los materiales tardoantiguos y altomedievales parecía reforzar esa teoría[54], aunque, como se ha dicho anteriormente, ya Fernández Vega (2006: 86-87) apuntó la posibilidad de que, al menos una parte de los primeros localizados en las salas interiores de la cavidad, pudieran ser de esas cronologías. La datación absoluta presentada en este trabajo confirma esa sospecha y demuestra el uso sepulcral de la cueva en época visigoda, aunque el desconocimiento de la procedencia exacta del hueso datado impide, por el momento, hacer más precisiones.

[53] En el caso de los vidrios es probable que se encuentren en el propio Museo Arqueológico Nacional, ya que fueron publicados en detalle hace unas décadas (Pérez González e Illarregui, 1997: 619-620).

[54] El propio Carballo (1935: 250) escribía lo siguiente al respecto: "Aun así, no creo que sean de la misma época los esqueletos y los objetos históricos ya descritos; ni que tengan entre ellos relación alguna".

LA HERMIDA (LA HERMIDA, PEÑARRUBIA)

En la primera década del siglo XX tuvo lugar el hallazgo casual de un lote de monedas visigodas de oro y dos broches de cinturón muy cerca de la localidad de La Hermida. Basándome en la escueta narración de los hechos realizada por M. Escagedo Salmón (1919: 88), que situaba el hallazgo en una cantera de la obra de la carretera que va de ese pueblo a Potes, y en la presencia en el lugar mencionado de los restos de una explotación de ese tipo y de varias covachas semidestruidas por ella en sus paredes calizas, propuse la posibilidad de que se tratase en realidad de un hallazgo en cueva (Hierro, 2011: 370); concretamente en una de esas cavidades que acabo de mencionar.

De los broches no conocemos más que su existencia y el material en el que estaban hechos: bronce[55]. Sobre las monedas, que fueron vendidas por los obreros autores del hallazgo, puede decirse alguna cosa más, ya que algunos ejemplares pudieron ser estudiados por E. Jusué (1910: 482-487), resultando ser en todos los casos acuñaciones de época de Leovigildo, es decir, de la segunda mitad del siglo VI. En cualquier caso, a día de hoy todas se encuentran desaparecidas[56].

La revisión del texto de Jusué (1910: 484-485) para este trabajo me ha permitido comprobar que ofrece información distinta a la proporcionada por Escagedo acerca de las circunstancias del hallazgo. Según él, que conoció el suceso de boca de los propios obreros que las encontraron, las monedas y los broches procedían de un argayo que cortó la carretera, uno de los numerosos derrumbes de grandes cantidades de tierra y rocas que tienen lugar en Liébana y Peñarrubia en momentos de lluvias torrenciales. Y eso descartaría la posibilidad de que el origen de los materiales de época visigoda estuviese en una covacha destruida parcialmente por los trabajos de una cantera, ya que estos habrían caído desde lo alto de la montaña, arrastrados junto con parte del terreno. Esta última posibilidad -así como la veracidad del relato de Jusué- se confirma gracias a una noticia publicada en el diario El Cantábrico el 12 de noviembre de 1910. En ella, aunque se sitúa el suceso en el año anterior, en 1909, se confirma que las monedas aparecieron entre la tierra y las rocas caídas desde lo alto del monte en un derrumbamiento y que obstruían la carretera; tierra y rocas que los trabajadores que encontraron aquellas tenían que limpiar para abrir de nuevo la vía al tráfico[57].

---

[55] En su momento se llegó a proponer su identificación con las dos placas liriformes conservadas en el British Museum procedentes de Villacarrillo (Jaén) y erróneamente atribuidas por entonces al barrio de Santisteban, en Ampuero (Pérez Rodríguez y De Cos, 1985).

[56] Una fue donada por G. Garnica en su momento al entonces Museo Municipal de Santander (Jusué, 1910: 483), germen de los actuales MUPAC y MAS, aunque no hay rastro de ella entre sus fondos.

[57] "Con motivo de los argayos o corrimientos de tierras ocurridos en gran número sobre las carreteras de la región lebaniega en el pasado año, y hallándose varios obreros ocupados en librar de uno de esos desprendimientos del terreno un trozo de carretera en la que va a la villa de Potes desde el balneario de La Hermida, a poca distancia de este punto, advirtió alguno de los trabajadores, con no poca sorpresa, una monedita de oro entre la tierra que había cogido con la pala para tirarla al río. Recogida y examinada la moneda, que era muy antigua, pero clara y manifiestamente de oro, buscaron ya los obreros con más cuidado entre el montón de tierra y pedruscos que espalaban para limpiar la carretera, y su sorpresa fue en

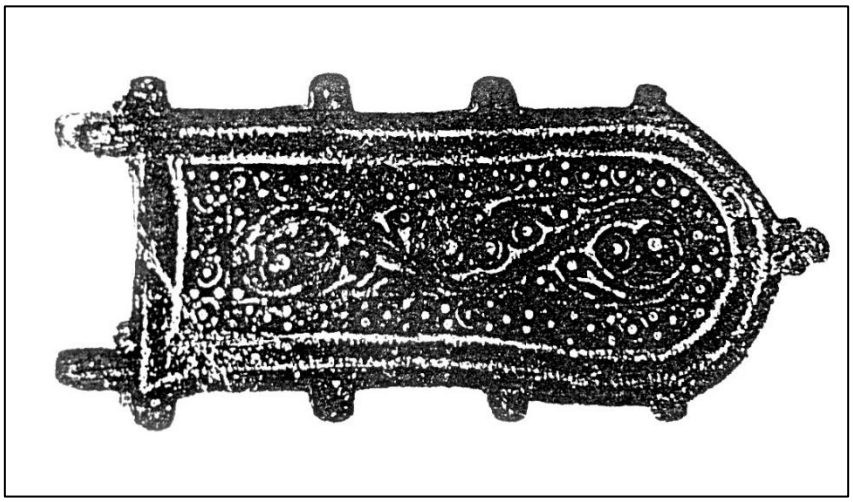
Por todo lo expuesto queda claro que mi propuesta de 2011 estaba equivocada y puede descartarse que el conocido en la bibliografía como "tesoro visigodo de La Hermida" (Marcos, 2006) procediera de una cueva.

aumento al hallar nuevas monedas, casi todas idénticas a la primera, y todas de oro, y algunas otras cosas, entre las cuales llamó su atención un broche o especie de hebilla, de bronce, muy fuerte, también de extraña y antigua forma y factura"

LOS MOROS (RENEDO, LAS ROZAS DE VALDEARROYO)

Se trata de una cavidad localizada en la península de La Lastra, en el Pantano del Ebro, en el paraje denominado “El Corral de los Moros” (Marcos, inédito).

Existen noticias del hallazgo por parte de furtivos arqueológicos de diferentes materiales tardoantiguos sin especificar en ese lugar, entre los que se encontraría una placa liriforme de la que únicamente se conoce una fotografía. También se han recogido testimonios orales entre vecinos de la zona que mencionan el hallazgo, en el interior de la cueva, de “espadas antiguas”. A falta de confirmación y a modo de hipótesis, se plantea aquí la posibilidad de que la pieza de broche de cinturón citada proceda, en realidad, del interior de la cueva, al igual que las presuntas armas.



Placa liriforme

HOYOS I (OREÑA, ALFOZ DE LLOREDO)

La cueva de Hoyos I -también llamada cueva del Ojáncano[58]- se localiza en Oreña, cerca del núcleo urbano, y tiene un desarrollo total de unos 60 m. Sus dos bocas se abren al noroeste y dan paso a sendos vestíbulos comunicados que desembocan en otras tantas galerías que se unen en una sola, que termina en una sala central de la que parten otras menores.

Descubierta en la década de los años 50 del siglo XX por el equipo de camineros de la entonces Diputación de Santander, fue sondeada en los años 60 por la SESS y objeto de una prospección superficial por parte del CAEAP a finales de los 70. Las evidencias recuperadas en esas intervenciones -cerámica, instrumental lítico, adornos de hueso y restos humanos- apuntaban a un uso sepulcral de la cueva durante la Prehistoria Reciente, más concretamente en época calcolítica. También se observó la presencia de algunos fragmentos de cerámica medieval y un importante conjunto de grabados parietales -principalmente enrejados- al fondo del vestíbulo principal (Muñoz *et alii*, 1987: 192).



Broche de cinturón

En el inicio de una de las galerías que parten de la sala interior se recogió en superficie un broche de cinturón de placa rígida de bronce de época visigoda[59] (Gutiérrez Cuenca y Hierro, 2010-2012: 267-269). Se trata de un ejemplar de un tipo muy peculiar, sin paralelos exactos conocidos, y que parece una evolución, a partir de los de placa rígida,

[58] El ojáncano es un cíclope malvado de la mitología montañesa. Al igual que ocurre con los seres de ese tipo en las creencias populares en otras zonas de Europa, habitaba en cuevas y por eso hay un significativo número de cuevas cántabras con nombres que hacen referencia a él y a otros personajes relacionados: ojáncanas, anjanas, ijanas, el culebre, etc.

[59] La pieza fue descubierta por E. Muñoz y J. Ruiz cobo, quienes nos comunicaron su presencia en la cueva y nos indicaron el lugar en el que se encontraba

influenciada por los liriformes más que un modelo de transición entre ambos. En cualquier caso, se fecharía sin ningún género de dudas en los siglos VII-VIII.

Acerca del uso de la cavidad no tenemos datos que permitan hacer ningún tipo de interpretación relativamente sólida. Sin embargo, la presencia de un broche de cinturón en una zona interior y que no reúne condiciones de habitabilidad, podría estar indicando una utilización sepulcral de la cueva y la presencia en ella de al menos una inhumación vestida.

VENTA DEL CUCO (UBIARCO, SANTILLANA DEL MAR)

La cueva de la Venta del Cuco está situada en Ubiarco, en el municipio de Santillana del Mar, muy cerca del lugar donde se levantaba la antigua venta que le da su nombre. Su boca, de buenas dimensiones, se localiza en el fondo de una dolina y da paso a un vestíbulo que se abre a una gran sala desde la que parte una galería comunicada con un piso inferior a través de varias simas, alcanzando un desarrollo total de más de 200 m.

La cueva fue descubierta por M. Sanz de Sautuola en la década de los 70 del siglo XIX, quien localizó algunos materiales prehistóricos en su interior (Sanz de Sautuola, 1880: 24-25). Visitada desde entonces por distintos estudiosos de la Prehistoria peninsular, fue objeto de sondeos un siglo después de su descubrimiento por parte de la SESS. Una década más tarde, en los años 80 del siglo XX, el CAEAP realizó una prospección superficial con recogida de materiales. La cueva cuenta con ocupaciones que van desde el Paleolítico hasta la Edad Media y en ella también se han localizado algunos paneles con marcas negras, muy al interior (Gómez Arozamena, 2003: 223).

En la gran sala, en superficie y junto al cauce de un riachuelo, se recuperó una hebilla de cinturón de bronce (Pérez Rodríguez-Aragón, 2006), del tipo de las que acompañan a las placas liriformes hispanovisigodas del Nivel V de Ripoll. Además, en los fondos del MUPAC se conservan algunos otros objetos que podrían compartir cronología con ella. Se trata de varios galbos de cerámica, dos pequeñas agujas de hierro y un fragmento bastante alterado de lo que pudo ser un cuchillo, así como una pequeña plancha curva de hierro con restos de un chapado o baño de cobre.

El tipo de uso de la cavidad en estos momentos de inicios de la Edad Media nos es desconocido, aunque, como ocurre en otros casos similares, la presencia de un objeto relacionado con el atuendo como es la hebilla podría estar indicando la presencia de inhumaciones vestidas y, por eso mismo, una utilización sepulcral. Algo con lo que tampoco desentonarían el resto de objetos que se han relacionado con ella. En cualquier caso, haría falta una revisión a fondo de la cueva, donde se presume que gran parte del yacimiento pueda seguir intacto pese a las excavaciones antiguas, para poder aclarar ese aspecto.



Hebilla

LA PILA (CUCHÍA, MIENGO)

La cueva de La Pila se localizaba cerca del pueblo de Cuchía, en el municipio de Miengo. Su boca, de unos 4 m de ancho por 2 de alto y orientada al Este, se abría en la ladera de una pequeña colina kárstica situada en la margen derecha de la ría de Suances. Con un desarrollo total de unos 150 m, la cueva constaba de una galería principal, llana, amplia y de buena altura y otra menor, más estrecha y de unos 20 m de recorrido (Fernández Acebo y Muñoz, 1980-81).

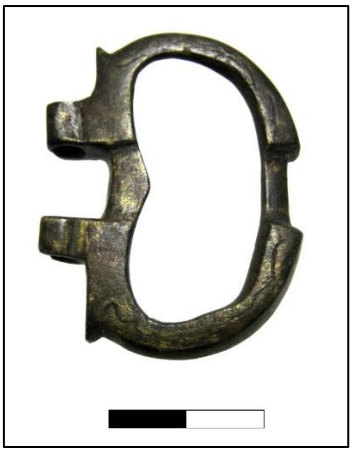
Fue completamente destruida, voladuras mediante, por el avance de una cantera perteneciente a la empresa Solvay en 1988, aunque en los años inmediatamente anteriores fue objeto de una excavación de urgencia que afectó a todo el vestíbulo y que confirmó la presencia en la cavidad de un importante yacimiento prehistórico. Los resultados de esos trabajos aún no han sido objeto de una publicación monográfica, aunque sí de varios estudios menores (*vid*. Bernaldo de Quirós *et alii*, 2000).



Fragmento de cráneo

En lo que toca al objeto de este trabajo, hay que señalar que, en superficie, al fondo del vestíbulo, se recogió una hebilla de cinturón de bronce hispanovisigoda en forma de D (Pérez Rodríguez-Aragón, 2006a), del tipo de las que acompañan a las placas liriformes del Nivel V de Ripoll (1998). En ese sentido hay que señalar que el nivel superior del

yacimiento del vestíbulo estaba formado por un paquete revuelto en el que aparecían juntos materiales prehistóricos y subactuales (Bernaldo de Quirós *et alii*, 2000: 53). Procedentes de las recogidas superficiales por parte de la ACDPS a inicios de la década de los 80 del siglo XX y de las mencionadas excavaciones arqueológicas de urgencia, se conservan en el MUPAC y en el Museo Nacional y Centro de Investigación Altamira restos de época histórica entre los que hay algunos que podrían ser de época visigoda. Entre ellos destaca un fragmento muy deteriorado de un posible *scramasax*[60].



Hebilla

En cuanto al tipo de uso de la cavidad, éste nos es desconocido, aunque la presencia de un elemento relacionado con el atuendo, como es la hebilla de un broche de cinturón, podría estar indicando la existencia de inhumaciones vestidas y, por tanto, una utilización sepulcral de la cueva. Además, en el MUPAC se conserva parte de un cráneo humano procedente de la cueva, sin más indicaciones que su recogida en superficie, aunque, lamentablemente, no ha sido datado. En relación con esto, hay constancia de que, durante unas antiguas extracciones incontroladas de arcilla del suelo de la cavidad por parte de vecinos de la zona[61], se destruyó un número indeterminado de enterramientos de cronología desconocida (Fernández Acebo y Muñoz, 1981: 34). Este hecho refuerza considerablemente la posibilidad de que la cueva fuese utilizada con fines sepulcrales en época visigoda. De ser así, es probable que la hebilla de cinturón perteneciese a un broche que acompañara a alguno de esos enterramientos y cuya placa se perdiese durante aquellas excavaciones antiguas.

[60] Aunque había sido considerado como un cuchillo, presenta un dorso muy ancho y un tamaño demasiado grande, teniendo en cuenta que sólo es un fragmento, como para identificarlo con un objeto de ese tipo. Se trata, sin duda, de un instrumento cortante y con un filo de considerables proporciones, por lo que su identificación con un *scramasax* me parece plausible.

[61] Esas extracciones tuvieron lugar en distintas zonas de la cueva: en el vestíbulo, en la parte central y en el extremo final, muy al interior (Fernández Acebo y Muñoz, 1981: 35).

ABRIGO DE LA CASTAÑERA (OBREGÓN, VILLAESCUSA)

El Abrigo de la Castañera, también conocido como La Castañera II, es una de las varias cavidades que forman el conjunto de ese nombre, en la localidad de Obregón (Villaescusa). Situado en la parte alta de una pared caliza, en la colina conocida como Mazo de la Castañera, se trata de un abrigo amplio y de unos 10 m de profundidad, con una superficie total de aproximadamente 85 m^2.

Descubierto y sondeado por los camineros de la Diputación Provincial de Santander en los años 50 del siglo XX, fue excavado por un equipo del Museo de Prehistoria y del Seminario Sautuola en los 70 (Rincón, 1985), habiendo sufrido también varias excavaciones incontroladas por parte de furtivos y vecinos de la zona[62]. En los últimos años ha vuelto a ser objeto de una intervención arqueológica, dirigida por C. Vega, que continúa en curso en el momento de redactar estas líneas.

Con una secuencia que abarca desde el Epipaleolítico hasta el Bronce Pleno (Serna *et alii*, 2001: 164), el Abrigo de la Castañera ha sido una referencia en los estudios sobre la Prehistoria Reciente en Cantabria durante décadas. Los trabajos más recientes en su yacimiento han documentado niveles de utilización neolíticos, calcolíticos -como lugar de habitación y como zona de estabulación de animales domésticos- y de la Edad del Bronce, con una fase sepulcral muy clara[63] (Vega *et alii*, 2016: 3; Sierra, 2014).

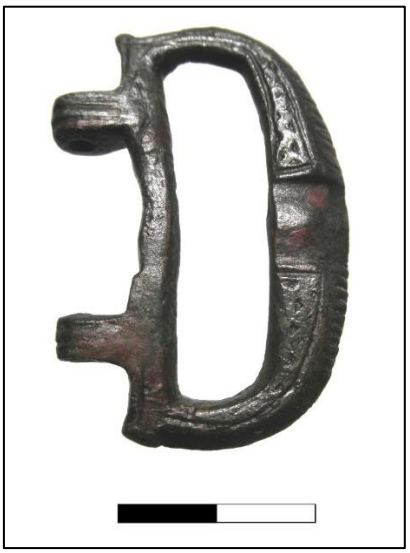
Durante las excavaciones dirigidas por R. Rincón en los años 70 se localizó en el nivel superficial una hebilla de cinturón de bronce de época visigoda en forma de D, del tipo de las que acompañan a algunas placas caladas rectangulares para formar los broches conocidos como de Tipo Burgundio, fechados en los siglos VII-VIII (Ripoll, 1998). Junto a la placa se recogieron en el mismo nivel algunos objetos de hierro fragmentados y muy deteriorados, entre los que destacan un cuchillo fragmentado, un posible clavo -o punta de otro objeto- y la parte superior de lo que podría ser un gancho rematado en una arandela, del mismo tipo que el procedente de la cueva de Los Goros (*vid. infra*).

En principio no consta que estos materiales estuviesen asociados a restos humanos, aunque su posición en los niveles superficiales y revueltos por las intervenciones anteriores y las remociones clandestinas obligan a mantener cierta cautela al respecto y a contemplar la posibilidad de que algunos de los huesos humanos que aparecen en esos niveles revueltos puedan provenir de un depósito en superficie de época visigoda. La presencia de la hebilla -y de objetos de hierro- podría estar indicando la existencia en el abrigo de inhumaciones vestidas. Lamentablemente, las excavaciones más recientes no han documentado materiales pertenecientes al periodo que estamos estudiando, por lo que sólo contamos con la información procedente de las intervenciones antiguas, no muy

[62] El abrigo fue asimismo testigo de un luctuoso suceso sucedido en 1937, durante la Guerra Civil, cuando tuvo lugar en su interior el suicidio de una pareja de amantes, un militar republicano asturiano y su novia, una joven oriunda del valle (Fernández *et alii*, 2004: 117).

[63] Los restos humanos de la Edad del Bronce recuperados durante las excavaciones recientes en el abrigo pertenecen a varios individuos entre los que se cuentan sujetos infantiles, juveniles, maduros e incluso seniles (Sierra, 2014: 86-88).

detallado. Es posible que una parte de esa información se perdiese para siempre con la excavación de los camineros y la actividad de los furtivos ya que, por ejemplo, la placa que, en principio, tendría que estar asociada a la hebilla no ha aparecido hasta la fecha.



Hebilla

Finalmente hay que señalar que la zona de la colina inmediata al abrigo ha sido objeto de una prospección geofísica que detectó diversas anomalías y de una campaña de excavación arqueológica asociada a esa prospección (Carmona y Vega, 2016). Dicha excavación ha puesto al descubierto los restos de una serie de elementos que podrían estar relacionados con algún tipo de estructura de habitación o de carácter productivo, así como algunos materiales arqueológicos. Entre los primeros, varios agujeros de poste y una zanja con restos de tablas colocadas de forma vertical parecen indicar la existencia de construcciones en las que la madera desempeñaba un papel fundamental, algo corroborado por la abundante presencia de carbones. Las dataciones absolutas obtenidas de muestras de estos últimos permiten a sus excavadores señalar la existencia de dos fases: una temprana, de los siglos VIII-X y otra algo posterior, entre el XI y el XIII[64] (*Ibidem*: 290-291). Aunque en principio podría pensarse que ambas fechas alejan de forma definitiva la posibilidad de relacionar estas estructuras con la hebilla de cinturón hispanovisigoda, lo cierto es que resulta tentador hacerlo con la fase más antigua. Una construcción de las estructuras del exterior a finales del siglo VIII coincidiría con el periodo de uso de ese tipo de guarniciones de cinturón, que incluso podría alargarse hasta inicios del IX, a juzgar por algunos hallazgos tardíos en otras zonas de la Península (Gamo, 2002). Así y de ser correcta esa hipótesis, podría plantearse que las estructuras y el abrigo formasen parte de un mismo conjunto, quizá una granja. Otra posibilidad es que la cavidad hubiese sido utilizada como lugar de enterramiento por los eventuales habitantes de ese pequeño núcleo inmediato. En cualquier caso y a la espera de los resultados de nuevos trabajos en el yacimiento, este hallazgo y la posibilidad, cierto es

[64] Una de las fechas del nivel más tardío remite a un momento claramente tardoantiguo, algo que ha sido interpretado como una manifestación del conocido como "efecto madera vieja", ya que los datos estratigráficos contradicen una datación tan temprana (Carmona y Vega, 2017: 291).

que remota, de que exista la mencionada relación abren una puerta inesperada a la correcta interpretación del tipo de uso del abrigo de La Castañera en época visigoda.

EL LINAR (LA BUSTA, ALFOZ DE LLOREDO)

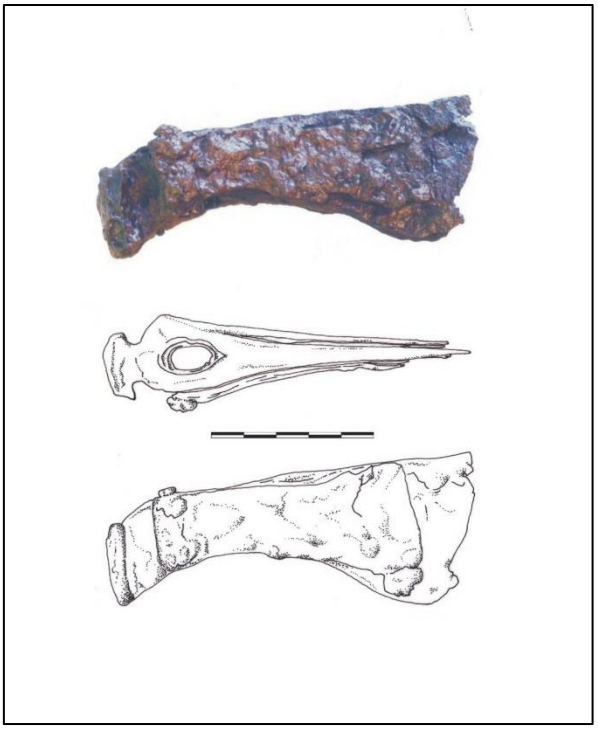
La cueva del Linar (San Miguel y Muñoz, 2010) se sitúa en la localidad de La Busta, en el municipio de Alfoz de Lloredo. Se trata de una gran cavidad, de varios kilómetros de recorrido, cuyas tres bocas se abren en la base del monte Barbecha, funcionando una de ellas como colector de las aguas del valle que alimentan el río subterráneo que atraviesa la cueva. Conocida desde antiguo, alberga en su interior un importante conjunto de restos que van desde el Paleolítico a la Edad Media, así como notables muestras de arte rupestre. Ha sido objeto de numerosas intervenciones arqueológicas a lo largo de la historia por parte de distintos investigadores: Alcalde del Río en las primeras décadas del siglo XX, Carballo en los años 50, equipos de la SESS y el Seminario Sautuola, el CAEAP y, en los años 90, R. Montes (Montes y Sanguino, 2000)

Los únicos materiales procedentes de este yacimiento que podrían atribuirse a época visigoda son dos punzones de tejedora de hueso, instrumentos utilizados en telares verticales desde la Alta Edad Media y con numerosos y buenos paralelos, la mayor parte en Francia, aunque también en Cantabria, en la cueva del Portillo del Arenal (*vid*. Gutiérrez Cuenca y Hierro, 2010; Garrido *et alii*, 2014). Procedentes de la Sala del Viento, en un principio ambos fueron considerados como instrumental óseo de la Prehistoria Reciente (Rincón, 1985: 133; Ruiz, 1992: 318), aunque su revisión reciente ha fijado para ellos una cronología medieval. Aunque sobre el particular se tratará más adelante, hay que tener en cuenta que este tipo de punzones son raros en contextos anteriores al siglo VIII y mucho más frecuentes a partir del IX (Gutiérrez Cuenca y Hierro, 2010: 275). Por tanto, la inclusión de la cueva de El Linar en este catálogo es dudosa y es probable que la cronología de esos dos objetos sobrepase la establecida para este estudio.

LOS CIRRIOS (LIENCRES, PIÉLAGOS)

La cueva de Los Cirrios (Crespo *et alii*, 2007: 168-169) se localiza en la ladera norte de la Sierra de Tolío o de La Picota, en la margen derecha de la desembocadura del río Pas, cerca de Mortera, en el municipio de Piélagos. Su boca, de pequeñas dimensiones, da paso a un vestíbulo corto y estrecho que comunica con una única galería muy amplia y recta, sumando unos 40 m de desarrollo total.

Descubierta en los años 50 del siglo XX por el equipo de camineros de la Diputación Provincial de Santander, fue objeto de sondeos arqueológicos por parte de la SESS en los 60 y de prospecciones superficiales por el CAEAP en los 80 (*Ibidem*); además del saqueo a manos de expoliadores incontrolados, del que dan fe las numerosas calicatas que salpican el suelo de la cavidad[65]. Fruto de las primeras actuaciones se conserva en el MUPAC un interesante lote de materiales, entre los que destacan cerámicas de la Prehistoria Reciente y de la Alta Edad Media (Muñoz, 1981-1982: 260-262). En la cueva también se observa la presencia de restos humanos entre las tierras revueltas por las distintas excavaciones.



Hacha (Dibujo: M. L. Serna)

Los materiales que podrían corresponder a época visigoda son algunos fragmentos de cerámica pertenecientes a ollas de "perfil en S" realizadas a torneta, la hoja incompleta de un cuchillo y un hacha de hierro de pequeño tamaño, con filo disimétrico y dos pronunciadas escotaduras laterales en su parte trasera que marcan un remate en forma de

[65] Expolio realizado con la ayuda de detectores de metales, como pudimos comprobar en una visita a la cueva hace unos años: junto a alguno de los pequeños pozos de furtivo se encontraban objetos metálicos sin valor extraídos de ellos, como una moneda de mediados del siglo XX.

martillo. Esta pieza, que apareció incrustada en una colada[66], ha sido relacionada, por su peculiar morfología, tanto con las hachas arrojadizas de tipo francisca del siglo VI como con las hachas martillo tardorromanas de los siglos IV-V (*vid*. Muñoz, 2006b; Pozo, 2018: 43 y nota 75), con las que, aparentemente, parece tener mayor relación. Los materiales proceden de la galería interior, aunque su localización exacta se desconoce.

De ser correcta la atribución a época visigoda de los materiales citados (Gutiérrez Cuenca y Hierro, 2007), la presencia de restos humanos podría estar indicando el uso funerario de la cueva en esos momentos, aunque la existencia de cerámicas de la Prehistoria Reciente, así como la ausencia de elementos relacionados con el atuendo y el adorno personal, obliga a mantener todas las cautelas al respecto.

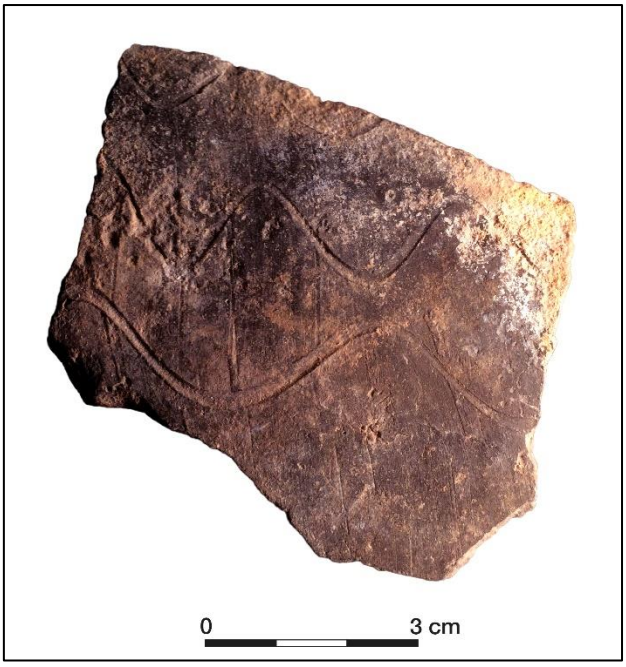
[66] El diario de actividades de la SESS, con fecha de 3 de noviembre de 1965, recoge la salida del 12 de octubre de ese mismo año a la cueva de Los Cirrios y las calicatas realizadas en ella por V. Hernández y L. J. Ruiz. Describe también el hallazgo del hacha de la siguiente manera: "Íbamos a hacer otra cata cuando nos dimos cuenta de la existencia de una pequeña mancha oscura en la colada, al golpearla con la piqueta saltó un hacha de hierro que se clasificó como romana en el Museo el mismo día de su descubrimiento"

LA PIEDRA (OBREGÓN, VILLAESCUSA)

La cueva de La Piedra se localiza en el municipio de Villaescusa, concretamente en el pueblo de Obregón. Su boca, doble aunque con una de las entradas impracticable por su pequeño tamaño, se abre en un pequeño montículo y da paso a una cavidad de aproximadamente 10 m de desarrollo total y muy colmatada por derrubios (Fernández *et alii*, 2004: 145-146; Serna *et alii*, 2001: 138-140). Fue descubierta en los años 60 por miembros de la SESS y explorada en profundidad en los 80 por el CAEAP. En ambas ocasiones se recogieron materiales en superficie.

Mientras en la zona más interior, donde la sala se estrecha de forma considerable, se localizaron restos humanos aparentemente asociados a cerámicas a mano de la Prehistoria Reciente, en el vestíbulo se recogieron numerosos fragmentos de recipientes cerámicos de distintos momentos de la Alta Edad Media. Entre ellos nos interesan los de varias ollas de "perfil en S", lisas o con estriado grueso, así como un gran galbo decorado con series de ondas incisas paralelas, todos ellos modelados a torneta. Sus características técnicas y su tipología permiten considerarlas como de época visigoda (Bohigas *et alii*, 1984:159; Fernández *et alii*, 2004: 146; Serna *et alii*, 2001: 75 y 139).

El carácter de la ocupación de la cueva en ese momento no ha sido establecido, aunque tanto la propia configuración de la cavidad como la localización exterior de los hallazgos y el uso recurrente durante periodos distintos dentro de la propia Alta Edad Media -de lo que sería la prueba la presencia de cerámicas pintadas- hacen que quizá haya que pensar en un uso relacionado con actividades agropecuarias; quizá como refugio ocasional en el marco de esos trabajos. Sin embargo, la presencia de restos humanos al interior, aunque hayan sido atribuidos a la prehistoria, no permite descartar del todo una utilización sepulcral en época visigoda, algo que sólo podría ser comprobado mediante dataciones absolutas de los huesos.



Cerámica decorada

LOS ZORROS 1 (EL TANAGUILLO, SOLÓRZANO)

La cueva de Los Zorros 1 o del Espino (Muñoz *et alii*, 2009; Muñoz, 2009) es un sumidero fósil situado en la ladera de una pequeña elevación en el fondo de un valle. Su boca, orientada al norte y de 4,5 m de ancho por 1,5 de alto, da acceso a dos galerías: una corta, situada a la derecha y otra mucho más larga a la izquierda, en cuyo tramo inicial se excavaron unos escalones para acondicionarla como refugio durante la Guerra Civil. Fue descubierta y prospectada por el CAEAP en los años 80 del siglo XX.

Los trabajos de excavación de los años 30 mencionados dejaron al descubierto algunos fragmentos de cerámica tosca pertenecientes a un recipiente de tipo olla y que fue clasificado como de "perfil en S" y cronología tardoantigua, aunque en realidad se observan en él algunas importantes diferencias con los referentes seguros para esa época, lo que obliga a poner en duda esa atribución temporal. Otros fragmentos similares se recogieron en superficie en la galería corta, cerca del vestíbulo.

Más allá de las dudas acerca de su cronología y en lo que se refiere al tipo de uso de la cavidad, la ausencia de restos humanos y de otro tipo de materiales, así como la localización de las cerámicas en la zona más exterior, permiten suponer una utilización esporádica, como refugio o lugar de descanso, quizá relacionada con prácticas agropecuarias.

LOS ZORROS 2 (EL TANAGUILLO, SOLÓRZANO)

La cueva de Los Zorros 2 (Muñoz *et alii*, 2009; Muñoz, 2009) se localiza muy cerca de la de Los Zorros 1, en la misma colina. Se trata, también de nuevo, de un sumidero fósil, con una boca de 3 m de ancho por 1,5 de alto orientada al noroeste. Con unos 30 m de desarrollo, está formada por dos galerías de tamaños similares y separadas entre sí por un marcado estrechamiento por el que hay que reptar y termina en una sima no explorada. Fue descubierta en las mismas fechas que la anterior, también por el CAEAP, cuyos miembros realizaron una prospección superficial.

En el primer tramo de la primera galería, en una oquedad, se localizaron fragmentos de cerámica tosca de color pardo-rojizo, de las mismas características que los de Los Zorros 1, por lo que también se les deben aplicar las mismas cautelas que para el caso anterior.

En cuanto a la interpretación del yacimiento, la presencia junto a la cerámica de una esquirla de hueso y la localización más interior permite albergar más dudas que con Los Zorros 1, aunque se carece de elementos suficientes como para realizar ningún tipo de valoración.

CUEVA 1289 (MATIENZO)

La boca de la cueva 1289 (Muñoz *et alii*, 2008), descubierta por la Expedición Espeleológica a Matienzo en 1998, se abre en el fondo de la depresión de Matienzo. Se trata de una abertura de medio metro de diámetro que da paso a una chimenea de 6 m de profundidad por la que se desciende a la primera sala de la cavidad. Desde allí la cueva continúa por una galería descendente y recta que se estrecha antes de abrirse en una última sala de gran tamaño. Su desarrollo total es de unos 120 m.

Los materiales arqueológicos, básicamente fragmentos cerámicos pertenecientes a dos vasijas y numerosos huesos de animales, se localizaron en un cono de derrubios procedentes del exterior situado al pie de la chimenea de entrada. De las dos vasijas, una no ha podido ser reconstruida -aunque se ha propuesto que pueda pertenecer a una jarrita- y la otra es una olla de "perfil en S" con el cuerpo estriado y decoración a base de líneas horizontales y diagonales que se cruzan debajo del cuello y dos líneas onduladas de mayor tamaño que se entrecruzan en éste. Aunque en un principio fue considerada, en un error extensible a la mayor parte de las cerámicas de este tipo (*vid*. Morlote *et alii*, 1996; Gutiérrez Cuenca y Hierro, 2016: 176) como perteneciente a la Edad del Hierro (Smith y Ruiz, 1999: 249), la interpretación más reciente la sitúa en la Tardoantigüedad o la Alta Edad Media, a partir de sus características técnicas, su morfología y su decoración.

Respecto al tipo de uso de la cueva, parece claro que en este caso la chimenea de acceso ha funcionado en algún momento como basurero y que por ella se han arrojado numerosos huesos de animales, principalmente bóvidos y suidos. Y junto a ellos los dos recipientes cerámicos. En este sentido, hay que mencionar la existencia de restos de muros junto a la boca de la cueva que quizá podrían relacionarse con un hábitat -de tipo cabaña aislada o granja- que estuviese en el origen del depósito, algo que sólo una intervención arqueológica en el lugar podría aclarar.

LA COVARONA (LLUEVA, VOTO)

Se trata de una cueva de gran tamaño, formada por un gran vestíbulo y una única galería de buenas dimensiones a las que se accede a través de una boca muy grande que se abre en la parte alta de una ladera, sobre el valle, cerca de Llueva, en San Miguel de Aras (Voto) (Muñoz *et alii*, 2009; Muñoz, 2009). Fue descubierta por el CAEAP en los años 80 del siglo XX y objeto entonces de una prospección superficial en la que se recogieron materiales, sobre todo cerámicos, de distintas épocas.

Los materiales de probable cronología tardoantigua/altomedieval son varios fragmentos de cerámica, incluidos algunos pertenecientes a ollas de "perfil en S", recogidos en la primera parte de la cavidad y entre los que destaca parte de una olla, elaborada a torneta y decorada en la panza mediante estriado y con una línea ondulada incisa en la zona superior. También se localizó, más al interior, parte de un cuchillo de hierro que se ha relacionado con piezas altomedievales, aunque la presencia de dos filos señalada en él lo aleja de los instrumentos de ese tipo habituales en época visigoda, que en la inmensa mayoría de las ocasiones cuentan con un dorso romo. En la misma parte de la cueva de la que proceden los materiales arqueológicos se localizan numerosos paneles con marcas negras parietales, así como cubetas con carbones a sus pies.

La cueva, por su tamaño, presenta unas condiciones de habitabilidad relativamente buenas -el vestíbulo es bastante húmedo y fresco, por su orientación al norte- en la zona de la entrada, por lo que no parece descabellado, atendiendo a la cantidad y al tipo de materiales procedentes de ella, pensar en un uso como refugio ocasional, relacionado tal vez con actividades agropecuarias.

EL SAÚCO (SAN PANTALEÓN DE ARAS, VOTO)

La cueva de El Saúco (Muñoz *et alii*, 2009; Muñoz, 2009) -o el Chile- está situada en la localidad de San Pantaleón de Aras, en el municipio de Voto, casi al nivel del valle. Con una boca de pequeñas dimensiones, un vestíbulo descendente y una única galería corta y estrecha, presenta nulas condiciones de habitabilidad. Como tantas otras, fue descubierta y sondeada en los años 50 del siglo XX por los camineros de la Diputación Provincial de Santander y prospectada en los 80 por el CAEAP, recogiéndose distintos materiales arqueológicos en superficie, algunos de ellos correspondientes a la Prehistoria Reciente.

Del fondo del vestíbulo y la zona aledaña proceden varios fragmentos de una olla de "perfil en S", elaborada a torneta y con decoración a base de líneas incisas en la parte superior que podría, a partir de sus características técnicas y morfológicas, tener una cronología de época visigoda. Más al interior se observa la presencia de marcas negras parietales, aunque mal conservadas.

Se desconoce cuál pudo ser el tipo de utilización de la cueva, aunque la ausencia de restos humanos permite excluir, por el momento, un uso sepulcral de la misma.

EL MERINO (EL DUESO, SANTOÑA)

La cueva del Merino (Muñoz *et alii*, 2009; Muñoz, 2009) se localiza en la parte alta de la ladera de alto de El Mazo, una colina situada en el extremo occidental del macizo costero del monte Buciero, justo encima del pueblo de El Dueso, en Santoña.

Su boca, de tamaño mediano, da acceso a un vestíbulo estrecho y descendente que conduce, a derecha e izquierda, a dos amplias salas laterales, situadas en distintos pisos. Entre los escasos fragmentos cerámicos localizados en superficie durante su exploración destaca uno perteneciente a una olla de "perfil en S", recogido entre bloques, en la galería que lleva a la sala de la izquierda. Por sus características técnicas y morfológicas podría fecharse en el periodo objeto de este trabajo, entre los siglos VI y VIII.

La ausencia de restos humanos, así como las nulas condiciones de habitabilidad de la cueva permiten excluir, por el momento, tanto su uso con fines sepulcrales como su utilización como lugar de habitación.

EL CANTAL (SAN BARTOLOMÉ DE LOS MONTES, VOTO)

La cueva de El Cantal (Muñoz et *alii*, 2009: 253-254; Gutiérrez Cuenca y Hierro, 2010-2012: 270-272) se localiza en una cima caliza, al borde de una gran depresión, en las estribaciones occidentales de la Sierra de Breñas, cerca del pueblo de San Bartolomé de los Montes, en el término municipal de Voto. Su boca doble está orientada al este, dando paso a sendos corredores paralelos que desembocan en una única galería, amplia y recta, de unos 5,5 m de ancho. La cueva tiene un desarrollo total de cerca de 20 m.También fue descubierta por el equipo de camineros de la Diputación Provincial de Santander en los años 50 del siglo XX, quienes realizaron una pequeña calicata cerca de la boca. En los años 80 fue prospectada por el CAEAP y en el año 2010 fue una de las cuevas elegidas para la campaña de muestreo y datación en cuevas consideradas tardoantiguas dentro de la primera actuación del Proyecto Mauranus.



Boca de la cueva

Fruto de las prospecciones del CAEAP (Muñoz *et alii*, 2009) son algunos materiales depositados en el MUPAC, entre los que destaca un gran fragmento del borde de una olla de "perfil en S", de pastas oscuras, a torneta y decorada, mediante incisión, con líneas rectas que enmarcan otras onduladas. Sus características técnicas y su decoración -y los buenos paralelos bien fechados, como, por ejemplo, algunas de las vasijas de Riocueva- permiten proponer para ella, con bastante seguridad, una cronología de época visigoda. La calicata de los Camineros también proporcionó restos cerámicos, algunos de ellos a torneta y que podrían compartir datación con los anteriores, aunque se trata de materiales poco diagnósticos. En ambas ocasiones, años 50 y 80, se recogieron restos humanos aparentemente asociados a aquellos, que también se conservan en el museo. En el transcurso de la toma de muestras de 2010 (Gutiérrez Cuenca y Hierro, 2010-2012: 270-

272) se localizó en la superficie de la cavidad, en la misma zona en la que habían trabajado los Camineros y el CAEAP también recogió restos humanos, a unos 5 m de la boca, un fragmento de mandíbula humana. Ésta, que pertenecía a un individuo de entre 33 y 45 años, fue datada por ^{14}C AMS, ofreciendo una fecha absoluta de época calcolítica[67].

No se pudo comprobar, por tanto, el uso sepulcral de la cueva de El Cantal en época visigoda y, aunque no sea una opción descartable al 100%, la exigua presencia de restos humanos, su localización exterior, la ausencia de elementos relacionados con el atuendo y la propia fecha radiocarbónica de la Prehistoria Reciente abogan por considerar otros usos para la cavidad en esos momentos. Quizá, como ocurre en otros casos, una utilización vinculada a prácticas agroganaderas.

[67] Poz-39144: 3995±35 BP

ASTURIAS

MINA EL MILAGRO (VILLAR DE ONÍS, ONÍS)

La mina El Milagro o -Mina Milagro- se localiza en las inmediaciones de Villar de Onís, en la ladera del monte llamado Monteoscuru. En la actualidad existen varias bocas de entrada que dan acceso a un complejo minero desarrollado en tres pisos y del que la mayor parte de sus actuales galerías y pozos corresponden a los trabajos desarrollados en época contemporánea (Martínez Villa, 2011: 8 y ss.). En cuanto al yacimiento arqueológico, se trata de una explotación de cobre prehistórica descubierta con motivo de las labores de extracción llevadas a cabo en ella durante la segunda mitad del siglo XIX, en el transcurso de las cuales se descubrieron algunas de las antiguas galerías y significativos materiales arqueológicos calcolíticos y de la Edad del Bronce, entre los que destacan picos mineros en asta de ciervo, mazas de piedra, hachas de bronce y restos humanos (*Ibidem*: 35-49 y 60 y ss.). Uno de esos objetos, cronológicamente muy alejado del resto de los del yacimiento, es un jarrito de aleación de cobre de época visigoda. Aunque, al igual que ocurre con el resto de piezas, se desconoce su procedencia exacta, todo apunta a que apareció en alguna de las antiguas galerías o covachas excavadas en época prehistórica y que fueron sacadas a la luz y destruidas en las fases iniciales del laboreo decimonónico, hacia 1850 (De Blas, 2004: 58). La mención más antigua al jarrito, que se conserva en el Museo de Arqueología de Asturias, es de 1862, lo que concuerda con esa aparición temprana (Escandón, 1862).

Se trata de un jarro de forma estilizada, con pie alto, cuerpo ovoide y cuello estrecho, y que ha perdido tanto el asa como el fondo. Mide 23 cm de altura por 7 cm de anchura máxima y tiene un grosor de 2 mm. Presenta cinco bandas decorativas, delimitadas por parejas de cordoncillos, a lo largo de todo su desarrollo. Tres son lisas y dos, la del centro del cuerpo y la del arranque del cuello, enmarcan sendas inscripciones: + *GALACIESOCVSTODIEAM D NE* y + *SABITAT IC*[68], respectivamente (Arias Páramo, 2006: 168).

Sobre su presencia en alguna de las galerías o covachas de las antiguas minas hay coincidencia en desligarlo completamente de los trabajos de extracción de mineral y descartarlo como prueba de una eventual reactivación de la explotación en época altomedieval (De Blas, 2004: 58; Martínez Villa, 2011: 50). La posibilidad de que proceda de un enterramiento en cueva ha sido sugerida por M. A. De Blas (2004) y recogida por A. Gutiérrez González (2013: 392 y 2010b: 17-20), quien, asumiendo para ella una función exclusivamente relacionada con la liturgia cristiana, interpreta la pieza como parte del ajuar de un miembro de las elites de la época, concretamente "como representación del estatus social de la clase sacerdotal extendida por la región cantábrica

[68] Aunque una parte de los investigadores lee juntas las dos frases de la siguiente manera: X(ristu)S (h)ABITAT (h)IC + GALACIESO CUSTODI(a)E AM(en) D(omi)NE (Cristo habita aquí para guarda de Galacieso, Amén, Señor), nos parece más correcta la lectura por separado y de la siguiente manera: + (…)S (h)ABITAT (h)IC (+ … habita aquí) y + GALACIESO CUSTODI EAM D(omi)NE (+ Guárdala Señor para Galacieso).

a partir del siglo VII". En cualquier caso, la ausencia de datos sobre el contexto de su hallazgo hace que este tipo de consideraciones sean meramente hipotéticas.



Jarrito, en Fernández Vega (cord..), 2006

CUEVA PEQUEÑA (CARREÑA, CABRALES)

Cavidad de la que se desconocen tanto su localización como sus propias características, ya que los materiales que presuntamente proceden de su interior fueron vendidos al Museo Regional de Prehistoria y Arqueología de Santander en los años 50 del siglo XX por un particular (García Álvarez Busto y Muñiz, 2010: 402), sin que quedasen registrados los detalles del hallazgo, más allá de algunos comentarios puntuales y algo confusos.

Esos materiales son una vasija de cerámica completa y un pequeño cuchillo o navaja de bronce (VVAA, 2010: 195-197). La primera es una jarrita a torneta de tipo *oinochoe*, de pastas claras y que presenta restos de un engobe pardo. Está decorada mediante el bruñido de su superficie y también con incisiones, tanto en el asa de cinta -líneas de puntos y dientes de lobo- como en el cuello –dientes de lobo- y presenta sendas aspas, incisa la primera y esgrafiada la segunda, en el fondo y en la zona del pico vertedor (Illarregui, 2006a). El segundo, es una pieza muy singular, cuya morfología y, sobre todo, el material en el que está realizado lo alejan de los tipos habituales de instrumentos cortantes conocidos para estos momentos. Se trata de la hoja de un pequeño cuchillo o navaja de filo curvo y dorso truncado y que presenta una profusa decoración, incisa y troquelada, a base de orlas, círculos concéntricos y triángulos por toda su superficie y en ambas caras.



Hoja de navaja o cuchillito

Para la primera se han señalado algunos paralelos en varios yacimientos medievales de Cantabria, norte de Palencia y Burgos y Asturias, aunque presenta algunas características

que la distancian de algunos de ellos, como el estar elaborada a torneta o la decoración a base de "dientes de lobo" incisos. En cuanto al segundo y pese a los intentos –poco acertados en nuestra opinión- por relacionarlo con algunos materiales tardorromanos de la meseta (Illarregui, 2006b, VVAA 2010: 197), desconocemos la existencia de algún paralelo que permita contextualizarlo cronológica y culturalmente. Es cierto que la decoración a base de círculos concéntricos troquelados aparece con bastante frecuencia en broches de cinturón también de bronce de época visigoda e incluso que la forma truncada de su dorso recuerda a la de algunos de los cuchillos de Riocueva, fechados en los siglos VII-VIII, aunque creemos que no son elementos suficientes como para poder extraer una conclusión definitiva. Que se trate de una hoja cortante hecha en bronce podría deberse a que nos encontremos ante una pieza con una función ritual o simbólica o quizá relacionada con la higiene personal, ya que no parece que sea un material muy apropiado para cuestiones meramente funcionales.

Según el vendedor y presunto responsable del hallazgo, el cuchillo apareció dentro de la vasija, que a su vez estaba colocada a los pies de un esqueleto humano. De ser cierta esta versión de los hechos, nos encontraríamos ante un enterramiento en cueva, aunque se impone mantener ciertas cautelas, tanto relacionadas con la propia veracidad del relato como de la asociación –o no- entre materiales y restos humanos.

EL MOLÍN (AVÍN, ONÍS)

La cueva del Molín se localiza en un cueto, a la entrada del pueblo de Avín. Aunque su relevancia arqueológica se la dan sus vestigios de arte rupestre paleolítico (González Echegaray y González Sáinz, 1984: 25), en ella también se han recuperado algunos materiales de época visigoda. Concretamente, varios fragmentos de cerámica modelada –un fondo, dos fragmentos de panza, uno de borde y cuello y un galbo indeterminado- de pastas groseras, cocción reductora y decoración a base ondas incisas que puede fecharse entre los siglos VI y VIII (Martínez Villa y Requejo, 1986: 337 y 343, lám. 3). A partir de esos restos se ha reconstruido una forma que parece imitar la de algunos de los jarritos de bronce de ese periodo (Requejo, 2003-2004: 518-519).

En el estado actual de los conocimientos acerca del yacimiento resulta imposible proponer algún tipo de uso para él en época visigoda.

CUEVA GÜERTA (FRESNEDO, TEVERGA)

Se trata de una gran cavidad localizada en el desfiladero de Val de San Pedro, en el entorno del Puerto Ventana. Aunque se desconoce la existencia de restos asignables a esa cronología en su interior, en ocasiones aparece citado como ejemplo de cueva con uso en época visigoda (*vid*. Fernández Conde *et alii*, 2009: 21; Fernández Mier y Fernández Hevia, 1998: 92). El equívoco tiene su origen en el hallazgo, a unos 100 m de distancia de la boca de la cueva, de una sepultura de época visigoda. Concretamente, de una tumba de lajas en cuyo interior se encontraron restos humanos, un jarrito de bronce[69] y una "espada corta" que se destruyó en el mismo momento del hallazgo (Gutiérrez González, 1982: 35; García Álvarez-Busto y Muñiz, 2010: 403). Aunque el tipo de hallazgo apunta hacia la existencia de una necrópolis en la zona en la que se localizó el enterramiento -si es que no se trata, en realidad, de una sepultura aislada (*vid. infra*)- desde muy pronto ha querido relacionarse éste, de una u otra forma, con la cueva. Por ejemplo, J. A. Gutiérrez González (1982: 34) afirmaba que "El interior de la cueva no parece haber sido reconocido, pero la asociación es suficiente para probar su ocupación en ese momento de repliegue de población hacia el norte", mientras que J. L. Avello (1985) también plantea la existencia de alguna relación entre el hallazgo y la cueva. García Álvarez-Busto y Muñiz (2010: 404), por su parte, se muestran mucho más cautos acerca de esa ocupación de la cavidad en esos momentos y además excluyen la tumba, con buen criterio, del conjunto de enterramientos en cueva contemporáneos, aunque, sorprendentemente, sobre ésta señalan que "parece haberse seleccionado un emplazamiento inmediato a la boca para beneficiarse de su carga sagrada".

Por lo expuesto en el párrafo anterior Cueva Güerta –también conocida como Cueva (de) Huerta o Cueva de Fresnedo- no debe ser incluida en la lista de cavidades con restos de época visigoda, y mucho menos con las que tienen carácter sepulcral. Quizá futuras investigaciones hagan cambiar esta situación, pero a la espera de que tengan lugar y de sus resultados, debe ser así.

[69] El jarrito fue dado por desaparecido y redescubierto por J. L. Avello (1986). Por el camino fue publicado como otro distinto, procedente de los alrededores de Somiedo.

CUEVA INDETERMINADA (CABRALES)

Recientemente se ha publicado una referencia a una cueva en el concejo de Cabrales de la que procedería un impresionante ajuar metálico –gran número de armas, herramientas y una cucharilla de plata- de cronología altomedieval, presuntamente asociado a un enterramiento (Fernández Mier, 2015: 192). En principio parecería que nos encontramos ante otro ejemplo de cueva sepulcral de estos momentos, aunque un repaso al origen de la noticia y a su interpretación posterior en los trabajos que lo han recogido nos hace descartar esa afirmación. La mención al hallazgo la publica F. Pantín (2008), quien lo considera de la Edad del Hierro, y consiste en la transcripción de una carta entre dos anticuarios asturianos[70], fechada en 1913 y que, en lo que respecta a aquél, dice así: "No hace todavía muchos años se encontró en el concejo de Cabrales el enterramiento de una especie de gigante, pues el esqueleto era de un tamaño colosal lo mismo en estatura que en la forma y fortaleza de sus huesos, al lado de ello se encontraron armas de guerra y útiles de trabajo". Después enumera los objetos y hace algunas precisiones acerca de su relación espacial respecto a los huesos[71].

En ningún momento se cita la procedencia exacta de los materiales ni las circunstancias del hallazgo, más allá de esa localización genérica en el concejo de Cabrales. Son O. Requejo y V. Álvarez (2013) quienes recogen el asunto tiempo después, reinterpretan los hallazgos como altomedievales y proponen la posibilidad de que el enterramiento se localizase en el interior de una cueva, apoyándose únicamente en la complicada orografía kárstica del territorio cabraliego. Y eso, que no es más que una mera especulación, les sirve para relacionar el presunto yacimiento con lo que, siguiendo a Gutiérrez González (2013 y 2010b), denominan "sepulturas en cueva de la élite local" (*Ibidem*: 1675) durante la Tardoantigüedad y la Alta Edad Media. Y de ellos toma Fernández Mier la noticia. Por tanto y al igual que en el caso de Cueva Güerta, hay que descartar completamente esta información y no incluir este hallazgo en la lista de cuevas con uso funerario en Asturias en época visigoda. No sólo porque no haya ninguna evidencia de una hipotética procedencia de los materiales de un contexto subterráneo de ese tipo, sino porque el mismo carácter de éstos suscita enormes dudas acerca de su cronología[72].

[70] Sebastián de Soto Cortés y Pedro Sarmiento.

[71] Menciona la presencia de 6 puntas de lanzas o jabalinas y 20 de flechas de distinto tipo, una gran hoz, un hacha, unas tijeras y una cucharilla de plata. Esta última estaría colocada bajo el cráneo del gigante, mientras que el resto habría aparecido colocado a ambos lados de su cuerpo.

[72] Se cita, por ejemplo, la presencia de unas tijeras de un tipo similar a las actuales, con "anillos" en las "piernas", cuando lo esperable, en un contexto de época tardoantigua o altomedieval, serían unas de resorte.

CUEVA DE L´ALBORÁ O DEL ALBA (PERLORA, CARREÑO)

La cueva de l´Alborá se localiza en la playa de Entrellusa, en Perlora, en la costa central de Asturias. Su boca, de reducido tamaño, se abre en un roquedo marino y sólo puede accederse a ella en bajamar o descolgándose desde la parte más alta del pedrero. Esa entrada da paso a una galería corta y estrecha que asciende hasta desembocar en una sala de unos 40 m^2, de planta irregular con tendencia ovoide y techo bajo; tanto que en algunas zonas resulta imposible mantenerse erguido. La sala, que tiene varias "ventanas" al exterior, se ve afectada por el flujo de las mareas, que inundan habitualmente las partes más bajas e incluso toda su superficie durante los temporales, formándose pozas en varias depresiones o pequeñas simas existentes en el piso, muy descendente (García *et alii*, 2003). El yacimiento fue descubierto en el año 2002, cuando se observó la presencia de materiales arqueológicos en superficie, en el fondo de una de las pozas. Dos años después se llevó a cabo una intervención arqueológica que permitió recuperar un conjunto de restos humanos y algunos objetos, principalmente metálicos, en el interior de una de las depresiones (Adán *et alii*, 2009).

Los restos humanos pertenecen a dos individuos adultos[73], uno femenino y el otro masculino. Ambos parecen haber sido depositados en el suelo de la cueva, aunque, según las observaciones de los excavadores, en zonas distintas: la mujer en la parte más alta, desde la que rodaron gran parte de sus huesos, y el hombre junto a -o en el interior de- una de las pequeñas simas. En cuanto a los materiales, los recogidos en la primera visita, junto a un húmero humano, fueron un posible fragmento de *terra sigillata* Hispánica Tardía muy rodado y sin barniz, otro de vidrio y una pequeña fíbula anular "en omega" de aleación de cobre. Entre los recuperados en la excavación destacan una pletina alargada de aleación de cobre, con sección en V e interpretada como parte del armazón metálico de la vaina de un cuchillo de "tipo Simancas"; dos fragmentos de un objeto apuntado de hierro, de sección cuadrada, para el que se ha propuesto un uso como regatón o lanza; un fragmento de un extraño aplique de aleación de cobre, con dos pies troncopiramidales y que envuelve un colmillo de jabalí; una costilla de ovicáprido decorada con círculos y líneas incisas y con un remate perforado en un extremo; y varios fragmentos de hierro muy deteriorados (Adán *et alii*, 2007; 2009; Piñán, 2013).

Una muestra de carbón procedente del interior de la sima y, por tanto, aparentemente asociado al resto de materiales localizados en ella, aportó una fecha radiocarbónica de entre comienzos del siglo V e inicios del VII.

Muestra	Edad BP	Cal 2 Sigma AD	Material	Referencias
Beta-192659	-	430-620	CARBÓN	Adán et alii, 2099

[73] A falta de la publicación del estudio antropológico de los restos, desconocemos si se trata de adultos jóvenes o maduros. A partir del análisis del húmero localizado en 2002 se estableció una edad mínima de 19 o 21 años, dependiendo del sexo (García *et alii*, 2003: 345). Incomprensiblemente, unas líneas más abajo se dice que nos encontramos ante "una persona joven-adulta (19 a 21 años)", en lo que parece una evidente malinterpretación de lo que sólo es un *terminus post quem*.

A partir de los datos obtenidos de la intervención arqueológica se ha realizado una reconstrucción, en mi opinión bastante especulativa, del depósito sepulcral de la cueva. Así, se habla del enterramiento de un hombre –descrito como un "guerrero" en algún caso (Adán *et alii*, 2007: 88)- acompañado de sus armas –cuchillo y lanza- y algunos objetos de adorno, como el aplique y el hueso decorado. Y del de una mujer, con un ajuar más propio de su sexo, como serían un recipiente de *Terra Sigillata* Hispánica Tardía, un ungüentario de vidrio y una fíbula (*Ibidem*; Adán *et alii*, 2009: 239; Piñán, 2013: 1549). Reconstrucción que parece haber sido aceptada, tal cual, por buena parte de los investigadores, dando por hechas algunas cuestiones que están lejos de haber sido demostradas e incluso yendo más allá. En ese sentido, resulta llamativo ver cómo lo que se interpreta como una posible parte de la vaina de un cuchillo de "tipo Simancas" se acaba convirtiendo en el arma completa en algunos trabajos de síntesis recientes (*vid*. Gutiérrez González, 2013: 393). O incluso, mencionándolo únicamente como parte de la vaina, se utiliza la referencia a ese cuchillo para afirmar que el de la Cueva de l´Alborá es "el primer testimonio de armas como ajuar funerario" en Asturias (Gutiérrez González, 2015: 302). Huelga decir que esa interpretación es sólo una de las posibilidades que hay y que se necesitarían evidencias de mayor peso para afirmar la presencia de un objeto como ése, con todas sus implicaciones, en la cueva. Y otro tanto puede decirse para el presunto regatón o, más presunta aún, lanza de hierro. En cuanto a la datación del conjunto, sería conveniente una toma de muestras de restos humanos para confirmar el carácter tardoantiguo del enterramiento y que no nos encontremos ante una asociación más aparente que real entre materiales de distintas épocas. En este sentido, la elección de un carbón recogido durante la excavación de la poza presenta algunos problemas, tanto inherentes al propio material[74] como relacionados con posibles aportes marinos de maderas de deriva[75].

[74] El efecto "madera vieja", por ejemplo

[75] G. Piñán (2013: 1547, nota 7) confirma la existencia de esos aportes cuando dice que "en una reciente visita (febrero de 2013) se pudo observar un gran tronco de árbol en el fondo de la poza"

LEÓN

CUEVA DE LA FRESNEDA I (VEGACERVERA)

La Cueva de La Fresneda[76] se localiza en Vegacervera, al norte de la provincia de León. Su boca, amplia y orientada al sur, se abre en la pared de un farallón calizo, unos 25 m por encima del nivel del suelo. La cavidad, de unos 25 m^2 cuenta con una única sala, de unos 10 m de profundidad, iluminada y de suelo plano, con buenas condiciones de habitabilidad. Dos grandes bloques calizos alineados hacen las veces de muro o parapeto en el borde. Descubierta en 2016 por un montañero y objeto de una prospección superficial por parte del Servicio Territorial de Cultura de León, ha proporcionado un par de fragmentos de cerámica, una fíbula "en omega" que ha perdido los remates de sus extremos y una placa de cinturón de aleación de cobre de tipo liriforme (Grau, 2018), perteneciente al Tipo C del Nivel V de Ripoll (1998) y que se fecha entre la segunda mitad del siglo VII y todo el VIII.



Boca de la cueva (Fotografía: Julio Manuel Vidal)

Las características de la cavidad han permitido proponer para ella, de forma provisional y a la espera de trabajos arqueológicos de mayor envergadura, un uso como lugar de habitación o vigilancia, ya que cuenta con una buena orientación y se sitúa a la entrada de las Hoces de Vegacervera, la garganta por la que el río Torío atraviesa el macizo calcáreo en el que se abre la cueva.

[76] La cueva y su yacimiento fueron descubiertos en agosto de 2016 por L. Martínez Lorenzo, quien dio parte del hallazgo al Servicio Territorial de Cultura de León.



Materiales de la cueva (Fotografía: Myriam Hernández)

CUEVA INDETERMINADA DE LA MONTAÑA LEONESA

Se trata de una cavidad de localización y características desconocidas, más allá de estas dos alusiones por parte de su publicador: "En uno de los sitios más abruptos de la montaña leonesa, en altísima cueva á donde las aves rapaces hacían su nido seguras de no ser molestadas" y "el agujero de escarpada peña" (Gago, 1902: 65 y 66). Ésta es (*vid. supra*) la referencia más antigua conocida al hallazgo de objetos de época visigoda en una cueva, aunque, en su momento y como ya hemos visto, E. Gago no supiese identificarlos correctamente ni asociarlos a ese momento cronológico altomedieval.

De ella procedería, siempre siguiendo las parcas indicaciones de su descubridor, un importante conjunto de materiales metálicos formado por un jarrito de bronce, un pequeño caldero del mismo material[77] con asa de hierro, una hebilla en forma de D con hebijón de base escutiforme, una placa liriforme y otro broche completo del mismo tipo. El jarro fue estudiado, bien es cierto que a través de la única fotografía publicada y no de forma directa, por P. de Palol (1950: 77), quien lo incluyó en el Tipo IV de su clasificación tipológica. El caldero o acetre, por su parte, tiene buenos paralelos en yacimientos de la misma época, como es el caso de las cuevas de Las Penas, Riocueva o la Galería del Río de La Garma, todas ellas en Cantabria. En cuanto a las guarniciones de cinturón, es posible que la hebilla formase pareja con la placa suelta, ya que es del mismo tipo que las que forman parte de los broches liriformes. Por el contrario, su hebijón es de un tipo más antiguo y su presencia junto a ella es extraña, aunque se conoce algún otro caso similar y podría deberse, sin más, al reaprovechamiento de piezas viejas como recambio en caso de rotura o pérdida de las nuevas. Los dos broches se fecharían en momentos avanzados del siglo VII o ya durante el VIII, como es habitual en los de ese tipo.

Aunque el grueso de los materiales de la colección de Gago Rabanal está desaparecido desde hace décadas[78] y nadie ha visto nunca los objetos procedentes de esta cueva innominada, más allá de la lámina publicada en 1902, un afortunado hallazgo reciente quizá pueda arrojar algo de luz en este asunto. En el Musée d´Aquitaine de Burdeos se expone un magnífico broche de cinturón hispanovisigodo con decoración damasquinada de tema animal[79], de procedencia desconocida y que guarda un increíble parecido con uno de los dos publicados por Gago Rabanal.

[77] Aunque tampoco sería del todo extraño que contase con un asa de hierro siendo de bronce, esa combinación de metales en un objeto de ese tipo permite elucubrar con la posibilidad de que, en realidad, se trate de un recipiente de hierro chapado en aleación de cobre, como ocurre en los casos cántabros ya mencionados.

[78] Las hermanas de Elías Gago la donaron a la Diputación de León hacia 1915 y, cuando ingresó en el Museo Provincial de León, en los años 80, habían desaparecido la mayor parte de las piezas, sin que nadie haya podido conocer su paradero hasta hoy. Quiero agradecer la ayuda prestada con este tema por Miryam Hernández, restauradora del Museo de León, a quien debo esa información.

[79] Conocimos de su existencia gracias a Yeyo Balbás, que lo descubrió en una visita al museo y nos proporcionó varias fotografías que realizó allí. Puestos en contacto posteriormente con la institución bordelesa, la conservadora responsable de las secciones antigua y medieval, Anne Ziegle, respondió



Lámina con los materiales publicada por Elías Gago Rabanal (1902)



Broche de cinturón del *Musee d´Aquitaine* (Fotografía: *Musee d´Aquitaine*)

amablemente a nuestros requerimientos y nos hizo llegar toda la información disponible sobre la pieza, incluyendo su ficha museográfica, así como un conjunto de fotografías a buena resolución.

Por una serie de motivos que se exponen con detalle en el apartado correspondiente (*vid. infra*), acabamos de plantear en un trabajo reciente (Hierro y Gutiérrez Cuenca, e. p.) la posibilidad de que ese broche de cinturón expuesto en Burdeos sea exactamente lo que parece: uno de los dos encontrados en la cueva anónima de la Montaña Leonesa publicados por Gago Rabanal. En cuanto a su procedencia, la ficha del museo francés no va más allá de constatar su presencia en los fondos antiguos de la institución, algo ratificado por los testimonios orales que hemos podido recoger[80]. Aunque desconocemos cómo podría haber llegado al sur de Francia, en estos momentos seguimos investigando su posible periplo[81].

Acerca del tipo de uso de la cueva en época visigoda, la presencia de los materiales citados en su interior -del mismo tipo que los presentes en otras cavidades con utilización funeraria- nos inclina a considerar como probable su carácter sepulcral, aunque esto no pase de ser una mera elucubración. Elucubración, en todo caso, apoyada en lo citado y que ya hizo Palol (1950: 77) hace décadas, cuando refiriéndose a esta cueva, al estudiar el jarrito, se refirió a ella como "seguramente sepulcral".

[80] Mientras que Anne Ziegle creía recordar que el broche se encontraba en un estado de conservación muy malo -convertido en un hierro oxidado inidentificable- antes se su restauración, algo que no encajaría bien con nuestra propuesta de identificación, el testimonio de la restauradora que trató la pieza en el año 2009 no coincide con esa apreciación y no señaló que, en el momento de su intervención, la pieza presentaba un excelente estado y que ella se limitó a hacer una limpieza superficial y labores de mantenimiento.

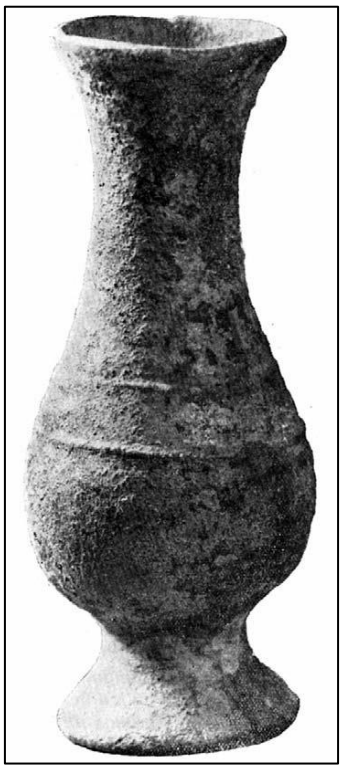
[81] La salida de objetos arqueológicos de España con destino a distintos museos europeos y norteamericanos no fue algo extraño durante los siglos XIX y XX y sólo hace falta echar un vistazo a las webs de algunos de ellos para comprobarlo. En este caso concreto, una de las líneas de investigación en las que trabajamos tiene que ver con la figura del arqueólogo leonés Julián Sanz Martínez, exiliado en Francia desde 1936.

VIZCAYA

CUEVA DE ITURRIETA (ITURRIETA, MAÑARIA)

Se trata de una cavidad, al parecer innominada, situada en la cantera de mármol de Iturrieta, en la localidad vizcaína de Mañaria. La boca de la cueva, que se abría frente al caserío Camiruaga (Alzola, 1958), se encuentra sepultada desde hace décadas por un cono de derrubios procedentes de la mencionada explotación minera (Valdés, 1982: 145). De su interior procede un jarrito de bronce hispanovisigodo (Almagro, 1942) que fue donado al Museo Vasco de Bilbao por Nicasia de Madariaga[82]. Aunque se desconocen tanto las circunstancias del hallazgo como su contexto arqueológico[83], el hecho de que la pieza estuviese "totalmente recubierta por una capa estalagmítica" (Valdés, 1982: 153) permite concluir que se trató de un hallazgo superficial, lo que a su vez indicaría que, en origen, fue depositado sobre el suelo de la cueva y no enterrado.

Es un jarro de pequeño tamaño, que ha perdido el asa y el fondo, y presenta una decoración a base de cordones sogueados que enmarcan un motivo vegetal ondulado con tréboles y zarcillos. Palol (1950) lo enmarca dentro de su Grupo IV, que se fecha en el siglo VII. Al tratarse de un hallazgo aislado y no ser accesible la cavidad para su exploración en la actualidad, resulta imposible establecer el tipo de uso que tuvo ésta en época visigoda.



Jarrito, según Almagro (1942)

[82] Al parecer, ingresó en el museo en 1924 (Almagro, 1942) aunque no fue donado definitivamente hasta finales de los años 50 (Alzola, 1958).

[83] La suposición de Valdés (1982: 145) de que la pieza perteneció a "una sepultura visigoda violada", aun siendo plausible, no cuenta con argumentos que permitan sustentarla, más allá de la comparación con otros hallazgos del mismo tipo en contextos similares.

ABRIGO DE ARRIETABASO (DIMA)

Aunque ha sido incluido en algunos repertorios de cuevas y abrigos con uso en época visigoda (Hierro, 2002 y 2011), en realidad no nos encontramos ante un abrigo en sentido estricto, sino que se trata, en realidad, de un farallón calizo utilizado como zona resguardada en un paraje de montaña, a 980 m de altitud, en la ladera occidental del monte homónimo, también conocido como Errieltabaso, en las campas de Gorostibakar.

A su pie se recogió, en superficie, un broche de cinturón de bronce de placa rígida de gran tamaño, de un tipo que suele fecharse en el siglo VII pero que puede perdurar hasta bien entrado el VIII. La pieza, que ha perdido el hebijón, está decorada con una compleja orla perimetral incisa en la que se alternan las líneas onduladas y rectas. No consta que estuviese asociado a estructuras u otros restos (García Camino, 1998-1999: 184-186 y 2001: 102)

Este hallazgo aislado, en una zona de montaña como ésa, podría ponerse en relación con actividades pastoriles, con el aprovechamiento de pastos de altura o, quizá, con la obtención de carbón vegetal, práctica llevada a cabo en la zona durante siglos, como evidencian algunos restos de carboneras (García Camino, 1998-1999: 186). En cualquier caso, no puede considerarse como un hallazgo en cueva o abrigo.

GUIPÚZCOA

IRUAXPE III (GOROETA ELIZAURREA, ARETXABALETA)

La cueva de Iruaxpe III se localiza en las peñas de Iruaitz, en el valle del Arbe, en una zona de paso desde el sur de Guipúzcoa hacia la llanada alavesa. Su boca se abre al pie de un farallón calizo, a unos 700 m sobre el nivel del mar, y da paso a una única galería de unos 8 m de largo por 4 m de ancho que se va estrechando hacia el fondo, aunque en origen su desarrollo era algo mayor, ya que existe un primer tramo, descendente hacia el exterior, que perdió la cubierta y se encuentra al aire libre en la actualidad[84]. Justo encima existe otra cueva, de mayores dimensiones y cuyo acceso es muy complicado, aunque también contiene evidencias de un uso contemporáneo al de Iruaxpe III (Urteaga, 1985; Altuna *et alii*, 1995; López Colom *et alii*, 1997: 154).

Descubierta por miembros de la Sección de Prehistoria de Aranzadi, fue objeto de tres campañas de excavación arqueológica dirigidas por M. Urteaga en los años 80 del siglo XX, en el transcurso de las cuales se documentaron niveles protohistóricos bajo evidencias de una importante ocupación tardoantigua (Urteaga, 1985 y 1986).

Ésta, que se localiza en la parte más interna de la cavidad, está representada por un nivel de unos 50 cm de potencia, con huellas evidentes de haber sufrido un intenso incendio. En él se recuperaron abundantes materiales entre los que destacan restos de fauna, objetos metálicos, fragmentos de vidrio y, sobre todo, un importante lote de cerámicas (Urteaga, 1985 y López Colom *et alii*, 1997: 155 y 156) en el que están presentes producciones paleocristianas e imitaciones de éstas, abundantes *sigillatas* hispánicas tardías, algunos fragmentos sueltos de cerámica africana y pintada y numerosos recipientes de cerámica común (Azkarate *et alii*, 2003: 9-17). Una muestra orgánica de este nivel ofreció una fecha radiocarbónica que permite datarlo entre los siglos V y VII.

Muestra	Edad BP	Cal 2 Sigma AD	Material	Referencias
-	1480±80	406-672 (563)	MADERA IND.	López Colom, 1997

La cronología de los materiales cerámicos ha permitido acotar esa cronología al siglo V y -para lo que nos interesa aquí- las primeras décadas del VI (Azkarate *et alii*, 2003: 28-30 y Azkarate y Solaun, 2016: 197). En cuanto a la interpretación del yacimiento, desde el momento de su descubrimiento se ha puesto en relación con un uso habitacional relacionable con el pastoreo, estrechamente ligado a la ruta de comunicación con las tierras llanas del sur mencionada más arriba (Urteaga, 1986: 50 y López Colom *et alii*, 1997: 155-156). Sin embargo, llama poderosamente la atención el impresionante repertorio cerámico recuperado, con una destacada presencia de producciones finas e importadas, así como los abundantes restos de vidrio, materiales que no parecen encajar muy bien en un ambiente como el propuesto, máxime si lo comparamos con los

[84] Esas características de la cavidad hacen que, en ocasiones, sea mencionada como un abrigo en lugar de una cueva.

recuperados en contextos tardorromanos relacionados con la ganadería en pastos de altura como los de la sierra de Aralar (Mujika *et alii*, 2013: 231-237)

IRITEGI (ARANTZAZU, OÑATI)

La cueva de Iritegi o Igitegi se localiza en el barrio de Arantzazu, cerca del cauce del río homónimo y a unos 600 m de altitud, al pie del pico de Aitzabal, en el macizo de Aizkorri. Se trata en realidad de la cavidad más conocida de un sistema de unos 2 km de desarrollo y del que también forman parte la sima de Aixen Cova y la cueva Tortuga (Galán y Nieto, 2010). Cuenta con dos amplias bocas muy cercanas entre sí y en el amplio y seco vestíbulo de la situada más al este tuvo lugar una intervención arqueológica en los años 90 del siglo XX que dejó al descubierto una ocupación de esa parte de la cavidad durante la Prehistoria Reciente y la Edad Media (Uribarri, 1994 y 1998). Uno de los niveles medievales, el VI, proporcionó una fecha radiocarbónica de época visigoda:

Muestra	Edad BP	Cal 2 Sigma AD	Material	Referencias
I- 16.868	1370±80	536-783 (661)	CARBÓN IND.	Uribarri, 1994

Se trata de un estrato situado por debajo de otros dos fechados en momentos altomedievales posteriores[85] y en el que se recuperaron algunos objetos metálicos, como una punta de flecha de hierro de enmangue tubular[86] y sección cuadrada y una plaquita curva de aleación de cobre que abraza un vástago de hierro (Uribarri, 1994: 150).

Los niveles medievales del yacimiento se interpretan como el reflejo de ocupaciones esporádicas ligadas al pastoreo, interpretación que refuerza la ubicación de la cueva en una zona atravesada por las rutas ganaderas tradicionales que conectan La Llanada alavesa con zonas del interior de Gipuzkoa (*Ibidem*: 147). En el caso que nos ocupa, la fecha más antigua, si es que no nos encontramos ante una manifestación del efecto "madera vieja", estaría indicando la existencia de esas prácticas pastoriles en momentos de los siglos VII-VIII, algo que parece atestiguado en la zona ya desde época romana.

[85] Que han proporcionado fechas calibradas que los sitúan entre los siglos VIII y XII, aunque centrados en los siglos XI y IX, respectivamente (Uribarri, 1994: 150)

[86] Aunque no hemos visto la pieza, la descripción encaja con la de una punta de proyectil de cronología posterior a la señalada por la datación radiocarbónica para ese nivel

ÁLAVA

LOS GOROS (HUETO ARRIBA, VITORIA)

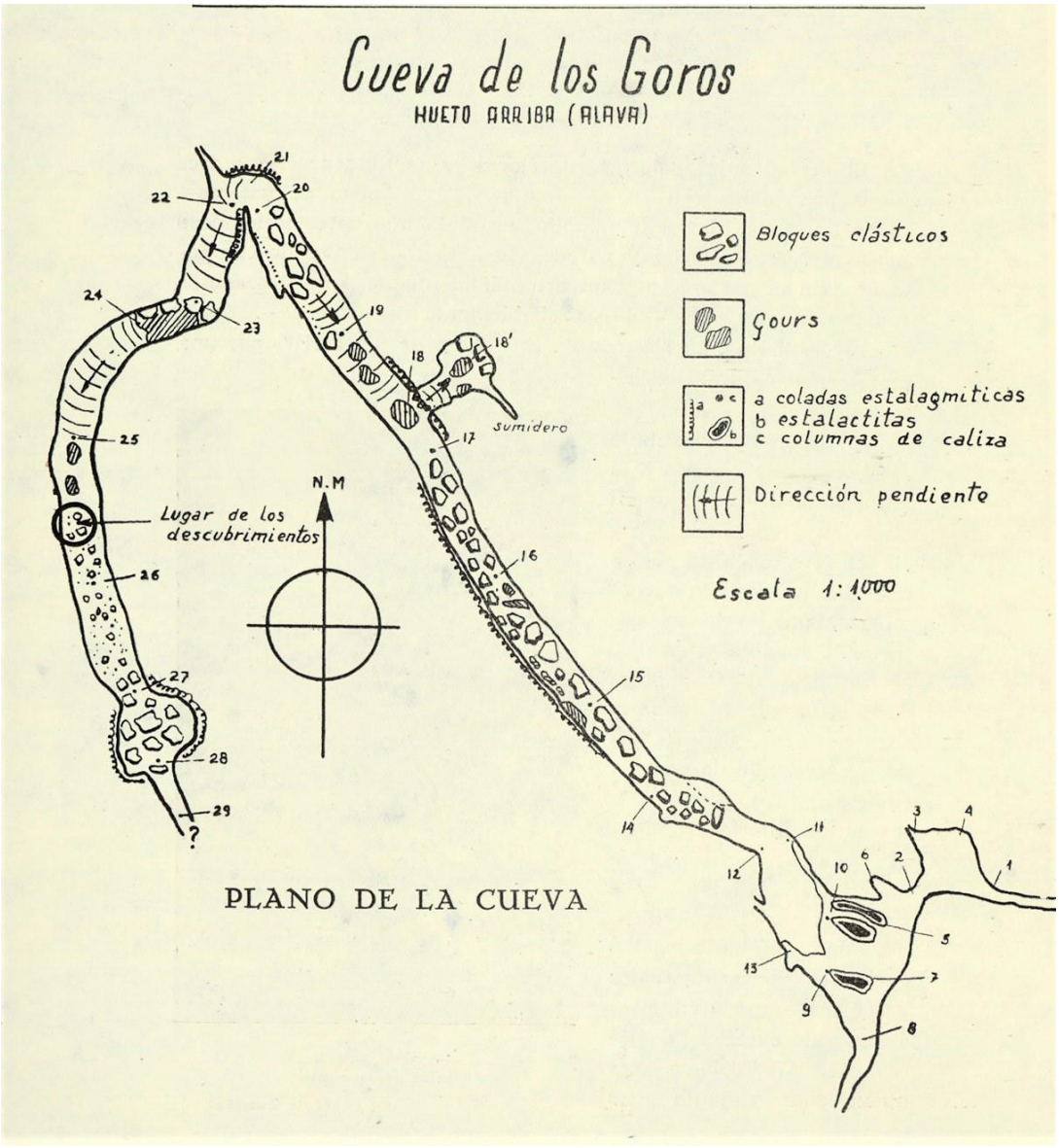
La cueva de Los Goros se localiza muy cerca del pueblo de Hueto Arriba-Oto Goien, a unos 13 km de la ciudad de Vitoria-Gasteiz. Se trata de una gran cavidad, conocida desde antiguo y que fue explorada parcialmente a finales del siglo XIX por el africanista Manuel Iradier. Ya en la centuria siguiente hay que señalar los trabajos en ese sentido de Luis Heintz, de la sección de espeleología del Grupo Excursionista "Manuel Iradier" y del Grupo Espelelológico Alavés (Maeztu, 2003; Álvarez y Maeztu, 2003).

Sus tres bocas principales se abren en la cara oriental de la Sierra de Badaya-Badaia, en la ladera del conocido como Barranco del Goro, a 546 m de altitud. Todas ellas dan acceso a un vestíbulo de buenas dimensiones que constituye el arranque de un sistema cárstico de unos 2.000 m de desarrollo, con dos galerías principales situadas en dos pisos distintos (Grupo Espeleológico "Manuel Iradier", 1957). En el superior existe una gran galería de unos 150 m que desemboca en una sima de 8 m de profundidad por la que se accede al primer tramo de la galería del situado más abajo, una rampa descendente, parcialmente inundada por el agua que se represa en un gran gour y con un desnivel muy acusado en sus primeros metros, en donde se localiza el yacimiento de época visigoda[87]. Aunque se trata realmente del primer tramo de la galería inferior, el hecho de hallarse separada del resto de ella por una colada de grandes proporciones y que sea necesario salvar ésta a través de un paso elevado situado a unos 20 m de altura y descendiendo después un pozo de otros 20 m de profundidad hace que pueda ser considerado como una "galería intermedia" entre la superior y la inferior, que comenzaría al pie de esa última sima.

En 1954, durante una de las exploraciones de la cavidad por parte de espeleólogos del "Manuel Iradier", se localizó, en la zona ya mencionada del piso inferior y a unos 180 m de la boca de la cueva, un conjunto formado por restos humanos y diversos materiales de época visigoda (*Ibidem*; Palol, 1957). En posteriores visitas a la cueva de miembros del Grupo Espeleológico Alavés y del Instituto Alavés de Arqueología se recogieron otros materiales arqueológicos de diferentes cronologías, especialmente en el primer tramo de la galería superior, aunque también en el mismo sitio en el que tuvo lugar el hallazgo de los años 50. P. de Palol (1957: 73) se refiere a los materiales recogidos en 1954 como "un boche de cinturón de perfil arriñonado; restos de una francisca o hacha de filo curvo con residuos de enmangue; parte de un cuchillo y parte de una podadera curva, todo ello en hierro"[88]. A ellos hay que añadir un fragmento de un clavo, otro de una herradura y varios galbos cerámicos, conservados todos ellos junto a los anteriores en el museo BIBAT de Vitoria-Gasteiz, y que, probablemente por su modestia, quedaron fuera del estudio del eminente arqueólogo catalán.

[87] En dos puntos situados en los primeros 50 m de la galería superior se localizaron varios recipientes cerámicos y restos humanos de la Edad del Bronce (Llanos, 1991: 233 y ss.). Incomprensiblemente, la Carta Arqueológica de Álava (VVAA, 1987: 297) sitúa todos los restos arqueológicos, también los de los siglos VII-VIII, en esta zona exterior de la cueva.

[88] Todos ellos han sido objeto de una revisión reciente (*vid*. Hierro, 2019).



Plano de la cueva, según G.E. "Manuel Iradier" (1957)

El broche de cinturón es, sin duda, la pieza más llamativa de todo el conjunto. Se trata de una guarnición de cinturón completa, con placa, hebilla y hebijón, realizada en hierro dulce mediante forja y decorada, a base de hilos de plata y finas chapas de latón, con la técnica del damasquinado. Los motivos decorativos son de tipo animalístico y, en cuanto a su morfología, se incluye dentro del grupo de los liriformes. El hacha, un ejemplar de combate, ha sido relacionado con los modelos más avanzados de las necrópolis alavesas de su entorno (Azkarate, 2004: 399-400; Azkarate y García Camino, 2013: 56). La podadera no es tal cosa, sino un elemento relacionado con el atuendo parcialmente conservado, y lo mismo ocurre con el cuchillo, un gancho roto en realidad. Los restos cerámicos, pocos y fragmentarios, no permiten establecer precisiones cronológicas o culturales, más allá de su carácter tosco y sus pastas oscuras, algo que encaja perfectamente con lo que sabemos de las producciones alfareras de época visigoda en el entorno geográfico cercano (Azkarate y Solaun, 2016). En el caso de la herradura, se trata en realidad de poco más de la mitad de un ejemplar de pequeño tamaño, de apenas 10 cm

de longitud, roto y con el extremo partido deformado. Del clavo -fragmento superior, en realidad- poco puede decirse, más allá de constatar su presencia en el yacimiento.



Objetos metálicos

Un somero análisis de este conjunto de materiales, que serán estudiados con más detalle en otro apartado de este trabajo, permite establecer una importante conclusión. Y es que, pese a lo que se ha argumentado en fechas recientes (Azkarate, 2004: 398; Azkarate y García Camino, 2013: 51-52), los objetos metálicos de la cueva de Los Goros no tienen ningún tipo de relación con las producciones contemporáneas del norte de los Pirineos, del mundo aquitano o merovingio, y sí con las peninsulares vinculadas a lo hispanovisigodo y al mundo mediterráneo (*vid*. Hierro, 2019). El broche de cinturón pertenece, por su forma, su técnica y su decoración, a un tipo exclusivamente peninsular[89] vinculado a modelos bizantinos y con muy buenos paralelos a lo largo y ancho del territorio del Reino de Toledo, por lo que puede afirmarse que se trata de una pieza netamente hispanovisigoda. El hacha, por su parte, parece pertenecer a un tipo regional, centrado en la zona alavesa, pero con cierta presencia más al sur, con al menos un ejemplar conocido en el entorno de la Sierra de la Demanda. En cuanto a la cronología del conjunto, esos mismos tres objetos -que son los únicos materiales que permiten realizar alguna precisión en ese sentido- lo sitúan en un intervalo que incluye la segunda mitad del siglo VII y todo el VIII.

[89] Incluyendo en esa consideración "peninsular" los territorios norpirenaicos del Reino de Toledo, es decir, la provincia septimana, de la que procede el ejemplar de la cueva de Montou (*vid infra*).

Acerca de los restos humanos apenas puede hacerse ninguna afirmación, a falta de un estudio antropológico aún sin realizar pese al tiempo transcurrido[90]. Hay que remitirse a la escueta nota al pie publicada por Palol (1957: 74) en su trabajo de referencia para este yacimiento en la que mencionaba que aquéllos habían sido estudiados por el Dr. Riquet, un antropólogo francés que se encontraba por casualidad en Vitoria. Según este investigador, el conjunto estaba formado por los restos de cuatro individuos: dos hombres, uno de ellos de gran talla, una mujer y un individuo joven. Aunque por su ubicación en una zona interior y de muy difícil acceso y su asociación directa con los materiales de época visigoda -y la ausencia de objetos de otras cronologías en ese contexto cerrado- no parece haber ninguna duda acerca de la de estos restos, se ha propuesto una datación anterior para ellos, si bien es cierto que sin desarrollar la idea ni argumentarla demasiado (Gil, 1998). En cualquier caso, sí que es cierto que hasta que no se realicen dataciones absolutas directas esa caracterización cronológica no será segura al 100%.



Herradura

Entre los objetos recogidos por miembros del Grupo Espeleológico Alavés y el Instituto Alavés de Arqueología en 1980, que también se encuentran depositados en el BIBAT[91] y que se presentan por primera vez en este trabajo, destacan varios fragmentos aplanados de hierro que fueron catalogados en su momento, con dudas, como partes de un posible cuchillo. Revisados dichos fragmentos en las instalaciones del citado museo en la primavera de 2017, hemos podido comprobar que no se trata de un útil de ese tipo, sino que corresponden, en realidad, a parte de una segunda placa similar a la confundida con una podadera por Palol; concretamente al extremo con remate semicircular completo y la mitad del cuerpo central cóncavo. El lugar exacto del hallazgo no está muy claro, ya que en la etiqueta puede leerse que los fragmentos metálicos se recogieron en "la galería que

[90] Los restos humanos de Los Goros, tanto los recogidos en los años 50 del siglo XX como los recuperados en exploraciones posteriores se encuentran depositados en el BIBAT.

[91] Se trata de materiales pertenecientes al legado de J. A. Madinabeitia

comunica la galería superior con la inferior". Este dato en principio haría pensar en la misma zona en la que se localizaron los materiales de época visigoda en los años 50, por los motivos expuestos más arriba. Sin embargo, el testimonio de uno de los autores del hallazgo, recogido por Ander Madinabeitia[92], señala a otra zona de la cueva, concretamente a las inmediaciones de la entrada. Según ese espeleólogo, la pieza fue recogida "a escasos metros de la entrada, en un túnel bajo lateral", descripción que coincide con el piso inferior de la galería de entrada, el mismo lugar en el que ese mismo equipo y en esas mismas fechas recuperó un importante conjunto de cerámicas de la Prehistoria Reciente (Llanos, 1991: 233 y ss.). Es probable que de esa misma zona proceda un anillo de aleación de cobre, en muy mal estado de conservación y que también se guarda en el BIBAT, producto de esa misma exploración de inicios de los años 80 del siglo XX. La presencia de objetos de época visigoda en esta zona de la cueva, tan alejada del lugar donde se produjo el hallazgo principal, podría estar indicando el uso de varias zonas distintas de la cavidad como lugar de depósito de cadáveres. Aunque en el caso de estos nuevos objetos en principio no consta su asociación directa a restos humanos, sí que es conocida la presencia de materiales de este tipo en esa parte de la cueva (*Ibidem*: 235), atribuidos, por su asociación a las cerámicas ya mencionadas, a la Prehistoria Reciente. El hecho de que se trate de elementos relacionados con el atuendo y el adorno personal refuerza esa idea, ya que una de las características de estos depósitos funerarios en cueva es la presencia de "inhumaciones vestidas", acompañadas, precisamente, de ese tipo de objetos. El uso de distintas zonas con esos fines en el interior de una misma cueva tampoco resulta extraño, aunque no sea algo muy conocido ni a lo que se haya prestado demasiada atención. El caso ya visto de La Garma, con enterramientos en dos – o quizá tres- de sus varios pisos, sería el principal referente, aunque podríamos contar con más ejemplos, como Montou (*vid infra*) o quizá incluso Los Hornucos.

En cuanto a la interpretación del yacimiento, ya se ha comentado su consideración como sepulcral casi desde el mismo momento de su descubrimiento, gracias a Palol (1957). En otro nivel de discusión, Los Goros ha sido uno de los yacimientos elegidos por A. Azkarate (2004) para plantear su idea acerca de la "visigotización" forzada de una parte del registro arqueológico de la Vasconia tardoantigua[93]. Sin embargo, en el caso de Los Goros esa afirmación es incorrecta.

[92] A quien quiero agradecer aquí su inestimable ayuda en este asunto

[93] Esa "visigotización" consistió en la conversión, en muchos casos forzosa, de algunos materiales de cronología tardoantigua alaveses y navarros en "visigodos", cuando sus paralelos y referentes se encuentran, en realidad, al norte de los Pirineos.

LAZALDAI (ZARATE, ZUYA)

La Cueva de Lazaldai -o Lazalday- (Llanos y Agorreta, 1961) se localiza en una dolina situada en la vaguada que separa los picos de Lallana y Urtualde, a más de 800 m sobre el nivel del mar y muy cerca de Zárate. Su boca, de 3,5 m de ancho por 1 m de alto da paso a un conjunto de galerías de unos 4.000 m de desarrollo atravesado por un arroyo subterráneo.

En una zona muy interior de la cavidad, concretamente en una galería fósil bastante seca situada lejos de la entrada y a la que se accede tras salvar el cauce de agua, se localizan varios conjuntos de marcas negras parietales hechas con carbón. En el suelo de la galería, especialmente al pie de las representaciones, se recogieron diversos materiales arqueológicos, entre los que destacan fragmentos cerámicos y algunos objetos metálicos[94]. El más interesante para nosotros es un asa de caldero de hierro de sección helicoidal, completa aunque en dos fragmentos, con buenos paralelos en algunas tumbas de la necrópolis de Aldaieta; especialmente el ejemplar del enterramiento A8 (Azkarate, 1999: 117-120). Es muy probable que los "restos de maderas trabajadas" mencionados por Llanos (2003: 102) estén relacionados con esta pieza y correspondan, todos ellos, a un recipiente de tipo caldero. Uno de esos fragmentos de madera fue datado por C^{14}, ofreciendo una fecha altomedieval.

Muestra	Edad BP	Cal 2 Sigma AD	Material	Referencias
-	1290±80	606-898 (742)	MADERA IND.	Llanos, 2003

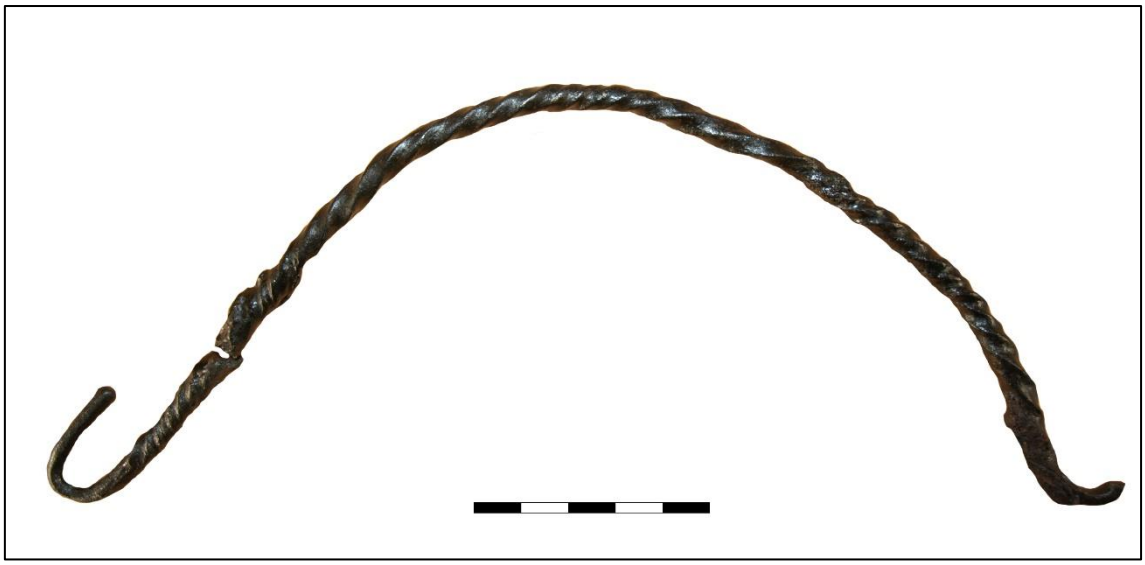
Aunque la horquilla proporcionada es bastante amplia, debido a lo impreciso de la datación, ésta podría situarse en el siglo VIII, donde tampoco desentonan las manifestaciones parietales. En cualquier caso, a las obligadas precauciones motivadas por ese amplio margen de error hay que sumar la posibilidad del "efecto madera vieja", al tratarse de una muestra de material lígneo cuyas características no se detallan.

El resto de materiales metálicos podrían corresponder a un depósito de la Edad del Hierro o, como muy tarde, de inicios de la época romana, momento en el que hay que fechar un *scalptorium* de bronce[95]. El llamativo e inusual colgante de bronce con forma de colmillo de oso y decorado con puntos incisos alineados en sus dos caras recuperado en Lazaldai

[94] Llanos (2003: 102) describe los fragmentos cerámicos como "de pastas anaranjadas con paredes de pequeño espesor o de un recipiente de pasta con desgrasantes, decorado con incisiones peinadas" y los metálicos como "un scalptorium en hierro decorado con incisiones lineales y aspadas y un colgante de bronce en forma de colmillo de oso?, que por las dos caras presenta una decoración de puntos incisos en bandas paralelas, así como parte de una punta de lanza en hierro".

[95] Aunque A. Llanos (2003: 102) sugiere una cronología tardorromana para los materiales, incluido el *scalptorium*, lo cierto es que este tipo de objetos parecen más típicos de la Edad del Hierro y los momentos iniciales de la romanización. Algunos ejemplos del suroeste de Francia en Soutou (1959).

también podría llevarse a esas fechas antiguas, aunque su excepcionalidad dificulta una adscripción cronológica fiable. Y otro tanto ocurre con una aguijada de hierro, aunque por todo lo contrario, ya que se conocen ejemplares idénticos procedentes tanto de contextos de la Edad del Hierro como medievales[96] para un instrumento que ha llegado con esa misma forma prácticamente hasta nuestros días. Finalmente, los restos de chapas de aleación de cobre, algunas remachadas, son tan poco significativos que resulta imposible aventurar su función.



Asa de caldero

En cuanto a la cerámica, entre los varios fragmentos procedentes de la cueva destacan varios pertenecientes a una pequeña olla a torneta, de pastas oscuras y muy bastas y que presenta una decoración a base de líneas incisas realizadas a peine que se alternan en bandas y que en ocasiones también se entrecruzan formando retículas. Aunque una decoración similar, si bien más simple, ya está presente en una de las ollitas de Aldaieta (Azkarate, 1999: 177-179), encontramos sus paralelos más cercanos geográficamente en producciones con cronologías que van del siglo VIII al siglo X (Solaun, 2005: 148 y ss.), siendo también relativamente frecuentes en contextos altomedievales asturianos y del occidente cántabro (Sarabia, 2003: 367 y 378).

El carácter del uso altomedieval de este yacimiento es una incógnita, aunque parece que puede descartarse del todo una función habitacional, dada la localización de los hallazgos en una zona muy interior de la cueva. Por el contrario, la referencia a "restos de algunos individuos depositados sobre el suelo" en la galería donde se recogieron los objetos u otra próxima (Llanos, 2003: 100) permite proponer, aunque de forma hipotética, un uso sepulcral. La presencia de un cubo de madera del mismo tipo que los recuperados en algunas de las tumbas de Aldaieta podría reforzar esa interpretación, aunque serían necesarios más elementos para poder sostenerlo con ciertas garantías.

[96] Un ejemplo de la Edad del Hierro, del Cerro de la Gavia (Madrid) en Urbina y Morín, 2009: 151 y 153. Otro, de época visigoda y de Morcuera (Soria), en Dohijo, 2011: 87.

LOS HUSOS I (LAGUARDIA)

Se trata de un abrigo de grandes dimensiones, con una boca de unos 18 m de ancho por 20 de altura que se abre en la base de un gran farallón calizo, al pie de la sierra de Cantabria. Descubierto en los años 60 del siglo XX, ha sido objeto de varias intervenciones arqueológicas desde entonces (Quirós y Alonso, 2007: 1125-1126), entre las que destacan las dirigidas por J. M. Apellaniz a finales de esa misma década y en el transcurso de las cuales se recuperaron, en los niveles superficiales, numerosos materiales de cronología tardorromana –metálicos, de vidrio y, sobre todo, cerámicos- que se superponían a los de la Prehistoria Reciente (Apellániz, 1974). Materiales que también fueron encontrados en las de J. Fernández Eraso, a finales del siglo XX e inicios del XXI. En estas últimas se obtuvieron algunas dataciones radiocarbónicas[97] que permiten situar la última ocupación del abrigo entre finales del siglo IV y comienzos del VII.

Muestra	Edad BP	Cal 2 Sigma AD	Material	Referencias
-	1560±60	386-623 (492)	AVENA SATIVA	Quirós y Alonso, 2007
-	1550±50	404-606 (497)	CARBÓN IND.	Quirós y Alonso, 2007
-	1600±40	384-556 (469)	CARBÓN IND.	Quirós y Alonso, 2007

Las cerámicas presentes en Los Husos I son tanto comunes como *sigillatas* hispánicas tardías, casi todas estas últimas pertenecientes a la forma 37 tardía, y todas ellas parecen fecharse en la primera mitad del siglo V (Apellániz, 1974: 57-60; Quirós y Alonso, 2007: 1129-1130). Aunque esta datación queda fuera del marco de este trabajo, la posibilidad de que la ocupación del abrigo haya perdurado hasta el siglo VI -siquiera hasta las primeras décadas, a partir de la presencia de algún fragmento de cerámica de imitación de DSP- hace que lo tengamos en consideración.

En cuanto a la funcionalidad del abrigo, todos los investigadores que han tratado sobre él coinciden en la hipótesis de su uso como lugar de habitación, ligado probablemente a tareas agropecuarias (Gil, 1997: 143; Quirós y Alonso, 2007: 1139). Su fácil acceso, su localización junto a terrenos cultivables, su amplitud y el hecho de que incluso haya una fuente de agua potable en su interior la hacen bastante plausible.

[97] Además de las recogidas en la tabla, una muestra de hueso proporcionó una fecha (1760±50 BP) situada entre los siglos II y IV y que no hemos tenido en consideración por quedar fuera de los límites de este trabajo

LOS HUSOS II (LAGUARDIA)

Este abrigo, de menor tamaño, se localiza a apenas 50 m del anterior, ladera arriba y fue objeto de una intervención arqueológica dirigida por J. Fernández Eraso entre los años 2001 y 2006. Al igual que en aquél, los niveles tardoantiguos se superponen a las evidencias de uso -como espacio funerario (Fernández Crespo, 2016: 135-138) y también como redil (Fernández Eraso y Polo, 2007)- durante la Prehistoria Reciente. A esta última fase pertenecen los restos de una estructura lígnea, presumiblemente de carácter doméstico ya que en su interior se ha localizado un hogar (Quirós y Alonso, 2007: 1127). En cuanto a los materiales, destacan una vez más los cerámicos, con presencia tanto de producciones comunes como de *sigillatas* tardías -de nuevo formas 37 tardías- e imitaciones de DSP (*Ibidem*: 1130-1133). Las fechas radiocarbónicas obtenidas en la excavación sitúan el uso más reciente del abrigo entre finales del siglo IV e inicios del VIII.

Muestra	Edad BP	Cal 2 Sigma AD	Material	Referencias
-	1610±40	379-546 (460)	-	Quirós y Alonso, 2007
-	1570±40	403-571 (484)	-	Quirós y Alonso, 2007
-	1370±40	600-712 (655)	-	Quirós y Alonso, 2007

La cronología aportada por los materiales cerámicos, como ocurriera en el caso de Los Husos I, es coincidente con las dataciones absolutas y mientras que los restos tardorromanos se fechan en el siglo V y las primeras décadas del VI, algunos fragmentos de vasijas comunes pueden remiten a los siglos VII-VIII (*Ibidem*: 1138). En cuanto al carácter de la ocupación, de nuevo no parece haber dudas acerca de su uso como lugar de habitación, más prolongado en el siglo V y esporádico en el VII-VIII.

BURGOS

CUEVA DE LOS MOROS (QUINTAN AURRIA, CARCEDO DE BUREBA)

La cueva de Los Moros -o de Quintana Urria- se localiza en la comarca burgalesa de La Bureba, al sur del pueblo que del que toma su segundo nombre y muy cerca de él. Su boca, que se abre, orientada al norte, en el interior de una hondonada conocida como La Hoz, ha sido modificada artificialmente mediante un muro que forma un pasillo estrecho y bajo con la pared de roca por el que hay que arrastrarse unos 5 m antes de acceder al interior (Osaba *et alii*, 1971: 181-182). La cueva, que había sido objeto de remociones clandestinas con anterioridad, fue excavada en 1968 bajo la dirección de B. Osaba, proporcionando un interesante lote de materiales de la Prehistoria Reciente, protohistóricos y, sobre todo, tardorromanos; destacando entre estos últimos los fragmentos de vidrio y de *sigillatas* tardías que permiten situar ese uso de la cavidad en los siglos IV-V (*Ibidem*: 186-187)



Interior de la cueva (Fotografía: A. I. Ortega)

Recientemente, durante los trabajos de actualización del "Inventario de cavidades arqueológicas de la provincia de Burgos"[98], se ha recogido en su interior un excepcional broche de cinturón de época visigoda (Ortega *et alii*, 2017). Se trata de una pieza articulada de tipo cruciforme, realizada en hierro y con decoración damasquinada a base de latón y plata, en estudio en el momento de redactar estas líneas[99]. Su hallazgo certifica el uso de la cueva en época visigoda, concretamente en algún momento de finales del siglo VII o ya en el VIII, aunque las características de esa utilización sean, de momento, desconocidas. En este sentido llama la atención la afirmación de sus excavadores de que se trataba de una "cueva sepulcral que tuvo finalidad funeraria en los siglos IV o V (d. J. C.)" (Osaba *et alii*, 1971: 187), ya que no consta la aparición de restos humanos durante

[98] Dirigido por A. I. Ortega para la Fundación Atapuerca y con permiso y financiación de la Junta de Castilla y León.

[99] Recientemente he identificado otro ejemplar de broche cruciforme hispánico de hierro con decoración damasquinada en la colección del Museo Episcopal de Vic (Gerona). Aunque pertenece a un tipo distinto de la clasificación de Gutiérrez Cuenca y Hierro (2013), el CH2d, también procede de Burgos, por lo que parece poder establecerse un foco en esa provincia para este tipo de raras producciones de época visigoda (*vid. infra*).

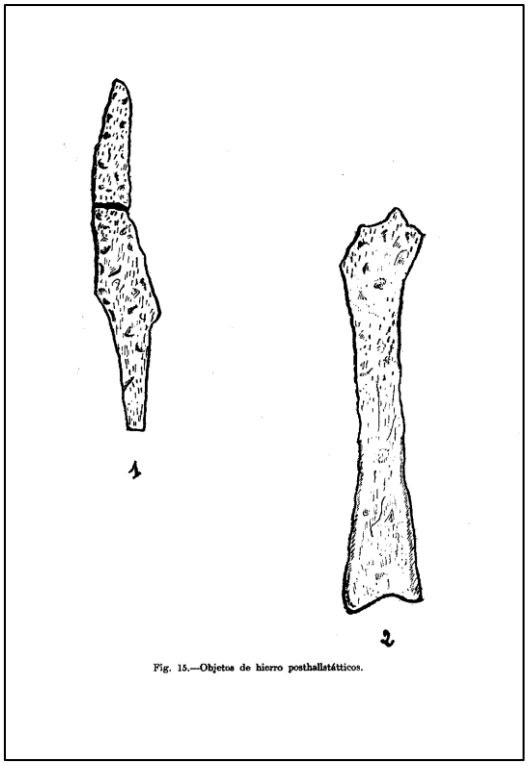
la intervención arqueológica; al menos en la publicación. Sin embargo, tanto las características de la cueva, con una entrada de reducidas dimensiones -y por la que es necesario pasar reptando- como la presencia del broche de cinturón hispanovisigodo -que podría estar indicando la presencia de al menos una inhumación vestida en su interior- son perfectamente compatibles con un uso funerario en los siglos VII-VIII; algo que sólo una intervención arqueológica de mayor calado y la datación directa de restos humanos, si hubiere, podría confirmar. Por su parte, la posibilidad de la existencia de enterramientos de época tardorromana se antoja más difícil, dados los escasos paralelos.

Finalmente, entre los otros materiales recuperados durante la excavación de los años 60 del siglo XX (*Ibidem*: 186-187 y láminas I y II) no encontramos ninguno que pueda ser fechado, sin ningún género de dudas, en época visigoda, aunque hay varios que podrían pertenecer a ese momento. Así, quizá alguno de los fragmentos de "cerámica vulgar" dada como romana y que, por sus características -tosca y negra y con "perfil en S" en el caso del nº 19- pudiera fecharse en la Tardoantigüedad. Menos claros parecen los casos de la punta de jabalina y el cuchillo, ambos de hierro. La primera, tal y como fue señalado por sus descubridores, encaja perfectamente en los modelos tardorromanos mientras que el caso del segundo, al que denominan "afalcatado" es más complejo, ya que guarda ciertas similitudes formales con algunos cuchillos de época visigoda[100] aunque también presenta importantes diferencias, como su filo sinuoso y marcadamente cóncavo.

[100] Por ejemplo y sin salir de la provincia de Burgos, dos de los cuchillos procedentes del yacimiento del Castro de Yecla (Santo Domingo de Silos). Concretamente, los dos del centro a la izquierda en la lámina XXVII (González Salas, 1945)

GALERÍAS ALTAS DE PALOMERA (CUEVA, SOTOSCUEVA)

Se conoce por Cueva Palomera a una de las entradas al enorme complejo kárstico de Ojo Guareña, en el norte de la provincia de Burgos. Dentro de éste y por encima de la boca de la Cueva Palomera propiamente dicha, cuya boca se abre en la dolina homónima, existen dos entradas que conducen a las Galerías Altas de Palomera. Una de ellas da acceso a unas galerías de pequeñas dimensiones mientras que la otra, con una amplia boca en forma de abrigo, se abre a otra que enlaza con las anteriores (Ortega y Martín, 1986: 347-348).



Cuchillo (a la izq.), según Osaba (1960)

En algún punto indeterminado de esas galerías se recuperaron, en los años 50 del siglo XX (Osaba, 1958), algunos materiales arqueológicos, especialmente cerámicas, con cronologías que van desde la Prehistoria Reciente a la Edad Media. Entre ellos destaca, para el tema que nos ocupa, un pequeño cuchillo de hierro de hoja estrecha y algo curva y un solo filo que, en su momento (Osaba, 1960: 189-190), fue clasificado como un cuchillo "de forma afalcatada" perteneciente a la "cultura posthallstática". Sin embargo, sus características formales, con una longitud total de 14 cm, un ancho de hoja de 2 cm y una espiga centrada y muy desarrollada lo alejan de los cuchillos de la Edad del Hierro y lo acercan a los tardoantiguos y altomedievales, entre los que encontramos buenos paralelos para él, como los del *castrum* de la Cabeza de Navasangil (Caballero y Peñas, 2012: 232-233) o la necrópolis de Talaide, en Portugal (Cardoso *et alii*, 1995: 327, fig. 10). Algunas de las cerámicas bastas citadas por Osaba podrían pertenecer también a este periodo, por lo que no puede descartarse un uso de esa parte del complejo de Ojo Guareña en época visigoda, aunque la ausencia de más elementos impide por el momento hacer ninguna precisión acerca de su alcance y tipo.

LA RIOJA

CONTREBIA LEUCADE (INESTRILLAS, AGUILAR DEL RÍO ALHAMA)

Los restos de la ciudad celtíbero-romana identificada con la *Contrebia Leucade* de las fuentes antiguas se localizan muy cerca de Inestrillas, en el municipio riojano de Aguilar del Río Alhama. Allí, en el paraje conocido como Cruña[101], en dos colinas y una vaguada intermedias que se levantan en un escarpe sobre el río Alhama, perduran las ruinas de un gran asentamiento fortificado que arranca en la Segunda Edad del Hierro y sigue habitado hasta la Alta Edad Media. En época visigoda (Hernández Vera *et alii*,1996) la ciudad sufre numerosos cambios, amortizándose buena parte de las estructuras anteriores, reaprovechando algunas y levantando otras *ex novo*, acabando en gran medida con el urbanismo celtíbero-romano. La ocupación en estos momentos debió ser de cierta envergadura, aunque no llega a los niveles anteriores, y los materiales relacionados con ella son relativamente abundantes y variados, destacando los recipientes cerámicos, las herramientas, alguna moneda y un importante conjunto de broches de cinturón. Se conoce el emplazamiento de una necrópolis de tumbas de lajas, sin excavar aunque parcialmente saqueada, y en distintas zonas del espacio urbano, quizá deshabitadas en esos momentos, se han localizado enterramientos aislados pertenecientes a ese periodo.



Localización de la cámara sepulcral, junto a la parte externa de la muralla romana

[101] Topónimo que inmediatamente recuerda al La Coruña gallego y al Coruña del conde Burgalés, situados sobre y junto a las antiguas ciudades romanas de *Brigantia* y *Clunia*, respectivamente, y que podría haber evolucionado a partir de la palabra latina *colonia*.

La parte del yacimiento que nos interesa es una cueva artificial en la que se identificó un enterramiento colectivo de los siglos VII-VIII (Hernández Vera *et alii*, 2007: 122 y ss). En realidad, se trata de la parte excavada de una antigua vivienda celtibérica situada entre las murallas del Hierro y romana, junto a esta última, y que fue reaprovechada como cámara funeraria. En el momento de su descubrimiento se encontrada completamente sellada por un cierre de piedra seca. Dicho muro no es paralelo a la boca de la cavidad, sino que forma un ángulo recto hacia afuera a unos dos tercios de su ancho, creando una especie de pequeño pasillo -en cuya esquina exterior hay incluso una piedra de mayor tamaño que el resto y dispuesta verticalmente y que ha sido interpretada como una jamba- que podría corresponderse, según sus excavadores, con una entrada original. De ser correcta esa interpretación y no tratarse de una solución motivada por algún otro condicionante que desconocemos, debió tener algún otro tipo de cierre que facilitase su apertura, ya que el existente en el momento de su hallazgo no difiere del resto y haría necesario el desmonte de esa parte de la pared cada vez que se quisiera introducir un nuevo cadáver. El cualquier caso, todo indica que fue definitivamente sellada con ese aparejo.



Aspecto de la cámara sepulcral tras su excavación

En su interior se identificaron los restos de un número indeterminado -pero alto- de individuos, depositados sobre el suelo de la estancia. Se da la circunstancia de que, mientras los dos situados en la esquina opuesta a la de la presumible entrada -y, por tanto, más antiguos- estaban en decúbito supino y colocados en sendos espacios delimitados por otras tantas hileras de grandes piedras, el resto había sido amontonado entre la zona

central de la cueva y la entrada. La ausencia de una publicación de los restos obliga a extraer conclusiones a partir de algunas fotografías (*Ibidem*: 113 y 123-125) que resultan muy ilustrativas al respecto de cómo fueron depositados los cadáveres. Así, de los dos "fundacionales", el situado junto a la pared presenta los brazos cruzados sobre el pecho y las piernas formando un marcado ángulo respecto al cuerpo, algo que parece haber condicionado la propia disposición de las piedras que delimitan su "espacio funerario", que se adaptan a esa forma en lugar de formar una hilera recta. Ese hecho quizá se deba al *rigor mortis* del cadáver y a la imposibilidad de hacer que adoptara una posición completamente estirada en el momento de su introducción en la cavidad. Por su parte, el colocado junto a él parece haberlo sido de forma más apresurada, pese a tener ya delimitado su espacio, pues, aunque se encuentra más desarticulado, parte de sus huesos se sitúan por encima de las piedras de la fila que lo separa del anterior y se observa una disposición general muy pegada a éstas y no centrada en el espacio reservado a él. Parece, por tanto, que quienes colocaron el cadáver lo hicieron sin mucho cuidado, acuciados tal vez por las prisas por abandonar el lugar. Junto al primero de los mencionados, a sus pies, se observa la presencia de otro cuerpo, colocado en sentido inverso y también de forma descuidada y/o apresurada, ya que parte de sus extremidades inferiores están, de nuevo, sobre las piedras e incluso una de ellas por encima de las del enterramiento más antiguo.



Interior de la cámara sepulcral

Como ya se ha adelantado, el grueso de los individuos que forman el conjunto parecen haber sido amontonados sin ningún tipo de orden, cuando no directamente arrojados desde el exterior, lo que sumado a la pendiente de la zona interna más próxima al muro -

porque la cueva se encuentra a un nivel más bajo que la zona de afuera- hace que apenas se observen conexiones anatómicas y resulte complicado establecer la posiciones originales de los cadáveres, más allá de constatar el ya mencionado amontonamiento. Finalmente, hay que señalar una excepción a esto último, ya que justo en la rampa se conservaban en un estado muy aceptable los restos del que presumiblemente fue el último enterrado en la cámara. La disposición de su cuerpo, estirado boca arriba y con la cabeza hacia el exterior, y, sobre todo, de su brazo derecho, levantado y flexionado hacia abajo, parecen indicar que fue introducido por dos personas, una que entró en la cueva llevándolo por los pies y otra que lo sostenía por los brazos, por debajo de las axilas y que no llegó a traspasar el umbral.

A tenor de lo expuesto, parece que nos encontramos ante la imagen de una sepultura de catástrofe, de una tumba en la que se ha introducido un elevado número de individuos fallecidos en un lapso de tiempo muy corto, si es que no lo fueron de forma simultánea o casi. Podría pensarse en el enterramiento más o menos "normal" de los dos más antiguos, aunque la disposición del segundo de ellos, como hemos visto, ya parece indicar cierta prisa en su depósito. Algo que se acentúa con los demás y que da al conjunto todo el aspecto de una fosa común. Como elemento curioso y a tener en cuenta hay que mencionar que, siempre según las fotografías, el primer inhumado carece de cráneo, ocupando su lugar una gran piedra. Dicha piedra no ha podido caer de forma accidental sobre la cabeza del cadáver en ningún caso, ya que no hay desde donde hacerlo, y tampoco se trata de un elemento de la hilera de separación que se ha desplazado de forma accidental, ya que ésta se encuentra completa y en el mismo plano, sin posibilidad de rodar. En este punto se puede especular con dos posibilidades: que el cadáver se enterrase decapitado y se colocase, por motivos que desconocemos, la piedra en su lugar o que alguien aplastase su cráneo con ésta. De ser correcta la segunda resulta muy tentador relacionarlo con la destrucción de algunos cráneos mencionada en los casos de La Garma, Las Penas y Riocueva (*vid. supra*), aunque en este caso sea imposible asegurarlo por el momento[102].

En cuanto a la cronología del conjunto funerario, ésta viene señalada por los dos únicos objetos recuperados junto a los cuerpos: un broche de cinturón de placa rígida en la cintura de uno de los dos primeros enterramientos y un triente de Witiza en la zona inmediata a la entrada. Mientras que la guarnición de cinturón nos proporciona una fecha de los siglos VII-VIII -puesto que, aunque ese tipo de broches surgen hacia mediados del primero de esos siglos, perduran en el siguiente- la moneda nos da una fecha *post quem* para el último uso de la sala del año 708, el último del reinado de ese monarca visigodo. Si, como parece probable, el uso de la cueva artificial como lugar de enterramiento fue muy corto en el tiempo, habría que llevar éste ya a un momento indeterminado del siglo VIII.

[102] En una visita al yacimiento en la primavera de 2011 la piedra seguía en su lugar, como puede observarse en la fotografía, por lo que resultaría sencillo saber si debajo están los restos del cráneo o no.

EL TAJÓN (ORTIGOSA DE CAMEROS)

La Cueva del Tajón[103], también conocida como El Tejón o Los Tejones, se localiza al norte de la localidad de Ortigosa de Cameros, en un paraje denominado El Robredal. Su boca, de pequeño tamaño, se abre en una ladera a 65 m sobre el nivel del río y da paso a un corredor estrecho -y por el que hay que reptar para avanzar- que desemboca en una pequeña cámara. Desde allí la cueva continúa, haciendo un giro de casi 90 grados, mediante una sucesión de pequeñas estancias conectadas entre sí por pasos angostos, "coladeros sumamente estrechos que con dificultad dejan pasar el cuerpo de un hombre" (Garín y Modet, 1912: 133). En palabras de su excavador, "en la tercera de esas cámaras, a unos 90 centímetros de profundidad, reposando directamente sobre la caliza del fondo de la cueva, encontramos restos de un esqueleto humano y a su alrededor trozos abundantes de la cerámica representada en las figs. 12ª a 16ª; un clavo de hierro, con cabeza esférica y sección circular y una fíbula de bronce de 10 centímetros de longitud (…) y dos trozos del borde de un vasito pequeño de cristal muy fino con irisaciones" (*Ibidem,* 134-135).

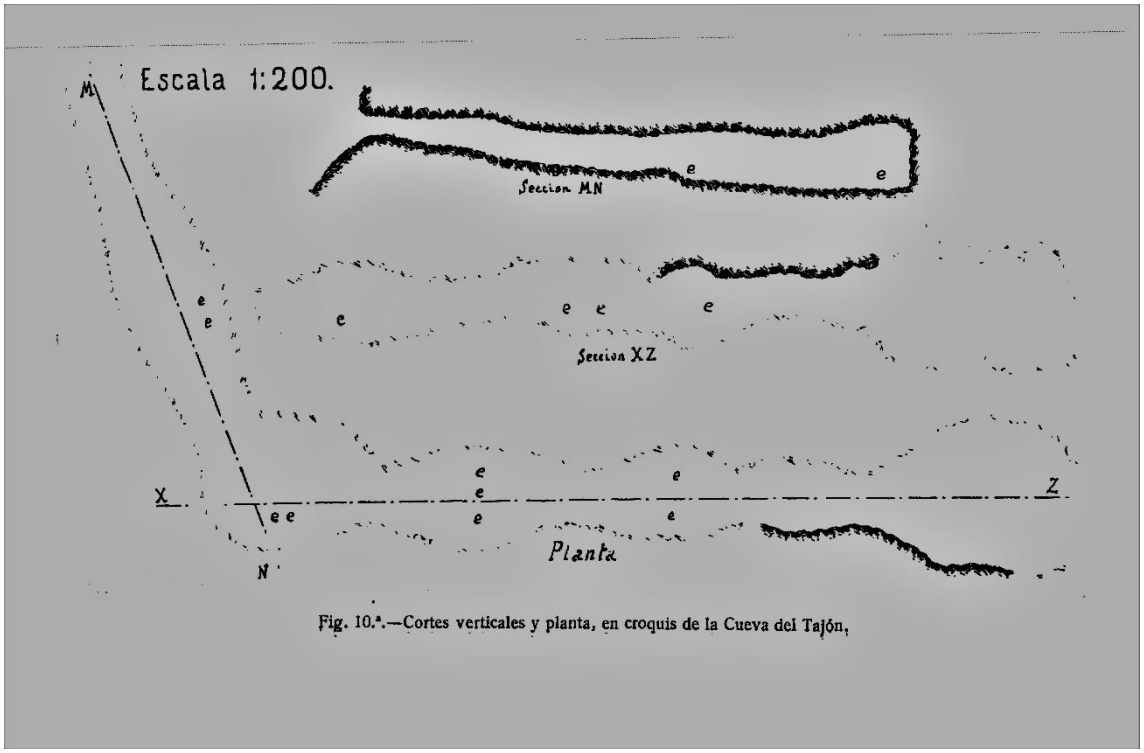


Fig. 10.ª.—Cortes verticales y planta, en croquis de la Cueva del Tajón,

Planta de la cueva, según Garín y Modet (1912)

La cerámica a la que se refiere Garín y Modet es, en su mayor parte, *terra sigillata* Hispánica Tardía de los siglos IV-V, del mismo tipo que la recogida en exploraciones posteriores, en las que también se recuperaron fragmentos que pudieran pertenecer a vasijas comunes (Rodanés, 1997: 88). En cuanto al broche de cinturón, se trata de un ejemplar de placa rígida calada que ha perdido el hebijón y que presenta, en dos líneas, la

[103] He preferido la denominación "El Tajón", frente a la más habitual en la literatura científica de "El Tejón", por ser la utilizada por Garín y Modet en la primera publicación del yacimiento.

inscripción de tema claramente cristiano *XPS SIT* / *TECVM X*[104]. Hay que descartar la cronología propuesta en su momento por Fita y Garín y Modet (1913) -y generalmente aceptada con posterioridad por quienes han reseñado el yacimiento- para esta pieza, inducida sin duda por su aparente asociación a materiales cerámicos tardorromanos. G. Ripoll, manejando argumentos bastante convincentes, cree que se trata en realidad de una pieza de finales del siglo VI o la primera mitad del VII y publica un fragmento de otro ejemplar de la Bética, tan parecido que podría incluso haber sido elaborado en el mismo molde que el riojano (Ripoll, 1998: 73, fig. 6 y 96-98). Otros dos buenos paralelos proceden de Paço Velho da Facha (Viana do Castelo, PT) y As Pereiras (Moreira, Ourense), el primero también de placa rígida, aunque con diferencias en la zona de la hebilla (Magalhaes, 2010: 94-96 y Figs. 40-42) y el segundo articulado y sin la X final en la inscripción (Aboal y Parcero, 1999: 302-303 y 309, fig. 2).

No se conocen otros materiales contemporáneos del broche procedentes de la cavidad, aunque no puede descartarse que tanto los vidrios como algunos de esos fragmentos de cerámica común que han sido interpretados como tardorromanos pudieran pertenecer a época visigoda[105]. Aparte de los de estos dos momentos ya señalados, también se encontraron en la cueva algunos fragmentos de cerámica de la Prehistoria Reciente (*Ibidem*), entre los que destaca parte de un vaso modelado a mano (Garín y Modet, 1912: 133-134). Y se supone que una fíbula zoomorfa –de caballito sin jinete- de la II Edad del Hierro en manos particulares también procede de esta cueva (Rodanés, 1985).



Broche de cinturón, según Garín y Modet (1913)

[104] La inscripción se puede leer como *Xristus sit tecum*, "Cristo sea contigo". La X del final tendría un carácter meramente decorativo.

[105] Ambos tipos de materiales están presentes en otros contextos subterráneos de los siglos VII-VIII, como Riocueva o Cueva Foradada.

El contexto del hallazgo del Tajón podría ser el de un enterramiento en cueva de época visigoda, dada la presencia de una placa de cinturón de los siglos VI-VII en asociación aparente con restos humanos. A favor de ello abogaría la localización del hallazgo, en una zona muy interior y con nulas condiciones de habitabilidad de una cavidad ya de por sí poco propicia para haber servido como vivienda de forma estable, incluso en la zona de la entrada; algo ya señalado por el propio Garín y Modet (1912: 133). La presencia de una pieza relacionada con el atuendo y el adorno personal, como el broche, podría reforzar esa interpretación, evidenciando la presencia en la cueva de una "inhumación vestida". Sin embargo, la existencia de numerosos restos cerámicos de clara cronología tardorromana –y, por tanto, bastante anteriores al broche- formando parte del mismo hallazgo hace que haya que mantener cierta prudencia a la hora de manejar ese posible carácter sepulcral de los siglos VI-VII del yacimiento. Aun así, creemos que el hecho de que no se mencione el hallazgo en esa zona de materiales de la Prehistoria Reciente relacionados con los restos humanos y que los enterramientos en cueva de los siglos IV-V sean algo completamente excepcional permite considerarlo como altamente probable. Por su parte, la presencia de los materiales bajoimperiales en esa zona de la cueva es difícilmente explicable si se interpreta ésta como un lugar de habitación o refugio, siquiera temporal; no así si se piensa en algún tipo de actividad relacionada con lo simbólico o ritual[106].

[106] Se ha propuesto la posibilidad de usos de este tipo para las cavidades en el siglo IV e inicios del V (*vid. infra*) a partir del estudio de los materiales tardorromanos de la cueva vizcaína de Arlanpe (Gutiérrez *et alii*, 2012)

PALENCIA

CUEVA LARGA (VILLAESCUSA DE LAS TORRES, POMAR DE VALDIVIA)

Cueva Larga (Santonja *et alii*, 1982) es una de las numerosas cavidades que se localizan en el Cañón de La Horadada, una garganta formada por el río Pisuerga a su paso por las localidades de Villaescusa de las Torres y Olleros de Pisuerga (Palencia). De planta estrecha y alargada, su boca se abre a media altura del farallón del lado izquierdo del cañón, en una repisa alargada. A comienzos de los años 80 del siglo XX tuvo lugar en su interior una excavación arqueológica, concretamente en una cámara de planta más o menos rectangular y situada a unos 25 m de la entrada en la que se apreciaban en superficie numerosos huesos humanos.

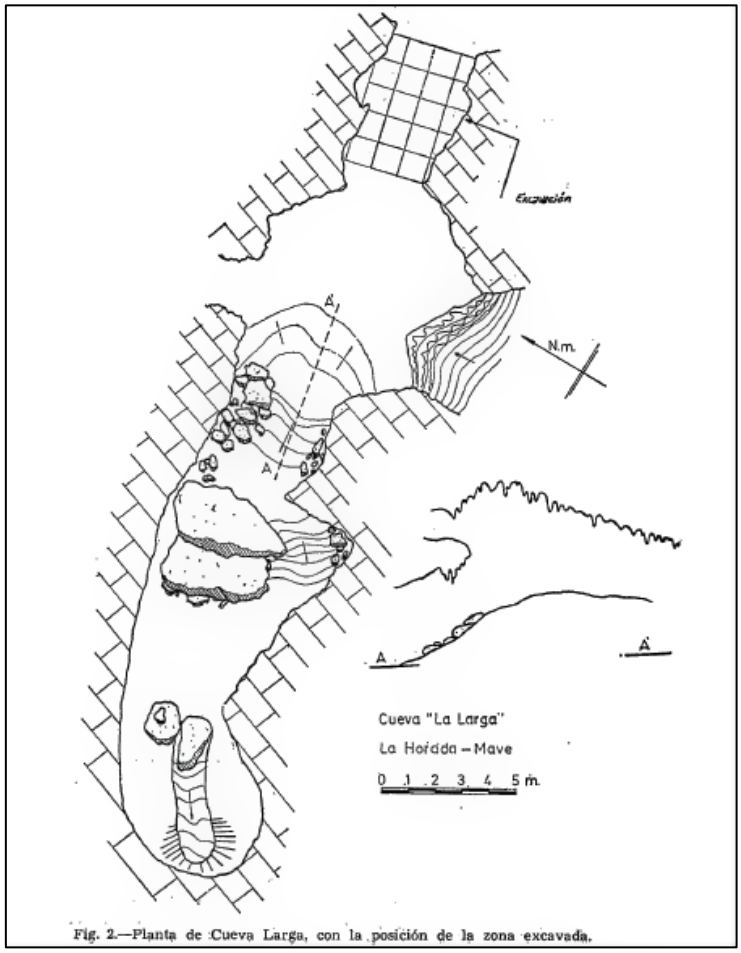


Fig. 2.—Planta de Cueva Larga, con la posición de la zona excavada.

Plano de la cueva, según Santonja *et alii* (1982)

En ella se recuperaron restos de un número mínimo de 31 individuos, aunque la cantidad estimada se eleva hasta los 41. El estudio de los grupos de edad representados en la muestra señala que hay presencia de todos ellos, desde perinatales hasta seniles, aunque mayoría -88,8 %- se concentra en los segmentos de subadultos y adultos jóvenes de hasta 30 años (*Ibidem*: 347-349). Todos ellos fueron depositados sobre la superficie de la sala y no se documentó la existencia de ninguna estructura funeraria asociada.

Junto a los restos humanos se recuperaron cerámicas, herramientas y algunos objetos metálicos relacionados con el atuendo y el adorno personal, además de fragmentos de madera y carbones (*Ibidem*: 349-355). En cuanto a las cerámicas, además de recogerse

varios fragmentos pertenecientes a un vaso de pared fina sin perfil conocido, se han podido reconstruir una pequeña olla sin asas que recuerda vagamente a las de "perfil en S" con decoración a base de uñadas y un cuenco –mortero según sus publicadores- ligeramente carenado, ambos de pastas arcillosas mal decantadas y color oscuro; naranja al interior en el caso del segundo.



Pequeño martillo

El lote de herramientas, todas de hierro, está formado por la cabeza de un pequeño martillo, con un extremo plano y el otro apuntado; un puntero, un cincel y un formón. Todas cuentan con buenos paralelos en conjuntos de época tardorromana, como los de Las Merchanas o Las Ermitas (Maluquer de Motes, 1968: 122 y ss; Filloy y Gil, 2000: 158-159 y 222 y ss.) y en algunos repertorios metálicos de época visigoda[107], como el del ocultamiento de Vadillo (Dohijo, 2011: 171-172 y 492). Junto a ellas, una horquilla de sujeción de hierro -y forma de lazo u omega- para el asa de un cubo de madera, con paralelos en la necrópolis de Aldaieta (Azkarate, 1999: 230 y 240, fig. 168), dos anillos y un botón de bronce y una hebilla de hierro de forma rectangular y con uno de los lados largos ligeramente estrangulado, de un tipo muy característico de época visigoda. La primera constituye una buena prueba de la presencia en Cueva Larga de contenedores lígneos, de tipo caldero, a los que con toda seguridad correspondían algunas de las "placas bien alisadas" de madera recuperadas en él (Santonja *et alii*, 1982: 354); mientras que la

[107] En realidad, las herramientas y utensilios de una y otra época apenas se diferencian, en lo que parece una constante a lo largo de la historia para determinados objetos que han llegado prácticamente hasta nuestros días con la misma forma que tenían ya en época romana o incluso antes.

última, sobre la que se tratará en detalle en otro apartado de este trabajo, pertenece a un tipo no muy bien estudiado hasta la fecha pero que cuenta con buenos paralelos en diversos yacimientos de época visigoda, lo que permite su uso como un indicador cronológico bastante fiable.



Enganche de asa de caldero



Posible fragmento de duela de caldero

Se obtuvieron dos fechas de radiocarbono –una a partir de una muestra tomada de un gran trozo de madera procedente del propio nivel arqueológico y otra de carbones recogidos en el relleno de la cubeta- que contribuyeron a corroborar la cronología propuesta para el conjunto a partir del estudio de los materiales.

Muestra	Edad BP	Cal 2 Sigma AD	Material	Referencias
I-11.113	1440±110	383-778 (593)	Madera ind.	Santonja *et alii*, 1982
I-11.114	1155±85	686-1019 (866)	Carbón ind.	Santonja *et alii*, 1982

Sin embargo, se trata de dos fechas muy imprecisas por sus grandes márgenes de error y que, en principio y como ya señalaron sus responsables (Santonja *et alii*, 1982: 356-357), pueden incluso parecer contradictorias, ya que la más reciente procede de una estructura situada en la base del nivel, por debajo de la más antigua. En principio, podría pensarse en un simple efecto "madera vieja" para la muestra más antigua, aunque eso adelantaría la fecha general del yacimiento a un momento ya plenamente altomedieval. Sin embargo, existe otra posibilidad que no excluye el efecto "madera vieja" para la primera muestra y que creemos que se adecúa mejor a las características del depósito: que la datación de la muestra de carbones se haya visto afectada, una vez más (*vid. supra*), por el súbito aumento del nivel de carbono en la atmósfera detectado entre los años 765 y 775 (McCormac *et alii*, 2008: 15) y se corresponda, en realidad, con una fecha de la segunda mitad del siglo VIII[108]. Esta posibilidad deja poco margen para la contemporaneidad de ambas dataciones, ya que el límite de la de la muestra de madera es el año 778, aunque, teniendo en cuenta la posibilidad ya mencionada de que la madera pudo ser talada bastante antes de su depósito en la cueva, puede plantearse.

En cuanto a la interpretación del yacimiento, tanto sus propias características como, sobre todo, los grupos de edad representados en la muestra de restos humanos recogidos, llevaron a sus excavadores a considerar la posibilidad de que una epidemia –u otra catástrofe colectiva- estuviese detrás del depósito funerario de Cueva Larga (Santonja *et alii*, 348 y 357). Hasta donde sabemos, ésta es la primera vez que se planteó firmemente esa opción para un enterramiento múltiple en cueva de época visigoda. También se relacionó a los fallecidos con el importante asentamiento fortificado de Monte Cildá, ocupado en época tardoantigua y altomedieval, y situado muy cerca de la cueva, aunque al otro lado del cañón de La Horadada. Sin embargo, en una revisión reciente de los materiales conservados en el Museo de Palencia he podido comprobar que, junto a los publicados, se conservan algunos otros de distinta cronología, junto con una exigua muestra de restos humanos[109]. Algunos de ellos, especialmente los fragmentos de un recipiente cerámico, apuntan a una cronología de la Prehistoria Reciente, lo que viene a romper con la idea manejada hasta la fecha de "contexto cerrado" de época visigoda que se desprendía de la publicación. Y eso hace que, como veremos en otro apartado, algunos

[108] Algunas de las dataciones manejadas por McCormac *et alii* (2008: 14, tabla 2) entre 1140 y 1195 de edad calibrada antes del presente se corresponden, en realidad, con fechas situadas entre los años 774 y 804. Es cierto que son fechas radiocarbónicas mucho más precisas, con márgenes de error de alrededor de 20 años, muy por debajo del de la de Cueva Larga; pero también que la coincidencia es grande, por lo que la posibilidad de que nos encontremos ante algo similar nos parece plausible.

[109] La mayor parte de los de ese tipo no se conservan en esa institución y están actualmente en paradero desconocido

de los datos tenidos por definitivos, como los del estudio antropológico, hayan de ser puestos en cuarentena.

Es posible que la presencia de los citados objetos de probable cronología prehistórica esté detrás de que, en una publicación reciente, encontremos Cueva Larga catalogada como un yacimiento de la Edad del Bronce; más concretamente del Bronce Medio (Quintana y Estremera, 2008: 120, fig. 6), aunque con interrogantes.

CUEVA INDETERMINADA DEL CAÑÓN DE LA HORADADA (VILLAESCUSA DE LAS TORRES, POMAR DE VALDIVIA)

De una cueva indeterminada del cañón de La Horadada procede un jarrito de bronce hispanovisigodo (Fontaneda y Mañanes, 2006; Palol, 1964) conservado en la Colección Fontaneda. Se trata de un ejemplar del Grupo 2 de la clasificación de Palol (1950), con decoración incisa, a buril, a base de motivos geométricos y vegetales, y que ha perdido tanto el asa como el fondo.



Jarrito, según Fernández Vega (coord.) (2006)

Se desconocen los pormenores de su hallazgo, así como la localización exacta de la cavidad en la que fue recuperado, más allá de su pertenencia al complejo de La Horadada. En principio podría tratarse de cualquiera de las muchas cuevas existentes en él, aunque tampoco sería descabellado pensar en una procedencia de la propia Cueva Larga, donde, como acabamos de ver, existe un importante yacimiento sepulcral que podría fecharse -o, al menos, una parte de él- en época visigoda. El jarro está en la Colección Fontaneda desde mucho antes de la excavación de Cueva Larga, por lo que pudo ser fruto de un hallazgo casual en superficie en su interior.

De cuevas también por identificar de La Horadada proceden un broche de cinturón de tipo burgundio, con placa calada con decoración y leyenda de tema cristiano[110], y algunas monedas de época visigoda sin especificar (Nuño, 1999: 177, nota 18), todo ello en manos de particulares de la zona.

[110] Tuve la oportunidad de ver una fotografía de la pieza a comienzos de la década de los 2000, aunque en el momento de redactar estas líneas no he conseguido acceder a ella.

HUESCA

CUEVA FORADADA (PAÚLES DE SARSA, AÍNSA-SOBRARBE)

La Cueva Foradada (Barandiarán, 1973) -o Cueva de La Foradada- se localiza en el barranco del río Vero, en la provincia de Huesca, dentro del término municipal de Sarsa de Surta. De sus dos bocas, la principal se abre a mitad del recorrido de una abrupta ladera, casi vertical, que cae sobre la orilla izquierda del río Vero, a unos 900 m de altitud. La cueva tiene un desarrollo total de unos 24 m y consiste, básicamente, en una única galería estrecha y recta por la que hay que reptar en algunos tramos y que termina en una salita estrecha y alta de unos 9 m^2 de superficie. En un ensanchamiento de la galería se habían amontonado piedras de buen tamaño, bloqueando el acceso a la sala interior.

Fue descubierta en los años 60 del siglo XX, siendo visitada por montañeros y particulares, quienes extrajeron de su interior algunos objetos y restos humanos. A inicios de la década de los 70 fue excavada por I. Barandiarán, quien publicó los resultados de la intervención en un artículo monográfico en 1973.

Los restos de época visigoda se concentraban en la salita final, utilizada como cámara funeraria. Se recogieron huesos pertenecientes a un número aproximado de 25 individuos, con una presencia mayoritaria de sujetos infantiles y juveniles, entre los que se cuentan un feto y dos o tres neonatos; con una proporción de 60/40 a favor de los femeninos. En cuanto a los adultos, todos eran jóvenes, menores de 30 años, a excepción de uno, que pasaría de esa edad. Hay que señalar que no se hallaron restos de ningún individuo senil. Todos habían sido depositados sobre el suelo de la cavidad y en el momento de la excavación sus restos se encontraban revueltos por causa de las remociones incontroladas que había sufrido el yacimiento desde su descubrimiento y por la acción de algunos animales. Atendiendo al elevado número de individuos presente y a la reducida superficie de la sala, hay que pensar en cierto amontonamiento de los cadáveres. También hay que señalar la completa ausencia de contenedores funerarios, como ataúdes, o de elementos destinados al transporte de los cuerpos, como parihuelas, por lo que hay que descartar su uso para introducirlos en la cavidad.

Asociado a los restos humanos se recuperó un importante conjunto de materiales arqueológicos que permitieron contextualizar cronológica y culturalmente el depósito sepulcral en época visigoda. Destaca, entre los elementos relacionados con el atuendo y el adorno personal, un broche liriforme al que le falta el hebijón, perteneciente al Nivel V de Ripoll y, por tanto, fechado en los siglos VII-VIII. Completan este apartado tres anillos -dos de bronce y uno de plata- con chatones circulares decorados, al menos uno de ellos signatorio, un pendiente o colgante en forma de aro también de bronce y tres cuentas de collar de pasta de vidrio -dos circulares y la otra gallonada- en tonos grises y azules. El publicado como "rodete perforado de hueso" parece ser en realidad una fusayola y habría de ser incluido en el grupo de los útiles y herramientas, junto con un gran cencerro de hierro, una posible podadera de enmangue tubular, una hoja de cuchillo, varios clavos y puntas, una arandela y otros objetos indeterminados del mismo material;

a los que quizá habría que añadir una punta de lanza[111]. La cerámica está ampliamente representada, con numerosos fragmentos pertenecientes a varios recipientes de tipo olla -algunos claramente de "perfil en S"- de pastas bastas y color pardo negruzco, otro a un gran vaso de cuello recto y un último de pastas depuradas y con decoración estriada. Completan el conjunto varios fragmentos de al menos dos vasos de vidrio de forma indeterminada y una moneda de Witiza, un *tremisis* acuñado en *Gerunda* entre los años 702 y 708 que proporciona una fecha ya del siglo VIII para el uso de la cueva como lugar de enterramiento. Fecha que es coherente con la del broche y, en menor medida, los anillos, únicas piezas parcialmente diagnósticas en ese sentido, aparte de la moneda. Entre la relativamente abundante fauna presente en la cámara sepulcral -perteneciente en su mayor parte a animales que podrían haber entrado en la cueva de forma natural, bien por sus propios medios, bien como alimento de algunos depredadores- destacan, por el importante paralelo que marca el ejemplar datado de Las Penas, los restos de al menos una gallina.



Broche de cinturón (Fotografía: Museo de Huesca)

La interpretación del uso de Cueva Foradada en época visigoda ha sido, obviamente, de carácter sepulcral. En cuanto a los porqués de un depósito de cadáveres tan peculiar en una cueva con esas características se han propuesto -e incluso descartado inmediatamente en algún caso- explicaciones que van desde los efectos de una epidemia a la muerte, a manos de asaltantes cordobeses y por asfixia o emparedamiento, de una población huida y refugiada en la caverna (Barandiarán, 1973: 46-47; Paz, 2004: 20-21; Utrilla *et alii*, 2014: 703). Curiosamente, esta última opción, la más descabellada a nuestro entender, ha sido la que más éxito ha tenido, llegando a ser utilizada en algunas obras divulgativas con una más que evidente carga ideológica[112].

[111] En la noticia publicada en 1970 en el diario oscense "Nueva España" el con el título "Interesantes hallazgos de fósiles e instrumentos de piedra, en la cueva Foradada" se dice que, entre otros materiales -sin interés arqueológico- se recogieron en la cueva un trozo de vasija que conservaba "¿la huella de lo que fuera una hermosa policromía?" y "un objeto de hierro, que quizás fuera una punta de lanza…".

[112] Así, por ejemplo, en una de esas obras (Esparza, 2009: 235-236) podemos leer cosas como éstas: "Si se negaban, entonces los moros asolaban la comarca. Y no se piense que la amenaza era pequeña. La dominación sarracena se manifestará de manera abiertamente cruel. Hay un vestigio de esa violencia: la cueva de Foradada (…) se hizo un hallazgo extraordinario: restos óseos de aproximadamente cuarenta

Es interesante comentar que, a alrededor de 1 km hacia el norte, en lo alto del monte en cuyo cantil occidental se abre la cueva, en una zona llana, existe un conjunto de ruinas (Montes *et alii*, 2016: 350) de lo que parece un antiguo poblado[113]. El lugar, conocido como La Morería[114], ya fue mencionado en su momento por Barandiarán (1973: 16) como posible "núcleo de población donde habitaran aquellos cuyos restos humanos hemos hallado en esta cueva". La posibilidad de que nos encontremos ante los restos del lugar de habitación de los enterrados en la gruta resulta sumamente sugerente, aunque, lamentablemente, no nos consta la realización de ningún tipo de intervención arqueológica en el lugar hasta la fecha.



Anillo (Fotografía: Museo de Huesca)

personas (…) Hay más mujeres que varones, y dos terceras partes de los restos corresponden a niños (…) Lo más espeluznante es que a la entrada de la cueva de Foradada hay vestigios evidentes de un muro de piedra que cerraba el acceso. Es decir, que a esa gente se la enterró literalmente en vida (…) No es difícil reconstruir la tragedia: los moros dominan, la población local se subleva, los hombres mueren en la batalla y las mujeres y los niños son encerrados en una cueva y abandonados a una muerte atroz. Es sólo una hipótesis, pero es la más plausible".

[113] La vista cenital del lugar, a través de visores de imágenes satélite u ortofotografías aéreas, resulta muy parecida, por ejemplo, a la del conjunto de ruinas de estructuras altomedievales de Amaya, en Burgos.

[114] En el mapa 1:25.000 de la zona aparece señalado como "Poblado árabe".

LA CARRASCA (ALMAZORRE, BÁRCABO)

La boca de la cueva de La Carrasca -también cueva de La Selva de Almazorre- se abre orientada al noroeste en un farallón calizo situado en el valle del río Vero, entre las localidades de Santa María la Nuez y Almazorre, en la provincia de Huesca. Al haber perdido su acceso original, presumiblemente debido a un desprendimiento, sólo puede accederse a ella descolgándose verticalmente unos 16 m desde la cúspide del cantil. La cavidad, de pequeñas dimensiones, cuenta con una galería principal de unos 25 m de desarrollo y de la que parten otras laterales menores (Escó y Calvo, 1986: 105; Montes *et alii*, 2016: 353).

Aunque la parte principal del yacimiento la constituyen los abundantes restos de la Prehistoria Reciente recuperados, también se cita la presencia, en un nivel superficial y de escasa potencia, de otros de época visigoda: cerámicas, vidrios y objetos metálicos, como agujas y anillos, sin mayor detalle (Escó y Calvo, 1986: 106). No consta la presencia de restos humanos entre los materiales localizados[115] por lo que, en principio, podría excluirse un uso sepulcral de la cavidad. En cuanto a la interpretación de su utilización en época visigoda, sus descubridores se inclinan por considerar la cueva como un lugar de refugio ante la invasión musulmana (*Ibidem*: 107). También se señala, muy vagamente, la existencia de una ocupación tardorromana que precedería a la que interesa a este trabajo (Montes *et alii*, 2016: 360).

[115] Existe una datación radiocarbónica realizada, presuntamente, sobre un hueso indeterminado (¿fauna?) que remite a la Edad del Hierro, entre los siglos IV y I a. de C. (Montes *et alii*, 2016: 353)

CUEVA DRÓLICA (SARSA DE SURTA, AÍNSA-SOBRARBE)

La cueva Drólica (también Lódrica) se localiza en la sierra de Sevil, a 1200 m de altitud, cerca de la población de Sarsa de Sursa. Se trata de una cavidad de unos 80 m de desarrollo, dividida en dos galerías superpuestas, situándose el acceso en la superior, y que cuenta en su interior con un yacimiento de la Prehistoria Reciente y un panel con marcas interpretadas en su momento como posibles grabados y que han resultado ser zarpazos de oso[116] (Montes y Martínez Bea, 2007-2008).

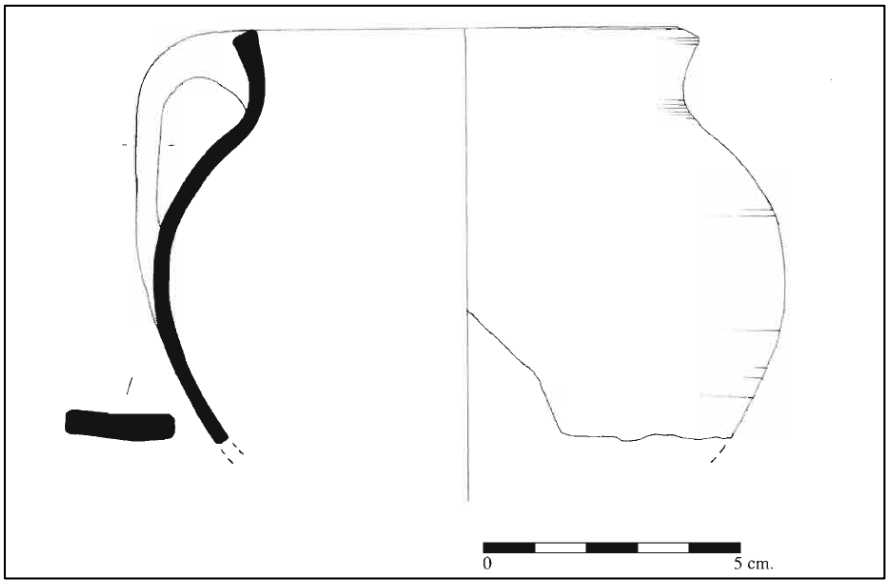
Su inclusión en este catálogo responde a que al menos en dos trabajos recientes se menciona la existencia en ella de restos de "ocupaciones" de época visigoda (Montes *et alii*, 2016: 353; Laborda *et alii*, 2017: 24), aunque sin detallar sus características. Probablemente se trate de restos cerámicos, por el paralelismo que se establece explícitamente con el registro de La Carrasca (Montes et alii, 2016: 350).

[116] Algunas marcas negras y trazos carbonosos en la pared de la cueva, interpretados en su momento en algún caso como la posible figura de un cuadrúpedo presentan una cronología subactual, como demuestra la fecha de radiocarbono obtenida de uno de ellos (85±35 BP) (Montes y Martínez Bea, 2007-2008: 818 y 821)

ABRIGO DE RIALAREZ (BAFALUY, GRAUS)

Abrigo de varios metros de profundidad y uno de altura, situado en la base de un cortado, muy cerca del despoblado de Bafaluy. En su boca se localizan los restos de una estructura antrópica de características y función no especificada, en el interior de la cual se recogieron varios fragmentos cerámicos pertenecientes a un recipiente de pequeño tamaño. Aunque sus publicadores mantienen abierta la posibilidad de que responda a tipos emirales –marmita- y pueda llevarse al siglo IX, también proponen una cronología de época visigoda, a partir del VII (Montes *et alii*, 2000: 116-117). Descartando la filiación emiral y admitiendo la perduración de esos tipos hispanovisigodos hasta el siglo IX, no es descabellado pensar, a partir de sus características formales[117], en una datación temprana, de los siglos VII-VIII, para ese recipiente.

En cuanto a la función del abrigo, se baraja la opción de un aprovechamiento relacionado con actividades ganaderas, lo que se vería reforzado por la cercanía a una cañada tradicional de la comarca (*Ibidem*)



Cerámica, según Montes *et alii*, 2000

[117] Por ejemplo, la vasija presenta labio biselado, una de las características de este tipo de producciones durante los siglos VII-VIII en Cataluña y ausente en las del IX, formalmente muy parecidas, pero en las que son prácticamente exclusivas las formas redondeadas para los bordes (Folch, 2005: 245)

FUENTE DEL TRUCHO (ASQUE, COLUNGO)

La cueva de la Fuente del Trucho se localiza en el municipio de Colungo, en la zona norte de la comarca oscense del Somontano de Barbastro. Se trata de una cueva amplia y poco profunda, colgada unos 15 m por encima del cauce del río Vero, en el barranco del Trucho. Presenta una boca de grandes dimensiones -22 m de ancho- que da acceso a una gran sala dividida en dos zonas bien diferenciadas. Utilizada hasta fechas recientes como redil para el ganado, alberga en su interior un destacado yacimiento paleolítico y un importante conjunto de arte rupestre de la misma cronología (Mir y Salas, 2000; Utrilla *et alii*, 2014).

En una zona cercana a la boca, junto a la pared norte de la cueva, se han localizado una serie de cubetas y zanjas rellenas de carbones, cenizas, piedras y losas (Utrilla, 2014: 123 y fig. 2), quizá hogares[118]. Una muestra de carbón recogida del interior de una de esas cubetas ha sido datada por ^{14}C entre finales del siglo VII y finales del IX.

Muestra	Edad BP	Cal 2 Sigma AD	Material	Referencias
GrA-29918	1235±35	686-880 (772)	Carbón	Utrilla *et alii*, 2014

La fecha, centrada en el siglo VIII, indica un uso de la cavidad en esos momentos, probablemente como lugar de habitación temporal. Sus excavadores relacionan esa ocupación con la presumible huida de los pobladores de la zona a zonas abruptas y la búsqueda de refugio en cuevas ante el ataque sobre la zona llevado a cabo por Abderramán I en el año 778[119]. Y asocian los restos de la cueva de Fuente del Trucho, siempre dentro de ese marco interpretativo, con los de Cueva Foradada y La Carrasca (*Ibidem*).

[118] Se cita además la presencia en esa zona, bastante alterada, de cerámicas a torno y vidriadas, así como de otro tipo de restos, como tejas y ladrillos (Utrilla *et alii*, 2014: 123).

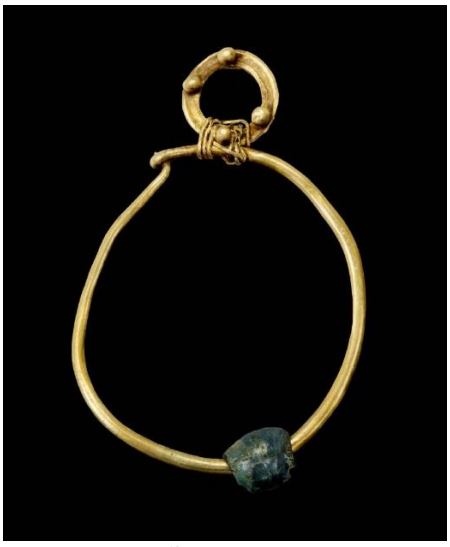
[119] Idea propuesta por Paz (2004: 21) para explicar el contexto sepulcral de Cueva Foradada (*vid. supra*).

SORIA

LA MORA (SOMAÉN, ARCOS DE JALÓN)

La Cueva de La Mora o de La Reina Mora, también Caverna de Somaén, se localiza en una escarpada ladera situada en la orilla derecha del cauce del río Jalón, muy cerca del pueblo de Somaén. Aunque en la actualidad presenta una entrada de apreciables dimensiones, en el momento de su descubrimiento por el Marqués de Cerralbo[120] su acceso se realizaba a través de "la boca de una sima por la que, arrastrándose largo trecho, se logra entrar á grandiosa y muy dilatada caverna" (Aguilera, 1909: 28).

Objeto de excavaciones desde el momento mismo de su descubrimiento, albergaba en su interior -concretamente en una sala situada a la izquierda del vestíbulo- un importante yacimiento de la Prehistoria Reciente (Castillo, 1953; Barandiarán, 1975). La aparición de algunos materiales de época visigoda -un excepcional pendiente de oro y un hebijón de bronce- en las escombreras de esas primeras intervenciones arqueológicas confirma sin ninguna duda el uso de la cueva a inicios de la Edad Media. Del hebijón, por su parte, no se conocen detalles, más allá de su mera existencia y en la actualidad se encuentra desaparecido (Dohijo, 2011: 124). A estos dos objetos hay que sumar la presencia de cerámicas catalogadas como medievales en los niveles superiores del yacimiento y quizá también la de un anillo en aleación de cobre (Barandiarán, 1975: 15).



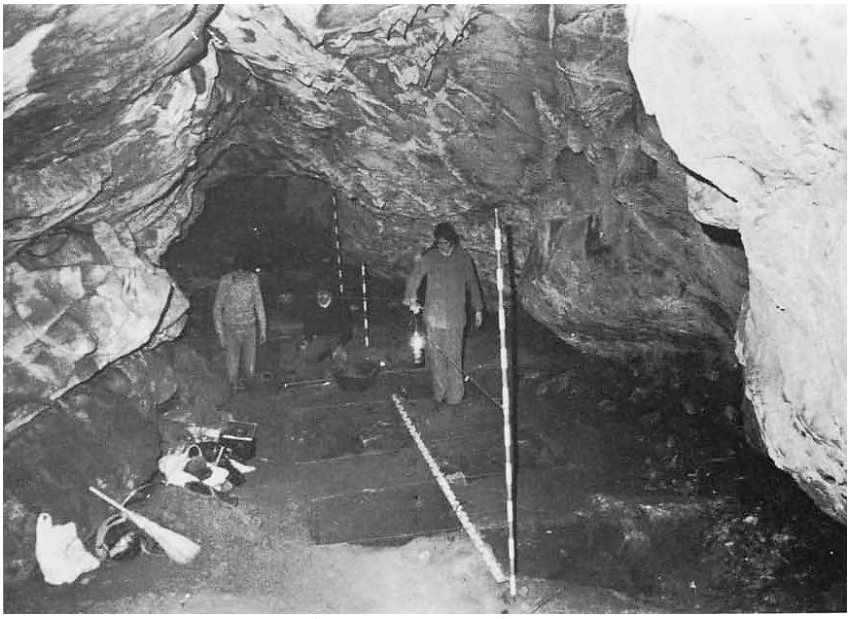
Pendiente (Fotografía: A. Plaza, Museo Numantino)

Aunque se desconoce el carácter del uso de la cavidad en época visigoda, algunos autores han propuesto la existencia de enterramientos en su interior (*Ibidem*: 27). Es cierto que es imposible corroborarlo en el estado actual del yacimiento, pero también lo es que las propias características de la cueva -con un acceso muy complicado en origen, descendente y por el que había que arrastrarse- y de los *ornamenta* hispanovisigodos procedentes de ella -que podrían indicar la presencia de inhumaciones vestidas- permiten plantearlo como hipótesis. Hipótesis que podría verse reforzada por la presencia de restos humanos en las mismas escombreras de las que proceden esos materiales.

[120] Enrique de Aguilera y Gamboa, 17º Marqués de Cerralbo.

EL ASNO (LOS RÁBANOS)

La cueva del Asno se localiza en la hoz que forma el río Duero a su paso por Los Rábanos. Se trata de un complejo de más de 1 km de desarrollo, cuya boca principal -tiene otras dos, menores, en el otro extremo de la primera galería- se abre en la ladera del monte de Sinova, en la margen izquierda del cañón, a unos 70 m sobre el cauce del río. Aunque cuenta con una entrada relativamente amplia, en el primer tramo hay un paso estrecho por el que hay que reptar durante algunos metros hasta acceder al vestíbulo. La cavidad es conocida desde antiguo y ha sido objeto de numerosas exploraciones e intervenciones arqueológicas. La primera de la que se tiene noticia data de finales del siglo XVIII y fue recogida por su protagonista principal, el párroco de Los Rábanos Francisco Ruperto Enríquez, en un excepcional documento de época publicado por C. Sáenz (1969: 209-212). Destacan las respectivas intervenciones de S. González, C. Sáenz y B. Taracena en las primeras décadas del siglo XX y la de T. Ortego en los años 60, en las que se recuperaron, en distintas zonas de la cueva, restos humanos, materiales de la Prehistoria Reciente y cerámicas tardoantiguas y altomedievales[121] (*Ibidem*: 202-208; Dohijo, 2011: 108-109). Y, finalmente, la excavación llevada a cabo por J. J. Eiroa en los años 1976-1977 y en la que se descubrieron los restos de los que vamos a tratar a continuación.

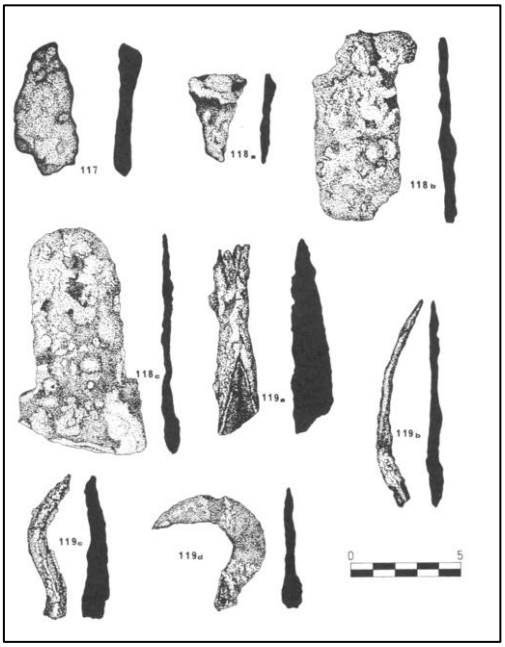


Excavación en el Sector A, según Eiroa, 1979

Los trabajos dirigidos por este arqueólogo (Eiroa, 1979) tuvieron lugar en dos zonas distintas de la cueva: en el vestíbulo -Sector A- y en una sala -Sector B -situada a unos 500 m de éste, hacia el interior y muy cerca de otra de las entradas. Los materiales de época visigoda fueron recuperados únicamente en el Sector A, donde aparecían en los niveles superficiales de la estratigrafía detectada en esa zona de la gruta. Zona caracterizada por su relativa amplitud, su techo alto y su iluminación natural parcial,

[121] Consta el hallazgo de *sigillatas* tardías, cerámicas paleocristianas y también comunes. Entre estas últimas podría haber algunas de época visigoda y que E. Dohijo fecha "hasta el siglo VIII" (2011: 110-111).

gracias a una abertura en éste. El hallazgo más importante, sin duda, fue el de parte de un jarrito de bronce de época visigoda (Eiroa, 1979: 50-51 y 1987; Dohijo, 2011: 107 y 110). Además del fragmento del jarrito, entre el conjunto de piezas de metal procedentes del revuelto y del nivel inmediatamente inferior ("nivel a") hemos identificado los restos de otro objeto de hierro típicamente hispanovisigodo y que puede fecharse, sin ningún género de dudas, en los siglos VII-VIII. Se trata de los inventariados con el nº 75[122] y descritos como "Una hoja y dos talones. Tres piezas de posible hacha" (Eiroa, 1979: 41) y que son, en realidad, fragmentos de una placa similar a las de Los Goros (*vid. supra*). Concretamente, un trozo del cuerpo central y los dos apéndices laterales. Los tres aparecieron juntos en el cuadro C1, del que también procede un posible cuarto pedazo del mismo objeto, un "fragmento de hierro en forma de hacha, de sección muy plana" (*Ibidem*, 42) que se correspondería, si estamos en lo cierto, con la mayor parte del cuerpo central de la placa[123]. Sea o no así, la identificación de los dos apéndices no admite ninguna duda, si atendemos a los paralelos conocidos (Hierro, 2018).



Objetos de hierro, según Eiroa, 1979

El resto de piezas de hierro no son tan significativas, aunque entre ellas se reconocen algunos objetos que no desentonan en absoluto en una cronología de época visigoda. Así, también del cuadro C1 procede un conjunto formado por una pequeña podadera o corquete, dos regatones o pequeñas puntas de enmangue tubular y otros dos objetos de hierro de más difícil caracterización, pero que podrían ser fragmentos de puntas o punzones. Hay otras piezas de ese mismo tipo recuperadas en la misma zona, así como

[122] En la ilustración, los que aparecen con los números 118a, 118b y 118c (Eiroa, 1979: 113).

[123] El escaso grosor de la pieza y su carácter uniforme permiten descartar que se trate de parte de la hoja de un hacha. Su forma es perfectamente compatible con la de una placa del tipo de las que estamos viendo y, aunque en la brevísima descripción no se mencione, en el dibujo (*Ibidem*: 114) se aprecia la existencia de tres pequeños orificios alineados a lo largo del lado recto –el superior- y que son muy característicos de este tipo de piezas (*vid*. Hierro, 2018)

un cuchillo completo y lo que parece parte de otro. A la vista de todo ello creemos que la cronología amplia propuesta por E. Dohijo (2011: 110) para este conjunto de materiales metálicos, entre el Hierro II y época visigoda, puede acotarse a los siglos VII-VIII y, por tanto, descartarse el origen protohistórico de las piezas.



Fragmento de jarrito, según Eiroa, 1979

En cuanto a la función de la cueva, lo limitado de la intervención arqueológica y la ausencia de dataciones directas de restos humanos impiden descartar que hubiera servido como lugar de enterramiento o depósito de cadáveres en época visigoda. De hecho, la presencia de algunos restos humanos en el "Nivel a"[124], el mismo del que proceden la mayoría de los objetos metálicos, y el carácter aparentemente habitacional y no sepulcral de las ocupaciones de la Prehistoria Reciente en esa zona podrían estar indicándolo. Es cierto que el conjunto de materiales localizado, formado por herramientas, un objeto relacionado con el atuendo y los restos de un jarrito, no encaja con lo esperable en una necrópolis al uso en la época, pero, por el contrario, no desentonaría en una cueva sepulcral, donde todas estas categorías suelen estar bien representadas. También podría relacionarse, como veremos, con los ocultamientos o escondrijos de objetos metálicos, de los que se conocen varios buenos ejemplos de los siglos VII-VIII, tanto en la Península como en el sureste de Francia. Sobre el uso de esa zona de la cueva como lugar de hábitat, siquiera puntual, la ausencia de otro tipo de elementos característicos de esos contextos, como la cerámica, apunta en su contra, aunque, en principio, tampoco puede descartarse.

[124] "Formado por tierra apelmazada (…) dio abundantes materiales arqueológicos, como cerámica, algunos utensilios de hierro y bronce, restos óseos de fauna y varios huesos humanos". También se menciona la presencia de "algunos restos humanos fragmentados" en el "Nivel b", en el que se constató la presencia de "algún fragmento de hierro" que se interpreta como filtrado desde más arriba (Eiroa, 1979: 15 y 52).

CUENCA

LA CONDENADA (OSA DE LA VEGA)

El complejo de minas romanas de *lapis specularis* al que pertenece La Condenada (Bernárdez y Guisado, 2005; 2014) se localiza al sur de Osa de la Vega, en la provincia de Cuenca, en un cerro yesífero conocido como Las Horadás. Con un trazado laberíntico, repartido en tres pisos y repleto de contrapozos, pasos y galerías que los conectan entre sí, la mina cuenta con alrededor de 1 km de desarrollo practicable en la actualidad, aunque en época romana éste debió ser mayor, a juzgar por el hallazgo en el entorno inmediato de pozos y galerías obstruidos que, sin duda, debieron formar parte del mismo complejo.



Interior de la mina (Fotografía: J. C. Guisado)

Conocida desde antiguo y utilizada también durante siglos como refugio y escondite, la mina fue objeto de una primera exploración arqueológica por M. Almagro Basch en los años 50 del siglo XX. Esos trabajos, que permanecen inéditos, estuvieron centrados en los restos humanos de época visigoda, recogiéndose algunos huesos y alterándose de forma significativa el resto. Y es que la mina, tras siglos de abandono una vez cesaron los trabajos extractivos en época romana, fue reutilizada como lugar de enterramiento en

época visigoda. Así, en el piso superior se han localizado tumbas excavadas en el suelo y con indicios de reutilización, así como lo que parecen conjuntos revueltos de huesos humanos, objetos y restos de animales. Formando parte de estos últimos se han recuperado algunos materiales relacionados con el atuendo de alguno de los enterrados, como una placa de cinturón liriforme y un hebijón. Junto a ellos también se ha localizado una concha, varios cuchillos y monedas tardorromanas. Por su parte, en el piso inmediatamente inferior, en una pequeña sala, se localizaron los restos amontonados de varios individuos junto a una hoz y varias cuentas de collar.



Restos humanos (Fotografía: J. C. Guisado)

Finalmente hay que señalar el hallazgo de un tesorillo de monedas visigodas en la zona más profunda del complejo (Bernárdez y Guisado, 2005). Allí, en el interior de una pequeña caja de madera oculta en una galería sellada con una pared de arcilla, se depositaron 12 *tremises* acuñados a nombre de Witiza, Egica-Witiza, Ervigio y Leovigildo, lo que da una fecha *post quem* para la ocultación de inicios del siglo VIII. Esa fecha se aviene bien con la proporcionada por la placa liriforme, de los siglos VII-VIII, aunque, en opinión de sus excavadores, la mina pudo haber sido utilizada como lugar de depósito de cadáveres en varios momentos y no formando parte de un único episodio. Además, todo apunta a que quien escondió allí las monedas lo hizo tratando de garantizar su seguridad, por lo que es más que probable que la cavidad ya tuviese un uso funerario en esos momentos.

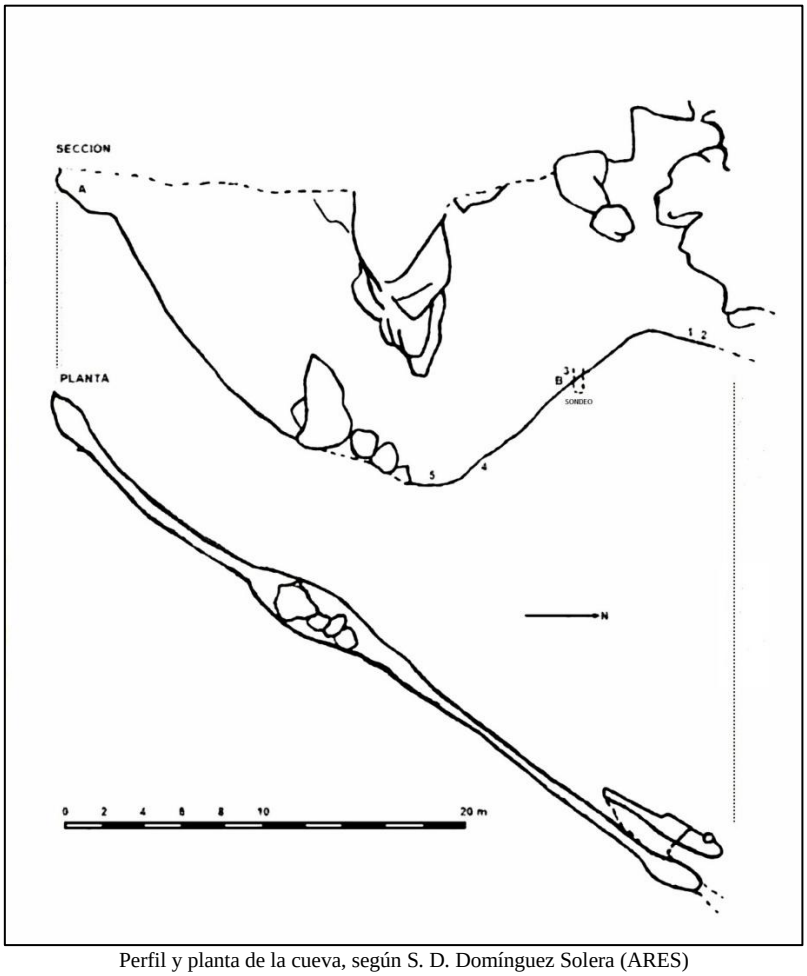
LOS MORCEGUILLOS (ALCONCHEL DE LA ESTRELLA)

Cerca de la anterior, aunque en el término municipal de Alconchel de la Estrella, se localiza la también mina romana de *lapis especularis* de Los Morceguillos.

Existen referencias al hallazgo de sepulturas de época visigoda en el interior de este complejo minero, aunque sin que se conozcan detalles al respecto (Bernárdez y Guisado, 2014: 165). En su entorno inmediato se han hallado enterramientos al uso de época visigoda, algunos de cuyos restos se conservan en el Museo de Cuenca.

CUEVA DE LOS RISCOS DE LA ESCALERUELA (CUENCA)

La Cueva de los Riscos de la Escaleruela -o de Marín Mohorte- (Domíngez Solera, 2011) se localiza en el término municipal de Cuenca, en el alto que le da nombre. Su boca, de pequeño tamaño, se abre en el suelo, en la zona más alta de los riscos que se levantan sobre la Hoz del Valdecabras; una plataforma de aproximadamente una hectárea de extensión, muy dominante y prácticamente inexpugnable gracias a sus defensas naturales[125] y que, muy probablemente, albergó un poblado protohistórico (Domínguez Solera y Muñoz, 2012: 97 y ss.). La cueva, de muy difícil acceso, está formada por una única galería estrecha y alta -de poco más de un metro de anchura pero llegando incluso a los 10 de altura en algunas partes- y muy descendente en su primer tramo, en el que casi adquiere forma de sima, y con una zona central algo más llana y amplia y otra rampa muy pronunciada, ascendente esta vez, a continuación. El desarrollo total de la cavidad es de unos 50 m.



Perfil y planta de la cueva, según S. D. Domínguez Solera (ARES)

Descubierta por el Grupo Espeleológico Heroica, en 2005, ha sido objeto de intervenciones arqueológicas en 2010 y 2012[126], en el transcurso de las cuales ha podido

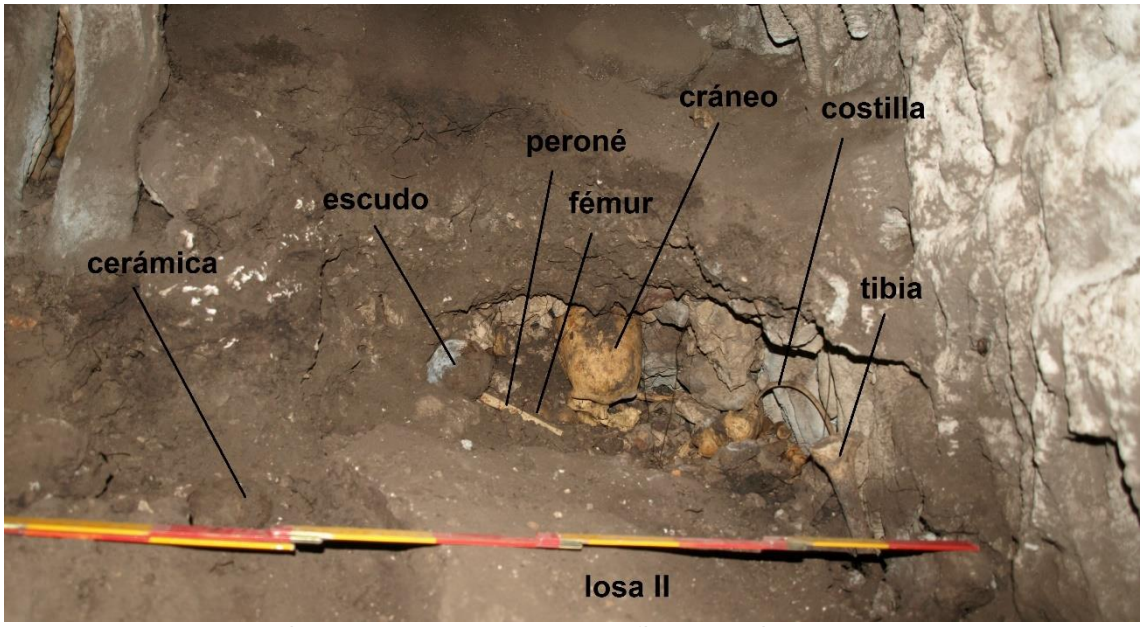
[125] Complementadas por defensas de origen antrópico que protegen el lado más accesible.

[126] En la primera campaña se recogieron en superficie muestras de restos humanos, fauna y carbón, mientras que en la segunda se excavó un sondeo de 1 x 1 m en el fondo de la cueva (Domínguez Solera, 2014).

acreditarse la presencia en su interior de restos humanos de la Edad del Bronce y de época visigoda. Junto a numerosos restos de fauna y fragmentos de cerámicas, principalmente a torno, de distintos tipos, se han recuperado huesos pertenecientes a 5 individuos: 1 perinatal, 2 infanto-juveniles y 2 adultos de entre 40 y 50 años (Domínguez Solera, 2014: 69). Uno de los huesos -un coxal perteneciente a un adulto (Domíngez Solera y Muñoz, 2012: 111-112)- fue datado en la Prehistoria Reciente, mientras que otros dos -un fémur de un individuo adulto (Domíngez Solera y Muñoz, 2012: 113) y una vértebra cervical (Domínguez Solera, 2014: 69)- han proporcionado sendas fechas de época visigoda[127].

Muestra	Edad BP	Cal 2 Sigma AD	Material	Referencias
40877	1286±30	665-770 (715)	HUESO HUM.	Domínguez y Muñoz, 2012
LTL12639A	1280±40	657-778 (724)	HUESO HUM.	Domínguez Solera, 2014

La coincidencia de las fechas de las muestras del fémur y la vértebra humanos, a falta de conocer el estudio antropológico de esta última, impide discernir si se trata de dos individuos fallecidos a la vez o en un breve lapso de tiempo o si, por el contrario, ambas muestras pertenecen a un solo cadáver. En cualquier caso, gracias a ellas el uso sepulcral de la cueva en algún momento o momentos de los siglos VII-VIII ha quedado plenamente acreditado.



Localización de los materiales en la cueva (Fotografía: S. D. Domínguez Solera, ARES)

Finalmente, hay que comentar la presencia junto a los restos humanos de un objeto que sus excavadores interpretan como un umbo de escudo pero que no encaja en los tipos

[127] Otras dos dataciones absolutas, de una muestra de fauna y otra de carbones, respectivamente, proporcionaron fechas contemporáneas o subactuales (Domíngez Solera y Muñoz, 2012: 115).

conocidos para esos objetos, por lo que podría tener otra función completamente distinta (*vid. infra*).



Materiales recuperados (Fotografía: S. D. Domínguez Solera, ARES)



Restos humanos (Fotografía: S. D. Domínguez Solera, ARES)

LÉRIDA

COVA DEL PARCO (ALÒS DE BALAGUER)

La Cova del Parco se localiza en el municipio de Alòs de Balaguer, en el prepirineo de Lleida. Su boca, de mediano tamaño y que se abre en una ladera a unos 12 m sobre el cauce del río Segre, da paso a una única galería rectilínea, de 10 m de desarrollo, fácilmente transitable. Está conectada con un amplio abrigo, El Parco 2, también con yacimiento arqueológico prehistórico y utilizado como redil hasta fechas recientes. Conocida por sus niveles de la Prehistoria Reciente y, especialmente, del Paleolítico Superior (Fullola *et alii*, 1989; Mangado *et alii*, 2006-2007), también fue el escenario de un hallazgo superficial de época visigoda, concretamente de un triente. Se trata de una moneda de oro de muy baja ley[128] acuñada a nombre del rey Egica a finales del siglo VII en la ceca septimana de Narbona[129] (Maluquer de Motes, 1976).

La ausencia de niveles claros de ocupación fechables en época visigoda, así como la profundidad a la que apareció la moneda, unos 40 cm., llevó a su excavador a explicar su presencia en la cueva como fruto de una pérdida durante una estancia puntual por parte de algún viajero refugiado en la cavidad. Y a relacionar a ese hipotético viajero con una hoguera y unos restos de moluscos terrestres quemados "sense cap dubte d´època històrica" situados en un nivel superior y desde el que la pieza se habría colado a través del lecho de pequeñas piedras que lo formaba (*Ibidem*). A falta de una datación directa de los restos del fuego y/o de los caracoles[130], esta interpretación no pasa de ser una mera elucubración y seguimos sin saber cuál es el origen de la moneda y por qué estaba en la cueva. La presencia en ella de enterramientos, atribuidos a la Prehistoria Reciente, deja abierta la posibilidad de un uso sepulcral durante los siglos VII-VIII, aunque la ausencia de otros materiales de esa cronología[131] y las observaciones estratigráficas de sus excavadores, que no consignan posibles intrusiones en los niveles prehistóricos, hacen que éste parezca, en principio, poco probable.

[128] En este caso, su aspecto plateado permite suponer la presencia de una aleación en la que el componente argénteo es muy superior al oro.

[129] El anverso presenta cabeza diademada del rey mirando a la derecha y la leyenda *IN DEI NOMINE EGICA REX*, mientras que en el anverso aparece una cruz sobre gradas y la inscripción *NARBONA PIVS* (Maluquer de Motes, 1976).

[130] La presencia de caracoles en o junto a enterramientos de época romana es relativamente frecuente, ya que simbolizaban la resurrección (Pérez Almoguera, 1998: 205; Martínez Pérez, 2016: 183), por lo que su presencia en esta cueva y su presunta relación con la moneda visigoda resulta curiosa. Obviamente, no existen datos que permitan relacionar ambas cosas ni entre sí ni con un enterramiento en la cavidad, en la que, como ya se ha mencionado, no se han identificado, por el momento, restos humanos datados en esas fechas.

[131] Se menciona la presencia, en los niveles superficiales, de cerámicas grises medievales (Fullola *et alii*, 1989: 10), aunque sin proporcionar más detalles.

GERBER I (SORPE, ALT ANEU)

El abrigo de Gerber I (Gassiot, 2016: 162-163; Gassiot y Pèlachs, 2017: 297) se localiza cerca del lago de Gerber, en el valle homónimo, a 2.240 m de altitud, en pleno pirineo leridano y dentro del Parque Nacional de Aigüestortes i Estany de Sant Maurici.

El abrigo, de pequeñas dimensiones, consiste en realidad en el hueco existente en una acumulación de grandes bloques graníticos y presenta restos de al menos un pequeño murete de cierre al exterior. Forma parte de un conjunto de estructuras distribuidas a lo largo de unos 1.000 m^2, entre las que destacan algunos aterrazamientos y los restos de 6 o 7 recintos, presumiblemente pequeños cercados para el ganado. En su interior se realizó un sondeo en el que, bajo un nivel de ocupación reciente, se localizaron, además de lítica y algunos fragmentos cerámicos, los restos de un hogar: una estructura formada por lajas y piedras que contenía un conjunto de ramas quemadas, carbones y cenizas. La datación radiocarbónica de una de esas ramas sitúa el uso de la hoguera en los siglos V-VII.

Muestra	Edad BP	Cal 2 Sigma AD	Material	Referencias
Beta-278787	1580±40	398-563 (481)	CARBÓN	Gassiot, 2016

Parece fuera de toda duda que, tal y como interpretan sus excavadores, se trata de una cavidad utilizada como lugar de habitación temporal, relacionada con el uso pastoril del entorno de alta montaña en el que se localiza.

ABRIC DE L´ESTANY DE XEMENEIA (SORPE, ALT ANEU)

Unos 2,5 km hacia el sureste del anterior, se localiza el Abric del Estany de Xemeneia (Gassiot y Quesada, 2016: 127-129; Gassiot, 2016: 171), en la orilla del lago que le da nombre, en el valle de Cabanes, a más de 2.400 m de altitud. Allí, junto a los restos de los muros de varios cercados, se abre la boca de esta pequeña cavidad, de unos 11 m^2, formada también por la acumulación de grandes bloques de granito. Un sondeo en su interior permitió identificar tres momentos de ocupación del abrigo: una subactual, otra de la Edad del Bronce y una intermedia, de época visigoda. Ésta, caracterizada por la presencia de varios niveles de cenizas y carbones, relacionados algunos de ellos con hogares, proporcionó restos de cerámicas modeladas a mano. Uno de los carbones fue datado por ^{14}C, proporcionando una fecha de los siglos VII-VIII.

Muestra	Edad BP	Cal 2 Sigma AD	Material	Referencias
Beta-278790	1340±40	612-771 (680)	CARBÓN	Gassiot, 2016

Las características de los restos encontrados, así como de la propia cavidad y su asociación con lo que parecen recintos ganaderos, indican un uso estacional del abrigo relacionado con actividades pecuarias, al igual que sucedía en el caso anterior.

ABRIC DE L´ESTANY LLEBRETA (BOÍ, VALL DE BOÍ)

Abrigo de unos 16 m^2 de superficie, situado junto a la orilla del lago del que toma su nombre, el Estany Llebreta -o de la Llebreta (Gassiot, 2016: 161-162; Gassiot y Pèlachs, 2017: 296).

Su entrada, de 2,5 m de alto estuvo cerrada por un muro de piedra derrumbado parcialmente en la actualidad. Un sondeo realizado en su interior ha permitido a sus excavadores recoger numerosos fragmentos cerámicos pertenecientes a 4 o 5 recipientes modelados a mano e identificar dos niveles de ocupación diferenciados y separados por un lapso de tiempo no muy amplio. En ambos casos se trata de estratos caracterizados por la presencia de abundantes cenizas y que se interpretan como restos de hogares. Entre los dos, una fina capa de tierra estéril señala ese hiato ya comentado. Una muestra de carbón procedente del nivel más antiguo ha proporcionado una fecha radiocarbónica de los siglos V-VI.

Muestra	Edad BP	Cal 2 Sigma AD	Material	Referencias
KIA-26469	1530±30	428-598 (530)	CARBÓN	Gassiot, 2016

Como en los casos anteriores, todo indica que su uso tuvo carácter habitacional, presumiblemente ligado a la ganadería.

PLETIU DE LA COVETA (ESPOT)

Abrigo de pequeñas dimensiones, de unos 11 m^2 de superficie, situado bajo la cornisa de un enorme bloque de granito, localizado en el valle de Monestero. Está complementado con muros de piedra laterales y asociados a él se observan los restos de uno o dos recintos, presumiblemente cercados. Un sondeo realizado en su interior ha puesto al descubierto una estratigrafía caracterizada por la sucesión de niveles oscuros, con presencia de cenizas y carbones pertenecientes a hogares. Un carbón de uno de ellos, situado en la base, ha proporcionado una fecha radiocarbónica de los siglos VI-VII (Gassiot, 2016: 167-169).

Muestra	Edad BP	Cal 2 Sigma AD	Material	Referencias
KIA-28281	1425±35	570-661 (623)	CARBÓN	Gassiot, 2016

Las características relacionadas con su ocupación sugieren, en palabras de su excavador, "un uso discontinuo pero intenso y reiterado (…) a lo largo de unas decenas de años o, a lo sumo, pocos siglos" (*Ibidem*: 169), relacionado, sin duda, con actividades ganaderas. Algo que refuerza la presencia de restos de rediles junto a la cavidad.

GERONA

CAN SANT VICENÇ (SANT VICENÇ DE LES ROQUETES, SANT JULIÀ DE RAMIS)

La cueva de Can Sant Vicenç se localiza en el término municipal de Sant Julià de Ramis. Su boca se abre en un peñasco regado por las aguas del río Ter, al pie del Puig de Sant Julià, y está orientada al suroeste. En realidad, se trata de dos cavidades superpuestas, comunicadas ambas mediante una grieta vertical relativamente ancha (Oliva, 1949: 253; Riuró, 1945-46). Aunque la cueva es conocida, sobre todo, por sus niveles de la Prehistoria Reciente, que son los únicos mencionados en las distintas publicaciones (Bosch, 1923: 479-481; Riuró, 1945-46; Oliva, 1949), consta la presencia en su interior de materiales de época visigoda. P. de Palol (1950: 79-80) narra el hallazgo, por parte de M. Pallarés[132], de una placa de cinturón de bronce, dos fragmentos de brazaletes del mismo metal, dos hierros y un par de fragmentos de cerámica a torno. Todos ellos se recuperaron en la cámara superior y, al menos la placa, dentro del nivel superficial.



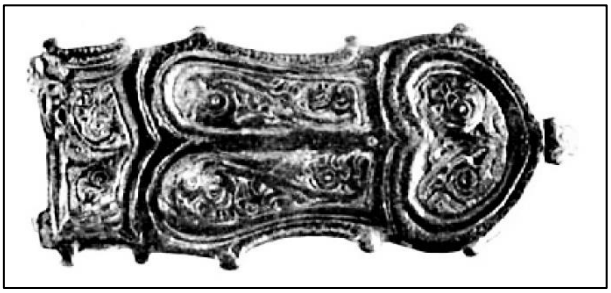
Boca de la cueva desde el interior (Fotografía: Ajuntament de Sant Julià de Ramis)

Ésta, de perfil liriforme, pertenece al Tipo C del Nivel V de Ripoll y puede fecharse entre la segunda mitad del siglo VII y todo el VIII. En cuanto al contexto de la pieza -y del resto de materiales no prehistóricos señalados más arriba- no puede afirmarse nada con seguridad, debido a lo parco de la información manejada. La presencia de restos humanos en el yacimiento[133], formando parte del mismo nivel revuelto (Bosch, 1923: 479; Riuró, 1945-46: 339; Oliva, 1949: 256), permite pensar en la posibilidad de la existencia de

[132] Cita Palol el diario de excavaciones de Pallarés, conservado en la biblioteca del Museo de Barcelona. Concretamente, las entradas de los días 29 y 30 de agosto de 1915 (Palol, 1950: 80, nota 5).

[133] Los restos humanos recuperados, respectivamente, por F. Riuró y M. Oliva, lo fueron en la grieta que comunica la cámara superior, de donde procede la placa de cinturón, con la inferior; de donde se desprende que los cadáveres a los que pertenecían, ya fueran prehistóricos o de época visigoda, fueron depositados en la primera.

enterramientos de época visigoda en la cavidad, tal y como afirmaron, siquiera de pasada, el propio Palol (1950: 80) y M. Almagro Basch (1953: 22).



Placa liriforme, según Almagro, 1953

Hay que señalar la proximidad de la cueva con el importante yacimiento de época visigoda de Sant Juliá de Ramis, un *castellum* (Burch *et alii*, 2005) situado en lo alto de la montaña en cuya ladera se localiza y en el que se han recuperado abundantes materiales del mismo tipo y cronología que los procedentes de la cavidad. Resulta evidente la relación directa entre ambos lugares, así como de ambos con las también muy cercanas necrópolis de Les Goges (Agustí *et alii*, 1993) y de Pla de l´Horta (Llinás *et alii*, 2008), a apenas 1,5 y 2 km al noreste y al oeste de la cueva, respectivamente. Atendiendo a estas circunstancias, el posible uso funerario de la gruta de Can Sant Vicenç, de confirmarse, abriría la puerta a un mejor estudio del fenómeno, ya que podrían estudiarse las mencionadas relaciones entre un lugar de habitación con función militar, dos necrópolis al uso y una cueva sepulcral contemporáneas; algo que pasa, necesariamente, por la datación mediante ^{14}C de los restos humanos procedentes de la cavidad y que se conservan en el museo.

TARRAGONA

COVETA DE L´HEURA (ULLDEMOLINS)

Este yacimiento (Vilaseca, 1952) se sitúa en la comarca tarraconense de la Conca de Barberá, en el interior de la provincia, muy cerca de la localidad de Ulldemolins. Su boca, orientada al sur y de pequeño tamaño, se abre en la cara sur de la Sierra de la Llena, a unos 715 m sobre el nivel del mar, en la zona de inicio del barranco de los Carrocs. Está formada por un pasillo corto y estrecho, de unos 3,5 m de largo por poco más de 1 m de ancho, que desemboca en una cámara de planta vagamente cuadrangular, de unos 12 m^2 de superficie. Algunas partes de la cueva presentan evidencias de reacondicionamiento artificial, como el muro que la cierra por el lado oeste o algunas estructuras destinadas a la contención de tierras. En el momento de su identificación se hallaba casi completamente colmatada de sedimento.

Descubierta durante la Guerra Civil y parcialmente excavada para ser utilizada como refugio antiaéreo, fue objeto de una intervención arqueológica en 1948 que puso al descubierto un importante yacimiento de la Prehistoria Reciente. Concretamente, uno o varios usos habitacionales o relacionados con el trabajo del metal y otro, el más importante por el volumen de los restos localizados, funerario. Los restos relacionados con este último pertenecían a unos 60-70 individuos y se localizaron al fondo de la sala, completamente revueltos y formando parte de un único nivel superficial. Las únicas observaciones acerca de la disposición de los cuerpos son la de la ausencia de orden y la de la existencia de reducciones, con los cráneos alineados en algunas zonas y "paquetes" de huesos largos. Todos los restos materiales localizados, cerámicos, líticos y metálicos, pertenecían a la Prehistoria Reciente, por lo que se dio por sentado que el enterramiento colectivo tenía también esa cronología (*Ibidem*).

Sin embargo, en un trabajo reciente, realizado sobre los restos procedentes de la excavación antigua, ha podido confirmarse que esa afirmación debe ser matizada, ya que, de tres dataciones absolutas radiocarbónicas partir de restos de otros tantos individuos, dos han proporcionado sendas fechas de época visigoda y la Alta Edad Media[134] (Rafel *et alii*, 2016: 112).

Muestra	Edad BP	Cal 2 Sigma AD	Material	Referencias
Beta 299206	1420±30	562-660 (627)	HUESO HUM.	Rafel *et alii*, 2016
Beta 229207	1170±30	771-964 (849)	HUESO HUM.	Rafel *et alii*, 2016

La fecha de época visigoda, señala, concretamente a los siglos VI-VII, mientras que la otra, más tardía, se sitúa en un intervalo entre los siglos VIII y X, apuntando como más probable al IX. Sin embargo, es posible que haya que matizar esta última datación y adelantarla algo, ya que cae dentro del intervalo en el que se produce el ya varias veces mencionado efecto distorsionador debido al súbito enriquecimiento de carbono en la

[134] La tercera corresponde a la Prehistoria Reciente (Rafel *et alii*, 2016: 112)

atmósfera terrestre, en la segunda mitad del siglo VIII (*vid*. McCormac *et alii*, 2008). Por tanto, podría tratarse perfectamente de una fecha de finales del siglo VIII, algo que, en cualquier caso, nos está indicando al menos dos momentos distintos de depósito de cadáveres en la cavidad en los primeros siglos de la Edad Media.

BAUMA DE LA SIVELLA[135] (ROJALONS, MONTBLANC)

Se trata de un pequeño abrigo profundo, con forma de covacha, situado en la montaña conocida como Tossal de les Benes, en el extremo norte de las Montañas de Prades. Se localiza muy cerca del pueblo de Rojalons, en el término municipal de Montblanc.

En él se recogió, "*gairebé a flor de terra*" (Espelt y Poblet, 1978) un broche de cinturón liriforme de bronce, encuadrable en el tipo B del Nivel V de Ripoll (1998) y que, como todos los de este tipo, se fecha entre mediados del siglo VII y todo el VIII. La pieza presenta una decoración incisa, a buril, formada por motivos geométricos y cuenta con un hebijón con una forma peculiar y que se aparta de los que son típicos para este periodo y este tipo de objetos.

Según sus publicadores, se trata de un hallazgo aislado, ya que no consta la existencia en la cueva de otros materiales relacionables con el broche. A la vista de esos datos resulta imposible establecer cuál fue el uso de la cavidad en época visigoda y explicar la presencia de la pieza en ella.

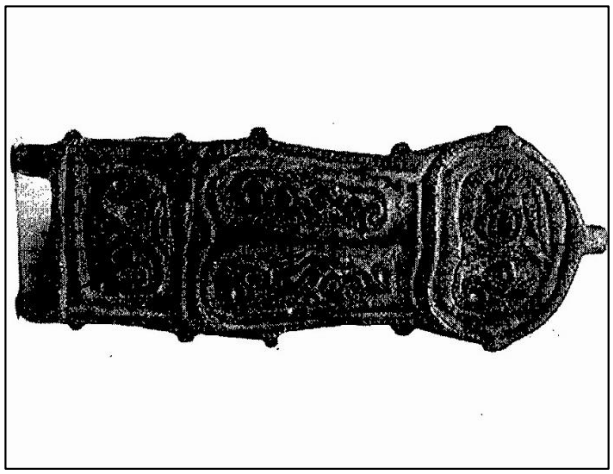


Broche liriforme (Fotgrafía: Museu de la Conca de Barberà

[135] Insa (2001: 17) confunde la cavidad con la Balma del Duc, situada por encima de ella y que alberga un yacimiento con niveles que van desde la Prehistoria Reciente hasta época medieval (Estrada y Nadal, 1993), situando en esta última el hallazgo del broche de cinturón.

COVA DE LES BRUIXES (ROJALS, MONTBLANC)

Muy cerca de la anterior, en la localidad de Rojals (Montblanc) se localiza la Cova de les Bruixes, una pequeña cavidad en la que tuvo lugar un hallazgo de materiales arqueológicos entre los que destaca una placa de cinturón de época visigoda. El hallazgo tuvo lugar en superficie, "*entre les pedres del sòl*" (Massó y Capdevilla, 1999: 5) y junto a la placa se recuperaron una punta de lanza y otra de flecha, ambas de hierro, un fragmento de "grapa" de plomo y numerosos restos de cerámica de aspecto "que recorda la ceràmica prehistòrica".



Placa liriforme, según Massó y Capdevilla, 1999

La placa de cinturón es de bronce, de tipo liriforme y se incluye en el Tipo C del Nivel V de la clasificación de G. Ripoll (1998: 134-136), con una fecha de entre mediados del siglo VII y finales del VIII. Apareció sola, sin la hebilla ni el hebijón con los que formaría parte de un broche de cinturón. De las puntas, de lanza y de flecha, de hierro no conocemos más datos que la escueta descripción proporcionada por sus descubridores: filiforme la primera y prismática la segunda. Aunque resulta algo aventurado, teniendo en cuenta la parquedad de la descripción, la primera podría corresponder a una punta de lanza o jabalina de hoja estrecha de sección cuadrada o romboidal, típica de estos momentos y con buenos paralelos, entre otros sitios, en la necrópolis de Aldaieta (Azkarate, 1999); mientras que la segunda podría ser del mismo tipo que las dos recuperadas en la necrópolis de Buzaga (Navarra) y que se conservan en el Museo de Pamplona[136]. De la "grapa" de plomo tampoco conocemos más detalles. En cuanto a la cerámica, aunque es probable que se trate de fragmentos pertenecientes a recipientes de cronología prehistórica, tampoco puede excluirse que algunos de ellos pertenezcan a producciones bastas de los siglos VII-VIII, aunque sólo un análisis detallado podría contribuir a aclarar este aspecto.

No consta la presencia de restos humanos en la cavidad que pudieran haber estado asociados a los materiales que acabamos de mencionar, por lo que, en principio, no parece que nos encontremos ante un yacimiento de carácter sepulcral. Sin embargo, la presencia

[136] Y que pude observar en una visita al citado museo en el año 2008 con motivo de la exposición temporal *Sit tibi terra levis*.

de objetos relacionados con el atuendo y de armas podría señalar a la presencia de "inhumaciones vestidas" en el interior de la cueva. Según sus publicadores, ésta podría haber sido un punto de observación y vigilancia del territorio circundante, debido a su ubicación en un lugar muy bien situado y resguardado (Massó y Capdevilla, 1999: 5).

COVA DE LA ROCA DE MIRAVET (LA TOSSA, MONTBLANC)

Sin abandonar la zona septentrional de las Montañas de Prades, en el Tossal del Coll d´en Sègol, una de las cimas que separan los términos municipales de Montblanc y Espluga de Francolí, se localiza una pequeña cueva natural en cuyo interior fue localizado un fragmento de placa de bronce perteneciente a un broche liriforme (Carreras, 2006: 46; Guidi, 2013: 63).

No sabemos los detalles acerca del contexto en el que apareció, más allá de su procedencia del interior de una cueva que se localizaría a gran altura y que, según uno de sus publicadores, reúne excelentes condiciones para haber sido habitada (Guidi, 2013: 63) pero de la que desconocemos todo lo demás.



Reconstrucción del broche de cinturón, a partir de la fotografía del Museu de la Conca de Barberà

BARCELONA

ABRIC DEL ROC DEL MIGDIA (VILANOVA DE SAU)

El abrigo del Roc del Migdia se localiza muy cerca del pantano de Sau, en la comarca barcelonesa de Osona. Se trata de un abrigo de gran longitud -200 m- aunque sin apenas profundidad, situado en la base de un gran farallón rocoso y que contiene un importante yacimiento de habitación epipaleolítico (Yll *et alii*, 1994; Yll, 2010). En las excavaciones que tuvieron lugar en el yacimiento en los años 80 del siglo XX se localizó un enterramiento junto a la pared interior del abrigo, en el sector noreste del área excavada entonces. Se trataba de una tumba de lajas que se apoyaba en la roca natural, usando ésta como uno de sus laterales y parte de su cubierta, y que contenía los restos de un individuo de sexo femenino, de alrededor de 50 años de edad, dispuesto en posición de decúbito supino[137] (Yll et alii, 1986; Paz y Vila, 1988: 133-135). Este enterramiento fue atribuido en un principio a época prehistórica, concretamente al Mesolítico, a partir de una mala lectura de la estratigrafía del yacimiento y la datación radiocarbónica del nivel al que presuntamente pertenecía. Sin embargo, algún tiempo después, la revisión estratigráfica y una datación absoluta directa de los restos humanos la situaron en la Tardoantigüedad, entre los siglos IV y VII (Yll *et alii*, 1994: 22-23).

Muestra	Edad BP	Cal 2 Sigma AD	Material	Referencias
Ua2550	1560±85	332-650 (490)	HUESO HUM.	Yll *et alii*, 1994

Se trata de un caso de enterramiento en abrigo muy similar al de la Balma de la Margineda (*vid. infra*) y que, como aquél, ha sido incluido en el artículo más reciente sobre el uso sepulcral de cavidades en Cataluña en la Tardoantigüedad y Edad Media (Folch y Guibert, 2017: 296-297), aunque, en realidad, tenga muy poco que ver, como -valga la redundancia- veremos, con el fenómeno sepulcral en cueva del que estamos tratando en este trabajo.

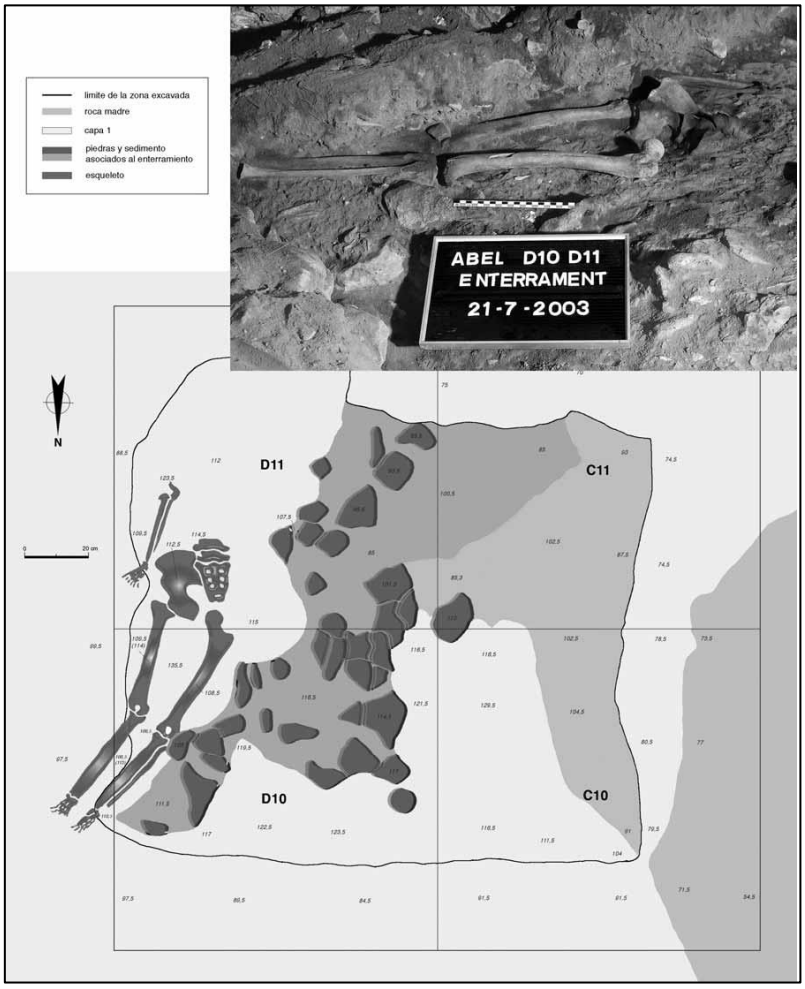
[137] Una parte de los restos óseos se hallaba desplazada de su posición original, debido según sus excavadores, a procesos postdeposicionales. Destaca, en este sentido, la ubicación del cráneo junto a los pies (Yll *et alii*, 1986: 15). Aunque no consta la presencia de lajas de cubierta en la sepultura, todo apunta a que para que se produzca ese desplazamiento la descomposición del cadáver tendría que haberse producido en vacío, es decir, en una cista; por lo que hay que suponer que nos encontramos ante una tumba de lajas parcialmente desmantelada de antiguo y no una sepultura de fosa con murete. Sobre esa disposición del cráneo volveré más adelante.

VALENCIA

COVA DEL ASSUT DE BELLÚS (BELLÚS)

La Cova del Assut de Bellús (Tiffagom y Sanchís, 2008) es una pequeña cavidad localizada en el término municipal de Bellús (Valencia), muy cerca de las cuevas prehistóricas de La Petxina y Cova Negra e inmediata al azud del río Albaida, del que ha tomado el nombre. Su boca principal, de 1 m de ancho por 2 m de alto, se abre en un farallón rocoso situado en la parte más alta de una ladera, unos 100 m sobre el nivel del camino. Junto a ella hay otra boca colmatada. La cueva tiene una única sala, de planta vagamente rectangular, con unos 6 m de anchura por unos 8 m de longitud máxima.

En el año 2003 fue objeto de una excavación arqueológica, en el transcurso de la cual se documentó un enterramiento en la zona más interior de la cavidad, que mostraba indicios de haber sido afectado por remociones de tierra anteriores. En realidad, se trataba de parte del cuerpo de un individuo -miembros inferiores, mitad inferior del brazo derecho y parte de la cadera y la columna- en posición de decúbito supino.



Fotografía y plano del enterramiento, según Tiffagom y Sanchís, 2008

En principio no parece haber estado acompañado por ningún objeto, aunque la destrucción de una parte importante de la sepultura impide asegurarlo, ya que podría tratarse de una tumba expoliada. Una muestra obtenida de uno de sus huesos fue datada por ^{14}C y proporcionó una fecha altomedieval.

Muestra	Edad BP	Cal 2 Sigma AD	Material	Referencias
ABEL03D10D11	-	670-870[138]	HUESO HUM.	Tiffagom y Sanchís, 2003

Aparte del enterramiento, se recuperaron materiales líticos, cerámicos y de otros tipos pertenecientes a la Prehistoria Reciente, cerámica ibérica, tégulas y vidrios romanos y cerámicas califales; así como abundantes restos de fauna, muchos de ellos con huellas de procesamiento. También restos humanos repartidos por toda la sala, todo ello entremezclado, debido a las ya mencionadas remociones incontroladas, que habían destruido la estratigrafía original del yacimiento.

[138] En este caso tampoco contamos con la fecha radiocarbónica propiamente dicha y tenemos que limitarnos a reproducir el intervalo genérico publicado, que suponemos a 2 sigmas, ya que nuestras pesquisas para averiguar la fecha han resultado infructuosas. Sin embargo, el intervalo 670-870 es muy similar al que presentan, calibradas a 2 sigmas, algunas de las fechas de otras cuevas sepulcrales de época visigoda, como pueden ser algunas de las de Las Penas o La Garma (*vid. supra*), por mencionar sólo un par de ejemplos.

COVA DE LA SARSA (BOCAIRENT)

La Cova de la Sarsa se localiza en la vertiente norte de la Serra Mariola, cerca de Bocairent. Su boca, de 4,5 m de ancho por 2 m de alto, se abre a unos 860 m sobre el nivel del mar y da paso a un amplio vestíbulo comunica, a través de una estrecha gatera, con un conjunto laberíntico de galerías y salas interiores de unos 200 m de desarrollo (García Borja, 2015: 3-4).

Utilizada como lugar de enterramiento en varios periodos de la Prehistoria Reciente[139], la datación de un hueso humano -un fragmento de neurocráneo perteneciente a un individuo adulto de sexo indeterminado (*Ibidem*: 46 y 47, cuadro 2.7)- cuya localización concreta no se especifica[140] ha proporcionado una fecha de época visigoda.

Muestra	Edad BP	Cal 2 Sigma AD	Material	Referencias
MAMS-19071	1457±18	571-643 (608)	HUESO HUM.	García Borja, 2015

Aunque se desconocen tanto el contexto como las circunstancias del hallazgo de esos restos humanos de los siglos VI-VII, la datación confirma sin ninguna duda el uso funerario de la cueva en esas fechas[141].

[139] Durante el Neolítico antiguo, el Calcolítico y el Bronce antiguo (García Borja, 2015: 46).

[140] Quizá proceda del vestíbulo de la cavidad, como ocurre con la mayor parte de las muestras de huesos humanos datadas recientemente (García Borja *et alii*, 2012: 21).

[141] Hay que señalar que se cuenta con otra fecha medieval obtenida de otra muestra de hueso humano -un occipital perteneciente a un individuo femenino- que remite a los siglos XI-XII (*Ibidem*: 21-22).

LOS PRAOS (REQUENA)

El paraje de Los Praos se localiza unos 2,5 km al norte del casco urbano de Requena. Se trata de una zona llana, dedicada al cultivo de la vid y también a plantaciones de olivos y almendros (Díes *et alii*, 2013). En él, unos trabajos agrícolas realizados con maquinaria en 1971 perforaron el techo de una cavidad en la que se observaba la presencia de huesos humanos (SIP, 1973: 93-94) y que fue objeto de una intervención arqueológica al año siguiente. Recientes prospecciones sobre el terreno no han conseguido encontrar los restos de la estructura, cuya localización exacta, si es que no ha sido destruida del todo, se desconoce (Díes *et alii*, 2013).

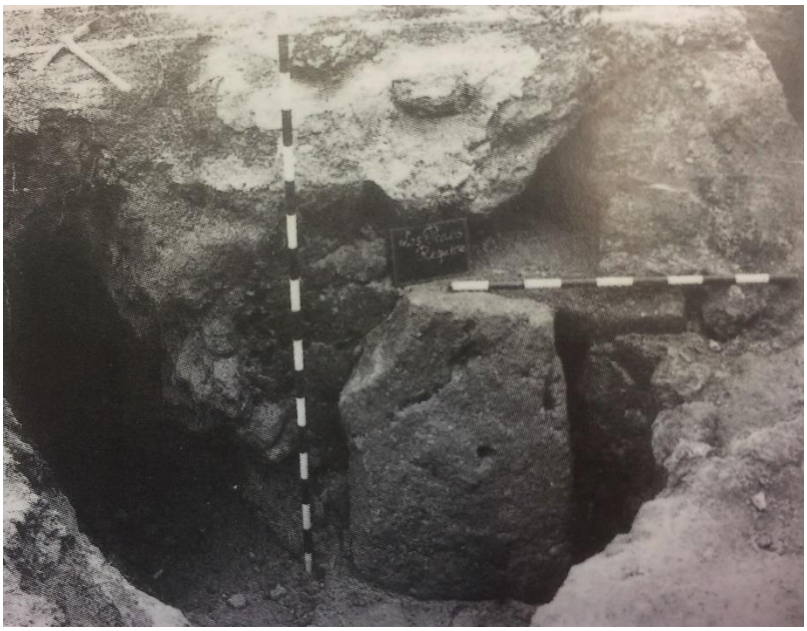


Imagen del exterior de la cámara, según González Villaescusa, 2001

Los restos descubiertos (SIP, 1974: 111-112; González Villaescusa, 2001: 210-212) correspondían a una cámara funeraria semi-rupestre, formada por un pequeño abrigo[142] de toba calcárea que fue cerrado mediante dos muros de sillarejo, uno perpendicular y otro paralelo a la pared natural del fondo, abriéndose una puerta adintelada en este último; puerta que, en el momento del hallazgo, se hallaba cerrada con una gruesa losa, de casi 1 m de altura[143], dispuesta de forma vertical. En su interior se localizaron los restos de siete individuos, cinco adultos y dos niños, según las primeras observaciones realizadas por los excavadores. Los cuerpos, que habían sido depositados directamente sobre el suelo de la cavidad, estaban en posición de decúbito supino y alineados, unos junto a otros. De la brevísima descripción proporcionada por sus descubridores (SIP, 1974: 112) se desprende claramente que consideraban que el depósito de cadáveres correspondía a un único episodio funerario y no a un uso más prolongado de la cavidad con esos fines[144].

[142] Se desconocen por completo las dimensiones de la cavidad

[143] Observación realizada a partir de algunas de las fotografías publicadas por González Villaescusa (2001: 210)

[144] "Dentro de la covacha se halló un enterramiento múltiple, con siete esqueletos en buen estado de conservación y, aparentemente, sin haberse tocado con posterioridad a la inhumación" (SIP, 1974: 112)

Asociados a ellos se recuperaron cuatro anillos de aleación de cobre, un fragmento de otro de hierro y un aro grande -posible pendiente- de material sin determinar.



Restos humanos en el interior de la cámara, según González Villaescusa, 2001

Aunque no se ha publicado el estudio antropológico del conjunto, uno de los cráneos sí ha sido objeto de un análisis específico, gracias al cual se ha concluido que se trataba de un varón de cerca de 40 años que mostraba evidencias de haber sufrido una artrosis postraumática en el cóndilo izquierdo de la mandíbula (Campillo, 1978: 317 y ss.).

CASTELLÓN

COVA DELS DIABLETS (ALCALÀ DE XIVERT)

La Cova dels Diablets (Aguilella *et alii*, 1999) se localiza en la cara occidental de la sierra de Irta, una pequeña cadena montañosa litoral del Bajo Maestrazgo, en terrenos del término municipal de Alcalà de Xivert. Situada a unos 460 m sobre el nivel del mar, su boca, de pequeño tamaño, da paso a una cavidad de planta irregular, con unos 10 m de desarrollo por 7 de ancho divididos en dos salas. Se trata de una cavidad de difícil acceso, debido a lo abrupto de la pendiente en la que se sitúa, en el marco de un paraje kárstico y cubierto por una espesa vegetación.

Descubierta en 1998 por miembros del Grup Excursionista d´Alcalà de Xivert, quienes recogieron un importante lote de materiales de cronología prehistórica en superficie y constataron la existencia de importantes excavaciones clandestinas en su interior, la cueva fue objeto de una excavación arqueológica de urgencia en el año 1998. En el transcurso de esa intervención se documentó un uso de la cueva con distintos fines -habitación, funerario y frecuentaciones ocasionales- desde el Paleolítico hasta la Edad Moderna y se recogieron abundantes materiales, entre los que destacan fragmentos de cerámicas a torno medievales, un vaso neolítico decorado y algunos restos humanos. La datación de estos últimos por ^{14}C ha proporcionado para ellos una cronología calcolítica, del tercer milenio aC.

En lo que interesa a este trabajo, hay que resaltar que una muestra de carbón procedente del nivel 2 ha proporcionado una fecha de entre los siglos VI y VIII.

Muestra	Edad BP	Cal 2 Sigma AD	Material	Referencias
BETA-127571	1370±70	540-778 (659)	CARBÓN	Aguilella *et alii*, 1999

Su procedencia de un nivel, en principio prehistórico, se explica como una intrusión desde la capa superficial y se relaciona con una especie de hoyo o fosa detectado durante la excavación. Por otra parte, la ausencia de materiales diagnósticos que pudieran ponerse en relación con la fecha, más allá de la posible antigüedad de algunos de los galbos de cerámicas a torno recuperados, impide establecer precisiones acerca del uso concreto de la cavidad en época visigoda e ir más allá de la mera constatación de la existencia de ese uso.

ANDORRA

BALMA DE LA MARGINEDA (SANT JULIÀ DE LÒRIA)

La Balma de la Margineda se localiza en el sur del Principado de Andorra, en la localidad de Sant Julià de Lòria. No se trata de una cueva, sino de un amplio abrigo rocoso, de unos 30 metros de longitud y que se levanta en la orilla derecha del río Valira, a 970 m de altitud y orientado al Este, dominando la entrada meridional al valle que forma aquél a su paso por esa zona (Guilaine y Martzluff, 1995: 14). Aunque las épocas mejor representadas en el yacimiento corresponden a diferentes momentos de la Prehistoria, el abrigo también ha sido frecuentado en época histórica con diferentes fines, de lo que dan fe, entre otras evidencias materiales, los restos de una gran pared de piedra, levantada probablemente para proteger del viento parte de la superficie interior del yacimiento (Guilaine *et alii*, 1995).

En la zona más profunda del abrigo se localizó un enterramiento que, en el momento de su excavación y a falta de elementos de datación de ningún tipo, directos o indirectos, se fechó en el periodo eneolítico (Maluquer y Fusté, 1962). Se trataba de una tumba -de lajas -a la que le faltaban las de la cubierta- o de fosa con muretes -en caso de no existir éstas- que se apoyaba en la pared interior de la cavidad, aprovechando un codo en ángulo recto en la roca para delimitar aproximadamente un tercio de la estructura (Guilaine, 1995: 104). En su interior, sin la presencia de ningún tipo de objeto, se recuperaron los restos de dos individuos (Vives, 1995), uno de los cuáles se encontraba dispuesto en posición de decúbito supino[145]. Una fecha de ^{14}C obtenida de los restos de uno de ellos ha permitido datarlo entre los siglos V y VI.

Muestra	Edad BP	Cal 2 Sigma AD	Material	Referencias
-	-	422-589[146]	HUESO HUM.	Guilaine, 1995

Aunque en puridad se trata de unos enterramientos que no se localizan en el interior de una cueva y han sido realizados en un contenedor funerario "al uso", como es una tumba de lajas, han sido incluidos en el estudio porque, como sucede en el caso ya visto del Roc del Migdia, aparecen citados por otros autores como ejemplos del uso de cavidades con fines funerarios durante los siglos V-VII (Folch y Guibert, 2017: 296-297). Creemos que

[145] En el momento del hallazgo (Maluquer y Fusté, 1962), se pensó que la sepultura contenía un individuo, lo que, unido a la única fotografía publicada sobre su estado durante la excavación y en la que se observa sólo un cuerpo depositado en decúbito supino (*Ibidem*: lámina II), hace que pueda plantearse la presencia en la tumba de una reducción de los restos óseos de un inhumado en ella con anterioridad; siempre que se tratase de una tumba de lajas que había perdido la cubierta, claro está. De tratarse, por el contrario, de una fosa y, por tanto, el cadáver hubiera estado cubierto de tierra desde el mismo momento de su depósito, sería muy poco probable la existencia de una reutilización y habría que pensar en un enterramiento simultáneo de los dos individuos. Atendiendo a la fotografía y a las observaciones de los excavadores, todo apunta a la primera posibilidad.

[146] La fecha radiocarbónica no ha sido publicada, más allá del genérico intervalo, que suponemos a 2 sigmas, que recogemos.

esas diferencias mencionadas no permiten interpretarlos en la misma línea que los demás, como veremos con detalle en otro lugar.

SANTAREM (PORTUGAL)

GRUTA DO CALDEIRÃO (PEDREIRA, TOMAR)

La Gruta do Caldeirão, también conocida antes de su excavación como Gruta da Raposa o Gruta do Texugo, se localiza en Pedreira (Tomar), en el centro de Portugal. Su boca, de tamaño reducido, se abre en la ladera sur del Alto do Caldeiro, en la base de un afloramiento de roca, en un pequeño valle. Se trata de una cavidad de 20 m de desarrollo, formada por una galería sinuosa y estrecha, "el Corredor", descendente en su primer tramo y que desemboca en una sala interior –"la Sala del Fondo"- de pequeñas dimensiones, donde la anchura máxima no supera los 3 m.

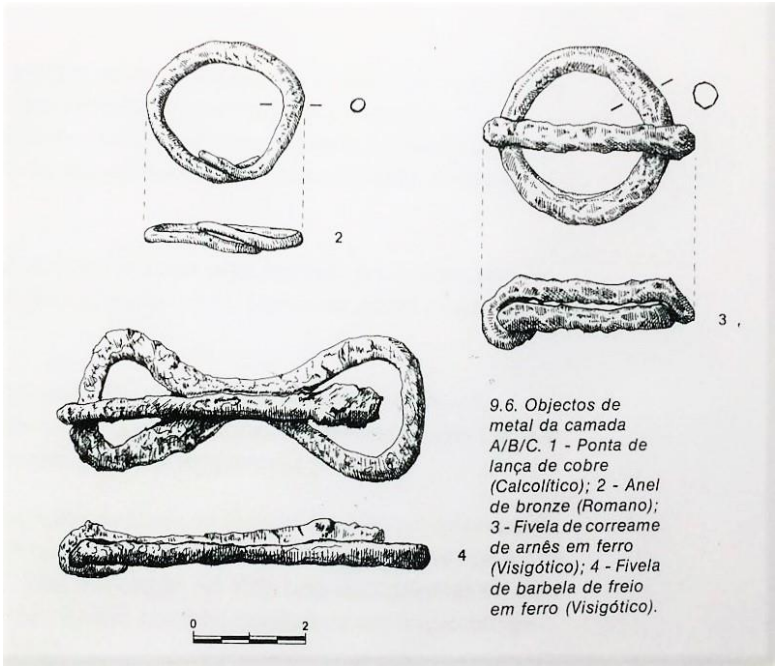
Conocida por su utilización funeraria en el Paleolítico Superior (Trinkaus *et alii*, 2001) y en diferentes periodos de la Prehistoria Reciente (Zilhão, 1992), la Gruta do Caldeirão también contiene evidencias de frecuentación en momentos protohistóricos e históricos. Así, de la zona final del Corredor proceden algunos materiales que se fechan en la Edad del Hierro y han sido relacionados -sin demasiados argumentos, en mi opinión- con restos de incineraciones. También hay materiales de época romana, tanto de momentos altoimperiales como tardorromanos (Ponte, 1992: 321-324) y que de nuevo han sido vinculados a incineraciones, aunque sin evidencias que lo certifiquen. Entre los últimos, que también se recuperaron en la zona final del Corredor, aunque con alguna presencia puntual en la sala, destacan numerosos fragmentos de vidrio y dos monedas de bronce acuñadas a mediados del siglo IV (Rodrigues Marinho, 1992: 325). Conviene señalar que, en ningún caso, se registró su asociación a restos humanos.

Los materiales de época visigoda proceden de la Sala del Fondo y consisten en dos objetos de hierro. El de mayor tamaño es una hebilla rectangular alargada y con los lados largos tan estrangulados que adquiere forma de ocho. El otro es otra hebilla, circular en este caso y de menores dimensiones que la anterior. Ambas conservan sus respectivas agujas y han sido relacionadas con un freno de caballo la primera y con un correaje de arnés la segunda. Aunque no se trata de piezas especialmente representativas de este periodo, ambas cuentan con buenos paralelos que ratifican la cronología propuesta. Así, hebillas del mismo tipo que la primera, aunque con estrangulamientos de los lados largos menos marcados, pueden encontrarse en otros yacimientos de época visigoda, en contextos que permiten descartar su relación con los atalajes de caballerías y refuerzan su interpretación como parte de la indumentaria de la época. Por ejemplo, en Cueva Larga (Santonja *et alii*, 1982: 353 y 355), la tumba nº 1258 de la necrópolis de La Orden-Seminario (Batanero *et alii*, 2016: 108-110) o los *castra* de Sant Julià de Ramis y Puig Rom[147] (García Jiménez y Vivó, 2003: 182 y 184), entre otros. Para la segunda contamos con un magnífico referente en la tumba 312 de la necrópolis de Veranes (Gijón, Asturias), donde formaba parte del cinturón del individuo inhumado en ella, fechado por ^{14}C entre mediados del siglo VI finales del siglo VII[148] (Fernández Ochoa *et alii*, 2012: 20). Otro ejemplo del

[147] Aunque estos autores las identifican como parte de atalajes y correajes de caballerías, también reconocen que lo hacen de forma totalmente hipotética y guiados únicamente por el tamaño de las piezas.

[148] En la publicación no aparece la fecha, sino que se indica el margen cronológico obtenido después de su calibración a 2 sigmas: 557-686 (Fernández Ochoa *et alii*, 2012: 20).

mismo tipo de hebilla, también en un contexto de época visigoda, procede de la cueva del Portillo del Arenal.



Objetos metálicos de época visigoda, según Zilhão, 1992

Sin embargo, lo que certifica el uso funerario de la Gruta do Caldeirão en época visigoda no es la presencia de estas dos piezas, sino la fecha radiocarbónica proporcionada por un hueso humano recuperado también en la Sala del Fondo. Se trata, concretamente, de una costilla que fue datada[149] en algún momento entre mediados del siglo VI y mediados del VII (Zilhão, 1992: 119).

Muestra	Edad BP	Cal 2 Sigma AD	Material	Referencias
-	1420±50	542-680 (621)	Hueso humano	Zilhão, 1992
-	1490±70	421-657 (559)	Hueso humano	Zilhão, 1992

Finalmente, hay que añadir que no se puede descartar que algunos de los materiales datados en momentos anteriores puedan fecharse, en realidad, en estos siglos de finales de la Antigüedad e inicios de la Edad Media. Sería el caso de algunos de los vidrios y del anillo, con paralelos en época visigoda; e incluso de una cuenta de collar de pasta vítrea y color azulado que ha sido considerada como de la Edad del Hierro pero que podría perfectamente datarse en ese mismo momento o en época romana.

[149] La fecha proporcionada por la primera datación -1420 ± 50 BP- supuso tal sorpresa para un equipo excavador que esperaba una data de la Edad del Bronce que decidieron repetirla. El resultado de esta nueva datación -1490 ± 70- ratificó la anterior y certificó el uso de la cueva como lugar de enterramiento en época visigoda (Zilhão, 1992: 119).

LISBOA (PORTUGAL)

ABRIGO DA CARRASCA (MATAÇAES, TORRES VEDRAS)

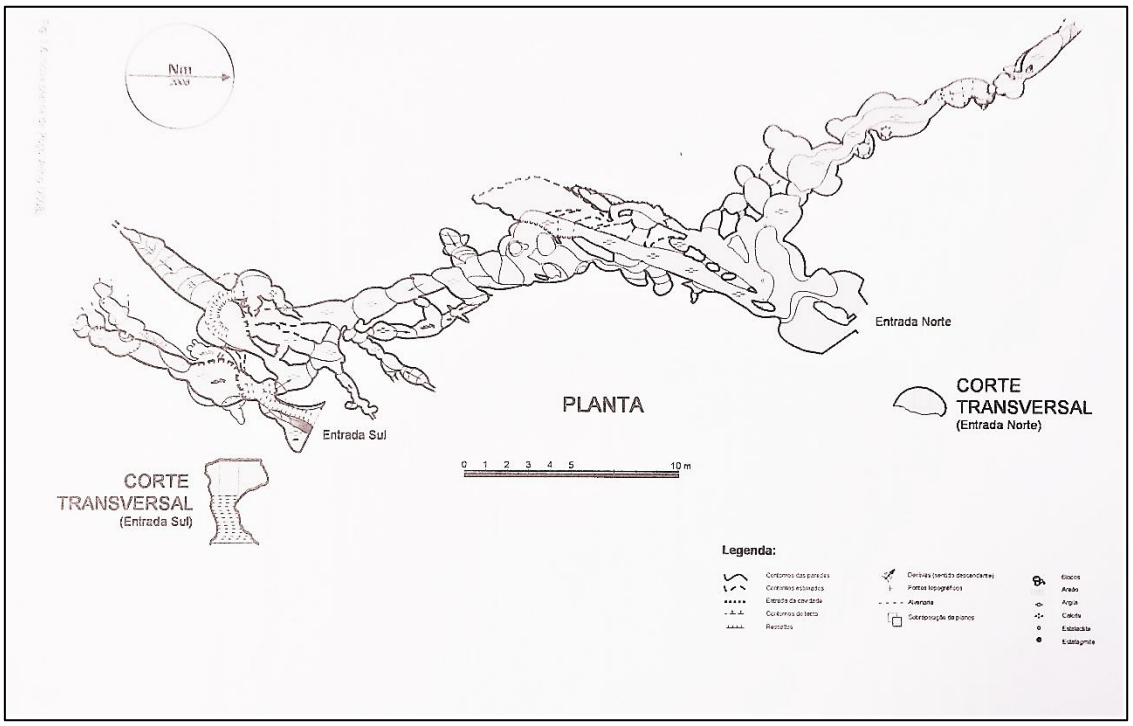
Se trata de una cueva-abrigo cuya boca, de grandes dimensiones, se abre en una ladera sobre el cauce del río Sizandro, a unos 93 m de altitud, en Mataçaes, en el municipio de Torres Vedras. La cavidad cuenta con una única cámara de planta más o menos rectangular, de unos 6 m^2 de superficie por 4 de altura, en la que se recuperó un conjunto de restos humanos aparentemente asociados a materiales arqueológicos pertenecientes a la Prehistoria Reciente[150], lo que hizo situar en un principio la cronología general del yacimiento en ese periodo; concretamente en el Neolítico final y el Calcolítico. Sin embargo, la datación por ^{14}C de algunos de esos restos humanos, además de confirmar esa primera atribución cronológica para algunos de ellos, ha puesto al descubierto un uso funerario del abrigo durante la Tardoantigüedad, con fechas que se sitúan entre los siglos V y VII (Gama, 2002: 53).

Muestra	Edad BP	Cal 2 Sigmas AD	Material	Referencias
UBAR-594	1475±60	428-658 (577)	Hueso humano	Gama, 2002
UBAR-616	1605±55	334-578 (461)	Hueso humano	Gama, 2002

[150] Piezas de sílex, un fragmento de un ídolo en hueso de bóvido, cerámicas y conchas perforadas, entre otros.

FURNAS DE POÇO VELHO (CASCAIS)

Las Furnas do Poço Velho -o Grutas de Cascais- se localizan hoy en día, merced al crecimiento urbanístico, en pleno casco urbano de esa localidad, aunque en el momento de su descubrimiento, en el siglo XIX, se encontraban en una zona algo más apartada. Sus tres bocas principales se abren en la base de un farallón calizo orientado al este y dan paso a un complejo de galerías, laberínticas en algunos tramos, y salas con unos 60 m de desarrollo.



Planta del sistema, según Gonçalves, 2008

Las cuevas fueron utilizadas como lugar de enterramiento colectivo en el Neolítico Final/Calcolítico, concretamente entre finales del IV milenio BP y la primera mitad del III BP (Antunes-Ferreira, 2005: 14; Gonçalves, 2008: 488) y su yacimiento principal corresponde a estos momentos de la Prehistoria Reciente, en los que se datan la inmensa mayoría de los materiales recogidos en su interior[151] (*Ibidem*, 157 y ss.). Entre los pertenecientes a periodos posteriores, ya desde antiguo destacó uno de época visigoda (Figueiredo y Paço, 1947). Se trata de una placa de cinturón de aleación de cobre de pequeño tamaño y que pertenece al tipo de las liriformes, aunque sin poder ser englobada dentro de ninguno de los grandes grupos de la clasificación tipocronológica de G. Ripoll (1998). Dentro siempre del Nivel V, por su pequeño tamaño podría ser considerada una variante del tipo D, aunque sus mejores paralelos pertenecen al C (Lovegrove, 2015: 192 y 197) Presenta una decoración muy simple, a base de líneas y puntos incisos, en la que destacan tres pequeños círculos concéntricos. Con un acabado no demasiado bueno y una evidente asimetría formal, más acusada en la zona distal, puede decirse que se trata de una pieza de no demasiada calidad. Como todas las producciones hispanovisigodas de

[151] Gonçalves (2008: 485) publica 13 dataciones radiocarbónicas sobre restos humanos, todas ellas de la Prehistoria Reciente.

este tipo, se fecha entre mediados del siglo VII y todo el VIII. Como sucede con la mayor parte de los materiales de este yacimiento, se desconoce el lugar concreto de la aparición de la placa dentro del complejo de cuevas, así como su contexto arqueológico.

Hasta momentos recientes (Magalhães, 2014: 213; Tente y Carvalho, 2015: 137-138) y muy probablemente motivado por el desconocimiento existente acerca de los contextos sepulcrales en cueva de época visigoda, ni siquiera se dejaba abierta la posibilidad, con todos los reparos que se quiera, de que la placa de cinturón de las Furnas do Poço Velho procediese de un enterramiento en el interior de la cavidad. Las palabras de Figueiredo y Paço (1947: 14) "*nao é de admitir que um germánico ali fôsse inhumado, por ser contrario aos seus usos e ritos funerários*" son muy claras al respecto y parecen haber sido las que han marcado la pauta hasta nuestros días. En la actualidad tampoco contamos con evidencias de que haya sido así, aunque la existencia de buenos y cada vez más abundantes paralelos en contextos similares permite, al menos, dejar abierta esa posibilidad.

Es probable que la placa liriforme no sea el único objeto de adorno personal de época visigoda procedente de esta cueva. Todo apunta a que la pieza que Gonçalves (2008: 138 y 152-153) publica como un fragmento de un "fecho de cinturao de tipo céltico" de los siglos VI-V a.C. es, en realidad, parte de un broche de cinturón[152]. Concretamente, de un modelo tardío de placa rígida, bien de transición hacia los liriformes, bien contemporáneo de estos últimos[153] y del que trataré con cierto detalle en otro lugar. La presencia de un segundo objeto de este tipo en el yacimiento podría reforzar la hipótesis del uso funerario, apoyada en la ausencia de materiales relacionados con otras utilizaciones de la cueva en esos momentos[154] y en la práctica de la "inhumación vestida" en este tipo de yacimientos. Al igual que ocurre con la placa liriforme, el contexto de esta pieza es completamente desconocido.

Finalmente y aunque se trata de un objeto ya de mediados del siglo IX, hay que mencionar el hallazgo en el interior de las cuevas de un medallón de plata con decoración zoomorfa -un león- utilizado probablemente como broche de cinturón femenino (Schulze-Dörrlamm, 2007). La presencia de esta pieza[155], sin contexto conocido una vez más, en la cueva ha sido relacionada con las incursiones vikingas en la península Ibérica a partir de mediados del siglo IX (Schulze-Dörrlamm, 2008: 530). Sea o no así, lo cierto es que

[152] El fragmento conservado mide 4 cm de largo, incluyendo el arranque de la hebilla, y 3,3 cm de anchura máxima, aunque la pérdida de parte del borde inferior sugiere que en origen podría llegar a los 3,5 cm

[153] Para los primeros, véase Ripoll, 1998: 106 y ss. Algunos ejemplos de los segundos han sido publicados por P. Castañer y J. Tremoleda (2006: 146), R. Barroso (2006: 128, fig. 13) o E. Gutiérrez Cuenca y J. A. Hierro (2010-2012: 267-269).

[154] Quizá alguna de las cerámicas atribuidas a la Edad del Hierro podría llevarse, con todas las reservas y guiados únicamente por criterios morfológicos, a este momento. El fragmento de borde IGM-303 (Gonçalves, 2008: 137 y 151), por ejemplo, recuerda a los de las ollas de "perfil en S" típicas de los siglos VI-VIII.

[155] Pieza que se conserva en el Museu Luso-Alemão (Belas, Portugal) y que, por lo que hemos podido observar, no es tenida en cuenta –y, quizá, ni siquiera conocida- por los arqueólogos portugueses que han trabajado sobre el yacimiento de las Furnas do Poço Velho.

está indicando el uso de la cavidad en un momento en el que los hallazgos de objetos de adorno personal en el interior de cuevas son muy escasos.

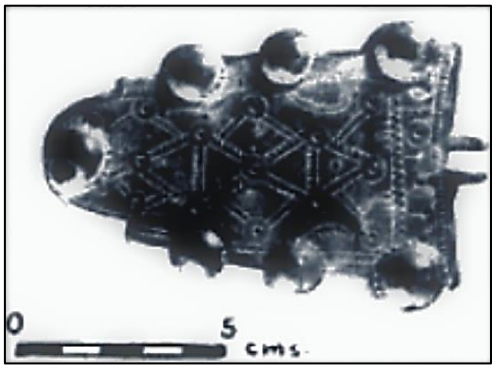


Posible fragmento de broche de placa rígida, según Gonçalves, 2008

GARD (FRANCIA)

AVEN DE LA BOUCLE (CORCONNE)

El Aven de la Boucle, antes conocido como Aven-grotte du Castellas, se localiza en la ladera oriental de la meseta de Coutach, a 260 m sobre el nivel del mar, en una zona de lapiaces. Tiene una planta ovalada y mide 16 m de largo por 6 m de anchura máxima, pero los derrumbes han restringido el espacio utilizable a unos 55 m^2 (Jallet *et alii*, 2010: 244). Aunque en origen tuvo al menos otra entrada situada al mismo nivel, en la actualidad se accede a través de una sima de unos 7 m de profundidad (Provost *et alii*, 1999: 349). Utilizada como lugar de enterramiento colectivo y de habitación en tres momentos distintos de la Prehistoria Reciente (Duday, 1986; Roudil, 1982: 444), su última fase de uso, también sepulcral, corresponde a la alta Edad Media, concretamente a algún momento entre los siglos VI-VII, según puede concluirse de los materiales hallados por sus descubridores al pie del pozo de acceso. Allí, mezclados con las piedras caídas del exterior, recuperaron restos humanos pertenecientes, según parece, a un único individuo, una cerámica a torno y una placa de cinturón de tipo aquitano (Provost *et alii*, 1999: 349). La primera es descrita como "*un vase tourné pansu et a petit col*", mientras que la segunda es una placa triangular de aleación de cobre, decorada con líneas incisas que forman una especie de malla a lo largo de toda su superficie y con siete umbos del mismo material, tres alineados en cada lado y uno en el extremo distal. Ni la hebilla ni el hebijón fueron recuperados.



Placa de tipo aquitano, según Provost *et alii*, 1999

Las interpretaciones del hallazgo -que, por lo demás, no ha sido apenas objeto de atención por parte de la investigación sobre la Tardoantigüedad y la alta Edad Media en esa zona de Francia- oscilan entre considerarlo un enterramiento (Roudil, 1982: 444; Provost *et alii*, 1999: 349) o el resultado de un accidente, de una caída por la sima del individuo que portaba la placa de cinturón (Jallet *et alii*, 2010: 245). Creemos que la presencia de la cerámica a torno junto a él aboga por la primera opción y que, por tanto, se podría considerar el Aven de la Boucle como una cueva con uso sepulcral en época visigoda y en la que se habría practicado la "inhumación vestida" -y acompañada de otros elementos ajenos al adorno personal- de al menos un individuo. En principio puede resultar llamativa la presencia de un broche de cinturón de tipo aquitano en esa zona de la Septimania visigoda, aunque su situación fronteriza con el mundo merovingio hace que ese tipo de materiales no resulten del todo extraños.

PYRÉNÉES-ORIENTALES (FRANCIA)

GROTTE DE MONTOU (CORBERE-LES-CABANES)

La cueva de Montou está situada en la localidad rosellonesa de Corbere-les-Cabanes, dentro del departamento de Pyrénées-Orientales. Se trata de un complejo kárstico de alrededor de 1 km de desarrollo y un desnivel de 50 m, formado por varias cuevas y abrigos y cuya boca principal se abre hacia el suroeste, a 290 m de altitud, dominando la llanura. Conocida al menos desde el siglo XIX, sus primeras excavaciones, llevadas a cabo por P. Ponsich, datan de los años 30 y 40 del siglo XX, momento en el cual se descubre en su interior una galería sellada con restos neolíticos (Treinen-Claustre, 1987: 83). A partir de finales de los años 70 y hasta bien entrados los 90 fue objeto de excavaciones sistemáticas y exploraciones dirigidas por F. Claustre que pusieron al descubierto un importante yacimiento, repartido por varias zonas de la cavidad, con materiales que van desde el Paleolítico hasta la Alta Edad Media y en el que destacan sobremanera los contextos sepulcrales de la Prehistoria Reciente (Claustre y Cornet, 1998; Salvayre *et alii*, 2005; Goude, 2007: 210 y ss.).



Trabajos de excavación en el interior de la cueva (Fotografía: H. Salvayre)

Los materiales de época visigoda de la Grotte de Montou son relativamente abundantes, variados y muy significativos (Kotarba *et alii*, 2007: 312-313). Destacan, en primer lugar, los broches de cinturón, de los que se han localizado cinco ejemplares[156]. De ellos, cuatro son de tipo liriforme, tres de aleación de cobre, con decoración vegetal y geométrica, y el cuarto de hierro, con decoración damasquinada de tema animal. La quinta guarnición de cinturón también es de hierro, aunque de un tipo diferente, más propio del mundo

[156] Lamentablemente y al igual que ocurre con el resto de los materiales de época visigoda, estos broches no han sido estudiados con detalle. De hecho y a excepción del ejemplar damasquinado, ni siquiera se han publicado fotografías o dibujos de ellos.

merovingio, con perfil dentado y sin damasquinados, pero con tres remaches planos de bronce como elementos decorativos. Sin salir de los objetos relacionado con el atuendo, hay que constatar la presencia de dos hebillas de hierro de mediano tamaño, una cuadrada y otra de costados deprimidos, así como de un anillo de bronce. También se constató la presencia de recipientes de cerámica -principalmente ollas- y de copas de vidrio, así como de herramientas de hierro -martillo pico, tijeras, cuchillo, aguijada, etc.- y molinos rotatorios. Dos *tremises*, de Witiza y Agila II, de las cecas de *Gerunda* y *Narbo*, respectivamente, completan el conjunto y sirven para fechar en el siglo VIII el uso de la cueva. O al menos una parte de éste, ya que podría haberse iniciado antes, como ocurre en otros yacimientos similares.



Restos humanos (Fotografía: H. Salvayre)

Todos esos objetos aparecieron en la Sala 2 Inferior -situada a unos 40 m de la boca principal- en superficie o en las zonas removidas (Claustre, 1990: 45), a excepción del broche de cinturón de hierro con decoración damasquinada, que fue recuperado durante una prospección geológica en una zona interior del sistema[157] (Claustre, 1995: 11). La interpretación del uso del yacimiento durante la Tardoantigüedad, ciertamente, no ha estado nunca entre las prioridades de sus excavadores, que sólo se han referido a él de forma muy superficial y considerándolo como "esporádico" (Claustre, 1993: 103). Sin embargo, ese presunto carácter se compadece mal con la presencia en la cueva de cinco broches de cinturón y dos monedas de oro, además del resto de materiales que completan el conjunto. Y, aunque la objeción no es tan fuerte, también puede utilizarse para quienes lo consideran un lugar de hábitat o de refugio, motivado quizá por la invasión árabo-bereber o propio de pastores, mercaderes o viajeros (Kotarba *et alii*, 2007: 312), ya que

[157] Literalmente, "*au coeur du réseau karstique*".

la cantidad y calidad de los materiales y las escasas condiciones de habitabilidad de la Sala 2 Inferior tampoco encajan bien con ese tipo de ocupaciones.

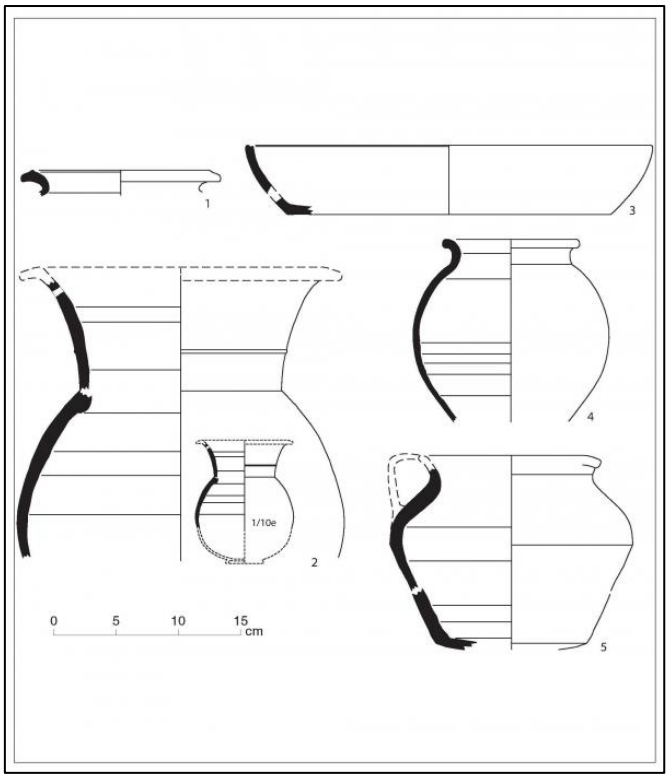


Materiales de época visigoda (izq.) (Fotografía: H. Salvayre)

El registro arqueológico de época visigoda de Montou, pese a sus grandes limitaciones, motivadas por no haber sido apenas objeto de atención por parte de sus excavadores, permite establecer una clara similitud entre el yacimiento y algunos otros, como el Portillo del Arenal, las Furnas do Poço Velho o La Mora, entre otros. Yacimientos en los que comparten espacio subterráneo enterramientos de la Prehistoria Reciente y objetos de época visigoda y para los que puede plantearse la existencia de un uso sepulcral de esa última cronología que habría sido invisibilizado por los restos más antiguos, también más numerosos. Invisibilización que se ha dado durante décadas en lugares como la el Abrigo da Carrasca, Coveta de l´Heura o Los Hornucos -por citar algunos ejemplos- y que sólo recientemente y merced a nuevas dataciones radiocarbónicas de restos humanos ha podido ser superada. A favor de esta hipótesis sepulcral de época visigoda para Montou estaría también la presencia de un broche de cinturón en una zona muy interior del complejo de galerías, algo que ha sido constatado en cuevas con un claro uso sepulcral como La Garma o Los Goros. Lamentablemente y a falta de una publicación en detalle del hallazgo, desconocemos si la guarnición de cinturón estaba asociada a restos humanos u otros materiales o si se recogió de forma aislada.

COVA DE LES BRUIXES (TAUTAVEL)

La Cova de les Bruixes (Martzluff *et alii*, 2012) se localiza inmediata al pueblo de Tautavel, en uno de los farallones del cerro sobre el que se yerguen las ruinas de su castillo medieval. Su boca, de pequeño tamaño, se abre al noroeste y da paso a un corto pasillo, muy estrecho y de difícil tránsito, por el que se accede a una cámara interior de unos 20 m^2 de superficie. Conocida desde los años 60 del siglo XX, distintas intervenciones en su interior han localizado cerámicas y restos humanos con una secuencia que arranca en el Neolítico[158] y llega hasta la Baja Edad Media e incluso más allá. Realmente, estos dos momentos mencionados parecen haber sido los de un uso más intenso de la cavidad, teniendo los de otros periodos un carácter mucho más esporádico, incluyendo el que nos ocupa en este trabajo.



Olla (abajo a la derecha.), según Martzluff *et alii*, 2012

El único material atribuido con claridad a este momento[159], siglos VII-VIII, es una pequeña olla de cerámica -15 cm de altura- de pastas oscuras y con desgrasantes micáceos, hecha a torneta, con un pico vertedor conseguido mediante un pellizco en el labio y un acusado "perfil en S" (*Ibidem*: 111). Quizá el pequeño anillo de bronce mencionado en la publicación -y que se encuentra desaparecido en la actualidad- podría vincularse también a este momento, aunque la presencia de abundantes restos bajo y postmedievales en la cavidad complica esa atribución, propuesta únicamente por analogía con otros yacimientos similares y de cuyo carácter meramente especulativo soy

[158] Una datación radiocarbónica sobre restos humanos ha arrojado una fecha de mediados del cuarto milenio a. de C., concretamente de 4680 ± 40 BP (Martzluff *et alii*, 2012: 21)

[159] Aunque sus publicadores no descartan una cronología algo más tardía para esta pieza

consciente. Aunque no se menciona la procedencia exacta de los fragmentos cerámicos que la conforman, esta vasija parece haber formado parte de la capa superior, revuelta, de la estratigrafía de la sala interior de la cueva (Kotarba, 2012: anexo *15).

De nuevo, como en los casos ya comentados de Portillo del Arenal, La Mora, las Furnas do Poço Velho o Montou, aunque en éste de Les Bruixes con más dudas debido a lo exiguo del repertorio de los siglos VII-VIII, nos encontramos con materiales de época visigoda en una cueva con nulas condiciones de habitabilidad y un uso funerario durante la Prehistoria Reciente. Esto abre la posibilidad de que existan también restos humanos de época visigoda confundidos con los prehistóricos. Es decir, que la Cova de les Bruixes de Tautavel haya podido tener un uso sepulcral en la Alta Edad Media.

AUDE (FRANCIA)

GROTTE DE BUFFENS (CAUNES, CAUNES-MINERVOIS)

La Grotte de Buffens -también conocida como Grotte du Figuier o Grotte du Roc de Buffens (Baudreu y Rancoule, 2010)- se localiza en la parte baja del macizo que le da nombre, la Roc de Buffens[160], famosa por sus canteras de mármol, situado a la derecha del valle de l´Argent-Double y dominando la villa de Caunes, situada unos 700 m al sur de la cueva. Conocida desde finales del siglo XIX, cuando tuvieron lugar las primeras exploraciones y excavaciones en su interior, la cavidad está formada por una única sala de piso muy descendente en la que existe un gran cono de derrubios, de más de 60 m de longitud, procedente del exterior.

La cueva alberga un importante y variado yacimiento arqueológico, con materiales que van desde el Neolítico hasta la Tardoantigüedad, pasando por las edades del Bronce y del Hierro. En lo que toca a este trabajo, hay que señalar entre ellos un lote significativo de cerámicas, recogidas por algunos espeleólogos entre y sobre los bloques del cono de derrubios entre los años 1977 y 1980 junto a un conjunto mucho más numeroso de cerámicas protohistóricas. Se trata de algunos ejemplares de cuencos de DSP, lisos y decorados, y cerámicas comunes grises, tanto finas como bastas, pertenecientes a cuencos, ollas y contenedores de líquidos. Todos con una cronología que va de mediados del siglo V a mediados del VI, aunque algunos autores la prolonguen hasta inicios del VII (C.A.T.H.M.A. *et alii*, 1993: 195-198).

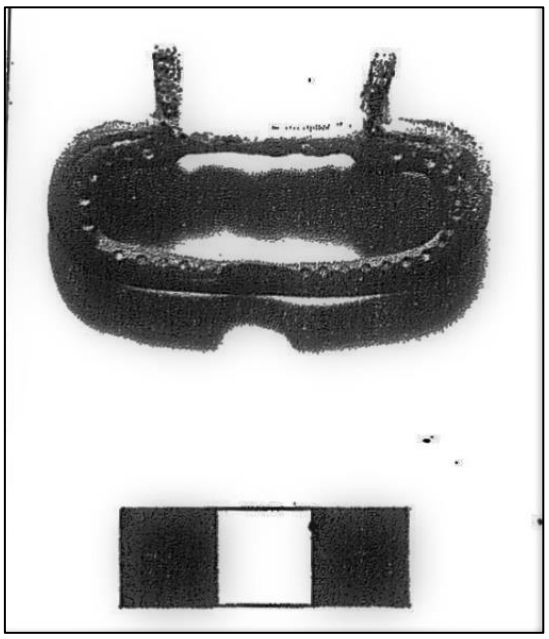
En cuanto al origen del depósito, aunque se desconoce la localización original de las cerámicas debido a las circunstancias de su recogida, se ha propuesto una llegada desde el exterior, desde la zona de la boca o su entorno más inmediato, arrastrados junto con parte de las piedras del cono. Aunque, por lo ya expresado y a falta de una intervención arqueológica que pudiera arrojar algo de luz al respecto, resulta imposible establecer el tipo concreto de uso de la cavidad en esas fechas, se ha sugerido una posible vinculación con las actividades agropastoriles tradicionales en la comarca y que han funcionado hasta el siglo XIX (Baudreu y Rancoule, 2010: 19).

[160] El nombre Buffens, que fue la antigua denominación de la localidad de Caunes, aparece con la forma Bufintis en un documento de finales del siglo VIII, en el que también se menciona la existencia de esa villa y con ese nombre primigenio "*tempore Gotorum*", en tiempos de los godos (Baudreu y Rancoule, 2010: 19)

HAUTES-PYRÉNÉES (FRANCIA)

PIC D´ALIAN (VIGER)

La cueva del Pic d´Alian (Marsan, 1993) se localiza en la comarca de Lavedan, en la cara norte de los Pirineos. Concretamente, en el municipio de Viger que, aunque históricamente perteneció a Gascuña, está incluido hoy en día en el departamento de Pyrénées-Orientales. Se trata de una cueva de reducido tamaño, con una única sala en forma de L de 8 por 5 m y un acceso a través de una rampa muy descendente de unos 4 m de longitud que desemboca en un derrumbe de bloques caídos del exterior. Su pequeña boca, de 30 cm de ancho por 40 cm de alto, se abre en la zona alta del macizo de Alian, de casi 1000 m de altitud y del que toma su nombre.



Hebilla, según Marsan, 1993

En su interior, repartidos por toda la sala, aunque concentrados en la zona centro-oriental, se localizaron una serie de materiales asociados a restos humanos, todos ellos en superficie. Entre los materiales metálicos destacan una hebilla de cinturón ovalada de bronce con decoración de pequeños círculos incisos, un hebijón escutiforme y un cencerro de hierro, aunque también se menciona la presencia de una punta de hierro, una placa del mismo metal y un disco de bronce perforado, entre otros. Los dos primeros han permitido fechar el conjunto en los siglos VI-VII.

La cerámica está representada por fragmentos pertenecientes a una vasija a torno, de pasta blanca -gris al exterior- y decorada a peine y por una fusayola. También se recogió una pieza de sílex y se menciona la existencia de abundantes restos de carbón concentrados junto a la pared este de la cueva, en la que también se aprecian algunos trazos carbonosos. Los restos humanos -fragmentos de cráneos y vértebras, sobre todo- se encontraban dispersos por la sala, sin orden aparente, y pertenecen a un mínimo de tres individuos; todos ellos jóvenes y entre los que habría al menos un niño.

Finalmente, hay que señalar que la ausencia de evidencias de fragmentación en las paredes y techos y la concentración del derrumbe de piedras en la zona de la rampa de

entrada, así como las propias características de la base del derrumbe, permiten sostener que la cavidad estuvo sellada por un muro de piedra seca que terminó por derrumbarse hacia adentro, formando la acumulación de bloques.

GROTTE DE TREDJOLOUNGO (AVENTIGNAN)

La cueva de Tredjoloungo -o Tradjoloungo- (Douvez, 2000a y 2000b) forma parte de un conjunto de cavidades localizado en el municipio francés de Aventignan, en el departamento de Hautes-Pyrénées. Está situada en el monte Picon, en la margen derecha del río Neste. Su boca, de entre 7 y 8 m de ancho da paso a una rampa descendente que conduce a una gran sala de forma rectangular y de más de 300 m2 de superficie, muy colmatada por derrubios de grandes bloques.

Descubierta en los años 40 y explorada en los 50 y los 90, en su interior se recuperaron numerosos fragmentos de cerámica, así como abundantes restos humanos repartidos por una zona pegada a la pared sur de la sala, al otro lado de un gran caos de bloques.

Los restos humanos recuperado pertenecen a once individuos, entre los que había una mujer de entre 30 y 40 años, otra de entre 18 y 20 y un hombre de unos 25. Del resto no se pudo determinar el sexo, aunque sí la edad aproximada: uno de alrededor de 20 años, otro adulto de menos de 40, un niño de 11 o 12 años, otro de 7 u 8, otros dos de 5 o 6, uno de menos de 2 y un feto o neonato. Uno de ellos presentaba una punta de flecha de hierro incrustada en una de sus escápulas, posible causa de su muerte -directa o indirecta por la infección subsiguiente- según el estudio antropológico. Otro, unas extrañas marcas en el cráneo con restos de algún tipo de colorante y efectuadas *post-mortem*, para las que se carece de explicación, más allá de relacionarlo con el "culto al cráneo" de los galos -y otros pueblos- citado por algunos autores grecolatinos. Porque el yacimiento de la cueva de Tredjoloungo ha sido atribuido, desde su descubrimiento, a la Segunda Edad del Hierro.

Entre las cerámicas -la mayor parte representadas por fragmentos grises u otros rojos más bastos, atribuidos a ánforas- destacan los restos de una olla de pasta gris-negra que, pese a haber sido fechada en la Edad del Hierro por sus características técnicas y morfológicas, encaja perfectamente con el tipo de vasijas tardoantiguas y altomedievales que observamos en las cuevas: las ubicuas ollas de "perfil en S" que encontramos en yacimientos de época visigoda. Y es por eso que incluimos esta cueva en el inventario de yacimientos de este trabajo, a falta de dataciones fiables, como una probable cavidad con uso en el momento que estamos estudiando.

A ese indicio cerámico habría que sumar, además, las edades de los muertos presentes en la cueva, con muchos niños y nunca mayores de 40 años, al igual que sucede en el resto de yacimientos estudiados. Y también la presencia de "marcas negras" parietales -marcas de antorchas para los investigadores franceses- y abundantes restos de carbones en la zona en la que aparecieron los restos, algo que también recuerda a algunas de las cavidades que hemos visto con anterioridad. En cualquier caso, se trata de una mera especulación que habría de ser comprobada con la datación directa de los restos humanos y los carbones, algo que no nos consta que haya sucedido hasta la fecha.

HAUTE-GARONNE (FRANCIA)

GROTTE DES ANCÊTRES[161] (MALVEZIE)

La Grotte des Ancêtres (Coiffé y Boudartchouk, 2019) se localiza en el municipio de Malvezie, en el departamento de Haute Garonne. Su boca, de reducidas dimensiones y por la que el acceso se lleva a cabo con dificultad, se abre en el fondo de una pequeña dolina situada en un promontorio rocoso del macizo de la Guille Laie, en la cara norte de los Pirineos, a 890 m de altitud. Esa entrada, muy colmatada, da paso a una única sala de 13 por 4 m y piso muy descendente en la que se localiza el yacimiento arqueológico.

Tres concentraciones de restos humanos fueron localizadas al final de la galería, formadas por un total de sesenta huesos. De su análisis antropológico se desprende la presencia de un número mínimo de cinco individuos: una mujer adulta, un niño menor de 5 años y tres jóvenes de entre 15 y 20 años.

Asociados a los huesos se recogieron varios objetos metálicos. Se trata de dos anillos, uno de ellos con una inscripción en el chatón, un pendiente de aro con remate prismático decorado con puntos y parte de un recipiente de tipo cuenco, todo en aleación de cobre. Por sus características formales y a partir de la comparación con objetos similares, pueden datarse, *grosso modo*, en el siglo VI. Esa datación tipocronológica del yacimiento ha sido confirmada de forma absoluta, ya que dos muestras de huesos humanos[162] fueron datadas por ^{14}C, ofreciendo sendas fechas de los siglos V-VI.

Muestra	Edad BP	Cal 2 Sigma AD	Material	Referencias
Poz64848	1545±30	424-579 (491)	HUESO HUM.	Coiffé y Boudartchouk, 2019
Poz64849	1535±30	428-592 (511)	HUESO HUM.	Coiffé y Boudartchouk, 2019

En este caso, el carácter sepulcral de la cavidad no admite ningún género de duda, pudiéndose excluir cualquier otro. Los investigadores que han estudiado la cueva se inclinan por un depósito original de los cuerpos en la entrada y su arrastre posterior, en el marco de los derrubios que también habrían colmatado casi completamente la boca, hasta la zona interior en la que fueron localizados los restos humanos. Sin embargo, gracias a la comparación con otros yacimientos similares, en los que la zona de depósito de los cuerpos siempre se localiza en zonas muy interiores, también se puede proponer que los cuerpos fueron dejados en la misma zona en la que se encuentran sus restos en la actualidad -o alguna aledaña, hacia la boca- y que esos mismos arrastres mencionados, así como la eventual actividad de animales, los habrían alterado de forma significativa.

[161] Quiero agradecer a Arnaud Coiffé que me permitiera acceder a su trabajo antes de su publicación.

[162] Sendos fémures, pertenecientes a un individuo adulto y a otro inmaduro, respectivamente.

ISLAS BALEARES

BINISAFULLER (SANT LLUÍS, MENORCA)

En el interior de una cueva indeterminada del barranco de Binisafuller (Sant Lluís), al sur de la isla de Menorca, se encontró una placa de cinturón de bronce de tipo liriforme[163]. Se trata de una pieza bastante corriente, con numerosos paralelos en la Península y que puede incluirse en el Tipo C[164] del Nivel V de la clasificación de G. Ripoll[165] (1998: 133-136).

Las circunstancias del hallazgo nos son completamente desconocidas, más allá de la mención a su carácter "casual"; así como el contexto en el que fue recuperada la pieza, aunque lo más probable es que ésta proceda del interior de alguno de los muchos hipogeos protohistóricos excavados en las paredes del barranco[166]. Este hecho parece indicar una reutilización en los siglos VII-VIII de un espacio funerario subterráneo anterior, quizá con la misma funcionalidad, aunque tampoco puede descartarse un uso habitacional.



Placa liriforme (Fotografía: Museu de Menorca)

[163] Quiero agradecer a Octavi Pons, del Museu de Menorca, su ayuda con este asunto; tanto la información complementaria acerca de la historia de la placa de cinturón como las gestiones para obtener la fotografía de la misma que se incluye en este trabajo.

[164] En otro trabajo ha sido clasificado, erróneamente en nuestra opinión, dentro de los grupos F-G de esa misma autora (Vizcaíno, 2007: 780, nota 106). El ejemplar nº 51 de la colección estudiada por Ripoll y que se incluye dentro del Tipo C (Ripoll, 1998: 134, 141 y 303) es un buen paralelo para la placa menorquina, con la que comparte tamaño y morfología.

[165] Sin ir más lejos, tiene grandes semejanzas con la placa de la Cova de les Bruixes.

[166] Las entradas BFU-01 y BFU-03 del catálogo de patrimonio (arqueología y paleontología) del ayuntamiento de Sant Lluís señalan la existencia de numerosos hipogeos de época talayótica excavados en las paredes tanto de la parte principal del Barranc de sa Cala como de su ramal occidental (De Nicolás, 2004).

2.2 LAS CUEVAS CON USOS SEPULCRALES: CONTEXTOS Y MATERIALES

En mi Trabajo de Fin de Máster -y en su versión publicada unos años después- (Hierro, 2008; 2011), traté de establecer una serie de características que permitieran identificar otros yacimientos sepulcrales en cueva de época visigoda en Cantabria a partir del análisis de los mejor conocidos en aquel momento: Las Penas, La Garma y Portillo del Arenal. En mis propias palabras de entonces, los principales elementos de esa caracterización eran: "su localización en cuevas o en zonas de éstas de difícil acceso y/o alejadas del exterior; la presencia en ellos de inhumaciones vestidas y en ocasiones acompañadas de objetos de diverso tipo, como armas o herramientas; en los casos en los que la edad ha podido ser determinada, la juventud de los muertos depositados en su interior; y una cronología claramente centrada entre mediados del siglo VII y el VIII" (*Ibidem*: 381). Transcurrida más de una década desde su primera formulación, creo que, en general, el modelo trazado sigue manteniendo cierta validez, aunque requiere de matices y retoques que permitan utilizarlo para comprender un fenómeno que es más diverso y complejo de lo que suponía entonces[167]. En cualquier caso, la presencia o no de estos rasgos distintivos en los yacimientos con evidencias de uso en época visigoda que acabamos de ver en el catálogo me ha permitido hacer una primera selección. Se trata de una primera criba que permita trabajar sobre un conjunto de cavidades, susceptible de ser modificado según avance la investigación. Muy probablemente, algunas de las 45 que forman parte de este conjunto en estos momentos serán descartadas más adelante.

En primer lugar, como es obvio y aunque en la cita anterior apareciera al final, tenemos uno de los criterios más fiables: las dataciones absolutas directas de los restos humanos localizados en su interior. Esas fechas radiocarbónicas de entre los siglos VI y VIII permiten sostener con bastante seguridad ese uso funerario, por lo que no es necesario insistir en ello.

Después está la asociación entre restos humanos y elementos materiales relacionados con el atuendo y el adorno personal de tipología bien definida, los *ornamenta*, algo que estaría indicando la presencia de inhumaciones vestidas en ellas. Como hemos visto, no en todas las cuevas con fechas absolutas de época visigoda obtenidas a partir de restos humanos encontramos ese tipo de materiales, pero sí son una constante en la mayor parte de ellas, especialmente en las mejor estudiadas, donde dataciones radiocarbónicas y elementos relacionados con la vestimenta van de la mano. Es cierto que, en algunas ocasiones, puede que esa asociación sea más aparente que real, pero también lo es que lo que nos cuentan esos casos mejor estudiados, así como otros elementos, es lo contrario: que broches de cinturón, anillos, pendientes y demás objetos de ese tipo en zonas profundas de las cuevas o en cavidades con accesos complicados y sin evidencias de uso habitacional indican, por lo general, la existencia de enterramientos en su interior. A modo de ejemplo, considero un indicio muy sólido de la presencia de "inhumaciones vestidas" de época visigoda los

[167] Los -por otra parte, escasos- avances de la investigación en estos años, así como la sensible ampliación de la nómina de yacimientos recopilados con motivo de este trabajo, hace necesaria esa revisión.

restos de cuero -o tejido- conservados -mineralizados- en algunos de los broches de cinturón; generalmente en la parte donde están los apéndices de sujeción a la correa. Es el caso del Portillo del Arenal, donde son muy evidentes en el reverso de la placa liriforme de aleación de cobre recuperada en su interior. Esos restos[168] demuestran que el broche estaba en uso como guarnición de cinturón cuando llegó a la cavidad y que no se depositó -o perdió- en ella únicamente la pieza metálica, sino todo el cinto. Siendo eso así, la única explicación viable, teniendo en cuenta las nulas condiciones de habitabilidad de la cueva, es que ese cinturón acompañase a un cadáver vestido[169]. Y creo que ese razonamiento puede ser aplicado en otros muchos casos para los que, lamentablemente, no contamos con dataciones absolutas de restos humanos que certifiquen el uso sepulcral de las cuevas. Como en el caso de Cueva Larga, un segundo y último ejemplo, donde tampoco existen dataciones directas de los restos humanos, aunque el elevado número de individuos depositado en el interior de la cavidad y la presencia de objetos de época visigoda asociados a ellos, incluyendo una hebilla de hierro de costados deprimidos y un posible fragmento del remate de un pendiente de aleación de cobre, hace que pueda ser incluida en este apartado. Y ello pese a que, como hemos visto, la revisión de sus materiales que hemos llevado a cabo en el Museo de Palencia parece indicar, al menos, un uso seguro de la misma durante la Prehistoria Reciente, algo que complica notablemente su interpretación[170]. Por todo lo que acaba de exponerse, también sirve como indicador de la posible existencia de "inhumaciones vestidas" la presencia de objetos de adorno personal y relacionados con la vestimenta, aún sin la presencia de restos humanos con los que relacionarlos. En estos casos, el tipo de yacimiento, su ubicación y sus características topográficas condicionan su elección, aunque, como veremos más adelante, este criterio no se cumple en todas las ocasiones; o al menos no de forma irrefutable.

Finalmente, también se tienen en consideración como posibles cuevas con uso sepulcral en época visigoda aquellas en las que, junto a restos humanos sin datar, se han obtenido fechas absolutas de los siglos VI-VIII y que cuentan con la presencia de materiales que podrían relacionarse con ese uso.

Dicho lo cual, del conjunto de cuevas y abrigos, únicamente en trece casos contamos con dataciones absolutas de entre los siglos VI y VIII obtenidas directamente de muestras de restos humanos: Riocueva, La Garma, Las Penas, Los Hornucos, Riscos de la Escaleruela, Roc del Migdia, Assut de Bellús, La Sarsa, Coveta de l´Heura, La Margineda, Caldeirão,

[168] Se trata de tres fragmentos de cuero adheridos a la placa en la zona en la que se localizan los tres apéndices de sujeción perforados con los que contaba ésta. Se da la circunstancia, además, de que en dos de los casos se conservan en el cuero los agujeros originales por los que los citados apéndices atravesaban la correa, algo para lo que no conocemos paralelos en el registro arqueológico peninsular.

[169] Esos restos de cuero permiten, además, reconstruir la forma en la que las placas de los broches de cinturón se sujetaban a la correa y comprobar cómo el ancho de ésta coincidía con el ancho máximo de aquéllas; algo que, teniendo en cuenta la forma de esos adornos metálicos, por lo general más estrechos hacia el extremo distal, hacía que el cuero sobresaliera por ambos lados de la placa en esa parte.

[170] En cualquier caso, de todas las opciones posibles, la de que, aparte de esos usos prehistóricos, se trate de una cueva sepulcral de los siglos VI-VII parece bastante probable, aunque, a diferencia de en ocasiones anteriores, ahora haya que manejar sus datos con cautela.

A Carrasca y Les Ancêtres. En todos ellos y al margen de que cumplan cualquiera de los demás requisitos, su carácter sepulcral y su cronología de época visigoda parecen seguros.

Con restos humanos sin datar y presencia de elementos relacionados con el atuendo y el adorno personal hay otras veintitrés; cuatro de ellas, además, con fechas absolutas de la misma cronología obtenidas a partir de muestras de otro tipo de materiales. Éstas son Cudón, Portillo del Arenal, L´Alborá y Cueva Larga. La otras, El Juyo, Hoyos I, La Pila, el Abrigo de La Castañera, Los Goros, Contrebia Leucade, El Tajón, Foradada, La Carrasca, La Mora, El Asno, La Condenada, Can Sant Vicenç, Los Praos, Furnas do Poço Velho, Aven de la Boucle, Montou, Les Bruixes de Tautavel y Pic d´Alian. Con el mismo tipo de materiales, pero sin aparente -o conocida- asociación a restos humanos están Venta del Cuco, Fresneda I, indeterminada de la Montaña Leonesa, Los Moros de Quintanaurria, La Sivella, Les Bruixes, Roca de Miravet y Binisafuller. Finalmente, con restos humanos sin datar, fechas absolutas de época visigoda obtenidas de carbones y otro tipo de objetos diagnósticos, Calero II y Lazaldai.

APROXIMACIÓN A LA GEOGRAFÍA DE LAS CUEVAS SEPULCRALES

Lo primero que llama la atención cuando situamos estos yacimientos sobre un mapa es su distribución por gran parte de la Península, además del sur de Francia -la Septimania visigoda, aunque no sólo- e incluso las Baleares; Menorca, para ser exactos. Dicho esto, hay que señalar que se aprecian grandes vacíos en algunas zonas de la geografía peninsular, como Galicia, la Meseta norte o todo el tercio sur. Y, por el contrario, existe una clara concentración en la zona norte y el cuadrante nororiental, con un pico exageradamente grande centrado en la actual comunidad autónoma de Cantabria, con prolongaciones hacia el sur, hacia el norte de Burgos y de Palencia; y hacia el sureste, hacia Álava. Es posible que estas diferencias puedan deberse, simplemente, al azar o a la prospección diferencial de los distintos territorios[171]. Incluso la geología ha podido jugar un papel determinante en ellas, con zonas en las que apenas hay cuevas naturales y donde, por eso mismo, resulta difícil que haya yacimientos de este tipo. Sin embargo, y pese a que esos factores -abundancia de cuevas determinada por el sustrato geológico predominante, investigaciones arqueológicas en ellas desde finales del siglo XIX e inicios del XX, hallazgos casuales y prospecciones arqueológicas intensas del medio subterráneo en fechas recientes- pueden haber sido importantes también allí, el caso de Cantabria sigue pareciendo excepcional y es posible que necesite de una explicación particular que, en estos momentos, se me escapa. Sólo en la zona comprendida entre la cordillera, el mar y las rías de La Rabia -junto a Comillas- y del Asón se concentran 11 de las 46 cuevas de

[171] En el caso de Cantabria esa intensa actividad prospectora por parte de colectivos como el CAEAP o la ACDPS ya ha sido señalada con anterioridad (Hierro, 2011: 352).

las que estamos tratando en este apartado, casi un 24% del total; algo que resulta complicado de aceptar como casual, aunque pudiera serlo en realidad[172].

Si tomamos como referencia la división territorial del reino de Toledo, vemos que hay cavernas de este tipo en todas las provincias visigodas, a excepción de dos: la Betica y *Gallaecia*[173]. La Tarraconense, la Cartaginense, Septimania, Cantabria y Lusitania cuentan con cuevas utilizadas con fines funerarios entre los siglos VI y VIII dentro de sus territorios. Incluso en las Baleares, bajo dominio bizantino en esos momentos, encontramos un posible yacimiento.

Tres de las cuevas se localizan en el sur de Francia, fuera de los límites del reino visigodo, algo que, en principio, debería excluirlas de este trabajo. Sin embargo, además de su cercanía a la frontera, hay otro factor que ha motivado su inclusión en el estudio: la pertenencia de esos territorios al *regnum Gothorum* de Tolosa hasta el año 507, cuando tras la batalla de Vouillé pasaron a manos francas. Al menos en el caso de la Grotte des Ancêtres existe la posibilidad de que los enterramientos hayan tenido lugar antes de la desaparición de la presencia visigoda en la zona; presencia que, por otra parte, pudo mantenerse más allá de la derrota y del cambio de gobernantes.

En cuanto a su cercanía o no a núcleos habitados importantes, hay que señalar que el panorama que nos muestra el mapa de distribución de las cuevas sepulcrales es bastante diverso, con zonas con muchos yacimientos, como Cantabria, en las que no hubo ciudades -ni nada parecido- en aquellos siglos y cavidades situadas no muy lejos de importantes centros urbanos e incluso episcopales. Estos últimos podrían ser los casos del Abrigo da Carrasca y, sobre todo, las Furnas do Poço Velho de Cascais con respecto a la importante ciudad lusitana y sede episcopal de *Olissipo*, por ejemplo. Y las cuevas de El Asno y La Mora se localizan no muy lejos de las sedes episcopales de *Uxama* y *Turiaso* y *Segontia*, respectivamente. En cualquier caso y pese a que algunas de ellas se localizan en territorios relativamente urbanizados y bien comunicados, el fenómeno de las cuevas sepulcrales no deja de ser algo plenamente rural, como, por otra parte, lo eran la mayor parte del territorio peninsular y de la sociedad de la época. Todos los casos que estamos viendo se localizan en el campo, excepto el de *Contrebia Leucade*, en el mismo núcleo de población. Un

[172] Si volvemos la vista hacia las cuevas sin uso sepulcral, vemos que 11 de las 29 se localizan en el territorio de la comunidad autónoma de Cantabria, también entre la cordillera, el mar y los dos estuarios señalados. En este caso el porcentaje se eleva casi hasta el 38%, una cifra que, vista en conjunto con la de las cuevas sepulcrales, sí que podría estar indicando el elevado peso de la prospección diferencial y del medio kárstico. Este argumento se ve sensiblemente reforzado si observamos el mapa con la distribución de las cuevas con evidencias de frecuentación en la Edad del Hierro en Asturias, Cantabria y País Vasco (De Luis, 2014: 4, fig. 2): la inmensa mayoría se concentra en la segunda de las tres comunidades autónomas, especialmente en su mitad oriental, en los impresionantes entornos calizos de las cuencas altas y medias de los ríos Miera y Asón. En estos casos, la mayor parte de las cavidades, si no todas, han sido descubiertas durante prospecciones recientes -en los años 80 del siglo XX, sobre todo- llevadas a cabo por miembros del CAEAP.

[173] Considerando los límites de la *Gallaecia* de época tardía, que es probable que ya no incluyera el territorio de los Astures, convertido en una provincia propia. Algo similar a lo que pudo suceder con Cantabria y la Tarraconense. Para estas cuestiones acerca de la organización territorial del reino visigodo y su evolución *vid*. Díaz, 2019.

núcleo que, no obstante, no hay que ver en esos momentos de finales del siglo VII o comienzos del VIII como la ciudad -o la aglomeración secundaria- que pudo ser en época romana sino, más bien, como una aldea levantada sobre las ruinas de aquélla.

Volviendo a Cantabria hay que señalar que la mayor parte de las cuevas no se encuentran en terrenos excesivamente abruptos ni situados a gran altitud. Al contrario, la mayor parte se localiza en zonas bajas y muy cerca de la costa, en el mismo entorno en el que se construyeron los principales asentamientos de época romana al norte de la Cordillera (Hierro, 2002) y donde, en los primeros siglos de la Edad Media, veremos surgir -al menos en la incipiente documentación escrita- numerosas aldeas. En el extremo contrario encontramos las cuevas del Pirineo y prepirineo, algunas situadas a una altura considerable, como la del Pic d´Alian, a 1.000 m sobre el nivel del mar, la Grote des Ancêtres, a 890 o la propia Cueva Foradada, a 900. Vemos, por tanto, que no parece tratarse de un fenómeno ligado exclusivamente a las zonas de montaña, aunque también las haya en esos entornos, ni a regiones apartadas y alejadas de los lugares de habitación.

Aunque en la inmensa mayoría de los casos desconocemos la relación espacial directa existente entre esos núcleos de población y las cuevas sepulcrales[174], algunos indicios nos permiten pensar en una situación no demasiado alejada de éstas respecto a aquellos, aunque no inmediata. A la suficiente distancia como para trasladar los cadáveres, introducirlos en ellas y regresar, todo en cuestión de horas o, como mucho, en la misma jornada. En el caso de Cueva Foradada, de ser correcta la supuesta relación entre el despoblado de La Morería y la cueva, la distancia entre uno y otra es de 1 km, más o menos[175]. Cueva Larga -y la otra cueva indeterminada de ese mismo desfiladero, si es que no es la misma, en realidad- se sitúa justo enfrente del asentamiento fortificado de Monte Cildá, con una importante ocupación en época visigoda y del que le separa el Cañón de la Horadada. Aunque en línea recta la distancia es muy corta, de unos 300 m, el obstáculo natural que supone la hoz del río Pisuerga añadiría bastante dificultad a la operación, que necesitaría de varias horas para poderse realizar. Todo ello dando por hecho que, como parece muy probable, exista una relación directa entre ambos yacimientos. La cueva de Can Sant Vicenç, por su parte, se abre al pie del monte donde se localiza el *castellum* de Sant Julia de Ramis, desde donde se llegaría hasta ella en muy poco tiempo. Además, las dos necrópolis hispanovisigodas -Les Goges y Pla de l´Horta- situadas a menos de 2 km

[174] El desconocimiento de los lugares de hábitat asociados a los enterramientos en cueva es uno de los grandes lastres que nos encontramos al tratar de estudiar estos. No poder establecer la relación entre esos sitios y los hogares de los inhumados en su interior dificulta enormemente la comprensión del fenómeno y nos obliga a movernos en el campo de la especulación y de la extrapolación de lo conocido -o intuido- al conjunto de yacimientos, con todos los peligros que ello conlleva. Si lo poco que hemos podido analizar en este punto es correcto, la distancia entre unos y otros no debería ser muy grande. Teniendo eso en cuenta, las propias cuevas podrían servir como puntos de referencia centrales para prospecciones de su terreno circundante -en un sentido amplio- en busca de esos yacimientos, aún esquivos en su inmensa mayoría, que pueden guardar la llave para su correcta interpretación.

[175] A esa distancia, que se cubre a pie en cuestión de minutos incluso portando los cadáveres, hay que añadir la dificultad de descender por el cortado hasta la boca de la cavidad, operación que llevaría su tiempo, teniendo en cuenta, además, que habría de descolgar los bultos. Y a lo que habría que sumar la introducción de estos en la cueva, en unas condiciones complicadas dada su morfología.

de radio nos indican la presencia de otras tantas aldeas en las inmediaciones, asentamientos que también podrían estar relacionados con el posible enterramiento en la cueva. De forma mucho más especulativa, tal vez se pueda relacionar Riocueva con los restos de un posible lugar de hábitat contemporáneo en Cueto Marín, unos 2,5 km al este[176]. Finalmente, el caso ya señalado de *Contrebia Leucade* es el único en el que la cueva se localiza en el entorno más inmediato -prácticamente en su interior- del lugar de habitación, una aldea existente sobre las ruinas de la antigua ciudad. Esa ubicación podría responder a las propias peculiaridades tanto del asentamiento, una ciudad celtibérico-romana con viviendas parcialmente rupestres, como de la propia cueva, una de esas cavidades artificiales reutilizada. Y también al carácter de ésta, convertida rápidamente en una sepultura de catástrofe, aunque pudo ser diseñada, en un principio, como una especie de cámara sepulcral o mausoleo, como veremos más adelante.

TOPOGRAFÍA INTERNA

En el conjunto de cuevas que vamos a ver en este apartado nos encontramos con distintos tipos, desde pequeñas cavidades a grandes complejos subterráneos, pasando por abrigos de distintas profundidades -naturales o modificados- e incluso una cueva artificial de la Edad del Hierro reutilizada.

Aunque, como acabamos de mencionar, algunas de estas cuevas se localizan en zonas no muy escarpadas, eso no quiere decir que su acceso no sea complicado. Además, otras de ellas sí que se sitúan en lugares a los que puede resultar complicado llegar. Casi colgada de un farallón se abre la boca de Cueva Foradada, al igual que sucede con la de Cueva Larga, sobre una estrecha repisa en la pared este del cañón de La Horadada. Es el mismo caso que la de La Carrasca, cuya boca se abre en una pared y a la que sólo puede accederse descolgándose, quizá por haber perdido su acceso original en un argayo. También en uno de los lados de un cañón, se abre la boca de la cueva del Asno y la de La Mora se localiza en una ladera abrupta.

Las bocas de este tipo de cuevas suelen ser, por lo general, de pequeño o muy pequeño tamaño. Son los casos de Riocueva, Las Penas, La Garma A, Calero II, l´Alborá, Lazaldai, del Tajón, de los Riscos de la Escaleruela, de la Coveta de l´Heura, de la Gruta do

[176] Destruido al menos parcialmente durante las obras de construcción de la Autovía del Cantábrico, fue identificado por miembros del CAEAP a partir de algunos fragmentos cerámicos atribuidos a ollas de "perfil en S" que se conservan en el MUPAC. Más cerca aún, a menos de 2 km hacia el sur, se localiza el asentamiento fortificado en altura del Pico Vizmaya, tradicionalmente atribuido a la Protohistoria (Martínez Velasco y Serna, 2010) pero que no ha sido objeto de intervenciones arqueológicas ni proporcionado ningún material que permita sostener esa atribución cronológica, más allá de su tipología. Las murallas de piedra en seco, como las del Vizmaya, no necesariamente tienen que tener una cronología protohistórica, como demuestra el caso, por ejemplo, del Castillo de los Monjes, en La Rioja, considerado durante años de la Edad del Hierro, aunque de época visigoda en realidad (Tejado, 2011). A lo que hay que sumar que, en su cima, se conservan restos de muros de dos edificios superpuestos, uno de ellos con presencia de mortero, lo que permite descartar su cronología protohistórica. En cualquier caso, sólo una intervención arqueológica en el lugar podrá aclarar estos aspectos.

Caldeirão y Grotte des Ancêtres. La de la cueva del Pic d´Alian, por su parte, no pasa de la categoría de agujero, por el que hay que arrastrarse para acceder a su interior. Algo parecido a lo de El Juyo, donde el acceso a la cueva en el momento del depósito de los cadáveres en ella hubo de ser el mismo que en el de su descubrimiento: el desagüe de pequeño tamaño de una corriente subterránea estacional, que estando seco permitía llegar adentro a través de él.

En bastantes casos, a las zonas sepulcrales se accede con dificultad, arrastrándose en algunos pasos o tramos. En Cueva Foradada, por ejemplo, la salita en la que fueron depositados los cuerpos está al final de la única galería de la cueva, de unos 20 m de longitud, estrecha y con tramos de techo bajo en los que hay que reptar para poder progresar por ella. Algo similar ocurre en Las Penas, donde los restos humanos se localizan en una zona interior, a unos 40 m de la boca. Ésta, baja, estrecha y parcialmente colmatada, da paso a una rampa descendente por la que, de nuevo, sólo se puede avanzar arrastrándose durante un tramo. En El Tajón, los huesos y el broche de cinturón de placa rígida aparecieron en el tercero de los ensanchamientos, a modo de pequeñas "cámaras", que presenta la única galería de la cavidad, en una zona interior. En esa cueva también es necesario reptar en el primer tramo de la galería, descrita como un corredor angosto, así como en los accesos a los ensanchamientos, "coladeros sumamente estrechos". Este tipo de pasos se repiten en otras cavidades, como en Riocueva, donde al vestíbulo por el que hay que avanzar agachado le sigue el paso por un laminador que obliga a arrastrarse por él si se quiere acceder a la zona sepulcral de la Galería del Campamento.



Laminador de Riocueva por el que se accede a la Galería del Campamento

Algo similar a lo que ocurre en La Sarsa, con una amplia boca y un amplio vestíbulo que desemboca en una gatera estrecha, el único paso hacia las galerías interiores. O en El Asno, donde una entrada amplia desemboca en un paso estrecho por el que también hay que arrastrarse para acceder al vestíbulo; o en Los Moros de Quintana Urria, cuya entrada fue modificada mediante un muro que forma un pasillo y que obliga a avanzar a rastras durante un tramo para acceder al interior. Accesos complicados tenían también, en origen, La Mora, descrito como "la boca de una sima por la que, arrastrándose largo trecho, se logra entrar…"; La Garma A, que da acceso al complejo, antes de las simas, y cuya entrada muy colmatada obligaba a introducirse y avanzar a rastras en su primer tramo; o Los Hornucos, cuyo Paso del Sapo fue barrenado para facilitar el tránsito durante las excavaciones de los años 30.



Sima por la que se desciende a la Galería del Río de La Garma

Otro grupo de cavidades van un paso más allá en ese tema y presentan accesos, bien a las propias cuevas, bien a las zonas de depósito de los cadáveres, a través de simas que hay que descender. Más allá de las distintas profundidades de los pozos, que oscilan entre los 4 y los 15 m, según los casos, la entrada a esas cavernas sólo pudo realizarse mediante cuerdas o escalas, siendo necesario descolgar los cadáveres para poder introducirlos en

ellas. El caso más espectacular es, sin duda, el de La Garma, donde, al complicado acceso a través de La Garma A antes comentado, hay que añadir el descenso de dos simas, de 8 y 15 m, respectivamente, para acceder a la Galería Inferior, donde se encuentra el principal conjunto de cuerpos. A todo ello hay que sumar el de otra sima de unos 6 m de profundidad y un descenso de varias decenas a través de un enorme caos de bloques para llegar a la Galería del Río, donde se localizan los restos humanos situados a mayor profundidad del complejo. En Los Goros, con tres bocas relativamente amplias y accesibles, para llegar a la galería donde se encontraron los cuerpos hay que avanzar 150 m por la principal y descender una sima de 8 m de profundidad. Una sima menos profunda, de 4 m de caída, se abre en el suelo, inmediata a la entrada de la cueva del Portillo del Arenal y a través de otra de la misma profundidad, abierta en su techo, se accedía a la cueva de Cudón, cuya boca principal estaba completamente colmatada desde antiguo. Situación idéntica a la del Aven de la Boucle, cuya entrada original se cegó en la Prehistoria y a la que se llega actualmente a través de un pozo vertical de 7 m de profundidad. Finalmente, la cueva de Los Riscos de la Escaleruela, de difícil acceso, presenta un primer tramo tan descendente que casi puede ser considerada una sima.

En algunas ocasiones, se han conservado evidencias de modificaciones artificiales de las cavidades, por lo general con forma de muros que cierran las bocas o taponan pasos estrechos en el interior. Este último caso se da claramente en Cueva Foradada y en Las Penas, donde los restos de sendos cierres de piedra en seco son apreciables en otros tantos estrechamientos de sus galerías. En El Calero II, los restos muy bien conservados de un enorme muro de bloques trabados con barro perseveran al fondo del vestíbulo, evidenciando un antiguo cierre de la cavidad en ese punto. Ya se ha señalado la presencia de un muro artificial que, junto a la propia roca natural, forma un pasillo de entrada, bajo y estrecho, a Los Moros de Quintana Urria y hay que mencionar también otro muro que sirve de cierre en su lado oeste a la Coveta de l´Heura, así como los restos de otras dos estructuras del mismo tipo que sellaban las bocas de Los Hornucos[177] y de la cueva del Pic d´Alian. En el primer caso se conservan algunos trozos, muy camuflados, identificados en una visita reciente a la cavidad, mientras que en el segundo su existencia se infiere a partir de los derrumbes de bloques en el interior, al pie de la rampa de acceso. Los casos de *Contrebia Leucade* y Los Praos son especiales en este sentido y merecen un tratamiento aparte, ya que se trata de una cueva artificial y de una cámara semi-rupestre que aprovecha un pequeño abrigo rocoso. En ambos, las cavidades fueron completadas con muros de sillarejo para cerrarlas, estando sellado con un aparejo del mismo tipo el presunto vano de entrada en el caso riojano y con una gran losa la puerta adintelada en el valenciano. Se trata, claramente, de cámaras funerarias construidas aprovechando cavidades preexistentes y quizá con cierta vocación de reutilización, aunque el estudio de los restos depositados en su interior sugiere que su uso fue muy corto en realidad.

[177] En este caso el muro estaba construido de tal forma que dejaba fluir el agua de la surgencia de la cueva bajo él (Navarro, 1934: 226), evitando así represarla y sufrir daños por ello.



Restos de muro en el interior de Calero II

Llegados a este punto hay que señalar que, en otros ejemplos, ciertamente, las condiciones de accesibilidad a la cueva y su propia configuración las alejan del que parece ser el modelo habitual y que acabamos de ver. Encontramos cuevas con bocas de tamaño relativamente grande, situadas en lugares más o menos accesibles y, en algunos casos, de pequeño recorrido o con los restos humanos localizados en zonas no demasiado profundas. Es el caso de la Venta del Cuco, con una boca de buenas dimensiones y en donde la hebilla de broche liriforme se localizó en una gran sala no lejos de aquélla. O el de La Pila, también con una boca de tamaño apreciable y cuya hebilla se localizó al fondo del vestíbulo. En La Fresneda I nos encontramos también con una boca amplia y una única sala, muy accesible e iluminada por la luz natural, al igual que ocurre en el Abrigo da Carrasca, con una gran entrada y una única sala de reducidas dimensiones. La boca de la cueva del Assut de Bellús no es especialmente grande, pero tampoco muy pequeña. En su interior, el enterramiento de época visigoda se localizó al fondo de la única sala de la cavidad, de pequeño tamaño. Finalmente, La Castañera es un abrigo amplio y profundo, sin dificultad alguna para acceder a su interior, más allá de su localización en la parte alta de una de las paredes calizas de la colina homónima. Es posible que esta misma configuración, tan alejada de la que parece la norma en este tipo de yacimientos, nos esté indicando que, en algunos de los casos en los que no consta la presencia de restos humanos o estos no han sido datados de forma directa, el uso de la cueva en época visigoda pudo ser otro distinto del sepulcral. Aunque tampoco pueda descartarse que la cueva, por los motivos que fueran, se considerase lo suficientemente apartada de la zona de hábitat como para poder ser usada con esos fines, pese a lo sencillo de sus acceso y

recorrido. En el caso de la Venta del Cuco, por ejemplo, su ubicación en el fondo de una gran dolina pudo servir como dificultad añadida de acceso a la cueva. Al igual que en el de La Fresneda I y el farallón calizo en el que se abre, a unos 25 m sobre el nivel del suelo.

RESTOS HUMANOS

Como no puede ser de otra manera tratándose de yacimientos de tipo sepulcral, el estudio de los restos humanos localizados en las diferentes cuevas es importante para avanzar en el conocimiento y la caracterización del fenómeno. Aunque no en todas las cavidades de las que vamos a tratar en este apartado consta la presencia de restos de este tipo, sí lo hace en la mayor parte de ellas. En algunos casos han sido datados mediante radiocarbono en época visigoda, en otros el carácter "cerrado" de los contextos y su asociación directa a otros objetos de esa cronología hace que no existan dudas acerca de su fecha, mientras en otro grupo numeroso se supone su presencia, aunque no se ha comprobado directa ni contextualmente; precisamente por la existencia de materiales del tipo de los que acabamos de citar, significativamente los relacionados con el atuendo. En varios de estos últimos casos se da la circunstancia de que sí hay dataciones absolutas sobre restos humanos que señalan un uso sepulcral de las cuevas durante la Prehistoria Reciente, algo que también ocurre en algunos de los yacimientos con fechas absolutas de época visigoda obtenidas de huesos humanos. Esa coincidencia en un mismo espacio subterráneo de enterramientos prehistóricos y tardoantiguos distorsiona y dificulta el trabajo de interpretación y, a la vez, plantea interesantes interrogantes sobre los que se incidirá más adelante. Finalmente, hay que señalar que, lamentablemente, en la mayor parte de los casos no existen estudios antropológicos que se puedan consultar. De hecho, en muy pocas cuevas se han llevado a cabo excavaciones sistemáticas con metodología moderna y un registro adecuado de los hallazgos que permitan obtener un conjunto de datos homogéneo y fiable con el que trabajar, algo que lastra sensiblemente esta investigación. En cualquier caso, los que sí se han hecho y están disponibles nos permiten, una vez analizados, obtener una primera visión de conjunto -creo que- válida.

Comenzando por el final, por la última de estas cuevas excavada y estudiada, hay que señalar que en Riocueva (Carnicero, 2018) se recuperaron restos atribuibles a un número mínimo de 8 individuos, 4 infantiles y otros tantos juveniles o adultos jóvenes. Entre los primeros había un sujeto perinatal, otro de entre dos y tres años, un tercero de entre tres y cuatro y otro mayor de seis. El segundo grupo, por su parte, estaba formado por individuos menores de 30-35 años en todos los casos. En cuanto al sexo, éste sólo ha podido ser establecido en el caso de dos de los sujetos adultos jóvenes o juveniles, uno de ellos un hombre y el otro una mujer. Sin presencia de evidencias de patologías graves que hubieran podido provocar su muerte, lo más llamativo de la muestra de Riocueva son las importantes alteraciones tafonómicas presentes, que evidencian la destrucción y quema parcial de los restos, especialmente de los cráneos, una vez esqueletizados. Hay que señalar que las características del depósito, muy alterado por la acción de animales

cavadores durante siglos, ha provocado que no se hayan podido identificar conexiones anatómicas ni pueda siquiera plantearse de forma hipotética cómo fueron depositados los cuerpos, más allá de que lo fueron, con toda seguridad, sobre el suelo de la cavidad y no en fosas cavadas al efecto. Finalmente, las excavaciones han permitido observar que los restos humanos aparecen por toda la superficie de la Galería del Campamento, lo que hace pensar en que los cadáveres no estuvieron concentrados en un único lugar, sino que se repartieron a lo largo de ésta. Acerca de cómo pudo organizarse en el tiempo ese reparto se tratará más adelante, al tratar sobre la cronología del conjunto.



Individuos nº 1 y nº 2 en la Galería Inferior de La Garma (Fotografía: P. Saura)

En el caso de La Garma, los restos localizados en la Galería Inferior corresponden a 5 sujetos infanto-juveniles, de sexo masculino en los dos casos en los que ha podido ser establecido[178]. Se encuentran repartidos por varias zonas de la galería, depositados

[178] Esas apreciaciones antropológicas están pendientes de ser verificadas por los estudios genéticos en marcha. Los primeros resultados, a falta de contrastación, señalan la presencia de individuos de sexo femenino en la Galería Inferior (comunicación personal de P. Pérez Ramallo).

directamente sobre el suelo, y únicamente los nº4 y nº5 están asociados: ambos comparten ubicación en un hueco junto a la pared y, pese a que su estado de conservación es muy malo, hay indicios de que ambos pudieron ser colocados en decúbito supino, aunque en posiciones inversas, cada uno con su cabeza a la altura de los pies del otro. En decúbito supino también se encuentra el nº 1, el mejor conservado de todos, mientras que los nº 2 y 3 fueron depositados en decúbito lateral con las piernas flexionadas; sobre el lado izquierdo y encajado entre varios espeleotemas del suelo en el primer caso, sobre el derecho y apoyado en la pared de la cueva en el segundo. Tampoco en ninguno de estos casos se observan muestras de patologías que pudieran haber ocasionado su fallecimiento y, de nuevo, están presentes algunas alteraciones intencionadas de los restos: algunas destrucciones menores, provocadas seguramente por pisadas, y, lo más llamativo, el aplastamiento de los cráneos. Esto parece haber sucedido en todos los casos, aunque es más evidente en los de los individuos nº 1, 2 y, sobre todo, 3. En este último, un gran bloque de estalactita -el "arma del crimen"- aún permanece junto a los restos minuciosamente machacados de la calavera. Esto por lo que respecta a los muertos de la Galería Inferior. En cuanto a los restos humanos de la Galería del Río, se ha constatado la presencia de un cráneo intacto y varios huesos largos junto a las armas, entre los imponentes bloques de un gran cono de derrubios. A lo largo del curso del río, en su cauce y corriente abajo, se observan cuando el caudal es escaso algunos otros restos dispersos, muy probablemente arrastrados desde el lugar anterior. Una primera estimación[179] indica la presencia de restos de al menos dos individuos, uno de ellos probablemente infantil o juvenil.

El conjunto de restos humanos de Las Penas (Carnicero, 2006) corresponde a un número mínimo de 13 individuos, 5 infantiles y 8 juveniles y adultos jóvenes. Entre los primeros hay un feto de unas treinta semanas de gestación, 4 infantiles de año y medio, tres, cuatro y alrededor de ocho años, respectivamente. El segundo grupo está formado por 5 individuos de entre dieciocho y veinte años, tres o cuatro de ellos varones, y tres mujeres, dos de ellas de entre diecisiete y veinticinco y la tercera de entre veinticinco y treintaicinco años. La importante alteración de los restos por efecto de las periódicas inundaciones de la cavidad, que funciona como colector en momentos de abundantes precipitaciones, impide conocer cómo se organizó el espacio sepulcral y la forma en la que se depositaron los cuerpos, aunque pueden realizarse algunas propuestas. Estos fueron colocados sobre la superficie de la cueva, concentrados en la zona sepulcral, la más interior, aunque repartidos entre el comienzo de ésta, la Galería de los Cráneos -un divertículo lateral- y la rampa del final, donde parece que se ubicó la mayor parte de ellos. Allí se localiza el único resto en conexión anatómica parcial, un individuo subadulto, colocado junto a la pared en decúbito lateral izquierdo y con las piernas flexionadas. Un poco más abajo, una concentración de 6 individuos, con al menos una mujer, varios niños y el feto, formando un conjunto. Al igual que en los casos anteriores, no hay evidencias de lesiones o patologías que pudieran haber causado su muerte, pero sí de graves alteraciones *post mortem*. En este caso todo apunta a que, una vez esqueletizados los

[179] Realizada por Antonio Higuero.

cuerpos, los cráneos fueron separados del resto de los huesos, concentrados en la Galería de los Cráneos, machacados con algún objeto contundente y quemados.

En la Grotte des Ancêtres (Coiffé y Boudartchouk, 2018) los restos humanos identificados, localizados al final de la única galería de la cueva y al pie de un gran cono de derrubios procedentes del exterior, pertenecen a un mínimo de 5 individuos: una mujer adulta de la que no se especifica su edad, 3 jóvenes de entre quince y veinte años y un sujeto infantil de menos de cinco. La dispersión de los huesos, muy removidos, impide precisar la forma en la que fueron depositados en la cueva y no se menciona la evidencia de alteraciones postsepulcrales como las que hemos visto en los tres casos anteriores.

El otro caso de todos los estudiados, además de los que acabamos de ver, en el que ha sido posible establecer la disposición original de un cuerpo en una cueva es del Assut de Bellús (Tiffagom y Sanchís, 2008: 6-7). Allí se localizaron la parte inferior y medio brazo de uno -ya que el resto había sido destruido por remociones clandestinas- que había sido enterrado, en posición de decúbito supino, en la zona más interior de la pequeña cavidad. No consta la presencia de otros cuerpos de la misma época en el yacimiento, aunque sí de más restos humanos revueltos, en la zona de la entrada, que se atribuyen a la Prehistoria Reciente. En el caso del muerto de época visigoda, parece que fue inhumado en una fosa poco profunda, o al menos así se desprende de las fotografías y las descripciones publicadas, aunque no se explicita. Dicha fosa podría haber sido, al menos en parte, de murete, ya que en los planos publicados se aprecian lo que parecen los restos de una hilada de piedras, muy revuelta, que, junto con la propia pared de la cueva, delimitarían la sepultura. De ser así sería el tercer ejemplo de este tipo que manejamos, ya que también fueron enterrados, en tumbas al uso, de murete o lajas, los individuos de los abrigos de La Balma de la Margineda y de Roc del Migdia. En el caso del primero (Maluquer y Fuste, 1962: 9-10 y 12-15), el cuerpo -y la posible reducción de otro anterior- estaba dentro de una cista -no queda claro si una tumba de fosa con murete o una de lajas que hubiera perdido las de tapadera- en posición de decúbito supino. La estructura se apoyaba sobre la propia pared del abrigo, utilizando ésta como un lateral casi completo y, aprovechando un codo, como cabecera. Los restos humanos recuperados en su interior, según un exiguo estudio antropológico centrado únicamente en el cráneo y más preocupado por detectar características raciales que otra cosa, pertenecerían a un varón adulto, aunque se destacan algunos rasgos femeninos. En el del segundo (Yll *et alii*, 1986: 14-15) la sepultura estaba formada por una cista de piedras cuya losa -o losas- de tapadera habían desaparecido y que, de nuevo, se completaba, en este caso en su lado norte, con la propia pared del abrigo, que también hacía, en parte, de tapadera. En su interior, una fosa de poca profundidad en la que reposaba el cuerpo, colocado en posición de decúbito supino. Éste pertenecía a una mujer, de alrededor de 50 años de edad y hay que señalar que el cráneo apareció en la zona de los pies, algo que sus excavadores atribuyen a procesos postdeposicionales, aunque no podemos descartar, a la vista de los precedentes, que nos encontremos ante un caso de manipulación *postmortem*. Parece que se trata de una sepultura aislada, ya que no consta la presencia de más restos humanos ni de estructuras similares en el yacimiento.

En el abrigo adaptado como cámara funeraria de Los Praos (SIP, 1974: 111-112), los 7 cuerpos, pertenecientes a 5 adultos[180] y 2 niños, se encontraron en posición de decúbito supino, alineados y depositados sobre el suelo, sin que conste la presencia de más estructuras que la del propio "mausoleo". En la cueva artificial reutilizada con los mismos fines de *Contrebia Leucade* (Hernández Vera *et alii*, 2007: 122-125) la situación es algo distinta, con dos de los cuerpos colocados de forma más o menos habitual y el resto directamente amontonados, unos sobre otros.



Primeros inhumados en *Contrebia Leucade*, según Hernández Vera *et alii*, 2007

Para los dos primeros se habilitaron sendos espacios, delimitados por grandes piedras a modo de muretes, en el extremo opuesto al de la entrada al cubículo, donde se depositaron sus restos. Estos lo hicieron en posición de decúbito supino, aunque en el caso del más interior de los dos, sus piernas se encuentran desplazadas hacia un lado casi 45 grados, algo que condicionó la disposición del murete, que se adapta a ellas, girando en su mismo sentido. En el caso de este individuo se aprecia que sus brazos están cruzados sobre el pecho. Esta disposición cuidada y ordenada sólo se observa en el caso de estos dos

[180] El estudio del cráneo de uno de ellos (Campillo, 1978: 317 y ss.) ha permitido establecer que se trataba de un varón en torno a la cuarentena. Del resto no consta que existan estudios antropológicos de ningún tipo.

individuos. El resto fue directamente amontonado -cuando no arrojado- en el interior de la cámara sepulcral, sin respetar ni siquiera a esos dos primeros ocupantes: las piernas de uno de los nuevos cadáveres están claramente encima de las del más antiguo, por ejemplo. No se ha publicado el estudio antropológico de los restos, por lo que no sabemos ni el número de individuos presentes, que parece elevado, ni sus características: edad, sexo, patologías… De la revisión de las fotografías publicadas solo puede concluirse, aparte de lo ya mencionado, la presencia de un cráneo trepanado y la llamativa ausencia de otro, el del individuo más antiguo, con una gran piedra en el lugar donde debería estar y ni rastro de él.

En algunos de los restantes yacimientos apenas se puede constatar el número mínimo de individuos y las edades y sexo de algunos de ellos. Es el caso de Cueva Foradada (Barandiarán, 1973: 33-35 y 45-47), donde los restos se encontraban completamente revueltos unos con otros y concentrados en un espacio muy reducido, el de la pequeña cámara sepulcral ubicada al fondo de la cavidad, señal de que los cadáveres fueron amontonados allí. Y lo tuvieron que ser, necesariamente, porque estamos ante un conjunto muy numeroso, formado por entre 25 y 30 individuos: "un feto, dos o tres recién nacidos, siete menores de 5 años, cinco menores de 10 años, diez juveniles y trece adultos o subadultos (…) En lo referente al esqueleto postcraneal, la población adolescente y juvenil es dominante; le siguen en número los adultos. No hay ancianos. Existe un fragmento de cráneo de individuo que pasa de los 30 años; dos adultos, de 20 a 25; y un individuo, de unos 25 a 30, de constitución robusta". Aparte de señalar "el mal estado de conservación del esqueleto craneal", no hay ninguna mención a destrucciones ni quemas *post mortem*. Quizá la referencia citada pudiera relacionarse con las primeras, aunque no deja de ser una especulación, a falta de más datos y de un estudio en profundidad de los restos. La información es aún más parca en el caso de Los Goros (Palol, 1957a: 73), señalándose únicamente en la publicación que los restos recuperados en la galería inferior "corresponden a dos hombres (uno de gran estatura), una mujer y un joven de 15 a 18 años".

Hay que volver en este punto sobre el caso de Cueva Larga, del que ya se ha adelantado algo unas líneas más arriba. Tenido desde su publicación por un contexto cerrado de época visigoda, ya hemos visto que ha de ser puesto en cuarentena, al menos en ese sentido. La revisión de los materiales procedentes de la sala sepulcral de la cavidad depositados en el Museo de Palencia ha permitido identificar algunos pertenecientes, sin ninguna duda, a otros periodos históricos (*vid. supra*), algunos de ellos probablemente de la Prehistoria Reciente; algo que invalida la fiabilidad de las conclusiones del estudio antropológico, aunque no éste. Y lo hace porque dichas conclusiones se obtuvieron dando por hecha la coetaneidad de todos los restos humanos recuperados en la cueva, algo que, ahora mismo, considero muy dudoso[181]. Es por ello que me limitaré a señalar la elevada presencia de

[181] Yo mismo (*vid*. Hierro, 2011) he utilizado el caso de Cueva Larga como ejemplo de enterramiento múltiple de época visigoda, sin intromisiones de otros periodos, y, sobre todo, las conclusiones que podían obtenerse a partir del análisis de los grupos etarios presentes.

individuos infanto-juveniles en el conjunto, algo que podría estar indicando la preeminencia de estos en los que sean realmente de época visigoda.

Esta "mezcla" de restos humanos de época visigoda con otros de otras épocas, principalmente de la Prehistoria Reciente, es algo habitual en muchas de las cuevas que estamos estudiando en este trabajo. Encontramos ejemplos seguros en lugares como la cueva de los Riscos de la Escaleruela, La Sarsa, A Carrasca, Caldeirão o la Coveta de l´Heura, aunque es más que probable que esa situación también se haya dado en Los Hornucos, Portillo del Arenal, La Castañera, las Furnas do Poço Velho o el Aven de la Boucle, entre otros. En ninguno de esos yacimientos podemos distinguir cuáles de los restos humanos corresponden a una u otra época y, cuando hay dataciones absolutas, o lo son únicamente de los prehistóricos o las que fechan huesos en época visigoda han sido tomadas de muestras antiguas para las que no hay documentación acerca de su contexto ni de las circunstancias de su hallazgo. Y peor aún es la situación en aquellos casos en los que sólo contamos con referencias a la presencia de restos humanos en el yacimiento, como en los casos de Cudón, el Tajón, Can Sant Vicenç o el Pic d´Alian, por citar sólo algunos ejemplos.

Lo primero que llama la atención, llegados a este punto, es lo poco que sabemos acerca de los restos humanos recuperados en las cuevas con uso sepulcral en época visigoda. Aparte de las propias condiciones de los yacimientos, malas para estos asuntos en la mayor parte de los casos, con restos desplazados y muy alterados por procesos postdeposicionales, la antigüedad y el carácter parcial de muchas de las intervenciones arqueológicas llevadas a cabo en ellas, así como la ausencia de estudios antropológicos, impiden -es necesario insistir en ello- que se puedan obtener conclusiones definitivas. O que, al menos, se aproximen a ese carácter. Por el contrario, hemos de conformarnos con la información que nos proporcionan los casos mejor estudiados y tratar de ir encajando los datos dispersos que nos llegan del resto, si es que lo hacen, que no es lo habitual. Y tratar de extrapolar, con todos los riesgos que ello conlleva, lo que constatamos en los primeros a los demás; o al menos a una parte de ellos.

En cuanto a la disposición de los cadáveres en las cuevas, hay que partir de la base de que la presencia de cuerpos en posición de decúbito lateral con las piernas flexionadas es completamente inhabitual en las necrópolis de época visigoda, donde el decúbito supino es el modo habitual de disponer los cadáveres (*vid. infra*). Sin embargo, se documenta sin ningún género de dudas en dos ocasiones en La Garma y otra en Las Penas. Pueden parecer pocos casos, pero, si tenemos en cuenta la ausencia generalizada de conexiones anatómicas en estos contextos subterráneos, estos tres ejemplos equivalen a cerca de una quinta parte del total de aquellos -dieciséis- en los que conocemos cómo fueron dispuestos los cuerpos. Y si excluimos tumbas al uso y/o cámaras sepulcrales y contamos sólo los depósitos en el interior de cuevas naturales, el porcentaje se eleva significativamente, acercándose a la mitad, por lo que esta disposición "anómala" de los cuerpos ha de ser

tenida en consideración a la hora de estudiar estos contextos sepulcrales[182]. Acerca de los grupos etarios, la población enterrada en las cuevas es abrumadoramente joven. O al menos lo es en las cuevas naturales utilizadas como sepulcros colectivos o múltiples, en las que no hay presencia de individuos adultos maduros -mayores de 35 años- ni seniles[183].



Cuerpo en decúbito lateral con las piernas flexionadas en Las Penas (Fotografía: M. L. Serna y A. Valle)

MATERIALES

He dividido los materiales recuperados en estos yacimientos en varias categorías, atendiendo a su tipo: los relacionados con el vestido y el adorno personal u *ornamenta*, las armas, los útiles y herramientas, los recipientes de distinto tipo y un apartado denominado "otros" en el que encuentran cabida todos aquellos que no encajan en ninguna de las categorías anteriores y que tampoco son tan numerosos como para contar con una propia.

[182] Curiosamente, esa disposición se repite en al menos un caso en el enterramiento en cueva del siglo VI de la cueva de Oporovina (Croacia) (Blecic y Komso, 2005: 84, fig. 10).

[183] En la Grotte de Tredjoloungo (Douvez, 2000b), que ha sido incluida con todas las reservas en este trabajo por motivos que se explican en su correspondiente entrada del catálogo, los restos humanos siguen ese mismo patrón, con presencia de individuos jóvenes: dos mujeres, de entre treinta y cuarenta años y otra de entre dieciocho y veinte; un hombre de unos veinticinco y dos sujetos de sexo indeterminado, uno de alrededor de veinte y el otro adulto joven, de menos de cuarenta; y seis individuos infantiles, incluyendo un neonato.

Ornamenta

Sin ninguna duda, dentro de los elementos relacionados con la indumentaria, las guarniciones de cinturón son las más representadas, y también las que ofrecen una mayor información cronológica y cultural, ya que se trata de objetos estudiados y clasificados en tipocronologías desde hace décadas[184]. Dentro de esa categoría y para el tema que nos ocupa, los de finales de época visigoda -los de tipo liriforme, entendido en sentido amplio e incluyendo los en forma de U y los híbridos con los de placa rígida, modelos tardíos de estos últimos, cruciformes, etc.- son abrumadoramente mayoritarios, como tendremos ocasión de comprobar. De hecho y quizá con una única excepción, también los de placa rígida podrían remitir a esos momentos tardíos más que al que suele ser su periodo de uso comúnmente admitido[185].

De estos últimos se conocen tres -uno de ellos un fragmento, en realidad- y un hebijón suelto, los tres procedentes de otras tantas cuevas sepulcrales. El hebijón, recuperado en Riocueva, es de tipo escutiforme, del mismo modelo que suele acompañar a los ejemplares antiguos de este tipo de broches, que se incluyen en el Nivel IV de Ripoll (1998: 56 y ss.) y se fechan en la primera mitad del siglo VII. En este caso, la pieza presenta una decoración incisa que también aparece en los broches y que consiste en una orla perimetral a base de zetas entrelazadas, formando una especie de sogueado.

El broche de Los Hornucos (Carballo, 1935; De Hoyos, 1940), al que le falta el extremo distal -presumiblemente redondeado, como es habitual en estas piezas- y sin hebijón, presenta una orla del mismo tipo que recorre toda la parte conservada de la placa, incluyendo el borde exterior en la zona de la hebilla. En este caso concreto, la observación

[184] La que utilizaremos como referencia principal en este trabajo es la de G. Ripoll (1986; 1998), aunque también se manejará, de forma complementaria, la de W. Ebel-Zepezauer (2000) e incluso se recurrirá, en algunos casos concretos, a la más reciente de todas, la de J. Pinar (2017b).

[185] Aunque su origen hay que buscarlo, *grosso modo*, en la primera mitad de la séptima centuria -del Nivel IV de Ripoll (1998: 56-60), situado entre los años 560 y 640, a la Fase 7 de Pinar (2017: 45 y ss), que va del 600 al 660, pasando por el Tipo Vadillo de Ebel-Zepezauer (2000: 63 y 66-67), ubicado genéricamente en el siglo VII; y así lo han visto quienes mejor han estudiado estos materiales- resulta indudable que este tipo de guarniciones de cinturón siguieron fabricándose y utilizándose a lo largo de todo el siglo VII e incluso del VIII, como demuestran, sin ir más lejos, hallazgos y contextos como el de la cámara sepulcral de *Contrebia Leucade* (Hernández Vera *et alii*, 2007: 125 y 130-131), el ocultamiento de Vadillo (Dohijo, 2011: 171 y 491) o los hallazgos en Yecla de Silos (González Salas, 1945: 15 y ss. Un elemento que puede ayudar a establecer, con todas las cautelas, la cronología de los grandes broches de placa rígida es la forma de su hebijón: si es de tipo escutiforme estará indicando una mayor antigüedad, ya que se trata de la forma preferida en ese tipo de elementos durante la primera mitad del siglo VII y antes de la irrupción en el panorama peninsular de los liriformes de inspiración bizantina; mientras que si, por el contrario, es rectangular o cuadrada -generalmente, aunque no siempre, con el extremo distal redondeado- será más reciente, al utilizar el modelo de aguja habitual en las producciones tardías. Aunque hay que ser consciente de que esta norma no se cumple en el 100% de los casos, creo que sí lo hace en gran número de ellos, por lo que puede utilizarse con ciertas garantías. Lamentablemente y por su propio diseño, este tipo de guarniciones de cinturón suele aparecer sin hebijón, lo que en la mayor parte de los casos impide realizar ese tipo de consideraciones tipocronológicas.

directa de la pieza ha permitido comprobar que la parte perdida fue recortada de forma intencional y que también presenta otro pequeño recorte en un lateral, lo que parece indicar que se trataba de una pieza amortizada y utilizada como fuente de obtención de bronce para fundir y crear otro tipo de objetos metálicos. En cualquier caso, los paralelos para ella son abundantes en el registro arqueológico peninsular, con buenos ejemplos repartidos por todo el territorio, (*vid*. Ripoll 1986: 309[186]; Ebel-Zepezauer 2000: 303[187]). Del de *Contrebia Leucade*, por su parte, contamos únicamente con la descripción recogida en la guía del yacimiento, que lo define como "una hebilla de cinturón de placa rígida"[188] (Hernández Vera *et alii*, 2007: 125).



Broche de placa rígida de Los Hornucos, partido y con recorte en su lado inferior

[186] El ejemplar más parecido al de Los Hornucos de todos los que recoge esta autora es uno de los procedentes de la necrópolis de Palazuelos, en Guadalajara (Ripoll, 1986: 616-618).

[187] Como ya se ha comentado con anterioridad, este tipo de broches de placa rígida constituyen el "Tipo Vadillo" de la clasificación de este autor (Ebel-Zepezauer, 2000: 63 y 67).

[188] Se trata, sin duda, de uno de los ejemplares de broches de placa rígida expuestos en el museo de sitio y centro de interpretación del yacimiento, en Aguilar del Río Alhama (La Rioja). El cotejo de las imágenes y de las dimensiones publicadas de los dos ejemplares recuperados, junto a numerosos objetos metálicos de todo tipo, en los niveles de ocupación de época visigoda de una casa celtibérico-romana reutilizada (Hernández Vera *et alii*, 2001: 16) permite hacer una primera identificación de la pieza, aún pendiente de corroboración. Se trata de una placa rígida de gran tamaño, con el extremo distal redondeado y una orla incisa con un motivo entrelazado que recorre todo su contorno, con excepción de la zona de la hebilla. Ha perdido el hebijón y presenta una fractura con pérdida de parte de la hebilla en su extremo proximal.

El ejemplar de la cueva de Hoyos 1 (Gutiérrez Cuenca y Hierro, 2010-2012: 267-268) pertenece a un tipo ciertamente peculiar, sin paralelos exactos conocidos y que parece compartir características tanto de los de placa rígida que estamos viendo como con los liriformes sobre los que trataremos a continuación. Se trata de un broche con placa y hebilla en una sola pieza y que ha perdido el hebijón, con la primera estrecha y alargada y rematada en dos salientes semicirculares gemelos separados por un pequeño espacio recto, en su extremo distal; y la segunda marcadamente ovalada y más ancha que aquélla. Una orla perimetral incisa, que se hace doble en sus dos extremos apuntados y tiene aspecto de sogueado muy toscamente ejecutado, recorre toda la placa, aunque no la hebilla. Diez pequeños apéndices, cinco en cada lado, sobresalen de la primera de la siguiente manera: dos inmediatamente antes del extremo distal y otros tres donde termina la placa y comienza la hebilla. Aun presentando acusadas diferencias con el de Hoyos 1, el paralelo más cercano dentro de la Península es un broche de placa rígida procedente de la necrópolis de Castiltierra[189] (Segovia) (Arias y Balmaseda, 2015: 803-804). Centrándonos únicamente en la curiosa forma de su extremo distal, observamos cosas parecidas en sendos broches de placa rígida de Biel-Mett (Suiza) (Eggenberger *et alii*, 2016: 116-117) y Feldmoching (Alemania) (Schulze-Dörrlamm, 2002: 234-235), respectivamente. Por sus características podría relacionarse con los broches de placa rígida y perfil liriforme, modelos de transición entre ambos modelos estudiados por G. Ripoll (1998: 113-115) y que se fecharían a mediados del siglo VII, aunque parece más probable que se trate de una evolución a partir de los primeros pero que convive con los segundos, lo que adelantaría su cronología, que sería compartida con la de estos, a entre finales del siglo VII y todo el VIII.

Hay que mencionar parte de otro ejemplar de placa rígida procedente de las Furnas do Poço Velho que guarda ciertas similitudes con el de Hoyos 1 y que había pasado completamente desapercibido para la investigación hasta ahora. Publicado como un "fecho de cinturao de tipo céltico" de la Edad del Hierro (Gonçalves, 2008: 138 y 152-153), un análisis detallado de las fotografías publicadas por Gonçalves y de los paralelos manejados por este autor[190] permite poner en duda esa atribución cronológica y cultural y sostener esta nueva interpretación. Se trataría, en realidad, de la parte central de un broche de bronce con decoración incisa en la placa -dos grandes círculos y líneas que los bordean por el exterior- dispuesta de forma simétrica, como es habitual en las piezas liriformes aunque muy esquematizada en este caso. El gran orificio presente no sería otra cosa que el destinado a alojar el hebijón, rasgo muy característico de los broches de placa rígida de estos momentos. Y el saliente presente en el extremo superior derecho es la única parte conservada de la hebilla, habiéndose perdido el resto. Finalmente, en la imagen del reverso parece apreciarse, doblada contra la propia placa, la que podría ser la prueba definitiva de que nos encontramos ante una pieza del tipo que estamos señalando: un apéndice perforado de sujeción al cinturón, elemento muy característico -y,

[189] El broche fue el único objeto recuperado en la tumba nº 356 y formaba parte de la indumentaria del individuo inhumado en ella, probablemente de sexo femenino (Arias y Balmaseda, 2015: 803).

[190] La comparación con los broches de "Tipo Céltico" publicados en el trabajo de referencia para esas piezas (Cerdeño, 1978) permite sostener esa afirmación.

prácticamente, exclusivo- de los broches de época visigoda. Como en el caso anterior, podría tratarse de un modelo de transición hacia los liriformes, aunque tanto su forma como su decoración inclinan a considerarlo más bien un híbrido entre ambos tipos, contemporáneo de los segundos y que, como en el caso de Hoyos 1 que acabamos de ver, comparte cronología con estos. Existe un buen paralelo para esta pieza procedente de la localidad vallisoletana de Íscar que, aunque mejor conservado pues no ha perdido la parte distal, aparece roto en la zona de la hebilla de forma idéntica al de Cascais (Mañanes, 2002: 273 y 275). Aunque la decoración es diferente en ambos ejemplares, la similitud formal entre los dos es enorme, lo que permite sostener con bastantes garantías el carácter de broche de cinturón del de Cascais.

Aunque en un principio fue publicado como una guarnición de cinturón de los siglos IV-V (Garín y Modet, 1912) y mantuvo durante mucho tiempo esa atribución cronológica, el broche de la cueva del Tajón es, en realidad, un ejemplar de placa rígida calada de época visigoda. La pieza, que ha perdido el hebijón, presenta, en dos líneas, la inscripción de tema claramente cristiano *XPS SIT* / *TECVM X*[191]. Fue G. Ripoll quien, manejando argumentos bastante convincentes, situó la pieza a finales del siglo VI o en la primera mitad del VII y publicó un fragmento de otro ejemplar de la Bética tan parecido que podría incluso haber sido elaborado en el mismo molde que el riojano (Ripoll, 1998: 73, fig. 6 y 96-98). Otros dos buenos paralelos proceden de Paço Velho da Facha (Viana do Castelo, PT) y As Pereiras (Moreira, Ourense), el primero también de placa rígida, aunque con diferencias en la zona de la hebilla (Magalhães, 2010: 94-96 y Figs. 40-42) y el segundo articulado y sin la X final en la inscripción (Aboal y Parcero, 1999: 302-303 y 309, fig. 2). Recientemente y a propósito del ejemplar portugués citado, J. López Quiroga (2018) propone alargar la cronología de este grupo de broches hasta todo el siglo VIII, algo que no parece descabellado y que comparto, atendiendo a los contextos en los que han sido hallados algunos de los ejemplares.

Como ya se ha adelantado, las guarniciones de cinturón de tipo liriforme elaboradas en aleación de cobre son, con mucho, las más y mejor representadas, estando presentes en diecinueve cavidades repartidas por buena parte de la geografía peninsular y el sureste de Francia. Los tipos presentes en las cuevas se corresponden con los que estaban en uso a finales del siglo VII y durante todo el VIII y, por eso mismo, cuentan, salvo alguna excepción, con abundantes y buenos paralelos en el registro arqueológico de época visigoda en la Península y el sureste de Francia.

De Las Penas (Serna *et alii*, 2005; Hierro *et alii*, 2006a; Hierro et *alii*, 2006b y Hierro, 2011) procede el que es hasta la fecha el mayor conjunto piezas de este tipo hallados en un contexto sepulcral seguro en cueva[192]. Consta de cuatro broches, dos de ellos

[191] La inscripción se puede leer como *Xristus sit tecum*, "Cristo sea contigo". La X del final tendría un carácter meramente decorativo, buscando, aparentemente, conseguir cierta simetría.

[192] En Montou se recuperaron cinco broches, aunque su carácter sepulcral, que considero probable, no es seguro.

completos y otros dos a los que les faltan sus respectivos hebijones, y de una hebilla suelta. Todos pueden incluirse en el Nivel V de Ripoll (1998).



Broche nº 5 de Las Penas



Broche nº 1 de Las Penas

En lo que toca a los broches y siguiendo la numeración que les fue adjudicada en su primera publicación, el nº 1 es, sin duda, el más peculiar de todos, constituyendo una de las excepciones que se acaban de mencionar. La placa presenta tres cuerpos -rectangular

en el extremo proximal, romboidal acusadamente apuntado hacia afuera y truncado en los laterales en el central y circular en el distal- divididos por varios nervios en dos, cuatro y otros cuatro campos más pequeños, a modo de celdillas, respectivamente. Cada uno de estos está decorado con un tosco rosetón enmarcado a su vez en una orla circular y del perfil de la placa sobresalen algunos apéndices, destacando uno en el extremo distal. La hebilla y el hebijón son las habituales en los broches liriformes y presentan también decoraciones típicas: mediante una línea ondulada que recorre toda su cara vista en el caso de la primera y con una línea doble en zig-zag a lo largo de la base del segundo. No existen paralelos exactos para este tipo de broche, aunque su origen remoto podría encontrarse en algunos ejemplares liriformes con un cuerpo romboidal central muy marcado y que forman un tipo localizado principalmente en la mitad norte del territorio del Reino de Toledo (*vid*. Fernández Vega *et alii*, 2010[193]), del que sería una tosca evolución.

El nº 2, de menor tamaño, presenta una placa en forma de U de la que sobresalen dieciséis pequeños apéndices todo a lo largo de su perfil y uno mucho mayor en el extremo distal. Su decoración consiste en estilizaciones vegetales y geométricas -círculos con puntos centrales- dispuestas de forma simétrica a lo largo del eje mayor de la placa. La hebilla no está decorada y ha perdido el hebijón. Puede incluirse en el Tipo Cinctorres de la clasificación de Ebel-Zepezauer (2000: 72-73) y encontramos un par de buenos paralelos para ella en la colección del MAN (Arias y Novoa, 1996: 80 y 85).

El broche nº 3 está completo. Cuenta con una hebilla típica, en forma de D, decorada con series longitudinales de pequeñas incisiones a lo largo de su anverso, y con un hebijón también decorado, aunque en su caso con dos series de medias lunas afrontadas a lo largo de su base. La placa es muy típica, pertenece a uno de los modelos liriformes que podríamos llamar clásicos y está dividida en tres cuerpos: distal arriñonado, central rectangular dividido a su vez en dos paralelos con uno de sus respectivos extremos redondeado y proximal rectangular. Su decoración repartida en esos cuatro campos, tiende a la simetría y está compuesta de motivos vegetales y geométricos estilizados, así como lo que parecen cabezas de aves, un recurso bastante habitual en este tipo de objetos. Por sus características formales formaría parte del Tipo Gerena de Ebel-Zepezauer (2000: 71 y 73) y cuenta con buenos y numerosos paralelos dentro de la toréutica peninsular y septimana[194] (*vid*. Ripoll, 1986: 246).

El nº 5, por su parte, también pertenece a un tipo fácilmente reconocible dentro de las producciones hispanovisigodas tardías, con su placa liriforme dividida en tres campos y sus característicos umbos radiados, uno rodeado por varias orlas en relieve en el centro del campo circular del extremo distal y tres, formando un triángulo, en medio del

[193] Además de los ejemplares señalados en ese trabajo, se conocen otros del mismo tipo procedentes de *Ruscino* (Feugere, 2014a: 265-266), de Granada y de Navarra (Ripoll, 1986: 249).

[194] Pueden verse algunos buenos ejemplos de este tipo de broches de cinturón en http://artefacts.mom.fr/es/result.php?id=PLB-5572&find=lyriforme&pagenum=1&affmode=vign.

central[195]. La hebilla, sencilla, carece de decoración y ha perdido el hebijón. Los paralelos para este broche, una producción netamente hispánica pero cuyos prototipos se inspiran en el tipo E18 bizantino de Schulze-Dörrlamm[196] (2009: 55-61) son numerosos, pudiéndose citar, como ejemplos destacados, los de Cueva Foradada (*vid. infra*), *Ruscino* (Feugere, 2014a: 265-266) o la colección procedente de la Bética estudiada por G. Ripoll (1998: 157).

Finalmente, la hebilla suelta -claro indicio de que en el yacimiento existió otra placa, no localizada durante la excavación, con la que formaría un sexto broche- es muy similar a la de los broches nº 1 y nº 3. La principal diferencia estriba en la decoración de su anverso, a base de líneas con forma de dientes de lobo y puntos. Como en los casos anteriores, se trata de una pieza con abundantes paralelos en el registro arqueológico de época visigoda.



Hebilla suelta de Las Penas

En conjunto y desde un punto de vista tipocronológico, los broches de cinturón de bronce de Las Penas forman un grupo muy homogéneo que, con alguna particularidad, puede inscribirse sin ninguna duda dentro del mundo hispanovisigodo de finales del siglo VII o del VIII. No hay nada que se aparte de lo esperable en un contexto similar, dentro de esos parámetros cronológicos y culturales, más allá de las características peculiares de la placa nº 1, debidas probablemente a que se trate de una evolución local a partir de prototipos más comunes, algo que, por otra parte, es relativamente habitual en momentos avanzados

[195] En la mayor parte de los broches de este tipo, y a diferencia de lo que ocurre en el de Las Penas, únicamente hay tres umbos: el del extremo distal y otros dos, uno debajo del otro, en el lado izquierdo del cuerpo central. En el lugar que ocupa el cuarto umbo de la placa cántabra suele haber un pequeño cuadrado inciso.

[196] Estas placas cuentan ya con los característicos umbos radiados dispuestos en triángulo, aunque carecen del campo distal circular y muestran una figura de felino como elemento decorativo central -y principal. Las primeras imitaciones hispánicas (Schulze-Dörrlamm, 2009: 59) siguen esa tendencia, copiando de forma bastante exacta los prototipos bizantinos, aunque sus derivados posteriores prescindirán del motivo animal, aun manteniendo los umbos radiados, y desarrollarán un cuerpo distal circular rodeado por varias orlas en relieve.

de época visigoda en otras zonas de la Península y el sureste de Francia. La variabilidad de modelos dentro de un mismo tipo general, el liriforme, también es habitual y, en principio, no debería tener ninguna implicación de tipo social o cultural. De hecho, lo más probable es que se deba, simplemente, al azar. Y al hecho de que hay innumerables variaciones dentro de ese tipo general liriforme. Como único hecho reseñable, más como curiosidad que otra cosa, puede mencionarse las distintas coloraciones de las placas y hebillas, señal de que nos encontramos ante distintas aleaciones de cobre cuya composición exacta desconocemos, a la espera de análisis específicos sobre ese particular.

De la cueva de Cudón (Alcalde del Río, 1935) procedían una placa y una hebilla que, siguiendo a su publicador, habrían formado parte de un mismo broche[197]. La placa se inscribe dentro del Nivel V de Ripoll (1998) y pertenecía a un modelo tan representativo que incluso dio nombre a uno de los tipos de la clasificación de W. Ebel-Zepezauer: el Tipo Ampurias (2000: 71, 73 y 305), dentro de las imitaciones del Tipo Trebisonda bizantino. Se caracteriza por la presencia de tres umbos radiados en otros tantos campos circulares, uno grande en el extremo distal y dos mucho menores, colocados en paralelo, entre el proximal y el central. Diez apéndices sobresalían de su perfil, cinco repartidos a cada lado de la placa y uno de mayor tamaño en el extremo distal. La decoración, aparte de los umbos, consistía en orlas lisas alrededor de éstos y de motivos vegetales estilizados en el interior de los diferentes campos. En este caso también conocemos buenos paralelos para la pieza: uno muy cercano, tanto morfológica como geográficamente, procede de Peña Amaya (Burgos) (Pérez Rodríguez-Aragón, 2006). Está, por supuesto, el ejemplar de Ampurias (Almagro y Palol, 1962: 33) y hay otro muy similar, de procedencia desconocida, en una colección inédita depositada en el Museo de León[198]. Una buena lista de otros, puede encontrarse en el ya citado trabajo de Ebel-Zepezauer (2000: 305). Su presunta hebilla, por su parte, era ovalada y no parece que estuviese decorada.

La placa de cinturón liriforme de aleación de cobre del Portillo del Arenal (Valle *et alii*, 1998; Muñoz, 2006 y Hierro, 2011) tiene como principales características su reducido tamaño y lo tosco de su decoración. Ésta, formada por motivos geométricos y vegetales estilizados, se reparte por sus tres campos: uno distal arriñonado, otro central dividido en dos y un tercero, proximal, extrañamente vacío y en el que únicamente figuran lo que parecen dos botones o quizá intentos malogrados de umbos o rosetones. Perteneciente al Nivel V de Ripoll (1998), esta pieza es una especie de versión reducida del Tipo Gerena de Ebel-Zepezauer (2000: 71 y 73), con abundantes paralelos en la Península para los formatos de mayor tamaño (*vid. supra*). El análisis metalográfico realizado sobre ella en fechas recientes[199] ha indicado que se trata de un objeto de bronce, con un 95% de cobre,

[197] Ambas, como ya se comentó en otro apartado, se encuentran en paradero desconocido desde los años 30 del siglo XX.

[198] Comunicación personal de Miryam Hernández, del Museo de León.

[199] Realizado por I. Montero (CSIC) en el LADICIM de la ETS de Caminos, Canales y Puertos de la Universidad de Cantabria, en la primavera de 2019, en el marco de la asignatura Técnicas de análisis de material cerámico y metálico, impartida por Pablo Arias dentro del Máster en Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Cantabria y el IIPC.

un 4% de estaño y agregados de plomo hasta completar el 1% restante en su composición. Finalmente, su pequeño tamaño permite plantear la posibilidad de que formase parte de la vestimenta de un individuo infantil o de un subadulto de baja estatura. Como ya se ha señalado más arriba, en su reverso conserva importantes restos del cinturón de cuero al que iba sujeto.



Placa liriforme de Portillo del Arenal



Restos de cuero adheridos al reverso de la placa

En la cueva de Los Hornucos, además del broche de placa rígida ya mencionado, se recuperó una placa liriforme[200]. Se trataba de un pequeño ejemplar en forma de U, con cuatro apéndices sobresaliendo a cada lado de la placa y uno de mayor tamaño en el extremo distal, que apareció sin hebilla ni hebijón. Una orla perimetral con sogueado rodeaba toda la placa, en la que un motivo zoomorfo en relieve ocupaba todo el campo. Dicho motivo consistía en una escena, inspirada en el Fisiólogo, de lucha entre un animal de cuatro patas, larga cola y cabeza y cuerpo alargados, que ha sido interpretado como un cocodrilo (Ripoll, 1995: 389), y una serpiente. Ambas bestias aparecen dispuestas a lo largo de todo el campo decorativo, con sus cuerpos entrelazados y sus cabezas enfrentadas, mordiéndose. El supuesto cocodrilo presenta un pequeño disco radiado inscrito en su cuerpo, justo encima de sus patas traseras, quizá una forma de representar su naturaleza divina, como la imagen alegórica de Cristo que probablemente sea. En ese sentido y a la vista de la morfología del animal representado, puede plantearse que, sin salir del mundo de las fábulas e historias del Fisiólogo, el animal representado no sea un cocodrilo, sino una versión algo deformada del ciervo -cuyo combate con la serpiente es un tópico desde la Antigüedad y del que existen numerosas representaciones, algunas en broches de cinturón bizantinos (Ripoll, 1995 y 1999; Schulze-Dörrlamm, 2009: 167 y ss)- o la pantera, también enemiga de la figuración del diablo que es la serpiente (Vidal y Docampo, 2003:123-125; Docampo *et alii*, 2000: 52-53). En cualquier caso, nos encontramos ante una pieza con un innegable carácter cristiano, producto de talleres hispanos pero inspirada, una vez más, en prototipos del Mediterráneo oriental. Se incluiría en el Nivel V de Ripoll (1998) y sería un ejemplo del Tipo Amparo de Ebel-Zepezauer (2000: 72-73). Existe un muy buen paralelo para esa pieza, casi exacto y procedente del yacimiento de La Vid (Burgos), en la exposición permanente del Museo de Burgos.

El broche procedente de Cueva Foradada está completo, a excepción del hebijón, que no fue recuperado. De silueta marcadamente liriforme, dentro del conjunto que estamos estudiando, es muy similar al nº 5 de Las Penas, aunque con algunas diferencias. Igual que en aquél, la placa presenta tres campos decorativos en los que destacan otros tantos umbos radiados. Uno, rodeado por una orla lisa en relieve y otra ondulada incisa, en el extremo distal circular, y otros dos, en paralelo, en el extremo izquierdo del central. La principal diferencia con el de Las Penas es que el cuarto umbo, que en aquél formaba un triángulo con estos dos, aquí ha sido sustituido por un motivo inciso vagamente espiraliforme, enmarcado en un pequeño espacio cuadrangular, una solución que observamos en otros ejemplares del mismo tipo, como uno de los de la colección andaluza estudiada por G. Ripoll (1998: 340-342 y lám. XXXIX), otro de Liesa (Huesca) (Esco, 1985) u otro de *Ruscino* (Feugére, 2014: 265-266). Se trata, con las lógicas variantes en su decoración, de un tipo ampliamente representado en el registro arqueológico de época visigoda, derivado, como ya se ha comentado, del Tipo E18 de Schulze-Dörrlamm (2009: 55 y ss.) aunque netamente hispánico y que se incluye en el Nivel V de Ripoll (1998).

[200] En la actualidad no figura entre los materiales procedentes de esa cueva conservados en el MAN y se encuentra en paradero desconocido. He realizado su descripción a partir de la fotografía publicada por L. de Hoyos (1940) y, en menor medida, el dibujo incluido en el trabajo de Carballo (1935) sobre la cueva.

Las placas de Can Sant Vicenç y La Fresneda I, por su parte, guardan ciertas similitudes con la del Portillo del Arenal. Tanto su morfología como, sobre todo, su pequeño tamaño, las emparentan, aunque en el caso de las piezas catalana y leonesa el acabado final y la decoración parecen mejor conseguidas. Se trata de sendas placas liriformes, incluidas en el Nivel V de Ripoll (1998) y pertenecientes al Tipo Gerena de Ebel-Zepezauer (2000: 71 y 73), uno de los más representados y con más y mejores paralelos, que presentan la clásica división en tres campos, el central doble, y que están decoradas mediante motivos geométricos y vegetales estilizados incisos. Como es habitual en este tipo de producciones, varios apéndices sobresalen del perfil de las placas, once en el caso de la primera y nueve en el de la segunda; con cinco y cuatro, respectivamente, repartidos a lo largo de cada lado y uno mucho mayor -redondeado en La Fresneda I y con forma trilobulada en Can Sant Vicenç- del extremo distal. No cuentan ni con la hebilla ni con el hebijón con los que, sin duda, formaban parte de sendos broches de cinturón.

También de pequeño tamaño y el mismo tipo -Gerena-, aunque con algunas variaciones menores, son las placas de la cueva de Les Bruixes de Rojals (Massó y Capdevilla, 1999) y de Binisafuller (Rita, 1978). En ambas encontramos de nuevo los tres campos, con el central doble y el distal arriñonado, aunque en estos casos con el entrante central poco o nada marcado, como ocurre con el ejemplar menorquín; y diez apéndices sobresaliendo del perfil de la placa, con el del extremo distal mayor que el resto. La decoración de las dos, como en los casos anteriores, es de tipo geométrico y vegetal estilizado y, obviamente, tienen la misma cronología que las otras.



Placa de las Furnas do Poço Velho, según Magalhães, 2010

De las Grutas do Poço Velho (Figeiredo y Paço, 1947; Magalhães, 2010: 141-142; Lovegrove, 2015) procede la placa de menor tamaño de ese repertorio, un ejemplar de sólo 6,5 cm de longitud. Es de tipo liriforme, con tres campos bien diferenciados -uno distal, almendrado, que se introduce a modo de cuña en el central y otro proximal rectangular- y un único apéndice que sobresale del perfil en el extremo distal. Su decoración es muy sencilla y está conseguida a base de motivos geométricos simples,

entre los que destacan los círculos troquelados con punto central y las series de pequeñas incisiones. Atendiendo a su morfología, sería una variante del Tipo Albelda de Ebel-Zepezauer (2000: 68 y 70-71) y se incluiría en el Nivel V de Ripoll, concretamente en su Tipo D para la colección procedente de la Bética estudiada por esta autora (Ripoll, 1998).

El broche de la Balma de la Sivella (Espelt y Poblet, 1978) pertenece a un tipo para el que no hay paralelos formales dentro del grupo de los hallazgos en cuevas que estamos viendo, no así en el registro arqueológico de época visigoda, donde se conocen algunos ejemplares del mismo tipo. Se trata de un broche completo, con una placa de tipo liriforme y pequeño tamaño, en la que están marcados tres campos bien diferenciados: uno circular en el extremo distal y dos cuadrangulares a continuación. Una orla decorativa incisa con motivo de sogueado rodea el primero en su totalidad y los otros dos por tres de los cuatro lados, marcando también la separación entre ambos. Los tres campos están rehundidos y muestran una decoración muy similar: un motivo cruciforme que, en dos de ellos, incluyendo el circular, adquiere forma de tetrasquel mientras que en el tercero está acompañado de cuatro círculos con punto central, uno en cada cuadrante. Círculos troquelados del mismo tipo decoran cada uno de los nueve apéndices que sobresalen del perfil de la placa, cuatro repartidos a cada lado y uno mayor en el extremo distal, así como la superficie de la hebilla. Ésta tiene forma de D y es del tipo clásico que acompaña a las placas liriformes para formar las guarniciones de cinturón que se incluyen en el Nivel V de Ripoll, del que forma parte el broche. El hebijón, sin embargo, es completamente distinto a los que suelen ir asociados a esas hebillas. De hecho, es de un tipo tan peculiar que no hay paralelos conocidos para él y no parece tratarse del original, sino de una reparación -o readaptación de otro tipo de pieza- tras la pérdida o rotura de éste. Consta de un cuerpo circular, con forma de anillo aplanado y de una aguja larga y estrecha, de proporciones mayores que la hebilla y que no encaja con la cama del hebijón original, más ancha. La zona del anillo que hace las veces de base del hebijón está decorada con tres líneas rectas paralelas incisas. Como ya se ha adelantado, se trata de un tipo de broche cuya placa es relativamente común. Así, encontramos un buen paralelo en una de las de la colección ingresada en el MAN en 1995, con decoración incisa con motivos de cruces patadas en cada uno de los campos (Arias y Novoa, 1996: 83), y otro conservado en el Museu d´Arqueologia de Catalunya, quizá el más cercano en cuanto a decoración. Con la misma forma, pero con decoraciones de otro tipo, encontramos tres ejemplares de la colección procedente de la Bética estudiada por Ripoll (1998: 296-299 y lám. XIV, XV y XVI), otro -el nº 10- conservado en el Museu Episcopal de Vic (Feugere, 2017: 56-57 y 149) o uno procedente de Las Pinzas, en Valladolid (Mañanes, 2002: 273 y 276-277)[201].

De la cueva de la Roca de Miravet procede también otro ejemplar o, más bien, un resto mínimo de uno. Se trata de un fragmento de 2,5 cm de largo con decoración incisa realizada a buril y compuesta por motivos geométricos –probablemente

[201] Recientemente ha ingresado en la colección del MUPAC otra placa del mismo tipo. Fue encontrada, de forma casual, en un corte del terreno inmediato a la necrópolis de San Pantaleón de La Puente del Valle (Valderredible, Cantabria) por Ernesto Rodrígo Gutiérrez, quien dio parte del hallazgo al Servicio de Patrimonio del Gobierno de Cantabria.

esquematizaciones de cabezas de aves- que fue interpretado, con muy buen ojo, como parte de un broche de cinturón de tipo liriforme[202] en el momento de su descubrimiento (Carreras, 2006: 46). La pieza tiene forma rectangular, con su extremo distal fracturado ligeramente cóncavo, y conserva en su esquina inferior izquierda un apéndice perforado de los dos que formarían parte de la articulación con la hebilla. Nos encontramos ante un fragmento de una placa liriforme del Nivel V de Ripoll, concretamente ante uno de los dos cuerpos rectangulares de la parte proximal de una pieza para la que se conocen buenos paralelos en otras zonas de la Península y el sureste de Francia (Escher, 2014: 315-316). El más significativo de todos ellos, por encontrarse completo, y que ha permitido la identificación segura de la placa de la Cova de la Roca de Miravet, sería un broche procedente de la provincia de Teruel y conservado en la colección Miguel Martí Esteve de Valencia (Ripoll, 1986: 709).

Entre los materiales procedentes de una cueva no localizada de la Montaña leonesa publicados por E. Gago (1902) a comienzos del siglo XX -y desaparecidos desde entonces- había, al menos, una placa liriforme[203] del Tipo Gerena de Ebel-Zepezauer (2000: 71 y 73), con su distribución típica en tres campos, uno distal arriñonado, el central doble y el proximal rectangular, doble también en este caso. Aunque la fotografía publicada no permite apreciar apenas el tipo de decoración, se intuye -en el extremo distal- que, como es habitual en este tipo de piezas, ésta era de tipo vegetal estilizado. La placa presentaba, además, un apéndice trilobulado en el extremo distal y tres pequeños glóbulos resaltados en el entrante del campo arriñonado.

De la placa liriforme de La Condenada y de las tres del mismo tipo de Montou (Kotarba *et alii*, 2007) apenas contamos con información, más allá de su existencia en el primer caso y de una breve descripción de su decoración en el segundo[204].

En cuanto a las hebillas sueltas, hay tres ejemplares en forma de D de las que forman parte de los broches liriformes en otras tantas cuevas[205]. Las de La Pila (Pérez Rodríguez-Aragón, 2006) y la Venta del Cuco (*Ibidem*) muestran decoraciones incisas a lo largo de

[202] Quiero agradecer la ayuda prestada por Maribel Espejo, del Museu Comarcal de la Conca de Barberà, por proporcionarme una fotografía de la pieza, inédita, que me ha permitido no sólo certificar que la interpretación de sus descubridores era correcta sino también poder establecer con bastante seguridad el tipo de la placa de cinturón a la que pertenece.

[203] Interpretada por su publicador, junto con la otra, como "dos aldabas de bronce", una de ellas, probablemente aquélla de la que estamos hablando, "primorosamente trabajada y adornada con dibujos que figuran cabezas de lechuza" (Gago, 1902: 66).

[204] "(…) *trois plaques-boucles lyriformes articulées, dérivées du type byzantin Trapezunt, en alliage cuivreux, avec un décor issu de la fonte et gravé, comportant esses et volutes insérées dans un cartouche hachuré dans un cas, motif végétal et ocelles dans le second cas, et motif végétal stylisé de la partie proximale et cercles hachurés concentriques du médaillon distal dans le troisième cas*" (Kotarba *et alii*, 2007: 312). Es muy probable que la placa de una de las imágenes de la web de la Maison du Patrimoine Françoise-Claustre de Cèret (http://maisondupatrimoine-ceret.com/le-depot/) se corresponda con la de una de las encontradas en la cueva de Montou, aunque, por el momento, mis intentos por contactar con el encargado de las colecciones para confirmarlo -y, de paso, tener acceso al material de la excavación- han sido en vano.

[205] La de Las Penas ya ha sido descrita más arriba, junto con los broches de ese yacimiento.

su anverso: un motivo lineal en zigzag en el caso de la primera y líneas incisas paralelas que se unen al llegar a los laterales de la cama del hebijón en el de la segunda. En lo que respecta al ejemplar de la cueva indeterminada de la Montaña Leonesa (Gago, 1902), la única fotografía disponible no permite apreciar si estaba decorada, aunque sí la muestra acompañada de un hebijón de base escutiforme que, en principio, es más antiguo y no se corresponde con lo esperable en este tipo de hebillas, aunque podría tratarse de una de las abundantes reutilizaciones atestiguadas en la época para sustituir a piezas originales perdidas.

Por su parte, la hebilla del abrigo de La Castañera (Pérez Rodríguez-Aragón, 2006) es de un tipo algo diferente y, aunque comparte cronología con las anteriores, formaba parte de un broche de Tipo burgundio[206], un modelo de guarniciones de cinturón que se caracterizan por sus placas rectangulares caladas, en muchos casos con motivos de contenido religioso como cruces y escenas bíblicas, y que se incluye en el Nivel V de Ripoll (1998). Presenta una curiosa decoración a base de pequeños triángulos troquelados en la superficie del anverso, dentro de una orla, y un frente de líneas rectas paralelas -a modo de estriado- en el extremo proximal. Los apéndices de sujeción a la placa también están "estriados", en lo que es un detalle muy característico de este tipo de producciones.

Aunque numéricamente sean menos relevantes que los de aleación de cobre, por sus especiales características técnicas y decorativas, así como, sobre todo, por su importante presencia en las cuevas sepulcrales de época visigoda, los broches de cinturón liriformes con decoración damasquinada merecen una atención especial. Se han documentado ejemplares de ese tipo en las cuevas de Los Goros, Las Penas, La Garma, Portillo del Arenal, Los Moros de Quintanaurria y Montou. Además, durante la preparación de este trabajo se han localizado los restos de lo que pudiera ser un nuevo objeto de este tipo en Los Hornucos y, como ya se ha adelantado, se ha identificado otro que quizá también proceda de una cueva, la indeterminada de la Montaña Leonesa citada por E. Gago, depositado en el *Musée d´Aquitaine* de Burdeos.

El broche de Los Goros es el primero que mereció una atención destacada en la literatura científica (Palol, 1957a), pudiendo decirse que su hallazgo y estudio supuso el pistoletazo de salida para los -cierto que exiguos e intermitentes[207]- trabajos sobre el tema (Palol, 1957b), aunque ya existiese un breve precedente casi una década anterior (Martínez Santa-Olalla, 1948); aunque inédito por distintos avatares editoriales. Es uno de los ejemplos más destacados de las guarniciones de cinturón de este tipo con decoración de tema animal, sin duda las más numerosas hasta la fecha en el registro arqueológico de época visigoda en la Península y Septimania. Sigue el esquema ya clásico en varias de ellas, con un animal en el extremo distal circular y dos, persiguiéndose y acometiéndose,

[206] También podría corresponder a un broche del mismo tipo que el de la cueva del Tajón.

[207] En realidad, la mayor parte de ellos, excepto los mencionados trabajos de Palol (1957b) y Martínez Santa-Olalla (1948), son publicaciones de nuevos broches que vienen a aumentar el corpus de los ya conocidos, aprovechándose la ocasión para revisar éste y ponerlo al día. Sirvan los ejemplos de Monte Cildá (Pérez Rodríguez-Aragón, 1999), del Cerro de la Almagra (González Fernández y Fernández Matallana, 2007) o de La Garma (Arias *et alii*, 2012).

en el campo principal (Palol, 1957a), estando, según la propuesta de interpretación más reciente (Hierro, 2108), muy cerca de sus supuestos referentes bizantinos de los tipos F7 y F8 de la clasificación de M. Schulze-Dorrlamm (2009). Técnicamente sigue los principios habituales en esta serie de broches, con el chapado en latón de gran parte de la superficie de la placa, el recorte de las siluetas en él y la incrustación de hilos de plata -y en menor medida también de latón- en ellas para completar los detalles de las figuras. Esta técnica lo diferencia de las producciones continentales con las que en alguna ocasión se le ha relacionado (Azkarate, 2004: 398; Azkarate y García Camino, 2013: 51-52) y reafirma su, por otra parte, evidente y ya señalado por el propio Palol (1957a: 79-80) carácter hispanovisigodo; manifestado, en primer y más importante lugar, por su perfil acusadamente liriforme.



Broche de Los Goros (Fotografía: Museo BIBAT)

También con decoración de tema animal y una morfología y una técnica de damasquinado muy similares tenemos el broche de Montou (Kotarba *et alii*, 2007). Las principales diferencias con el ejemplar alavés consisten en que en éste los depredadores han sido sustituidos por ungulados, algunos cornudos y de tipo difícil de discernir, aunque podría tratarse de ciervos o gacelas; y en la aparición de roleos tanto en la orla perimetral del campo distal circular como en los frisos del principal, en lugar de los círculos y las líneas a base de triángulos troquelados; algo que encontramos más desarrollado en sendos ejemplares conservados en el British Museum (Marzinzik, 2012: 200-201) y en la Morgan Library&Museum (Adams, 2014. 125), respectivamente. En el caso del ejemplar de Montou los hilos de plata están muy poco representados, habiendo sido casi completamente sustituidos por los de latón. Como en el de Los Goros, la hebilla, que presenta sendas -y raras- protuberancias a ambos lados de la cama del hebijón, también está profusamente decorada con hilos dorados.

El ejemplar de Las Penas (Serna *et alii*, 2005; Hierro et alii, 2006; Hierro, 2011) también presenta decoración de tema animal y ha sido realizado con la misma técnica, aunque

tiene ciertas peculiaridades que lo diferencian de los anteriores[208]. En primer lugar, que de la guarnición original sólo se conservaba la placa, pues la hebilla y el hebijón habían sido sustituidos por otros de bronce. Aquélla tiene forma de U alargada, con un apéndice en el extremo distal, donde hay un campo decorativo circular que enmarca una cruz potenzada con potenzas en forma de media luna[209]. El campo principal por su parte, muestra a un animal por identificar enfrentado a un arboriforme, formando una escena para la que se han buscado distintas interpretaciones, siempre de carácter alegórico religioso. Encontramos sus referentes más cercanos, como ocurriera con el de Los Goros, en producciones bizantinas de Siria y Asia Menor, concretamente en este caso del tipo F8 de Schulze-Dörrlamm (2009), con un magnífico paralelo en el broche conservado en el MET de Nueva York[210] y cuya escena se interpreta como una de las fábulas del Fisiólogo (Ripoll, 1995).



Broche de Montou (Fotografía: H. Salvayre)

El broche de La Garma (Hierro, 2011; Arias *et alii*, 2012), por su parte, difiere de los anteriores en cuanto a su decoración, que en este caso no es zoomorfa pero sí claramente cristiana, pues sus motivos principales son una cruz griega central y dos círculos radiados que la flanquean, uno de ellos ocupando el extremo distal circular; repitiendo un esquema que puede observarse en placas de cinturón merovingias de tema religioso, aunque, en

[208] En el momento de su hallazgo la placa se encontraba completamente cubierta por la oxidación del hierro. Fue identificada como parte de un broche de cinturón por M. L. Serna y A. Valle, los directores de la excavación y restaurada por M. García Mingo. Durante unos trabajos de mantenimiento en el MUPAC, años después, E. Pereda observó la existencia de restos de un baño o fino chapado en aleación de cobre en los apéndices de sujeción del reverso.

[209] Se trata de un motivo cruciforme con buenos paralelos en otros objetos de época visigoda, tanto dentro como fuera de la Península. Puede observarse, por ejemplo, en el reverso de algunas de las monedas fraccionarias de bronce de época visigoda de la Bética (*vid*. Gozalbes, 2005).

[210] En este caso (Ripoll, 1995), tanto la forma de la placa como la disposición de la decoración es muy similar, en forma de U y con monograma cruciforme inscrito en círculo y escena animal, respectivamente. Ésta, que es más elaborada en el ejemplar "neoyorquino", está orientada a la inversa que en el caso cántabro, residiendo ahí la principal diferencia entre las dos. Incluso la forma de representar en éste los frisos que enmarcan el campo principal, a base de triángulos, está copiada del modelo bizantino.

esos casos, dispuesto de forma vertical (Billoin *et alii*, 2006: 243, fig. 12; Salin, 1959: p. 301); e incluso en la decoración arquitectónica de algunas iglesias visigodas, como la de San Pedro de la Nave. Identificado como guarnición de cinturón desde el propio momento del descubrimiento de la Galería Inferior, tuvo que ser restaurado para que recuperase su aspecto original pues, como en el caso anterior, la oxidación del hierro había cubierto completamente la placa.

La historia del broche del Portillo del Arenal es otro buen ejemplo de los problemas de conservación de este tipo de objetos y de cómo la función del arqueólogo y de la restauradora pueden ser decisivas a la hora de evitar su pérdida. La placa fue identificada como parte de un broche de cinturón liriforme de hierro ya en el momento de su hallazgo, durante los trabajos arqueológicos llevados a cabo en la cueva a mediados de los años 90 (Valle *et alii*, 1998). En aquel momento llamó la atención de sus descubridores la presencia de mínimos restos de óxido de cobre en tres zonas de su superficie, zonas que, curiosamente, no se corresponden con la cara vista de la placa, sino con el reverso. En realidad, se trataba de los restos de los tres apéndices de sujeción perforados, característicos de este tipo de objetos y que sirven para sujetarlos al cuero del cinturón y que, en varios de los casos conocidos en Cantabria, como el de Las Penas que acabamos de ver, iban también chapados o bañados en cobre[211]. Tras pasar años en los almacenes del MUPAC, fue restaurado, dejando al descubierto la parte conservada de su decoración, lamentablemente perdida en su mayoría. Ésta, era de tipo geométrico, similar a la de la los broches liriformes de bronce, y estaba conseguida mediante la combinación de chapado y embutido con latón, bronce y plata[212]. En este caso no se siguió el esquema habitual que hemos visto para las piezas con decoración de tema animal, sino que las superficies cubiertas lo fueron con láminas de pequeño tamaño. La zona mejor conservada es la del extremo distal circular, decorado con un llamativo florón formado por un número indeterminado -entre 8 y 12- de pétalos de plata. Ese recurso decorativo está presente en algunos broches liriformes de bronce, como el de la necrópolis de Fuente del Moro (Colmenar Viejo, Madrid) (Colmenarejo, 1986), aunque el mejor paralelo para éste del Portillo del Arenal es la placa damasquinada procedente de la aldea de El Pelícano (Madrid) (Vigil-Escalera, 2011: 49 y 53), formalmente similar y con un rosetón en su extremo distal; aunque, en ese caso, los pétalos, casi completamente perdidos, estuviesen chapados en latón[213]. Decoraciones similares, aunque resueltas de formas diversas, están presentes en otros ejemplares damasquinados, como el de La Garma, con el mayor de sus

[211] Descubrimiento que debemos a Eva María Pereda, restauradora del MUPAC, a quien agradezco su ayuda en este asunto.

[212] El análisis metalográfico llevado a cabo por I. Montero, del CSIC, ha mostrado el uso de distintos metales y aleaciones en la decoración damasquinada de este broche: plata aleada con una pequeña cantidad de cobre y latón de alta calidad para los distintos chapados y latón, bronce y plata aleada con cobre y zinc, respectivamente, en los hilos embutidos. Esta disparidad de metales podría estar indicando una extremada especialización y selección minuciosa de los materiales, con el objeto de obtener distintos colores y brillos o, más probablemente en mi opinión, el aprovechamiento y reutilización de restos metálicos procedentes de otros objetos.

[213] Quiero agradecer la ayuda de Alfonso Vigil-Escalera, quien me proporcionó fotografías de la pieza ya restaurada en las que se aprecian los restos de su decoración damasquinada.

círculos radiados (*vid. supra*), uno de los de Nueva Carteya (Palol, 1957: 296 y lám. II 3) y el mejor conservado del Castillo de los Monjes (Tejado, 2011: 417-419).



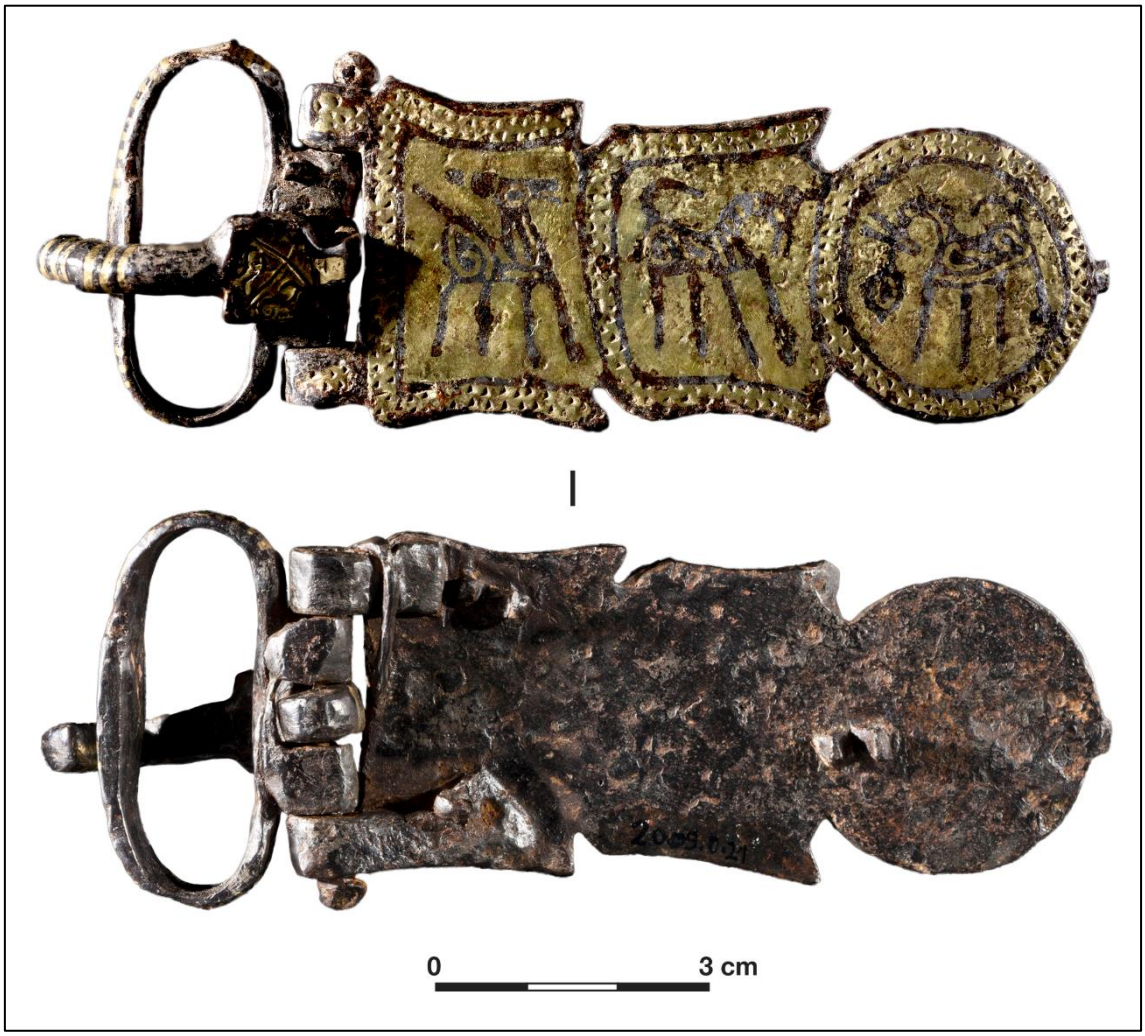
Reconstrucción del broche del Portillo del Arenal

Eso por lo que respecta a la placa. En el caso de la hebilla y el hebijón, ha sido la revisión de los materiales en el transcurso de la investigación para este trabajo la que ha permitido identificarlos: sendos objetos de hierro -de forma ligeramente ovalada, con dos salientes paralelos en uno de sus lados y en el que se intuía un hueco central, uno; y alargado y con una parte más ancha y plana, otro- casi completamente irreconocibles por la corrosión del hierro y algunas concreciones, y en los que se apreciaban minúsculos afloramientos de óxido de cobre pertenecientes a la decoración damasquinada que los adorna. Los trabajos de restauración de la hebilla[214], en marcha en el momento de redactar estas líneas, están dejando al descubierto una decoración a base de hilos embutidos de latón dorado que forman líneas paralelas en el canto -al igual que ocurre en otros casos, como el de La Garma- y de un chapado en aleación de cobre indeterminada en el resto de su superficie.

El ejemplar de la cueva de Los Moros de Quintana Urria (Ortega *et alii*, 2017) destaca entre todos los demás por pertenecer a un tipo, el de los cruciformes, para el que no se conocían, hasta la fecha de su hallazgo, ejemplares damasquinados (*vid*. Gutiérrez Cuenca y Hierro, 2013). Se trata de un magnífico ejemplar, al que sólo le faltan tres cuartas partes de la hebilla y el hebijón y el extremo de uno de los brazos cortos, con una placa estrecha y alargada en forma de cruz. Ésta estaba completamente chapada en latón en su zona central, chapado del que ha perdido parte de su superficie, y presentaba también pequeños chapados de plata en los extremos de los brazos, así como en las parejas de círculos que rematan estos. La decoración se completa con el embutido de hilos de plata en los cantos de la pieza, formando series de líneas verticales paralelas, y en la hebilla. Por su forma, en general y más concretamente por la de los remates de la cruz, acusadamente convexos, se incluiría en el subtipo CH2a de la clasificación de Gutiérrez Cuenca y Hierro (*Ibidem*), aunque en realidad no cuenta con buenos paralelos entre los de bronce. En ese sentido

[214] Llevados a cabo por la restauradora del MUPAC, Eva María Pereda, a quien de nuevo quiero agradecer su ayuda.

hay que señalar la existencia de otro ejemplar, aunque en ese caso del subtipo CH2d, con el que comparte algunas características técnicas y que se conserva en el Museo Episcopal de Vic[215], procedente también de Burgos, aunque sin poder concretar más en ese sentido. Ese nuevo broche cruciforme también es de hierro y está decorado mediante la técnica del damasquinado, presentando pequeñas semiesferas o glóbulos chapados en plata en los remates de los extremos de la cruz, un recurso decorativo que lo asemeja al de Los Moros.



Broche del *Museé d´Aquitaine*

Finalmente, los restos de otro posible broche de cinturón de hierro con decoración damasquinada, identificados entre los materiales procedentes de las excavaciones de los años 30 en la cueva de Los Hornucos, completan la nómina de este tipo de guarniciones de cinturón procedentes con seguridad de contextos subterráneos. Se trata de dos fragmentos informes de hierro de los que sobresalen algunos de los hilos de latón y plata que, embutidos, formaban parte de su decoración y que, en uno de los casos, muestra en su superficie los restos apenas perceptibles de la presumible presencia de un chapado en aleación de cobre.

[215] Quiero agradecer a Anna Homs, del Museu Episcopal de Vic, su ayuda con este asunto.

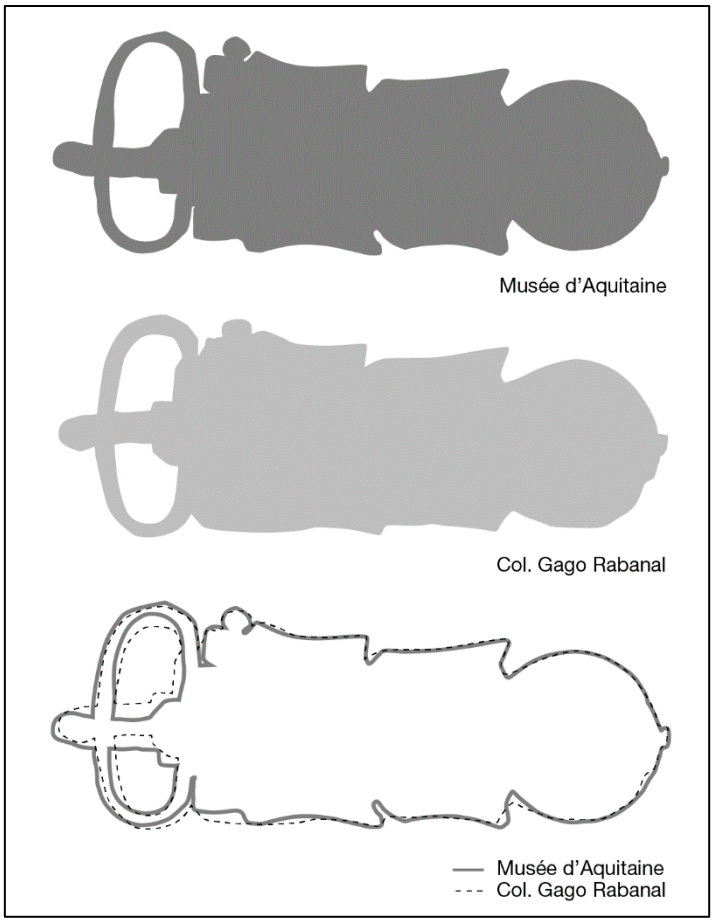
El caso del broche expuesto en el *Museé d´Aquitaine*, en Burdeos, merece una mención aparte, tanto por sus propias características como por la propuesta de posible identificación que hemos realizado recientemente para él (Hierro y Gutiérrez Cuena, e. p.). Se trata de una guarnición de cinturón completa, muy bien conservada y que ha sido creada siguiendo los mismos parámetros técnicos que la mayor parte de las que estamos viendo en este apartado: chapado en latón, recorte de las figuras y embutido de hilos, en este caso, aparentemente, también de latón[216]. La placa es de tipo liriforme, aunque con un perfil muy característico y para el que no existen demasiados paralelos[217], y está dividida en tres campos, dos cuadrangulares y uno circular en el extremo distal. En cada uno de ellos se representa la figura de un cuadrúpedo sin identificar, los dos de la izquierda mirando a la derecha y el del extremo derecho hacia los otros dos, con la cabeza agachada. De ella, además, parece salir una especie de globo, algo que se observa en algún otro ejemplar, con alguna variante, y que está pendiente de una explicación, aunque podría estar indicando gráficamente la emisión de algún sonido. No consta cuál es su lugar de procedencia y sólo se sabe que formaba parte de las colecciones antiguas del museo.

Ese perfil de la pieza, tan característico, mencionado más arriba es lo que nos ha permitido plantear que se trate, en realidad, del broche de cinturón publicado por E. Gago en 1902. Y lo hemos hecho -siempre con las debidas cautelas- porque el parecido entre las siluetas de ambas piezas es, cuanto menos, sorprendente. De hecho, cuando se solapan ambos la coincidencia es enorme, máxime teniendo en cuenta el tiempo transcurrido entre una y otra fotografía, la mala calidad de la antigua, los distintos ángulos de las cámaras y la restauración sufrida por la pieza depositada en el museo bordelés. En la imagen publicada por Gago no se aprecia ningún tipo de decoración en la placa, aunque sí claramente su perfil, lo que podría estar indicando que el hierro había cubierto completamente aquella al oxidarse; como es habitual en este tipo de objetos, aunque sin alcanzar los niveles extremos de otros casos. En contra de la identificación está el hecho de que aquél lo describa como "de bronce", aunque en realidad puede tratarse de un error más corriente de lo que pudiera creerse y para el que conocemos algún ejemplo muy ilustrativo[218].

[216] Aunque en la ficha del Museé d´Aquitaine -amablemente proporcionada por Anne Ziegle, conservadora responsable de la sección de Historia Antigua y Medieval y a quien quiero agradecer aquí de nuevo su ayuda con este asunto- se dice que los materiales son oro y plata, si atendemos a lo que se observa en las fotografías y a los ya numerosos paralelos conocidos, lo más probable es que se trate de latón. Un error de identificación del metal similar se cometió al estudiar y publicar el ejemplar de Las Penas (Serna *et alii*, 2005; Hierro *et alii*, 2006).

[217] Encontramos uno muy semejante, por ejemplo, en la necrópolis de Santa María de la Aldea, en Baltanás (Palencia), aunque fundido en bronce y con decoración de tipo vegetal y dispuesta simétricamente, a lo largo del eje horizontal de la placa (Martín, 2015: 53-54).

[218] Véase, en este mismo trabajo, la descripción periodística, por un testigo visual, del "osculatorio" de bronce de la cueva de Cudón como un "hierrecillo". O, más en la línea de lo sugerido para el caso que estamos tratando, la catalogación en el inventario del Museu Episcopal de Vic de un broche cruciforme de hierro con decoración damasquinada en plata y latón como "de bronce"; circunstancia que hemos conocido por Anna Homs, conservadora de ese museo, a quien quiero agradecer aquí de nuevo su ayuda.



Superposición de perfiles del broche publicado por Gago y el de Burdeos

Hay que tener en cuenta, además, que las placas de hierro conseguidas mediante forja, al contrario que las de bronce fundido hechas a molde, son únicas, resultando altamente improbable que haya dos iguales, lo que hace más llamativo aún el parecido del que estamos hablando. De tratarse de la misma pieza nos encontraríamos ante el octavo objeto de este tipo procedente de un contexto en cueva, lo que supone una parte considerable del total de las guarniciones de cinturón damasquinadas conocidas en la Península y Septimania.

Éstas no son muy habituales dentro del conjunto de la toréutica hispanovisigoda, aunque su conocimiento -y con él su número- ha aumentado significativamente en los últimos años. Al tratarse de piezas sometidas, por sus propias características técnicas y morfológicas, a grandes procesos degenerativos con el paso del tiempo, en muchas ocasiones resulta complicado identificarlas en las excavaciones, como hemos comprobado en algunos de los casos que acabamos de ver. En la mayor parte de ellos y salvo que nos encontremos en entornos realmente excepcionales, la oxidación de las placas de hierro termina por envolver completamente el objeto, ocultando del todo la decoración en latón y plata y confiriéndole el aspecto de un gurruño férrico. Resto que sólo en algunos casos puede ser interpretado, por su forma, como un broche de cinturón mientras que en otros muchos pasa completamente desapercibido y termina olvidado en

algún almacén de museo[219]. Esta particularidad podría explicar por qué no se conocen más piezas de este tipo, aun asumiendo que su presencia debió ser minoritaria frente a los broches en aleación de cobre.

Un listado actual de este tipo de materiales arroja una cifra que ronda los 30 ejemplares, distribuidos por casi toda la Península y el sureste de Francia (*vid*. Hierro, 2018[220]: 186), cuando no sin procedencia conocida y formando parte de las colecciones de distintos museos de Europa y América, y de los que la gran mayoría corresponden a tipos netamente hispánicos y sin paralelos más allá de los territorios que se integraban en el reino de Toledo. En todos los casos conocidos, menos tres, se trata de broches de tipo liriforme -incluyendo en esta categoría a las piezas en forma de U- y, por tanto, de cronología avanzada, coincidente con la que estamos señalando en este trabajo para el Nivel V de la clasificación de Ripoll: la segunda mitad del siglo VII y todo el VIII. Dos de las excepciones, los broches cruciformes burgaleses de Los Moros y del Museo Episcopal de Vic, comparten esa datación, fijada en los mismos términos para sus paralelos en aleación de cobre (Gutiérrez Cuenca y Hierro, 2013). En el caso concreto de los broches con decoración damasquinada, además, existen una serie de indicios que permiten incluso proponer un momento tardío dentro de ese marco temporal señalado y que se va ya al siglo VIII (Hierro, 2018: 188-189). En el caso de la tercera, un pequeño broche rectangular procedente de *Ruscino* (Rébé *et alii*, 2012: 79), la datación es más complicada, ya que se trata de un modelo completamente excepcional hasta la fecha tanto por su forma como por su decoración, aunque también podría ser tardía.

Los broches damasquinados de época visigoda son un producto típicamente hispánico y con acusadas diferencias con los de otras zonas de Europa central y occidental, como la Francia merovingia, Burgundia o los territorios de Italia bajo control longobardo, donde esa técnica se utilizó en guarniciones de cinturón de forma mucho más extensa que aquí. Esas diferencias son morfológicas, técnicas e iconográficas e incluso, hasta cierto punto, cronológicas.

Como ya hemos mencionado, las placas de estos broches, cuando no lo hacen directamente de tipos bizantinos, imitan los modelos liriformes en bronce típicos de la toréutica peninsular de la época, relacionados a su vez con las producciones del Mediterráneo oriental. Sus perfiles no tienen nada que ver con los de las placas

[219] En los tres casos procedentes de cuevas cántabras, Las Penas, La Garma y Portillo del Arenal, así como en el de Los Moros de Quintana Urria se dio precisamente esa situación. Y fueron el "buen ojo" de los arqueólogos y la pericia de las restauradoras los que consiguieron que no corrieran la misma suerte que suponemos para otros muchos. Un ejemplo extremo de esto último podría ser el de los fragmentos de Los Hornucos, presumiblemente pertenecientes a un broche y completamente irrecuperables tras 80 años de olvido.

[220] A los señalados en esa publicación habría que añadir los procedentes de la cueva de Los Moros de Quintana Urria, en Burgos, (Ortega *et alii*, 2017) (*vid. supra*), de Ruscino (Rébé *et alii*, 2012: 79), del poblado de La Genestosa, en Salamanca (García de la Cruz, 2018), de la necrópolis del Tossal de les Basses (Alicante) (Rosser, 2013: 525) y de la ciudad del Tolmo de Minateda (Gamo, 2002: 303), así como un terminal de correa conservado en el MAN (Balmaseda, 2010: 16-17) y una magnífica placa en la Morgan Library & Museum de Nueva York (Adams, 2014: 125).

damasquinadas continentales -merovingias[221], burgundias o lombardas- y sí con las de los productos mediterráneos de inspiración bizantina. Forman parte, por tanto, de lo que algunos autores (Uscatescu y Ruiz Souza, 2014) consideran una "koiné artística mediterránea", en este caso concreto en una vertiente que estaría relacionada con la indumentaria[222].

Desde el punto de vista técnico, al contrario de lo que sucede en el mundo merovingio, donde la plata se usa principalmente para el *placage* y el latón para la incrustación de hilos (Salin, 1957: 169-170), en los ejemplares hispanovisigodos encontramos, sobre todo, grandes chapados en la citada aleación dorada con hilos incrustados y pequeñas placas de plata como complementos decorativos. También se observa la presencia de hilos de latón embutidos, aunque de forma mucho menor. En el caso de los procedentes de cuevas, todos se adaptan en mayor o menor medida a este esquema, a excepción quizá del ejemplar del Portillo del Arenal, donde la proporción entre metales parece haber estado más equilibrada, con chapitas e hilos de ambos tipos, aunque su estado de conservación impide mayores precisiones. Estado de conservación que, en el caso de los restos identificados en Los Hornucos, ni siquiera permite ir más allá de la presencia de hilos de latón -y probablemente también de plata- incrustados en el hierro.

Finalmente, los motivos decorativos de los broches damasquinados hispanovisigodos también son propios y con pocos elementos en común con los continentales, no así, como ya hemos visto, con los del mediterráneo oriental, pese a lo sostenido en algunas ocasiones (Pérez Rodríguez-Aragón, 1999: 455; Tejado, 2011: 444). Las decoraciones de tema animal hispanovisigodas son muy distintas de las burgundias y merovingias, tanto en su ejecución como en los temas tratados[223]. Y en cuanto a las geométricas, la diferencia es tan marcada o incluso más, con motivos que imitan a los de los respectivos broches de bronce de cada territorio.

Además de las guarniciones de cinturón hispanovisigodas, en algunas de las cuevas encontramos otras que remiten a un contexto geográfico y cultural diferente, concretamente al mundo merovingio-aquitano del norte de los Pirineos. En los tres casos se trata, bien de localizaciones septimanas situadas muy cerca de la frontera con los territorios bajo control franco, como Aven de La Boucle y Montou, bien directamente de un lugar situado del otro lado de esa frontera, aunque inmediato al Reino Visigodo, como el Pic d´Alian.

[221] Para la distribución espacial de los broches liriformes, tanto bizantinos como hispanovisigodos, en Francia *vid*. Escher, 2014.

[222] El carácter "mediterráneo" de las guarniciones de cinturón hispanovisigodas de los siglos VII-VIII ya fue señalado desde antiguo por los primeros estudiosos del tema. En cuanto a esa koiné, ha sido teorizada desde el punto de vista de la arquitectura, aunque puede aplicarse perfectamente a la moda. Para una visión más restrictiva de la influencia bizantina en el mediterráneo occidental, dentro de esa misma comunidad cultural, *vid*. López Pérez, 2012.

[223] Algo que ya dejó claro el propio Palol (1957b: 304) cuando afirmó que "los mismos perfiles de los broches de cinturón citados; e incluso la forma estilizada de las representaciones animales, son del todo características de este arte hispánico de inspiración mediterránea y del todo infrecuentes en lo germánico".

En Montou se cita una placa de cinturón de hierro "en U, à contour dentelé (…) comprenant trois rivets plats en alliage cuivreux décorés en périphérie" (Kotarba *et alii*, 2007: 312) que, a tenor de su descripción, parece muy similar a otra procedente de Sant Julià de Ramis (García Jiménez y Vivó, 2003: 180-182) y que encuentra sus mejores paralelos en el mundo merovingio, a finales del siglo VII o inicios del VIII (*vid*. Pinar, 2017: 30). En principio no parece que cuente con decoración mediante la técnica del damasquinado, pese a estar hecha en hierro, aunque sí que está decorada con tres umbos o ribetes de aleación de cobre[224].

La placa de cinturón del Aven de La Boucle (Provost, 1999), por su parte, es de bronce, de tipo aquitano. Es una pieza triangular de buen tamaño, con el extremo distal redondeado y siete umbos o *bossettes* en los bordes, tres en cada lateral y otro más en aquél. Su decoración, incisa, está formada por motivos geométricos: círculos con punto central unidos por líneas dobles, formando una especie de retícula. Se trata, por su tipología, de un ejemplar del Tipo B de Lerenter, que se fecha en la primera mitad del siglo VII (Pinar, 2017: 44-45 y 146).

De la cueva del Pic d´Alian (Marsan, 1993) son una hebilla y un hebijón de base escutiforme que también pertenecen a ese mismo mundo cultural norpirenaico. Del segundo sólo se conoce su existencia, aunque todo apunta a que formaba pareja con la primera. Ésta es una pieza estrecha y de forma ovalada, con una curiosa decoración de pequeños círculos incisos a lo largo de todo su anverso.

Como puede observarse, la -por otra parte, escasa- presencia de este tipo de objetos está directamente relacionada con la localización geográfica de las cuevas de las que proceden; concretamente y como ya se adelantó más arriba, con su cercanía a los territorios de la Francia merovingia[225]. En los territorios peninsulares ese tipo de guarniciones de cinturón son mayoritarias en la región vascona[226] (*vid*. Azkarate y García Camino, 2013) y también están presentes, aunque de forma testimonial, en otras zonas; algunas bastante alejadas de la influencia -cultural, política o del tipo que sea- norpirenaica, como pueden ser Galicia (Blanco *et alii*, 2015: 85) o Madrid (Redondo *et alii*, 2006). Resulta por ello curioso que en la única cueva de territorio vascón en la que aparece un broche de cinturón, la de Los Goros, éste sea de tipo hispanovisigodo y no norpirenaico, como quizá fuera lo esperable. Más aún cuando esa cueva se localiza relativamente cerca -y más al norte- de algunas de las necrópolis más importantes de "facies Aldaieta", como la propia Aldaieta o las de Alegría-Dulantzi. Quizá se deba al azar, ya que, aunque minoritarios, los broches de cinturón liriformes también están presentes en esa zona[227]. O tal vez tenga una explicación cronológica y esté relacionada

[224] Desconozco si en el tiempo transcurrido desde su publicación ha sido objeto de trabajos de restauración que permitan sostener esa afirmación.

[225] A la inversa, los broches liriformes hispanovisigodos son muy escasos en los territorios merovingios, con muy pocos ejemplares documentados (*vid*. Escher, 2014)

[226] Para las implicaciones de este hecho *vid*. Pozo, 2016: 244-247.

[227] Así, por ejemplo, un broche liriforme recuperado en el interior de un silo amortizado en la aldea alavesa de Aistra (Quirós, 2011: 38).

con el carácter tardío de esa guarnición de cinturón en concreto, de su contexto, y del posible cambio en los objetos de prestigio -o, simplemente, de la moda- en esos lugares a finales del siglo VII o ya a lo largo del VIII.

Dejando atrás los broches, hay un grupo de objetos relacionados con el cinturón u otro tipo de correajes presente en algunas de las cuevas y que ha pasado bastante desapercibido para la investigación, cuando no ha sido, directamente, mal interpretado. Se trata de una serie de hebillas de hierro, simples y sin decoración de ningún tipo, de las que existen al menos dos variantes formales principales: las rectangulares con alguno de sus lados estrangulados -o "de costados deprimidos", en palabras de F. Reyes (2002)- y las circulares.

Del primer tipo contamos con tres ejemplares, procedentes uno de la Gruta do Caldeirão, otro de Cueva Larga y un tercero de Montou. La primera, de algo más de 6 cm de longitud, presenta un estrangulamiento tan acusado en su parte central que le da una curiosa forma de 8. La segunda, por su parte, es muy similar a la anterior en tamaño, aunque con un estrechamiento menos acusado de sus laterales. Finalmente, en la tercera, de menor tamaño que las otras dos, sólo uno de los lados largos presenta una curvatura, no tan marcada como las de la primera.



Hebilla de costados deprimidos de Cueva Larga

Aunque no se trata de materiales demasiado abundantes[228], existe una relativamente amplia lista de paralelos procedentes de yacimientos arqueológicos de época visigoda para ellas. De los establecimientos fortificados en altura de Sant Julià de Ramis, Puig Rom (García Jiménez y Vivó, 2003: 182 y 184) y El Castillo de los Monjes (Tejado, 2011: 235 y 347-349), fechados entre mediados del siglo VII y el VIII, proceden cinco,

[228] El hecho de tratarse de hebillas simples de hierro podría estar detrás de esa aparente escasez, ya que muchas pueden haber pasado desapercibidas a los ojos de los investigadores debido a su deficiente estado de conservación.

dos y un ejemplar, respectivamente. Su hallazgo en contextos castrales y lo inusual de su forma y tamaño han hecho que fueran interpretadas por sus publicadores como hebillas pertenecientes a arneses de caballerías[229]. En el caso de la de la Gruta do Caldeirão, tanto ella como su compañera circular también fueron relacionadas con arreos y atalajes de monturas. En este caso concreto, tanto su forma de 8 como su tamaño pudieron estar detrás de su consideración como parte de un freno de caballo (Zilhão, 1992: 116 y 118). Aún fuera del mundo funerario contamos con un nuevo testimonio, esta vez en la ciudad hispanorromana de Uxama, muy cerca del actual Burgo de Osma. Allí, formando parte de un ocultamiento de objetos metálicos fechado vagamente por su descubridora "en el tránsito a la Edad Media", encontramos otro ejemplar del mismo tipo (García Merino, 1995: 76-79 y 131). En cuanto a las procedentes de contextos funerarios, hay un ejemplar de la tumba nº 116 de la necrópolis de Duratón (Segovia) (Molinero, 1948: 40 y lám. XXVIII). De la tumba nº 20, una sepultura arrasada y muy revuelta, de la necrópolis de la Santa Cruz de Valdezate (Burgos) procede un ejemplar muy parecido al de Uxama, de 5 cm de longitud y que apareció acompañado de una pequeña arandela también de hierro[230] (Reyes, 2002: 238-239). Otras dos piezas de este tipo fueron recuperadas en la necrópolis portuguesa de Talaíde (Magalhães, 2014b: 82-84 y lámina XL), donde la procedente de la tumba nº 28 fue considerada por sus descubridores como una hebilla de zapato (Cardoso *et alii*, 1995: 322 y 329) y otra más en el cementerio madrileño de Jardín-El Pelícano (Vigil-Escalera, 2011: 53, fig. 4). Finalmente, en una tumba -estructura 1258- de la necrópolis onubense de La Orden-Seminario también había una hebilla de hierro "de forma ochavada" (Batanero *et alii*, 2016: 109-110), del tipo que estamos viendo[231].

Con lo visto hasta este punto creemos que puede asegurarse que estas hebillas no corresponden en ningún caso a elementos relacionados con las caballerías sino a piezas que, de alguna forma, tienen que ver con el atuendo. Se trate de hebillas de cinturón o de otro tipo de correajes o incluso de cierres de bolsas o mochilas, lo cierto es que su presencia en las tumbas que hemos citado refuerza de manera significativa esa interpretación, al tiempo que permite descartar la otra. Por su tamaño -y también por no aparecer nunca formando parejas en las sepulturas- debe descartarse asimismo la opción de que se trate de hebillas de calzado. La asociación existente en dos de los casos, Gruta

[229] G. García Jiménez y D. Vivó (2003: 182) manejan esta explicación de forma hipotética y también plantean la posibilidad de que las de menor tamaño puedan tener otras funciones, como servir de cierre de bolsas o mochilas. En el caso del único ejemplar de este tipo que he localizado fuera de la península Ibérica, procedente de la aldea merovingia de Develier-Courtételle (Jura, Suiza), sus publicadores también se inclinan por esa interpretación, basándose para ello en el tamaño y la morfología de la pieza (Eschenlohr *et alii*, 2007: 103).

[230] Probablemente, una hebilla circular que ha perdido la aguja (*vid. infra*). Réyes Téllez (2002: 713), que considera a esta última como parte de un correaje, observa esta asociación entre ambas piezas; asociación que se repite en la Gruta do Caldeirão (Zilhão, 1992).

[231] En la misma tumba aparecieron un broche de cinturón de hierro –muy probablemente con decoración damasquinada, aunque se ha publicado sin restaurar- y la una placa de "tipo Almar" (*vid. infra*). Teniendo en cuenta que en su interior se localizaron restos óseos pertenecientes a dos individuos, fruto de la reutilización de la tumba, no resulta demasiado aventurado suponer que la utilización de este tipo de hebillas es compatible con la de otro tipo de elementos relacionados con cinturones y correas.

do Caldeirão y Santa Cruz de Valdezate, entre estas hebillas de costados deprimidos y las circulares de las que trataremos a continuación es sugerente y podría servir para intentar establecer cuál fue su verdadera función. En cualquier caso, sólo la revisión de yacimientos excavados de antiguo y futuros nuevos hallazgos podrán contribuir a aclarar ese aspecto. Nos quedamos, de momento, con ese uso relacionado con la indumentaria y con la conclusión que podemos sacar para interpretar su hallazgo en tres de las cuevas que estamos viendo: la presencia en al menos dos de esos yacimientos, Cueva Larga y la Gruta do Caldeirão, donde este tipo de hebillas se asocian a restos humanos, de "inhumaciones vestidas". En cuanto a su cronología, ya Reyes (2002: 713) las situó, a partir de los hallazgos de Valdezate y Duratón, en los siglos VI-VII, aunque su uso podría alargarse hasta el VIII, teniendo en cuenta algunos de los nuevos contextos señalados más arriba, como La Orden-Seminario o El Castillo de los Monjes, en donde aparecen junto a materiales tardíos, como son los broches de cinturón liriformes con decoración damasquinada. Se trata entonces de un tipo de objeto relacionado con el atuendo que muestra una larga perduración en el tiempo sin sufrir cambios en su morfología, algo que no es muy corriente en los momentos que estamos estudiando.

Como se ha adelantado más arriba, de la Gruta do Caldeirão (Zilhão, 1992: 116 y 118) proviene una de las dos hebillas circulares de hierro procedentes de contextos en cueva que conocemos. La otra se recuperó en el Portillo del Arenal (Valle *et alii*, 1998: 48-49) y, a diferencia de la primera, no está completa y ha perdido la aguja, conservando únicamente un fragmento correspondiente a la zona del enganche con el aro. Se trata en ambos casos de piezas de pequeño tamaño[232] y que no son corrientes en los repertorios de objetos relacionados con la vestimenta de época visigoda, por lo que no contamos con demasiados paralelos para ellas. Sin embargo, los que hay son muy significativos y permiten establecer, sin ninguna duda, tanto su cronología como su funcionalidad como hebillas de correajes, casi con toda probabilidad de cinturón. Los dos primeros proceden de la necrópolis navarra de Sansol[233] (Castiella, 1988: 154 y 209; 1991-92: 233 y 272), de las tumbas nº 2 y nº 7[234], respectivamente, y formaban parte de la indumentaria de los inhumados en ellas. La primera de esas dos sepulturas proporcionó una fecha de ^{14}C de la segunda mitad del siglo VII.[235] que nos permite situar en ese momento el uso de ese tipo de hebillas. Esa datación es refrendada por el siguiente paralelo, una hebilla que apareció en la cintura del difunto que ocupaba la tumba nº 312 de la necrópolis ubicada sobre las ruinas de la villa romana de Veranes, en Gijón (Asturias). Difunto que ha sido fechado, también por ^{14}C, entre mediados del siglo VI y finales del VII. (Fernández Ochoa

[232] Alrededor de 3,5 cm de diámetro la portuguesa y unos 3 cm de diámetro la cántabra.

[233] Yacimiento que, pese a disponer de dos fechas de ^{14}C obtenidas de huesos humanos que lo situaban en los siglos VII-VIII (vid infra) fue erróneamente interpretado como de la Edad del Hierro -como el castro protohistórico sobre el que se asienta- por su excavadora (Castiella, 1988 y 1991-92).

[234] La de esta sepultura había perdido la aguja.

[235] La fecha es la siguiente (Castiella, 1991-92: 274): 1335±15 BP. Calibrada a 2 sigmas proporciona un intervalo entre los años 653 y 688. La otra, obtenida de huesos humanos descontextualizados pero procedentes de la zona de la necrópolis es algo posterior y mucho menos precisa: 1230±30 BP, con un intervalo de probabilidad a dos sigmas situado entre finales del siglo VII y finales del IX.

et alii, 2012: 20-21)[236]. Huelga decir que ambas dataciones absolutas son perfectamente compatibles con la de la Gruta do Caldeirão (*vid. supra*) y que todas ellas nos permiten situar el uso de estas piezas en la sexta y séptima centurias. Hay un gran fragmento de otro posible ejemplar del mismo tipo, aunque quizá con tendencia a una forma ligeramente ovoide, en la necrópolis de Castiltierra, concretamente en la sepultura nº 178 (Arias y Balmaseda, 2015: 410-412). El hecho de que, en esa misma tumba, perteneciente a un único individuo, apareciese también un broche de placa rígida permite suponer el uso simultáneo de ambas guarniciones de cinturón, quizá en dos correas diferentes. También en la sepultura nº 27 de la necrópolis madrileña de Tinto Juan de la Cruz, asociado a varios enterramientos infantiles, apareció otro ejemplar, junto a una argolla y otra hebilla de hierro de forma cuadrada (Barroso *et alii*, 2006: 545-546).



Hebilla circular de Portillo del Arenal

Como ya se señaló para el ejemplar del Portillo del Arenal (Hierro, 2011: 367), este tipo de hebillas circulares de hierro podrían tener su origen en el mundo tardorromano, concretamente en las de "Tipo Olmeda"[237] (Aurrecoechea, 2001: 172-176), aunque el lapso de tiempo transcurrido entre los siglos IV-V y el VII parece demasiado grande como para dar por hecha una perduración que, por otra parte, no se observa en el resto de elementos relacionados con la indumentaria. Quizá resulte más fácil pensar en la "reinvención", en época visigoda y sin vínculos con el pasado, de un objeto tan simple y funcional como es una hebilla circular de hierro. En cualquier caso y tenga o no esos antecedentes de los siglos IV-V, se trata de un tipo de hebillas usadas sin ningún género de dudas en los siglos VI-VII. Y como ocurre con las anteriores, su presencia en las cuevas refuerza la idea de las "inhumaciones vestidas" en su interior, aunque en los dos casos a los que afecta, la Gruta do Caldeirão y el Portillo del Arenal, éstas habían sido ya sugeridas por otros materiales relacionados sin ninguna duda con la indumentaria.

[236] En la publicación no se da la fecha, sino los resultados de la calibración a dos sigmas.

[237] Hebillas de hierro del mismo tipo fueron halladas, por ejemplo, en las tumbas nº 12, nº 62 y nº 91 de la necrópolis Norte de La Olmeda (Abásolo *et alii*, 1997: 16-17, 70-72 y 107-109) y en superficie en la de La Morterona, muy cercana a la anterior (Abásolo *et alii*, 1984: 10 y 12).

En las cuevas de Los Goros -por partida doble- y El Asno se recuperaron fragmentos de sendos objetos de hierro de un tipo muy peculiar[238], cuya interpretación resulta controvertida (*vid.* Hierro 2018: 180-184) y sobre los que voy a detenerme en este punto. En el caso del primer ejemplar del yacimiento alavés, se trata de una placa casi completa, a la que le faltan únicamente los apéndices de los extremos y que fue erróneamente interpretada por Palol (1957) como una podadera, sin duda por la forma marcadamente curva de uno de sus lados. La segunda pieza, por su parte, fue recogida en una exploración llevada a cabo en los años 80 por miembros del Grupo Espeleológico Alavés y procede de otra zona distinta del complejo kárstico. Se trata de algo más de la mitad de una placa completa y está fragmentada en varios trozos. Clasificada en su momento como posible cuchillo, estaba inédita y ha sido correctamente reconstruida e identificada durante los trabajos de revisión de materiales llevados a cabo en el BIBAT con motivo de esta tesis. Finalmente, los fragmentos del ejemplar de El Asno fueron interpretados en el momento de su hallazgo como partes de hachas, habiendo sido identificados como lo que realmente son por el autor de estas líneas hace unos años[239].



Nueva placa, incompleta, de Los Goros

El número de yacimientos en los que aparecen este tipo de objetos es relativamente amplio, distribuyéndose aquellos por toda la Península y el sureste de Francia, la

[238] A falta de una identificación funcional definitiva -que, sin duda, llegará más temprano que tarde- y aceptando tanto su utilización como elementos portables y, de un modo u otro, relacionados con el atuendo como la imposibilidad, que se razonará más adelante, de que se trate de herramientas destinadas al trabajo de la piel o de cualquier otra materia, he decidido utilizar la denominación placa de "tipo Almar" para designar a los objetos de este tipo. La referencia a Almar, obviamente, tiene que ver con la pizarra figurada de San Vicente de Río Almar (*vid. infra*), mientras que la elección de nombre "placa" está fundamentada en la primera acepción que da para esa palabra el diccionario de la RAE: "Plancha de metal u otra materia, en general rígida y poco gruesa".

[239] http://mauranus.blogspot.com/2012/03/descarnadores-una-nueva-interpretacion.html

Septimania visigoda. Son, sin un orden especial y salvando los ya mencionados, las aldeas de La Cabilda (Hoyo de Manzanares, Madrid) y Navalahija[240] (Colmenar Viejo, Madrid), *Ruscino* (Perpignan, Francia) (Raux y Savarese, 2014), el *castellum* de Sant Julià de Ramis (Girona) (Burch *et alii*, 2009: 113), el complejo monástico de El Bovalar (Serós, Lérida) (Sales, 2015) y las necrópolis de Los Colmenares (Almodóvar del Pinar, Cuenca) (López Ruiz *et alii*, 2007: 521), Retorta (Boliqueime, PT) (Magalhães, 2014: 242 y lám. CXXVII, figs. 630-634), Carpio de Tajo (Toledo) (Ripoll, 1993-1994: 214 y 219, fig. 15), Madrona (Segovia) (Molinero, 1971: 59 y lám. LXXXII), Loma Eugenia (Hellín, Albacete) (Gutiérrez Lloret y Grau, 2012: 186), Palous (Camarasa, Lérida) (Solanés y Alós, 2003), La Orden-Seminario (Huelva) (Batanero *et alii*, 2016: 110), Las Huertas (Pedrera, Sevilla) (Fernández Gómez *et alii*, 1984: 285-288), La Indiana (Pinto, Madrid) (Morín *et alii*, 2006: 575, foto 12 y 578) y El Ochavillo (Hornachuelos, Córdoba) (Rodero y Asensi, 2008: 292)[241].



Tres fragmentos de placa (en el medio, abajo) de El Asno (Eiroa, 1979)

La interpretación tradicional de este tipo de objetos, en ausencia de trabajos sistemáticos hasta fechas muy recientes, ha oscilado entre considerarlos herramientas agrícolas, como en el caso de Los Goros[242], o identificarlos como partes de armas, cuchillos[243] o hachas,

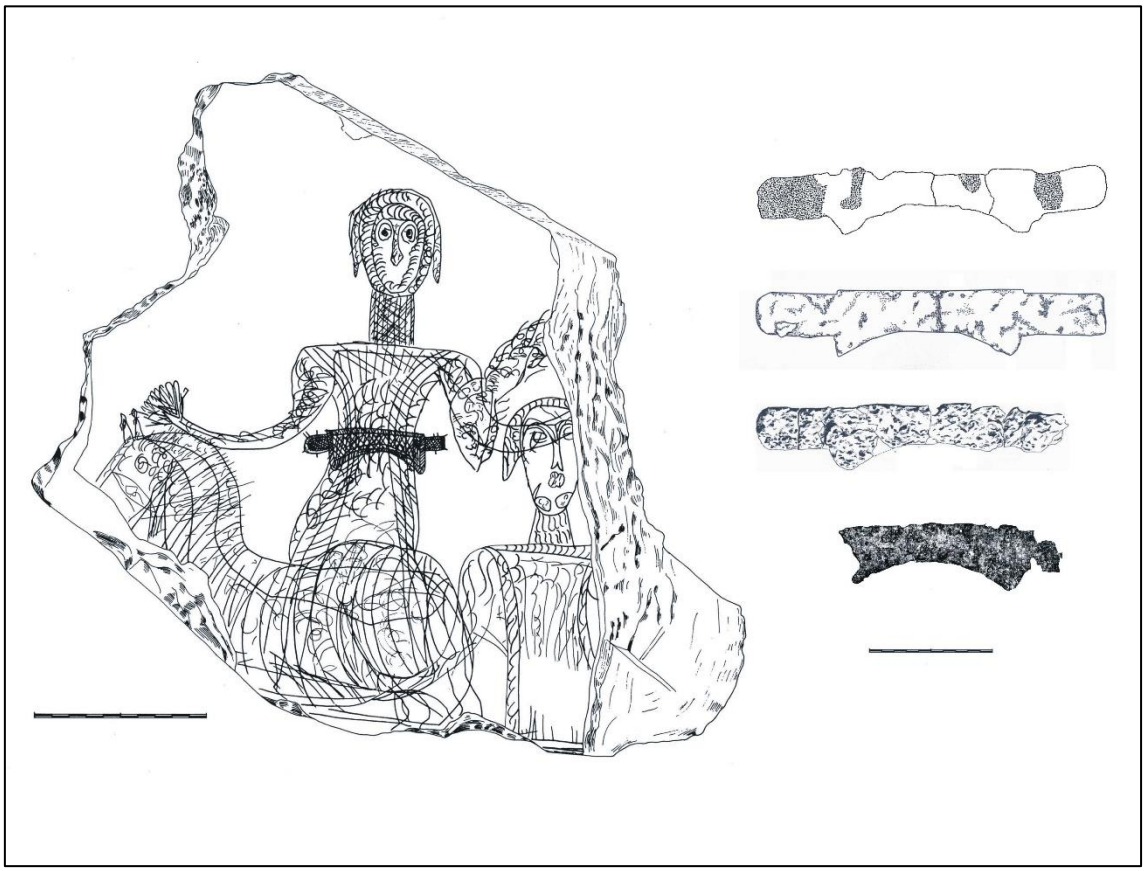
[240] Quiero agradecer aquí la ayuda de Rosario Gómez Osuna y Elvira García Aragón con estos ejemplares madrileños, cuya existencia he conocido gracias a ellas.

[241] Es más que probable que una revisión de los materiales procedentes de excavaciones de yacimientos de época visigoda -sobre todo necrópolis, aunque no sólo- aumente considerablemente la nómina de los lugares de hallazgo de este tipo de objetos, ya que, debido en muchos casos a su deficiente conservación y al desconocimiento de su tipología y paralelos, han sido muy difíciles de identificar hasta hace fechas recientes.

[242] O de los de las necrópolis de Madrona (Segovia) (Molinero, 1971) o de Las Huertas (Sevilla) (Fernández Gómez *et alii*, 1984), donde también fueron interpretados como podaderas.

[243] Por ejemplo, los de La indiana (Madrid) (Morín *et alii*, 2006) o Retorta (Portugal) (Magalhães, 2014), por su parte, fueron interpretados como cuchillos, debido sin duda a su estado fragmentario.

como en el caso del segundo ejemplar de esa misma cueva o en El Asno, respectivamente. Reconocidos desde antiguo, no llamaron la atención de los investigadores hasta el hallazgo del ejemplar de la tumba nº 4 de la necrópolis de Palous (Camarasa, Lleida) (Solanés y Alós, 2003), que fue interpretado como una herramienta destinada al trabajo de la piel; concretamente, un hierro de pelar[244]. Esa idea ha sido asumida por otros investigadores (Burch *et alii*, 2009: 113; Sales, 2013 y 2015; Batanero *et alii*, 2016: 110) y aparece hoy en día como la más extendida, aunque, en algunos casos, con ciertos matices[245] (Raux y Savarese, 2014: 211-212). Sin embargo, existen, en mi opinión, serias objeciones[246] que impiden asumir esa interpretación, comenzando por la aparición de un objeto de este tipo en la que es una de las mejores muestras -si no la mejor- de representación figurada de época visigoda conocidas hasta la fecha: la pizarra de San Vicente de Río Almar (Santonja y Moreno, 1991).



Pizarra de San Vicente de Río Almar y placas de Palous, Sant Julià de Ramis, Madrona y Los Goros (*vid*. Hierro, 2018)

Interpretada como una escena de carácter apocalíptico -la mujer sobre la bestia escarlata- tanto por sus descubridores como por otros autores con posterioridad (*Ibidem*; Morín,

[244] Se trata de un instrumento utilizado en los trabajos de curtido de pieles, concretamente en la "fase de ribera". Consiste en una cuchilla, en este caso sin filo, con la que se eliminan, mediante un raspado, los pelos de las pieles. Morfológicamente son idénticos a los "hierros de descarnar", aunque estos últimos sí cuentan con filo, ya que se utilizan para eliminar los restos de carne y grasa adheridos a las pieles.

[245] Estos autores (Raux y Savarese, 2014: 211-212) proponen, además del ya mencionado, un uso alternativo como un posible útil destinado al trabajo de fibras vegetales.

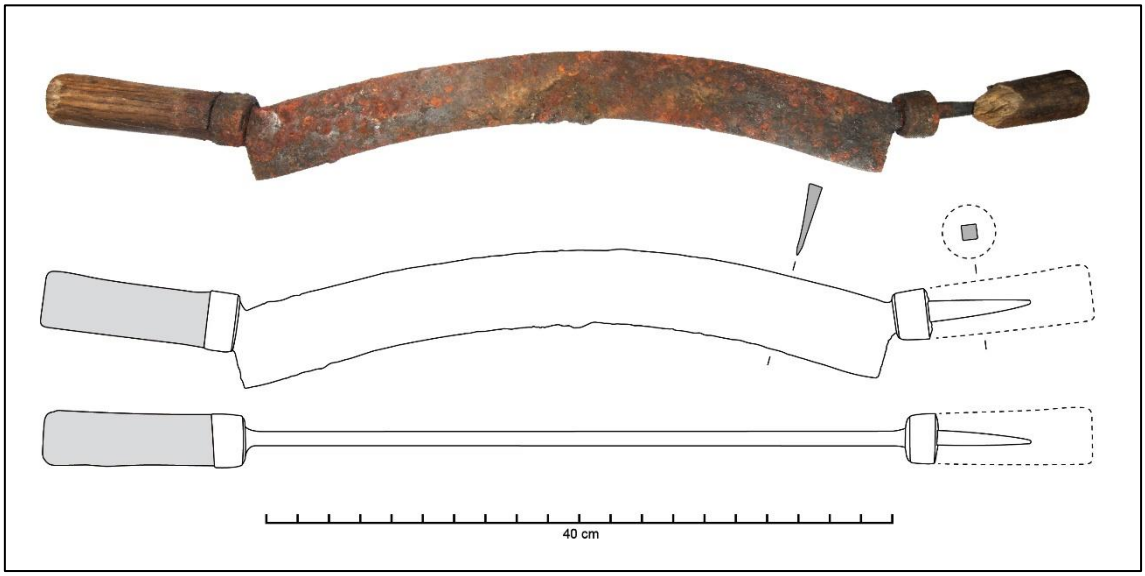
[246] Una parte de ellas han sido expuestas en un trabajo reciente (Hierro, 2018).

2005), este excepcional testimonio gráfico muestra dos figuras humanas vestidas con grandes ropajes, una incompleta de pie y otra sentada "a la amazona" sobre un caballo, ambas en posición orante, con los brazos extendidos hacia los lados y ligeramente levantados. La segunda de ellas porta, en su cintura, una placa como las que estamos estudiando, representada con un elevadísimo nivel de detalle[247]; lo que permite su identificación sin ningún género de duda. Esa presencia permite proponer un uso de ese tipo de piezas como elementos relacionados con el atuendo -o al menos como objetos que están asociados a la vestimenta, bien como elementos decorativos, bien con alguna función utilitaria que, de momento, nos es desconocida- y descartar que se trate de algún tipo de útil, ya que su posición en la cintura de la figura, frontalmente, resultaría completamente absurda para un objeto de ese tipo. Sólo con este referente iconográfico resultaría muy difícil sostener la interpretación de esas placas como "hierros de pelar", "hierros de descarnar" u otro tipo de objetos relacionados con el trabajo de las pieles, pero es que, aun obviándolo como ha hecho -incomprensiblemente- hasta la fecha gran parte de la investigación, los contras son bastante más que los pros, si los analizamos en profundidad.

Y es que, pese a la primera impresión y al parecido formal que se aprecia entre esos objetos y los hierros de pelar o descarnar utilizados en los trabajos de curtido de pieles, la observación detallada y la comparación con instrumentos de ese tipo de distintos periodos históricos ofrecen un panorama muy diferente y evidencian unas diferencias morfológicas tan importantes que permiten rechazar esa interpretación. Aunque no son muchos los ejemplares conocidos de época romana, en todos los casos, procedentes de distintos yacimientos, como Pompeya, Aquileia o Maguncia, se observan dorsos curvos y enmangues en espiga (Gaitzch, 1980: nº 132 y 174; Leguilloux, 2004: 16-18). Al igual que ocurre con la herramienta de curtidor del yacimiento romano del siglo III, de tipo *vicus*, de Horbourg-Wihr (Higelin, 2015: 65 y lámina 14), recuperado del fondo de un pozo en unas condiciones de conservación excepcionales. La pieza muestra ese dorso marcadamente curvo ya mencionado y conserva incluso los enmangues de madera de fresno. Estos, de forma cilíndrica, están insertados en sendas espigas triangulares, alargadas y de sección cuadrada, con otras tantas virolas de hierro en sus extremos proximales destinadas a facilitar la sujeción. Una herramienta, por otra parte, idéntica formalmente a las que aparecen en ilustraciones de época moderna y contemporánea (Leguilloux, 2004: 19) y a las que han llegado prácticamente hasta nuestros días, en otro claro ejemplo de lo poco o nada que cambian algunos instrumentos a lo largo de los siglos cuando su diseño es perfecto para el trabajo a llevar a cabo con ellos. Y frente a esa uniformidad secular, a esos ejemplares iguales en época romana y en época contemporánea, encontramos estos presuntos hierros de pelar o descarnar con un diseño diferente y, todo hay que decirlo, poco o nada adecuado a la función que se propone para

[247] Tanto es así que son perfectamente apreciables las diferencias entre sus dos apéndices laterales, tal y como ocurre con las piezas recuperadas en contextos arqueológicos: redondeado el de la izquierda -siempre según se mira y desde el punto de vista del espectador- y rectangular con las esquinas redondeadas el de la derecha. Además, esos detalles mencionados permiten suponer la existencia de algún tipo de recubrimiento y/o forro -presumiblemente de madera y piel- sobre el objeto metálico.

ellos. El caso del sistema de enmangue es el más clarificador, ya que, en los supuestos cuchillos de curtidor de época visigoda, de ser correcta su interpretación y las propuestas al respecto de los defensores de esta teoría, las prolongaciones de los extremos serían las espigas para el enmangado. Basta una ojeada a sus dimensiones para descartar completamente que esos presuntos enmangues fuesen como los que hemos visto en el ejemplar alsaciano citado más arriba, pues tendrían un diámetro inabarcable para cualquier mano. Resulta ciertamente complicado pensar en cualquier otro tipo de enmangue -¿cuadrangular aplanado?- por una mera cuestión de ergonomía pero es que, además, la pizarra de San Vicente de Río Almar muestra claramente que esos objetos no iban enmangados. En ese testimonio gráfico excepcional se aprecian perfectamente las prolongaciones laterales de la pieza con sus formas características, una redondeada y otra cuadrada con las esquinas redondeadas; algo que se repite en todos los ejemplares conocidos hasta la fecha, como ya se ha señalado. Y eso pese a que, como también se aprecia en el grabado, la placa estaba cubierta por un forro, funda o similar, probablemente de madera y quizá también piel o algún tipo de tejido. Resulta evidente que, de haber tenido algún tipo de enmangue, por sutil que fuese, la distinción formal entre ambos extremos no existiría, salvo que aceptemos que el objeto contaba con dos mangos no sólo tan grandes que lo hacían inmanejable sino también distintos el uno del otro en todos y cada uno de los casos y morfológicamente idénticos a las presuntas espigas mediante las que se unían al objeto.



Herramienta de curtidor romana de Horbourg-Wihr, según Higuelin, 2015

Otro aspecto que llama la atención es el de su pequeño tamaño, algo que ha sido señalado incluso por una de las principales defensoras de su uso como herramientas de curtidor y que le ha llevado a proponer para ellas un uso especializado en el trabajo de pieles de pequeño tamaño para la elaboración de pergamino (Sales, 2013: 493; 2015: 446). La longitud total de los ejemplares de Loma Eugenia, Palous y Sant Julià de Ramis no supera los 30 cm, llegando a esa cifra en el caso del de La Orden-Seminario y sobrepasándola a

duras penas en el de los dos de Los Goros[248]. Sólo las dos placas de Ruscino, con sus 35 y 38 cm, respectivamente, se aproximarían algo a los 43 cm de longitud total que señala la Enciclopedia para ese tipo de objetos en el siglo XVIII. La comparación con los ejemplares de época romana permite insistir en lo expuesto. Valga el ejemplo del ya citado de Horbourg-Wihr, con una longitud total de 63 cm y una anchura máxima de 8,5 cm (Higuelin, 2015: 186), aunque el resto de los ejemplares conocidos se sitúan en esos parámetros (Leguilloux, 2004: 17-18). Sin embargo, en la gran mayoría de los casos de los presuntos "hierros de pelar/descarnar" hispanovisigodos, la superficie "útil" de las piezas, la cóncava, estaría limitada a alrededor de 20 cm, si no menos, algo que debería ir unido al uso de un caballete sobre el que trabajar de un tamaño también reducido y acorde al de los presuntos hierros de pelar. Huelga decir que esa uniformidad en las dimensiones tampoco se corresponde con lo esperable en un conjunto disperso y variado de herramientas, como ante el que se supone que nos encontramos. En su lugar lo propio sería que estuviese formado por instrumentos de tamaños diversos, adaptados a los de las distintas pieles a curtir. En el caso ya señalado de El Bovalar se ha solventado ese problema señalando a la fabricación de pergaminos, pero esa hipótesis, que podría servir para un centro monástico como ése y para una concentración puntual de piezas, no parece aplicable al conjunto de hallazgos ni a sus diferentes contextos, entre los que sobresalen por su número los sepulcrales. Si la producción de pergamino era tan especializada y estaba localizada en los centros monásticos, ¿cómo se explica la presencia de esas herramientas tan específicas en cementerios que nada tienen que ver con monasterios, en aldeas o en cuevas en las que se han depositado cadáveres? ¿Y por qué, de todas las herramientas relacionadas con el trabajo de las pieles, las únicas representadas -y de qué forma- en el registro arqueológico de época visigoda son éstas? No es necesario insistir en este punto (*vid. infra*) en la ausencia casi total de útiles y herramientas de cualquier tipo en el interior de sepulturas en el registro arqueológico peninsular de época visigoda, una situación que convertiría estos presuntos "hierros de pelar/descarnar" en algo completamente excepcional y muy llamativo. Tanto que, de ser considerados como tales, constituirían cerca del 100% de las herramientas recuperadas en contextos funerarios al uso hispanovisigodos, algo que resulta estadísticamente insostenible y, por tanto, completamente inverosímil.

Por todo lo expuesto hasta este punto creo que no podemos considerar las placas de "tipo Almar" como herramientas sino como elementos relacionados con el atuendo o que, por los motivos que fueran, se portaban en la cintura[249]. Quizá tuvieran algún sentido simbólico[250] o tal vez su función fuera más prosaica y formaran parte de los propios cinturones o de algún tipo de bolso o escarcela que se suspendiese de aquellos, aunque en el estado actual de nuestros conocimientos no se puede ir mucho más allá. En cuanto a sus contextos de aparición en las cuevas, el de Los Goros parece claramente sepulcral,

[248] En estos dos casos se trata de un cálculo aproximado, ya que ninguno de los dos ejemplares está completo.

[249] Ya se ha señalado en otro trabajo (Hierro, 2018) que los pequeños orificios alineados con su lado recto superior probablemente tuvieran la función de permitir sujetar la pieza a un cinturón o similar.

[250] ¿Identificadores de estatus, símbolos religiosos?

por lo que su presencia en esa cavidad estaría relacionada con la existencia en su interior de inhumaciones vestidas de finales de época visigoda[251], algo ya sabido gracias a la presencia del broche de cinturón damasquinado. No puede relacionarse, dada la escasez de objetos metálicos, con un ocultamiento de objetos de ese tipo, como sí que parece probable en el caso de El Asno, donde esa posibilidad cuenta con buenos argumentos a su favor, como veremos más adelante. Esa situación no es extraña y cuenta con un buen paralelo en el silo RUS 1986 J20 015-016-017 de *Ruscino* (Rébé *et alii*, 2014: 73-90) donde aparecen dos placas de ese tipo formando parte de un importante conjunto de objetos metálicos de todo tipo -herramientas y útiles, recipientes, objetos de atuendo[252] e incluso armas, entre otros- datado, por tipocronologías y contexto, en el siglo VIII.

Un comentario aparte merecen, por sus propias peculiaridades, las tres fíbulas recuperadas en otras tantas cuevas de esta lista. Se trata de los yacimientos de l´Alborá, La Garma A y La Fresneda 1 y en todos los casos los prendedores son de tipo anular "en omega", uno de los modelos más fácilmente reconocibles y, a la vez, más difíciles de datar de todos los existentes en el registro arqueológico peninsular, ya que permanecen en uso durante varios siglos.

Aunque se trata de un modelo con una larga historia a sus espaldas, lo cierto es que la presencia de fíbulas "en omega" en yacimientos de época visigoda no sólo no es extraña, sino relativamente habitual. Hay buenos ejemplos en necrópolis como Castiltierra (Mariné, 2017: 105-106), Aldaieta (Azkarate, 1999: 89, 379 y 388), Carpio de Tajo (Ripoll, 1993-94: 224 y 227, sep. 248) y otras muchas. Sin embargo, también es cierto que, en términos generales, este tipo de objetos desaparecen del registro arqueológico según avanza el siglo VII, para estar completamente ausentes en la última fase de la cultura material hispanovisigoda, la caracterizada por la presencia de los broches de cinturón de tipo liriforme. Desaparición que va pareja, en términos generales y salvo contadas excepciones[253], a la de cualquier otro tipo de fíbulas, algo que podría estar relacionado con un cambio en la moda y las formas de vestir; coincidente, además, con esa implantación masiva de guarniciones de cinturón de estilo mediterráneo.

[251] Tanto la cronología tardía (ss. VII-VIII) como la adscripción exclusivamente hispanovisigoda de las placas de "tipo Almar" parecen claras, a tenor de la distribución de los hallazgos y de la datación de estos (Hierro, 2018: 182-183).

[252] La presencia de broches de cinturón -como elementos relacionados con el atuendo más destacados- formando parte de esos conjuntos de materiales metálicos es relativamente frecuente, como atestiguan, por ejemplo, los casos de Vadillo (Dohijo, 2011: 171-172 y 492) o *Contrebia Leucade* (Hernández Vera *et alii*, 2001: 16-17). En el caso del silo de *Ruscino*, un broche de cinturón de hierro con decoración damasquinada en plata también formaba parte del lote y es con él y no con las herramientas, pese a la interpretación de sus publicadores, con el que hay que relacionar las dos placas de "tipo Almar".

[253] Encontramos una de esas excepciones en la tumba nº 3 de las excavadas en un solar de la calle Pintor Palomino de Córdoba (Pérez Maestro *et alii*, 2010: 1088), donde, entre otros materiales, se recuperaron un triente de Egica-Witiza fechado en los años 698-702 y una fíbula de arco a todas luces mucho más antigua. Quiero agradecer a Juan Manuel Piñero Palacios la información acerca de la tumba y, en este caso concreto, sobre la fíbula.

En los tres casos que acabamos de ver llaman la atención tres cosas: su pequeño tamaño -que ronda los 3 cm de diámetro máximo- y la ausencia tanto de los remates de los extremos como de la aguja[254]. Esas características las alejan de las fíbulas "en omega" conocidas -y en uso- en época visigoda y, por el contrario, las acercan, al menos formalmente, a los pendientes de bronce amorcillados o *en croissant* que siguen utilizándose hasta momentos tardíos (*vid. infra*). Por eso creo que puede proponerse una explicación alternativa a la presencia de "omegas" con esas características mencionadas en contextos de época visigoda, significativamente en los de cronología más avanzada, como serían La Garma A y La Fresneda[255]: la reutilización de piezas antiguas de ese tipo, una vez eliminados los remates y la aguja, como pendientes de sujeción por presión, imitando a los que tienen forma de creciente, típicos de ese momento. De ser correcta esta propuesta, no habría que explicar la presencia de objetos como esos en contextos tardíos como intrusiones o solapamientos con ocupaciones más antiguas, sino como una muestra más de *ornamenta*; en el caso de contextos sepulcrales, con otra evidencia de la práctica de la "inhumación vestida".

Siguiendo con ese apartado, los anillos son los elementos relacionados con el adorno personal con una mayor presencia en las cuevas y los encontramos en doce de los yacimientos. En su mayor parte se trata de ejemplares de bronce y apenas contamos con información sobre ellos, más allá de su mera existencia. En los casos mejor conocidos se incluyen dentro de los tipos más habituales en el mundo hispanovisigodo (*vid*. Reinhart, 1947) aunque, como veremos a continuación, hay alguna notable excepción.

Esa excepción procede de Riocueva y se trata de un pequeño anillo de oro con una decoración conseguida mediante el punzonado con un objeto con punta en V. Ésta está compuesta por cuatro motivos vagamente semicirculares afrontados de dos en dos e insertos en un campo cuadrangular en la zona central y por tres líneas convergentes, abiertas hacia el centro, en cada lateral. El motivo central se presta a distintas interpretaciones, tanto como un conjunto de letras como una decoración de tipo geométrico. En el primer caso, que es la que nos parece más probable (Gutiérrez Cuenca

[254] En los ejemplares procedentes de necrópolis con fechas de los siglos VI-VII se conserva al menos una de esas dos partes, cuando no las dos. Así, los tres ejemplares de Castiltierra (Mariné, 2017: 105-106), el de Carpio del Tajo (Ripoll, 1993-94: 224 y 227, sep. 248), el de Cacera de las Ranas (Ardanaz, 2000: 122) o el de Camino de los Afligidos (Méndez y Rascón, 1989: 124 y 127, nº 16), por citar únicamente una selección de yacimientos, son fíbulas completamente funcionales, con sus respectivas agujas, y que conservan los remates decorativos de los extremos en los dos primeros casos o han perdió uno o los dos en el de los otros dos, respectivamente. En Aldaieta (Azkarate, 1999: 89, 379 y 388) una de las dos también está completa, mientras que a la segunda le falta la aguja, no así los remates.

[255] El caso de la cueva de l´Alborá (Adán *et alii*, 2007) es más complejo, ya que, de ser correcta la interpretación del yacimiento y la extensión de la fecha absoluta obtenida de un carbón a los restos humanos y fechar así el enterramiento entre inicios del siglo V y comienzos del VII, el uso de una fíbula "en omega" como prendedor de la ropa de los inhumados en ella no sería en absoluto extraño. Aunque tampoco lo sería en esas fechas la presencia de un pendiente amorcillado de bronce (*vid*. Stutz, 2000: 35-37) o, en su defecto, de su imitación a partir de una fíbula anular reutilizada. Como ya se ha mencionado, la "omega" de l´Alborá tiene las tres características que permiten interpretarla en el segundo de esos sentidos: pequeño tamaño y ausencia de remates y de aguja.

y Hierro, 2015), se ha propuesto -en el orden de lectura: izquierda, abajo, arriba, derecha- la presencia de las letras P A V y L, que formarían el nombre *Pavla* o parte de *Pavlvs*.



Anillo de oro de Riocueva

Aunque esta forma de colocar letras en un anillo que recuerda a los monogramas cruciformes, en este caso sin la cruz, no es habitual, existe al menos otro ejemplo de época visigoda en la que se observa una disposición muy similar. Se trata de un anillo de bronce de la necrópolis turolense de Virgen de la Peña (Laliena y Ortega, 2005: 102-103), en el que las letras E M V y C están situadas de la misma manera que en el ejemplar de Riocueva, aunque hay que decir que, en el caso aragonés, su carácter de letras es más evidente y no admite explicación alternativa. Ésta, en el cántabro, pasa por interpretar los cuatro trazos no como letras sino como medias lunas o segmentos de círculo afrontados, formando un motivo decorativo relativamente habitual en época visigoda. La principal pega a esta interpretación está en las diferencias entre los signos y, especialmente, en forma del de la derecha -la presunta L- de lados rectos y con un ángulo muy marcado, algo que no se corresponde con lo esperable en este tipo de decoración. Sin embargo, un anillo procedente de Herrera de Pisuerga[256] con un motivo semejante y una ejecución del trazo de la derecha muy parecido al de Riocueva -y en el que no es posible una lectura como letras de ninguno de ellos- deja abierta la posibilidad de que esta segunda interpretación sea correcta y que las particularidades de los signos se deban a una

[256] La pieza se conserva en el Museo de Palencia. Agradezco a Carmelo Fernández Ibáñez su ayuda con este asunto.

deficiente ejecución de los mismos por parte del orfebre. Una tercera explicación sería la de interpretar el dibujo que perfilan los trazos como un símbolo, concretamente en este caso como una letra *Aleph* del alfabeto hebreo[257], aunque no me parece muy probable, atendiendo a la falta de paralelos de época y a la ausencia de otros elementos que permitan proponer el carácter judío de los enterrados en la cueva.

En Riocueva, además, se recuperó la mitad de otro anillo, de bronce esta vez, con una decoración a base de pequeñas líneas paralelas verticales que forman sendas orlas, superior e inferior, en su zona central. Es una pieza para la que, sin salir de Cantabria, encontramos buenos paralelos en la colección de la necrópolis de Santa María de Hito (Gutiérrez Cuenca, 2015: 356-362). Los mismos paralelos que podemos manejar para uno de los dos anillos de Cueva Larga, concretamente para el de cinta, decorado con sendas orlas, superior e inferior, a base de pequeñas líneas curvas paralelas y una serie de incisiones triangulares más profundas a lo largo de la zona central. El otro ejemplar, por su parte, es un aro de sección circular que se encuentra incompleto.



Anillo de bronce de Riocueva

Tres anillos de bronce y otro de hierro fueron encontrados en Las Penas (Serna *et alii*, 2005). De los primeros, uno, completo, es de cinta con ensanchamiento central formando un chatón y, aunque está bien conservado, la corrosión impide apreciar si estaba decorado, como sería de esperar. De otro apenas se conserva parte del aro, fino y de sección circular, mientras que el último, también un aro de sección circular con ambos extremos aplastados, ha perdido el chatón que iría soldado justo en ese punto. Finalmente, el de hierro también cuenta con un ensanchamiento central en forma de chatón. En este último, que estaba roto y había perdido aproximadamente la mitad de su cuerpo, no se observó la presencia de decoración. Los anillos de hierro no son frecuentes en estos momentos, aunque tampoco desconocidos. Sin salir de Cantabria y en una sepultura de El Conventón

[257] Agradezco su comentario en este sentido a Ana Labarta.

de Rebolledo, fechada hacia el siglo VI, se recuperó uno, con chatón y probablemente con decoración damasquinada (Gutiérrez Cuenca y Hierro, 2015: 204).

De Cueva Foradada procede un interesante conjunto de anillos (Barandiarán, 1973). En los tres casos los aros y sus respectivos chatones aparecieron por separado, por lo que han sido "reconstruidos". Aunque en la publicación se señala que dos son de bronce y uno de plata, en las fichas del Museo de Huesca[258] constan como de bronce todos ellos. Los tres son del mismo tipo, con aros de sección circular y grandes chatones decorados también circulares. Las diferencias estriban en la decoración, con una leyenda ilegible alrededor de un pequeño motivo con forma de estrella en uno de ellos[259], un motivo reticulado, formando rombos con puntos en el centro en otro, y una escena con animales enfrentados, que ha sido interpretada como un combate entre dos alacranes pero que también podría estar formada por dos aves[260], en el tercero. Aunque no hay paralelos exactos, sí que se conocen algunos ejemplares similares (*vid*. Reinhart, 1947). Es probable que uno de los ejemplares de Las Penas de los que se acaba de hablar más arriba también fuera de este tipo, atendiendo a las similitudes de los aros, lo único conservado en el caso cántabro.

Aunque ha sido publicado como de época romana, el anillo de la Gruta do Caldeirão (Zilhão, 1992: 116) podría ser perfectamente de época visigoda[261], donde su tipología no desentona en absoluto. Se trata de un aro de bronce sencillo, de sección circular y que termina doblado sobre sí mismo, sin decoración.

Los dos ejemplares de la Grotte des Ancêtres (Coiffé y Boudartchouk, 2019) presentan menos dudas, ya que provienen de un contexto bien datado y en el que no hay objetos de otros periodos. El primero es un anillo de bronce, de cinta aplanada y con un ensanchamiento central a modo de chatón en el que no se aprecia ninguna decoración. Cuenta con buenos paralelos, en la necrópolis de Aldaieta, donde hay anillos similares, por ejemplo, en el grupo de enterramientos B48-B53 o en la tumba B76 (Azkarate, 1999: 259 y ss. y 354 y ss.), o en Santa María de Hito (Gutiérrez Cuenca, 2015: 356-362), entre otros. El segundo, por su parte, es del mismo metal, aunque de un tipo completamente distinto. Tiene un aro fino de sección circular y un ensanchamiento central ovalado, separado del aro por sendas escotaduras en sus extremos. En el chatón, una orla incisa rodea una inscripción en la que se han leído tres letras en negativo -C R S- lo que aboga

[258] Consultadas en el portal "Ceres. Colecciones en red", en www.ceres.mcu.es.

[259] Interpretada como el nombre del propietario y leída como *IVANNIES* o *INAVVIE* por Barandiarán (1973: 26) o *INNAVIS* o *IVVANIS*, en el otro sentido, en la ficha del museo. En cualquier caso, ninguna de las propuestas parece corresponderse con un antropónimo conocido.

[260] Aunque la composición, como suele ser habitual en estos casos, no es precisamente realista y cuesta identificar unos u otros animales en ella, algunos detalles, como la posible presencia de cabezas conseguidas mediante puntos de las que salen picos muy curvos, hace que considere verosímil la opción de las aves.

[261] La pieza apareció muy cerca de los otros objetos con esa cronología, dentro de la sala funeraria y también en la misma zona del hueso humano datado por ^{14}C en época visigoda. Concretamente en el cuadro P12, mientras que los otros restos citados, incluyendo la muestra datada, provienen de los cuadros P10 y P11 (Zilhão, 1992).

por su uso como sello[262]. Algunos anillos similares, procedentes de la necrópolis de Marugán, en Granada, fueron publicados por W. M. Reinhart (1947: 176-177), destacando en ese sentido el nº 64.

Del anillo de Los Goros apenas puede decirse nada, debido a su pésimo estado de conservación, aunque parece haber sido un aro sencillo y estrecho. Y en Los Praos se recogieron "cuatro anillos de bronce" y "un fragmento de otro de hierro con chatón muy deteriorado" (SIP, 1974: 112). De los de La Carrasca, La Mora, Montou y Les Bruixes de Tautavel casi no tenemos detalles, más allá de su existencia y, en el mejor de los casos, una muy somera descripción. Así, por ejemplo, el de Montou sería "une bague à chaton surélevé en alliage cuivreux", aparentemente similar a los de cueva Foradada,

Encontrar anillos en enterramientos es algo habitual durante la Tardoantigüedad y los inicios de la Edad Media. Se trata de objetos de uso personal que los cadáveres llevan puestos[263] en el momento de su entierro -o depósito en cueva, en este caso- y cuya presencia en contextos funerarios tiene que ver, al igual que en el caso de las guarniciones de cinturón, con la práctica de la "inhumación vestida". No existe, por tanto, ningún significado especial para ellos ni tienen por qué tener un simbolismo determinado. En el caso de los procedentes de cuevas todos cuentan con buenos paralelos en el registro arqueológico de época visigoda, aunque hay que señalar que se trata de un tipo de objetos cuyos tipos se mantienen bastante estables a lo largo de un dilatado periodo de tiempo.

En la misma categoría de objetos que los anillos se encuentran los pendientes, de los que existen algunos ejemplares recuperados en contextos sepulcrales en cueva, aunque su número sea realmente escaso en comparación con los anteriores. Sin duda el más impresionante de todos es el procedente de La Mora (Barandiarán, 1975), formado por un gran aro de oro en el que se ensarta una cuenta esférica de pasta vítrea y al que está sujeto –atado con finos hilos también de oro- un segundo aro del mismo metal, de menor tamaño, sección aplanada y con cuatro pequeñas bolitas áureas soldadas a él. Se trata de una pieza de indudable carácter hispanovisigodo que combina elementos de dos tipos distintos de pendientes de esa cronología y marco cultural: de los rematados en carrete con piedras o cuentas y de los de cestilla (Balmaseda, 2002: 443-444). En este caso, es probable que se trate de uno de estos últimos del que se hubiesen desprendido la cestilla y el arete al que va unida ésta, habiéndose recuperado el segundo –y vuelto a juntar, mediante hilos esta vez- y perdido la primera[264].

En Las Penas (Serna *et alii*, 2005) se recuperó parte de un zarcillo formado por un fino aro de plata que envuelve, mediante dos vueltas, una cuenta esférica de vidrio blanco o

[262] Sus descubridores proponen interpretar esa S final como la abreviatura de *sigillum* (Coiffé y Boudartchouk, 2019).

[263] Generalmente, en la mano izquierda, siguiendo la costumbre de época romana.

[264] El aro aplanado del pendiente de la Cueva de La Mora, con sus bolitas soldadas, es idéntico a los que presentan los ejemplares de pendientes de cestilla conocidos, como se comprueba en los casos de los conservados en el MAN procedentes de Huete y Puente Genil (Balmaseda, 2002: 443-444) o en los de Cerrillo Salido (Barandiarán, 1975: 27).

cristal de roca, un tipo de pendiente de época visigoda para el que podría ser un paralelo el "pequeño alambre de bronce doblado en forma de gancho" de la tumba nº 26 de la necrópolis del Camino de los Afligidos (Alcalá de Henares) (Méndez y Rascón, 1989: 146 y 149, fig. 63: 4)[265]. De la misma cueva procede un ejemplar de bronce, amorcillado o con forma de creciente, con restos de una pieza de hierro que aparentemente colgaba de su parte central. Se trata de un tipo de pendiente[266] (*vid*. Méry, 2018) con una amplia difusión por Europa occidental y para el que se ha propuesto un origen asiático y una transmisión por medio de la "moda danubiana". Objetos similares se han localizado en las necrópolis de Santa María de Hito y El Conventón (Gutiérrez Cuenca, 2015: 365 y 259). De un tipo similar, aunque en plata y con una ligera variante formal, hay un ejemplar en la tumba 209 de Castiltierra (Arias y Balmaseda, 2015: 456-457).



Pendientes de Las Penas

El pendiente de Âncetres (Coiffé y Boudartchouk, 2019) también es de un tipo bastante común durante la Tardoantigüedad, aunque con cierta particularidad. Se trata de un ejemplar de bronce, en forma de aro y con un remate prismático -decorado con puntos incisos en cada una de sus cuatro caras- en uno de sus extremos. De un tipo muy similar, con remates aplanados y decorados con líneas incisas paralelas, encontramos algunos ejemplares en Castiltierra, donde también los hay con remate cúbico, pero sin decoración (Arias y Balmaseda, 2015: 33-36). Un posible fragmento de remate de arete, la parte superior de uno de tipo "bellota" u "oliva"[267] en este caso y con decoración geométrica a

[265] Hecho en bronce, es morfológicamente muy similar al pendiente de Las Penas, aunque ha perdido la piedra -si la hubiere- que iría abrazada en su extremo distal, que se dobla sobre sí mismo formando un círculo. En Riocueva se recuperó un objeto muy similar a éste y que interpretamos como un pequeño gancho, aunque, a la luz de lo escrito, podría ser otro pendiente.

[266] Es el tipo con el que más arriba se ha propuesto identificar las fíbulas en omega reutilizadas.

[267] Existen pendientes de este tipo, por ejemplo, en Castiltierra (Arias y Balmaseda, 2015: 209-210 y 673-674). Hay otro ejemplar, con remates aún más parecidos formalmente al de Cueva Larga -aunque con distinta decoración- en la tumba nº 59 de la necrópolis de La Cacera de las Ranas (Ardanaz, 2000: 105). En el MAN se conserva otro, de oro y composición más compleja que los anteriores

base de líneas incisas, procede de Cueva Larga, donde fue interpretado como un botón (Santonja *et alii*, 1982: 353).



Media "oliva" de pendiente de Cueva Larga

Quizá un pequeño aro de plata aleada con cobre, de sección circular y con un extremo apuntado adoptando forma de lágrima, procedente de Riocueva, pueda ser un objeto del mismo tipo que los que estamos tratando, aunque no conocemos paralelos para él por el momento. Y lo mismo puede decirse para una pequeña cuenta de vidrio facetada incompleta. Igualmente, también podría ser un pendiente el "gran aro" de bronce de Los Praos (SIP, 1974).

En principio, los pendientes son objetos vinculados al género femenino y, cuando aparecen en contextos funerarios, lo hacen adornando las orejas de mujeres enterradas. Esta afirmación, que sería válida en el caso de los aros y zarcillos puede matizarse en el de los pendientes con forma de creciente, si tenemos en cuenta, por ejemplo, lo que afirma F. Stutz (2000: 37) cuando menciona la costumbre de llevar uno de estos objetos en la oreja izquierda por parte de los miembros masculinos de la "aristocracia heterogénea reunida en la región del Danubio medio". Aunque como ha razonado Méry (2018), la atribución de estos pendientes en exclusiva a una elite militar no parece una opción válida y el asunto admite muchos matices, eso no descarta su posible uso por parte de individuos masculinos[268].

En cuanto a su cronología, parece que se trata de elementos en los que se observa cierto conservadurismo, con perduraciones de modelos aparentemente antiguos -como, por ejemplo, los de tipo amorcillado- en contextos tardíos bien datados, como ocurre en Las Penas. Es por ello que la presencia de un tipo u otro de pendiente, a falta de más elementos

(http://ceres.mcu.es/pages/Main?idt=203272&inventary=2008/168/2&table=FMUS&museum=MAN), con una "oliva" cuya decoración sigue un esquema muy similar al de Cueva Larga).

[268] De hecho, el inhumado en la citada tumba nº 209 de Castiltierra, donde apareció un pendiente de plata de ese tipo (Arias y Balmaseda, 2015: 456), le pareció a su excavador un individuo masculino. El hecho de que, además de aquél, también portase un arete con remate en la oreja izquierda complica el asunto.

de datación, no puede servirnos para establecer una cronología precisa de la cueva en cuestión, más allá de su atribución genérica a época visigoda[269].

Las cuentas de collar, aunque no abundan, también están presentes en algunos de estos yacimientos, significativamente en los mejor estudiados, lo que probablemente esté indicando una mayor frecuencia real. Así, en Riocueva, por ejemplo, se han recuperado seis ejemplares, algunos de ellos fragmentados. Cuatro de ellos tienen forma tubular mientras que el quinto muestra una curiosa forma de pera o de botellita. El sexto es la ya mencionada cuenta facetada, que podría pertenecer a un pendiente. De las cuatro primeras, dos son de color verde, una azul y la cuarta presenta una decoración a base de líneas azules sobre un fondo blanco. La última, por su parte, es de color verde y está rota, mostrando en su interior los restos de un hilo de cobre utilizado en su proceso de fabricación[270].



Cuentas tubulares de vidrio de Riocueva

Las cuentas de Riocueva han sido objeto de análisis de composición por medio de la técnica MEB-EDX. Los resultados muestran que, en todos los casos, el fundente utilizado fue el Natrón, quizá complementado con cenizas vegetales en uno de ellos. También que se usaron cobre, hierro y plomo como colorantes y que pudo utilizarse dolomita como materia prima, si es que no se trata de impureza de la arena. En conclusión, se trata de vidrios fabricados según la tradición de época romana[271] (Gutiérrez Neira, 2014).

[269] Resulta tentador, en ese sentido, relacionar el fragmento de pendiente con remate de tipo "bellota" de Cueva Larga con la fecha de radiocarbono obtenida en esa misma cavidad y que se situaba en el momento de su publicación en el siglo VI. Sin embargo, las propias características de la fecha absoluta, con una horquilla entre los siglos IV y VIII y el mencionado conservadurismo en el uso de pendientes hace que sea más prudente no hacerlo.

[270] Para algunos paralelos de esta curiosa técnica de fabricación, *vid*. Frey y Greiff, 2012; Greiff y Nalbani, 2008.

[271] Con la conquista de Egipto por el califato Omeya, a mediados del siglo VII, se detiene la exportación de Natrón a Europa Occidental y comienzan tanto el declive de la manera tradicional romana de fabricar el

De Las Penas (Serna *et alii*, 2005: 265 y 259, fig. 12) procede una cuenta gallonada, también de pasta de vidrio, de color azul. De un tipo similar, también con perfil gallonado, aunque de color gris y mayor diámetro, es una de las tres recuperadas en Cueva Foradada (Barandiarán, 1973: 27-28). Las otras dos son circulares y de distintos tamaños y colores: la mayor es gris, mientras que la más pequeña es azul oscuro.

En el resto de los casos la información disponible no es mucha. Así, en La Garma A (Morlote *et alii*, 1996) se localizó una cuenta gallonada metálica, de color dorado, que se encuentra perdida en la actualidad, al igual que ocurre con las de El Juyo[272], de las que únicamente sabemos que eran de vidrio y que, tipológicamente, podían adscribirse a época visigoda (González Echegaray y Freeman, 2015). De las de la mina La Condenada únicamente conocemos una mención y su asociación directa a un enterramiento, como ocurría en El Juyo. Para terminar, en el caso de una cuenta de la Gruta do Caldeirão (Zilhão, 1992: 117 y 115, fig. 9.5) publicada como de la Edad del Hierro[273], sin descartar esa posibilidad, hay que añadir la de que pudiera llevarse hasta época visigoda, ya que es un modelo de adorno que también se usa en esos momentos. De hecho, se trata, una vez más, de una cuenta de pasta vítrea y perfil gallonado, de color azul, muy similar a la de Las Penas.

La tipología de todas las cuentas procedentes de contextos sepulcrales en cueva, incluida la última citada, encaja con lo que conocemos sobre este tipo de materiales para época visigoda, tanto en la Península como al norte de los Pirineos (*vid*. Mastykova, 2002). Para los ejemplares tubulares de Riocueva, aun siendo de un tipo no muy abundante, hay buenos paralelos en Aldaieta (Azkarate, 1999: 343-346), concretamente en el enterramiento B69-72[274], en la tumba 1006[275] del Sequer de San Bernat (Sañudo *et alii*, 2013: 122), en el sector oriental de la necrópolis tardía de Cartagena (Vizcaíno, 2007: 759) o en Carpio de Tajo, (Maczynska, 1992: tipo 14). Cuentas -y collares- de ese tipo se incluyen en Francia en el Tipo 1 de Legoux, Perin y Vallet, fechado a finales del siglo V e inicios del VI (Mastykova, 2002: 461-462), una cronología demasiado antigua -dos

vidrio, utilizando en exclusiva ese fundente, como el monopolio islámico de la producción de vidrio en el Mediterráneo, que alcanzará sus máximos a partir del siglo IX (Neri *et alii*, 2017). En el mundo islámico el vidrio sódico-cálcico seguirá fabricándose, hasta ser sustituido por el potásico, con cenizas de plantas como fundente, también en el siglo IX (Phelps *et alii*, 2016). En Europa seguirá fabricándose, recurriendo al reciclaje de objetos antiguos. Un buen ejemplo de todo lo anterior en la Eslovenia de la novena centuria en Smit *et alii*, 2008.

[272] Aunque en la actualidad no figuran en las colecciones del MUPAC y nuestras pesquisas en otros museos han sido en vano, lo cierto es que existen referencias escritas a que, tras su hallazgo, fueron depositadas en el primero. Así, T. Maza Solano (1957: 103) menciona que "dicho collar se guarda en el Museo Provincial de Prehistoria. A lo que hay que sumar el testimonio de Joaquín González Echegaray quien, hace unos años, me confirmó ese aspecto en una conversación personal

[273] En realidad, el argumento para esa datación es algo endeble: "*A conta gomada de pasta vítrea alterada (…) deverá igualmente datar da Idade do Ferro, época em que este tipo de objectos começa a ser introduzido no território português*" (Zilhão, 1992: 117).

[274] Las cuentas, que formaban parte de un pequeño collar en el que alternaban las de ese tipo con pequeños abalorios y piedras de ámbar, estaban asociadas a un individuo infantil (Azkarate, 1999: 344).

[275] También combinadas con cuentas más pequeñas formando un collar asociado a un individuo -3003- adulto de sexo femenino (Sañudo *et alii*, 2013: 121).

siglos- para Riocueva, por lo que hay que considerar la pervivencia de ese tipo de adornos hasta mucho tiempo después.

Las cuentas gallonadas de pasta de vidrio, de distintos tamaños y colores, como las de Las Penas, Foradada o Caldeirão, son muy típicas de estos momentos y aparecen formando parte de collares en numerosos yacimientos, aunque hay que señalar que, por lo general, no son tan abundantes como las anteriores, ya de por sí escasas. Hay ejemplos de su presencia en Carpio de Tajo (Maczynska, 1992: tipo 19), Afligidos 0 (Méndez y Rascón, 1989: 132-133) o de nuevo en Cartagena (Vizcaíno, 2007: 759), por citar sólo algunos de los muchos ejemplos conocidos. No ocurre lo mismo con la metálica de La Garma A, para la que no se conocen paralelos hasta la fecha. Finalmente, las cuentas circulares de Cueva Foradada también son muy comunes, con buenos paralelos en necrópolis como Camino de los Afligidos, Espirdo Veladiez o Carpio de Tajo, por citar sólo tres ejemplos (Mastykova, 2002: 468-473).

Armas

Dentro de las armas, las hachas son las más representadas en las cuevas, con al menos dos ejemplares seguros y otros dos probables[276]. Las primeras son las de Las Penas y Los Goros, procedentes ambas de contextos sepulcrales claros de época visigoda y que no permiten albergar ninguna duda acerca de su cronología. Finalmente, de las dos de Cudón sólo contamos con una antigua fotografía, que apenas ha permitido identificarlas como tales, y la referencia a su hallazgo junto al resto de materiales tardoantiguos. Los restos metálicos interpretados como fragmentos de hachas de El Asno no corresponden a objetos de este tipo, sino a, al menos, una placa de "tipo Almar", como ya se ha señalado al hablar del yacimiento y también en un apartado anterior dentro de este mismo capítulo.

[276] No incluyo en esta lista el ejemplar de Los Cirrios (Muñoz, 2006b), puesto que tanto el carácter sepulcral de la cueva en época visigoda como su cronología son dudosas. Es una pieza de pequeño tamaño, con una pala disimétrica configurada por una línea dorsal casi recta y una ventral marcadamente curva y dos marcadas escotaduras en los laterales del talón que forman una especie de martillo o golpeador. Su tamaño y forma lo acercan a los tipos más antiguos de las franciscas o pequeñas hachas arrojadizas, cuyos mejores exponentes peninsulares se encuentran en las necrópolis alavesas de facies Aldaieta, donde forman parte del Tipo 1 de la clasificación de Azkarate y García Camino (2003: 341-342; Azkarate, 2004: 402-403, fig. 3, a y a´) y en la soriana de Taniñe (Raddatz, 1963), con unas escotaduras similares en el talón, aunque mucho menos marcadas. Sin embargo, estas hachas, que se fechan en el siglo VI, no son los únicos paralelos con los que contamos para el ejemplar de Los Cirrios. Algunas de las pequeñas hachas de la necrópolis de los siglos IV-V de Cabriana (Burgos) (Vigil-Escalera, 2012: 77, fig. 2) muestran escotaduras muy parecidas en el talón, lo que podría estar señalando una cronología más antigua para nuestro ejemplar. En cualquier caso y aun aceptando esa relación con las hachas tardorromanas, tampoco puede descartarse la pervivencia de tipos antiguos en momentos más recientes, en este caso del IV o V en el VI, como puede apreciarse en casos como el de la necrópolis de San Vicente, en Rodiles (Asturias), con un hacha tipológicamente tardorromana en una sepultura de finales del siglo VI o inicios del VII (González y Fernández Vallés, 1976: 225-233; Fernández Mier, 2015: 192).

El hacha de Los Goros es, probablemente, la mejor estudiada de todos los que vamos a ver. Publicada de forma equivocada por P. de Palol (1957a), que lo interpretó al revés engañado por la prolongación hacia arriba del mango de madera, desplazado sin duda de su colocación original, fue revisado con acierto por A. Azkarate (2004: 399-400) quien, tras "recolocarlo" en la posición correcta, pudo hacer una interpretación tipológica de la pieza y relacionarla con algunas de las recuperadas en Aldaieta y otras necrópolis de su misma facies arqueológica; concretamente con las del Tipo 4 de su clasificación, una forma localizada en exclusiva, hasta la fecha, en la llanada alavesa (Azkarate y García Camino, 2012: 341-342). Siendo indudable esa relación, recientemente se han señalado algunas diferencias entre el ejemplar de Los Goros y sus "parientes" alavesas (Hierro, 2018: 184-185), relacionadas sobre todo con la robustez y el tamaño del primero, así como sus similitudes con otra hacha de localización más meridional, la procedente de la Cabeza de San Vicente, en Monasterio de la Sierra (Burgos) (Pascual, 2012: 88-92). Diferencias que podrían explicarse por la cronología tardía del de Los Goros -y, presumiblemente también, del de la Cabeza de San Vicente- en relación a las de las necrópolis de tipo Aldaieta. Esa cronología viene definida por el contexto del que procede, con materiales -broche de cinturón damasquinado y placa de "tipo Almar"- que se fechan en momentos avanzados del siglo VII o ya en el VIII. En cuanto a su funcionalidad, su propia morfología, con una pala en forma de media luna muy desarrollada, y su tamaño lo señalan de forma clara como un hacha de combate.



Hacha de Los Goros (Fotografía: Museo BIBAT)

No ocurre lo mismo con el ejemplar de Las Penas, que, aunque en el momento de su hallazgo fue interpretado como un arma (Serna *et alii*, 2005: 268-269; Hierro *et alii*, 2006b), no cuenta con los elementos que permitirían ratificar de forma indudable ese carácter "de combate" y que sí están presentes en el caso anterior. En este caso se trata de un hacha barbada de pequeño tamaño, con una pala que apenas sobresale del eje horizontal de la pieza y que se prolonga únicamente hacia abajo, como es habitual en este

tipo de objetos. Esos tamaño y forma sugieren que podría tratarse, en realidad, de un útil dedicado a la corta y el trabajo de la madera y no de un arma, aunque esa última función tampoco puede descartarse del todo, habida cuenta de los pocos casos de hachas de época visigoda que conocemos fuera del ámbito vascón y de la enorme variabilidad formal que observamos en esos escasos ejemplares[277]. En cuanto a su cronología y como ocurriera con el de Los Goros, el contexto bien datado del que procede lo sitúa a finales del siglo VII o, más probablemente, en la primera mitad del VIII.

Una de las hachas de Cudón, que únicamente conocemos por algunas menciones en la prensa y, sobre todo, a través de una fotografía de no muy buena calidad (Alcalde del Río, 1934: 160, fig. 2), tiene todo el aspecto de haber sido del mismo tipo que la de Las Penas: una pequeña hacha barbada con una pala corta y descendente. Formando parte del mismo conjunto podría haber otra, de cuerpo alargado, dorso y vientre ligeramente curvos y filo mucho más reducido, aunque esa interpretación es todo lo fiable que puede serlo una realizada a partir de la ya mencionada fotografía antigua.

La moharra de jabalina identificada en Los Hornucos, con punta de sección cuadrada, enmangue en tubo y pequeño tamaño, responde a un tipo propio de época visigoda, posiblemente derivado de los *spicula* y los *veruta* tardorromanos, razón por la que I. Bugarski (2010: 453-454) ha propuesto utilizar para ellas la primera de esas dos denominaciones bajoimperiales; por lo que, siempre según este autor, el ejemplar que estamos viendo podría considerarse un *spiculum*. Dentro de la clasificación tipológica de R. Catalán (2014: 306-307) sobre el armamento peninsular entre los siglos V y VIII, el ejemplar de Suano se incluiría dentro de su Tipo 2, formado por "piezas cuyas hojas están configuradas en forma de punzón", específicamente diseñadas para penetrar cotas de malla. Esta tipología de armas arrojadizas está ampliamente representada en las necrópolis vasco-navarras de "facies Aldaieta", aunque no sólo. Así, se conocen puntas de ese estilo, con longitudes que oscilan entre los 20 y los 30 cm, procedentes de las necrópolis de Echauri, Sansol, Buzaga (Azkarate, 2003: 47 y 49) o la propia Aldaieta (Azkarate, 1999), pero también de la villa de El Saucedo[278] (Aguado *et alii*, 1999: 233-234) o dentro de los hallazgos sueltos de la necrópolis de Duratón (Molinero, 1948: lám. XXXVI). Hay que señalar que su presencia no se limita a la península Ibérica, sino que también están presentes en el Mediterráneo oriental bizantino, en contextos del siglo VI en adelante (Bugarski, 2010). Quizá las menciones a "dardos" y "armas arrojadizas"

[277] Se puede distinguir entre hachas diseñadas específicamente como armas y, por tanto, con una finalidad bélica y herramientas destinadas a la obtención de madera, a su procesado y a distintos trabajos relacionados con ella. Aunque las primeras también pueden utilizarse, en un momento dado, para fines no militares, sus particulares diseños las hacen poco adecuadas para esos usos en la mayor parte de los casos. Por el contrario, las hachas herramienta son susceptibles de ser manejadas en combate, como parte del armamento de guerreros de leva reclutados entre esclavos o campesinos con motivo de una campaña militar. En el caso de las *dolabrae*, ese uso con fines bélicos parece poder descartarse por la propia morfología de éstas, aunque su presencia en varios yacimientos de tipo *castra*, como Puig Rom y Sant Julià de Ramis (García Jiménez y Vivó, 2003: 173-174) o el Castillo de los Monjes (Tejado, 357-361) permite plantear también un posible uso militar para ellas.

[278] Sus publicadores las denominan "puntas de lanza de tipo regatón" y les atribuyen una función militar. El ejemplar que dibujan es de mayor tamaño que el de Los Hornucos, rondando los 30 cm

procedentes de Cudón hagan referencia a puntas de este tipo, aunque no haya forma de comprobarlo. Como tampoco puede contrastarse la mención a lo que "quizás fuera una punta de lanza" procedente de Cueva Foradada[279].



Moharra de jabalina de Los Hornucos

Puede que también relacionado con las armas de asta se encuentre un regatón recuperado en Las Penas (Serna *et alii*, 264), aunque no se ha localizado la punta de la lanza a la que eventualmente pudiera haber pertenecido, lo que no permite una identificación segura. Otro posible elemento del mismo tipo, con enmangue tubular y sección cuadrada fue hallado en Montou (Kotarba *et alii*, 2007: 313, fig. 230: 5).

El panorama de la presencia de armas en este tipo de cuevas ha cambiado radicalmente con los hallazgos de la Galería del Río del complejo de La Garma. En el momento de redactar estas líneas se han identificado allí una espada larga de dos filos y dos cortas de uno solo o *scramasaxes*, aunque existen indicios de que podría haber alguna más. De la primera, que se encuentra fragmentada, se observa con bastante claridad la hoja. Está ligeramente doblada y clavada en la arena del suelo, en un hueco entre las rocas de un derrumbe, con la punta hacia arriba. A sus pies se aprecia, semienterrada, la que parece su empuñadura[280], lo que indica que está fragmentada. Todo apunta a que se trata de una *spatha* típica de la Tardoantigüedad, un arma corriente en el registro arqueológico de la Europa continental, pero para la que se conoce apenas un puñado de paralelos en la península ibérica; ninguno de ellos, hasta la fecha, procedente de un contexto en cueva. R. Catalán (2015: 298-300) señala la existencia de ocho espadas conocidas en la Península, fechadas entre los siglos V y VIII: las de Torrejón de Velasco y Beja para la primera de las centurias citadas; las de Daganzo, Finaga y la pareja de Castiltierra, del siglo VI; y el ejemplar de Conimbriga, de los siglos VII-VIII. A las que quizá habría que

[279] Cabe la posibilidad de que se trate de la podadera publicada por Barandiarán (1973), ya que su forma y su enmangue en tubo podrían llevar a confusión en ese sentido.

[280] Una tentativa de identificación de la pieza -con todas las cautelas posibles, ya que ni siquiera es seguro que se trate de la empuñadura y es algo que no podrá comprobarse hasta que se intervenga arqueológicamente en el lugar- permitiría señalar sus similitudes con algunos ejemplares del Tipo 8 de la clasificación tipocronológica de E. Behmer (1939: 180 y ss, lám. LVII), fechado entre mediados del siglo VII y mediados del VIII.

añadir la posible empuñadura de Arroyo Culebro (Penedo *et alii*, 2002: 148-149, 161 y 179), del siglo VII, aunque esa atribución funcional no sea muy clara[281].



Spatha y posible empuñadura en la Galería del Río de La Garma (Fotografía: L. Teira)



Uno de los dos *scramasaxes* de la Galería del Río de La Garma (Fotografía: L. Teira)

[281] Comunicación personal de Raúl catalán.

En cuanto a los *scramasaxes*, que conservan abundantes restos de madera de sus respectivas empuñaduras, los dos parecen corresponder al mismo tipo, con hoja estrecha y lados rectos convergentes en la punta. Como en el caso de las espadas, la presencia de este tipo de armas en el registro arqueológico de época visigoda en la península Ibérica es escasa, al contrario de lo que sucede en latitudes más septentrionales. Se conocen contadas *scramae* procedentes de un puñado de yacimientos, entre los que destacan Pamplona, Aldaieta, Buzaga, Pla del Horta o Loranca, entre otros (*vid*. Catalán, 2015: 301-303).

A falta de un estudio detallado y de dataciones directas de los restos de madera de sus empuñaduras y de los huesos a los que acompañan, una primera estimación, con todas las cautelas, apunta a una cronología antigua dentro de la época visigoda. Sus hojas estrechas y de longitud intermedia podrían situarlos en el siglo VI, a tenor de los paralelos continentales para este tipo de armas (Wernard, 1998: 772-775; Fischbach, 2016: 8-9). Sin embargo, el precedente de la tumba nº 54 de la necrópolis de San Pedro de Vigaña (Fernández Mier, 2014: 189-191), con un *scramasax*[282] encuadrado, por cronotipologías, en el siglo VI formando parte de un enterramiento datado por ^{14}C en el siglo VII (Catalán, 2014: 298), así como el escasísimo conocimiento acerca de este tipo de armas en el mundo visigodo, hacen que esta aproximación cronológica sea un tanto aventurada y que la cronología del conjunto pueda adelantarse a los siglos VII-VIII.

Parte de otro posible *scramasax* ha sido identificada, en este mismo trabajo, entre los materiales de La Pila. Aunque se trata de un fragmento muy deteriorado y que no permite una identificación ni mucho menos segura, su morfología, alargada y con un lado con filo y un dorso romo, permite identificarlo como un instrumento cortante. La robustez de ese último hace que sea posible descartar que se trate de un cuchillo, por lo que la opción más viable, atendiendo a lo expuesto, es que nos encontremos ante los restos de un machete, aunque nada puede precisarse acerca de su tipología.

De la presunta *scrama* de Los Hornucos mencionada por Carballo en su diario no ha quedado más que un boceto y una muy somera descripción que plantea serias dudas acerca de su verdadera naturaleza, ya que de ambas se desprende una marcada curvatura de la hoja, algo que, en principio, no se corresponde con lo esperable en un objeto como ése. Es probable que se tratase realmente de algún tipo de útil con filo y forma curva, tal vez una cuchilla relacionada con el trabajo de las pieles o de la madera, aunque es imposible precisar más en ese sentido. Finalmente, la presencia de otra posible arma de ese tipo, de pequeño tamaño, ha sido propuesta en Montou (*vid. infra*), aunque con dudas.

En el campo del armamento defensivo, la identificación de un posible umbo de escudo en la cueva de los Riscos de la Escaleruela (Domínguez-Solera, 2014: 70-71) parece dudosa, ya que la pieza de hierro señalada como tal, pese a su innegable peculiaridad, difiere

[282] R. Catalán (2014: 297 y ss.) ha propuesto separar las espadas de hoja larga -más de 50 cm- y estrecha -3,5 cm- y un solo filo, para las que utiliza la denominación de "sables", del resto de scramasaxes. Atendiendo a esa diferenciación, que me parece acertada, el ejemplar de Vigaña debería ser considerado como un sable, en lugar de una *scrama*.

notablemente de los únicos objetos de ese tipo conocidos en territorio hispanovisigodo hasta la fecha: los umbos de escudo de *Ruscino* (Feugere, 2012: 271-272). Se trata de una semiesfera de hierro de unos 8 cm de diámetro y 4 de profundidad que parece que conserva en el borde lo que podrían ser sendos apéndices, enfrentados y que sobresalen del cuerpo principal y que podrían estar relacionados con la suspensión del objeto. No se trataría entonces de una pieza relacionada con un escudo sino de un recipiente destinado quizá a la iluminación, a modo de lámpara colgante. O quizá de un tipo de esquila de forma semiesférica para el que existe un buen paralelo en una casa del yacimiento de la Yecla de Silos (González Salas, 1945: 31 y lámina XXII, 9).

La presencia de armas es frecuente en contextos funerarios merovingios, alamanes, lombardos y sajones de los siglos VI-VIII[283], mientras que, por el contrario, en el mundo hispanovisigodo es muy rara (Catalán, 2015: 291). Caso aparte son las necrópolis del territorio vascón peninsular, para las que venimos utilizando en este trabajo la expresión "de facies Aldaieta" y en las que los enterramientos con armas, en lugar de la excepción, parecen constituir la norma (*vid*. Azkarate y García Camino, 2012; 2013; Pozo, 2016). Más allá de esos yacimientos, sólo unas pocas tumbas del resto de la Península presentan evidencias de armamento en su interior[284]: una tumba en Taniñe con un hacha arrojadiza y una punta de lanza[285] (Raddatz, 1963), otra en Daganzo con una espada, una punta de lanza y un regatón (Fernández Godín y Pérez de Barradas, 1931), dos en Castiltierra con sendas espadas (Arias y Balmaseda, 2015: 976-979 y 1013-1024), una en Pla del Horta con un *scramasax* (Llinàs *et alii*, 2008: 296), otra más en Loranca con otro "gran cuhillo" del mismo tipo (Catalán, 2015: 302-303) y, finalmente, la tumba de la necrópolis de Vigaña con su sable (Fernández Mier *et alii*, 2019: 112-114). A ellas habría que añadir la de Rodiles (González y Fernández Vallés, 1976:228-229), fruto de un hallazgo antiguo y mal documentado[286], con un hacha y dos puntas, de lanza y jabalina, respectivamente.

[283] La presencia tanto de armas como de otros elementos en las sepulturas se va haciendo cada vez más rara, hasta desaparecer, según avanza el periodo, aunque con ritmos distintos según las regiones, en un proceso en el que el control de la iglesia de las costumbres funerarias y la aparición de nuevos símbolos de estatus, como la propia localización de las sepulturas en relación con templos cristianos, van siendo decisivos (Effros, 1997: 5).

[284] Aunque se ha mencionado la existencia de tumbas con armamento – "lanzas, cuchillos o puñales"- en el yacimiento leonés de Marialba (Gutiérrez González, 2014: 170-171), lo cierto es que sólo se muestra una fotografía con un "regatón de lanza" depositado sobre el pecho del inhumado en una de ellas, lo que hace que haya que manejar la primera información con cierta prudencia, a la espera de una publicación más detallada del conjunto.

[285] Parece que la presencia de puntas de lanza o jabalina se repetía en algunas otras sepulturas de esta necrópolis soriana y de la cercana de Suellacabras, aunque la cronología de ambas parece temprana y sólo en el caso de la primera parece haber llegado al siglo VI (Dohijo, 2002: 678-679).

[286] Aunque las primeras referencias publicadas apuntaban a la necrópolis de San Llorente, al pie del citado monte y con una aparente secuencia ininterrumpida de enterramientos entre época tardorromana y la Alta Edad Media, como el lugar al que pertenecía la tumba en cuestión, el hallazgo parece que tuvo lugar en la ladera. M. Fernández Mier (2015: 192) cita documentación original de su descubridor para certificarlo, un texto en el que se puede leer lo siguiente: "bajo una gran losa trapezoidal… aparecieron dos lanzas, una especia de jabalina, 1 hacha, 5 clavos y una fíbula y una bellísima cucharilla de plata".

En las cuevas ocurre algo similar, con una muy escasa representación de armamento en la que únicamente el hacha de Los Goros y las armas de filo de la Galería del Río de La Garma podrían considerarse, al menos hasta este momento, como objetos personales que acompañaban a algunos de los muertos depositados allí. En el caso de Los Goros, la cronología tardía del depósito sepulcral, de finales del siglo VII o ya del VIII, dificulta sobremanera la que sería la opción interpretativa más sencilla y aparentemente obvia: relacionarlo con las tumbas con hachas similares en las necrópolis cercanas. Y lo hace porque en éstas las armas de ese tipo aparecen en tumbas datadas en el siglo VI e inicios del VII, como muy tarde, desapareciendo en las fases de uso más recientes[287]. No se trataría, por tanto, de una manifestación en cueva del mismo rito funerario que se observa fuera, por lo que habría que buscar otra explicación para esa la presencia de esa arma en ese contexto subterráneo[288].

La punta de jabalina de Los Hornucos se explica sin mayores problemas por su pertenencia a un ocultamiento de objetos metálicos, contextos en los que sueles ser frecuentes las armas, como en los casos de *Ruscino* (Rébé, 2014) o *Uxama* (García Merino, 1995), por ejemplo. Y otro tanto podría decirse para el caso de Cudón, donde los objetos de este tipo que conocemos por la tantas veces mencionada fotografía y por las referencias periodísticas encajan perfectamente en un lote de materiales metálicos atesorados en un entorno subterráneo. Esa situación también podría darse en Montou, aunque la falta de una publicación completa del contexto impide hacer más precisiones, al igual que sucede con el posible fragmento de *sax* de La Pila. En cualquier caso, tampoco hay que perder de vista la posibilidad de que algunas de esas armas estén en esas cuevas como objetos de uso cotidiano -con todos los matices que se quiera, la cotidianeidad de un guerrero estaría íntimamente relacionada con el uso de armas- o de la vida diaria, al igual que sucede con otras categorías que veremos a continuación.

Útiles y herramientas

Los cuchillos, descartada su condición de armas (*vid*. Ardanaz *et alii*, 1998: 443-445), son los útiles más abundantes en este tipo de yacimientos, al igual que, por otra parte, ocurre en el conjunto del registro arqueológico funerario de época visigoda. Están presentes en Riocueva, Portillo del Arenal, El Asno, Montou, Las Penas, Los Hornucos, La Castañera, Cueva Foradada y La Condenada. En los dos últimos casos desconozco sus características, mientras que en los tres anteriores su estado de conservación es malo e

[287] Fases que sabemos existen, entre otros motivos, por la aparición en Aldaieta de un anillo con una inscripción cúfica (Azkarate y García Camino, 2013: 91-93) que en ningún caso puede ser anterior a la llegada de los primeros contingentes árabo-bereberes a la zona, en la primera mitad del siglo VIII.

[288] Incluso si lo viéramos desde un punto de vista de influencias culturales, los enterramientos de Los Goros no muestran ningún elemento, más allá del hacha y su ya discutida tipología, que permita relacionarlos con el mundo norpirenaico, a diferencia de lo que sucede en las necrópolis alavesas de su entorno más cercano. Al contrario, conviene insistir en que tanto el broche de cinturón damasquinado como las placas de "tipo Almar" son elementos característicamente hispanovisigodos, sin paralelos fuera del mundo geográfico y cultural del reino de Toledo.

impide hacer precisiones acerca de su tipología. En general se trata de instrumentos de pequeño tamaño[289], con hojas que no suelen superar los 12 o 13 cm de longitud en el mejor de los casos, con espigas de enmangue de tamaños diversos y que suelen situarse centradas respecto de las hojas y de un solo filo[290].

La colección de cuchillos recuperada en Riocueva es tan amplia que en ella caben casi todos los tipos documentados para la época en la Península y Europa. Los hay largos, estrechos, ligeramente curvados y con la espiga apenas diferenciada de la hoja, como el ejemplar RCV51 o minúsculos, con hoja triangular del mismo tamaño que la espiga, larga y estrecha, como RCV355. De hoja larga y estrecha, aunque recta, y con la espiga muy marcada, es RCV351, mientras que RCV349 y RCV354 guardan ciertas similitudes. Finalmente, entre los cuchillos de Riocueva destacan varios -RCV240, RCV352, RCV87+197 y quizá también RCV171- con una peculiar característica morfológica consistente en una especie de truncadura en el extremo distal, en el dorso, que convierte la punta en marcadamente disimétrica[291]. Característica que parece repetirse en al menos dos de los cuchillos del Portillo del Arenal, donde se recuperaron cuatro ejemplares de características similares a los que estamos viendo -espigas cortas y centradas, pequeño tamaño y hojas rectas- aunque en un estado de conservación que no permite grandes precisiones.

El cuchillo de El Asno, por su parte, es una pieza muy típica de estos momentos, de pequeño tamaño -9 cm de hoja, 13 cm de longitud total- con enmangue en espiga central y hoja apuntada simétrica de lados convergentes y que podría incluirse en el Tipo I de la clasificación de G. García Jiménez y D. Vivó (2003: 165) para los cuchillos de Puig Rom y Sant Julià de Ramis.

En el caso de Montou, al ejemplar de pequeño tamaño, hoja estrecha y larga espiga de enmangue publicado (Kotarba *et alii*, 2007: 313, fig. 230: 12) hay que añadir uno nuevo, inédito, que he conocido gracias a una fotografía proporcionada por H. Salvayre[292]. Se trata de un cuchillo mucho más robusto que el anterior, con hoja ancha simétrica y espiga

[289] En el mundo anglosajón de los siglos V a VIII se ha comprobado la relación existente entre el tamaño de los cuchillos depositados en las tumbas y la edad -y, en menor medida, el género- de los inhumados en ellas. Así, los ejemplares más grandes pertenecerían a varones adultos, seguidos por las mujeres adultas, mientras que los más pequeños corresponderían a individuos juveniles masculinos, siendo los de las jóvenes algo mayores. En el caso concreto de los juveniles, siempre se cumple la norma de un solo cuchillo por individuo, no siendo la hoja de estos, en ningún caso, mayor de 10,6 cm (Härke, 1998).

[290] El caso del de Cueva Palomera es significativo porque ha sido precisamente la tipología del cuchillo procedente de esa cavidad, que lo relaciona sin lugar a dudas en mi opinión con los de época visigoda, la que me ha llevado a incluir el yacimiento en este trabajo. No obstante, la ausencia de más indicios que pudieran indicar su uso sepulcral en los siglos VI-VIII me ha llevado a dejarlo fuera de este apartado.

[291] Los cuchillos con estas hojas se corresponden con el Tipo C de la clasificación de J. F. Mariotti para el mundo carolingio (Soulat, 2015: 209) y su abundancia en Riocueva y Portillo del Arenal, así como su escasez -no hay ninguno de ese tipo, por ejemplo, entre los dibujados por Ardanaz *et alii* (1998: 421, fig. 5) en su recopilación de nivel peninsular y sólo uno de los de Sant Julià de Ramis presenta una forma similar de la hoja (García Jiménez y Vivó, 2003: 166, fig. 2: 1)- en otros contextos contemporáneos, podrían deberse a alguna particularidad comarcal.

[292] A quien quiero agradecer aquí su amabilidad y su ayuda.

centrada, cuyas características, a falta de conocer sus medidas ya que la fotografía no está escalada, podrían acercarlo a algunos *scramasaxes* de pequeño tamaño[293], los conocidos como *kurzsaxen* o *grands couteaux* (Catalán, 2015: 301-303).

Una mención especial merece el cuchillo de tipo Simancas que se atribuye a la cueva de l´Alborá, tanto por sus propias características como por las implicaciones cronológicas que la presencia de un objeto de este tipo tendría en un yacimiento como ése[294]. En otro apartado ya se han adelantado las dudas que ofrece este objeto, que no es realmente un cuchillo, y su peculiar interpretación. Se trata, en efecto, de una pletina de aleación de cobre, doblada sobre sí misma para adquirir la forma de una cantonera recta, aunque con una marcada curvatura cerca de uno de sus extremos, que ha sido interpretada como parte de la vaina de un cuchillo de tipo Simancas (Adán *et alii*, 2009: 238). Sin descartar del todo que se trate realmente de eso que se menciona, lo cierto es que existen algunos -creo que- buenos argumentos para ponerlo en duda. En primer lugar, el más obvio: que las cantoneras de ese tipo no son exclusivas de las vainas de esos puñales y pueden estar relacionadas con otros objetos. Además, otro en el que ninguno de los que sostienen la opción del cuchillo parece haber reparado: su tamaño. La cantonera de l´Alborá mide unos 22 cm incluyendo la curva, 21 cm de extremo a extremo conservados[295]. Cuando se utiliza para superponerla sobre la vaina de un cuchillo de tipo Simancas no se tiene en cuenta ese tamaño y se hace sin ajustar la escala. Y es que, los cuchillos de ese tipo no suelen superar los 15 cm de longitud de la hoja, siendo, por tanto, sus vainas no mucho mayores[296]. Siendo eso así y teniendo en cuenta el tamaño de la cantonera conservada, la reconstrucción a partir de ella de una funda completa se iría a un cuchillo con una hoja de más de 20 cm de longitud y a una vaina bastante mayor; unas proporciones muy por encima de lo esperable y habitual en este tipo de objetos. Por tanto, resulta sumamente

[293] En ese sentido, la pieza en cuestión guarda numerosas similitudes con el *kurzsax* encontrado en el enterramiento nº 66 de la necrópolis gerundense de Pla del Horta (Llinás *et alii*, 2008: 294 y 296) y con el del mausoleo tardoantiguo de Argandenes (Asturias) (http://www.lne.es/sociedad/2016/12/10/hallado-yacimiento-argandenes-pilona-ajuar/2025928.html).

[294] Este tipo de cuchillos se fechan en época tardorromana, a partir del siglo IV (*vid*. Palol, 1964b), aunque, de ser correcta la interpretación de una inscripción rupestre en Torrecilla de los Ángeles (Cáceres) en la que aparece representado uno de ellos junto a una fecha del año 522 (Callejo, 1962: 246-247), habría que prolongar su periodo de uso hasta las primeras décadas del siglo VI, aunque ése sea un aspecto no confirmado aún por la arqueología. Acerca de su origen, lo cierto es que, pese cierta interpretación que parte de una lectura errónea de Palol y lo relaciona con los *laetes* tardorromanos asentados en el limes renano, cuando éste (Palol, 1964b: 100-102) se refiere a una hipotética -e indemostrable- confluencia entre los cuchillos afalcatados y otras armas hispánicas y las vainas de los *pugiones* altoimperiales de los legionarios de la frontera germana, existen argumentos para relacionarlo con algunos cuchillos galos de los siglos I-III (Lintz y Vuaillat, 1987), como su pequeño tamaño, la forma curva con escotadura de la hoja, la presencia de un único filo o la situación del mango como prolongación del dorso.

[295] Las medidas se han obtenido a partir de la única imagen con escala de la pieza que he localizado (Adán *et alii*, 2004: 22).

[296] Así ocurre, por ejemplo, en todos los ejemplares de la necrópolis norte de la villa romana de La Olmeda (Palencia) (Abásolo *et alii*, 1997: 15-16, 28-29, 52-55 y 108-109), en el de La Morterona (Abásolo *et alii*, 1984: 59 y 61) o, sin salir de Asturias, en el de la villa de Veranes (Fernández Ochoa et alii, 2005-2006: 185, fig. 20), por citar sólo algunos de los muchos ejemplos conocidos.

arriesgado, por no decir temerario, sostener la presencia de un cuchillo de tipo Simancas en la cueva de l´Alborá.

Acerca del significado de los cuchillos en el mundo hispanovisigodo y de su presencia en algunas sepulturas[297], existen distintas interpretaciones. Algunos autores consideran que podrían ser un indicador del estatus libre de los individuos a los que aparecen asociados (Ardanaz *et alii*, 1998: 445), en lo que parece una visión en la que se conjugan lo simbólico con lo utilitario, ya que se trata de objetos plenamente funcionales y con múltiples usos cotidianos posibles. Uno de estos últimos sería el de conseguir fuego por fricción, algo que atestiguaría su asociación en algunos casos a fragmentos de sílex en las tumbas (Barroso y Morín, 2006: 745; Dohijo, 2007: 151). Sustituirían así a los eslabones o *briquets*[298], de los que contamos con algunos ejemplares en las cuevas que estamos estudiando. Así, de Las Penas proceden dos, uno ya publicado y otro inédito, del mismo tipo, identificado tras las labores de flotación de parte del sedimento recogido en la excavación[299]. Ambos son de un modelo corriente en estos momentos, con forma de C o D abierta, y que cuenta con buenos paralelos en yacimientos tanto hispanos como de otras zonas de Europa[300]. En el Portillo del Arenal se localizó otro, de un tipo con una variante morfológica que ha perdurado hasta tiempos subactuales, con los extremos de la zona de agarre curvados hacia afuera, formando volutas.

La presencia de eslabones en necrópolis no es desconocida en el panorama arqueológico peninsular (*vid*. Gutiérrez Rodríguez y Morgado, 2013), aunque ciertamente ese tipo de materiales no abundan tanto como en otras zonas de Europa, como la Francia merovingia. En esos contextos funerarios, resulta llamativa su asociación con enterramientos masculinos (Arias y Balmaseda, 2017: 49-51). Además, su localización en las tumbas suele indicar la presencia de bolsas o escarcelas, donde irían guardados junto con los chisqueros (Dohijo, 2007: 151). En relación con estos últimos, la presencia de piedras de sílex susceptibles de ser identificadas como tales en las cuevas resulta problemática, dada la omnipresencia de este tipo de materiales en los entornos subterráneos, ampliamente frecuentados y utilizados desde la Prehistoria, donde el pedernal era la materia prima por excelencia. A lo que hay que sumar el uso del sílex como filacteria[301] en contextos

[297] Sepulturas tanto masculinas como femeninas.

[298] Según Gutiérrez Rodrígez y Morgado (2013: 214), el término "encendedor" debería aplicarse al conjunto formado por un elemento metálico y una pieza de sílex destinado a obtener fuego por fricción. A su vez, la denominación correcta para el primero sería la de "eslabón" -a la que podemos añadir como sinónimo la palabra francesa *briquet*, asentada desde hace décadas en la historiografía- mientras que a la segunda habría que llamarla "chisquero".

[299] Los trabajos de flotación fueron realizados por Inés López-Dóriga mientras que la identificación de la pieza se debe a Eva Pereda Rosales. Quiero aquí agradecer su ayuda con este tema a ambas.

[300] Así, por ejemplo y entre los primeros, uno de Sacramenia (Segovia) (Gutiérrez Gutiérrez Dohijo, 2007: 148-150) y otro de Castiltierra (Segovia) (Arias y Balmaseda, 2017: 51). Entre los norpirenaicos, los de la tumba nº 208 de la necrópolis merovingia de Largillay-Marsonnay (Francia) (Billoin *et alii*, 2006: 234-236) o los de las tumbas nº 61, 63, 97 y 156 de la burgundia de Baar (Suiza) (Müller *et alii*, 2010b: 53-54, 56, 78-80 y 106-107 y lám. 44, 48, 74 y 106) por citar sólo un par.

[301] Aunque es posible que ese carácter talismánico quizá esté relacionado con su función como chisquero, es algo que sólo las correspondientes analíticas sobre las piezas podrían aclarar. En ese sentido los trabajos

funerarios durante la Tardoantigüedad y la Alta Edad Media y otras utilizaciones posteriores en el tiempo.



Segundo eslabón o *briquet* de Las Penas

Parece pues que los encendedores formaban parte del equipamiento habitual masculino en época visigoda, por lo que su presencia en las tumbas no tendría por qué estar, en principio, relacionada con ninguna práctica ritual y sí con el atuendo de los inhumados en ella: la bolsa o escarcela formaría parte de ese atuendo y sería uno más de los objetos que podrían aparecer en una "inhumación vestida". Tampoco puede descartarse que esos eslabones hayan llegado a las cavidades como objetos de uso cotidiano. O que, incluso, fueran las herramientas utilizadas para encender los fuegos realizados en ellas y que afectaron a los restos óseos (*vid. infra*) y se abandonaran luego en la caverna.

Un tipo específico de útiles que se encuentra ampliamente representado en algunas de las cuevas -de forma significativa, en las de Cantabria- son las herramientas relacionadas con el trabajo textil (*vid*. Gutiérrez Cuenca y Hierro, 2010). Se trata de husos, punzones de tejedora, peines de cardar y de telar y quizá también una rueca cuchillos y tijeras, repartidos entre las cuevas de Riocueva, Las Penas, Cudón, Portillo del Arenal, Calero II, Foradada, La Garma, Los Hornucos y Pic d´Alian.

En primer lugar y debido a que se trata de los elementos más numerosos, hay que fijarse en los husos. Identificados a partir de algunas de sus partes, ganchos y fusayolas, estos instrumentos destinados al hilado de fibras tanto animales como vegetales están presentes en varias cuevas, acompañando a los cadáveres allí depositados.

llevados a cabo por Gutiérrez Rodríguez y Morgado (2013: 217) sobre piezas de ese tipo procedentes de algunos yacimientos del sur peninsular han ofrecido una variedad de resultados que parece indicar que se dan ambos casos: los de algunas las piezas de sílex con evidencias de su uso como chisqueros y los de otras con ausencia de las mismas y cuya presencia en las tumbas, por tanto, habría que explicar de otra manera.

De Las Penas procede el conjunto más numeroso de fusayolas, formado por ejemplares de hueso, una de cerámica y otra de arenisca. Esta última es un curioso ejemplar, conseguido a partir de una piedra, de forma discoidal con los lados achatados y que presenta una curiosa decoración incisa en sus dos caras y en el canto, recordando la de las dos primeras a la escritura oghámica de las islas británicas (*vid*. Gutiérrez y Hierro, 2010: 264). La anterior, por su parte, pertenece a un tipo más corriente, de forma discoidal y realizado a partir de un fragmento de teja o ladrillo[302], mientras que las de hueso presentan una morfología diferente, con tendencia hemiesférica, y fueron trabajadas en cabezas de fémures de bóvidos (Serna *et alii*, 2005; Gutiérrez y Hierro, 2010: 262-263). Las fusayolas de hueso de ese tipo[303] son conocidas desde la Protohistoria. Algunos ejemplos relevantes pueden encontrarse en los yacimientos levantinos de finales de la Edad del Bronce de Cabezo Redondo, Penya Negra y Cabeçó de Mariola (Basso, 2018: 50-51) o en el castro de la Edad del Hierro de Kutzemendi (Arevalo-Muñoz y Camarero, 2018: 131-132). Avanzando en el tiempo[304], contemporáneos de los de Las Penas son los ejemplares de *Ruscino*, conseguidos a partir de dos cabezas de húmero y fémur de bóvido, respectivamente (Rodet-Belarbi, 2014: 216-217) y muy cercano geográficamente es el de la aldea alavesa de Zornoztegi, "fabricado con el *caput femoris* de una vaca", recuperado en un nivel de habitación altomedieval, concretamente del siglo XI (Grau, 2019: 391). También están muy presentes en los niveles de la Alta y Plena Edad Media en York (Walton, 1997: 1741-1743). Respecto a su funcionalidad, su poco peso podría estar indicando su uso para la obtención de hilo fino de torsión media, quizá a partir de lana de fibras cortas (Basso, 2018: 54 y 57).

También de hueso, aunque de un tipo distinto, con forma discoidal, es la fusayola de Cueva Foradada. Publicada en su momento como un "grueso disco o rodete perforado" (Barandiarán, 1973: 27), tanto sus dimensiones como su morfología y, sobre todo, las características de su perforación "cilindrocónica" permiten identificarla como una fusayola y no una cuenta de collar u otro elemento decorativo. El repertorio de fusayolas se completa con el posible ejemplar de cerámica de la cueva del Pic d´Alian, descrito como "un disque épais de cerámique brune, largement percé" (Marsan, 1993: 77).

Junto a las torteras de distinto tipo, el otro elemento que formaba parte de husos -a falta de los husos propiamente dichos, por lo general realizados en madera y que no se

[302] Del mismo tipo es otra procedente de la cueva del Juyo (Bohigas, 1986), atribuida a momentos medievales aunque, lamentablemente, sin contexto arqueológico conocido que permita precisarlo. Fue entregada por G. Lorenzo al entonces de Museo de Prehistoria y Arqueología de Santander -hoy MUPAC- el 1 de agosto de 1951 y su revisión con motivo de esta tesis ha permitido apreciar que probablemente haya sido realizada reaprovechando un fragmento de ladrillo, presumiblemente romano, algo que podría ser un indicio de su datación tardoantigua. Sin embargo, en la cueva se hallaron también materiales de cronología romana, aparentemente tardía, como algunos fragmentos de cerámica común e incluso uno, muy rodado, de *terra sigillata*, conservados en el MUPAC; a lo que habría que sumar una fecha radiocarbónica de entre los siglos III y VI (1630±85) obtenida de un carbón del Nivel 2 (González Echegaray, 1985).

[303] Los trabajos experimentales con reproducciones de objetos de ese tipo han permitido comprobar su carácter de fusayolas plenamente funcionales (Rodet-Belarbi, 2014: 217).

[304] Más referencias a paralelos medievales en Gutiérrez Cuenca y Hierro, 2010: 264 y Rodet-Belarbi, 2014: 216.

conservan[305]- son los ganchos de ídem y los remates metálicos sin gancho. Los primeros, de un tipo bastante estandarizado, con enmangue en tubo, longitudes que alternan entre los 5 y los 8 cm y remate en gancho que les da su nombre, están presentes en varias cuevas cántabras. Así, de Las Penas proceden siete ejemplares, siete de Riocueva, tres del Portillo del Arenal y uno más de Calero II, todos ellos de hierro; a los que habría que añadir otro, esta vez de bronce, de Cudón (Alcalde del Río, 1934). De los segundos únicamente conocemos un ejemplar de Riocueva, que presenta la interesante particularidad de conservar la impronta mineralizada del hilo en su superficie (Gutiérrez Cuenca y Hierro, 2016d), y otro posible en La Garma[306].



Gancho de huso de Las Penas

Aunque por el momento los ganchos de huso de hierro están ausentes del registro de época visigoda en la península Ibérica, existen algunos ejemplares que pudieran tener esa cronología en el sur de Francia. Dos de ellos, por ejemplo, aparecieron acompañando a los cadáveres en dos sepulturas excavadas en una villa romana, en la localidad de Valentine (Haute-Garonne). Mal interpretados por sus descubridores y a falta de dataciones por otros medios, la presencia de los ganchos llevó a M. Feugere (2000: 176) a fechar las sepulturas en la Baja Edad Media, en lo que creemos que es un error: la presencia de esos utensilios, en todo caso y a partir de los paralelos bien datados que hemos documentado en las cuevas cántabras, deberían servir para proponer una fecha

[305] En este sentido hay que señalar la presencia de restos de madera mineralizada en el interior de algunos de los ganchos de huso de hierro recuperados en algunas de las cuevas, como Las Penas o Riocueva, de los que se tratará a continuación.

[306] Se trata del pequeño objeto de hierro que ha sido interpretado anteriormente como un posible punzón pero que, a la luz de su revisión más detallada y del paralelo de Riocueva antes mencionado, cuenta con bastantes probabilidades de ser un segundo ejemplar de remate de huso sin gancho.

tardoantigua para esas sepulturas, algo que, por otra parte, es relativamente frecuente amortizando las estructuras de villas romanas abandonadas (*vid. infra*). No ocurre lo mismo con los ejemplares de bronce, habituales desde época romana en toda Europa[307] y para los que contamos con ejemplos más o menos contemporáneos a los nuestros procedentes de los niveles de época bizantina de la zona del teatro romano de Cartagena, aunque no hayan sido interpretados como ganchos de huso, sino como accesorios relacionados con los telares o instrumentos de ganchillo, destinados "para tender las piezas de tejido de cara a su recamado, sin excluir el mismo uso al que se destinan los objetos semejantes actuales" (Vizcaíno, 2007: 13-14).

Los punzones de hueso, identificados como *pin-beaters* o *broches de tisserand*, de la cueva del Portillo del Arenal[308] (Garrido *et alii*, 2014), estaban destinados al trabajo en telares verticales y cuentan con buenos paralelos, fuera del mundo de las cuevas, en otras zonas de Europa, especialmente en Francia. Aunque su origen parece ser romano y se conocen algunos ejemplares de finales del siglo VII, su generalización se produce a partir del siglo VIII avanzado, en época carolingia, y su cronología se alarga durante buena parte de la Edad Media, por lo que, a falta de una datación directa., resulta complicado establecer una fecha concreta para nuestros ejemplares.

Sin abandonar el mundo del trabajo textil, hay que mencionar en este punto la posibilidad de que las sierras de Los Hornucos[309] (Carballo, 1935: 241) y Portillo del Arenal (Valle *et alii*, 1998: 49) sean, en realidad, peines metálicos de telar, del mismo tipo que los documentados en Panonia para época romana (Pásztókai-Szeóke, 2013) o en el York medieval (Walton, 1997: 1761-1762).

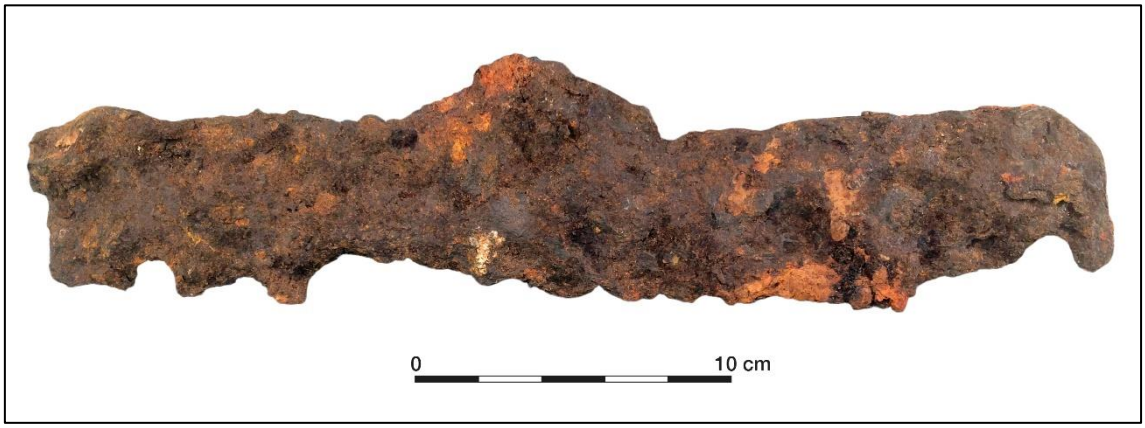
La gran cantidad de puntas alargadas de hierro -de sección cuadrada o circular y una longitud media y grosor uniformes- del conjunto de materiales metálicos procedentes de la cueva de Los Hornucos conservado en el MUPAC muy probablemente esté indicando la presencia en ese yacimiento de un peine de cardar lana, como los documentados, por ejemplo, en los niveles bizantinos de los siglos X-XIII de Chersonesos (Rabinowitz *et alii*, 2010: 446), en los medievales de York (Walton, 1997: 1727-1731) o -mucho más cerca geográfica, cronológica y culturalmente- formando parte de un ocultamiento de época visigoda en *Ruscino* (Rebé, 2014: 79, 81 y 85). Es probable que otro ejemplar del

[307] Para algunos ejemplos de ese tipo de época altoimperial en la ciudad romana de Magdalensberg, en *Noricum*, y referencias a ejemplares similares de otras zonas y épocas, vid Gostencnik (2000; 2011: 46). Recientemente, en el MUPAC se han identificado varios ejemplares procedentes de la ciudad romana de *Iuliobriga* (Retortillo) que fueron interpretados en el momento de su descubrimiento como posibles *tintinabula*. La identificación ha sido realizada por la restauradora del museo, Eva Pereda Rosales, a quien quiero agradecer aquí la información al respecto.

[308] También se documentan, como hemos visto anteriormente, en la cueva del Linar. Ante la ausencia de indicios acerca del carácter sepulcral de ésta en época visigoda he considerado más adecuado no incluirla en esta parte del trabajo.

[309] Ese objeto también aparece mencionado en la última entrada del diario de J. Carballo sobre su excavación en la cueva de Los Hornucos: "Entre las herramientas de Suano está el serrote, objeto único, según Taracena".

mismo tipo formase parte del conjunto de materiales metálicos que acompañaba a los cuerpos en Las Penas[310].



Posible peine de telar de hierro de Los Hornucos

Finalmente, uno de los objetos metálicos de Los Goros, publicado por Palol (1957) como un cuhillo y recientemente reinterpretado, a partir de paralelos de la época, como un gancho rematado en una argolla fracturado (Hierro, 2018), podría ser en realidad un nuevo útil relacionado con el trabajo textil; concretamente, una pequeña espada de tejedora utilizada específicamente en el proceso de tejido con tabletas. Existen ejemplares muy similares procedentes de contextos funerarios alemanes de época merovingia y que también se han interpretado en ocasiones como encendedores de chispa o *briquets*. Quienes los ven como herramientas textiles consideran que la parte apuntada serviría para apretar los hilos y explican su presencia en tumbas masculinas por su presunto papel en la confección de cinchas de caballo tejidas, además de las más comunes, de cuero (Fischbach *et alii*, 2015: 308).

Las tijeras[311], otro instrumento que podría estar relacionado con el trabajo textil[312], aunque su polivalencia las hace ser útiles en multitud de tareas, únicamente están presentes en Montou, donde se halló aproximadamente la mitad de un ejemplar (Kotarba *et alii*, 2007: 313, fig. 230: 10).

Entre los objetos de hierro procedentes de Los Hornucos figura un gran cincel, de unos 27 cm de longitud[313]. Otro objeto similar fue localizado en El Calero II (Morlote *et alii*, 1996: 231, lámina V), en una zona interior de la cueva y depositado sobre el suelo de la misma, donde permanece en el momento de redactar estas líneas, como he podido comprobar en el transcurso de una visita reciente. Por su tamaño, ambos parecen instrumentos destinados a la cantería o el trabajo de la piedra en general, aunque tampoco pueda descartarse un uso como herramienta de carpintería, especialmente en el primer

[310] Se trata del "lote de nueve objetos de hierro similares a gruesos clavos de sección circular u oval, sin cabeza. Varios aparecen soldados entre sí por el óxido" (Serna *et alii*, 2005: 256).

[311] Tijeras de resorte, obviamente.

[312] Las tejedoras representadas en el *Canticum 2* del Psalterio de Utrech aparecen utilizando tijeras de ese tipo en el telar (http://psalter.library.uu.nl/page?p=174&res=5&x=1108&y=712)

[313] Se trata, sin duda, del "formón largo de hierro muy oxidado" citado por Carballo en su diario de excavación como encontrado el día 30 de septiembre de 1935. En la actualidad se conserva en el MAN.

caso, más esbelto que el de El Calero II. Existen buenos paralelos de herramientas de ese tipo de época visigoda en los depósitos de Vadillo o Morcuera (Dohijo, 2011: 87, 171-172, 464 y 492).



Cincel de Los Hornucos

De Cueva Larga procede un conjunto de herramientas -pequeño martillo, punteros y formón- que podría interpretarse como destinado a trabajos de carpintería, como de hecho se hizo en el momento de su descubrimiento (Santonja *et alii*, 1982: 354-355), aunque también podrían haberse utilizado para labrar la piedra, como ha sido propuesto recientemente (Fernández Ibáñez, e. p.). Además, hay que tener en cuenta la posibilidad de que, en lugar de herramientas de carpintería o cantería, el de Cueva Larga sea, en realidad, un conjunto de útiles relacionados con la orfebrería. A favor de esta nueva interpretación jugarían tanto el pequeño tamaño del martillo y los punzones/punteros como la existencia de algunos paralelos para ellos, como los del yacimiento galorromano de *Vertillum* (Tisserand, 2010: 253 y 258) o los martillos del ocultamiento de herramientas de herrero de Gamzigrad II, en Serbia (Bugarski e Ivanisevic, 2013: 137), si bien estos son de mayor tamaño. Muy probablemente también estén relacionadas con la cantería o el trabajo de la madera algunas de las herramientas de Montou: una especie de alcotana con pico a un lado y martillo fino y alargado al otro y un pequeño formón o gubia de enmangue tubular (Kotarba *et alii*, 2007: 313, fig. 230: 11 y 4), si es que esta última no es, en realidad, una aguijada como la de Lazaldai[314].

Relacionados con las labores agrícolas están la podadera de Cueva Foradada y el corquete de Los Hornucos. Ambas son herramientas de corte, con enmangue en tubo y, por tanto, destinadas a ser enastadas en una pértiga. La primera, por su forma y tamaño, podría identificarse como una *falx arboraria* -un hocino o rozón- dedicada tanto a la poda de árboles como al desbroce de maleza. La segunda, más pequeña y con forma de hoz, parece

[314] Interpretado como "parte de una punta de lanza en hierro" (Llanos, 2003: 102), es un tipo de utensilio que no ha evolucionado formalmente desde la Edad del Hierro y para el que resulta muy complicado establecer una cronología precisa, a falta de un contexto más definido. En el caso de Lazaldai, podría estar relacionado con el uso de la cueva en el siglo VIII, pero también con momentos anteriores, del Hierro 2 o romanos, a los que presumiblemente pertenecerían tanto el *scalptorium* como el colgante de bronce con forma de diente de oso.

corresponderse con una *falcula vineatica* o corquete, un instrumento utilizado en la vendimia para cortar los racimos de uvas. Cuenta con un buen paralelo de época visigoda en el conjunto de herramientas de *Contrebia Leucade* que se expone en el centro de interpretación de ese yacimiento. Teniendo en cuenta la polivalencia de este tipo de herramientas (Pilipovic, 2013: 26), podría pensarse en una función como pequeña podadera -*falcula* a secas- no necesariamente relacionada con el cultivo de la vid. Sin embargo, de optar por la primera opción, se trataría de un testimonio indirecto de la existencia de viticultura en esa zona en momentos tempranos de la Edad Media[315]. Aún más pequeño es el instrumento con forma de hoz de la cueva del Asno (Eiroa, 1979: 113), cuya función muy probablemente haya sido esta última que acabamos de mencionar para el de Los Hornucos. Acerca de la hoz de la mina La Condenada no contamos con más datos que la mención a su existencia. Y otro tanto sucede con las azadas y azuelas de Cudón, de las que sólo contamos con una antigua fotografía.



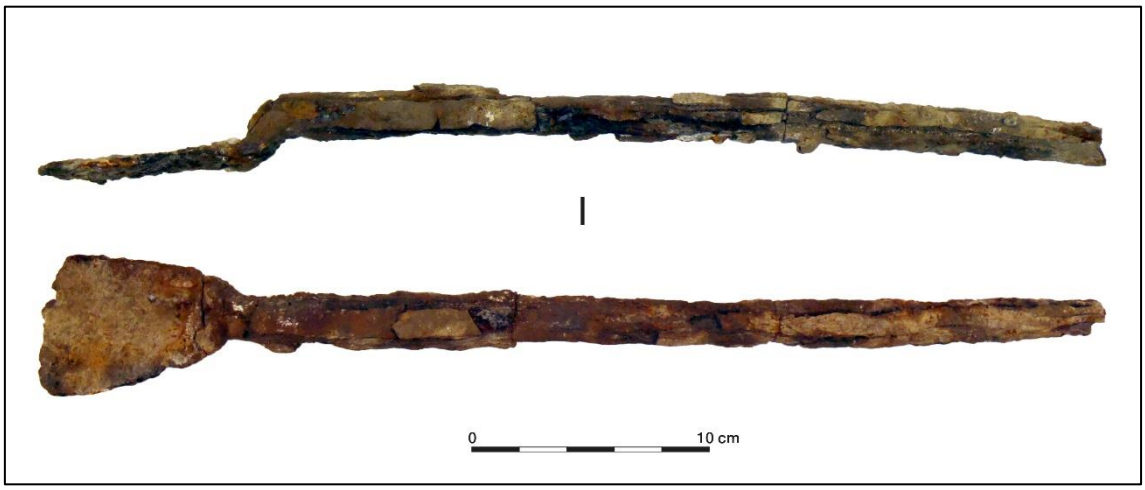
Corquete o podadera de Los Hornucos

Para la paleta o atizador del Portillo del Arenal, un instrumento posiblemente relacionado con las hogueras, no se conocen paralelos en otras cuevas[316] y fuera de ellas sólo contamos con el de un objeto de *Contrebia Leucade* interpretado como una cuchara

[315] En realidad y teniendo en cuenta tanto la cercanía de la ciudad romana de *Iuliobriga* -y otros centros menores repartidos por la misma zona- como las referencias pleno y bajomedievales a la existencia de vides y la elaboración de vino en esa comarca, es algo que no debería resultar extraño.

[316] Quizá un fragmento de una sólida barra de hierro que se observa en superficie en el interior de la cueva de Hoyos 1 pudiera corresponderse con otro instrumento del mismo tipo.

(Hernández Vera *et alii*, 1996: 27) pero que guarda con este ejemplar grandes similitudes -tanto en tamaño, aunque es algo menor, como morfológicas- y que apareció directamente asociado a restos de fogatas en un espacio doméstico.



Paleta de Portillo del Arenal

Un objeto -o más bien sus restos- que aparece en varias de las cuevas es el molino rotatorio, cuya presencia está atestiguada en Las Penas, Cudón, Montou y Los Hornucos. Se trata en todos los casos -excepto el de la cueva francesa, donde sólo consta la aparición de "*fragments de meules a grain rotatives circulaires*" (Kotarba *et alii*, 2007: 313)- de fragmentos de molinos circulares de arenisca, tanto de piedras volanderas (*catilli*) como de bases (*metae*). En el primer yacimiento de los mencionados (Serna *et alii*, 2005) los fragmentos, pertenecientes al menos a dos piedras volanderas y a una base, aparecen en dos zonas de la cavidad: en la entrada -concretamente, en la boca y en la primera rampa- y al otro lado de los restos de muro de cierre de la galería y del escalón, algo que, como ya se ha comentado en otro apartado, excluye la casualidad como causa de su llegada a la cueva desde el exterior; al menos en el segundo caso. De la "piedra de molino" de Cudón sólo sabemos que estaba dentro de la cueva, por lo demás sellada desde tiempos antiguos, lo que podría hablar en favor de su introducción intencional, aunque la falta de más datos hace que sea necesario mantener cierta prudencia al respecto. Y, finalmente, en Los Hornucos, medio *catillus* formaba parte del muro de piedra seca que sellaba la boca de la cavidad (Carballo, 1935) y del que, pese a que fue casi completamente destruido durante la excavación arqueológica de los años 30 del siglo XX, aún se conserva una parte.

La presencia de molinos no es habitual en las tumbas de época visigoda, aunque existen ejemplos de reutilizaciones formando parte de las estructuras de éstas, como en el caso de la tumba número 38 de la necrópolis del Camino de los Afligidos (Alcalá de Henares) (Méndez y Rascón, 1989: 86 y 112) o la también número 38 de la de La Indiana (Pinto) (Morín *et alii*, 2006: 576). En otro tipo de contextos completamente diferentes y sobre los que se volverá más adelante, tampoco es extraño encontrar piedras de molinos

rotatorios junto a cadáveres, en el interior de silos, en poblados de época visigoda, aunque esa asociación probablemente no sea más que aparente[317].

En general, la presencia de herramientas en el interior de tumbas en época visigoda es muy rara, por no decir completamente excepcional. Ni instrumentos textiles, más allá de alguna posible fusayola suelta[318], ni aperos de labranza o herramientas de cantería, carpintería o relacionadas con trabajos agro-forestales[319] -ni mucho menos piedras de molino- eran depositados en las sepulturas como ajuares funerarios entre los siglos VI y VIII; al contrario, por cierto, de lo que ocurría en época tardorromana, donde ese tipo de objetos eran relativamente frecuentes en las necrópolis, significativamente en las del mundo rural vinculado a las grandes villas. En el caso de las cuevas, es probable que la existencia de una parte de ese instrumental, significativamente el metálico, en esos contextos se explique por su condición de ocultamientos. En ellos, dado que lo que primó para su formación fue la acumulación de objetos de hierro y otros metales, podemos encontrar instrumental relacionado con todo tipo de actividades e incluso armas, como hemos visto más arriba. Este sería el caso de Los Hornucos, por ejemplo, y quizá también de El Asno, como ejemplos más claros. Sin embargo, en otros casos con evidencias claramente sepulcrales, como Las Penas o Riocueva y en los que la opción del atesoramiento se puede descartar completamente, la presencia junto a los cadáveres de objetos relacionados con la vida cotidiana, especialmente con los trabajos textiles, aunque no sólo, llama poderosamente la atención por su falta de paralelos en el mundo funerario de la época.

Recipientes

La presencia de cerámica es habitual en muchas de las cuevas con uso sepulcral en época visigoda. Sin embargo, sólo en algunas de ellas puede establecerse de forma indudable una relación directa entre esos contextos funerarios y los restos de vasijas. En otras tantas y a falta de contextos cerrados, o semi-cerrados, pues muy pocas cuevas lo son realmente,

[317] Señala A. Vigil-Escalera (2013: 132) el posible uso de piedras de molino, amortizadas una vez terminada su vida útil, como tapaderas de silos en esas aldeas y señala el ejemplo de la de Gózquez, donde una gran mayoría de las recuperadas en todo el yacimiento fueron localizadas en el fondo de los silos. Quizá podría objetarse a esta interpretación que, en algunos casos, las piedras no están completas y lo que se recupera del fondo del silo son únicamente -grandes, eso sí- fragmentos. A lo que podría añadirse el hecho de que las piedras volanderas -y algunas de las recogidas son de ese tipo- presentan un gran orificio en el centro, lo que, en principio, podría invalidarlas como tapaderas.

[318] Las tres de las tumbas nº 54, 306 y 346, respectivamente, de Castiltierra, por ejemplo (Arias y Balmaseda, 2017: 41), de hueso, aunque distintas morfológicamente a las de Las Penas, y que no parece que formaran parte de husos cuando fueron depositadas en las tumbas; sino que, a decir de sus excavadores, "colgaban del cinturón", quizá con una función profiláctica.

[319] Un par de excepciones a esa afirmación son la tumba nº 14 de la necrópolis soriana de Deza, del siglo VI (Taracena, 1927: 25, 29 y lám. XVII) con un hacha-pico que su excavador consideró en su momento un arma y no una herramienta, pese a ser un claro ejemplo de *dolabra*; y la nº 22 de la necrópolis vallisoletana de Prado de Guadaña, con otra *dolabra* colocada sobre el abdomen del difunto, datado por ^{14}C en los siglos VII-VIII (Crespo y Fernández Díaz, 2018: 521-522).

o de dataciones absolutas por termoluminiscencia, son las propias características tecnomorfológicas de los fragmentos recogidos las que permiten plantear ambas cosas: cronología y relación con los restos humanos. Finalmente, en un gran número de ellas la muestra es tan poco diagóstica o remite a tan dispares momentos históricos que no han de tenerse en consideración a la hora de realizar análisis como el que viene a continuación. Sería el caso de las cuevas de Los Riscos de la Escaleruela, del Assut de Bellús, el Pic d´Alián, Fresneda I, Can Sant Vicenç, La Carrasca, La Mora o la mina de La Condenada. Mención aparte merecen las cuevas de l´Alborá y El Tajón, donde las cerámicas recuperadas remiten a horizontes tardorromanos, como muy tarde de finales del siglo V, algo que permite disociarlas claramente de los elementos metálicos de adorno en el segundo caso. La problemática del primero ya ha sido expuesta con anterioridad, por lo que no es necesario insistir aquí.

Por el contrario, en los yacimientos de Riocueva, Las Penas, Los Hornucos, Portillo del Arenal, Cudón, Cueva Foradada, Montou, El Juyo y Lazaldai, la presencia de cerámicas de las cronologías que estamos estudiando es segura. Algo que podría hacerse extensible, aunque con más dudas, como se verá, a Cueva Larga, Venta del Cuco, La Pila, Les Bruixes de Tautavel, La Boucle, Les Bruixes de Rojals o Los Goros.

Sin ninguna duda, el tipo de recipiente cerámico más y mejor representado en el registro arqueológico de las cuevas que estamos estudiando en este apartado es la olla. Y dentro de él, las pequeñas ollas de "perfil en S", modeladas mayoritariamente a torneta y de pastas bastas.

En el caso de Riocueva, el mejor estudiado hasta la fecha en relación con este asunto (*vid*. Gutiérrez *et alii*, 2018), todos los ejemplares cerámicos presentes en la cueva -un mínimo de ocho- se corresponden con ese tipo. Se trata de pequeñas ollas de "perfil en S", de cuerpo globular y fondo plano, en ocasiones con asa de cinta y/o pico vertedor, con bordes triangulares y labios planos o acanalados y que, cuando tienen decoración, ésta está realizada a base de líneas onduladas o de "dientes de lobo" incisas, tanto sencillas como múltiples. Están hechas a torneta, tienen pastas groseras, fueron cocidas en ambientes reductores que les proporcionaron sus características coloraciones oscuras, que van del pardo al gris negruzco, y presentan la adición de numerosos desgrasantes de gran calibre en los fondos, como medida para aumentar la resistencia frente a exposiciones prolongadas al fuego. Este detalle, así como los numerosos restos de hollín y evidencias de quemado en las bases, ha permitido establecer su uso prolongado como vasijas de cocina antes de su amortización en la cueva, algo que ha sido refrendado por los análisis de arqueomagnetismo realizados sobre fragmentos de algunos ejemplares[320] (Molina-Cardín *et alii*, 2018) y sobre lo que se volverá más adelante. Una datación por TL obtenida de un fondo ha arrojado una cronología para él de entre los siglos VI-VIII.

[320] Ejemplares que no han podido ser datados aplicando ese método porque, precisamente, habían sido expuestos al fuego en numerosas ocasiones durante su vida útil (comunicación personal de M. L. Osete).



Olla de Riocueva

De las Penas proceden fragmentos atribuibles a, al menos, otras tres ollas del mismo tipo, una de ellas decorada con varias líneas paralelas de ondas incisas (Serna *et alii*, 2005: 253, 259 y 263-264). Esta última encuentra un buen paralelo en una de las recuperadas en Riocueva, con un motivo decorativo muy similar. En Cudón, restos de otro recipiente similar han sido datados por TL en los siglos V-VI (Peña, 2006a). Éste presenta una peculiar decoración a base de digitaciones a lo largo de la base del cuello y peinados verticales en el cuerpo que lo emparenta con las producciones de la fase más antigua -siglos VII al IX- del yacimiento vizcaíno de Górliz[321] (Azkarate y Solaun, 2016: 201-203). Restos diversos de al menos otras tres ollas similares, con labios ligeramente acanalados, se recuperaron en el Portillo del Arenal (Valle *et alii*, 1998: 40-45), así como de otro ejemplar en El Juyo[322]. Fragmentos de varias ollas -al menos dos- del mismo tipo fueron recogidos en Cueva Foradada. En palabras de su publicador, se trataba de trozos pertenecientes a "vasos de cuerpo esférico: de boca abierta, cuello corto y vientre abultado, del tipo de los pucheros, seguramente sin asas" (Barandiarán, 1973: 24). Estas ollas también están presentes en Montou y en Los Hornucos, donde son descritos como "*pots globuleux simples*", con bordes moldurados y sin decoración (Kotarba *et alii*, 2007: 313), y como "pequeñas ollitas de cerámica común, tanto en pastas oxidantes como

[321] Esta relación abre la puerta a interesantes cuestiones acerca de la producción y difusión de ese tipo de contenedores cerámicos, más aún si tenemos en cuenta que los territorios costeros de las actuales Vizcaya y Cantabria parecen haber pertenecido, en esos momentos de los siglos VII-VIII, a mundos culturales -y quizá también políticos- con marcadas diferencias. Quizá la presencia de alfareros especializados itinerantes propuesta por Azkarate y Solaun (2016: 224-225) sea una explicación plausible. En cualquier caso, sólo eventuales nuevos hallazgos en territorio cántabro podrán ayudar a aclarar este aspecto. Hasta entonces, la olla de Cudón seguirá siendo una pieza única en esta región.

[322] Se conserva en la colección del MUPAC y permanece inédito.

reductoras, siendo relativamente abundantes estas últimas, negras y grises" (Bohigas y Ruiz, 1989: 35), respectivamente. Quizá los restos de un "*vase tourné pansu et à petit col*" (Provost *et alii,* 1999: 349) del Aven de la Boucle también se correspondan con los de otra vasija de esta tipología[323].



Olla de Cudón

En las cuevas de la Venta del Cuco, La Pila y Los Goros[324], los restos cerámicos conservados podrían, por sus características técnicas, pertenecer también a ollas de "perfil en S" como las que acabamos de ver en los otros yacimientos citados. Lamentablemente, su escasez y su estado fragmentario hacen imposible precisar más y, por tanto, obtener algún dato concluyente en ese sentido. Algo similar a lo que ocurre con los fragmentos de vasija de la Cova de les Bruixes de Rojals, cerámica de aspecto tan tosco que, según sus descubridores, "*recorda la ceràmica prehistòrica*" (Massó y Capdevilla, 1999: 5).

[323] Ha sido, precisamente, la presencia de ollas de este tipo junto a restos humanos en el registro arqueológico de la cueva de Tredjoloungo (Douvez, 2000b) lo que nos ha llevado a plantear la posibilidad de que se trate de un yacimiento de época visigoda y no necesariamente de la Edad del Hierro, como ha sido publicado. Pese a ello, la falta de indicios de peso en ese sentido me ha llevado a dejarla fuera en esta parte del trabajo.

[324] Conservados los de las dos primeras en el MUPAC de Santander y los de la tercera en el BIBAT de Vitoria. Estos últimos estaban inéditos y fueron revisados con motivo de este trabajo.

Del Portillo del Arenal (Valle *et alii*, 1998: 40-42) procede una olla/orza, similar en algunos aspectos a las de perfil en S que estamos viendo, pero con algunas diferencias, empezando por su mayor tamaño. Se trata de un recipiente muy panzudo y de borde alto y vuelto, con el labio plano. De pastas toscas, está hecho a torneta y presenta una decoración incisa en la parte superior del hombro a base de dos líneas onduladas -una de ellas con ondas tan agudas que suelen ser interpretadas como "dientes de lobo"- que se entrecruzan y una tercera recta situada bajo ellas. Datada por TL entre los siglos IV y VI, tiene buenos paralelos entre los materiales tardoantiguos de la villa romana de Murias de Beloño (Asturias) (Requejo, 2016: 122-123), así como en algunos hallazgos gallegos[325], como los de Montero Ríos o Saa-Camposancos (Fernández Fernández y Bartolomé, 2016: 97-98), aunque, en estos casos, sin la decoración característica de nuestro ejemplar.

Serias dudas acerca de su cronología ofrece el ejemplar de olla de Cueva Larga, un recipiente globular y de cuello ligeramente vuelto, de color muy oscuro y un perfil en S más atenuado que en las que hemos visto hasta ahora. En palabras de sus publicadores (Santonja *et alii*, 1982: 350): "una olla de boca ancha, sin asas, con pasta arcillosa mal decantada y desgrasantes muy heterométricos de cuarzo, realizada a torno y con una banda decorativa conseguida con impresiones de uñas -ungulaciones- en la zona superior del cuerpo de la vasija". Tanto su morfología como su decoración la alejan de los tipos habituales en época visigoda, algo que, por otra parte, tampoco permite descartar completamente esa datación. Conviene, por tanto, mantener cierta prudencia al respecto.

Caso aparte es el del ejemplar de Lazaldai, una ollita[326] de pastas bastas, oscuras y modelada a torneta, de "perfil en S" y con decoración incisa a peine, formando bandas de líneas múltiples horizontales y verticales que adquieren forma de retícula irregular. Por sus características formales puede incluirse en el Tipo Olla I-Ia/b de la sistematización de J. L. Solaun (2005: 148-149) para la cerámica medieval del País Vasco, con una cronología situada entre los siglos VIII y XI. La tosquedad tanto de la factura como de la decoración del ejemplar de Lazaldai parece relacionarle con algunas de las cerámicas de Aldaieta (1999: 174-179), de los siglos VI-VII. Otros buenos paralelos para él serían las "ollas con peine vertical-retícula irregular" asturianas altomedievales[327], presentes ya en niveles del siglo VIII en yacimientos como el de la vega de Corao (Requejo, 2016: 127), las cerámicas del nivel inferior del castillo altomedieval cántabro de La Bolera de Los Moros (Piñeres, Peñarrubia) (Sarabia, 2003: 367 y 378) y, más cercanos geográficamente, algunos de los fragmentos de cerámicas "visigótico-emirales" del yacimiento de la ermita de San Sebastián de Cintruénigo (Navarra), fechables también en el siglo VIII (Remírez,

[325] En el caso gallego se establece incluso una categoría propia, la de las "ollas de borde recto", cuyo inicio se fecha a finales del siglo V o ya en el VI (Fernández Fernández y Bartolomé, 2016: 97), una cronología que coincide con la datación absoluta del ejemplar del Portillo del Arenal.

[326] De la que se conservan varios fragmentos en el Museo BIBAT de Vitoria, uno de ellos de gran tamaño, con panza y cuello completo.

[327] La presencia temprana de este tipo de producciones cerámicas en la zona más al este del Principado de Asturias, así como en el occidente de la actual Cantabria y en el País Vasco y su detección en yacimientos de la zona central asturiana únicamente a partir de los siglos X-XI (Requejo, 2016: 127) permite especular con un origen "oriental" para ellas y su posterior difusión hacia poniente, a lo largo de la cornisa Cantábrica.

2007-2008: 80-84). En este caso y como ya se avanzó en el catálogo, una fecha del siglo VIII avanzado podría corresponder bien a las características formales de la pieza.



Reconstrucción de la olla de Lazaldai

En Cudón (Peña, 2006a: 181), junto a la ya mencionada olla de "perfil en S" también se encontró un pequeño recipiente, modelado con ayuda de torneta, de tipo orza. De pastas bastas y mal decantadas, tiene cuerpo globular -casi bitroncocónico- y labio ligeramente biselado y presenta indicios de haber sido alisado al exterior. La pieza es formalmente muy similar -aunque su estado no permite apreciar correctamente si cuenta con una decoración parecida- a la recuperada en el interior del enterramiento B-15 de Aldaieta (Azkarate, 1999: 179), lo que ha llevado a considerarla como de época visigoda. En la cueva de Les Bruixes de Tautavel (Martzluff *et alii*, 2012: 111) se localizó un recipiente semejante, aunque de tamaño un poco mayor, de pastas bastas y oscuras y también modelado a torneta; con la diferencia principal de contar con un pequeño pico vertedor conseguido mediante el pellizcado del labio, algo que lleva a sus publicadores a sugerir la presencia de un asa -no localizada- en el extremo opuesto. Ha sido fechado, por sus características técnicas y sus paralelos formales, en los siglos VII-VIII.

Junto a las ollas y la olla/orza ya mencionadas, en Portillo del Arenal se encontró una pequeña ollita con asa de cinta (Valle *et alii*, 1998: 41 y 43; Muñoz, 2006) para la que no conocemos paralelos en el registro arqueológico de las cuevas sepulcrales de época visigoda. De color ladrillo claro, a torneta, con "perfil en S" y labio triangular, presenta un estriado grueso, aunque poco profundo, en todo su cuerpo. Salvando el detalle del color y la decoración, su forma, tamaño y la presencia del asa permiten relacionarla con alguno de los ejemplares de Aldaieta, como el de la tumba B13 (Azkarate, 1999: 167-169 y 171), siquiera de forma lejana. Tal vez el fragmento de Cueva Foradada descrito por Barandiarán (1973: 33) como "de pasta cerámica depurada, en color ladrillo claro a

amarillento, con franja de estrías paralelas al exterior" y con "el arranque de un asa" corresponda a un segundo ejemplar, aunque no pueda asegurarse.

Otro caso único resulta el mortero de pastas bastas de Cueva Larga (Santonja *et alii*, 1982: 350 y 352-353), de clara tradición tardorromana, que sus publicadores relacionan con materiales similares de los niveles tardíos de *Conimbriga* y para el que existen buenos paralelos -como, por ejemplo, el Tipo 409- en la sistematización de A. Martínez Salcedo (204: 168-170) sobre la cerámica común romana en el País Vasco. De nuevo habría que aplicar las mismas precauciones acerca de su cronología que en el caso de la olla del mismo yacimiento que acabamos de ver, ya que, en este caso, podríamos encontrarnos ante una pieza bajoimperial.

Hasta el momento, únicamente en Los Hornucos contamos con la presencia de un gran contenedor cerámico de tipo *dolium*. Se trata de una gran orza de almacenamiento, de color ocre y gris, con desgrasantes muy gruesos, perfil marcadamente globular y borde corto y vuelto, y que está decorada en la zona del hombro y el cuello con series de líneas múltiples -ondas, arcos, etc.- hechas a peine (Bohigas y Ruiz, 1989: 34-35). Esta vasija, que ya llamó la atención de J. Carballo (1935: 247-248)[328] durante la excavación del yacimiento, en los años 30 del siglo XX, ha sido datada mediante TL, ofreciendo una fecha de entre los siglos VI y VIII (Peña, 2006b). Es posible que la presencia de un recipiente de este tipo, destinado en principio al almacenamiento de sólidos relacionados con la alimentación, haya contribuido a la consideración de la cueva como un lugar de hábitat. Sin embargo, expresadas ya en otro apartado las nulas condiciones de habitabilidad de Los Hornucos, pueden manejarse otras explicaciones para su presencia en la cavidad. Podría tratarse, sin más, de un recipiente de uso cotidiano que hubiera terminado sus días amortizado en un lugar de depósito de cadáveres, como hemos visto que sucede con otros objetos de la vida diaria en algunos contextos de este tipo. Sin embargo, considerando la posibilidad expuesta en otro apartado de que nos encontremos, en realidad, ante una ocultación de materiales metálicos, puede proponerse un uso del *dolium* como contenedor -enterrado, semienterrado o en superficie, en origen- de ese depósito. Algo que cuenta con algunos buenos paralelos en la época[329], como es el caso

[328] "El barro es de lo más basto que he conocido: una pasta roja, heterogénea, cuajada de arenillas blancas de cuarzo, mal trabajada, mal cocida, pues casi no se nota la acción del fuego; por fuera va recubierta de una capa a modo de barniz, en el cual abundan tanto los brillantes puntos de mica, que apenas se puede hallar un espacio de dos milímetros sin ellos. Y si bien está hecha a torno, por dentro se aprecian los surcos que quedaron de pasar los dedos por la pasta aún fresca (…) Como adorno vése una cenefa en arcos incisos con peinilla de seis puntas; le sirve como de base otra orla ondulada, no en arcos, sino lineal, hecha probablemente con el mismo instrumento (…) Todos los indicios son de que se trata de una obra de alfarería local, muy deficiente, sin arte y sin preparación de materia prima".

[329] Otro caso similar, aunque más dudoso, podría ser el del "Escondrijo r1" de la Casa del *Sectile* de Uxama (El Burgo de Osma, soria) (García Merino, 1995: 76-78), donde en el mismo agujero excavado en el suelo en el que se recuperó un lote de objetos metálicos -principalmente de hierro- de época visigoda, se encontraron una tapadera y varios grandes fragmentos de un "enorme recipiente" cerámico basto, de paredes gruesas y decorado con ondas incisas que podría considerarse como un *dolium*. Creo que la presencia de esos materiales metálicos asociados a esa cerámica en ese contexto sólo puede explicarse considerando la segunda como el contenedor en el que se guardaron los primeros.

del *dolium RUS 1980 120*, en *Ruscino*, una cerámica de este tipo, en este caso del siglo I, reutilizada a finales de época visigoda, primero para almacenar grano y frutos y más tarde para ocultar en su interior un conjunto de herramientas agrícolas y artesanales de hierro (Rébé *et alii*, 2104: 113-119).

Finalmente, también es un ejemplar único el cántaro biansado de Montou (Kotarba *et alii*, 2007: 313), un tipo completamente extraño en el resto de cuevas pero que puede relacionarse con contenedores de líquidos.

La presencia de ollas, aun no siendo desconocida, no es lo más habitual en contextos funerarios de época visigoda, donde las jarras de diferentes tipos y otros contenedores de líquidos son los recipientes utilizados de forma mayoritaria, formando parte de los ajuares (*vid*. Izquierdo, 1977: 845 y ss.). En el caso de las cuevas sepulcrales, como acabamos de ver, ocurre todo lo contrario: allí donde ha podido recuperarse material cerámico éste corresponde, de forma casi exclusiva, a recipientes de tipo olla o similares. Por tanto, puede hablarse de la existencia de un importante contraste en ese sentido entre la cerámica de las cuevas y la de las necrópolis. Estas diferencias podrían tratar de explicarse desde un punto de vista "regional", ya que las cuevas en las que la cerámica está mejor representada se localizan en la zona norte de la Península, en territorios donde el repertorio cerámico de los siglos VII-VIII está casi completamente circunscrito a las cerámicas comunes de cocina; significativamente a las de tipo olla[330]. O al menos lo estaba hasta hace muy poco, ya que trabajos recientes como el llevado a cabo en el asentamiento de Górliz (Azkarate y Solaun, 2016: 201-204) muestran un panorama algo diferente para los siglos VII a IX, con un evidente predominio de las cerámicas de cocina -ollas/orzas- pero con una presencia más que significativa de jarros y, sobre todo, de cuencos[331].

En el caso Riocueva y como ya se ha señalado, las ollas de perfil en S habían sido utilizadas con anterioridad[332], muy probablemente con una función culinaria, tal y como se desprende de las huellas de fuego -desprendimientos por causa del calor, coloración, manchas de hollín- presentes en ellas. Se plantean, por tanto, dos opciones: que se trate de una reutilización con fines funerarios, como ajuar, de recipientes de cocina o que su presencia en la cueva se deba a su carácter de objetos de la vida cotidiana, como ocurre con otros materiales que aparecen junto a ellas. La reutilización de recipientes domésticos con fines funerarios ha sido señalada recientemente en el caso de las *diotae*, o jarros biansados, que habrían tenido una vida anterior como contenedores de líquidos, antes de

[330] Aunque, en el caso de Cantabria, ese repertorio formal tan escaso puede deberse, sin más, a que prácticamente su única fuente de conocimiento son las propias cuevas y eso esté produciendo un importante sesgo (Gutiérrez Cuenca *et alii*, 2018: 80).

[331] Una diversidad formal que está presente, a mayor escala, en otras zonas de la Península en esos momentos, como en el Centro, ejemplificado en los estudios que A. Vigil-Escalera (2006) ha realizado sobre Madrid, o en la cuenca del Duero (Tejerizo, 2015: 148-155); donde, junto al ya mencionado predominio de las ollas y otras formas cerradas de uso culinario, se encuentran cuencos, jarros e incluso botellas, por mencionar sólo algunas.

[332] A falta de estudios específicos, parece probable que esa reutilización haya tenido lugar en otros yacimientos similares, dada la similitud de las formas cerámicas presentes en todos ellos.

ser amortizados en las tumbas con esa misma función, para usarse como viáticos (Gutiérrez González y Miguel, 2016: 154).

En un trabajo reciente (Azkarate y Solaun, 2016) se comienza a cuestionar la, hasta hace poco generalmente asumida por la investigación, ausencia de prestigio social de la "cerámica grosera" -categoría en la que se incluiría la práctica totalidad de la cerámica presente en las cuevas con uso sepulcral en los siglos VII-VIII- en estos momentos; a partir, sobre todo, de la excavación de materiales procedentes de un alfar altomedieval especializado en este tipo de producciones en Gorliz (Vizcaya) y a los contextos de aparición de algunos ejemplares, como los de las necrópolis de Aldaieta y San Martín de Dulantzi o el conjunto rupestre de Las Gobas[333]. Sin embargo y asumiendo lo acertado de esta nueva interpretación en términos generales, creo que no es aplicable en los contextos que nos ocupan, donde la reutilización de recipientes de cocina invalida, en mi opinión, su consideración como objetos prestigiosos. No se trata, como hemos visto en el caso mejor estudiado, en Riocueva, de recipientes creados *ad hoc* para ser utilizados como ajuares, sino de ollas de cocina, utilizadas con ese fin durante amplios periodos de tiempo y que terminan siendo depositadas en las cuevas junto a los cadáveres[334].

Finalmente y como curiosidad, resulta llamativa la "conexión vascona" de las cerámicas de la cueva de Cudón, en Cantabria, cuyos dos ejemplares encuentran sus mejores paralelos en los yacimientos de Gorliz (Vizcaya) y Aldaieta (Alava).

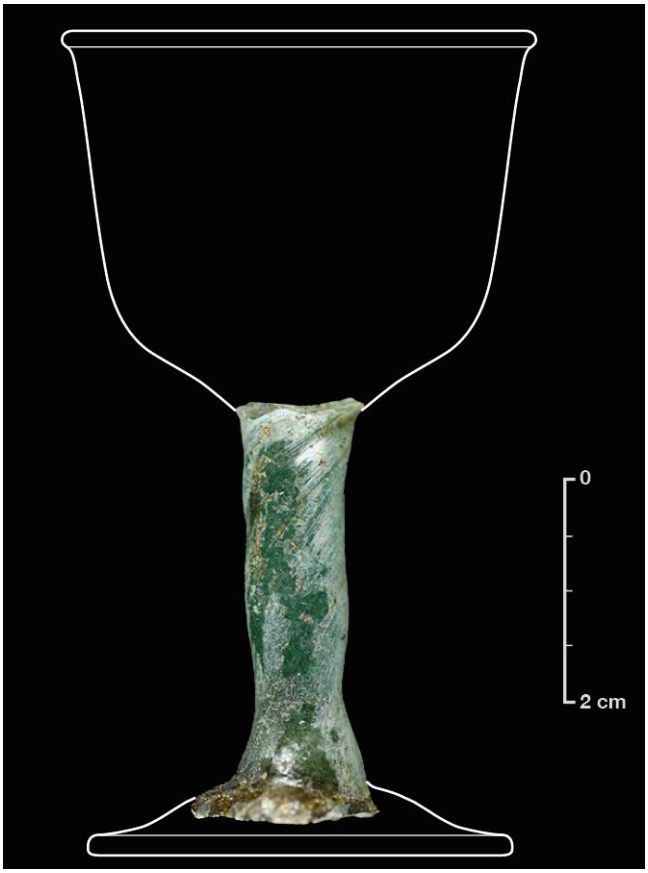
La vajilla de vidrio también está representada en el registro arqueológico de las cuevas con uso sepulcral en época visigoda, aunque de forma minoritaria. Es difícil saber si esa escasez es debida a que realmente su presencia fue muy poca en ese tipo de contextos o, por el contrario, a la dificultad de la detección de sus restos durante los trabajos de documentación arqueológica de los sitios. En ese sentido y teniendo en cuenta que muchos de esos trabajos o bien son antiguos -con sus correspondientes limitaciones metodológicas- o bien han consistido en intervenciones parciales o simples recogidas de superficie, llama la atención que en varios de los casos que han sido objeto de excavación en fechas relativamente recientes -Foradada, Montou, Riocueva…- esa presencia de vidrios haya podido confirmarse arqueológicamente.

En Montou (Kotarba *et alii*, 2007: 313), por ejemplo, se menciona la presencia de vidrios verdes y azules y de pies de copas lisos, entre los fragmentos de vidrio recuperados, que son fechados, sin mayores explicaciones, en el siglo VII, a partir de los paralelos conocidos para ese momento. Entre los materiales dibujados figuran un cuerpo, un pie y

[333] Abundando en ese sentido y complementando esa interpretación, resultan elocuentes las palabras de A. Vigil-Escalera (2018: 31): "la cerámica no torneada no tiene por qué estar evidenciando empobrecimiento, crisis ni autoconsumo, ni reflejar la puesta en práctica de unas formas económicas rudimentarias (…) Las cerámicas con factura a torno lento pueden ser tan buenas como las torneadas o ser incluso de mejor calidad, dependiendo de la función para la que estén concebidas".

[334] Aunque uno de los trabajos que restan por hacer es de los análisis de residuos en el interior de estos recipientes, lo cierto es que, conociendo su condición de materiales reutilizados y con una larga vida útil anterior a su amortización definitiva, esas analíticas no podremos distinguir si una eventual presencia de trazas de alimentos sólidos y/o de líquidos estuvo relacionada con su uso culinario o con ese final sepulcral.

una base quizá pertenecientes a la misma pieza, probablemente una copa de tipo Foy 27[335]. En Cueva Foradada (Barandiarán, 1973: 21), por su parte, se recuperaron fragmentos de al menos dos recipientes de vidrio: un "vaso, de color verdoso muy claro, casi por completo transparente" con una boca de 6,5 cm de diámetro, labio ligeramente engrosado y cuyo fondo no pudo ser recuperado; y otro, diferente, aunque del mismo tipo, algo mayor. Con todas las cautelas, atendiendo a sus características formales, especialmente al tamaño, podríamos estar, de nuevo, ante ejemplares de copas de tipo Foy 27 como los de Montou. Y como el de Riocueva, ya que en ese yacimiento se recuperó un pie de copa de ese mismo tipo (Gutiérrez Cuenca y Hierro, 2019: 518 y 522), de sección helicoidal y color verdoso.



Pie de copa de Riocueva

No fue el único resto de vidrio procedente de la cueva, ya que también se halló un pequeño fragmento de borde perteneciente quizá a un pequeño cuenco, con el labio engrosado y de color caramelo; lo que nos habla de la presencia de, al menos, dos recipientes de vidrio en la cueva. Finalmente, durante los trabajos de revisión de los materiales de Cueva Larga,

[335] Las copas son el "fósil guía" por excelencia, dentro de la vajilla de vidrio, para época visigoda (Gamo, 2002b: 483-484). De forma un poco más específica, las de tipo Foy 27 (Foy, 1995) lo son para los momentos tardíos (siglos VII-VIII) en el noreste peninsular y Septimania, donde se documentan en prácticamente todos los lugares de hábitat rurales excavados, desde fortalezas a aldeas (Roig, 2011: 142). Parece obvio que, a partir del hallazgo de Riocueva (*vid. infra*), ese carácter de "útil director" puede extenderse al norte de la Península, por no mencionar otras zonas del centro y sur peninsulares donde también están presentes, como en los niveles de habitación del yacimiento extremeño de Casa Herrera (Caballero y Ulbert, 1976: 119-120), si bien es cierto que de forma minoritaria si lo comparamos con el caso catalán.

en el Museo de Palencia, se ha localizado un pequeño fragmento de borde de un recipiente de vidrio, de tipo indeterminado. Es de color verde y presenta un labio con engrosado sencillo, por lo que podría corresponder, una vez más, a una copa como las que estamos viendo; aunque no se puede descartar que pertenezca a otro tipo de vaso, como un cuenco, o incluso a un plato. En el caso de la cueva de La Carrasca (Escó y calvo, 1986: 106) sólo contamos con la mención a la presencia de vidrio, entre otros materiales, y a su atribución genérica a época visigoda.

No son estas las únicas cuevas en las que se ha atestiguado la existencia de vidrios, aunque en el resto de casos resulte muy complicado establecer su cronología. Concretamente, discernir entre su pertenencia a los momentos tardorromanos de uso de las cavidades o ya a los que interesan en esta investigación, algo que sólo es posible realizar en los casos en los que la tipología de las piezas es evidente. Es el caso de Los Hornucos, donde las "copas de vidrio de pared casi hemiesférica" (Pérez González e Illarregui, 1997: 619-620) han sido fechadas en el siglo IV junto a las *sigillatas* tardías y algunos objetos metálicos. Algo parecido ocurre en los casos de Los Moros de Quintanaurria[336] (Osaba *et alii*, 1971: 184-185), El Tajón[337] (Garín y Modet, 1912: 135), L´Alborá[338] (Adán *et alii*, 2009: 238), Assut de Bellús[339] (Tiffagom y Sanchís, 2008: 9) y la Gruta do Caldeirão [340] (Zilhão, 1992: 117-118).

La presencia de recipientes de vidrio en contextos funerarios de época visigoda, aun siendo minoritaria, no es extraña[341]. Aunque el mayor número de casos conocidos nos remite a las necrópolis vasco-navarras de "facies Aldaieta", algunas de cuyas peculiaridades ya se han mencionado con anterioridad en este trabajo y sobre las que se volverá más adelante en varias ocasiones, en el resto de la Península también se conocen algunos ejemplos, aunque ciertamente pocos. En el caso de las primeras, los vasos o cuencos de vidrio están presentes en prácticamente todas, desde Aldaieta hasta Dulantzi, pasando por Finaga o San Pelayo. Las tumbas en las que aparecen se fechan, tanto por la tipología de los materiales que contienen -incluyendo los de vidrio- como, en algunos casos, por dataciones radiocarbónicas, en el siglo VI avanzado (Azkarate, 2005: 410 y ss.; Loza y Niso, 2016: 110), pudiendo llegar, en el caso de Finaga, hasta inicios del VII (García Camino, 2002). Esa misma cronología temprana comparten los fragmentos de recipientes de vidrio -fundamentalmente platos, cuencos y vasos- recuperados en la necrópolis de Castiltierra (Arias y Balmaseda, 2015) y la mayor parte de los vasos y cuencos procedentes de cementerios del noreste de la provincia de Córdoba, donde

[336] "Dos fragmentos de vaso de vidrio muy fino; uno de ellos con una franjita pintada"; "Fragmento de vidrio romano, de coloración ligeramente verdosa, y adornado con tres franjitas paralelas y azuladas".

[337] "Dos trozos del borde de un vasito pequeño de cristal muy fino con irisaciones".

[338] "Un vidrio de clara factura romana".

[339] "Se documentan restos de vidrio, tanto antiguos (romanos) como modernos".

[340] "*Ao período da dominaçao romana em território português pertenecen seguramente (…) e vidro, quase todos atruíveis aos séculos IV-V*".

[341] De hecho, contrasta su identificación en este tipo de contextos con la, hasta hace muy poco tiempo, casi total inexistencia en otro tipo de yacimientos, significativamente los de hábitat; algo señalado -y explicado- por B. Gamo (2002b: 477) en un artículo monográfico sobre este tipo de producciones.

abundan este tipo de objetos, algunos de ellos muy similares, curiosamente, a los de la zona vascona[342]. Tanto en esos momentos como ya en el siglo VII, otro tipo de recipientes relativamente comunes, dentro de su escasez, son los ungüentarios, presentes en tumbas de distintas zonas del sur y este peninsulares (*vid* Vizcaíno 2007: 682 y ss.). Dentro de estos existe un tipo muy característico -y del que se conocen apenas un par de ejemplares- que cuenta con un pie moldurado, lo que le sitúa a medio camino entre las copas y los ungüentarios propiamente dichos (Gamo, 1995: 308[343]; Sánchez de Prado, 2009: 193), aunque más relacionados con los segundos que con las primeras. Y es que, dentro de ese repertorio formal de los vidrios en contextos funerarios de época visigoda, la presencia de copas, del tipo que sean, es prácticamente inexistente. No hay apenas ejemplos de objetos de ese tipo, destinados a contenedores de líquidos y/o sustancias oleaginosas, en el interior de sepulturas; al contrario de lo que hemos visto para otro tipo de recipientes en las líneas precedentes. Algo que, si cabe, es más acusado en momentos tardíos como los que estamos estudiando, cuando esa presencia de vasos y cuencos de vidrio en las sepulturas se hace aún más escasa y donde, hasta la fecha, no se conocen copas de ningún tipo[344]. Donde sí aparecen las copas de tipo Foy 27 y los cuencos, como ya se ha comentado, es en contextos domésticos tardíos y formando parte de la "vajilla doméstica", donde resultan un complemento habitual de las cerámicas comunes de cocina, casi exclusivas en esos momentos finales del siglo VII y a lo largo del VIII (Gamo, 1995: 311; Coll, 2011: 205-207; Roig, 2011: 142).

Entre los contenedores metálicos, sin duda el tipo más característico es el de los habitualmente denominados "jarritos litúrgicos" de bronce, uno de los "fósiles guía" de la arqueología de época visigoda, aunque esa afirmación pueda matizarse en lo que se refiere al marco cronológico de su uso. La clasificación realizada por P. de Palol (1950) en su trabajo monográfico sobre el tema -con el añadido de las mal llamadas "patenas" (*vid. infra*)- establecía la presencia en el registro arqueológico peninsular de un "Tipo extranjero" y de seis "Tipos nacionales", numerados del I al VI y distinguibles en función de su morfología y decoración[345]. Los de las cuevas corresponden en todos los casos a los

[342] Una recopilación de los hallazgos y bibliografía en http://sibulquez.blogspot.com/2014/08/los-peculiares-cuencos-de-vidrio-en.html.

[343] Esta autora los incluye en su Grupo B, dentro de los ungüentarios.

[344] Hay algunos casos, pero son anteriores en el tiempo o dudosos. Dentro de los primeros, una sepultura emeritense del siglo V: una inhumación de un individuo juvenil de sexo femenino -que ha sido relacionado por sus excavadores con la realeza sueva- con una copa de vidrio formando parte de su, por otra parte, rico ajuar (Heras y Olmedo, 2015: 280). El mejor ejemplo de los segundos lo encontramos en Castiltierra, de donde procede, presuntamente, una conservada en el Instituto Valencia de Don Juan (Gamo, 2002b: Balmaseda y Arias, 2015b: 158): una copa "de cuerpo acampanado, borde exvasado y pie formado por un vástago cilíndrico con base abierta circular" (Gamo, 1995: 309-310).

[345] Recientemente, M. Beghelli y J. Pinar (2013: 711-714 y fig. 13) han realizado una nueva clasificación, atendiendo a su representación en el Psalterio de Stuttgart, con tres tipos diferenciados: uno presente en buena parte de Europa occidental -salvo Italia e Inglaterra- y también en la Península y los otros dos, que únicamente se diferencian por la presencia de un nudo en la unión entre el pie y el cuerpo, exclusivamente hispánicos, con una única y anecdótica excepción sarda. En cuanto a su cronología, sitúan la fabricación y uso de estos recipientes entre los siglos VII y IX.

tipos hispánicos de Palol: el de El Asno al tipo III o al IV[346] y los de Cudón y la cueva indeterminada de la Montaña Leonesa al IV. En el caso de El Asno estamos, concretamente, ante un gran fragmento del pie y parte del arranque de la panza de un ejemplar que podría corresponder a los tipos III o IV de la clasificación de Palol (1950). Conserva el fondo, cosa poco habitual en este tipo de piezas, donde tiene soldado un contrapeso también de bronce y fue recuperado en el nivel superficial de revuelto de la cavidad. El ejemplar de Cudón, por su parte, estaba aparentemente íntegro, con su asa, y sabemos que conservaba el fondo porque contenía objetos en su interior. Del de la cueva indeterminada de la Montaña Leonesa apenas sabemos nada, aparte de que, aparentemente, también estaba completo.

Considerados erróneamente como de origen copto durante décadas, los jarritos -y otros recipientes- de bronce presentes en el registro arqueológico de Europa occidental a partir del siglo VII parecen tener un origen local; más allá de que se inspiraran, en origen, en modelos egipcios o del mediterráneo oriental; más concretamente, noritálico en los casos de los presentes en esa zona, en el mundo merovingio -en sentido amplio- e Inglaterra, con algunos ejemplares sueltos en la península ibérica; e hispánico para los tipos corrientes en el ámbito territorial visigodo: la Península y el sureste francés. Algo que ya fue establecido de forma convincente por Palol (Palol, 1950: 169 y ss.) y que corroboran investigaciones más recientes (*vid*. Perin, 2005). Según el primero, los modelos itálicos llegarían a las costas mediterráneas españolas a mediados del siglo VII y durante la segunda mitad de esa centuria surgirían los modelos ya plenamente hispánicos -con un gran centro productor localizado en la zona de León- que usan los anteriores como modelos pero que van desarrollando unas características propias y originales, tanto en el modo de fabricación como en los elementos decorativos e incluso los perfiles (Palol, 1950: 171-173).

Aunque la opinión mayoritaria de los investigadores españoles[347] (*vid*. Balmaseda y Papí, 1997: 167 y ss.) apunta al uso religioso de este tipo de objetos, algo plasmado en su propia denominación corriente como "jarritos litúrgicos", también hay que considerar las evidencias de una utilización "profana" o "laica", como se razonará más adelante.

En cuanto a su cronología, hay que señalar que ésta excede ampliamente la contemplada en este trabajo[348], ya que se conoce la perduración de tipos muy similares durante, al

[346] Su carácter fragmentario impide realizar mayores precisiones en ese sentido.

[347] Para una visión más amplia y que incluye parte del occidente europeo, además de la Península, *vid*. Beghelli y Pinar, 2013: 699-701.

[348] Esa afirmación no parece válida para los territorios que formaron el núcleo de al-Andalus tras la conquista musulmana del Reino de Toledo, donde jarritos y "patenas" -y otros objetos de uso litúrgico cristiano- están completamente ausentes del registro arqueológico de los siglos IX-X, al contrario de lo que sucede en los territorios cristianos norteños y en los fronterizos con ellos; algo que ha sido señalado por R. Azuar (2016: 96-97) como una prueba de la escasez de comunidades cristianas mozárabes en esas latitudes, su debilidad y la consiguiente imposibilidad de llevar a cabo sus ritos de forma normal. Quizá se pueda dar una vuelta al argumento y utilizarlo no para proponer esa ausencia de comunidades cristianas, sino la relativa, por escasa, representación de esos objetos en sus actividades religiosas: al tener también un uso

menos, buena parte de la Edad Media. Esas pervivencias pueden ir incluso mucho más allá y llegar, por sorprendente que parezca, a la Edad Contemporánea[349] en algunas zonas de Asia Central, tal y como queda de manifiesto en algunas fotografías tomadas por investigadores rusos en la segunda mitad del siglo XIX en el entonces recién conquistado Turquestán[350]. Sin llegar tan lejos, la larga pervivencia de los modelos y la ausencia, en la mayor parte de los casos, de contexto arqueológico hace difícil establecer su pertenencia a época visigoda en algunos casos. Sin embargo, en los que nos ocupan, el hecho de proceder de cuevas ya es un indicio bastante fiable a ese respecto, al que hay que añadir su relación, en ocasiones, con otros objetos que sí cuentan con cronologías más o menos ajustadas -broches liriformes, acetres de hierro, placas de "tipo Almar", etc.- o la propia evidencia epigráfica, en el caso de los que presentan inscripción.

Acerca de su funcionalidad, han sido L. J. Balmaseda y C. Papí (1997: 171-172) quienes han defendido la que es, en mi opinión, la hipótesis más sólida para la interpretación de este tipo de objetos[351]. Según estos autores, los jarritos habrían de identificarse con los *urceoli* mencionados en los textos litúrgicos de la época y su función sería la de servir como contenedores de líquidos: tanto el agua y el vino del sacramento de la eucaristía como la primera durante el lavatorio de manos. Esta segunda actividad se realizaría en combinación con las mal llamadas patenas, en realidad aguamaniles, algo que estaría refrendado por la inscripción presente en el ejemplar conservado en el Instituto Valencia de Don Juan: *ELLANI AQUAMANUS*. Reforzando esa interpretación, en un jarrito procedente del interior de una tumba de la necrópolis bávara de Thierhaupten-Oberbaar (Beghelli y Pinar, 2013: 700) está inscrito el salmo 26: 6, que dice: "lavaré mis manos entre los inocentes y daré vueltas alrededor de tu altar, Señor" [352]. Precisamente, la iluminación que ilustra ese salmo en el Psalterio de Stuttgart muestra una escena de lavatorio de manos, en contexto religioso, utilizando un juego de jarrito y un plato con mango muy similar a nuestras "patenas" (*Ibidem*: 755).

Si aceptamos esta hipótesis y consideramos que los jarritos y las "patenas" son en realidad *urceoli* y *aquamanus*, es decir, jarritos contenedores de líquidos y aguamaniles,

---

profano, tal vez mayoritario, fueron sustituidos en ese territorio por otro tipo de aguamaniles de inspiración oriental, perdurando en zonas más septentrionales, donde las modas andalusíes no tuvieron apenas impacto.

[349] Perduración que fue adivinada por el propio Palol (1950: 73) cuando escribió lo siguiente acerca de los jarritos: "La persistencia de formas engaña siempre al tratar de seguir tipos y perduraciones; de continuar buscando paralelos a través de la historia del arte, llegaríamos sin ninguna clase de dudas a los tiempos actuales sin interrupción".

[350] En una de las fotografías del *Album del Turquestán* (https://www.wdl.org/es/item/13919/view/1/1/), perteneciente a "La Parte de los Oficios", se observa un jarrito de ese tipo entre las herramientas y productos de un orfebre trabajador del cobre. El *Album del Turquestán* es un estudio fotográfico de los territorios de Asia Central recién incorporados al Imperio Ruso, realizado por A. L. Kun y N. V. Bogaevskii. Una de sus secciones está dedicada a las artes y oficios tradicionales.

[351] Aunque, realmente, el propio Palol (1950. 26-27) ya la mencionaba en su trabajo monográfico sobre el tema y la relacionaba con la ordenación del diácono y el subdiácono, que serían los encargados de los lavatorios de manos.

[352] La inscripción dice así: *LABABO INTER INNOCENTES MANVS MEAS ET CIRCVMDABO ALTAREM TVVM D*(*omi*)*NE* (Schulze-Dörrlamm, 2006: 616 y 618).

respectivamente, no debería resultar complicado ir un paso más allá y asumir también para ellos un uso que trascienda el mundo religioso: tanto el servicio de mesa con recipientes de relativo lujo para líquidos[353] como el lavatorio de manos son actividades que necesariamente tenían que tener lugar fuera de ese ámbito. Este uso laico explicaría, por ejemplo, su presencia en el interior de tumbas en algunas zonas de Europa, especialmente en el mundo merovingio, formando parte de ajuares que, en principio, no se corresponderían con lo esperable para un religioso. En el caso de la Península, el ejemplo de la tumba situada junto a la boca de Cueva Güerta, con un jarrito y una "espada corta" -¿*scramasax*?- formando parte del ajuar podría ejemplificar esa situación. O el del jarrito del Museu Luso-Alemão de Lisboa, cuya inscripción + *GISERICI ET SUCCESSE VITA*[354] ha llevado a M. Schulze-Dörrlamm (2006: 620-625) a considerarlo un objeto de uso doméstico y no parte de los *vasa sacra* de un templo cristiano. También algunos de los contextos hispánicos -al margen de las cuevas- en los que han sido recuperados varios de los jarros parecen ratificar ese uso profano, sin connotaciones litúrgicas. Así, en la denominada por Palol *Cambra 3* del poblado fortificado o *castrum* de Puig Rom, un espacio estrecho pegado a la muralla, situado entre dos construcciones y sin ninguna función religiosa, se halló un jarrito del Tipo III de ese autor (Soler, 2015: 70). Otro tanto sucede en el no muy lejano *castellum* de Sant Julià de Ramis (Girona), donde otro jarrito, en este caso del tipo IV de Palol y con una inscripción dedicatoria, fue localizado en la parte baja de lo que sus excavadores interpretan como una pequeña torre lateral[355] (Nolla *et alii*, 2003). Finalmente, la existencia de imitaciones en cerámica de los jarritos de bronce, como las recuperadas en la necrópolis de Piña de Esgueva (Valladolid) y en San Pedro de Alcántara (Málaga) (Izquierdo, 1977: 852-853), podría ser un nuevo indicio de ese uso no religioso, ya que aparecen formando parte ajuares funerarios en tumbas que, por lo demás, no muestran otro tipo de objetos que confirmen la condición eclesiástica de los inhumados en ellas[356].

Por tanto, y tal como han señalado M. Beghelli y J. Pinar (2013: 699-700), ambos usos, litúrgico y profano, no son excluyentes y pueden haber convivido perfectamente a lo largo de los siglos en los que este tipo de recipientes han estado en uso. En lo que todos los autores consultados parecen estar de acuerdo es en el carácter exclusivo y elitista de este

[353] En el Psalterio de Stuttgart hay otras dos ilustraciones de ese uso como contenedor de agua y/o vino: una en contexto religioso, con un personaje nimbado bebiendo directamente de un jarrito sin asas junto a un altar; y en otro civil en el que un noble apura, en su palacio, una copa que acaba de ser llenada por un sirviente que porta un jarro del tipo de los que estamos viendo aquí. Las imágenes pueden verse en la siguiente entrada: http://mauranus.blogspot.com/2012/05/patenas-y-jarritos-de-bronce-de-epoca.html.

[354] La inscripción, "+ Vida de Giserico y Successa" hace claramente alusión a una pareja, muy probablemente los dueños del jarrito y quienes lo utilizaban. Se trata de una fórmula propiciatoria, en un contexto cristiano, aunque no privativa de miembros del clero.

[355] Esos mismos autores que, al partir de la premisa de la función exclusivamente litúrgica del jarrito, especulan con la existencia de una capilla en el *castellum*, de cuyo mobiliario formaría parte la pieza (Nolla et alii, 2003: 265-267). Hay que señalar que la presunta capilla no ha sido identificada.

[356] Algo que no ve de la misma manera Izquierdo (1977: 853), quien considera que "su uso estuviese relacionado con alguna ceremonia litúrgica de tipo fúnebre, o bien que el enterramiento correspondiese a algún personaje religioso".

tipo de objetos, que son considerados como de lujo; de donde se infiere -cuando no es explicitado- que estarían vinculados a miembros de las capas más altas de la sociedad de la época. Quizá la única excepción sea esta frase de L. J. Balmaseda y C. Papí (1997: 167), cuando, refiriéndose a un pie de jarrito de bronce decorado con damasquinados de plata conservado en el MAN, afirman: "En fin, las aplicaciones de plata en jarritos traducen una aportación estética preciosa sobre útiles de bronce que enaltece su aparente modestia"[357].

Aunque se ha propuesto recurrentemente la relación de los jarritos de las cuevas con enterramientos en su interior, lo cierto es que, hasta el momento y aunque existan indicios a favor de esa idea en alguno de los casos, es algo que no ha podido certificarse[358]. Descartado el caso de Cueva Güerta, por no tratarse de un enterramiento en cueva, el ejemplo con más opciones de encajar en ese esquema es el de Cudón, aunque, como veremos, sin que falten dudas muy razonables a ese respecto. Para establecer su relación con restos humanos sólo contamos con los testimonios del descubridor del jarrito y del promotor de la excavación, quienes afirmaron que estaba asociado a un esqueleto[359].

En el caso de la cueva del Asno y sin descartar completamente lo funerario, ya que se menciona la presencia de restos humanos dispersos, el contexto en el que se recuperó el jarrito podría corresponder a un ocultamiento de objetos metálicos, como ya se ha adelantado en su entrada del catálogo[360]. Incluso en Cudón podríamos encontrarnos ante otro atesoramiento de ese tipo, lo que explicaría tanto el lote de herramientas y objetos de hierro como la presencia de fragmentos de otros recipientes metálicos en el interior del jarrito. La idea podría hacerse extensible, además, a otros hallazgos, tanto en contextos en cueva como de otros tipos, como veremos en otro lugar.

---

[357] En ese sentido quizá sea conveniente recordar que en el testamento del rey Alfonso II de Asturias a la iglesia de San Salvador de Oviedo, del año 812, se mencionan, entre otros objetos relacionados con el adorno del tempo y la liturgia, un *urcium* (jarro) y un *aquamanile* -en ese orden- de plata (Franco, 2009-2010: 62). Es probable que nos encontremos ante uno de los juegos de jarrito y "patena" tan habituales -o atribuidos a ella- en época visigoda, aunque en este caso concreto nos encontraríamos ante ejemplares de auténtico lujo, hechos de plata y no de aleación de cobre como los que estamos viendo en este apartado. Éste podría ser un argumento en contra de ese generalmente asumido carácter "exclusivo" -o, al menos, accesible sólo a una minoría aristocrática- de los jarritos y los aguamaniles de bronce, aunque el hecho de que se trate de una donación regia a una de las iglesias más importantes del reino hace que haya que manejarlo con cautela.

[358] De hecho, tampoco parecen existir evidencias de su presencia en el interior de sepulturas "al uso", más allá de referencias a hallazgos antiguos y de los que no han quedado pruebas gráficas ni de otro tipo, más allá de los propios jarros. El ya mencionado caso de la tumba junto a Cueva Güerta es uno de ellos, aunque no el único: se da por hecha esa procedencia en el caso del ejemplar del Cerro de La Almagra (Mula, Murcia) (González Fernández *et alii*, 1994: 296) y a una necrópolis situada en torno a la iglesia de Santa María de Quintanilla de las Viñas (Burgos) se atribuye otro que se conserva en el Museo de Burgos (Palol, 1950: 175).

[359] En la mina El Milagro, Iturrieta, el complejo de La Horadada y la cueva indeterminada de la Montaña Leonesa, no contamos con elementos que permitan afirmar o negar esa relación, por lo que se impone la prudencia. Y es precisamente por eso por lo que no se han incluido en este apartado del trabajo.

[360] Estos conjuntos cuentan con numerosos paralelos en la Tardoantigüedad y la Alta Edad Media y en ellos no son completamente extrañas este tipo de piezas (*vid*. Bugarski e Ivanisevic, 2013: 144).

Aparte de los jarritos, existen otros contenedores del mismo material, si bien más modestos y que suelen pasar desapercibidos, como los pequeños calderos o cacillos, de los que conocemos un ejemplar en la cueva indeterminada de la Montaña Leonesa publicada por E. Gago y otro, conservado en el MAN, procedente de Los Hornucos. El primero era -pues su paradero, como el del resto de materiales procedentes de ese yacimiento, es desconocido en la actualidad- un pequeño contenedor de forma cilíndrica y poca altura[361], con un asa unido al cuerpo mediante sendas anillas que sobresalían de éste[362] y en el que parece intuirse una cierta carena en su parte más baja. Su cuerpo era de bronce, mientras que contaba con un asa de hierro, un indicio acerca de su reparación durante su vida útil que viene a sumarse a lo mencionado por su publicador acerca de las evidencias de reparaciones -¿lañas?- que presentaba, sobre todo en el fondo (Gago, 1902: 65-66). El segundo, cuya cronología tardorromana o de época visigoda es imposible precisar en estos momentos, es un ejemplar muy diferente: mucho más pequeño, sin asa ni sistema para engancharla, macizo y decorado con círculos concéntricos en su base. Fue descrito por su descubridor (Carballo, 1935: 244) como "un bonito cacillo de bronce, que mide 5 cent. de abertura y 3 de alto. Es una pieza sólida, pesada, y cuyo fondo exterior tiene, como sobrio adorno, dos círculos concéntricos, que con el reborde exterior hacen tres".

Finalmente, hay que mencionar otros recipientes como platos, fuentes y cuencos, mucho menos representados, pero con algunos ejemplos notables en algunas de las cuevas. Así, comenzando por el ejemplar mejor conservado, en la Grotte des Ancêtres se localizó un gran fragmento de un recipiente de aleación de cobre de tipo cuenco, de perfil hemiesférico, con borde vuelto y plano y fondo umbilicado. Presentaba signos de reparación y, por paralelos formales, sus descubridores lo fechan en el siglo VI (Coiffé y Boudartchouk, 2019).

En Cudón, los fragmentos de bronce con decoración calada encontrados en el interior del jarrito corresponderían, en palabras de Alcalde del Río (1935: 155), a una "especie de bandeja o azafate". Interpretó este autor que la parte que presenta una serie de pequeños triángulos calados correspondía a un "borde de escasa altura" y que también contaba con una base aplanada. Sin embargo, ese tipo de decoración se corresponde en realidad con la que encontramos en el pie de algunos recipientes de bronce altomedievales[363] pertenecientes a tipos muy escasos en la Península, pero muy extendidos por el resto de Europa y el Mediterráneo. Según Palol (1950: 91), se trataría del fragmento de un plato perteneciente a un tipo intermedio -y desconocido hasta la fecha- entre esos ejemplares con pie calado originales, de los que sólo se conoce un ejemplo en la península, y las "patenas" hispanovisigodas. En esa evolución entre una y otra forma la decoración calada

[361] En palabras del propio Gago, "su altura de nueve centímetros, y la circunferencia de treinta y cinco".

[362] Desconocemos si como parte de apéndices remachados o mediante algún otro sistema, ya que la descripción se hace a partir de la única fotografía disponible de la pieza, cuya calidad, lamentablemente, no es muy grande.

[363] Ese tipo de decoración calada a base de triángulos aparece, por ejemplo, en las bases de los ejemplares del Tipo A del séptimo grupo de recipientes con asa –*Griffschalenform*- de la clasificación de K. Wertz (2005: 37-38 y lámina 8) para los recipientes tradicionalmente considerados de origen copto.

a base de triángulos alineados se habría desplazado del pie, que habría desaparecido, al borde, para terminar por ser eliminada a su vez. Sin embargo y a la vista de lo endeble del argumento y de la ausencia de evidencias materiales de esa reflexión teórica, más allá del dibujo y la descripción del fragmento de Cudón, parece preferible pensar en que se trataba, sin más, de parte del pie -y quizá también del cuerpo- de uno de esos recipientes ya mencionados. De ser correcta esta interpretación, estaríamos ante el segundo ejemplo peninsular de este tipo de objetos, junto al del Collet de San Antoni de Calonge (Gerona) (Palol, 1959: lámina XLIII).

En Los Hornucos, por su parte, se recuperaron dos mangos de "patenas", cazos u objetos similares y varios fragmentos pertenecientes a un plato o fuente de bronce con el borde marcado. Uno de los dos primeros, incompleto, de sección vagamente poligonal, reverso hueco y rematada en una cabeza muy esquematizada de animal con una llamativa cornamenta ya había sido considerada de esa forma en trabajos anteriores (González Echegaray, 2004: 270-271). Parece una evolución -o una imitación de peor calidad- de los mangos con remates zoomorfos de este tipo de recipientes y cuenta con un buen paralelo en uno conservado en el British Museum de Londres, perteneciente a un hallazgo antiguo en la provincia de León[364]. El segundo, por su parte, ha sido interpretado, siguiendo a Carballo[365], como una cacha o empuñadura, aunque una revisión detallada permite considerarlo también como un asa.



Mango de Los Hornucos

Se trata de un objeto plano, alargado y que se va ensanchando hacia uno de sus extremos, donde termina en un remate trifoliado -vagamente flordelisado- en el que hay tres pequeños orificios para otros tantos remaches y que serviría para unirlo al cuerpo

[364] El ejemplar leonés presenta un grado de simplificación mucho mayor que el de Los Hornucos y en él la cabeza del animal ha desaparecido por completo, quedando únicamente como recuerdo una cornamenta muy esquematizada y colocada bastante lejos del extremo distal, apuntado.

[365] Que lo describía de la siguiente manera: "pieza de cobre (…) que mide 0,11 por 0,03 m., casi rectangular: tiene uno de los extremos ensanchado, viéndose tres orificios para remaches, y en el otro extremo sólo hay un orificio, pero mayor que los anteriores (…) Detrás está acanalada como para ser adaptada a alguna pieza o empuñadura" (Carballo, 1935: 241).

principal del objeto al que perteneció, ya que sobresale del cuerpo principal y forma uña. El extremo contrario, el distal, tiene forma de "cola de golondrina", con la particularidad de que el saliente central es ligeramente trilobulado, y cuenta con otro orificio circular, de mayor tamaño que los otros, presumiblemente destinado a la suspensión. Toda la superficie del anverso está recorrida por una orla incisa dividida por una línea central en la que convergen pequeñas líneas oblicuas creando un motivo de espiga y el reverso es acanalado.

Aunque no he conseguido localizar un paralelo exacto para esta pieza, tanto el saliente trifolio como el remate en "cola de golondrina" cuentan con buenos referentes en materiales de estos momentos: el primero, por ejemplo, en los mangos de las "patenas" del conjunto de Las Pesqueras, de la de procedencia desconocida conservada en el MAN (Balmaseda y Papí, 1997: 156 y 159) o de la de Zaragoza (Escribano, 2000: 105), si bien es cierto que más desarrollados; y el segundo en el extremo distal del mango de patena de Astudillo (Palol: 1962: 701-703), aunque con el saliente central liso. Finalmente, la forma acanalada no es extraña en mangos de recipientes de aleación de cobre de época tardorromana, con ejemplos como los del ocultamiento de la Calle Sur de Getafe (Caballero, 1985: 106-107).

Aunque en principio pudiera pensarse en la presencia de dos o tres recipientes de aleación de cobre en ese yacimiento, a partir de esos hallazgos y dependiendo de si alguna de las asas formaría conjunto con el plato o fuente, lo cierto es que su estado -fragmentario y, en el caso del plato, con signos evidentes de recortes intencionados- me lleva a pensar en que se trata, en realidad, de restos de objetos, de chatarra. O lo que es lo mismo, de materia prima metálica que formaba parte de un depósito, probablemente una de las ocultaciones tan típicas en esos momentos[366].

Dejando a un lado la vajilla de bronce, existen otro tipo de contenedores metálicos presentes en las cuevas mucho menos conocidos pero que tienen un especial interés. Se trata de los pequeños acetres de hierro chapados en aleación de cobre de Las Penas, La Garma y, probablemente, Riocueva. El ejemplar de La Garma, recientemente encontrado es el único que se conserva completo, aunque las circunstancias de su localización actual no hacen posible una observación detallada de la pieza ni de su interior, más allá de uno de sus lados. Se trata de un acetre de pequeño tamaño, de forma cilíndrica, no muy alto y de cierta anchura y con una marcada carena en su parte inferior y una base convexa y redondeada. Presenta dos apéndices, aparentemente remachados al cuerpo principal, rematados en otras tantas anillas, donde va sujeto el asa, que conserva. Dichos apéndices tienen la particularidad de presentar una forma ancorada en la parte opuesta a los aros, con dos salientes curvos laterales que le dan un aspecto bífido muy llamativo y que

[366] Encontramos un buen ejemplo de la presencia de un recipiente de ese tipo -una "patena"- formando parte de una acumulación de objetos metálicos destinados a su reciclaje -principalmente broches de cinturón y herramientas- a finales de la época visigoda en una de las casas de *Contrebia Leucade* (Hernández Vera *et alii*, 2001: 16-17). Más arriba hemos propuesto una interpretación similar para el conjunto de la Cueva del Asno, con los restos de un jarrito junto a varios elementos de hierro, tanto útiles como relacionados con el atuendo.

constituyen, a falta de una restauración, la única decoración de la pieza. Las abundantes manchas de óxido de cobre que se alternan con la superficie de hierro del objeto permiten suponer que nos encontramos ante un recipiente de este último metal que presenta un chapado en el primero -o en alguna aleación con éste como base- que ha sido casi totalmente cubierto por la oxidación del anterior[367]. Este chapado concuerda con lo observado en el ejemplar de Las Penas, el primero identificado (Serna *et alii*, 2005: 264) y que, pese a su estado fragmentario, pudo ser objeto de una reconstrucción bastante fiel, a tenor de lo que ahora podemos comprobar gracias al de La Garma. Se trata, de nuevo, de un acetre de pequeño tamaño, con una proporción altura-anchura muy similar -si no idéntica- a la del anterior y que presenta tanto la carena inferior y el fondo convexo como el mismo sistema de sujeción del asa mediante apéndices rematados en anillas remachados al cuerpo principal. De hecho, la revisión de sus fragmentos durante los trabajos de documentación para esta tesis ha permitido observar la presencia del mismo remate ancorado que en el ejemplar anterior en uno de esos apéndices, lo que me lleva a concluir que se trata de piezas gemelas, muy probablemente salidas de un mismo taller. Finalmente, en el caso de Riocueva contamos con numerosos fragmentos de hierro chapados en cobre y una posible anilla de sujeción para un asa que probablemente pertenezcan a un tercer contenedor de este tipo. Lamentablemente, su mal estado impide confirmar completamente esta identificación[368].

Los orígenes de este tipo de recipientes pueden rastrearse hasta época tardorromana, donde, aunque no son muy frecuentes, están presentes en distintos yacimientos. Conocemos distintos ejemplares, procedentes tanto de ocultamientos como de contextos funerarios. Así, en el conjunto de objetos metálicos y cerámicos de la calle El Greco de Getafe (Madrid) figuraban varios fragmentos de acetres de hierro, concretamente parte de un borde con una uña para el arranque del asa y algunos trozos de paredes (Caballero, 1985: 102 y 112), aparentemente sin restos de aleación de cobre en su composición. En la tumba nº 17 de la necrópolis del castro de Las Merchanas (Salamanca), por su parte, se recuperó, junto a un lote de objetos de hierro formado por un cuchillo de tipo Simancas y numerosas herramientas, un ejemplar completo. Se trataba de un bote de forma cilíndrica, sin asa pero con dos apéndices remachados al cuerpo para sujetarla, y que, según su descubridor, era "de cobre forrado exteriormente en hierro"[369] (Maluquer, 1968: 125 y 121).

[367] El mismo proceso, por cierto, que se observa en los broches de cinturón de hierro con decoración damasquinada, donde la oxidación de la placa base de hierro recubre la decoración de latón y plata que tiene encima, ocultándola completamente a la vista en algunos casos.

[368] La otra posibilidad que barajamos es que se trate de los restos de un cencerro o esquila, objetos en los que no es difícil encontrar esos chapados en cobre que les proporcionan un aspecto dorado.

[369] Llama la atención el hecho de que se plantee una disposición inversa de los materiales -cobre al interior y hierro al exterior- a la que estamos viendo. Sin negar la posibilidad de que Maluquer estuviese en lo cierto y ésa fuera la forma de ese recipiente, cabe también la opción de que se deba a una mala interpretación de una pieza afectada por la corrosión del hierro y de que, por tanto, nos encontremos, en realidad, ante un acetre de hierro chapado en cobre.

Para época visigoda los paralelos tampoco son demasiados. Sendos ejemplares proceden de los ocultamientos sorianos de objetos metálicos de La Morcuera y Vadillo, respectivamente. El primero, más estilizado, presenta dos uñas triangulares mientras que la sujeción del asa en el segundo, más ancho y bajo, se realizaba mediante dos remaches -al menos uno de ellos de forma triangular invertida- rematados en sendas anillas (Dohijo, 2011: 245, 464 y 492). Otros tres acetres del mismo tipo fueron recuperados en las excavaciones de *Ruscino* (Rébé *et alii*, 2014: 73 y ss.; Rébé y Brunner, 2014: 159 y ss.), dos formando parte del gran depósito de objetos metálicos, cerámicas y otros materiales del silo *RUS 1986 J20 015-016-017* y el tercero del conjunto de materiales localizado junto al enterramiento *RUS 1989 004*[370]. Todos ellos, que oscilan entre los 14,5 y los 28 cm de altura, presentan, al igual que los ejemplares sorianos, una carena más o menos marcada en su zona inferior y un fondo convexo semicircular o, cuando menos, redondeado. Tanto el ejemplar más pequeño de los dos del silo como el asociado al enterramiento presentan anillas circulares de sujeción para el asa, en el segundo caso formando parte de un apéndice remachado de forma triangular, muy parecido al de la pieza de Vadillo. Éste, además, conserva el asa completa. El otro acetre del silo, el mayor de los tres, cuenta con la llamativa característica de presentar una morfología que tiende a la simetría, con una segunda carena en su zona superior que da paso a un estrechamiento muy marcado hacia la boca. Otra pieza similar a las que estamos viendo se conserva en el MAN y procede de una tumba[371] de la necrópolis de El Barranco, en Hinojar del Rey (Burgos) (Aguilera, 2014). Se trata de un recipiente muy similar a los anteriores, con la carena característica en su parte inferior, el fondo convexo y los apéndices remachados terminados en anillas para el asa, de los que se conserva parcialmente uno. Finalmente, hay que mencionar un último ejemplar, conservado en el mismo museo y que formaba parte del ocultamiento de bronces "litúrgicos" de Las Pesqueras[372], en Fresneda de Cuéllar (Segovia). En este caso nos encontramos de nuevo ante un recipiente de hierro de forma cilíndrica y pequeño tamaño, aunque presenta algunas diferencias respecto al resto. En primer lugar, la ausencia de carena, pese a que sí que tiene un fondo redondeado convexo al que, en este caso, se le han añadido tres pequeñas patas macizas y cilíndricas que le sirven de apoyo. Y en segundo, una decoración a base de tres cordones sogueados

[370] Atendiendo tanto a las características del enterramiento -con el cuerpo en una posición completamente forzada, doblado sobre sí mismo como un guiñapo- como a las del conjunto de objetos que, aparentemente, lo acompañaban -objetos metálicos típicos de los depósitos u ocultaciones y entre los que se encontraban útiles, recipientes e incluso restos de armaduras- hacemos nuestra la idea aventurada por sus publicadores (Rébé y Brunner, 2014: 159 y 165) de la nula relación directa entre el cadáver y los objetos, perteneciendo los segundos a un "*dépôt de matière première*" similar al del silo *RUS 1986 J20 015-016-017* y habiendo sido arrojado el primero, sin ningún miramiento y mucho menos ceremonia fúnebre, a una zona de vertedero. En cualquier caso, esta asociación entre restos humanos y depósito de objetos metálicos puede relacionarse con el caso de Los Hornucos, donde también parece haberse dado, lo que no permite descartar del todo la existencia de cierta intencionalidad.

[371] Apareció junto a un recipiente cerámico y un caldero de madera -del que únicamente se conservaban los herrajes metálicos- junto a la cabeza de un individuo inhumado en una fosa simple (Aguilera, 2014: 184).

[372] La descripción del objeto se ha realizado a partir de la ficha existente en la página web del MAN.

que parten de la zona en que la que la hebilla circular va remachada al cuerpo, el central verticalmente y los laterales en diagonal.

En ninguno de los casos anteriores se menciona la presencia de chapados en cobre, aunque hay que hacer una salvedad con el ejemplar de Hinojar del Rey, ya que, mientras en una parte del artículo -la que habla de su localización en una tumba junto a otros objetos- se le describe como un "calderillo de hierro", en el resto del texto se le describe como "de cobre" (Aguilera, 2016: 184 y 186). En las fotografías parece apreciarse claramente que se trata de un objeto del primero de los metales citados, así que, o bien nos encontramos ante un lapsus de la autora o hay que pensar en la presencia de restos del segundo mineral y, por tanto, en un nuevo ejemplar chapado.

En cuanto al uso de este tipo de recipientes, nada puede afirmarse con seguridad, ya que no han aparecido en contextos donde puedan realizarse ese tipo de interpretaciones. Atendiendo a su forma parece razonable pensar en contenedores de líquidos, no tanto con funciones de almacenaje o servicio sino como recipientes para poner al fuego y calentar su contenido. Nótese que no están diseñados para ser apoyados en el suelo, con esos fondos convexos y redondeados, pero sí que pueden ser colgados sobre una hoguera gracias a sus asas. Quizá el ejemplar de La Garma, que parece estar *in situ* desde su depósito en la cueva y cuyo contenido, si lo tiene, desconocemos en el momento de redactar estas líneas, pueda aportar alguna información al respecto, una vez sea extraído de la oquedad en la que está encajado. También, la realización de analíticas específicas sobre muestras tomadas de sus interiores -para el contenido- y fondos -para la posible exposición al fuego- podría ayudar a resolver este enigma. Finalmente, hay que señalar que, como hemos podido comprobar, se trata de objetos muy extraños en contextos funerarios al uso, con un solo caso conocido de presencia en una tumba de una necrópolis de época visigoda, la de Hinojar del Rey.

Además de los anteriores, en varias de las cuevas se constata el uso de recipientes de madera con armazón metálico. En realidad, en ninguna de ellas se ha recuperado uno completo, sino que las evidencias corresponden, en la mayor parte de los casos, a algunas de las piezas de hierro del mencionado armazón y a la presencia de restos de madera trabajada. Dichos recipientes serían de dos tipos: calderos y toneles.

En lo que toca a los primeros, hasta ahora conocíamos los fragmentos de flejes –algunos remachados- y de un asa de Las Penas que, por su diámetro estimado, entre 18 y 35 cm dependiendo de los casos, corresponderían a este tipo de recipientes (Serna *et alii*, 2005: 257); así como numerosos fragmentos de los de alguno más del Portillo del Arenal (Valle *et alii*, 1998: 48 y 51). Durante la realización de este trabajo hemos identificado la presencia de este tipo de recipientes en otras dos cuevas: Cueva Larga, con una argolla de sujeción con forma de omega (Santonja *et alii*, 1982: 353 y 355) y Lazaldai, donde se recuperó un asa completa de sección helicoidal que permanecía inédita. En estos dos últimos casos existen referencias a fragmentos de restos de madera que podrían corresponderse con las duelas de los calderos. Concretamente, se citan "fragmentos de

madera en forma de placas bien alisadas"[373] en el primero (Santonja *et alii*, 1982: 354) y "restos de maderas trabajadas" en el segundo (Llanos, 2003: 102). Algunos restos de planchas de madera similares a los descritos fueron identificados en Riocueva, por lo que tampoco sería descartable la presencia allí de algún caldero del mismo tipo, aunque no se han documentado de forma segura elementos metálicos pertenecientes al armazón hasta el momento. Es por ello que esta identificación no es ni mucho menos segura, aunque hay que tener en cuenta que, en algunos casos, los aros también pueden ser de madera, como atestiguan dos de los cubos –uno de ellos fechado en los siglos VII-VIII- recuperados en el depósito de la antigua fábrica de tabacos de Gijón (Fernández Ochoa *et alii*, 2015: 147).

La presencia de cubos de madera en contextos de época visigoda es muy rara, ya que se trata de un tipo de objeto que, por sus propias características, no suele conservarse. Aparte de casos excepcionales de preservación en medio anaeróbico, como el ya citado de Gijón[374] (*Ibidem*, 147 y ss), sólo conocemos ejemplos de calderos de este tipo en unos pocos yacimientos tardoantiguos y altomedievales[375], la mayoría funerarios. El más representativo de todos, por el número de elementos recuperados, es la necrópolis de Aldaieta (Nanclares de Gamboa, Álava), con más de 20 ejemplares documentados[376] (Azkarate, 1999). En los yacimientos alaveses de San Martín de Dulantzi y San Pelayo[377], geográfica y culturalmente muy cercanos al anterior, también se recogieron restos de contenedores de ese tipo. En el primer caso, en 6 de las tumbas excavadas[378] (Loza y Niso, 2016: 104), por sólo un ejemplar en el segundo (Pozo, 2016: 465). A estas dos necrópolis quizá haya que añadir otra del mismo tipo: la de Sansol (Muru-Astrain, Navarra). Allí, en la zona de las tumbas, aunque sin aparente relación directa con ninguna de ellas, se encontró una argolla de sujeción en forma de omega con buenos paralelos en

[373] Aunque sus publicadores relacionan estos restos de madera con los ataúdes en los que fueron transportados y depositados los cadáveres, creemos que, si se tratase realmente de este tipo de contenedores, los restos recuperados serían de mayor entidad, teniendo en cuenta que la madera parece haberse conservado relativamente bien en el interior de la cavidad. El hecho de que se refieran a "fragmentos grandes" de "varios centímetros" (Santonja *et alii*, 1982: 56) refuerza la idea de que corresponderían a objetos de menor tamaño que las tablas de un ataúd y es perfectamente compatible con la idea de que se trate, en realidad, de las duelas de uno o varios calderos. Tras la revisión de algunos de ellos conservados en el Museo de Palencia he podido comprobar que no desentonan como posibles restos de duelas.

[374] En donde se recuperaron, del fondo de un depósito de aguas de época tardorromana, varios objetos de madera en un estado de conservación excepcional, entre ellos tres cubos. Los dos primeros ejemplares presentan aros de madera mientras que el tercero, de menor tamaño, tenía flejes de hierro. El único de ellos que ha sido datado por ^{14}C, el nº 2, ha proporcionado una fecha de época visigoda (1320±31 BP), entre los siglos VII y VIII (Fernández Ochoa *et alii*, 2015: 147 y ss.).

[375] Fuera de esa categoría, en el poblado de Zaballa (Álava), en una fase ya plenomedieval, se recuperaron algunos flejes del tipo de los utilizados para armar calderos o toneles (Mansilla, 2012: 310).

[376] Se trata de restos de aros o flejes, horquillas y asas de hierro, perfectamente conservados en algunos de los casos y colocados tanto en la cabecera como en la zona de los pies de los enterramientos. Aparte de los localizados fuera de contexto y entre enterramientos o grupos de éstos, se han documentado restos de este tipo en las tumbas o grupos de tumbas A4, A8, A10, A11, B6-8, B11, B17, B29-42, B45-47, B48-53, B57-58, B60, B69-72, B87, B90 y B95 (Azkarate, 1999).

[377] En la misma localidad.

[378] Concretamente, en los enterramientos 187, 204, 211, 241, 242 y 243. Todas ellas se fechan entre mediados del siglo VI y el VII (Loza y Niso, 2016: 104).

Aldaieta y Dulantzi y que fue tomada por una fíbula[379] por su descubridora (Castiella, 1988: 154 y 209). Finalmente, hay que destacar la mención a la presencia de un cubo de madera en el interior de una de las sepulturas de la necrópolis de época visigoda de El Barranco, en Hinojar del Rey (Burgos)[380] (Aguilera, 2016: 184), en lo que, hasta la fecha, parece un caso excepcional en enterramientos fuera del área vascona. Esa rareza en contextos sepulcrales hispanovisigodos no tiene su correspondencia en otras zonas de Europa, donde este tipo de objetos son conocidos desde antiguo en necrópolis. Así, sólo en el territorio comprendido entre el Sena, el Canal de la Mancha y el Rin, en el noroeste de la Francia merovingia, se han documentado más de 200 ejemplares procedentes de contextos funerarios, la mayoría con armazones de aleación de cobre decorados, aunque también los hay de hierro, más sencillos y sin ornamentar (Vallée, 2016). En la Inglaterra anglosajona, por su parte, (Mason, 2008) se conocen alrededor de 340 calderos procedentes de tumbas, la mayor parte de pequeño tamaño y con herrajes de aleación de cobre. Los más parecidos a los peninsulares, mayores y con armazón de hierro, son los más tardíos, del siglo VII en adelante.

Para su presencia en las tumbas se han propuesto distintas explicaciones, como su uso en banquetes funerarios -la más extendida- o, sencillamente, como una muestra más del estatus del difunto (Mason, 2008: 4). Hay otra, de carácter simbólico, que incide en el presunto origen pagano de la costumbre de depositar esos objetos en las tumbas. Ésta se basa en la utilización de madera de tejo -cuyas connotaciones mágico-religiosas y relacionadas con la muerte son conocidas desde antiguo- para la confección de este tipo de recipientes[381]. Los pequeños calderos sajones de época temprana habrían tenido esa carga simbólica y habrían servido para acompañar y/o proteger a los difuntos en el más allá, mientras que los más tardíos, similares a los que nos ocupan aquí, serían una muestra de la ostentación y la puesta en escena del estatus diferenciado, por superior, de los enterrados con ellos (*Ibidem*). A diferencia de lo que puede observarse en las necrópolis del área vascona, donde, en todos los casos en los que ha podido comprobarse, los calderos de madera con armazón metálico acompañan a difuntos de sexo masculino (Pozo, 2016: 260 y 449-451), en el norte de Francia y en Gran Bretaña también aparecen en tumbas femeninas; e incluso infantiles (Vallée, 2016: 47; Mason, 2008: 5).

Para otro tipo de contextos fuera del ámbito funerario y como evidencia de que, como es lógico, los calderos de este tipo eran de uso corriente en las ciudades, aldeas y granjas de época visigoda, contamos, una vez más, con el ejemplo de *Ruscino*. Allí se han recuperado flejes y asas de hierro formando parte, en casi todos los casos, de depósitos u

[379] La confusión con una fíbula podría hacernos pensar en una pieza de aleación de cobre, aunque en la publicación no se especifique en ningún momento el material en el que está hecha. De momento preferimos ser cautos a ese respecto, aunque del tipo de dibujo podría desprenderse lo contrario: que sea de hierro.

[380] Apareció en la cabecera de una tumba junto a un jarro de cerámica y un pequeño acetre de hierro (Aguilera, 2016: 184).

[381] Vallée (2016: 44-45) no aprecia ese simbolismo en el uso del tejo como principal madera en los ejemplares franceses y piensa en una elección meramente funcional. Las propiedades de dureza, flexibilidad e incorruptibilidad de la madera de tejo -y, por tanto, lo apropiado de su uso para la fabricación de muebles y objetos de cierto nivel- son muy conocidas.

ocultamientos de objetos metálicos en silos, fosas y grandes *dolia* y fechados entre mediados del siglo VII y el VIII[382] (Rebé *et alii*, 2014: 76 y ss; Raux y Savarese, 2012: 205). En el Castillo de los Monjes (Lumbreras, La Rioja), un *castrum* de la misma cronología, se encontró un asa de sección helicoidal perteneciente a un cubo de ese tipo[383] (Tejado, 2011: 345-346). Y en los establecimientos del mismo tipo de Sant Julià de Ramis y Puig Rom se recuperaron un aro completo, remachado, de unos 18 cm de diámetro y un asa de caldero de sección aplanada, ambos de hierro (Casas y Nolla, 2011: 60-62).

En cuanto a los barriles o toneles, la única cueva en la que parecen haber estado representados es Las Penas, donde el diámetro estimado para algunas de las cinchas de hierro sobrepasa el esperable para los cubos y encaja mejor si pensamos en los primeros. Su estructura es muy similar a la de estos -duelas de madera y flejes de hierro- aunque con las diferencias obvias: forma cerrada y simétrica y mayor tamaño. En cuanto a su función, contamos con un testimonio de la época que menciona su uso como contenedor de pan. Se trata de un fragmento del *De correctione rusticorum* de Martín de Braga que dice lo siguiente acerca de los ratones y las polillas[384]:

"*Quibus si per tutellam cupelli, aut arculae non subducantur aut panis, aut pannus, nullo modo pro feriis sibi exhibitis, quod invenerint parcent*" (González Echegaray, 1998: 159-160)

En cuanto a su interpretación, en el caso de los calderos se observa su uso de forma extensa en las necrópolis del área vascona o de "facies Aldaieta", donde aparecen bien representados (Pozo, 2016), no así en el resto del territorio peninsular, al menos en contextos sepulcrales. A diferencia de lo que ocurre en otras zonas de Europa en esas fechas, se trata en todos los casos de cubos con armazón de hierro, estando ausentes hasta la fecha los ejemplares con flejes, asas, anillas y apliques en aleación de cobre, tanto lisos como decorados. Esta presencia de calderos de madera en las sepulturas es difícil de interpretar, aunque su carácter de contenedores podría indicar que cumplían algún tipo de función análoga a la de los de otro tipo; especialmente los cerámicos, a los que quizá

[382] En uno de los casos, el de la fosa RUS 1989 004, los restos esqueléticos de un individuo maduro enterrado en una posición muy forzada aparecieron aparentemente asociados a los de un conjunto de piezas metálicas entre las que se encuentran varios flejes o cinchas de al menos un caldero de madera. Según sus publicadores, aunque podría tratarse de pertenencias personales de un fallecido por alguna enfermedad contagiosa y que fueron enterradas con él en una sepultura de circunstancias, lo más probable es que la asociación sea más aparente que real y el enterramiento, apresurado, se realizase en la misma zona en la que se habían ocultado los objetos metálicos, herramientas y recipientes en su mayor parte (Rébé, Brunner *et alii*, 2012: 159-166).

[383] Además, otra pieza formada por una chapa curva de aleación de cobre que lleva soldadas en sus laterales sendas barras de hierro del mismo tipo que el asa ha sido interpretada también como parte de un asa de un recipiente de madera (Tejado, 2011: 346-347), aunque podría tratarse en realidad de otra parte del armazón metálico.

[384] "Pues si no fuera porque el pan y el paño son protegidos de ellos por medio del tonel y del arca, de ningún modo (tales animales) iban a dejar de atacar lo que encuentran a pesar de las ofrendas tributadas" (González Echegaray, 1998: 159-160).

sustituyeran en este contexto geográfico y cultural[385]. Que se trate de elementos no excesivamente lujosos podría indicar que esa función no tendría que ver con el estatus del difunto o al menos que su posición social y la ostentación de ella en la tumba no serían las causas principales de su presencia en ellas[386].

En cuanto al por qué de la presencia de cubos de madera en las cuevas que estamos estudiando, lo que acabamos de comentar permite una primera explicación: que se trate de parte del ajuar funerario de los inhumados en ellas y que cumpliesen algún tipo de cometido simbólico, relacionado con el tránsito al más allá[387]. Para que esta interpretación pueda ser sostenida hay que asumir que ese uso funerario que, a tenor de lo visto en las líneas precedentes, parece restringido a las necrópolis al aire libre del área vascona estaría extendido también entre los habitantes de Cantabria, ya que tres o quizá cuatro de las cuevas con restos de ese tipo de objetos -Las Penas, Portillo del Arenal, Cueva Larga y quizá Riocueva- se localizan en ese territorio. La cercanía geográfica con Vasconia es, sin duda, un argumento a favor en ese sentido. Sin embargo, la completa ausencia de ese tipo de contenedores en las necrópolis con uso documentado entre los siglos VI en territorio cántabro –Santa María de Hito, Santa María de Retortillo, El Conventón de Camesa y San Pantaleón de la Puente del Valle- permite, al menos, ponerlo en duda. De tratarse de una costumbre arraigada en el territorio lo esperable sería encontrar evidencias de la presencia de contenedores de madera de ese tipo en algunas de las numerosas tumbas excavadas en esos cementerios y no es el caso.

---

[385] En los casos en los que es posible individualizar enterramientos y recipientes cerámicos en Aldaieta (Azkarate, 1999), se da la circunstancia de que no coinciden en la misma tumba vasijas (enterramientos A9, B9-10, B13, B14, B15, B18 y B24) y cubos de madera, lo que podría reforzar la interpretación de que ambos tipos de contenedores cumpliesen la misma función dentro del ritual funerario. En el caso de los grupos de enterramientos de esa misma necrópolis, en los que sí se da alguna coincidencia (la más clara en el B48-53) resulta muy difícil, si no imposible, establecer qué objetos corresponden a cada difunto. Por el contrario, en Dulantzi sí se aprecia la coincidencia de los dos tipos de contenedores en las mismas sepulturas en dos de los casos (204 y 241). Esto no tendría que invalidar lo propuesto, ya que en las necrópolis de la época no resulta extraña la presencia de varios recipientes cerámicos en una misma tumba. Pueden compararse estos dos únicos casos con el 48% de los estudiados por Vallée (2016: 47) para el noroeste de Francia, en donde calderos y recipientes de cerámica y/o vidrio aparecen representados en la misma sepultura.

[386] Para M. Pozo (2016: 280) la presencia de este tipo de contenedores de madera en las tumbas estaría relacionada con el estatus del inhumado y la ausencia de cubos con armazones broncíneos decorados se explicaría por la ubicación periférica de Vasconia respecto a las regiones en las que se producían ese tipo de objetos de lujo.

[387] Respecto a su posible carácter simbólico, siguiendo la hipótesis de Mason (2008) sobre las connotaciones de la madera de tejo, hay que decir que no nos consta la existencia de ningún estudio de las maderas utilizadas para confeccionar este tipo de cubos en ninguna de las necrópolis peninsulares en las que han sido localizados. Aunque el contexto sea completamente distinto, los calderos de Gijón estaban hechos con duelas de roble y castaño (Fernández Ochoa *et alii*, 2015: 147 y ss). Para los contextos funerarios de época visigoda en cueva sólo contamos con el estudio xilo-antracológico de Riocueva (Gutiérrez Cuenca *et alii*, 2017), aunque no tengamos, por el momento, la seguridad de la presencia de calderos de madera en ese yacimiento. Los taxones identificados en las muestras de maderas no carbonizadas y susceptibles de pertenecer a duelas analizadas por María Martín Seijo son *Quercus* sp. deciduous, *Corylus avellana*, *Pinus* tp. *pinea/pinaster*, *Castanea sativa* (*Ibidem*, 81).

En lo que respecta a los contenedores tipo barril, estos están completamente ausentes del registro funerario de época visigoda, por lo que su presencia en un yacimiento como Las Penas constituye, hasta la fecha, un *unicum*. En cuanto a su interpretación, no parece que, en ningún caso, puedan considerarse como parte de los ajuares u ofrendas que acompañaban a los muertos. Atendiendo a la identificación con esos *cupelli* citados en el texto del Dumiense, puede proponerse que, como en el caso de otros estudiados en las páginas anteriores, se trate de objetos de la vida cotidiana de los difuntos; en este caso concreto, de contenedores de alimentos que podrían estar presentes en cualquier vivienda de la época[388].

Otros

La presencia de monedas es relativamente habitual en las cuevas de época visigoda, dada la escasez de los hallazgos de esta clase, en general, en contextos de estos momentos. Se trata, sobre todo, de monedas de oro visigodas, aunque en el caso de las cuevas aparecen las mismas dudas acerca de la continuidad en el uso de numerario de bronce de época tardorromana que surgen al estudiar los lugares de habitación[389], ya que consta el hallazgo de piezas de este tipo en algunas de las cavidades que estamos estudiando. Las primeras se documentan con total seguridad en 5 de esos yacimientos, existiendo alguna referencia a su presencia en al menos otro más. En cuanto a las segundas, hay ejemplos en una de las anteriores, así como en otras dos.

En la zona más profunda de la mina La Condenada se localizó un conjunto de 15 *tremises* (Bernárdez y Guisado, 2014), escondidos en época visigoda en una pequeña galería lateral, casi colmatada, que fue cegada intencionalmente con un murete de arcilla una vez depositado el conjunto numismático en su interior[390]. El tesorillo estaba formado por monedas acuñadas a nombre de Witiza, Egica-Witiza y Ervigio, más una imitación de moneda imperial de época de Leovigildo, de las cecas de *Elvora, Ispalis, Corduba, Egitania, Toleto* y *Emerita,* junto a otras no identificadas. La fecha *post quem* para su ocultamiento la marca el reinado del último de los reyes mencionados, Witiza, que tuvo lugar entre los años 700 y 710; correspondiendo, por tanto, ya al siglo VIII.

[388] Bajo la catedral vieja de Vitoria, en una vivienda fechada en la segunda mitad del siglo X, se ha documentado la existencia de cubetas que, a tenor de sus diámetros, su poca profundidad y los restos de tablazón de madera encontrados en el fondo de una de ellas, podrían haber servido para recibir grandes contenedores de madera (Azkarate *et alii*, 2013: 127). Aunque sus excavadores mencionan los cubos como posibles candidatos para esa función, creemos que también debe considerarse la opción de los toneles o barriles.

[389] Algo que ha sido documentado, por ejemplo, en el importante yacimiento del Tolmo de Minateda, identificado con la ciudad de Elo, donde la presencia destacada de numerario de bronce tardorromano se detecta a lo largo de toda la época visigoda, llegando hasta momentos emirales, en pleno siglo IX (Domenech, 2014: 14-17).

[390] Las monedas estuvieron en el interior de una pequeña caja de madera, de la que pudo observarse la impronta en el suelo, así como recuperarse parte de sus tiradores de hierro (Bernárdez y Guisado, 2014)

Otros dos *tremises* proceden de la cueva de Montou (Kotarba *et alii*, 2007: 312), uno acuñado en *Gerunda* a nombre de Witiza y un segundo, en *Narbo*, de Aquila II. Del mismo tipo que el primero -de *Gerunda* y a nombre de Witiza- es el localizado en Cueva Foradada (Barandiarán, 1973), mientras que para el de *Contrebia Leucade* (Hernández Vera *et alii*, 2007) sólo conocemos su acuñación a nombre, de nuevo, de Witiza; no así la ceca. Como ocurriera en el caso de La Condenada, todas estas monedas son del siglo VIII, lo que obliga a fechar sus contextos de aparición -o al menos una parte de ellos, si es que hubo varios momentos de uso de las cavidades- en algún momento indeterminado de esa centuria[391]. Descartada por completo la procedencia de una cueva de las monedas de La Hermida (*vid. supra*), sólo resta citar la vaga mención al hallazgo por parte de particulares de "monedas visigodas" en alguna de las cuevas -¿Cueva Larga?- del complejo de La Horadada.

En cuanto a los bronces tardorromanos, cabe señalar la presencia de dos de ellos en Los Hornucos (Carballo, 1935), otros dos en la Gruta do Caldeirão (Rodrigues, 1992: 325) y algunos otros en el piso superior de La Condenada. En los dos primeros casos se trata de monedas del siglo IV[392], mientras que desconocemos la fecha de acuñación de las del tercero. Como se ha mencionado más arriba, su presencia en este tipo de yacimientos podría estar relacionada con su uso como moneda corriente en época visigoda, aunque la presencia de materiales claramente tardorromanos en ellos hace también sea probable su relación con estos últimos y, por eso mismo, la datación de su llegada a las cuevas a finales del siglo IV o inicios del V. De hecho, la presencia de monedas de ese tipo es muy habitual en cavidades con usos en esos momentos. Lo que no consta hasta la fecha es el hallazgo de ejemplares de la esquiva moneda fraccionaria de bronce de época visigoda, del tipo de la documentada en el sur de la Península (*vid*. Gonzalbez, 2005; Fernández Flores *et alii*, 2013) en ninguna de las cuevas con uso en estos momentos.

La presencia de monedas de oro en contextos funerarios de época visigoda no es habitual. De hecho, son muy pocos los casos conocidos de hallazgos de este tipo en el interior de tumbas en la Península, destacando los de las necrópolis de Duratón (Segovia), la Senda de l´Horteta (Alcasser, Valencia), Argaray (Pamplona), Les Goges (Sant Julià de Ramis, Girona), El Soto (Illana, Guadalajara) o la calle Pintor Palomino (Córdoba). En el interior de tres de las tumbas de la necrópolis de Duratón se localizaron otras tantas monedas de oro de finales del siglo V o inicios del VI, a saber: un tremisis en la nº 438 y sendos sólidos en las nº 294 y 526, respectivamente; todos ellos acuñados a nombre del emperador bizantino Anastasio I (Alonso, 1984: 284-285). La última de las tres mencionadas formaba parte, como pieza central, de un collar (Arias y Balmaseda, 2017:

[391] Tampoco se puede descartar que la utilización -sea la que sea- de la Cova del Parco -que se queda fuera de esta parte del trabajo porque no existen elementos que permitan siquiera plantear una hipotética función sepulcral para ella- date de ese mismo siglo, aunque la moneda recuperada en su interior -un tremisis de Egica acuñado en Narbo (Maluquer, 1976)- sea de los últimos años del anterior.

[392] En el caso de Los Hornucos, se trata de un *nummus* acuñado a nombre de Constancio II en *Lugdunum* en el año 342 y de una semi-*maiorina* también de época de Constancio II, aunque acuñada a nombre de Juliano II –"el Apóstata"- en *Aquileia* entre los años 355 y 361. El estudio de las piezas ha sido realizado por Alain Campo, a quien quiero agradecer aquí su ayuda con este tema.

63). Del entorno de la necrópolis de la Senda de l´Horteta proviene un conjunto de monedas de oro visigodas del siglo VI, una gran parte de las cuales está perdida en la actualidad. Se trata de acuñaciones de inicios del reinado de Leovigildo que imitan piezas bizantinas acuñadas a nombre de Justiniano I y Justino II y cuya procedencia exacta, pese a que suelen relacionarse con los sepulcros documentados en la zona, se desconoce al haber sido localizadas de forma casual a lo largo de un largo periodo de tiempo (Alapont y Ballester, 2007). Entre los materiales procedentes de la necrópolis de Argaray, en Pamplona, se encuentran dos *tremisis* de Suintila de las cecas de *Saldania* y *Caesaraugusta*, respectivamente (Mezquíriz, 1965: 109-111), aunque, lamentablemente, tampoco se conocen los detalles de su hallazgo. En una de las sepulturas de Les Goges (Agustí *et alii*, 1993: 120), por su parte, se recuperó un *tremisis* de Chindasvinto, de la ceca de *Tarraco*, a los pies del cadáver. Se da la curiosa circunstancia de que éste fue enterrado con un collar al cuello formado por cuentas de vidrio y otra moneda, perforada en este caso. Este segundo ejemplar, también presenta una leyenda a nombre de Chindasvinto y con mención a la ceca de Tarraco, aunque se trata en realidad de una falsificación hecha en cobre bañado en oro[393]. De la zona de la cabecera de una cista de lajas que contenía los restos de un individuo joven procede otra moneda del mismo tipo, aunque acuñada en la ceca de *Corduba* a nombre de Witiza (Vara y Martínez Peñarroya, 2015: 40-41). Finalmente, en la tumba nº 3 de la necrópolis de la calle Pintor Palomino de Córdoba se encontró, "entre las falanges de la mano izquierda", otro tremisis visigodo, concretamente uno acuñado en *Corduba* a nombre de Egica (Tejedor *et alii*, 2016: 246-247).

En cuanto a los pequeños bronces tardorromanos, su presencia está atestiguada en el interior de algunas sepulturas de época visigoda, aunque, generalmente, en contextos antiguos, del siglo VI e inicios del VII. Algunos ejemplos significativos son los de Cacera de las Ranas (Aranjuez, Madrid), con 10 ejemplares repartidos entre 8 sepulturas (Ardanaz, 2000: 81) o Castiltierra, con dos ejemplares en las tumbas nº 10 y nº 29, respectivamente (Arias y Balmaseda, 2017: 63). En ambos casos se constata la presencia de una parte importante de ellas en el interior de monederos o escarcelas, bien de cuero, bien de tela con refuerzos metálicos (*Ibidem*).

Más allá de su uso como elemento de adorno formando parte de collares en los casos en los que eso ocurre, no está clara cuál puede ser la función de estas monedas en las sepulturas. Siguiendo la versión más extendida, suele pensarse en la pervivencia de la costumbre clásica del "óbolo de Caronte", con el que se pagaría el pasaje del muerto al más allá a través de la laguna Estigia y que habría perdurado desde época romana, aunque abandonando su localización en el interior de la boca (Ardanaz, 2000: 281). Sin embargo, existe una antigua costumbre germánica, la de "la parte del muerto", que indica que éste debía ser enterrado con una tercera parte de sus riquezas para garantizarle una existencia

[393] Quizá cuando se descubrió que se trataba de una falsificación y no de un tremisis auténtico fue cuando se optó por "reciclarla" como parte de un collar. En ese supuesto no hay que descartar que la moneda reconvertida en cuenta no hubiera perdido su innegable carga simbólica, como objeto que vinculaba, de forma figurada, a su portador o portadora con la monarquía toledana.

llevadera en el más allá y de la que la costumbre de depositar monedas en la tumba durante la alta Edad Media sería un eco tardío (Lecouteux, 2009: 45). Esta última explicación tendría más sentido en el caso de la moneda de oro visigoda, dado su gran valor[394]. Algo por lo que también resulta extraña su amortización en un contexto sepulcral si no se trata de un gesto con una importante carga simbólica.



Monedas tardorromanas de Los Hornucos

Volviendo a las cuevas, de las que cuentan con moneda de oro visigoda, sólo en los casos de Cueva Foradada y de *Contrebia Leucade* puede establecerse una relación directa entre ésta y un contexto sepulcral seguro y, como ocurre en las tumbas de las necrópolis al uso, resulta complicado establecer los porqués de esa presencia, aunque en ambos casos puede descartarse una función como parte de objetos de adorno. En La Condenada todo indica que, como bien han señalado sus descubridores, nos encontramos ante una ocultación de un conjunto monetal en un lugar donde se creía seguro, dado su acceso complicado y su uso como zona de depósito de cadáveres. Finalmente, llama poderosamente la atención lo tardío de las fechas de la mayor parte de los tremises de las cuevas, acuñados en el

[394] Las interpretaciones para el uso de los tremises visigodos, monedas de oro con un elevado valor intrínseco, son variadas y han ido cambiando con el paso del tiempo y las diferentes visiones aportadas por distintos autores: comercio tanto de productos de lujo a larga distancia como a escala más local, pago de las tropas durante las campañas militares, herramienta fiscal o pago y cobro de servicios entre la cabeza del estado visigodo y las elites territoriales. Para un resumen más completo de estas interpretaciones, con la mención a sus respectivos responsables y sus pros y sus contras, *vid*. Doménech, 2014: 26 y ss.

siglo VIII o muy a finales del VII, algo que nos servirá para complementar el encuadre cronológico de los yacimientos[395].

Dos cucharillas de bronce -ambas en paradero desconocido en la actualidad- proceden de otras tantas cuevas cántabras: un ejemplar completo de la de Los Hornucos (Carballo, 1935; De Hoyos, 1940) y una pala de la de Cudón (Alcalde del Río, 1935). A ellas quizá habría que añadir los restos de otra posible pala procedente de la primera de las cavidades señaladas, aunque esa atribución es dudosa[396]. Del ejemplar de la cueva de Suano se conservan un dibujo y una fotografía, por lo que es posible conocer su forma y dimensiones aproximadas: algo más de 12 cm de longitud total, pala ovalada, mango liso terminado en punzón y elemento de unión también liso, macizo y de forma cuadrangular. De un tipo similar sería la de Cudón, a tenor de la descripción de su fragmento: "un objeto que, por su forma y semejanza, recuerda a las valvas de moluscos de los por estas costas denominados vulgarmente mejillones o mocejones. Uno de sus bordes aparece muy gastado por el uso, y en su parte convexa presenta al centro y a lo largo una ligera estría o nervio como de adorno" (*Ibidem*: 159). Ambas encajan perfectamente en alguno de los tipos corrientes para las cucharillas metálicas tardoantiguas (*vid*. Elorza, 1988), en este caso concreto para las de bronce.

En ninguno de los dos casos que estamos tratando puede afirmarse que la presencia de las cucharillas esté relacionada con el carácter sepulcral de las cavidades. En Los Hornucos, si bien es cierto que ahora se ha demostrado la presencia de al menos un enterramiento de época visigoda en su interior, existe la posibilidad de que la cuchara formara parte del ocultamiento de objetos metálicos que parece estar en el origen de al menos una parte de ese yacimiento. Ocultamiento que, en principio y como ya ha sido señalado, no tendría por qué estar relacionado de forma directa con el depósito de cadáveres. Y para Cudón, la indefinición del contexto tampoco permite, como en el caso de los demás objetos, establecer de forma indudable esa relación ni considerar el fragmento de cucharilla como parte del ajuar funerario. Aun con todo, en ambos casos esa posibilidad tampoco puede descartarse.

La presencia de instrumentos de este tipo no es habitual en contextos sepulcrales de época visigoda[397], aunque sí que se conocen algunos ejemplos. Así, en el ya citado enterramiento en la playa de Rodiles, junto a un lote de armas y algunos elementos de adorno personal se recogió una cucharilla de plata de este tipo (González y Fernández Vallés, 1976). Más recientemente, el hallazgo de dos ejemplares -uno de ellos decorado

[395] En este sentido hay que señalar que los hallazgos de tremises de la segunda mitad del siglo VII en adelante -reinados de Recesvinto, Wamba, Ervigio, Egica, Egica-Witiza y Witiza- son, con mucho, los más numerosos en el panorama arqueológico peninsular y del sureste de Francia. Y que, dentro de ellos, los de los últimos tres reinados, incluyendo el co-reinado de Egica y Witiza, son mayoritarios a su vez, datos ambos que parecen indicar un aumento de la circulación en esas fechas, si bien es cierto que acompañado de una sensible disminución en la ley y el peso de las monedas (*vid*. Retamero, 2011).

[396] La pieza ha sido identificada durante los trabajos de revisión de los materiales de esa cueva conservados en el MUPAC.

[397] Para una selección de ejemplos en sepulturas "privilegiadas" en el mundo merovingio y la Inglaterra anglosajona, *vid*. Velázquez *et alii*, 2017: 544-545.

con un dibujo alusivo al mito de Teseo y con una inscripción de posesión: AGRECI- en otras tantas sepulturas del siglo VI localizadas en el interior de la iglesia tardoantigua de San Martín Dulantzi, formando parte de los ajuares funerarios de sendos varones inhumados en ellas, ha permitido a sus publicadores -junto al uso de otro tipo de elementos, entre los que destaca la presencia de motivos cristianos en algunos otros ejemplares y la propia interpretación "cristianizada" del Minotauro y el laberinto- sugerir su vinculación con el cristianismo (Velázquez *et alii*, 2017: 545-547). Tercian así estos autores en una polémica que viene de antiguo[398] y en la que la postura opuesta, la que considera que no necesariamente tienen que tener un uso o significado religioso, encuentra su mejor representación en la obra de J. C. Elorza (1988: 383-386 y 394). Hay que señalar que, tanto unos como otros, lo que sí que consideran es que se trata de objetos de cierto lujo y, por lo tanto, valiosos.

Un tipo de objeto singular que aparece en algunas de estas cuevas -Las Penas, Los Goros y Portillo del Arenal- y para el que resulta complicado encontrar una explicación convincente son las herraduras. De Las Penas (Serna *et alii*, 2005) proceden dos ejemplares, del mismo tipo aunque con marcadas diferencias. Uno de ellos, el de mayor tamaño, presenta la particularidad de carecer de claveras, mientras que en el caso del otro esos orificios sí que están presentes, conservándose incluso alguno de los clavos, de cabeza piramidal. Por lo tanto, mientras que la segunda resultaría plenamente funcional y, de hecho, se utilizó para herrar a un équido, como demuestra el clavo conservado, la primera no podría utilizarse con ese fin. En Los Goros, por su parte, se recogió un fragmento de herradura correspondiente a algo más de la mitad de su cuerpo y en el que se conservan tres claveras. Finalmente, el ejemplar del Portillo del Arenal es completamente diferente al resto: con el cuerpo más fino, claveras circulares en número de cuatro -una de ellas con un pequeño clavo de cabeza redonda- y forma ligeramente ultrasemicircular.

Todo apunta a que esta última no se corresponde con una herradura para équidos, sino que en realidad se trata de un herraje de calzado. Además, su cronología no sería de época visigoda, tal y como había sido supuesto (Hierro, 2006), sino subactual. Su forma y tamaño son prácticamente idénticas a las de las herraduras para botas y zapatos en uso durante la primera mitad del siglo XX[399], estando completamente ausentes ejemplares similares en contextos tardoantiguos y altomedievales. Eliminado de la lista, pues, este ejemplar, toca buscar una explicación para las de Las Penas y Los Goros. En primer lugar, hay que descartar la presencia de inhumaciones de équidos en las cuevas, al estilo de las conocidas en algunas necrópolis merovingias y en la peninsular de Sansol, en Navarra, tal y como yo mismo había llegado a sugerir en el caso concreto del Portillo del Arenal

[398] Recientemente, A. M. Poveda (2019: 265 y 267-268) interpreta una cuchara de ese tipo, hecha de peltre y hallada en el interior de la iglesia de época visigoda del *castrum* de El Monastil (Elda, Alicante), como un utensilio de uso litúrgico cristiano, concretamente relacionado con el sacramento de la eucaristía.

[399] Este tipo de herrajes son relativamente frecuentes en las botas militares, estando ya en uso en la Guerra Civil Española. A ese respecto hay que señalar que se ha mencionado el posible uso de la cueva durante ese conflicto (Valle *et alii*, 1998: 38). Quizá el "remache de hierro de zapato" mencionado por sus excavadores (*Ibidem*) se corresponda con este herraje.

(Hierro, 2002: 117-118)[400]. Relacionado con esa ausencia de animales a los que asociarlas está el hecho de que aparezcan sueltas, sin formar conjuntos de cuatro, concretamente dos de tipos diferentes en Las Penas y un ejemplar partido en Los Goros. A lo que hay que añadir que, como acabamos de ver, una de las primeras ni siquiera es funcional, ya que carece de claveras para su fijación al casco.

Un problema añadido tiene que ver con la cronología para este tipo de objetos, ya que numerosos autores consideran que su introducción es posterior a época visigoda (Mencía, 2013: 54 y ss.). A ese respecto hay que señalar que, precisamente, quizá estos contextos subterráneos de los siglos VII-VIII puedan servir para establecer una presencia temprana de la herradura de clavos en la península Ibérica: aunque pudiera sostenerse una cronología posterior a la del depósito sepulcral para las de Las Penas -y aun así habría que explicar cómo y, sobre todo, por qué y para qué llegaron a esa zona tan interior de la cueva- esa explicación se nos antoja completamente fuera de lugar en el caso de la de Los Goros, ya que el fragmento de herradura fue recogido junto a los restos de época visigoda en una zona de la cavidad de muy difícil acceso y en la que no hay ni rastro de objetos de otras épocas. La presencia de un fragmento similar al de Los Goros en el enterramiento B-17 de la necrópolis de Aldaieta (Azkarate, 1999: 183-184) podría reforzar esta idea.

Una posible explicación para la presencia de herraduras en los contextos sepulcrales en cueva que estamos viendo en este trabajo sería la de su posible función simbólica, quizá como filacterias (Hierro, 2006) o con algún otro significado que se nos escapa. Conviene tener presente que las herraduras tienen, desde hace siglos, unas connotaciones mágicas entre las que destaca la de atraer la buena suerte. También podría pensarse en alguna explicación más prosaica, como su reciclaje como herramientas para encender fuego por fricción, a modo de eslabones o *briquets* como los que hemos visto más arriba. En ese sentido resulta sugerente que uno de los paralelos etnográficos manejados por Gutiérrez Rodríguez y Morgado (2013: 213, fig. 1: 14) para ese tipo de utensilios tenga, precisamente, forma de herradura.

Uno de los hallazgos más curiosos en el conjunto de cuevas que estamos estudiando es el de una valva de almejón de sangre, de la especie *Callista chione*, procedente de la zona sepulcral de Riocueva (Gutiérrez Cuenca y Hierro, 2019: 519). Aunque en un principio se interpretó como relacionada con la alimentación, una revisión posterior ha permitido plantear su uso como lámpara de aceite, a partir de algunos paralelos de época tardoantigua; en concreto de una concha semejante, de la misma especie, asociada directamente a una lámpara de hierro y procedente de uno de los silos de época visigoda de *Ruscino* (Rebé *et alii*, 2014: 95-96). El uso de lámparas hechas con conchas es muy antiguo y está documentado desde la más remota Prehistoria[401], aunque los paralelos más

[400] En realidad, los restos de cuadrúpedos de la "Galería de los Caballos" no corresponden a dos équidos de pequeño tamaño, sino sólo a uno y a una cierva. Además, la datación de uno de ellos por ^{14}C ha proporcionado una fecha en torno al 9.500 a. de C. (Gutiérrez Cuenca y Hierro, 2010-2012: 272-273)

[401] Así, conchas de *Patella* o de *Pecten* han sido interpretadas como posibles lámparas alimentadas con grasa en varios yacimientos prehistóricos (Cuenca, 2012: 78), un uso que ha sido demostrado mediante

cercanos en el tiempo al caso que nos ocupa parecen ser las necrópolis tardorromanas del sureste de Francia, donde en algunos casos, las valvas de *Callista chione* se combinan con las de *Pecten jacobeus* para formar las luminarias[402] (Manniez, 2005: 229-230). Aunque no hemos identificado restos de *Pecten* ni de un soporte de hierro como el de *Ruscino* en Riocueva, la opción del uso de la concha de almeja como una lámpara de aceite me parece la más probable, habida cuenta de la ausencia de más restos malacológicos en el yacimiento. La presencia de una lámpara de aceite en la cueva, arroja algo de luz -nunca mejor dicho- sobre un aspecto, el de la iluminación de estos lugares subterráneos, sobre el que no contamos con demasiada información más allá de los restos de carbones atribuidos a teas o antorchas. Por su parte, la revisión de los materiales de Los Hornucos en el MUPAC ha permitido identificar otra concha de *Callista chione* que pudiera haber tenido un uso similar en esos mismos momentos, aunque la ausencia de contexto claro para ella, así como la utilización de la cueva durante la Prehistoria Reciente impide poder sostenerlo con ciertas garantías, a falta de una datación directa[403].



Concha de *Callista chione* en Riocueva

En tres o cuatro de las cuevas sepulcrales -Cudón, Foradada, Pic d´Alian y cueva de los Riscos de la Escaleruela- se ha constatado la presencia de campanos o cencerros, tanto de hierro como de aleación de cobre, sin que parezca que exista ninguna relación entre ellos y los restos de animales domésticos que pudieran portarlos. Resulta ciertamente chocante que objetos de este tipo, que solemos asociar con actividades ganaderas, aparezcan en

analíticas específicas de laboratorio para una valva de ostra gravetiense de la cueva de La Pileta (Málaga) (Cortés *et alii*, 2016).

[402] Las partes inferiores de las vieiras serían la base en la que iría encajada la valva de almeja, funcionando a la vez como portalámparas y como rebosadero en caso de derrame del aceite.

[403] A favor de su cronología de época visigoda podría jugar el hecho de que se corresponda con la "concha petrificada" recogida en la misma sala en la que se recuperaron los objetos de ese periodo, según Navarro (1934: 227).

contextos funerarios de época visigoda, asociados a restos humanos. De hecho, desconocemos por completo su presencia en las necrópolis al uso, más allá de estas cuevas, lo que los convierte en hallazgos excepcionales y doblemente difíciles de interpretar. Una posible explicación a su presencia reside en un hipotético carácter diferente del agropastoril ya mencionado, como instrumentos con otro tipo de usos, incluidos los litúrgicos. En ese sentido podrían relacionarse con las campanas de mano, o *hand-bells*, irlandesas altomedievales (Bourke, 2008), ligadas íntimamente a la actividad de monjes y predicadores cristianos, algunas de las cuales han acabado convertidas en reliquias[404]. Algunas de estas campanas son formalmente idénticas a los cencerros de la época[405], por lo que los ejemplares de época visigoda que aparecen asociados a los muertos de las cuevas podrían haber tenido una función similar, bien litúrgica o, sencillamente, como instrumentos destinados a emitir un ruido que avisase de algo o sirviese para congregar a su alrededor. Un indicador de un posible uso manual de esos campanos podría ser el hecho de que el ejemplar de Cudón estuviese "incrustado en un trozo de madera", lo que permite suponer que colgaba de un asta o pértiga.

Aunque los restos de fauna aparentemente asociados a los restos humanos en las cuevas con uso sepulcral en época visigoda son variados, lo cierto es que sólo ha podido establecerse de forma segura esa relación en el caso de Las Penas, y únicamente con los restos de gallináceas, una de las cuales fue fechada por ^{14}C aportando una fecha prácticamente idéntica a la de los restos humanos. En sentido completamente opuesto, la datación absoluta por el mismo método de los huesos de un ejemplar infantil de suido de la zona sepulcral de la cueva de Riocueva arrojó una fecha muy posterior, de época moderna o contemporánea, poniendo de manifiesto esa dificultad que se acaba de mencionar. El hecho de que las cuevas hayan sido utilizadas por carnívoros -tejones, zorros, etc.- durante siglos implica una alta posibilidad de intrusión de restos de fauna de cualquier época, incluso en contextos aparentemente cerrados o casi.

La datación de la gallina de Las Penas abre la posibilidad de que los restos de la misma especie detectados en otros yacimientos similares, como Riocueva o cueva Foradada, puedan pertenecer a ese mismo momento histórico y, por tanto, estar relacionados con los enterramientos llevados a cabo en su interior. Una posibilidad muy sugerente pero que habría que confirmar con dataciones absolutas directas, teniendo en cuenta lo mencionado más arriba.

La presencia de gallináceas no es rara en contextos funerarios de estos momentos al norte de los Pirineos. Mientras que en necrópolis de finales del siglo IV e inicios del V, como la de Malbosc (Montpellier) (Blaizot *et alii*, 2008: 88-91) los ejemplares se depositaban

[404] La más famosa de todas ellas es la conocida como *Cloc ind Édachta*, atribuida -junto con algunas otras- a San Patricio (Erskine, 2011: 134 y ss.).

[405] El propio Bourke (2018: 22) comienza su estudio recalcando este aspecto: "*our two categories of small bells* [las eclesiásticas y las esquilas para el ganado] *come together in both functional and morphological terms*".

enteros[406] en las tumbas, su presencia en las necrópolis merovingias suele ser como parte de ofrendas alimentarias, apareciendo los individuos preparados para ese fin, es decir, sin la cabeza y la parte inferior de las patas (Putelat, 2013: 434-435). Más al norte aún, sin embargo, en el mundo escandinavo tanto del periodo Vendel como de época vikinga, no es extraño el depósito de gallináceas completas y sin evidencias de manipulación en algunas tumbas; tanto de cremación, en los momentos más tempranos, como en inhumaciones, en los posteriores. Según H. Strehlau (2018: 60-62), el fenómeno, relacionado con el mundo de las creencias y no con las ofrendas alimentarias ni los banquetes funerarios, parece ir ligado a sepulturas femeninas, aunque sus motivaciones concretas no están claras.



Fragmento de cráneo de gallina de Las Penas (Fotografía: M. L. Serna y A. Valle)

Las cuatro garras de oso[407] recuperadas al lado del individuo en conexión anatómica en Las Penas, en la zona de la rampa, pueden interpretarse de dos maneras, aun dentro de lo extraños que resultan este tipo de hallazgos y dando por hecho que formaban un conjunto -una zarpa- del que no se ha localizado la quinta que falta. La primera, considerando que pudieran formar parte de una mano completa depositada junto al cadáver a modo de amuleto o filacteria. La segunda, interpretándolas como el único resto de una piel de oso -en ese caso tendría que haber 3 juegos de zarpas más no encontrados- colocada junto a éste o bajo él. Encontramos el paralelo más cercano para este tipo de hallazgos en época visigoda en el *castrum* de El Castillón, en Zamora. Allí, en un contexto doméstico del

[406] Estos autores (Blaizot *et alii*, 2008: 89) razonan esa presencia de aves completas en las sepulturas a partir del estudio de las partes esqueléticas representadas y de su distribución espacial, relacionada en casi todos los casos con recipientes cerámicos sobre cuyas bocas se habrían colocado. Es posible que, siguiendo sus razonamientos, algunos de los casos en los que se considera que los pollos o gallinas -u otras aves- fueron colocados en las tumbas ya "procesados" fueran, en realidad, ejemplos de cuerpos depositados completos y que esa imagen aparente se deba a procesos postdeposicionales, atendiendo, sobre todo, al delicado carácter de los huesos de ese tipo de animales y sus dificultades de conservación en algunos casos.

[407] En realidad, se trata de cuatro terceras falanges, pues las prolongaciones apuntadas queratinosas -las zarpas propiamente dichas- se han perdido con el paso del tiempo y la consiguiente descomposición.

siglo VI -la Estancia 02 de la vivienda Sur- se encontraron cinco garras de oso, sin que se haya propuesto para ellas, aún en estudio, una interpretación segura, aunque se barajen las opciones de un trofeo de caza o de un uso como elementos de adorno (Sastre, 2017: 358). La primera de las dos podría encajar con la hipótesis de una única zarpa completa para el caso de Las Penas, aunque la ausencia del resto de huesos la convierte en algo muy improbable, tanto allí como en El Castillón.

En el mundo funerario de época visigoda este tipo de depósitos son completamente desconocidos, siendo el ejemplo más cercano el de una única garra de felino formando parte, junto con varias cuentas, de un colgante en la necrópolis oriental de *Carthago Spartaria* (Cartagena) (Madrid y Vizcaíno, 2006: 99). Sí que se conocen ejemplos de colgantes hechos a partir de caninos de oso en algunas de las tumbas de necrópolis peninsulares de la época, siendo quizá la más destacada en ese sentido la de Aldaieta (Azkarate, 1999: 117, 307 y 361). También el depósito de ese tipo de piezas dentales de úrsido en las tumbas a modo de filacterias, siendo el ejemplo geográficamente más cercano a Las Penas el de la necrópolis de Santa María de Hito (Gutiérrez Cuenca y Hierro, 2003-2007: 100 y 115). En otras latitudes sí se conocen casos en los que se ha documentado la presencia de garras de oso en el interior de tumbas, significativamente en Escandinavia (*vid*. Oehrl, 2013). Resulta tentador relacionar el caso de Las Penas con el caso de la Tumba 1/53 de Hallvede (Gotland, Suecia), del siglo X, en la que un individuo masculino acompañado de un hacha fue dispuesto en decúbito lateral con las piernas flexionadas sobre una piel de oso, de la que quedaron sus garras como testigo en las cuatro esquinas (*Ibidem*: 312 y 331); una imagen muy similar a la del caso cántabro, con la importante excepción del número de garras-manos, 4 (5)-1 en este último.

La interpretación para el hallazgo de restos de oso -especialmente garras y colmillos- en contextos funerarios ha sido interpretada de distintas formas en el mundo germánico-escandinavo y finés, aunque concediendo mucha importancia a su simbolismo y a su posible relación con el carácter guerrero y/o cazador, tomando como referencia a los *berserkers* en el primer caso y tanto a éstos como al animismo en el segundo (Oehrl, 2013; Kirkinen, 2017). Para los casos peninsulares, en Aldaieta la "Tumba de Jefe" denominada Enterramiento B-62, con un canino de oso usado como colgante, encajaría perfectamente en esa interpretación, no tanto los otros ejemplos de ese tipo de objetos en el yacimiento, como el Enterramiento A-8, sin presencia de ajuar guerrero de ningún tipo (Azkarate, 1999: 306 y ss. y 117 y ss.).

En el caso que nos ocupa, podría plantearse la opción del simbolismo guerrero, ya que el individuo al que se asocian las garras de oso, un varón juvenil, tenía cerca de él un hacha y los restos de dos gallináceas. Sin embargo, la ausencia de referentes claros en el mundo hispanovisigodo, así como el carácter del hacha, tipológicamente más cercano a los útiles que a las armas y sin el simbolismo bélico que sí está presente en otros objetos de ese tipo, como espadas y *scramasaxes*, hace que esa interpretación no resulte convincente del

todo[408]. Podría pensarse, sin más, que como ocurre con otros objetos recuperados en Las Penas, la piel de oso formara parte de la indumentaria o del ajuar doméstico del grupo que originó el enterramiento en la cueva y terminase allí por motivos que no tienen nada que ver con el valor, el estatus guerrero o las creencias animistas. Eso siempre que consideremos como más probable la opción de la piel y no de la zarpa aislada, claro.

Ya en el momento de su excavación, a caballo entre los años 2004 y 2005, llamó mucho la atención la presencia de una gran cantidad de granos de cereal carbonizados en una zona muy concreta de la cueva de Las Penas, la conocida como Galería de los Cráneos; junto a restos humanos, principalmente fragmentos de calaveras, también quemados. Flotado el sedimento, se identificaron varios taxones[409], la mayor parte cereales, aunque no sólo: *Triticum sp*., *Triticum spelta*, *Triticum monococcum*, *Hordeum vulgare*, *Panicum miliaceum*, *Setaria italica* y *Linum usitatissimum* (Arias *et alii*, 2012).

En Riocueva también se han encontrado restos de cereal carbonizado, aunque, en su caso, repartidos por varias zonas de la cavidad y no concentrados en un solo lugar, como en el caso anterior. Los taxones identificados son, de nuevo, el trigo, el mijo, el panizo, la cebada y el lino, estando presente también en este caso la avena, *Avena sativa*; aunque destacan por su abundancia los mijos, mucho más representados que los demás.

Hay que señalar otras dos cuevas cántabras en las que existen restos del mismo tipo: Los Hornucos y El Juyo. Mencionado por Carballo[410] (1935: 245), el cereal carbonizado de Los Hornucos aún es apreciable a simple vista en algunos cortes en la segunda sala de esa cavidad, formando un grueso paquete que parece ocupar una superficie nada despreciable. A falta de dataciones directas, su cronología podría ser de época visigoda, atendiendo a los hallazgos de la sala inmediata, aunque también podría datar de la Prehistoria Reciente, un momento en el que la cueva tuvo diferentes -e intensos- usos. Recientemente y como ya se ha señalado antes, también se ha identificado la presencia de granos de mijo/panizo carbonizados en la cueva del Juyo, concretamente sobre una estructura tumuliforme localizada en una zona interior de la cavidad, en la conocida como Galería de la Bolera. En el momento de redactar estas líneas está pendiente una intervención arqueológica, ya autorizada, para tratar de establecer el origen, cronología y función de esa estructura, así como del cereal quemado asociado a ella.

---

[408] En contra de esta afirmación, Oehrl (2013: 312) sostiene que el hacha que acompaña al cadáver en el caso ya mencionado de Hallvede es "*an appropiate and even heroic weapon for killing a bear*". Quizá la principal diferencia estribe en que el ejemplar sueco es descrito como un "hacha de combate" mientras que el cántabro no se ajusta a ese patrón, al menos si tomamos como referentes los conocidos en la Península para esos siglos.

[409] La flotación, tanto de estas muestras como de las de Riocueva, fue dirigida por la arqueobotánica Inés López Dóriga, quien también realizó la identificación de los taxones presentes y el estudio preliminar de las características de la muestra y a quien quiero agradecer aquí, de nuevo, su inestimable ayuda en este asunto.

[410] "En uno de los primeros anchurones de la gruta llamado por los obreros el cenizal, a mano derecha y sobre la estalagmita, existe una gran cantidad de trigo carbonizado, que gracias a esto se conserva todavía bien"



Restos de granos de mijos carbonizados en El Juyo

No consta la presencia de restos carpológicos similares en ninguna de las otras cuevas que estamos estudiando, algo que puede interpretarse de dos maneras: que las intervenciones llevadas a cabo en ellas, bien por lo superficiales o parciales, bien por el tipo de metodología utilizado, no detectaron esos granos carbonizados, algo que parece improbable; o que se trate de un comportamiento de carácter "regional", vinculado únicamente a los yacimientos de Cantabria.

Finalmente, concluye este apartado con la referencia a sendos hallazgos excepcionales que tuvieron lugar en Las Penas y Riocueva. De la primera de esas cavidades procede un fragmento de hilo de lana negra[411], sin torcer y excepcionalmente conservado, recuperado durante la excavación de la cueva. El análisis de sus fibras[412] ha mostrado que la lana pertenece a una oveja latxa o de un tipo muy similar[413]. Resulta muy complicado establecer el origen de ese hilo en la cueva, aunque el hecho de que esté sin torcer y la

[411] El color quizá sea debido a su carbonización parcial, algo que habría contribuido a su conservación.

[412] Tanto el estudio de esta muestra como del tejido de Riocueva ha sido llevado a cabo por Carmen Alfaro Giner, a quien quiero agradecer su ayuda en estos temas.

[413] La oveja latxa es un tipo de oveja autóctona del País Vasco y Navarra, adaptada a la vida en las comarcas montañosas de Guipúzcoa y Vizcaya y de los Pirineos. Un tipo muy similar -tanto que, en ocasiones, se ha considerado como un subtipo dentro de la latxa- lo constituye la oveja Carranzana, extendida por las áreas montañosas de Las Encartaciones vizcaínas, Cantabria y Asturias, zonas de donde es originaria, por lo que es probable que la lana de Las Penas sea de una oveja de ese tipo. Ambas razas de ovejas, latxa y Carranzana, están emparentadas, como demuestran los análisis genéticos realizados recientemente (Estonba, 1999: 127)

existencia ya señalada de varios husos en el yacimiento hace que sea tentador pensar en la existencia de copos y fibras de lana a medio hilar. En la segunda (Gutiérrez Cuenca *et alii*, 2016), por su parte, se recogió un fragmento de tejido de época visigoda parcialmente carbonizado, lo que había contribuido a su excepcional conservación. Se trata de un pequeño trozo de tela de lino, tejido mediante la técnica del tafetán y que envuelve un conjunto de granos de mijo/panizo, que podría pertenecer tanto a un saquito como a la ropa de alguno de los muertos depositados en la cueva.



Tela de lino con granos de panizo de Riocueva

ASPECTOS RITUALES

Una de las prácticas de este tipo detectadas en las cuevas con uso funerario es la que parece que se oculta tras la presencia de semillas de cereal -e incluso de otro tipo de plantas, como acabamos de ver- carbonizadas junto a los cadáveres: quemar cereal en el lugar donde había un cadáver para garantizar la salud de los vivos.

La quema de grano en el lugar donde yaciera un muerto (Filotas, 2000: 217, 311 y 461) es un comportamiento que tuvo que tener unas amplias difusión y vida, ya que aparece recogido en más de una docena de libros penitenciales entre los siglos VII y XI y, al menos a inicios de la Edad Media, fue severamente castigado por la Iglesia con hasta

cinco años de penitencia. La primera mención, la del libro penitencial atribuido a Teodoro de Canterbury[414], de los siglos VII-VIII, dice:

"*Qui ardere facit grana, ubi mortuus est homo pro sanitate viventium et domus, V annos poeniteat*" ("Quien quemare grano donde hay un hombre muerto, por la salud de los vivos y de la casa, cumplirá cinco años de penitencia").

El resto de menciones a esta práctica, hasta más de una decena, repiten más o menos la misma fórmula, variando algunos detalles y modificando el tiempo del castigo conforme avanza la Edad Media. En el Confesional del Pseudo Egberto, del siglo X, por ejemplo, aparece de esta manera:

"*Quicunque frumentum urit in loco ubi mortuus est, in salutem vivorum, et masculi, jejunet quinque hiemes*" ("Cualquiera que queme grano en el lugar donde hay un muerto, para la salud de los vivos y del macho, ayune quince inviernos[415]").

Finalmente, en la recopilación más reciente de todas, la de Burcardo de Worms, del siglo XI, aparece ya como una más de las varias prácticas que se castigan con 20 días a pan y agua:

"*Incendisti grana ubi mortuus homo erat (…) Si fecisti aut consenties fuisti, XX diez in pane et aqua poeniteas*" (¿Quemaste grano donde había un hombre muerto (…)? Si lo hiciste o fuiste consentidor, penarás veinte días a pan y agua").

Aunque en todos ellos parece que el cadáver objeto de las quemas era masculino, sólo en uno de los casos, el del Penitencial de Silos, se menciona el sexo de las personas que llevaban a cabo la práctica. En el libro silense se especifica que se trata de mujeres: "*Mulier si grana arserit ubi mortuus est homo pro sanitate viventium I annum poeniteat*" ("Si una mujer quemase grano donde hay un hombre muerto, por la salud de los vivos, pene un año").

Todo indica -y así lo han visto los distintos autores que han tratado el tema (Meaney, 1964: 18; Filotas, 2000: 217, 461; Gilchrist, 2008: 146-147) que se trataba de una acción propiciatoria, destinada a aplacar al espíritu del fallecido -e incluso a evitar su "retorno" corpóreo- y garantizar así la salud y el bienestar de los miembros vivos de su casa y su comunidad, tal y como se desprende de los propios textos[416]. En cuanto a su presencia en el registro arqueológico funerario de la Alta Edad Media, el mayor número de casos

[414] Las citas en latín han sido tomadas de la obra de B. Filotas (2000). Las traducciones al castellano son mías.

[415] "Inviernos" con el sentido de "años". Parece una cifra exageradamente grande, comparándola con el resto de menciones y quizá se deba a un error de transcripción.

[416] En palabras de A. Meaney (1964: 18): "*In another way, too, the heathen Anglo-Saxons semm to have endeavoured to protect themselves from the dead by burning corn. This practice pro sanitate viventium et domus is forbidden in Theodore´s Penitential*".

conocidos se da en Inglaterra, aunque también hay algunos ejemplos en Irlanda[417], (O´Brien, 1996), constatándose la pervivencia de la costumbre hasta fechas tan tardías como el siglo XIV[418] (Gilchrist, 2008: 145-147).

La constatación de la quema de grano junto a los cadáveres[419] en las cuevas de Las Penas y Riocueva nos informa de la perduración de costumbres de origen precristiano -y que, como acabamos de ver, estaban perseguidas y castigadas por la Iglesia- en la Cantabria de los siglos VII-VIII, algo que, por otra parte, tampoco resulta extraño. Sin necesidad de recurrir al presunto paganismo de los habitantes del norte peninsular en época visigoda, lo cierto es que la persistencia de costumbres de ese tipo en toda la Europa altomedieval está fuera de toda duda, como confirman las numerosas referencias a ellas en distintos textos de esos siglos (*vid*. Filotas, 2000). El territorio del reino de Toledo no es una excepción y tanto en la legislación visigoda como en las actas de los concilios eclesiásticos celebrados entre los siglos VI y VII pueden encontrarse referencias a algunos de esos comportamientos, englobados en categorías como la magia, la adivinación o la idolatría[420] (*vid*. King, 1981: 169).

Entre las dos interpretaciones de paganismo de época visigoda mencionadas por C. Martin (2015: 275), "una que remite exclusivamente a la creencia en unas divinidades paganas y al correspondiente culto, y otra que admite un conjunto de prácticas inconexas, referidas de manera más laxa a creencias paganas, pero sin que exista necesariamente culto alguno, y siendo susceptibles de coexistir con una religión no pagana", este tipo de comportamientos han de enmarcarse en la segunda. Formarían parte de ese "*Folk-paganism*" o conjunto de "*surviving pagan beliefs and practices of the common people*" combatidas -de forma infructuosa, por cierto- por la Iglesia durante la Alta Edad Media

[417] Algunos casos británicos señalados, de entre los recogidos por O´Brien (1996: 63, 118, 208, 300, 339 y 346), son los de la tumba nº 6 de la necrópolis tardoantigua de Cannington (Somerset), con grano quemado y carbones alrededor del cráneo; los de dos tumbas de la necrópolis del siglo VI de Andover (Hants) con grano quemado en su interior, una de ellas con un muerto de género masculino "*buried in female apparel*" y al que se había colocado una gran piedra sobre el pecho; el de Balcombe Pit (Sussex), donde se localizó una caja de madera llena de grano carbonizado junto al cráneo de uno de los inhumados; o el de la tumba nº 145 del cementerio del siglo VII de Field Farm (Berks), con semillas y grano carbonizado en su interior. En el caso irlandés destacan tres tumbas de la necrópolis de Kilshane, con grano quemado alrededor de los cráneos.

[418] En estos casos, en estrecha conexión con los enterramientos con carbones ("*charcoal burials*") -consistentes en el depósito de una capa de carbones y cenizas en el fondo de la sepultura, bajo el cadáver- y relacionados con las epidemias de peste bubónica que asolaron Europa en la segunda mitad de esa centuria (Gilchrist, 2008: 145-146).

[419] La coetaneidad de esa quema y de los depósitos sepulcrales está fuera de toda duda, ya que, en ambos casos, Las Penas y Riocueva, existen fechas absolutas obtenidas de muestras de grano que la certifican.

[420] En el *Liber Iudiciorum* no hay referencias al paganismo como tal y las leyes que tratan este tema se centran en la hechicería y la adivinación. Otra cosa son los cánones conciliares, donde sí encontramos menciones concretas a la idolatría y a algunas de las prácticas de ese tipo, como el culto a los ídolos y a las piedras, el encendido de teas o los sacrificios a las fuentes y a los árboles, encarnadas en sus practicantes: "*cultores idolorum* (…), *veneratores lapidum, accensores facularum, excolentes sacra fontium vel arborum, auguratores quoque seu praecantantores*" (Martin, 2015: 282, 286-291 y nota 59).

(McNeill, 1933: 450). En palabras de King (1981: 169), "bajo la apariencia cristiana de la sociedad visigoda florecía una profusión de creencias y observancias primitivas a las que muchos, por convicción, por prudente cautela frente a lo nuevo o por simple hábito, seguían profundamente ligados". Una situación en la que Cantabria no sería una excepción y de la que la quema de grano junto a los muertos de las cuevas sería una muestra. De hecho, la presencia en una de esas dos cavidades de un broche de cinturón con una evidente decoración de tema religioso cristiano certifica esa compleja situación religiosa en la que las costumbres antiguas sobreviven en el marco general de la nueva religión[421].

Hasta la intervención arqueológica en Riocueva y la reinterpretación de los hallazgos de Las Penas, no se había documentado arqueológicamente en la península ibérica y parecía restringida a Gran Bretaña y, en menor medida, Irlanda. El hecho de que sean los libros penitenciales anglosajones en los que aparecen las referencias más antiguas ha llevado a pensar, en ocasiones, que se trataba de algo limitado a esos territorios y que las menciones en obras alejadas, cronológica y geográficamente, de ellos no fueran sino copias y repeticiones en las que el sentido original de las prácticas reflejadas se habría perdido mucho tiempo atrás. Incluso también a interpretar el hallazgo de restos de grano carbonizado en el interior de sepulturas de inicios de la Edad Media[422] como un indicador étnico, como en el caso de la necrópolis irlandesa de Kilshane, donde E. O´Brien (1996: 345-347) sugiere el origen anglosajón de algunos de los inhumados en ella a partir de la presencia de esos restos y de otros interpretados de la misma forma. Las evidencias de este ritual en esas dos cuevas cántabras, aparte de las implicaciones de tipo simbólico ya mencionadas, sirven para confirmar la existencia de esta práctica en la Península, lo que viene a dar sentido a su mención en el Penitencial de Silos y a descartar que ésta sea una mera repetición de lo contenido en otros textos similares de procedencia extrapeninsular.

En las dos cuevas en las que se ha documentado la presencia de grano quemado[423], Las Penas y Riocueva, también se ha observado la fractura y quema de los cráneos[424] de los

[421] Sobre las evidencias arqueológicas de la cristianización de Cantabria en época visigoda *vid*. Tobalina, 2010-2012.

[422] Aunque menos frecuentes, también se conocen casos de depósitos de granos de cereal sin carbonizar en algunas tumbas. Un ejemplo de ello podemos encontrarlo en dos tumbas infantiles de la necrópolis sajona de Blackpath, anterior a la conversión al cristianismo de ese pueblo, y que se han interpretado como ofrendas a alguna deidad de la fertilidad, como la diosa germánico-escandinava Frigg (Porter, 1977: 252-253).

[423] Ya he señalado que existen indicios de que esa misma práctica pudo tener lugar también al menos con algunos de los muertos de la cueva del Portillo del Arenal, ya que una parte de los huesos recogidos en esa cavidad presentaba evidencias de su exposición al fuego, con distinta intensidad, una vez esqueletizados.

[424] Aunque no conozco referencias escritas a la quema de los cráneos de los muertos como medida relacionada con la necrofobia, sí que existe una curiosa mención a ella en un contexto de prácticas necrománticas, aunque en este caso relacionada con la curación: la costumbre, achacada de nuevo a algunas mujeres, de coger el cráneo de un hombre, quemarlo, echar las cenizas en una bebida y dársela a su marido para sanarle: *Fecisti quod quaedam mulieres facere solent? Tollunt testam hominis, et igni comburunt, et cinerem dant viris suis ad bibendum pro sanitate? Si fecisti, unum annum per legitimas ferias poeniteas* (Filotas, 2000: 479, nota 105).

muertos depositados en su interior, algo que se ha interpretado como una práctica con finalidad necrofóbica (Hierro, 2011: 391-392; Arias *et alii*, 2012: 348-349) relacionada con la posible "mala muerte" de aquéllos (Gutiérrez Cuenca y Hierro, 2016: 178-180). En la primera de las cuevas, los cráneos fueron retirados del resto de los cuerpos, concentrados en un divertículo lateral -la Galería de los Cráneos, que toma su nombre, precisamente, de esa circunstancia- y aplastados y quemados (Serna *et alii*, 2005: 256). En Riocueva se observa también la destrucción intencional de los cráneos y su quema, aunque esta última también afectó a otras partes del esqueleto postcraneal[425]. En este caso y como ya se ha comentado al hablar de la quema de grano, no hubo un único fuego concentrado en un sitio, sino varios, repartidos por la cavidad y que dejaron su huella en las paredes de ésta, en forma de desconchones producidos por el calor y de concentraciones de carbones, cereal carbonizado y manchas de rubefacción en el suelo (Gutiérrez Cuenca y Hierro, 2019: 523-524). En ambos casos las quemas tuvieron lugar con los cuerpos ya parcial o totalmente esqueletizados, con temperaturas que llegaron a alcanzar los 600 grados centígrados, y afectaron en distinto grado a los huesos, que adquirieron tonalidades que van desde el blanco azulado al marrón oscuro, pasando por una amplia gama de grises y, por supuesto, por el negro. En el caso de La Garma no hubo quema, pero sí parece muy probable la destrucción intencional de los cráneos de todos los sujetos depositados en la Galería Inferior[426] (Hierro, 2011: 365).

Aunque no consta la documentación de esta práctica en el resto de cuevas estudiadas en este trabajo[427], quizá podría encontrarse algo similar en el caso del enterramiento "fundacional" de la cámara sepulcral de *Contrebia Leucade*, donde del análisis de una de las fotografías publicadas se desprende que su cráneo -o su cabeza, pues desconocemos si se realizó con el cuerpo esqueletizado o no- pudo ser aplastado con una gran piedra[428] (Hernández Vera *et alii*, 2007: 125).

Una parte de los comportamientos que implican la manipulación de cadáveres documentados arqueológicamente y que se interpretan como prácticas necrofóbicas tienen como objeto las cabezas de los muertos[429]. Sin embargo, en la mayor parte de los casos, esos comportamientos se limitan a la decapitación y al desplazamiento

[425] Es probable que esto se produjese de forma accidental, por su cercanía a los cráneos, que habrían sido el principal objetivo del fuego.

[426] Sin embargo, entre los restos humanos localizados en la Galería del Río hay, al menos, un cráneo completo, lo que indica que los muertos depositado en ese lugar no sufrieron esa práctica *post mortem.*

[427] Según Barandiarán (1973: 33, nota 11), en el informe antropológico -inédito- redactado por J. M. Basabe acerca de los restos humanos de cueva Foradada "se insiste en el mal estado de conservación del esqueleto craneal", aunque de la relación de los fragmentos de cráneos recuperados presente en el somero inventario publicado no se desprende la existencia de una destrucción intencional de éstos.

[428] Como se ha comentado en el apartado correspondiente, la disposición de las piedras que delimitan las dos sepulturas "fundacionales" de la cámara sepulcral de ese yacimiento impide contemplar la posibilidad de que esa gran piedra que ocupa el lugar en el que debería haber estado la cabeza del primer inhumado haya caído sobre ésta de forma accidental.

[429] Para la Britania romana, uno de los lugares con mayor número de evidencias de ese tipo, vid. Taylor, 2008: 96 y 102-107. De igual forma, encontramos buenos ejemplos en la literatura al respecto (*vid*. Barber, 1988: 60, 73, 175-177).

intencionado del cráneo, por lo general colocándolo en la zona de los pies (Alfayé, 2009: 2011-2012). La destrucción de los cráneos no suele ser un comportamiento habitual en este tipo de situaciones, aunque tampoco es desconocida. M. Riu (1982: 13), por ejemplo, publica el enterramiento de dos niños – uno de menos de un año de vida y otro de entre dos y tres años- en el suelo de una casa del siglo XIII del yacimiento de Sant Miquel de la Vall (Lérida), a quienes también les aplastaron las cabezas, de forma intencionada, con sendas piedras, aunque sólo se conservara *in situ* la utilizada en el caso del primero[430]. S. Alfayé (2009: 194), por su parte, menciona el enterramiento de un adulto en la necrópolis tardorromana de *Baelo Claudia* cuya cabeza fue aplastada con tres grandes piedras. Algunos ejemplos del mundo anglosajón son los enterramientos infantiles con pesadas piedras arrojadas sobre las cabezas y cuerpos de la necrópolis de Winnal Ha que cita A. Meaney (1964: 20) o el túmulo de Alvediston, sobre la cabeza de cuyo ocupante también fueron arrojadas grandes piedras que la aplastaron (Porter, 1977: 252). En cualquier caso y aunque en La Garma los cráneos fueron destruidos sin separarlos del resto de los cuerpos, en Las Penas aquéllos fueron retirados del resto de los esqueletos, por lo que se puede afirmar que, antes de su destrucción, existió una decapitación o mutilación post-mortem de los cadáveres. En el caso de Riocueva las particularidades del contexto arqueológico impiden precisar esos aspectos, aunque, de haberse producido esas decapitaciones necesariamente hubieron de tener lugar junto a los cuerpos, pues allí fueron aplastados; como ya se ha comentado.



Restos del cráneo machacado -y de la piedra con la que se hizo- de uno de los muertos de La Garma

[430] En palabras de quien lo publicó, "se aplastó intencionadamente el cráneo y se trató de inmovilizar el muerto en el subsuelo, como en un intento de inmovilizar asimismo su espíritu, de acuerdo con resabios paganizantes".

En su estudio sobre la necrofobia, A. Tsaliki (2008: 3, tabla 1.2) propone una lista de posibles indicios de estas prácticas en los enterramientos; a saber: esqueletos con evidencias de haber estado atados o en decúbito prono, o enterrados a profundidades inusualmente grandes, o cubiertos con rocas u otros objetos pesados, o cremados en un contexto de inhumaciones, o con signos de decapitación, o con muestras de haber sido atravesados con estacas o similares. En los casos que estamos viendo en este punto, se cumplen algunas de esas condiciones, como el enterramiento profundo, ejemplificado aquí en las zonas muy interiores y de acceso complicado de las cuevas; en lugar de la decapitación, algo que podría equivaler a ella, como la destrucción intencional de los cráneos; y, finalmente, la quema de parte de los cuerpos, significativamente de los restos de esos cráneos destruidos. A lo que podrían sumarse prácticas propiciatorias, como la quema de grano que acabamos de comentar u otras de las que se tratará a continuación, destinadas a aplacar a los difuntos y salvaguardar así a los vivos. Es por todo ello por lo que considero que, al menos en estos casos cántabros, puede hablarse de evidencias de necrofobia en las prácticas sepulcrales y postsepulcrales detectadas en ellos.

Quizá dentro de esta categoría relacionada con el mundo de lo simbólico y de las prácticas rituales también haya que situar la ya mencionada presencia de molinos rotatorios de mano en algunas de las cuevas, como en los casos de Las Penas, Montou, Los Hornucos o Cudón. Como ha expuesto F. J. Fernández Nieto (1994-95, 2005 y 2010), las piedras de los molinos de mano circulares tienen, desde la antigüedad, un uso relacionado con los poderes mágicos que, por su propia naturaleza giratoria y transformadora, se les asociaban. Concretamente, eran utilizadas como filacterias, como elementos destinados a proteger, esencialmente, los cultivos[431]. Quizá esa función apotropaica de los molinos pueda explicar su presencia en estas cavidades, donde, de ser correcta esta interpretación que propongo, servirían de barrera mágica -en algunas ocasiones de forma literal, formando parte de los muros de cierre[432], en otras figuradamente- para sellar los espacios sepulcrales. Así considerada, esa presencia de molinos en las cuevas sería un complemento a esas otras prácticas necrofóbicas que se acaban de mencionar, garantizando -o al menos tratando de hacerlo- la seguridad de los vivos ante el eventual peligro que, por los motivos que fueran, suponía para ellos esos cadáveres.

En otro sentido, aunque no excluyente y dentro del mismo ámbito simbólico que el anterior, estaría la relación que establecen algunos autores (O´Sullivan, 2008: 236-238) entre la destrucción intencional de molinos de este tipo y el fin de la "vida" de las casas en las que se usaron para moler cereal en la Irlanda altomedieval; destrucción que iría

[431] Este autor (Fernández Nieto, 2005: 350; 1994-1995: 114-115) basándose en el testimonio de Paladio y en un ejemplo arqueológico siciliano, la "filacteria de Noto", interpreta la relativamente abundante presencia de fragmentos de molinos de mano rotatorios en las zonas rurales del mundo mediterráneo como el reflejo de esas costumbres, siendo por tanto la evidencia de la delimitación de tierras de cultivo con el fin de protegerlas mágicamente de los elementos y no de la existencia de pequeños asentamientos agrícolas dispersos.

[432] Ese uso, atestiguado aquí en Los Hornucos, se repite en un caso británico: una pequeña cavidad del complejo de Wookey Hole (*vid. infra*) cuya boca estaba cerrada por un muro en el que se incluían tanto la *meta* como el *catillus* de un molino rotatorio (Watts, 2012: 212).

acompañada del depósito de algunos fragmentos en hoyos o zanjas o de su reutilización formando parte de muros.



Fragmento de molino rotatorio de Las Penas (Fotografía: M. L. Serna y A. Valle)

Extremadamente sugerente resulta la idea de que esa destrucción de los molinos pudiera estar relacionada, en ocasiones, con la muerte traumática de alguna de las mujeres de la casa, las encargadas de trabajar con esos instrumentos en el hogar y quienes históricamente -y prácticamente hasta nuestros días en los lugares en los que se siguen utilizando estos artilugios- han sido estrechamente relacionadas con ellos (Watts, 2014: 58). En el caso de las cuevas sepulcrales de época visigoda en las que se documentan este tipo de objetos, esa relación también podría explicar su presencia en ellas: esos molinos -o esos fragmentos de molinos- estarían acompañando a los que fueron en vida los habitantes de la casa, al igual que ocurre con otros elementos del día a día que aparecen en ellas y están completamente ausentes del registro funerario habitual.

Tampoco hay que excluir un posible componente simbólico para la presencia de campanos o cencerros en algunas de las cuevas, ya que la relación de este tipo de objetos -y, por extensión, de las campanas- con la magia está atestiguada desde la Antigüedad, habiendo llegado, en algunos casos, esas costumbres prácticamente hasta nuestros días[433].

[433] Sobre las propiedades mágicas y curativas de cencerros y campanas en el País Vasco contemporáneo *vid*. Aguirre, 1988: 132 y ss. Algunas de ellas, como la protección otorgada por el sonido de las campanas contra la tormenta y el pedrisco, entroncan directamente con los testimonios altomedievales del mundo carolingio recogidos por Filotas (2000: 396 y 413).

Entendiéndolos como campanas de mano y no como cencerros de animales, estos objetos pudieron utilizarse con fines religiosos (*vid*. Erskine, 2012: 129 y ss.) y también para un variado conjunto de fines que van más allá de la liturgia cristiana y se adentran casi en lo mágico, como en el caso de los santos irlandeses, que los utilizaban desde fechas tempranas para exorcizar y espantar a los demonios, así como para proteger de la enfermedad y de la muerte (Bitel, 2006/2007: 10).

En relación con la presencia de monedas en contextos funerarios, C. Lecouteux (2009: 45) considera que podría tratarse de una medida para evitar el retorno de algunos difuntos, en el contexto de la ya mencionada costumbre germánica de "la parte del muerto". Quizá en nuestro caso las monedas de *Contrebia Leucade* o de Cueva Foradada respondan a esa costumbre y hayan de ser interpretadas como evidencias, de nuevo, de prácticas necrofóbicas, aunque resulta algo muy complicado de demostrar.

La lámpara de aceite hecha a partir de una concha de almeja de Riocueva podría haber tenido, además de su uso como fuente de iluminación, una finalidad simbólica. Según Manniez (2005: 227), las lámparas en las tumbas podían tener una función apotropaica y servir para "apartar a los malos espíritus o a los demonios de la tumba", y "ayudar al difunto en su viaje al más allá" con su luz.

Finalmente, la presencia de instrumentos relacionados con el trabajo textil también podría relacionarse con esa vertiente simbólica o ritual que estamos viendo en este apartado. Desde fechas muy tempranas, los textos de autores religiosos que critican la pervivencia de prácticas paganas entre los habitantes de la Europa occidental tardoantigua y altomedieval señalan la relación de esas prácticas con las labores del hilado y el tejido, llevadas a cabo fundamentalmente por mujeres[434]. Así y entre otros testimonios, Martín de Braga, en el siglo VI, menciona la costumbre femenina de invocar a la diosa Minerva[435] en sus trabajos textiles ("*Mulieres in tela sua minervam nominare*") (González Echegaray, 1998: 160) y Burcardo de Worms, en su recopilación del siglo XI acusa, de nuevo a las mujeres, de utilizar encantamientos propiciatorios durante el hilado ("*in suis lanificis*") y el tejido ("*in suis telis*")[436] (Raña, 2005: 198). En el caso concreto de las fusayolas[437], algunos autores consideran que su presencia en las tumbas pudo tener la

[434] Para una revisión completa de los distintos testimonios y de sus interpretaciones por diferentes autores, vid. Filotas 2000: 382-384.

[435] Corrobora esta información San Isidoro en sus Etimologías (XIX, 20:1) cuando describe la creencia de los paganos de que fue precisamente Minerva quien primero mostró a los humanos cómo hilar, tejer y teñir las telas ("*primam lanificim usum monstrasse, hanc etiam telam ordisse et colorasse lanas*") y que, por esos y otros descubrimientos y enseñanzas suyos, es habitual que los artesanos le imploren ("*illi vulgo opifices supplicant*").

[436] *Interfuisti, aut consensisti vanitatibus quas mulieres exercent in suis lanificiis, in suis telis, quae, cum ordiuntur telas suas, sperant se utrumque posse facere, cum incantationibus et cum aggressu illarum, ut et fila staminis, et subtegminis in invicem ita commisceantur [ut], nisi his iterum aliis diaboli incantationibus econtra subveniant, totum pereat?*

[437] Su uso mágico-medicinal está atestiguado en el *Leechbook of Bald*, un manual anglosajón del siglo X, donde forma parte de una receta para combatir la enfermedad provocada por el parvovirus -también conocida como "enfermedad de la bofetada", "quinta enfermedad" o megaloeritema- consistente en atarla

función de "proteger a los vivos" frente a un eventual retorno del muerto (Forestier *et alii*, 2015:140). También los peines de cardar lana, como los que hemos mencionado en Las Penas o Los Hornucos pudieron tener una función mágica, relacionada con las medidas para aplacar a los muertos. Así, el Corrector de Burcardo de Worms refleja la costumbre, obviamente perseguida por la iglesia, de golpear dos de estos objetos entre sí sobre un cadáver: "¿o golpeaste peines con los que las mujercillas cardan la lana sobre un muerto[438]?" (Filotas, 2000: 380, nota 316).

Aunque en muchos de los casos no pasen de la mera conjetura, observamos la presencia de algunos elementos que nos permiten sostener la existencia de prácticas mágicas en algunas de las cuevas con uso sepulcral en época visigoda. Significativamente en las de Cantabria, que, por otra parte, son las más y mejor estudiadas hasta la fecha.

CRONOLOGÍA

De las 25 dataciones absolutas sobre restos humanos, 10 se concentran en una franja situada entre mediados del siglo VII y el segundo tercio del VIII calibrado AD: se trata de muestras de La Garma (G3 y G5), Riocueva (RCV2, RCV3, RCV4 y RCV5), Las Penas (LP1 y LP2) y Riscos de la Escaleruela (RE1 Y RE2). Ese número puede ascender incluso hasta 12 si incluimos otras dos no tan claras[439] pero que también encajan en ese patrón, en este caso sendas muestras de La Garma (G2) y Los Hornucos (H). Si atendemos al número de yacimientos, el porcentaje es muy similar, con 5 -Los Hornucos, La Garma, Riocueva, Las Penas y Riscos de la Escaleruela- de 11 cuevas. Es decir, casi la mitad del total. Estos datos están indicando claramente que existe un momento de uso de las cuevas con fines sepulcrales que puede situarse, de forma bastante segura, en ese intervalo de tiempo. Lamentablemente, la imprecisión de las fechas y los amplios márgenes en los que se mueven impide poder afinar más. En cuanto a su distribución geográfica, aunque todos menos uno se localicen en el territorio de la actual comunidad autónoma de Cantabria, esa excepción conquense -Riscos de la Escaleruela- parece indicarnos que se trata de un fenómeno más global, territorialmente hablando, y que no está ni mucho menos restringido al sector central de la zona cantábrica. Algo que, por otra parte, confirman las

al cuello del enfermo con un hilo de lana y dar de beber a éste leche de cabra caliente (Cockayne, 1865: 311-313). Es posible, por tanto, que la presencia de fusayolas formando parte de collares en época visigoda pueda estar relacionada con esa costumbre u otras similares, basadas en las propiedades mágicas y/o sanadoras de esos objetos.

438 "*vel pectines quibus mulierculae lanam discerpere solent supra funus complosisti*".

439 También podría añadirse al conjunto la fecha del Assut de Bellús, que desconocemos pero que cuenta con una probabilidad a 2 sigma -lo único publicado (vid supra)- situada entre los años 670 y 870, muy similar, por ejemplo, a las de dos muestras de La Garma (G3) y Riocueva (RCV5), por lo que todo apunta a que podría incluirse perfectamente en este grupo, aunque haya preferido no hacerlo por prudencia. Su localización en Valencia refuerza el argumento de la distribución geográfica amplia de las cuevas con eso sepulcral en estos momentos tardíos dentro de la época visigoda. En su contra, las peculiaridades de este yacimiento que, como veremos, le apartan del resto. O al menos de la mayor parte de éste.

dataciones que pueden obtenerse a partir del estudio de los materiales y las tipocronologías manejadas.

La fecha más antigua de Riocueva (RCV1), del siglo VII, sirve de enlace entre este grupo que acabamos de ver y otro menos numeroso, formado por muestras de la Coveta de l´Heura (CDH1), La Sarsa (S), Gruta de Caldeirão (GDC1 Y GDC2[440]), La Garma (G1) y Abrigo da Carrasca (AC1). Todas estas fechas se sitúan -al menos con los mayores márgenes de probabilidad- entre mediados del siglo VI y la segunda mitad del VII y parecen estar indicando otro gran periodo de depósito de muertos en cuevas, si bien es cierto que no parece tan intenso como el que acabamos de ver. En un par de casos, Riocueva y La Garma, ambos momentos de uso están representados, lo que indica una continuidad en el uso del mismo espacio subterráneo con el mismo fin a lo largo del tiempo[441]. En cuanto a su distribución geográfica, aquí su dispersión territorial es más evidente, con yacimientos repartidos por distintas zonas de la Península: Cantabria, Cataluña, Levante y el centro de Portugal.

Finalmente, un tercer grupo formado por fechas del Abrigo da Carrasca (AC2) y Les Ancêtres (AN1 y AN2) se sitúa en un momento bastante anterior, en los siglos V-VI[442] y constituye el conjunto de dataciones más antiguas para el fenómeno que estamos estudiando. De nuevo observamos que no se circunscribe a una zona concreta y que los dos únicos yacimientos que lo integran se reparten entre el sur de Francia y Portugal. Y una vez más, esta vez en el caso portugués, se observa el uso de una misma cueva con una misma finalidad sepulcral en dos momentos distintos de la época visigoda.

Las cronologías absolutas se completan con las dataciones radiocarbónicas obtenidas a partir de muestras de restos no humanos, principalmente carbón y semillas; y con alguna otra, sobre cerámica y conseguida mediante Termoluminiscencia. En algunos casos estas dataciones absolutas complementan a las anteriores, pues se han realizado sobre muestras

[440] En realidad, ambas dataciones fueron obtenidas de un mismo fragmento de hueso, por lo que deben ser consideradas como una sola (*vid. supra*). El intervalo de probabilidades a 2 sigma en el que coinciden las dos se sitúa entre los años 542 y 657.

[441] Continuidad discontinua, si se me permite la expresión, ya que son muy pocos los cadáveres introducidos en la cueva para un periodo de tiempo tan largo. En realidad, estaríamos hablando de un primer momento de uso sepulcral de esas dos cuevas, restringido a unos pocos cuerpos y situado alrededor de las décadas centrales del siglo VII; y de un segundo momento, ya muy de finales de esa centuria o, más probablemente de la siguiente, con más muertos, aunque siempre dentro de ese número reducido que hemos mencionado. No se puede descartar que ese intervalo tan amplio que caracteriza este segundo periodo de uso esté ocultando, en realidad, varios momentos también restringidos a muy pocos cuerpos y distribuidos a lo largo de todo él.

[442] La fecha del enterramiento de la Balma de la Margineda no ha sido publicada en detalle (*vid. supra*), aunque su intervalo de probabilidad a 2 sigma se sitúa entre los años 422 y 589, muy similar a los de las fechas de Les Ancêtres. La de Roc del Migdia, por su parte, es aún más imprecisa y da un intervalo a 2 sigma más amplio, de 332-650; aunque tampoco desentona con las otras tres. En cualquier caso, estos dos últimos sitios no se corresponden con el tipo estudiado

de los mismos yacimientos, como ocurre en La Garma, Riocueva, Las Penas o Los Hornucos.

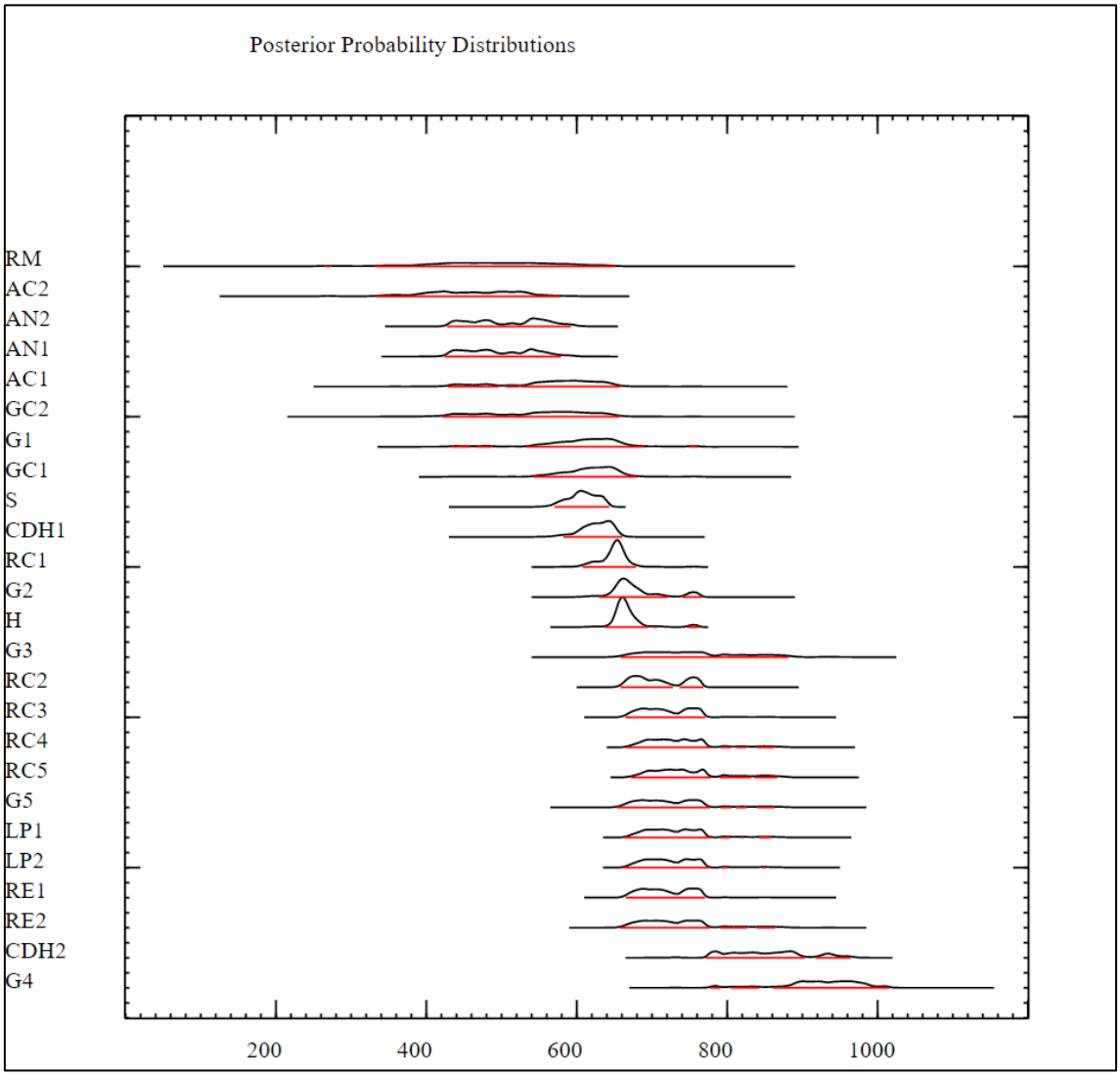


Tabla con las calibraciones -hechas con Calib 7.1- de las fechas radiocarbónicas de los yacimientos

En La Garma, 14 de los 16 carbones datados, repartidos por todo el complejo kárstico, proporcionan fechas coincidentes con las de los tres muertos que pueden situarse entre finales del siglo VII y todo el VIII, pudiendo llegar alguna de ellas incluso al siglo IX. Los dos restantes se fechan en los siglos V-VI, pudiendo ser la evidencia de frecuentaciones anteriores de la cavidad. Otro tanto sucede en Riocueva y Las Penas, donde las fechas de ^{14}C de varios granos de cereal -y de restos de cuero de un cinturón y una gallinácea, en el segundo caso- coinciden, básicamente, con las obtenidas de los restos humanos: siglos VII-VIII. En el primero de los dos yacimientos, otra fecha de termoluminiscencia se sitúa entre finales del siglo VI y mediados del VIII. Finalmente, en Los Hornucos, una fecha más de TL de entre los siglos VI y VIII, obtenida de un fragmento de *dolium*, puede combinarse con la de ^{14}C conseguida recientemente a partir de un hueso humano y que nos lleva a los siglos VII-VIII, aunque centrada claramente en el primero.

En otros de los yacimientos estudiados en este apartado, ante la ausencia de restos humanos datados -o datados en época visigoda, según los casos- son las de carbones las únicas fechas absolutas de las que disponemos y han de combinarse con las relativas para obtener un marco cronológico fiable del uso de las cuevas. Son los casos de Cudón, Portillo del Arenal, Calero II, Lazaldai y Cueva Larga.

De Cudón proceden dos fechas absolutas obtenidas por métodos diferentes, pero bastante coincidentes: una de TL de entre los siglos V y VI y otra de ^{14}C con un intervalo a 2 sigma de los siglos V-VII. Algo similar ocurre en Portillo del Arenal, donde una olla datada por TL se sitúa en el intervalo entre los siglos IV y VI y una muestra de carbón ofrece una fecha radiocarbónica de entre los siglos VII y IX. Fecha muy similar, esta última, a la de Calero II, también obtenida mediante ^{14}C y que se sitúa, calibrada a 2 sigma, entre los siglos VII y IX[443]. Intervalos amplios -siglos VII-X en el primer caso y IV-VIII en el segundo- presentan las de Lazaldai y Cueva Larga[444], obtenidas de sendos fragmentos de madera que podrían corresponder a duelas de caldero en ambos casos.

Teniendo en cuenta que las fechas de Termoluminiscencia nos indican el momento de cocción de la cerámica durante su proceso de creación y que esos recipientes, por lógica, pueden tener largas vidas útiles antes de ser amortizados en las cuevas, parece que, de nuevo, podemos encontrarnos ante dos momentos de uso diferentes: uno más antiguo, de los siglos VI-VII, del que Cudón sería el único exponente claro y en el que quizá podría incluirse también Cueva Larga; y otro más reciente, ya de los siglos VII-VIII, en el que habría que situar el resto: Portillo del Arenal, Calero II y Lazaldai.

Para finalizar el apartado de las fechas absolutas hay que mencionar la datación mediante las series del uranio de la rotura de un espeleotema de la Galería Inferior de La Garma, concretamente de la zona IV. Ésta sitúa la rotura hacia mediados del siglo VIII, concretamente en el año 758 (Arias *et alii*, 2018: 141), confirmando el paso de personas -y su "vandalismo"- por la galería en esas fechas; un paso que pudiera estar relacionado tanto con el depósito de alguno de los cadáveres como con las destrucciones sufridas por los restos humanos una vez esqueletizados.

Esto por lo que se refiere a las cronologías absolutas. Para las obtenidas a partir de cronotipologías contamos, en primer lugar, con unos indicadores excepcionales: los

[443] En Cudón, Portillo del Arenal y Calero II hay otras tres fechas, obtenidas de "marcas negras" carbonosas parietales, que se sitúan en el intervalo comprendido entre mediados del siglo VII y el X. Por sus características, como se ha señalado en otro apartado de este trabajo, su "modernidad" podría ser más aparente que real y deberse al súbito enriquecimiento de carbono en la atmósfera ocurrido a comienzos de la segunda mitad del siglo VIII. En ese caso, deberían situarse en esos momentos, a finales del siglo VIII. Sin embargo, no tenemos manera de comprobar que eso haya sido realmente así, por lo que prefiero ser cauto y seguir manejándolas como si fuesen fechas normales, más tardías que las demás y que estarían evidenciando una frecuentación de las cuevas, con motivaciones desconocidas pero que podrían tener un importante comportamiento simbólico, en el siglo IX.

[444] Aquí hay una segunda fecha, obtenida de un carbón, de los siglos VII-XI y a la que, más allá de su casi nulo valor por su horquilla de probabilidad tan amplia, quizá pudiera aplicarse lo expuesto en la nota anterior.

broches de cinturón liriformes[445], los "fósiles guía" de finales de la época visigoda. Su presencia en las cuevas nos está señalando el uso de éstas en un período comprendido entre mediados del siglo VII y finales del VIII, que es en el que se utilizaron este tipo de guarniciones de cinturón. Periodo, por cierto, coincidente con el indicado por las dataciones absolutas para un elevado número de las cuevas que estamos estudiando, como acabamos de ver. Hay que señalar que este tipo de guarniciones de cinturón también están presentes en la mayor parte de las cuevas de las que proceden esas fechas radiocarbónicas, lo que no hace sino ratificar esa cronología absoluta[446]. Contamos con presencia de broches liriformes -completos o de algunas de las partes que los forman- en las cuevas de Riocueva, La Garma, Las Penas, Los Hornucos, Cudón, Portillo del Arenal, La Pila, Castañera, Los Goros, Foradada, La Condenada, Can Sant Vicenç, Furnas do Poço Velho, Montou, Venta del Cuco, La Fresneda, La Sivella, Les Bruixes, Binisafuller, Roca de Miravet e indeterminada de la Montaña Leonesa. Tal y como se ha razonado más arriba, es muy probable que buena parte de estas cuevas hayan sido utilizadas con fines sepulcrales en época visigoda y las guarniciones de cinturón de la segunda mitad del siglo VII y del VIII permiten situar en ese intervalo esos usos funerarios. Por tanto, resulta evidente que la ya de por sí amplia lista de cuevas sepulcrales con esa cronología concreta dentro del periodo general que estamos estudiando es en realidad bastante más grande. O, dicho de otra forma, se comprueba que existe un "pico" a finales de época visigoda y a lo largo del siglo VIII en el uso sepulcral de las cuevas peninsulares y del sureste de Francia

En ese mismo sentido apunta el testimonio de las monedas, otro de los elementos presentes en algunas de las cuevas y que permiten obtener fechas *post quem* para los momentos de uso de éstas. Ya hemos visto más arriba que todas las recuperadas en este tipo de contextos, tanto sepulcrales como indeterminados, son de los últimos años de la época visigoda, de finales del siglo VII o inicios del VIII[447]. Donde están presentes y asociadas sin dudas a cadáveres, como Cueva Foradada o *Contrebia Leucade*, permiten acotar el arco cronológico de esos yacimientos al siglo VIII, ya que se trata en ambos casos de acuñaciones a nombre de Witiza, cuyo reinado en solitario comienza en los primeros años de la octava centuria y se prolonga hasta 710 o 711.

El resto de elementos de cultura material que pueden proporcionar fechas que vienen a confirmar lo visto hasta este punto en los casos en los que ya contamos con dataciones

[445] Como ya hemos señalado anteriormente, utilizamos el término liriforme en un sentido amplio y que abarca todas las producciones hispánicas que siguen la "moda bizantina": tanto los liriformes propiamente dichos como los en forma de U e incluso los cruciformes, incluyendo, por supuesto, a los que presentan decoración damasquinada.

[446] Y, de paso, sirve para establecer la cronología de los broches, algo que ha sabido ver Pinar (2017: 75 y ss.) y que ha expuesto en una publicación reciente sobre el tema, aunque propone un periodo de utilización de los broches liriformes más restringido -hasta las primeras décadas del siglo VIII- que el que se defiende en este trabajo.

[447] En el caso del conjunto de la mina La Condenada, aunque hay alguna antigua son las más recientes las que marcan el término *post quem* para el ocultamiento. No incluimos este yacimiento junto a Cueva Foradada o *Contrebia Leucade* porque sus características, en lo relativo a las monedas, son diferentes: éstas no están relacionadas directamente con los muertos, sino que se aprovecha el espacio sepulcral subterráneo para ocultarlas, presumiblemente confiando en que nadie las buscase allí.

fiables y, aunque no son tan diagnósticos, ofrecen algunos indicios acerca de la cronología de otras cuevas en las que carecemos de éstas. Son los casos de la placa de "tipo Almar" para El Asno, del pendiente de La Mora o del broche de placa rígida calada de El Tajón, con cronologías relativas de los siglos VII-VIII para los primeros y del VII para el tercero.

El uso de la misma cueva durante distintos episodios merece un tratamiento aparte, por las implicaciones que puede tener para comprender mejor el fenómeno. Y aunque se ha documentado en tres casos[448], tan sólo en los dos en los que las intervenciones arqueológicas han tenido lugar en fechas recientes y con metodologías modernas, La Garma y Riocueva, es posible obtener conclusiones que puedan ser de utilidad. Así, por ejemplo, en La Garma se observa una secuencia cronológica decreciente en relación con la profundidad a la que se localizan los cuerpos. El individuo nº 1, que es que está situado más al interior de la cavidad cuenta con la fecha radiocarbónica más antigua de todas, seguido por el nº 2, localizado muy cerca, pero algo más al exterior, en la misma galería. Los individuos nº 3 y nº 5[449] se sitúan aún más afuera, al pie mismo de la sima de acceso, y proporcionaron fechas radiocarbónicas más modernas. Algo similar se detecta en Riocueva, donde el muerto datado en la salita, en el punto más interior de la galería utilizada con fines sepulcrales, es el más antiguo de todos de los que se han obtenido fechas absolutas, mientras que los demás, localizados en el espacio que va desde allí hacia la entrada, ofrecen dataciones más recientes[450].

Parece que estamos, pues, ante un cierto patrón en el uso del espacio sepulcral en las cuevas: el o los primeros cadáveres se depositan en una zona interior de la cavidad y ese punto de depósito será el que marque el lugar más profundo de toda la superficie utilizada con fines funerarios. Cuando, pasado un lapso de tiempo, vuelvan a introducirse muertos en la cueva, estos irán siendo colocados desde ese punto hacia la boca, aunque sin acercarse demasiado a ésta. Esta estrategia tiene todo su sentido si se piensa en que evita tener que pasar por encima de los cadáveres depositados con anterioridad y puede interpretarse de dos formas: una primera, que implica una planificación previa en la gestión del espacio sepulcral; y otra en la que ese límite sería accidental, marcando el primer muerto el límite de uso por resultar innecesario el ir más allá. En estos momentos cualquiera de las dos opciones me parece válida y creo que no contamos con argumentos para elegir una por encima de la otra. En todo caso, de ser correcta habría que suponer

[448] En el caso del Abrigo da Carrasca, las excavaciones tuvieron lugar en los años 30 del siglo XX y sólo se recogieron los restos humanos de mayor tamaño y que se consideraron más significativos. Además y para más inri, su vida desde entonces ha sido bastante azarosa, pasando por colecciones particulares y museos, perdiéndose parte de la colección por el camino (Gama, 2002: 39-40).

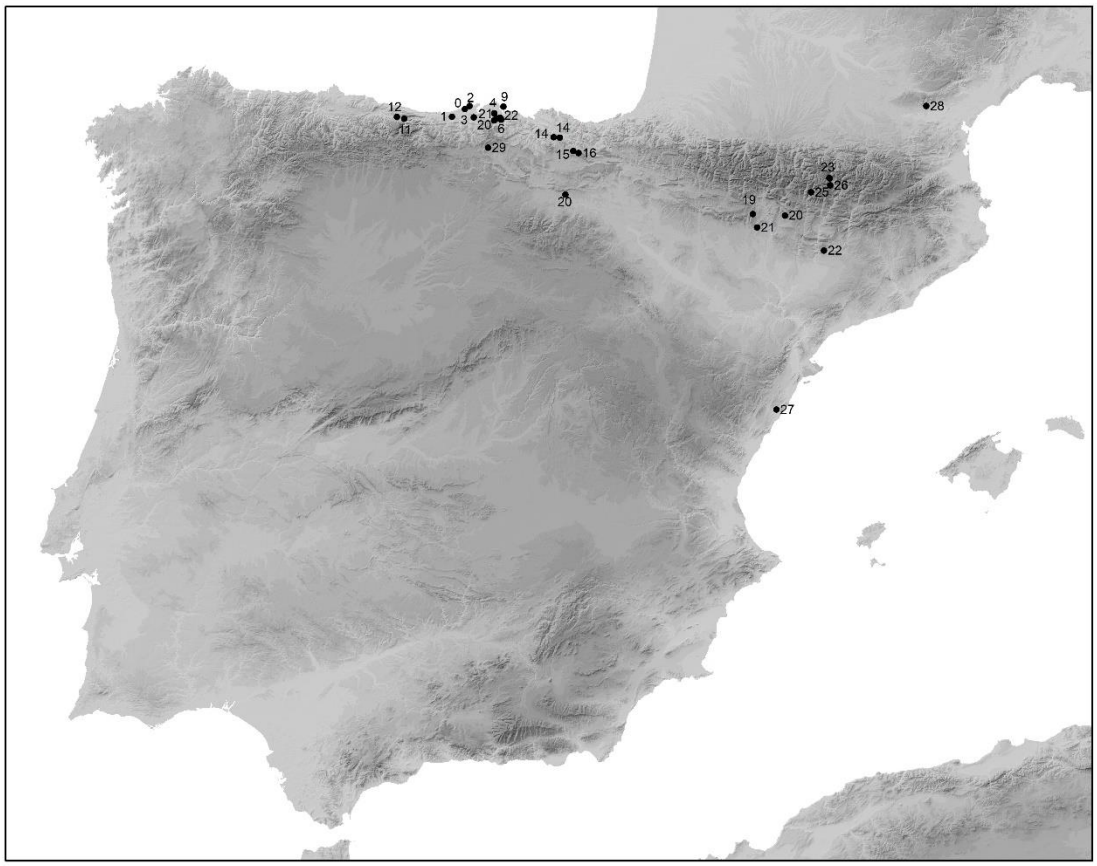
[449] Sobre los problemas que plantea la fecha del individuo nº 4 ya se ha tratado en la entrada del catálogo correspondiente a La Garma. En cualquier caso, si realmente se hubiese visto afectada por el súbito enriquecimiento de carbono en la atmósfera al que se ha aludido antes y hubiera que trasladarla a la segunda mitad del siglo VIII, no sólo no invalidaría el argumento que se está manejando, sino que contribuiría a reforzarlo, ya que sería una fecha tardía tomada en el punto más exterior de la galería.

[450] Hay que tener en cuenta, en este caso, la posible acción de los animales, que podrían haber alterado el contexto desplazando los restos

que, por ejemplo, los restos de la Galería del Río de La Garma serían los más antiguos de todo el conjunto, aunque es algo que sólo su datación directa podrá confirmar.

2.3 LAS CUEVAS CON USOS NO SEPULCRALES

Las cavidades que no cumplen con los criterios para haber sido consideradas en el estudio de los yacimientos de ese tipo con uso sepulcral son las siguientes: las cuevas de Ñobre, El Linar, Los Cirrios, La Piedra, Los Zorros 1, Los Zorros 2, Cueva 1289, La Covarona, El Saúco, El Merino, El Cantal, Cueva Pequeña, El Molín, Iritegi, Iruaxpe III, Iturrieta, Cueva Drólica, Fuente del Trucho, El Parco, Els Diablets, Cueva Palomera y Buffens; los abrigos de Los Husos I, Los Husos II, Rialárez, Gerber I, Estany de Xemeneia, Estany Llebreta, del Pletiú Coveta y Arrietabaso; y la mina El Milagro[451].



0, Ñobre	8, El Saúco	16, Iritegi	24, Abric de l'Estany de Xemeneia
1, El Linar	9, El Merino	17, Los Husos I	25, Abric de l'Estany de Llebreta
2, Los Cirrios	10, El Cantal	18, Los Husos II	26, Pletiu de la Coveta
3, La Piedra	11, Cueva Pequeña	19, Cueva Drólica	27, Cova dels diablets
4, Los Zorros I	12, El Molín	20, Abrigo de Rialarez	28, Grotte de Buffens
5, Los Zorros II	13, Iturrieta	21, Fuente del Trucho	29, Cueva Palomera
6, Cueva 1289	14, Abrigo de Arrietabaso	22, Cova del Parco	
7, La Covarona	15, Iruaxpe III	23, Gerber I	

Cuevas con usos no sepulcrales

N

0 100 200 km.

[451] Los casos de La Hermida, Los Moros de Renedo, Cueva Güerta y la presunta cueva indeterminada de Cabrales ni siquiera han sido tenidos en cuenta, por los motivos señalados en sus respectivas entradas del catálogo.

Algunos de los yacimientos mencionados cuentan con dataciones absolutas que sitúan su uso en época visigoda, como ocurre en los casos de Iruaxpe III, Los Husos I y II, Iritegi, Fuente del Trucho, Gerber I, Estany de Xemeneia, Estany Llebreta, Pletiú Coveta y Els Diablets. En el resto la atribución a ese periodo se ha realizado a partir de la cronología de los materiales recuperados en ellas, fragmentos de cerámica en la mayor parte de los casos. Escapan a esa norma algunos de ellos, como Arrietabaso, con su broche de cinturón; El Linar, con sus punzones de tejedora; Cueva Pequeña, con su navajita o cuchillito de bronce; Cova del Parco con su *tremisis*; e Iturrieta y mina El Milagro, con sus jarritos de bronce. A estos últimos podría añadirse la cueva indeterminada de La Horadada, de donde también procede un jarrito; aunque el desconocimiento tanto de su localización como de las circunstancias del hallazgo lo convierten en un caso peculiar[452].

En el caso del abrigo de Arrietabaso, la propia configuración del lugar en el que apareció el broche de placa rígida[453], una zona llana al pie de un farallón, aleja el yacimiento de cualquier consideración como cavidad. Hay que señalar que el hallazgo lo fue de forma completamente aislada y que no consta la presencia en el lugar de ningún otro tipo de materiales, ni mucho menos de restos humanos asociados al elemento de atuendo. No obstante, la naturaleza del yacimiento sigue siendo un misterio y no parece muy probable que alguien pierda en un descuido un elemento tan importante de su atuendo como una guarnición de cinturón, por lo que convendría una revisión a fondo del lugar que permitiera obtener más información. En ese sentido, no puede descartarse del todo que la pieza tenga su origen en un contexto funerario, quizá una sepultura aislada -y violada- del tipo de las de Roc del Migdia o la Balma de la Margineda, aunque parece bastante improbable.

Sobre los punzones de tejedora de El Linar (Gutiérrez Cuenca y Hierro, 2010) ya se ha comentado que son los únicos materiales procedentes de esa cueva que podrían llevarse a época visigoda. Sin embargo, su cronología suele apuntar a momentos más tardíos, sobre todo a partir del siglo IX, a lo que hay que sumar que no parece que estuvieran asociados a restos humanos. Por eso, a falta de más indicios, considero improbable que nos estén informando de un uso sepulcral de la cavidad en los momentos que estamos estudiando y que, de tener una cronología de los siglos VII-VIII, su presencia en El Linar podría explicarse por la función de la cueva como lugar donde llevar a cabo trabajos textiles relacionados, precisamente, con la fibra cuya planta de origen le da nombre: el lino.

---

[452] Y eso considerando que existe la posibilidad, a mi juicio bien fundada, de que el jarrito proceda, en realidad, de Cueva Larga, localizada en el mismo complejo, con uso muy probablemente sepulcral en época visigoda y sobre cuya problemática específica ya se ha tratado anteriormente.

[453] El broche en cuestión (García Camino, 1998-1999: 184-186 y 2001: 102) es un ejemplar de placa rígida, con el extremo distal redondeado, de gran tamaño y que se conserva en buen estado, aunque ha perdido el hebijón. Presenta una orla decorativa incisa múltiple que recorre todo su perfil, a base de líneas rectas y onduladas alternas. Tipológicamente puede adscribirse al Nivel IV de Ripoll (1998) y al Tipo Vadillo de Ebel-Zepezauer (2000) y se fecha en el siglo VII. La pérdida del hebijón no nos permite apreciar si se trata de una producción tardía, de las que conviven con los liriformes y pueden atravesar la frontera del siglo VIII.

En Cueva Pequeña (VVAA, 2010: 195-197) el único elemento que permitiría relacionar tanto la cerámica como la pequeña hoja de bronce con un enterramiento en la cueva es el testimonio de su descubridor, quien dijo haber encontrado la segunda en el interior de la primera y todo a los pies de un esqueleto. La falta de paralelos para el cuchillito o navajita, las dudas que plantea la cronología del *oinochoe*, la poca credibilidad que me ofrece la versión que acabo de mencionar[454] y la imposibilidad de contrastar la información -e incluso de saber con seguridad cuál es la cueva de la que proceden los materiales- me han inclinado a no considerar el yacimiento como otro posible ejemplo de uso sepulcral de una caverna entre los siglos VI y VIII.

La presencia de un *tremisis* visigodo en la Cova del Parco (Maluquer de Motes, 1976) sigue siendo un misterio, ya que no hay ningún otro elemento que permita explicarla. Ni relacionarla con los enterramientos de la Prehistoria Reciente de la cueva. En cuanto a los jarritos de la mina El Milagro y la cueva de Iturrieta, la ausencia de datos y detalles acerca de sus hallazgos impiden que se puedan relacionar con uno u otro tipo de uso de las cavidades de las que proceden. Sin embargo y como ya he comentado en el apartado anterior, el hecho de que en ambos casos las piezas hayan perdido el asa y carezcan de fondo me inclina a pensar en su presencia en esos contextos subterráneos formando parte de sendas ocultaciones de objetos metálicos. Y lo mismo en el caso del de La Horadada, con los mismos "defectos" que los otros dos.

La mayoría de las veces resulta imposible establecer el carácter del uso de la cueva o abrigo en época visigoda, debido a que nos encontramos sólo ante hallazgos superficiales de materiales cerámicos. O a que únicamente contamos con dataciones absolutas obtenidas de carbones que sólo indican la frecuentación de la cueva en esos momentos, sin aportar más información. Sin embargo, en los yacimientos mejor estudiados y que han sido objeto de intervenciones arqueológicas de cierto calado, resulta evidente su utilización como lugar de habitación. Es el caso, por ejemplo, de los dos abrigos de Los Husos, ocupados durante largos periodos de tiempo y de forma continuada y cuyo uso muy probablemente esté relacionado con la explotación agro-ganadera de su entorno inmediato (Quirós y Martín, 2007/2008). Esas utilizaciones de cuevas y abrigos se documentan desde la tardorromanidad y van adquiriendo mayor importancia conforme se acerca la Edad Media, para hacerse muy importantes en ese periodo[455]. La explicación más convincente para este uso creciente de las cuevas es la que lo relaciona con la extensión de nuevas prácticas económicas que implican la explotación de zonas hasta entonces marginales, poco o nada intervenidas en época romana (*Ibidem*: 1193; García Álvarez-Busto y Muñiz, 2010: 396-399; Fanjul, 2011: 97-99). El conjunto de pequeños abrigos del entorno del parque natural de Aigüestortes, en pleno Pirineo central, ejemplifica muy bien esa situación: asociados en ocasiones a cercados y cabañas, tanto

[454] Hay que tener en cuenta que esa persona vendió los materiales al Museo de Prehistoria y Arqueología de Santander, por lo que podría tener interés en presentarlos de la manera más "apetecible" posible.

[455] El caso de Cantabria es muy ilustrador, con algunas evidencias de usos de las cuevas con ese carácter en época visigoda que se multiplican a partir de los siglos IX-X (Gutiérrez Cuenca y Hierro, 2012) en lo que parece la consolidación de esas nuevas formas de explotación del territorio, muy ligadas a la ganadería y un claro ejemplo de continuidad de una dinámica a lo largo de esos siglos.

de gran tamaño y formando conjuntos destacados como más modestos y aislados, su uso como lugares de habitación semipermanente o refugio crece de forma espectacular a partir de los siglos III-IV, continuando la tendencia en época visigoda y a lo largo de la Alta Edad Media (Gassiot y Pèllachs, 2017: 296-299). Es muy probable que otras cuevas que reúnen ciertas condiciones de habitabilidad y en las que sólo se han localizado restos cerámicos en superficie respondan también a ese tipo de utilizaciones, aunque sólo intervenciones arqueológicas como las llevadas a cabo en Los Husos y en el conjunto de abrigos de Aigüestortes podrían confirmarlo. Un buen ejemplo de ese tipo de uso, aunque más tardío, lo constituye el yacimiento gallego de Cova Eirós (Lugo)[456] (César *et alii*, 2018). Allí, en algún momento anterior al siglo X, se acondicionó el vestíbulo de la cavidad, se encendió al menos un hogar y se excavaron varios silos de almacenaje, dando lugar a un espacio de hábitat que sus excavadores interpretan como "complementario dentro de la economía agropastoril de las comunidades del núcleo inmediato de Cancelo" (*Ibidem*: 100).

La cueva de Iritegi (Uribarri, 1994) pudo tener también ese uso complementario, ligado al pastoreo, durante los siglos VII-VIII. Además, es probable que en su interior se realizaran actividades artesanales, metalúrgicas en este caso, como han sugerido Quirós y Martín (2007/2008: 1138); algo que no sólo no es excluyente con lo anterior, sino que tiene mucho sentido. La cueva 1289 (Muñoz *et alii*, 2008), por su parte, funcionó como vertedero ocasional de un pequeño lugar de hábitat cercano -una cabaña aislada o, como mucho, un establecimiento de tipo granja- en época visigoda que aún no ha sido localizado.

El caso de Iruaxpe III merece ser tratado aparte, ya que, aunque podría tratarse de una cueva utilizada de la misma forma, según la visión más o menos aceptada del yacimiento (Urteaga, 1986: 50 y López Colom *et alii*, 1997: 155-156), su cronología es anterior, muy probablemente del siglo V, aunque pudiendo llegar a inicios del VI. Sin embargo, como ya se comentó en un apartado anterior, resulta muy llamativa la cantidad -y calidad- del material recuperado en el abrigo, máxime si interpretamos éste como un lugar de habitación ocasional relacionado con el pastoreo y la ganadería. Quizá tengamos que cambiar la imagen que tenemos asociada en la actualidad al reflejo material que estas prácticas agropecuarias dejaron en el final de la Antigüedad o, tal vez y por el contrario, haya que buscar otro tipo de explicación para el sitio; quizá una relacionada con lo simbólico. En cualquier caso, lo que parece fuera de duda, salvando el posible escollo de su cronología, es su carácter no sepulcral.

[456] Resulta sumamente interesante la constatación, dataciones radiocarbónicas mediante, de la coetaneidad del uso habitacional y de almacenaje del vestíbulo de la cueva y de las evidencias de tránsito -incluyendo tizonazos y "marcas negras" parietales- y los grandes fuegos encendidos en las zonas interiores de la cavidad, con fechas calibradas muy similares y que nos llevan a los siglos X-XI (César *et alii*, 2018: 78 y 100). Esta situación permite plantear la posibilidad de un uso semejante en otras cuevas en las que se conocen elementos del mismo tipo en las zonas interiores y en las que no se ha excavado en las partes que reúnen condiciones de habitabilidad.

Esta lista de cuevas con usos no funerarios en época visigoda nos muestra que, ya en esos momentos y como señalé hace tiempo (Hierro, 2002: 124-125), las cavidades fueron objeto de diferentes utilizaciones, como parte del entorno en el que los grupos humanos de esos siglos se desenvolvían. Algunos de esos usos parecen tener una clara relación con la explotación económica de ese entorno. Otros quizá estén ligados a actividades rituales o religiosas, aunque es algo que parece más difícil de detectar arqueológicamente, sobre todo si tenemos en cuenta la escasez de intervenciones y el carácter parcial de muchas de las que se realizan.

3. INTERPRETACIÓN Y CONCLUSIONES

3.1 LAS CUEVAS COMO LUGAR DE ENTERRAMIENTO A LO LARGO DE LA HISTORIA. UNA BREVE SÍNTESIS

LA PREHISTORIA RECIENTE

Sin duda, es durante la Prehistoria Reciente, entre el Neolítico y la Edad del Bronce, cuando el uso de las cuevas como lugares de enterramiento alcanza su punto más alto. Son innumerables los ejemplos de cavidades utilizadas con esta función a lo largo de esos milenios, tanto en la Península como en el resto de Europa. Desde la llegada de los primeros grupos de agricultores hasta prácticamente la transición a la Edad del Hierro, los contextos subterráneos naturales se convierten en necrópolis, muchas veces de carácter colectivo, conviviendo durante largo periodos de tiempo con otro tipo de manifestaciones funerarias que tienen lugar en el exterior, significativamente con los monumentos megalíticos[457].

El número de yacimientos sepulcrales en cueva de estos milenios resulta abrumador y hace que su estudio, siquiera superficial, quede, necesariamente, fuera de este trabajo. Al igual que quedarán fuera, en este apartado y a diferencia de los que le siguen, las referencias a casos concretos, ya que aquí constituyen la norma mientras que en los otros, como veremos, constituyen las contadas excepciones. Para hacerse una idea del volumen del que hablamos, sólo en la región cantábrica se han calculado unos 360 depósitos sepulcrales en cueva pertenecientes a este periodo, sobre un total de 1700[458] (Ontañón y Armendariz, 2006: 275). Su presencia en este apartado se justifica, precisamente, por ser el momento en el que las cuevas son utilizadas de forma habitual como lugares de enterramiento, algo que no volverá a suceder en periodos posteriores. De hecho, el siguiente mayor pico de uso de contextos subterráneos naturales como lugares de depósito de cadáveres en la península Ibérica se producirá, salvando las enormes distancias cuantitativas, en época visigoda. Ya hemos visto cómo, en algunos casos, los contextos sepulcrales de época visigoda se mezclan con otros precedentes, de la Prehistoria Reciente; lo que da fe, en principio, de ese uso masivo de las cuevas con fines funerarios en este periodo que estamos comentando -la mayor parte de las cuevas contarían con restos relacionados con esos comportamientos funerarios prehistóricos y eso haría muy probable esa coincidencia espacial por puro azar-, aunque es posible que pueda haber algo más detrás, como discutiremos más adelante.

[457] La convivencia entre distintas formas de enterramiento en un mismo espacio ha suscitado el interés de los investigadores. Algunos trabajos recientes sobre la dualidad de enterramientos en cuevas y dólmenes en un mismo territorio entre el Neolítico y el Calcolítico, como el de T. Fernández Crespo y C. de la Rúa (2016) sobre la zona riojana, señalan algunas importantes diferencias entre unos y otros, entre las que destaca la mayor presencia de mujeres en las cuevas, frente a su escasez en los megalitos. En cuanto a las interpretaciones, podría tratarse de una diferenciación social dentro del mismo grupo, con los miembros más relevantes enterrados en dólmenes y el resto en cuevas; o bien de la convivencia en una misma zona de distintos grupos con costumbres funerarias diferenciadas.

[458] La parte restante, mayoritaria, correspondería a enterramientos en estructuras megalíticas

Un vistazo rápido a la geografía peninsular nos muestra que este tipo de uso de las cuevas se reparte por todo su territorio entre el Neolítico y la Edad del Bronce[459], siendo, obviamente, más numerosos los casos en aquellas zonas en las que, por motivos geológicos, abundan más las cavernas. Aunque esta aseveración puede matizarse, por ejemplo, en el caso de Asturias, donde, a diferencia de lo que sucede en Cantabria y el País Vasco, este tipo de yacimientos escasea[460], pese a compartir un sustrato geológico muy similar.

La descripción de las cuevas sepulcrales de la Prehistoria Reciente en la zona cantábrica nos permite establecer una primera comparación con sus homólogas de época visigoda. En palabras de R. Ontañón y A. Armendáriz (2006: 276), "se trata de cavidades de reducidas dimensiones y techos bajos -a veces simples gateras e incluso pequeñas simas verticales-, o bien galerías de cierto desarrollo pero a modo de angostos pasadizos. No es raro que, además, presenten un acceso difícil. En algunos casos, sin embargo, se han utilizado espacios hipogeos más amplios que han sido objeto en otros momentos de ocupación habitacional, eligiéndose entonces, por lo general, lugares escondidos o apartados dentro de las salas (hacia las paredes, en recovecos o nichos), pequeñas galerías secundarias, o bien las áreas más interiores de la cavidad. En todo ello se detecta una tendencia a buscar espacios sepulcrales recogidos y ocultos". En su interior se llevaron a cabo inhumaciones colectivas, consistentes en el depósito de los cadáveres sobre el suelo y, generalmente, practicadas en lapsos breves de tiempo, según estos autores y con un máximo en su uso alcanzado a finales del Calcolítico e inicios de la Edad del Bronce (*Ibidem*). Cuando el uso es más prolongado en el tiempo, se observa la existencia de reducciones de los cuerpos, ya esqueletizados, para ganar espacio destinado a nuevos cadáveres[461]. Una práctica que es relativamente habitual en tumbas de las necrópolis de época visigoda y a lo largo de la Edad Media[462] pero que, sin embargo, parece completamente ausente del registro arqueológico de las cuevas con uso sepulcral entre los siglos VI-VII.

En algunos casos de la zona media-alta del valle del Ebro, datados entre el Neolítico Final e inicios del Calcolítico, se ha documentado la quema de los restos óseos depositados en algunas cuevas y abrigos, algo que se interpreta en dos sentidos: como de carácter

[459] Por zonas, al ya citado trabajo de síntesis sobre la zona cantábrica (Ontañón y Armendáriz, 2006) pueden añadirse algunos otros ejemplos de ámbito "regional": para el alto Aragón (Rodanés *et alii*, 2016), Extremadura (Cerrillo y González Cordero, 2014) o la Comunidad Valenciana (Soler, 2002)

[460] El fenómeno "se rarifica" según se avanza hacia occidente, encontrándose muchas menos cuevas sepulcrales en Asturias que en el resto del territorio (Ontañón y Armendáriz, 2006: 272, nota 1), sin que, por el momento, se cuente con una explicación para ello.

[461] Por señalar sólo uno de los innumerables ejemplos conocidos, me referiré al de la Cova de la Pastora (Alcoy), donde "existe una tendencia a la reducción de bolsadas con restos de más de un individuo a lo largo del tiempo. Aquí no debería dejar de considerarse la posibilidad de que realizaran alguna práctica de agrupación de los restos más antiguos, a los efectos de ganar espacio para nuevas inhumaciones" y "el carácter de agrupación de los huesos podría haber respondido a una dinámica de distribución de los restos de individuos previamente depositados en la misma cueva" (Soler, 2002: 327 y 329)

[462] Con el fin de reutilizar la sepultura, se desbarata el esqueleto que la ocupa y se agrupan el cráneo y los huesos largos a los pies de su nuevo inquilino (vid Gutiérrez Cuenca, 2015: 640)

accidental, cuando se trata de restos escasamente afectados, y como consecuencia de "procesos de interrupción de la trayectoria funeraria vinculados con posibles movimientos poblacionales y/o cambios en el ritual funerario" (Fernández Crespo, 2016. 144). Esta práctica también se documenta en otras zonas, como Extremadura (Cerrillo y González Cordero, 2016: 81-83). Sea cual sea su causa, lo cierto es que en inevitable pensar en la quema de restos óseos en algunas de las cuevas sepulcrales de época visigoda, aunque no parece que ninguna de esas dos explicaciones para las cuevas prehistóricas pueda extrapolarse a esos contextos que estamos estudiando en este trabajo.

LA EDAD DEL HIERRO

Al contrario de lo que ocurre en los periodos precedentes, no parece que exista un uso sepulcral de las cuevas durante la Edad del Hierro en la Península Ibérica. Las referencias a yacimientos de ese tipo se concentran en la zona norte del territorio peninsular, resultando especialmente llamativo el caso de Cantabria, que merece una atención especial.

Pese a que en ocasiones se ha sostenido la existencia de numerosos contextos sepulcrales en cueva atribuibles a la Edad del Hierro en este territorio (vid Morlote *et alii*, 1996), lo cierto es que esa afirmación está, hoy por hoy, muy lejos de haberse demostrado. Más bien al contrario. Uno de los casos más significativos a este respecto es el de la cueva de Cofresnedo (Ruiz Cobo y Smith, 2003: 159 y ss.), donde la asociación espacial entre restos cerámicos y metálicos de la Edad del Hierro y huesos humanos llevó a establecer la existencia en esa cavidad de inhumaciones durante la segunda Edad del Hierro. Sin embargo, la datación por ^{14}C de uno de esos restos humanos ha permitido fecharlo en la Edad del Bronce[463], poniendo de manifiesto lo arriesgadas que resultan determinadas asociaciones aparentes cuando se carece de dataciones absolutas que las avalen. Algo similar a lo ocurrido en la cueva de Barandas, aunque con una cronología posterior (vid infra).

En ese mismo sentido, el yacimiento de la cueva de El Aspio (Bolado y Cubas, 2016) -y con el que Cofresnedo guarda tantas similitudes que ambos pueden considerarse como muestras de un mismo fenómeno- ha de interpretarse como un lugar relacionado con el mundo de las creencias y en el que tuvieron lugar actividades de tipo simbólico -votivas,

[463] Pese a ello, los autores (Ruiz Cobo y Smith, 2003: 166-168) siguen manteniendo en ese trabajo la posibilidad de la existencia de un depósito de al menos una incineración en urna en esa misma zona de la cueva, la "Sala Pendants", algo que se explicaría por la presencia de los ya mencionados materiales metálicos y cerámicos de la segunda Edad del Hierro y la abundancia de carbones. Esa incineración -o incineraciones- habría tenido lugar en el exterior, trasladándose luego la urna con parte de los restos cremados y algunos carbones, así como el ajuar guerrero, al interior. Frente a esa interpretación, plantean la alternativa de un origen no funerario de los depósitos de la Edad del Hierro, algo que me parece que cuenta, en el estado actual de las investigaciones, con mayores visos de verosimilitud, teniendo en cuenta tanto la ausencia de estos humanos cremados en el interior de la cueva como los buenos paralelos existentes para ese uso ritual de las cavidades de la zona en esos mismos momentos.

rituales, religiosas o como se prefiera- que nada tienen que ver con lo funerario. Los trabajos llevados a cabo en esa cavidad en los últimos años[464] así lo han certificado, con la documentación de numerosos materiales -armas, útiles y herramientas, cerámicas, grano, etc.- de la Edad del Hierro, la obtención de fechas absolutas que sitúan el depósito en torno al cambio de era[465] y el hallazgo de un único resto humano -una falange- que ha resultado ser de la Edad del Bronce[466], muy anterior por tanto a lo demás.

El único caso conocido hasta la fecha en el territorio de la comunidad autónoma de Cantabria que cuenta con una datación absoluta -obtenida de forma directa sobre restos humanos- de la Edad del Hierro es la pequeña cueva que se localiza en el interior del recinto fortificado de El Cincho (Santillana del Mar). Se trata de un fémur perteneciente a un individuo joven y que ha sido fechado en la Primera Edad del Hierro, concretamente entre los siglos VIII y V a. de C[467]. Esa datación permite relacionarlo con el que constituye hasta la fecha el mejor ejemplo conocido en el norte peninsular de uso funerario de una cueva durante la Edad del Hierro, el enterramiento de Fuentenegroso (Barroso *et alii*, 2007), en el actual Principado de Asturias, pero en una zona que formó parte de la Cantabria prerromana y romana. Allí, en el fondo de una pequeña cavidad a la que sólo puede accederse, con dificultad, por una sima de 10 m de profundidad o un estrecho pasaje entre paredes rocosas, se depositó el cadáver de una joven vestida y adornada con dos brazaletes de aleación de cobre. Las fechas absolutas de ^{14}C obtenidas de sus restos sitúan el enterramiento entre los siglos VIII y VI a. de C., en la primera Edad del Hierro; o incluso, según sus publicadores, en la transición Bronce Final-Hierro I.

Curiosamente, el hallazgo más reciente que pudiera ser de este mismo tipo es el de la cueva de La Cerrosa (Peñamellera Baja) (Serna y Fanjul, 2018), en la misma zona que el de Fuentenegroso. Se trata de una cueva de difícil acceso en la que se han documentado materiales de la Edad del Hierro -punta de lanza, placa de cinturón y parte de un freno de

[464] Intervenciones dirigidas por R. Bolado y M. Cubas y en las que he tenido la suerte de participar, si bien es cierto que de forma menos activa de lo que me hubiera gustado, como miembro del equipo de excavación y estudio del yacimiento.

[465] Se trata de sendas dataciones por ^{14}C de otros tantos granos de cereal, concretamente de panizo y espelta, respectivamente (Bolado *et alii*, 2015: 140)

[466] Comunicación personal de Rafael Bolado y Miriam Cubas. Para la interpretación del yacimiento vid. Bolado *et alii*, 2020: 101-102

[467] Comunicación personal de L. Mantecón y J. Marcos, directores de la intervención arqueológica en el castro de El Cincho. En el momento de redactar estas líneas se encuentra en marcha el proyecto de investigación "El uso de las cuevas durante la Edad del Hierro en Cantabria", dirigido por Rafael Bolado del Castillo y codirigido por Enrique Gutiérrez Cuenca y el autor de este trabajo. Se trata del muestreo y datación de restos humanos procedentes de cavidades para las que, a partir de criterios indirectos, se ha propuesto un uso funerario durante la Edad del Hierro, para certificar o descartar esa atribución cronológica; de forma similar a como se hizo en la primera fase del Proyecto Mauranus. Las muestras datadas proceden de las cuevas de La Graciosa, La Graciosa 2, El Calero 2, Callejonda y Lamadrid, habiendo resultado únicamente de la segunda Edad del Hierro la de la última cavidad. El resto se reparten entre el Neolítico, el Calcolítico y la Edad del Bronce, repitiéndose también en ese caso lo que se pudo comprobar en su momento para las tradicionalmente señaladas como de época visigoda: que la mayor parte de los restos humanos presentes en ellas corresponden, en realidad, a distintos momentos de la Prehistoria Reciente

caballo- aparentemente asociados a restos humanos pertenecientes al menos a dos individuos[468].

En el siglo VI a. de C. se fecha el cuerpo localizado en la denominada "Vía Seca" del complejo de Ojo Guareña (Burgos) (Ortega y Martín, 1986: 357-360; Ruiz Vélez, 2009), una zona interior de ese gran conjunto de cavidades. Se trata del esqueleto de un varón joven, de unos 20 años de edad, acompañado de algunos elementos relacionados con la indumentaria -cinturón, broche y fíbula- y que, según la interpretación tradicional, se perdió en la cueva donde, a oscuras, construyó una pequeña represa en la arcilla del suelo para embalsar agua y poder sobrevivir, aunque, finalmente, habría muerto de inanición. Las marcas negras en las paredes y los restos de carbones estarían indicando su periplo por la cavidad, deambular que se ha relacionado con posibles rituales iniciáticos. Sin embargo, es posible que a lo expuesto hasta este punto y comúnmente aceptado hasta la fecha pueda hacerse alguna objeción, atendiendo, sobre todo, a la disposición del cadáver: en decúbito supino y, lo que es mucho más llamativo y sorprendente, con los brazos cruzados sobre el pecho; una postura ciertamente extraña para una muerte en solitario y de hambre -donde, quizá, lo esperable sería un decúbito lateral con las piernas flexionadas, una "posición fetal"- y que hace que no pueda descartarse, en mi opinión, la participación de terceras personas. Es decir, que si bien puede que la hipótesis tradicional sea correcta y el joven muriera tras perderse en la cueva, también puede proponerse una alternativa: que su cadáver fuera trasladado desde el exterior y depositado allí por terceras personas[469]. De esta forma, el hallazgo de la Galería Seca de Ojo Guareña pasaría a ser un enterramiento, con todo lo que eso implica, y no el fruto de un accidente o de un rito de paso que terminó mal.

En otras zonas de Europa encontramos un panorama sensiblemente distinto, con algunos yacimientos en cueva con una indudable función sepulcral en estos momentos. Es llamativo el caso de Francia, donde se localizan, repartidas por todo su territorio, algunas cuevas con inhumaciones fechadas sin ninguna duda en la Edad del Hierro, como las del Aven de Plérimond (Aups, Var) o la Grotte des Palabres (Boussac, Lot), por citar un par de las más destacadas. El primero es una cavidad en la que se produjo el depósito, a finales de la primera Edad del Hierro[470] -siglo VI a. de C.- y probablemente relacionado con una acción de guerra según sus publicadores, de un número mínimo de 61 individuos, en su gran mayoría menores de 40 años, acompañados de una gran cantidad de armas, elementos de armadura, atalajes de caballerías, útiles y objetos de adorno, así como alguna cerámica (Boyer *et alii*, 2006). La segunda, por su parte, es un yacimiento con

[468] En este caso los autores del descubrimiento se muestran cautos y, aunque no descartan el origen funerario del depósito, manejan también la opción ritual, a la espera de dataciones absolutas de los huesos humanos (Serna y Fanjul, 2018: 20)

[469] Susana de Luis (2014: 147) ha propuesto la posibilidad de que se trate, en realidad, de un sacrificio humano y que, por tanto, el joven hubiese encontrado la muerte en el interior de la cavidad a manos de terceras personas

[470] Junto a los materiales y restos humanos de esa cronología también se recogió un lote de monedas de bronce del siglo IV, interpretado como evidencia del uso ritual de la cavidad -depósito de numerario o, directamente, lanzamiento de monedas a su interior- en época tardorromana (Boyer et alii, 2006:

muchas cosas en común con algunas de las cuevas de época visigoda que estamos estudiando en la Península -contexto cerrado, difíciles acceso y recorrido por su interior, presencia de simas, acceso sellado de forma intencional, cuerpos depositados en distintas zonas y en diferentes posiciones, presencia de objetos de adorno personal y de armas en algunos casos, sobrerrepresentación de individuos jóvenes e infantiles, etc.- aunque fechada, como la anterior, en la primera Edad del Hierro (Crubézy *et alii*, 2000).

A diferencia de lo que podemos observar en Francia, donde hay buenos ejemplos de un uso sepulcral de cuevas naturales durante toda la Edad del Hierro e incluso en los inicios de la romanización, en la Península el panorama es completamente distinto. En contados casos se ha podido establecer ese carácter, que se sospecha en otros tantos. Se trata, en todos los casos conocidos, de individuos aislados y con cronologías antiguas, de inicios del periodo. Este hecho contrasta con el importante uso de las cuevas documentado en todo el territorio peninsular durante esos siglos finales de la Protohistoria (González-Alcalde, 2006; Alfayé, 2013; De Luis, 2014), utilizaciones que parece que hay que relacionar con actividades económicas y, sobre todo, con comportamientos simbólicos o rituales. El medio subterráneo se muestra, en principio, muy apropiado para esa función[471]. Y, además, la arqueología parece que lo va confirmando en aquellas zonas en las que la evidencia no era tan clara hasta hace poco tiempo, como en el ya mencionado caso de El Aspio.

LA ÉPOCA ROMANA

El caso más temprano que he podido confirmar de enterramiento en cueva en época romana en la Península es el de la cueva de Las Barandas, en Matienzo (Cantabria) (Smith *et alii*, 2013). En el interior de esa cavidad, con depósitos de la Edad del Hierro, se localizaron los restos de un individuo joven datado entre los siglos I y III[472], aparentemente sin acompañamiento de ningún tipo de ajuar u elemento relacionado con el atuendo. Sus descubridores consideran el hallazgo como excepcional para la época -y ciertamente lo es- y proponen que se trate de los restos de un esclavo que fueron abandonados allí por su poca importancia o del intento de ocultar un cadáver en la cavidad.

[471] En palabras de S. Alfayé (2013: 387), las cuevas han sido "experimentadas y concebidas universalmente como umbrales que permiten el acceso a una geografía desconocida y radicalmente diferente a la ordinaria" y poseen "un carácter liminal per se, en tanto que penetrar en ellas supone entrar en contacto con otra realidad, acceder a una arquitectura natural radicalmente diferenciada de la habitual y, por ello, intrínsecamente numinosa". En ellas se experimentan "sensaciones que predisponen y posibilitan, física y psicológicamente, el contacto y la comunicación con lo divino, la experiencia emocional de lo sagrado"

[472] Las dos fechas de radiocarbono, tomadas de otros tantos huesos pertenecientes al mismo individuo, son 1875±35 BP y 1910±25 BP (Smith *et alii*, 2013: 105) proporcionan los intervalos de probabilidad 65-231 y 24-137, respectivamente, situando la fecha de la muerte del individuo en algún momento de los siglos I-II.

Para el periodo comprendido entre los siglos III y V, llamado tradicionalmente tardorromano o bajoimperial[473], los casos de enterramientos en cuevas conocidos en la península Ibérica también son muy escasos. De hecho, en la recopilación de referencias para este trabajo únicamente he podido localizar dos seguros: uno en la cueva vizcaína de Santimamiñe y otro, de muy reciente publicación, en el abrigo oscense de Tragaluz.

Del primero (López Quintana *et alii*, 2015: 189 y ss) sólo se cuenta con una datación absoluta por ^{14}C, de entre mediados del siglo III y finales del IV[474], obtenida a partir de un diente tomado de la mandíbula de un individuo juvenil masculino[475]. El cuerpo, el único de ese momento histórico presente en la cavidad, donde se han recuperado restos de varios más pertenecientes al Mesolítico y a distintas etapas de la Prehistoria Reciente, habría sido depositado en una zona interior de la cueva, sin que conste la presencia de ajuar funerario junto a él. En ese sentido, resulta tentador relacionar este enterramiento con los materiales tardorromanos conocidos desde antiguo (Apellániz, 1973: 33 y ss.) en ese yacimiento, entre los que destacan más de 100 pequeños bronces bajoimperiales (Cepeda y Unzueta, 1988: 138), aunque por el momento no sea posible confirmar esa opción.

El caso de Tragaluz (Domingo *et alii*, 2019) es completamente distinto, ya que es un contexto muy poco alterado y que ha proporcionado numerosa información a sus excavadores, permitiéndoles reconstruir gran parte del ritual funerario e incluso proponer una explicación para un contexto tan peculiar. Se trata de un abrigo de muy difícil acceso, colgado en una de las paredes del cañón del río Vero, en donde junto a un muro[476] se localizó un enterramiento perteneciente a un individuo infantil, de unos 9 años de edad, acompañado de un ajuar compuesto por dos recipientes cerámicos a mano que imitan formas de *sigillata* hispánica tardía y un arco, así como restos de tejido de lino y de otros materiales perecederos extraordinariamente bien conservados. La causa de la muerte del niño parece haber sido un fuerte golpe en el cráneo y se ha planteado la posibilidad de que éste pudo haberse producido por accidente mientras aquél participaba en tareas

[473] Alfonso Vigil-Escalera (2009) utiliza el adjetivo "postimperial" para los contextos arqueológicos del siglo V; especialmente, aunque no solo, para las antiguamente conocidas como necrópolis "del Duero", que este autor fecha en esa centuria y a las que denomina "necrópolis rurales postimperiales".

[474] La fecha proporcionada es de 1740±30 BP (López Quintana et alii, 2015: 189), que calibrada a 2 sigma proporciona un intervalo de probabilidad situado entre los años 237 y 384

[475] Los estudios genéticos -del ADN mitocondrial - llevados a cabo sobre los restos de este individuo han concluido su pertenencia al haplogrupo H (Palencia *et alii*, 2017). Los de isótopos estables, por su parte, muestran un valor elevado de $\delta^{13}C$, lo que según sus publicadores (López Quintana *et alii*, 2015: 193) podría estar indicando una dieta con un aporte significativo de proteínas de origen marino. Esto, que sí es perfectamente válido para el individuo mesolítico, con valores isotópicos similares, podría deberse en realidad, en el caso que nos ocupa, al consumo de plantas de tipo C4, especialmente mijos, presentes de forma significativa en la zona cantábrica ya en la Edad del Hierro (véase, por ejemplo, el depósito de la cueva de El Aspio, en Cantabria, en Bolado y Cubas, 2015) y cuya importancia en la dieta de los habitantes de esos territorios se ha comprobado recientemente también para época visigoda (Gutiérrez Cuenca y Hierro, 2015a: 170; 2015b: 215)

[476] Estructura para la que se propone un uso relacionado con la apicultura

relacionadas con la instalación de colmenas y/o la recolección de miel en un lugar tan escarpado (Ibidem: 468 y ss).

Mención aparte merecen los casos de las cuevas vizcaínas de Goikolau y Ereñuko Arizti, señaladas ambas tradicionalmente como lugares de enterramiento en época bajoimperial pero para las que se carece de dataciones absolutas que confirmen esa interpretación.

En el caso de la primera (Barandiarán, 1964; Basas 1987; Rojo 1987) se distinguen dos zonas de depósito de cadáveres: la Zona 1, situada en la parte más profunda y estrecha de la cueva y con presencia de un único individuo adulto acompañado de un conjunto de pequeñas cuentas de collar de pasta vítrea; y la Zona 2, en la que se localizaron los restos de un número mínimo de 15 individuos -6 mayores de 25 años, 3 de entre 14 y 25, 3 de entre 5 y 14 y otros 3 menores de 5- y numerosos restos de cerámicas, recipientes de vidrio, monedas[477] y otros objetos metálicos tardorromanos, así como piezas líticas, cuentas de collar de piedra y cerámicas de la Prehistoria Reciente. En el exterior, en la zona inmediata a la entrada de la cavidad, se excavaron niveles tardorromanos y del Hierro y/o Bronce (Basas, 1989), presumiblemente relacionados con una zona de hábitat. La presencia de materiales tardorromanos y de la Prehistoria Reciente asociados entre sí y a los restos humanos fue explicada en su momento siguiendo las interpretaciones de Apellániz (1975), quien consideraba todos ellos contemporáneos y evidencias del uso de la cueva por poblaciones pertenecientes a su "Grupo de Santimamiñe" durante el "periodo vasco-romano". Desechadas hace tiempo esas teorías, sólo cabe hablar de la utilización de la cueva en esos dos periodos, el final de la Prehistoria y la época tardorromana, mezclándose en los mismos espacios subterráneos los materiales pertenecientes a ambas épocas. Hasta donde podemos saber en el estado actual de nuestros conocimientos, resulta imposible certificar la pertenencia de los restos humanos a uno u otro periodo, ya que no se conocen dataciones directas de los mismos[478]. En este sentido, creemos que, sin poder descartarlo del todo, hay que ser extremadamente prudentes con la asignación a momentos bajoimperiales de los enterramientos, ya que, aunque como acabamos de ver, no son completamente desconocidos, el uso funerario de las cuevas es mucho más habitual durante la Prehistoria Reciente[479]. A ello habría que añadir la existencia de otros yacimientos en los que se ha atestiguado esa aparente asociación entre muertos que han resultado ser prehistóricos y materiales tardorromanos. El ejemplo de la cueva de Arlanpe (Gutiérrez Cuenca *et alii*, 2102)[480] resulta sumamente ilustrativo a ese respecto, aunque

[477] Se trata de 17 bronces bajoimperiales acuñados a lo largo del siglo IV (Basas, 1987: 83-85)

[478] A este respecto hay que señalar la posible existencia de dataciones absolutas de restos humanos de esta cueva -y quizá también de Ereñuko Arizti- que, incomprensiblemente, permanecen inéditas (comunicación personal de Joseba Ríos). Lamentablemente, mis repetidos intentos por contactar con su responsable y conocer algo acerca de sus resultados han sido infructuosos.

[479] En todo caso, y a priori, parece que el individuo con más probabilidades de tener una cronología histórica -sea tardorromana o incluso posterior, ya plenamente tardoantigua- sería el de la Zona 1, pues a él se asocian, aparentemente, las cuentas de collar de pasta vítrea y apenas una única cuenta pétrea que podría -o no- ser prehistórica.

[480]En ese yacimiento, restos humanos aparentemente asociados a materiales tardorromanos han sido fechados en la Edad del Bronce

no es el único. Salvando las distancias temporales, puede observarse algo similar en los restos humanos atribuidos a la Edad del Hierro en Cantabria por su asociación aparente a materiales de ese periodo y que resultaron ser muy anteriores (vid supra).

Algo semejante ocurre en la cueva de Ereñuko Arizti (Apellániz, 1970), o simplemente Arizti, donde se reconoció un contexto sepulcral en superficie acompañado de materiales tardorromanos. Éste está formado, en realidad, por dos: uno localizado en la sala más profunda de la cueva, conocida como Sala C -o Sala I o (Ereñuko) Arizti 1- y otro en la primera, junto a la entrada, la Sala A, también conocida como Sala II o (Ereñuko) Arizti II. El primero constaba de varios individuos, algunos de ellos infantiles, depositados sobre el suelo de la cavidad y de restos de cerámicas y monedas y objetos metálicos tardorromanos, sin que aparentemente hubiera presencia de materiales más antiguos. En el segundo, por su parte, de nuevo se observaban restos humanos y cerámicas y objetos metálicos bajoimperiales, aunque entremezclados con cerámicas de la Prehistoria Reciente y piezas de sílex de esa misma cronología. En este caso hay que señalar que Apellániz propuso, a partir de unas supuestas lesiones en los restos óseos, que se trataba de un enterramiento especial destinado a enfermos de ergotismo (Apellániz, 1971; 1974). Se trata de una interpretación que se demostró incorrecta (Etxeberria, 1990/91: 25), pero sobre la que volveremos más adelante, a la hora de abordar la interpretación de los contextos sepulcrales en cueva como enterramientos atípicos.

Es necesario en este punto volver a referirse a la cueva de L´Alborá o del Alba, en Perlora (vid supra), ya que los objetos que se han asociado a los muertos depositados en ella remitirían a momentos bajoimperiales más que a época visigoda, más allá del amplio intervalo proporcionado por la datación absoluta de un fragmento de carbón y que, como ya se ha visto, podría llevar la cronología del uso funerario de la cavidad hasta el siglo VI. Dejando al margen también las ya comentadas objeciones que pueden hacerse a la interpretación del conjunto, de ser correcta la asociación entre materiales y restos humanos y la propuesta contemporaneidad de todos ellos, nos encontraríamos ante un nuevo ejemplo de enterramiento tardorromano en cueva, aunque se trata de algo que únicamente una datación directa de los restos humanos podría confirmar.

Fuera de la Península se conocen algunos casos más, aunque tampoco son demasiados. Algunos enterramientos aislados en cuevas francesas, como los de la Grotte du Bouil Bleu (Foucher *et alii*, 1995) o los de Sculptor´s Cave, en Escocia, en este último caso con evidencias de decapitaciones y un posible uso ritual (Armit *et alii*, 2011), cuentan con buenos precedentes en la Edad del Hierro en esas mismas regiones (vid supra) y pueden interpretarse en el marco de la continuidad en esos siglos de costumbres anteriores. En ese sentido y para el caso francés resulta muy ilustrativo el ejemplo de la Grotte Rochefort, en Saint-Pierre-sur-Erve (Mayenne), con un número mínimo de 35 individuos -18 adultos y 17 niños y adolescentes- depositados en una sala interior de la cavidad, acompañados de numerosos objetos -cerámicas, elementos relacionados con el adorno personal, monedas, etc.- y fechados hacia el cambio de era (Colleter *et alii*, 2007). Sin abandonar esa región, aunque en su extremo sur, en la cara norte de los Pirineos, encontramos los casos de la Grotte Etxeberri y de Arlakondo (Ébrard, 2013: 150-151 y

155); con al menos un enterramiento datado por ^{14}C entre los siglos III y IV en el primer caso[481] y otra fecha absoluta de entre los siglos IV y VI obtenida de un hueso humano en la segunda.

En la gran Gran Bretaña que estuvo bajo control romano existen dataciones directas de huesos humanos que certifican el uso funerario de algunas cuevas en esos momentos, como ocurre, por ejemplo, con el caso de las galesas de Eel Point, Daylight Rock y Potter´s Cave (Schulting y Richards, 2002) o las inglesas de Bone Hole[482] (Mullan *et alii*, 2017) o Buckland´s Wyndypit[483] (Leach, 2006). Por lo general se trata de hallazgos aislados o procedentes de recogidas y excavaciones antiguas, que no permiten ir más allá de la constatación del uso mencionado de las cuevas. Caso aparte es el de la cueva de Wookey Hole, en Somerset (Inglaterra) (Hawkes *et alii*, 1978). Allí, en la sala más interior de la cavidad, la *Chamber 4*, se recuperaron los restos de un número mínimo de 28 individuos, todos ellos comprendidos entre varios meses y 35 años de edad y con representación de ambos sexos. Los cuerpos fueron depositados sobre el suelo de la sala vestidos, como atestiguan las tachuelas de calzado repartidas por el lugar y asociadas directamente a los huesos de los pies de algunos de ellos, así como los anillos y brazaletes, recuperados en los huesos de los dedos y brazo de otros, respectivamente; o un broche esmaltado de un tipo corriente en Britania a finales del siglo III. Esa pieza y un conjunto de monedas fechadas en el último cuarto de esa centuria sitúan el depósito de los cuerpos a finales de ese siglo o ya en el IV, aunque hasta la fecha no se han realizado dataciones absolutas de los huesos de la Chamber 4[484].

Al igual que el periodo precedente, las evidencias acerca del uso sepulcral de las cuevas en época romana en la Península son escasísimas. A la espera de conocer algún día las dataciones de Goikolau y Ereñuko Arizti y de realizar las de l´Alborá, sólo contamos con ejemplos aislados; alguno de ellos, como el del abrigo de Tragaluz, ciertamente, muy significativo, por la cantidad y calidad de los datos que ha aportado. A la vista de esos datos y de lo poco que se puede saber del resto, parece que se trata de depósitos puntuales

[481] En esa cueva se han documentado los restos de tres individuos, dos adultos y un inmaduro, que fueron depositados sobre la superficie. Junto a ellos, numerosos restos de varios recipientes cerámicos, algunos contemporáneos y otros de cronología algo anterior, aunque también de época romana (Ébrard, 2013: 151). Llama poderosamente la atención la coincidencia temporal entre el uso sepulcral de esta cavidad y el del abrigo de Tragaluz (vid supra), con dataciones absolutas casi idénticas: 1750±30 BP en el caso vascofrancés y 1740±30 BP en el oscense.

[482] En esa cueva se ha datado una mandíbula humana entre los siglos I y III (1884±27 BP) (Mullan *et alii*, 2017: 179)

[483] En la publicación consultada y citada se afirma que los restos humanos datados, que muestran evidencias de muerte violenta con forma de graves lesiones óseas en los cráneos, son de época romana, concretamente del siglo II (Leach, 2006: 19), sin concretar más. He obtenido las fechas radiocarbónicas de sendas muestras de dos individuos (1864±51 BP y 1829±51 BP) del trabajo de Z. Higham (2015), quien a su vez remite a la web de A. T. Chamberlain http://caveburial.ubss.org.uk/, donde aparecen publicadas.

[484] Uno de los huesos recuperados en la cueva y que formaba parte de la recreación del esqueleto de una presunta "bruja" de Wookey Hole presente en las leyendas de la zona y procedente de excavaciones antiguas en la sala nº 2 ha sido fechado entre los siglos II y IV (1760±27 BP), un intervalo que coincide con las fechas propuestas para los cadáveres de la cuarta sala (Lane, 2016)

e individuales, algunos de ellos quizá relacionados con muertes accidentales en entornos donde la solución más rápida y sencilla sería introducir el cuerpo en una cavidad cercana. Hasta el momento no contamos con yacimientos como el de Wookey Hole, donde la explicación a la presencia de ese depósito sepulcral colectivo ha de ser, necesariamente más compleja. Tal y como sucedía con las de la Edad del Hierro, las cuevas han sido muy frecuentadas en época romana, especialmente durante los siglos IV-V. Los abundantes restos de materiales de esos momentos en un gran número de grutas a lo largo y ancho de toda la geografía peninsular han dado lugar a diferentes interpretaciones, entre las que la sepulcral ha sido una más (vid. Gutiérrez Cuenca *et alii*, 2012: 239-243). Sin embargo y como estamos viendo, esa imagen no se corresponde -al menos de momento- con la evidencia arqueológica, que parece apuntar a otras causas, entre las que la explotación de base agro-ganadera de nuevos entornos hasta entonces marginales (Quirós y Alonso, 2007-2008: 1139) parece, en mi opinión, bastante razonable; aunque sin negar otros posibles orígenes, como el simbólico o ritual, en algunos casos concretos (Gutiérrez Cuenca *et alii*, 2012: 243 y ss.)[485].

LA EDAD MEDIA

Si, como acabamos de ver, para el periodo inmediatamente anterior al que es objeto de este estudio los casos conocidos de utilización de cuevas como lugar de depósito de cadáveres son muy pocos, son menos aun los que se fechan en el inmediatamente posterior. Al menos en la península Ibérica, donde sólo hemos podido localizar contados ejemplos de esa práctica. A esa escasez hay que añadir, además, la parquedad de los datos publicados, consistentes, en varios de los ejemplos, en dataciones absolutas de restos recuperados en intervenciones antiguas y procedentes de hallazgos superficiales o, directamente, fuera de contexto. Llama la atención que, en varios de los casos, ese uso sepulcral de esas cuevas en momentos de la alta y plena Edad Media coincida con otros del mismo tipo en época visigoda y, por supuesto, durante la Prehistoria Reciente.

La excepción a esta situación y uno de los ejemplos más recientemente publicados es la cueva jiennense de El Morrón (Sanchidrián *et alii*, 2017: 89), donde se localizaron en superficie restos humanos, algunos de ellos semienterrados en una estructura de planta circular, parcialmente destruida y formada mediante acumulación de tierra y bloques de tamaño mediano. Uno de los huesos ha sido datado mediante ^{14}C AMS, proporcionando una fecha centrada en el siglo X[486].

Algo anterior a esta fecha podría ser uno de los enterramientos identificados en la Coveta de l´Heura (Rafel *et alii*, 2016), en Tarragona; concretamente del siglo IX o quizá de la

[485] En cualquier caso y tal y como se propone en un trabajo reciente sobre los usos de las cuevas en época romana en Navarra (Tobalina *et alii*, 2015: 157-158), para tratar de avanzar en el conocimiento de este fenómeno son necesarios tanto el estudio específico de cada cavidad como la comparación con otras similares y el análisis de todas ellas en contexto

[486] La fecha proporcionada es de 1080±30 BP (Sanchidrián *et alii*, 2107: 89), que calibrada a 2 sigma ofrece un intervalo de probabilidad situado entre los años 894 y 1018

primera mitad del X[487], si bien existe la posibilidad de que se trate de un uso sepulcral fechable en la segunda mitad del siglo VIII y se haya visto afectado por el aumento de carbono en la atmósfera documentado en esos momentos (vid supra).

En los siglos XI-XII[488] se fecha un resto de cráneo perteneciente a un individuo de sexo femenino del yacimiento valenciano de la Cova de la Sarsa (García Borja, 2012), sin que puedan aportarse apenas datos acerca de su contexto arqueológico dentro de la cavidad, más allá de su probable procedencia de la zona del vestíbulo.

Finalmente, hay que mencionar la datación de los restos de un individuo infantil de la cueva cántabra de El Calero II (Muñoz y Morlote, 2000: 265), con una fecha absoluta de entre los siglos XII y XIV[489].

Fuera de la Península, los casos más importantes de utilización de cuevas naturales con fines sepulcrales se localizan en Irlanda. Se trata de los yacimientos de Dunmore Cave y Cloghermore Cave, en Kilkenny y Kerry, respectivamente, y con algunos elementos en común con las cuevas de época visigoda que estamos estudiando, especialmente en el segundo caso, como veremos a continuación.

En distintas zonas de la cueva de Dunmore Cave (Dowd *et alii*, 2007) -una cavidad de amplia boca, con más de 100 de desarrollo y varias salas espaciosas- se han recogido, a lo largo de los años[490] y tanto dentro de intervenciones arqueológicas autorizadas como por parte de particulares, numerosos restos humanos y objetos de cronología altomedieval, significativamente relacionados con el atuendo -cuentas de collar, brazaletes y, sobre todo, broches de tipo "ringed pin"- aunque también armas y útiles, así como dos ocultamientos de objetos preciosos -monedas y artefactos de plata- que se relacionan con botines procedentes de sendos raids vikingos. En cuanto a los restos humanos, estos pertenecen a un número mínimo de individuos de 44, si bien es cierto que el número real sin duda fue mucho más alto, a juzgar por las numerosas referencias existentes a la recogida de grandes cantidades de huesos a lo largo de la historia del yacimiento. Siete de ellos han ofrecido otras tantas fechas absolutas que podrían indicar la existencia de dos momentos de uso de la cueva como lugar de depósito de cadáveres: uno entre finales del siglo VIII y finales del X y otro entre finales del IX e inicios del XI; aunque, dado el solapamiento existente entre unas y otras, también podríamos encontrarnos ante un uso funerario continuado de la cueva a lo largo de los siglos IX y X, aunque centrado en este último. Tradicionalmente se ha relacionado el hallazgo de restos humanos en esta cueva con la noticia recogida en distintos anales y crónicas medievales irlandesas acerca de la destrucción de un lugar llamado Derc Ferna y la masacre de un millar de sus habitantes por parte de vikingos llegados de Ath Cliath -Dublín- en el año

[487] La fecha es 1170±30 BP y su calibración a 2 sigma proporciona un intervalo de 771-964 (Rafel et alii, 2016: 112)

[488] Una fecha de 927±24 que, calibrada a 2 sigma, nos lleva a un interval situado entre los años 1033 y 1160

[489] La fecha es 760±55 BP, que calibrada a 2 sigma proporciona un intervalo de 1160-1305 (Muñoz y Morlote, 2000: 265)

[490] Las primeras visitas y recogidas de materiales datan del siglo XVIII (Dowd *et alii*, 2007)

930. Según esas interpretaciones, Dunmore Cave sería el Denc Ferna de las fuentes y los restos humanos y los ocultamientos vikingos de su interior las pruebas de la matanza, correspondiendo los primeros a las víctimas y siendo los segundos la huella de sus autores. Recientes estudios (*Ibidem*: 15-16) han desestimado la validez de estas teorías de forma rotunda, planteando que nos encontramos ante un lugar con uso funerario en época vikinga y estableciendo un estrecho paralelismo con el que es hasta la fecha el mejor referente para este tipo de yacimientos en la isla: Cloghermore Cave.

La cueva de Cloghermore Cave (Conolly *et alii*, 2005) se sitúa bajo una pequeña elevación del terreno y cuenta con una entrada que se abre al oeste, en un farallón calizo. Se trata de un acceso a la cavidad bastante complicado y que no fue el utilizado en la Edad Media, ya que este, localizado en el interior de un cercado térreo con forma de D, se encontraba clausurado desde antiguo por una estructura de piedra y varias losas de gran tamaño. En su interior, repartidos a lo largo de varias salas, se recuperaron los restos de un número mínimo de 25 individuos de todos los grupos de edad, aunque con un marcado predominio de subadultos y adultos jóvenes, así como numerosos objetos de todo tipo -de adorno personal, armas y herramientas- asociados a ellos y abundantes restos de fauna. Una batería de 19 dataciones radiocarbónicas sitúa la utilización de la cueva entre los siglos V y XI, aunque centrado en el intervalo entre el VII y el X. Como ocurriera en el caso de Dunmore Cave, podría tratarse de un uso prolongado en el tiempo o de dos momentos diferentes.

En ese sentido, los publicadores del yacimiento lo interpretan como el escenario de distintas prácticas sepulcrales paganas, al margen del cristianismo dominante en la isla -al menos entre la población nativa- en esas fechas. En primer lugar, en la fase más antigua de uso funerario de la cavidad ésta funcionaría como un "osario" donde se depositarían los huesos desarticulados[491] pertenecientes a cadáveres -previamente enterrados o expuestos en otro lugar hasta su completa esqueletización- de miembros de una comunidad rural irlandesa sin cristianizar. Tiempo después, la cueva habría servido como cementerio para un grupo de invasores escandinavos o hiberno-escandinavos establecidos en la zona, probablemente como elite dominante, con arraigadas creencias paganas y, obviamente, no cristiano[492]. En este sentido, S. H. McLeod (2011: 135 y ss) ha planteado la posibilidad de relacionar el contexto sepulcral de Cloghermore Cave con otros dos enterramientos colectivos de la era vikinga en Inglaterra e Irlanda -concretamente los de Repton y Donnybrook, respectivamente- en los que las inhumaciones de individuos escandinavos se realizaron sobre multitud de restos humanos anteriores pertenecientes a las poblaciones nativas, muchos de ellos desarticulados y presumiblemente acarreados y

[491] La ausencia de numerosos huesos, especialmente los pertenecientes a pies y manos, en los casos más antiguos documentados en la cueva permite sostener esa afirmación (Conolly *et alii*, 2005)

[492] Los autores parecen soslayar completamente la ausencia de paralelos sobre el uso de cuevas como lugar de enterramiento en el mundo vikingo, tanto en Escandinavia como en otras zonas de asentamiento de los "Hombres del norte" a la hora de plantear esta teoría; más allá, claro está, de los casos irlandeses a los que nos estamos refiriendo aquí. Que los únicos ejemplos conocidos de este tipo de práctica se localicen en Irlanda y cuenten con precedentes indígenas debería ser motivo más que suficiente, en mi opinión, si no para impugnarla en su totalidad, sí para matizarla de forma importante.

colocados allí de forma intencional. Según este autor, en todos los casos -incluida Cloghermore Cave y aunque con más dudas en Donnybrook- se trataría de un "intento simbólico de legitimar su gobierno del territorio" por parte de los invasores vikingos.

Otra de las asombrosas coincidencias con las cuevas cántabras que estamos estudiando que encontramos en este yacimiento es el de la destrucción intencional post-mortem de huesos de algunos de los cadáveres (Conolly *et alii*, 2005: 54-55 y 264-266). Se trata de los correspondientes a la última fase sepulcral, la considerada por sus publicadores de tipo escandinavo o hiberno-escandinavo, y tuvo lugar cuando los cuerpos estaban en proceso de esqueletización. Más increíble aún resulta este otro paralelo: la constatación de la quema -parcial e intencionada- de algunos de los huesos una vez descarnados, aunque todavía articulados. Y aunque en esta ocasión no encontramos una destrucción selectiva de los cráneos, como en los casos cántabros, sí que alguno de ellos está llamativamente ausente al menos en un caso y ha sido desplazado de su lugar natural y colocado entre las piernas en otro. Tenemos, por tanto, la repetición de algunas de las extrañas prácticas post-sepulcrales que estamos documentando en algunas cuevas cántabras con uso funerario en época visigoda en una cueva irlandesa y dos siglos después. La explicación manejada para el caso de Cloghermore Cave incide en la posibilidad de que esas destrucciones y profanaciones -la quema no se menciona explícitamente, aunque doy por supuesto que se incluye dentro de esa categoría general- hayan sido obra de la población local irlandesa, como acto de venganza sobre unos invasores vikingos que habrían abandonado ya la zona, dejando atrás ese peculiar "cementerio" en el interior de la cueva.

De otra cueva irlandesa, la de Cave O, una de las conocidas como Keash Caves, en el condado de Sligo, procede un fragmento de tibia humana datado por ^{14}C entre los siglos XI y XII (Dowd, 2013: 79).

Sin salir de las islas británicas, pero ya en Gran Bretaña, uno de los individuos datados en la cueva galesa de Lesser Garth Cave (Madgwick *et alii*, 2016), en la que también se documentaron al menos dos enterramientos de los siglos V-VII (vid infra) se fecha entre finales del siglo IX y todo el X, mientras que otro lo hace en el XIII[493].

En Francia, en la cara norte de los Pirineos encontramos un enterramiento en cueva en la Grotte du Lierre (Fréchet-Aure), consistente en la sepultura de un individuo perinatal excavada en el suelo de la cavidad, fechado entre los siglos VIII y X[494] (Mourre, 2013: 3)

En la Plena o Baja Edad Media podrían fecharse algunos restos humanos localizados en otras cuevas de Francia, como los de los tres individuos depositados en una sala muy

[493] A los que habría que añadir los restos de un niño de unos 5 o 6 años datados en el siglo XVII

[494] La fecha es 1155±25 BP y su calibración a 2 sigma proporciona un intervalo de 776-967. En este caso, como en otros comentados anteriormente, quizá pudiera retrasarse al último cuarto del siglo VIII y haber sido afectada por el evento atmosférico del año 774 (vid supra)

interior de la Cave à Margot (Mayenne) (Baudouin y Hubert, 1925); y lo hace sin ningún género de dudas al menos uno de los localizados en la entrada de la Grotte du Campanal (Montréal-de-Sos, Ariège) (Guillot y Portet, 2012).

Más lejano aún, geográfica y culturalmente, resulta el caso de la cueva armenia de Getahovit 2, una gruta natural en cuyo interior se localizó una inhumación doble -en realidad un enterramiento primario y una reducción de otro anterior- en una estructura similar a las "tumbas de murete" peninsulares y que, por los paralelos conocidos en aquella región del Cáucaso, se fecha a partir del siglo XI (Kalantaryan *et alii*, 2012).

De nuevo, como en las épocas anteriores, el panorama peninsular es tozudo: únicamente cuerpos aislados en algunas cuevas, sin nada ni remotamente parecido a lo de momentos precedentes. Similitudes que sí existen, de forma muy llamativa, en las cavernas irlandesas de Dunmore y, sobre todo, Cloghermore: enterramientos colectivos o múltiples, acompañados de objetos de todo tipo y, en el segundo caso, evidencias de destrucciones de los restos y otros comportamientos simbólicos relacionados con los muertos. Explicados por el presunto paganismo de las poblaciones escandinavas -o hiberno-escandinavas- que están detrás de ellas, esos contextos y actitudes tienen tantas cosas en común con las que vemos en algunas cuevas peninsulares con uso sepulcral en los siglos VII-VIII, donde la presencia escandinava ha de ser descartada como opción, que necesitarían de una revisión y una puesta en común mucho más profunda a la realizada en las líneas precedentes y que escapa a los objetivos de este trabajo.

UNA VISIÓN GENERAL

Como se puede observar en esta breve síntesis, el uso sepulcral de cuevas en la península Ibérica entre el final de la Protohistoria y la época visigoda, es un fenómeno raro y muy puntual. Apenas contamos con un puñado de casos documentados a lo largo de la Edad del Hierro y la época romana, un periodo que cubre aproximadamente 12 siglos en los que las grutas, por otra parte, fueron objeto de frecuentación y distintos usos; aunque no el que nos ocupa en este trabajo. Algo muy similar sucede también a partir del siglo VIII, durante la Edad Media, cuando de nuevo nos encontramos con muy pocos ejemplos de ese tipo de uso de las cavidades a lo largo de varios siglos. Y, una vez más, es una época en las que las cuevas fueron muy visitadas y utilizadas, sobre todo con fines relacionados con la agricultura y la ganadería. Como ya comenté antes, tras la Protohistoria -y salvando las abrumadoras distancias cuantitativas- es la época comprendida entre los siglos VI y VIII la que presenta más signos de utilización de las cavernas como lugar de depósito de cadáveres. Y dentro de ese periodo de aproximadamente tres siglos, es su última parte la que acumula más evidencias de ese uso, aun teniendo en cuenta que muchas de ellas no pasan aún de la categoría de indicios. Por tanto, la obligada conclusión de este repaso es que ese uso sepulcral de época visigoda no responde a una tendencia de largo recorrido, iniciada en el periodo inmediatamente anterior. Y que tampoco tiene continuidad a lo largo de los siglos medievales, más allá de algunos casos puntuales. Se trata, pues, de un

fenómeno completamente nuevo y exclusivo de esos siglos cuyas causas y motivaciones no han de buscarse en momentos precedentes sino en ellos mismos.

3.2 EL MUNDO FUNERARIO EN EL ÁMBITO RURAL DE LA PENÍNSULA IBÉRICA EN ÉPOCA VISIGODA

Como hemos visto, la utilización de las cuevas con fines sepulcrales en época visigoda es un fenómeno exclusivamente rural. Es por ello que, en este apartado, trataré de resumir las principales características del mundo funerario peninsular entre los siglos VI y VIII en ese mismo ámbito, dejando de lado las ciudades. Esa distinción solo puede realizarse en la parte arqueológica, ya que los textos que voy a citar no distinguen entre unos y otros entornos y se usan, por lo general, indistintamente para ambos[495].

EL TESTIMONIO DE LAS FUENTES ESCRITAS

El conjunto de referencias documentales es escaso y solo resulta útil para conocer algunos aspectos concretos de las costumbres funerarias de época visigoda. Apenas un puñado de textos, que no dejan de albergar algunas dudas acerca de su posible anacronismo[496], nos permiten reconstruir el que sería el ritual funerario cristiano ideal en la época. Ideal porque es el prescrito, pero nada nos asegura que fuera el utilizado por la mayor parte de la población. Si, como parece, los intereses de la Iglesia por controlar este ámbito específico de las costumbres funerarias en el mundo rural se despiertan en momentos tardíos, ya del siglo VII, y no empiezan a fructificar hasta el VIII, las ya de por sí pocas opciones de que estas pautas regladas se cumplieran de forma generalizada en el periodo que estamos estudiando disminuyen de forma sustancial. En cualquier caso, considero que, aunque se trate un modelo ideal y teniendo en cuenta esas limitaciones mencionadas, aporta información de interés.

En primer lugar, resulta obligado para cualquier cuestión relacionada con el mundo hispanovisigodo consultar lo que dice sobre ella Isidoro en su *Etimologías*. Y los muertos y las tumbas no son una excepción. Al hablar de los primeros (*Etym.* XI, 2: 33-35) y dejando a un lado las siempre particulares etimologías que maneja, distingue entre *funus* y *cadaver*, entre el que ha sido enterrado y el que yace insepulto, siendo todos los

[495] Por el contrario, el archiconocido canon XVIII del I Concilio de Braga ("*De corporibus defunctorum. Item placuit ut corpora defunctorum nullo modo intra basilicam sanctorum sepeliantur, sed si necesse est deforis circa murum basilicae usque adeo non abhorret. Nam si firmissimum hoc privilegium usque nunc retinent civitates, ut nullo modo intra ambitus murorum cuiuslibet defuncti corpus humetur, quanto magis hoc venerabilium martyrum debet reverentia obtinere?*") que suele citarse al hablar de las costumbres funerarias en estos siglos y de la prohibición de inhumar dentro de las iglesias se refiere claramente a entornos urbanos, no solamente por la referencia directa a las ciudades sino también porque las basílicas de los santos a las que se refiere también se localizaban en o junto a ellas.

[496] Aunque las versiones que han llegado hasta nuestros días son posteriores, los *Ordines* son obras con origen –al menos en la mayor parte de su contenido– en época visigoda (Pinell, 1998: 255-256).

fallecidos una cosa u otra. Aunque no lo detalla, de sus palabras se desprende que, en condiciones normales, un cuerpo pasa por los dos estados: es *cadaver* entre la muerte y el sepelio y *funus* tras éste. En el caso de los restos que no son enterrados, entiendo que no pasan de la condición de *cadaveres*, aunque desconozco si esto traía consigo algún tipo de consecuencia de orden moral.

Lo poco que dice sobre los enterramientos[497] (*Etym*. XV, II: 1) se reduce, básicamente, a señalar que, en algún momento indeterminado de la Antigüedad, estos tenían lugar en las propias casas. Y que las leyes lo prohibieron para que el hedor de la putrefacción no enfermase a los vivos[498]. Añade que el sepulcro, cuya etimología hace derivar de "enterrado" (*sepultum*), también es llamado *monumentum*, porque hace recordar al difunto y cuando lo ves te viene a la mente su memoria[499]. Un carácter recordatorio que parece oponer al de *tumulus* (Etym. XIV, 8: 21), al que define como un montón de tierra en el que no hay ninguna memoria[500], algo que no deja de resultar chocante, ya que *tumulus* es una de las palabras utilizadas en la época para referirse a las sepulturas y *tumulare* un verbo empleado con la acepción de enterrar, sepultar.

Acerca de la localización de las necrópolis en estos momentos, una de las rúbricas de un *Ordo Defunctorum* romano del siglo VIII (Sicard, 1978: 144) dice, literalmente, que el cuerpo es expuesto en la iglesia donde va a ser enterrado ("*in ecclesia ubi sepeliendum est*"), en lo que parece una clara alusión a un templo con un cementerio asociado. En sentido contrario, en la pizarra de Carrio (Asturias), de dudosa datación, aunque todo apunta a finales del siglo VIII o ya al IX, se menciona que el cementerio de la aldea que se quiere proteger del granizo está en un monte[501], sin relación aparente con edificio religioso alguno[502] (Velázquez, 2004: 369-373). Estamos, pues, ante textos que muestran esa variabilidad ya mencionada, con cementerios asociados a iglesias desde época temprana y otros, pertenecientes a asentamientos rurales, sin vinculación con edificios religiosos. Otro texto que nos informa, indirectamente, sobre el segundo tipo es un canon del II Concilio de Braga que prohíbe a los clérigos celebrar los oficios y dar los

---

497 "*Prius autem quisque in domo sua sepeliebatur. Postea vetitum est legibus, ne foetore ipso corpora viventium contacta inficerentur*".

498 Estas palabras se entienden mejor si se relacionan con lo que el propio Isidoro afirma de la pestilencia (Etym. IV, 6: 17: "*Pestilentia est contagium, quod dum unum adprehenderit, celeriter ad plures transit. Gignitur enim ex corrupto aere, et in visceribus penetrando innititur*" ("La pestilencia es contagio, porque cuando uno la coge rápidamente se la transmite a muchos. Nace de la corrupción del aire y se desarrolla penetrando en las vísceras").

499 "*Monumentum ideo nuncupatur eo quod mentem moneat ad defuncti memoriam* (…) *Cum autem videris, monet mentem et ad memoriam te reducit ut mortuum redorderis*".

500 "*Item tumulus terra congesta, ubi nulla memoria est*".

501 "(…) *livera de vila nomine S[---]/cau ubi avita famulus D(e)i Auriolus p[..]su cineterius cum fratribu/(s) vel vic[i]/nibus suis* (…) *in alia parte mon(te) cimeteri* (…)".

502 Edificio que, al menos con forma de monasterio, sí debía existir, si consideramos a Auriolus, que se autodenomina *famulus Dei* ("siervo de Dios") y dice tener *fratres* ("hermanos"), como un monje. En cualquier caso, ese cementerio de la aldea, situado en un monte, no parece corresponder al del presunto cenobio.

sacramentos "sobre los sepulcros, en el campo", de donde se deduce que no había una iglesia inmediata[503].

En cuanto al ritual funerario, la recopilación de fuentes –del *Liber Ordinum* y varios cánones conciliares– realizada por B. Gamo (1998: 280-283) permite tener una visión general de algunos aspectos relacionados, aunque, como bien advierte la propia autora, hay que mantener la prudencia acerca de si refleja realmente los comportamientos mayoritarios en toda la sociedad de la época, ya que se trata de una normativa destinada a eclesiásticos. De forma resumida, la primera parte de la secuencia sería la siguiente: tras el lavado del cadáver, se viste éste con las ropas que llevaba en vida[504] ("*vestitur veste qualis ordinis hic vivens extitit*"), se le coloca en el féretro y se le lleva ante las puertas de la iglesia. Allí, el cuerpo es incensado por el diácono mientras que el presbítero saluda y dice un responso, mientras sostienen en sus manos el uno las cánulas y el otro la cruz. Desde ese lugar se traslada el cuerpo hasta la sepultura ("*ad tumulum*"), pidiendo indulgencias y cantando salmos a lo largo del recorrido. Al llegar, se deposita el cadáver a la izquierda del sepulcro, que ha sido previamente consagrado esparciendo sal en su interior y entonando los rezos pertinentes. Se incensan cuerpo -de nuevo- y sepulcro y se deposita aquél en el interior de éste, entre cánticos, cubriéndolo con tierra a continuación.

Éste es el ritual destinado al común de los fieles, el *Ordo ad conmendandum corpus defunctorum*. Existen, no obstante, algunas variantes que se aplican en casos especiales, como los de los propios sacerdotes, por supuesto en el del obispo, el de las vírgenes consagradas e incluso para los niños. Este último, el *Ordo ad conmendandum corpus parvuli*, no muestra variaciones en lo fundamental de la liturgia. En este caso, al igual que en el del clérigo, el proceso al pie de la tumba consistía en el incensado de ésta y del cuerpo, los rezos y el depósito de éste en el sepulcro[505]. Pese a esas similitudes, resulta especialmente interesante ya que muestra cómo los niños menores de 7 años o *parvuli*, en principio, no estaban sujetos a ningún tipo de tratamiento especial, más allá del canto de algunas antífonas especialmente dedicadas.

Por tanto, el modelo ideal del ritual funerario en época visigoda sería el siguiente: tras el fallecimiento, se lava el cuerpo, se viste con su ropa ordinaria, se coloca en el féretro, se traslada junto a la iglesia, donde se realiza el funeral, se lleva hasta el sepulcro previamente consagrado, se le reza por última vez y se le entierra. En realidad, una

---

503 "*Non oportet clericos ignaros et praesumptores super monumenta in campo ministeria portare aut distribuere sacramenta, sed aut in ecclesi aut in basílica*".

504 En un *Ordo Defunctorum* romano del siglo VIII se describe este proceso de la siguiente manera (Sicard, 1978: 108) "*Hoc autem factum, abluunt aqua et induunt vestimentum sicut mos mortuorum id est in quo habitu vel ordine in ecclesia dei militaret, eo vestimento induunt ut ponent in feretro*" ("Y hecho esto, lo lavan con agua y le visten según la costumbre funeraria, esto es, con el hábito de la orden en que haya servido a la iglesia de Dios, le visten con estas ropas para ponerle en el féretro").

505 "*Ordo ad corpus parvuli commendandum. Ut supra iam continetur, sanctificato sepulcro, dicitur hoc responsum* (…) *Post incensatur corpusculu et sepulcrum, statimque deponitur infans parvuli ad sepulcrum*" ("Orden para encomendar el cuerpo de un niño [menor de 7 años]. Como ya consta más arriba, con el sepulcro ya santificado, se dice este responso (…) Después se incensan el cuerpercillo y el sepulcro y a continuación se deposita al niño [menor de 7 años] en la tumba").

sucesión de actos que no difiere en demasía de los llevados a cabo en los funerales romanos (*vid.* García Prosper, 2015: 60 y ss.), que también incluían el lavado y vestido del muerto, la exposición, el traslado en cortejo hasta la sepultura y el entierro[506]. Obviamente, aunque el esquema fuese el mismo, el cristianismo había eliminado una buena parte de las características propias de los funerales paganos y añadido su propia huella, cambiando la casa por la iglesia para la exposición, haciendo el traslado a la luz del día y eliminando, entre otras cosas, el banquete funerario. A lo que hay que añadir un halo de marcada sobriedad sobre todo el conjunto de actos, como testimonia, por ejemplo, la prohibición del canon XXII del III Concilio de Toledo, del año 589, de acompañar al féretro dándose golpes de pecho y la obligación de hacerlo cantando salmos en su lugar[507].

Todo indica que, por motivos evidentes, este estándar no se cumplió -o, al menos, no lo hizo al cien por cien- en la mayor parte de las ocasiones. El solo hecho de la presencia o no de una iglesia en el lugar de hábitat ya distorsiona completamente el orden y la integridad del ceremonial. No obstante, cabe suponer que, estando aún presente la tradición de época romana, en los lugares donde se diese esta situación la exposición o velatorio del cadáver se realizase en la casa[508], siendo trasladado éste directamente desde allí hasta la sepultura, sin pasar por el templo.

EL REGISTRO ARQUEOLÓGICO

Una de las principales características del registro material del mundo funerario rural tardoantiguo es su heterogeneidad. Para los últimos siglos de la Antigüedad y los primeros de la Edad Media podemos encontrar, en palabras de A. Azkarate (2002: 133), "un complejo panorama –con necrópolis *en plein champ*, iglesias parroquiales, oratorios privados, agrupaciones familiares contiguas al lugar de habitación, enterramientos aislados…– que no constituye sino el fiel reflejo de un largo periodo que, desde la tardoantigüedad hasta el siglo XI, ofrece una multiplicidad de situaciones

[506] Esta secuencia, con mínimas transformaciones, seguirá vigente a lo largo de la Edad Media. El que quizá se el mejor ejemplo de representación gráfica está recogido en el *Sacramentario de Warmundo*, fechado fechado hacia el año 1000, con 10 miniaturas que recogen el proceso completo (Schmitt, 1990: 207-224).

[507] "*Mortui non caedendi pectora sed psallendo ducantur ad sepulchra"* ("Que los muertos no sean llevados a los sepulcros con golpes de pecho, sino cantando salmos"). "*Religiosi cum mortui fuerint non cedendo pectora sed psallendo deducantur ad sepulchrum corpora eorum*") ("Que cuando mueran los religiosos sus cuerpos no sean llevados al sepulcro con golpes de pecho, sino cantando salmos").

[508] Esta costumbre está atestiguada hasta fechas avanzadas de la Alta Edad Media en distintas fuentes escritas, especialmente penitenciales o similares, en las que se condena y prohíbe por estar asociada a la celebración de prácticas precristianas como banquetes, cánticos, bailes y todo tipo de gestos mágicos y supersticiosos relacionados con los muertos. Las casas serían los lugares idóneos para la realización de estas prácticas, de orígenes remotos y que pervivieron en el seno de las comunidades rurales de la Europa medieval durante siglos (Bartolomé, 1996: 42-44).

socioeconómicas que tienen también su reflejo en las formas funerarias"[509]. El objetivo de esta tesis no es analizar ni tratar de explicar esta multiplicidad de comportamientos funerarios. Y, sin embargo, sí considero necesario hacer, siquiera, una breve revisión de las formas funerarias más significativas que permitan una caracterización con la que comparar lo que vemos en las cuevas y, si fuera posible, de un marco en el que integrarlas; más allá de esa genérica heterogeneidad de formas ya mencionada. Irónicamente, las cuevas con uso sepulcral en época visigoda –generalmente olvidadas en las síntesis sobre el mundo funerario tardoantiguo o, en el mejor de los casos, despachadas con apenas unas líneas– van a contribuir a aumentar esa complejidad, bien integrándose en alguna de las categorías establecidas por otros autores, bien reclamando su propio lugar específico dentro de las manifestaciones de este tipo.

En este apartado adoptaré, en principio, la división, en tres grandes bloques, de los modos de inhumación de época visigoda propuesta por A. Vigil-Escalera (2013): las necrópolis o cementerios comunitarios; las sepulturas dispersas o en pequeños grupos; y las inhumaciones en estructuras no funerarias o depósitos especiales.

Las primeras son fáciles de identificar, ya que se trata de las manifestaciones funerarias de esos siglos más y mejor conocidas y, aunque pueden presentar numerosos elementos que las diferencian entre sí, responden, en términos generales, a la idea de cementerio normalizado en esos momentos. O al menos normalizado para la mayor parte de la población.

El segundo grupo engloba las sepulturas que no encajan en el anterior, por aparecer aisladas o formando pequeños grupos dispersos. En algunas ocasiones aparecen en pleno campo, sin vinculación aparente con ningún lugar de hábitat, mientras que en otras se localizan junto o incluso dentro de las propias estructuras de habitación, o en los márgenes de las aldeas y de sus necrópolis.

Finalmente, la tercera categoría sirve para agrupar todos aquellos otros restos humanos depositados en estructuras cuya función no era, en origen, la de albergar cuerpos. Es decir, pozos, zanjas, fondos de cabaña y, sobre todo, silos abandonados. Estas son, sin duda, las más interesantes de todas para el tema que nos ocupa, ya que en ellas parece muy presente la idea de exclusión o relegación, tanto del cementerio comunitario como de las agrupaciones menores, si las hubiera, algo que vemos también en las cuevas, aunque con sus propias características.

Las necrópolis

En lo que toca a su ubicación, en el caso de las necrópolis rurales ésta podía estar condicionada por el carácter campesino de la comunidad a la que pertenecían,

[509] Una definición alternativa, más breve pero igual de ilustradora, menciona "una gran pluralidad de espacios funerarios, no siempre asociados a instituciones eclesiásticas, dando lugar a una abigarrada geografía funeraria altomedieval" (Martín, 2014: 78).

respondiendo a una lógica de explotación del territorio. Los cementerios de la Bética estudiados por S. Carmona (1998: 201), por ejemplo, se sitúan generalmente en zonas con poco potencial agrícola, para no ocupar terrenos más productivos, como las vegas de los ríos. Una explicación similar se ha manejado para las tumbas excavadas en la roca, en afloramientos completamente improductivos y sin un uso alternativo en momentos en los que existía una presión demográfica sobre los espacios cultivables (Bosch y Vallés, 1987). Y también en el caso de las necrópolis instaladas sobre antiguos edificios romanos, que, más allá de otras consideraciones, amortizarían lugares cubiertos de ruinas en lugar de otros más útiles para la comunidad (Williams, 1997: 24). Estas explicaciones de índole meramente práctica no tienen por qué ser acertadas o, por mejor decir, no son necesariamente exclusivas. A esas finalidades prosaicas, ligadas a la explotación agropecuaria del territorio de la comunidad, se pueden añadir otras de tipo simbólico o ideológico, sobre todo en el caso de las tumbas instaladas sobre antiguos edificios romanos o de las excavadas en la roca. La relación entre los cementerios y los lugares de hábitat es desconocida en muchos de los casos, debido a que no se han llevado a cabo excavaciones en áreas lo suficientemente grandes. Sin embargo, en los pocos en los que sí se ha hecho se comprueba, al menos para los establecimientos de tipo aldeano, que la distancia no suele se muy grande. Al contrario, necrópolis y poblados suelen estar estrechamente relacionados espacialmente. Así ocurre, por ejemplo, en el caso de Can Gambús (Roig, 2019: 455), donde las necrópolis se encuentran casi inmediatas a la zona de cabañas, separadas unas y otra por apenas unas decenas de metros. O en Gózquez (Vigil-Escalera, 2009: 330), con el cementerio situado entre los dos núcleos que forman la aldea, a menos de 100 m de distancia de las estructuras de habitación. Vemos cómo el cementerio es plenamente accesible a los miembros de la comunidad, que pueden llegar a él sin dificultad, bien para enterrar a algún familiar, bien para visitar su sepultura durante las celebraciones periódicas en su memoria.

Acerca de su organización interna, en las que no se articulan en torno a un edificio religioso, por lo general las tumbas se distribuyen de forma relativamente ordenada y sin superposiciones. Ocurre así, por ejemplo, en los casos de Castiltierra, Estagel o Carpio de Tajo (Ripoll, 1986: 417-418, 435-436; 1993-1994: 245), por citar tan solo algunos ejemplos muy gráficos. Pueden organizarse a partir de zonas o conjuntos de sepulturas más o menos individualizados, formando hileras o combinando esas dos formas, aunque lo más habitual es que las tumbas se repartan, sin aparente orden pero de forma armónica, por una amplia superficie; al menos las de mayor tamaño. En algún caso muy particular, como Aldaieta (Azkarate, 2000: 73), aparecen en uno de sus sectores conjuntos de inhumaciones superpuestas, formados por varios individuos y que se interpretan como agrupaciones familiares. También en estos momentos, como ya se ha adelantado, es relativamente frecuente la aparición de pequeños cementerios sobre ruinas de época romana, como los bien estudiados casos cántabros de Santa María de Hito, Santa María de Retortillo o El Conventón de Rebolledo (Gutiérrez Cuenca, 2019). En esas circunstancias, las sepulturas suelen adaptarse a la disposición de los muros y otros

elementos constructivos preexistentes, lo que condiciona en gran medida la organización del cementerio[510].

En lo referente a los contenedores funerarios, el panorama del mundo peninsular de los siglos VI-VIII es, una vez más, complejo y heterogéneo, con distintos modelos de tumbas y sus muchas variantes conviviendo en los mismos espacios[511]. Resumiendo mucho el trabajo monográfico de G. Ripoll (1996)[512] sobre el tema, puede decirse que el tipo más habitual durante la época visigoda es el de fosa. En su versión más sencilla, una zanja de las dimensiones adecuadas para introducir un cadáver, en ocasiones dentro de un ataúd de madera, y que se cubre con la tierra extraída durante su excavación. Este tipo básico admite algunas variantes, ya que, a veces, el perímetro de la fosa se delimita con piedras, dando lugar al subtipo de "fosa con murete", relativamente habitual en estos momentos. En otras las fosas simples pueden tener cubiertas a base de grandes losas o lajas, al igual que las fosas con murete. También en estos siglos comienzan a utilizarse las que serán unas de las más habituales y longevas a lo largo de la Edad Media. Se trata de las tumbas de lajas, cistas construidas a base de lastras planas, con tapaderas del mismo material y que admiten una gran multitud de variantes: solo con lajas monolíticas, con varias lajas más pequeñas y tapadera monolítica, todas ellas con lajas pequeñas, combinando lajas y otro tipo de piedras… Todas estas formas reseñadas –y algunas otras– pueden también haber estado construidas con materiales constructivos de origen romano reaprovechados, ladrillos y tégulas, fundamentalmente; sobre todo en momentos tempranos y en determinadas zonas. Las tumbas excavadas en la roca, que tendrán una importante presencia en los siglos medievales venideros, también aparecen en estos momentos. Finalmente, hay que señalar el uso de sarcófagos –desde los más elaborados hasta los más sencillos, aunque sin alcanzar el nivel artístico de los de momentos bajoimperiales– a lo largo de todo el periodo. Por lo que respecta a las cuevas, las tumbas de la Balma de la Margineda, Roc del Migdía y la cueva del Assut de Bellús, las únicas como tales que se utilizaron en el conjunto de yacimientos que estamos estudiando, encajan sin demasiados problemas en alguna de estas categorías.

En principio, todas estas sepulturas se excavaron o construyeron con la intención de servir como contenedor funerario de un único cuerpo. Sin embargo, en ocasiones esto no fue así y terminaron alojando varios individuos. Los tipos y motivos para esa situación pueden ser diversos, desde la necesidad de enterrar a varias personas muertas de forma simultánea en un breve periodo de tiempo hasta el interés por reutilizar la tumba de un familiar o un ser querido[513]. En el primer caso, por lo general, se trata de tumbas de fosa mientras que

[510] J. Pinar (2007: 284-286) señala el uso de los restos arquitectónicos para configurar diferentes espacios -en ocasiones, privilegiados- dentro de este tipo de necrópolis

[511] Por ejemplo, entre las 55 tumbas del sector excavado de la necrópolis de Los Colmenares (Cuenca) pueden encontrarse fosas simples, de murete, con cubierta de lajas o monolíticas, cistas y sarcófagos; algunas en ocasiones cubiertas por túmulos (López Ruiz *et alii*, 2007).

[512] Esta autora individualiza hasta 26 tipos distintos de tumbas para el periodo comprendido entre las últimas décadas del siglo V y finales del VII.

[513] La reutilización de tumbas (Filotas, 2000: 470-471), el colocar "*mortuum super mortuum*" en la misma fosa estuvo condenado por la iglesia desde momentos tempranos, pese a lo que siguió realizándose, como

el segundo suele documentarse en las cistas, susceptibles de volver a abrirse y reutilizarse. Dependiendo del tiempo transcurrido desde la anterior inhumación, se procedía a la reducción de los restos, situando los cráneos y los huesos largos generalmente a los pies del nuevo inhumado[514].

Existen algunos ejemplos de tumbas colectivas, de gran tamaño y que albergan a un número elevado de individuos[515]. Es el caso de las que caracterizan la segunda fase de uso de la zona cementerial del núcleo episcopal de Valencia (Ribera, 2005: 233 y ss.). Se trata de construcciones de gran porte, con forma de cistas levantadas y cubiertas con grandes y gruesas losas y que contaban con pequeños corredores de acceso que se sellaban tras cada episodio de utilización. Fechadas en el siglo VII, en su interior se recuperaron conjuntos de hasta 31 individuos, acompañados de algunos objetos de adorno y sencillos ajuares cerámicos o de vidrio. Han sido interpretadas como auténticos panteones familiares y los estudios antropológicos señalan acusadas diferencias entre sus ocupantes y los muertos enterrados en la misma zona en la fase anterior, siendo los de ésta más altos y robustos. A la luz de sus características y más allá de su interpretación de orden social como tumbas de la aristocracia visigoda llegada a la ciudad (*Ibidem*: 236), no resulta complicado relacionar este tipo de estructuras funerarias con las cámaras sepulcrales de *Contrebia Leucade* y de Los Praos. Con ambas comparte características morfológicas y su carácter colectivo. Con la de *Contrebia Leucade*, además, su ubicación en un entorno de habitación, aldeano en este caso y urbano en Valencia. Y con la de Los Praos, su relativa cercanía geográfica y su localización en un territorio en el que las cámaras sepulcrales hipogeas de época romana y tardoantigua parecen abundar (*vid.* González Villaescusa, 2001).

En cuanto a la posición de los cuerpos en las sepulturas (Cerrillo, 1989. 99-101), en la inmensa mayoría de los casos estos estaban colocados en decúbito supino, con los brazos extendidos o doblados sobre el pecho o el regazo y la cabeza al oeste. No obstante, se documentan casos en los que en lugar de esa disposición habitual aparecen cuerpos en posturas forzadas o que no son habituales, aunque son minoritarios respecto del total.

Durante los siglos VI-VIII es habitual que una parte de las inhumaciones lo sean vestidas, es decir, que los muertos sean enterrados con sus ropas (*vestimenta*) y ciertos elementos relacionados con ellas, como las guarniciones de cinturón, y sus adornos personales, sobre

demuestran tanto la arqueología como las sucesivas prohibiciones a lo largo del tiempo. Los textos que lo tratan inciden en el hecho de que los huesos del ocupante anterior eran muchas veces sacados del sepulcro y tirados de cualquier manera. Quizá las reducciones fueran una respuesta aceptable para esquivar la prohibición que, en cualquier caso, parece más dirigida a quienes usurpaban las sepulturas de otros que a aquellos que querían reposar junto a sus familiares (Gutiérrez Cuenca, 2015: 555-556). En cualquier caso, las fuentes hispanas de época visigoda no mencionan la prohibición, lo que abre la puerta a la posibilidad de que no llegase a tener un efecto real en el territorio del reino de Toledo.

[514] De forma similar a lo que sucedía en los enterramientos colectivos en cueva de la Prehistoria Reciente, como ya se ha comentado en otro lugar, aunque a una escala más reducida.

[515] La mayor parte de las conocidas -las de Valencia (*vid*. *infra*)- se localizan en ámbito urbano.

todo anillos, collares y pendientes (*ornamenta*) (Pinar y Turell, 2007: 128-130; Ripoll y Molist, 2014: 8).



Tumbas en la necrópolis del Conventón de Rebolledo (Cantabria) (Fotografía: L. Mantecón)

Dentro de la categoría de las inhumaciones vestidas pueden incluirse algunos otros objetos de muy diverso tipo, desde bullas o faltriqueras hasta pequeños utensilios como cuchillos o encendores de chispa. Las armas son muy raras en las tumbas de estos momentos en la península ibérica, no así en el resto de Europa, donde abundan, especialmente durante los primeros siglos del periodo. La excepción en la Península la constituyen varias necrópolis de los actuales País Vasco y Navarra, en la Vasconia peninsular (*Spanoguasconia*) de época visigoda, donde las tumbas con armamento son mayoritarias (Azkarate y García Camino, 2013; Pozo, 2016), y unas pocas sepulturas sueltas distribuidas por varias necrópolis en distintos territorios (*vid.* Catalán, 2015). Los útiles o herramientas y objetos de uso cotidiano –si exceptuamos los ya mencionados cuchillos y *briquets*– están casi completamente ausentes del mundo funerario peninsular de los siglos VI-VIII[516], más allá de apenas tres tumbas en otras tantas necrópolis[517]. Son relativamente habituales, dependiendo del territorio y la cronología, las vasijas cerámicas en el interior de las tumbas (*vid.* Izquierdo, 1977), generalmente las destinadas a contener líquidos, y no tanto otro tipo de recipientes, como los de vidrio o los de madera con

[516] En las necrópolis asociadas a las *villae* de finales del siglo IV y del V, como las de La Morterona y La Olmeda, (Abásolo *et alii*, 1984: 167-173; Abásolo *et alii*, 1997: 129 y 136-142), por ejemplo, son relativamente abundantes los enterramientos vestidos y acompañados de armas y herramientas. Algunas de estas últimas, localizadas en tumbas femeninas, se interpretan como útiles destinados al trabajo textil.

[517] Una hoz en el enterramiento A 11 de Aldaieta (Azkarate, 2000: 132-133), un hacha-pico en la tumba nº 14 de Deza (Taracena, 1927: 25 y 29) y otra dolabra de un tipo similar en la tumba 22 de Prado Guadaña (Crespo y Fernández Díaz, 2018: 521-522).

refuerzos metálicos, mucho más escasos y, en el caso de estos últimos, localizados casi en su totalidad en el territorio vascón antes mencionado.

Por lo general, en las fases más antiguas, las de los siglos VI-VII, la presencia de inhumaciones vestidas y de objetos en las tumbas es mayor, mientras que se va haciendo más rara a partir de mediados de la séptima centuria, hasta alcanzar proporciones muy bajas ya en el siglo VIII. En el caso de Carpio del Tajo (Segovia), por ejemplo, se observa bien este proceso, con una clara disminución de la densidad de las inhumaciones vestidas en la fase más reciente de uso de la necrópolis[518] (Ripoll, 1993/1994: 235-238). Más acusado aún es el caso de la necrópolis asociada a la aldea de Gózquez (Madrid) (Vigil-Escalera, 2013: 286), en uso entre mediados del siglo VI y mediados del VIII y con casi 250 tumbas excavadas, un 70% del total. Allí, las inhumaciones vestidas se localizan exclusivamente en la fase más antigua del cementerio y están completamente ausentes en la más reciente, sin materiales de finales del siglo VII e inicios del VIII.

Esta evolución hacia la rarefacción de los ajuares dentro de una misma necrópolis ha sido objetada por R. Barroso (2018: 95, 133-134 y 175), quien niega la continuidad en los cementerios con elementos de cultura material característicos de la "moda póntico-danubiana" más allá de inicios del siglo VII y propone la existencia de necrópolis diferenciadas para los visigodos arrianos llegados a la Península y la población hispanorromana católica hasta el siglo VII, momento en el cual comenzarían a aparecer otras, ya católicas, en las que no existiría esa diferenciación étnica. Pese a ello, del análisis de otros yacimientos se desprende que existen necrópolis con ajuares "visigodos" que prolongan su vida hasta el siglo VIII y en las que es posible apreciar la evolución de las costumbres funerarias, principalmente esa paulatina desaparición de la práctica de la inhumación vestida[519].

[518] Aun aceptando que, para última fase de uso, entre mediados del siglo VII e inicios del VIII, la cantidad de tumbas sea menor que en las precedentes, el porcentaje de elementos de adorno personal presente es bajísimo, suponiendo los dos broches liriformes recuperados un 0,3% del total (Ripoll, 1993/1994: 238). A ellos habría que sumar una placa de "tipo Almar" (*Ibidem*: 219), no identificada como elemento relacionado con la vestimenta sino como un útil, de la sepultura 172. No obstante, parece evidente que un número desconocido de tumbas en las que los cadáveres no estaban acompañados de ningún objeto debió pertenecer a esta última fase de uso del cementerio.

[519] Aunque sus objeciones son aplicables a algunas de las necrópolis con ajuares propios de la moda póntico-danubiana, considerados por él mismo como marcadores étnicos visigodos, en otros casos se plantean algunos problemas a su teoría. En Carpio de Tajo, por ejemplo, junto a esos *ornamenta* propios de la etapa arriana, hay materiales posteriores a la conversión de los visigodos. Y no solo los broches de lengüeta de inicios del siglo VII, sino también los dos broches liriformes de finales de esa centuria mencionados más arriba, además de la placa de "tipo Almar", propia de ese momento cronológico (*vid. supra*). Eso parece indicar, como también se ha mencionado antes, que la necrópolis no deja de utilizarse a finales del siglo VI o inicios del VII, sino que continúa en uso hasta finales de época visigoda; aunque quizá utilizada por una población de menor tamaño que en momentos precedentes. Y algo parecido puede intuirse también en el caso de Herrera de Pisuerga, donde de la parte expoliada antes de la intervención arqueológica de Martínez Santa-Olalla (1933) proceden cinco placas liriformes y otra cruciforme (Pérez Rodríguez-Aragón, 2006; Ripoll, 1986: 437-440), algo que también indicaría la continuidad de la necrópolis, como poco, hasta finales del siglo VII. Y otro tanto sucede en Espirdo-Veladiez, donde otro broche liriforme (Jepure, 2004: 48)

Las necrópolis son lugares de enterramiento previstos, en un principio, para todos los miembros de la comunidad y en ellas están representados, en mayor o menor medida, ambos sexos y todos los grupos de edad. Aunque aún no son muchos los estudios antropológicos disponibles, con frecuencia son parciales y también, a veces, los datos referidos a poblaciones de época visigoda se engloban en secuencias históricas más amplias, los resultados siempre son coincidentes en ese sentido. Sin ánimo de ser exhaustivo[520], esa presencia de todos los grupos etarios está documentada en necrópolis como las de Santa María de Hito (Cantabria), con una secuencia que abarca desde el siglo VII al XI, aunque con cerca del 50% de las sepulturas de los siglos VII-VIII (Galera et alii, 1994); Tinto Juan de la Cruz (Pinto, Madrid), del siglo VI (Nielsen *et alii*, 1994); Camino de los Afligidos (Alcalá de Henares, Madrid), de los siglos VI-VII (Brandi y Robles, 1992); Gerena (Sevilla), de los siglos V-VIII (Campillo y Alvareda, 1987) o El Ruedo (Almedinilla, Córdoba), de los siglos III-VII(Gómez, 1997).

Tumbas y grupos de tumbas dispersos

Pese a la idea generalizada, que hace que pensemos en las necrópolis como las manifestaciones más representativas del mundo funerario en estos siglos, la realidad es sensiblemente distinta. O al menos lo es a partir de los siglos VII-VIII, cuando las tumbas o grupos de tumbas aisladas constituyen el tipo de espacio funerario más abundante en Europa[521] (Martín, 2014: 104).

Este tipo de enterramientos, que pueden encontrarse tanto en el ámbito urbano como en el rural, aunque abundan mucho más en éste, no han sido objeto de un especial interés por parte de la investigación hasta fechas recientes (Vigil-Escalera, 2013b: 11; Martín, 2014: 104-105).

indica lo mismo. Quizá sea, precisamente, esa rarificación de la presencia de objetos en las tumbas conforme avanza el siglo VII la que pueda estar distorsionando la imagen de las necrópolis y haciendo parecer que éstas llegan a su fin cuando, en realidad, prosiguen su vida, aunque reflejando –de forma inversa, por la escasez o inexistencia de ajuares– los cambios en las costumbres funerarias.

[520] De forma algo más detallada, en la necrópolis de A Lanzada (Pontevedra) (López Costas y Sánchez Pardo, 2016), por ejemplo, de 40 cuerpos estudiados 12 son varones y 11 mujeres, quedando sin determinar el resto, y en cuanto a sus edades, hay 17 subadultos, 14 entre los 20 y los 39 años, 7 mayores de 40 e incluso un individuo senil, de más de 61 años. En Veranes (Asturias), con una secuencia que va del siglo VI al XII, los grupos, por edades, son los siguientes: 51 perinatales, 263 infantiles, 44 juveniles, 88 adultos jóvenes, 145 adultos maduros, 269 adultos indeterminados y 18 seniles (González Martín *et alii*, 2016). Y en la maqbara de Pamplona (Navarra), de rito islámico y del siglo VIII, de 165 individuos identificados 72 son infantiles, 14 juveniles, 19 adultos jóvenes, 36 entre la treintena y los 44 años, 19 entre 45 y 54 y 5 mayores de 55 (De Miguel *et alii*, 2016).

[521] Aunque esta afirmación ha de ser manejada con cautela, teniendo en cuenta las razonables objeciones planteadas por E. Gutiérrez Cuenca (2015: 435-437) para el caso de las tumbas excavadas en la roca en el sur de Cantabria, que pueden ser extendidas al resto de territorios y tipos de sepulturas; principalmente, el carácter parcial de muchas intervenciones y la consiguiente visión incompleta de esos conjuntos y su entorno.

Con una distribución geográfica que abarca toda Europa, las interpretaciones manejadas para ellos han sido variopintas, centrándose, cuando están dentro de los lugares de hábitat, en la exclusión del cementerio de sus ocupantes, a los que por eso se les suponía un carácter marginal: esclavos, delincuentes, gentes que, por el motivo que fueran, habían sido expulsados de la comunidad de los vivos y eso reflejaba en la de los muertos[522]; o, para las tumbas aisladas, en su condición de reflejo de un poblamiento disperso (Martín, 2013: 105-106). Sin embargo, ninguna de esas dos opciones resulta convincente, ya que las sepulturas y los gestos funerarios detectadas en ellas no se diferencian de lo que resulta habitual en esos momentos, incluso en un mismo asentamiento[523]. Y, por otra parte, su vinculación, en algunas ocasiones, con aldeas y establecimientos concentrados no permite aplicar la segunda explicación con carácter general. También se ha propuesto un carácter privilegiado para este tipo de sepulturas, aunque solo parece que pueda sostenerse en algunos casos muy concretos (Vigil-Escalera, 2013b: 11-12).

Centrando el estudio de estas estructuras en un tipo y un marco geográficos muy concretos, las excavadas en la roca y la zona centro-occidental de la Península, I. Martín (2014; 2017) propone interpretarlas como evidencias de iniciativas de tipo familiar, llevadas a cabo por los pobladores campesinos de la zona y sin relación con edificios religiosos, en un momento en el que la iglesia aún no se ha hecho con el control de las costumbres funerarias en esa zona. En ese marco interpretativo -en la línea de lo planteado por Williams (2006) para la temprana Edad Media en las Islas Británicas- el papel de los ancestros y de su memoria resultaría crucial a la hora de cohesionar al grupo y de legitimar sus derechos sobre el territorio, siendo estas tumbas excavadas en la roca la manifestación material de ese papel (*Ibidem*, 2017: 231-233), "auténticos monumentos en el paisaje rural" destinadas a alojar únicamente los cuerpos de quienes estuvieran "destinados a ser identificados y recordados como ancestros" (*Ibidem*, 2013: 112-113). Tenga que ver o no con esa relación con los ancestros, reales o ficticios, y sus implicaciones socio-económicas, lo cierto es que la interpretación de tipo familiar ha sido sostenida por otros investigadores (*vid.* Vigil-Escalera, 2013b: 25) y parece bastante razonable, aunque no parece que se pueda extrapolar a todos los ejemplos.

Un ejemplo de yacimientos de este tipo sería el de la aldea madrileña de época visigoda de La Cabilda, ubicada en un ámbito serrano y donde pequeños conjuntos de tumbas excavadas en la roca se reparten por distintos afloramientos graníticos situados junto a las edificaciones, ya sean viviendas o edificios productivos, algo que también ha sido interpretado como el reflejo de agrupaciones familiares (Gómez Osuna *et alii*, 2018). Otro

[522] Un ejemplo checo, citado por J. M. Fontaine (2017: 487 y nota 88), ilustra este tipo de interpretaciones: las tumbas aisladas localizadas en la zona artesanal del asentamiento moravo altomedieval de Pohansko han sido vistas como propias de esclavos destinados al trabajo en esas instalaciones, esclavos que, además, serían paganos. Su doble condición de siervos e infieles estaría detrás, pues, de su exclusión del cementerio, aunque no hay nada en sus tumbas que las distinga de las de los campesinos o los propios artesanos para los que supuestamente trabajaban.

[523] Una de las características de esta modalidad funeraria es que puede convivir en un mismo asentamiento con una necrópolis.

similar, el contemporáneo de La Genestosa (Salamanca), donde las tumbas excavadas en la roca se reparten, aisladas o en pequeños grupos, siguiendo el curso del río y asociadas a estructuras de habitación cercanas (Martín, 2013: 112-113).



Grupo de tumbas aisladas en Quintanilla de An (Cantabria)

Ahora, tras lo expuesto en un capítulo anterior, creo que se pueden añadir a esta categoría algunos depósitos en cueva y abrigo que cumplen algunas de las principales características que la definen: su accesibilidad, su carácter aislado e individual, la existencia de sepulturas, similares a las de las necrópolis, excavadas en el suelo y la ausencia de objetos acompañando a los inhumados, que pueden ser de cualquier sexo y grupo etario. He propuesto esta identificación en los casos de la Balma de la Margineda, Roc del Migdía y la cueva del Assut de Bellús, aunque es posible que haya más, por lo que hay que dejar abierta la posibilidad de aumentar la lista en un futuro.

No puedo terminar sin señalar que, aunque pocas, existen algunas coincidencias entre este tipo de inhumaciones y los restantes depósitos sepulcrales en cueva. La más llamativa sería la exclusión del cementerio, que afecta a todos los cuerpos de las cuevas, pero solo a algunas de las variantes incluidas en esta categoría. Así, esta afirmación sería válida en relación a las sepulturas o grupos de ellas aisladas relacionadas con núcleos habitados que contasen con un cementerio comunitario, pero no para aquellas en las que solo se observa la presencia de pequeños grupos asociados a las distintas viviendas y estructuras de la aldea, como las de los ejemplos que hemos mencionado anteriormente. En esos casos no habría exclusión porque no habría una necrópolis central, sino muchas, presumiblemente de carácter familiar, repartidas por el poblado y sus alrededores. Volveré más adelante sobre el tema.

Inhumaciones en estructuras no funerarias o depósitos especiales

Dentro de esta categoría, el tipo de inhumación que ha adquirido más relevancia en los últimos años en el panorama arqueológico peninsular es el de los muertos en silos. Y lo ha hecho por su elevado número, ya que han sido detectados en más de treinta yacimientos repartidos por toda la Península y el sureste de Francia (Vigil-Escalera, 2013: 17), aunque es en Cataluña y Madrid donde se concentran la mayor parte de los ejemplos conocidos[524]. Este tipo de uso sepulcral de los silos es relativamente frecuente en otras zonas de Europa[525] durante la Tardoantigüedad y la Edad Media (*vid.* Vigil-Escalera, 2016: 116).

Los silos[526] son estructuras excavadas en el suelo, de perfil marcadamente globular y boca estrecha que permita su sellado mediante la colocación de una tapadera. En ocasiones pueden presentar añadidos en forma de muros de contención o suelos e incluso huellas de haber sido sometidos a la acción de fuegos intencionados en su interior. Asociados estrechamente a estructuras de habitación, principalmente de tipo campesino, aunque no solo[527], una vez que estos grandes contenedores de alimentos, generalmente de cereal, dejan de ser útiles para la que es su función primigenia, suelen ser amortizados como basureros. Su carácter excavado se presta, sin duda, para ese fin y resultan muy apropiados para deshacerse de todo tipo de despojos: vajilla cerámica o de vidrio rota, objetos metálicos defectuosos, restos de materiales constructivos, basura doméstica en general, animales muertos e incluso cadáveres de personas.

Gracias a los datos obtenidos en la zona que mejor ha sido estudiada hasta la fecha, Cataluña (*vid*. Roig, 2015), conocemos algunos detalles acerca de la disposición de los cuerpos, las edades y sexos representados o el carácter múltiple o individual de los enterramientos. La minuciosa investigación[528] realizada por J. Roig (*Ibidem*: 369 y ss.) demuestra que los cadáveres fueron arrojados sin ningún cuidado a los silos cuando estos ya se utilizaban como vertederos, en la mayoría de las ocasiones de forma individual, uno por agujero, aunque hay casos de varios individuos compartiendo la misma estructura; aunque no todos fueron echados dentro al mismo tiempo. La mayor parte de la muestra corresponde a sujetos adultos -sin determinar el tipo- e infantiles, siendo muy escasos los juveniles. Ambos sexos están representados, aunque el porcentaje de hombres es superior entre los que han podido ser identificados. Este panorama homogéneo no lo es tanto si se añaden los datos de Madrid (*vid*. Vigil-Escalera, 2013: 15 y ss.), donde a algunos

[524] Significativamente los lugares donde más aldeas de época visigoda han sido descubiertas y excavadas en los últimos años, lo que hace pensar en una presencia mucho más extendida por otras zonas, tanto aquellas en las que los ejemplos son mucho menos numerosos como aquellas otras en las que ni siquiera se han documentado aún.

[525] Algunos ejemplos eslovacos muy similares a los peninsulares de época visigoda, solo que fechados en los siglos IX-XIII pueden verse en Kaznakov, 2013: 129-135.

[526] Para un análisis completo sobre las principales características formales y la contextualización de los silos de época visigoda, *vid.* Vigil-Escalera, 2013c, a quien sigo en estas líneas.

[527] En Cataluña se han detectado, además de en aldeas la mayor parte, algunos casos en iglesias-monasterios e incluso uno en un obispado rural (Roig, 2019: 452).

[528] Sin duda un trabajo de referencia para el tema, tanto por la cantidad como por la calidad de la información que aporta.

yacimientos donde se repiten, más o menos, las pautas observadas en Cataluña, como Gózquez o El Pelícano, se suman otros dos, Berrocales-Ahijones y Congosto, en los que los cuerpos –cuatro en el primer caso[529] y dos, uno de ellos reducido a los pies del otro– fueron depositados cuidadosamente en el fondo, en posición de decúbito supino.

El porcentaje de los cuerpos hallados en los silos, zanjas y pozos respecto al total de las inhumaciones de época visigoda conocidas en Cataluña, alcanza el 6%: 89 frente a 1451 depositados en tumbas[530] (Roig, 2015: 389). A. Vigil-Escalera (2016: 119) calcula, si bien de forma aproximada, una proporción similar para el área madrileña. Se trata de unas cifras importantes, aun siendo minoritarias, que ilustran la importancia de un fenómeno prácticamente invisible hasta hace muy poco tiempo.



Cuerpos depositados en un silo en el yacimiento de Los Berrocales-Ahijones (Madrid) (Fotografía: A. Vigil-Escalera)

Gracias tanto a las dataciones absolutas como a las tipologías de objetos que aparecen junto a los muertos de los silos, el fenómeno ha podido ubicarse cronológicamente, en la

[529] En este caso el cuidado en la disposición de los cuerpos se aprecia claramente en el primero de los inhumados, que lo fue en solitario –los otros tres los fueron poco tiempo después y de forma simultánea– y para el que se amplió la base del silo excavando en una de sus paredes con el fin de acomodarlo (Vigil-Escalera, 2016: 119).

[530] Estos datos deben ser manejados, no obstante, con cierta cautela, ya que puede existir en ellos cierto sesgo derivado de las condiciones de conservación y la propia localización de algunos tipos de estructuras frente a otras.

zona mejor estudiada, Cataluña, entre los siglos V y VIII; "con un amplio predominio durante la época visigoda final, entre los siglos VII-VIII" (Roig, 2019: 461). Aunque el fenómeno tiene más recorrido temporal y se conocen algunos casos de los siglos IX y XI (Ripoll y Molist, 2014: 27), llama poderosamente la atención la coincidencia en el tiempo de estos enterramientos anómalos y los enterramientos en cuevas, con el mismo marco cronológico general –algo que tampoco debería resultar extraño, habida cuenta de que el periodo comprendido entre los siglos V y VIII es el de la propia Tardoantigüedad– y el mayor número de casos a finales de época visigoda, en los siglos VII-VIII.

Acerca de la interpretación de estas formas de tratamiento de cadáveres tan particulares[531], la que parece más aceptada en estos momentos es la que considera a estos muertos como esclavos (Roig y Coll, 2011; Vigil-Escalera, 2016). Apoyados en las diferencias de salud observadas entre los restos esqueléticos de la necrópolis y de los silos del asentamiento de Can Gambús, su formulador plantea que esas personas, una vez fallecidas, fueron arrojadas a los agujeros, al igual que la basura o los cadáveres de los animales que los acompañan en su interior (Roig, 2019: 461). Se trataría de "cosas" y como tal serían tratadas una vez muertas[532].

En cuanto a los posibles puntos débiles de esta hipótesis, el primero tiene que ver con los estudios de paleodietas, ya que el llevado a cabo en el yacimiento madrileño de Gózquez (García Collado, 2016: 73) –el único hasta la fecha– ha puesto de manifiesto, entre otras cosas, que no existen diferencias isotópicas apreciables entre los enterrados en la necrópolis y los arrojados a los silos[533]. O lo que es lo mismo, que de poder utilizarse la alimentación como un rasgo diferenciador válido entre población libre y población esclava[534], los cadáveres recuperados en los pozos de almacenamiento no pertenecerían a esta última y habría que buscar otra explicación para su papel como objetos de esa práctica. La otra opción es que, pese a que en la muerte sí existiese una diferenciación tan grande, con los primeros enterrados en el cementerio de la aldea y según el rito establecido y los segundos arrojados a agujeros convertidos en muladares, exactamente

[531] Otros autores señalan el carácter pragmático de este tipo de enterramientos, que aprovechan estructuras ya existentes en momentos de crisis o acontecimientos traumáticos para las comunidades que están en su origen (López Quiroga, 2010: 292-296).

[532] El estatus jurídico de los esclavos en época visigoda parece bastante más complejo y no solo no carecían de personalidad jurídica, sino que, en algunos casos, ésta se podía equiparar a la de un libre (Martin, 2013: 223-224).

[533] En realidad, aunque esa es una de las conclusiones del trabajo, la observación de los datos presentados en él (García Collado, 2016: 66, tabla 1) parece no coincidir exactamente con ella. Cuando se comparan los valores de ^{15}N -indicador del consumo de proteína de origen animal, o lo que es lo mismo en este caso, de carne- de los subadultos de la necrópolis con los de los subadultos de los silos, que son todos los analizados en el caso de Gózquez, la media, después de eliminar a los lactantes, es incluso algo mayor en los segundos que en los primeros. Concretamente de 10,1 frente a 9,5. Tal vez se trate de una diferencia estadísticamente irrelevante, pero, lo sea o no, hace los datos más llamativos aún si se considera esclavos a los niños con esos valores isotópicos arrojados a los silos. Volveré sobre ellos más adelante.

[534] Precisamente, una de las fórmulas propuestas para avanzar en el conocimiento de las desigualdades sociales es el de la identificación de patrones dietéticos diferenciables mediante los análisis de isótopos estables (Vigil-Escalera, 2013b: 31).

igual que los animales muertos, no la hubiera en vida. O al menos no en lo concerniente a la alimentación y al acceso a la comida, pues ambos grupos de personas, libres y presuntos esclavos, parecen haber tenido dietas muy similares, según esas analíticas[535].

También, frente a esa imagen uniforme del fenómeno caracterizada por el tratamiento de los cuerpos de los silos como despojos equiparables a animales muertos o basura doméstica, surge otra interpretación que, sin negar éste en la mayor parte de los casos, insiste en la multiplicidad de situaciones y de posibles causas detrás de este comportamiento relacionado con los muertos. Y lo hace apoyándose en los ejemplos mencionados más arriba de Berrocales-Ahijones y Congosto, casos –minoritarios pero relevantes– en los que los cuerpos han sido dispuestos en los silos de forma ordenada y siguiendo las disposiciones al uso en la época: decúbito supino, orientación W-E, etc, en lugar de ser arrojados a los hoyos de cualquier manera (Vigil-Escalera, 2013: 22; Roig, 2019: 458-461). Se trata de contextos en los que, a falta de estructura típica para ese uso, lo que sí se aprecia es un cuidado en la colocación de los cuerpos, algo que los distingue del resto y se abre a distintas interpretaciones, como la cercanía de estos últimos casos a la categoría de las sepulturas aisladas (Vigil-Escalera, 2016: 22).

Aceptando que una parte considerable de los esclavos de época visigoda pudieron terminar sus días arrojados a silos abandonados y zanjas, relegados a la condición de desechos equiparables a la basura doméstica o los animales muertos[536], puede pensarse también que este tipo de enterramientos podrían haber estado reservados a individuos de condición libre en determinadas circunstancias. Tras la comisión de ciertos delitos[537], por ejemplo, que les habrían acarreado el rechazo de la comunidad (Martín, 2013: 102) y la privación de sepultura como castigo[538]. Existe constancia documental, al menos desde finales del siglo IX en el mundo carolingio, de la pena de la privación de sepultura para

[535] Exactamente la misma situación detectada en los enterramientos de época vikinga de Flakstad (Noruega), donde los análisis isotópicos no han mostrado diferencias apreciables entre los inhumados y los presuntos esclavos -decapitados en todos los casos- que compartían sepultura con ellos (Naumann *et alii*, 2014). No parece, por tanto, que la dieta haya sido distinta según el estatus de cada uno.

[536] En realidad, la identificación de las tumbas de esclavos en estos siglos es una tarea tan complicada (*vid.* Fontaine, 2017: 483-488) que no se cuenta con referentes seguros con los que confrontar estos casos.

[537] Por ejemplo, una de las explicaciones que se han manejado para uno de los dos individuos descubiertos en el fondo de un silo de la aldea carolingia de del siglo IX de La Confiserie (Val-d´Oise) (Abadie *et alii*, 2013) es la de que hubiese sufrido un castigo especialmente cruel, una "*mutilation punitive*". Este sujeto presentaba una serie de marcas de corte en el cráneo compatibles con el desollamiento de su rostro con un cuchillo.

[538] G. Ripoll (1986: 45-46) sospecha que la prohibición de trasladar los cuerpos de suicidas y criminales ejecutados al sepulcro cantando salmos y de su recuerdo en el ofertorio encubre la privación de sepultura para estas categorías de fallecidos, cuyos restos acabarían en una fosa común establecida al efecto. Sin embargo, la fuente, el canon XVI del Concilio de Braga, no parece estipularlo así y se refiere, más bien, a la ausencia de los acompañamientos religiosos: "*nulla illis in oblatione commemoratio fiat neque cum psalmis ad sepulturam eorum cadavera deducantur*" ("no se haga ninguna conmemoración a ellos en la ofrenda ni sean conducidos sus cuerpos a la tumba con salmos")

los excomulgados[539], que serían tratados tras su muerte "*more asini*", a la manera del asno[540]; es decir, arrojados a vertederos (Ripoll y Molist, 2014: 18). E incluso hay un testimonio anterior, de finales del siglo VI, en los *Diálogos* del papa Gregorio Magno, donde éste cuenta la historia de un monje -ladrón confeso y arrepentido- que, al morir, fue mandado arrojar a una fosa cavada en el estercolero junto con las tres monedas de oro que hurtó[541] (Effros, 1997: 3 y nota 9).

Esa privación puede tener su importancia a la hora de interpretar el fenómeno, ya que resulta chocante, al menos desde un punto de vista religioso, que "un acto impío e intolerable" (Pinar y Turell, 2007: 143) como era ésta –al igual que la profanación– se aplicase a cristianos. Porque una porción –probablemente la más numerosa– de los esclavos eran católicos, algo que conocemos gracias a las prohibiciones legales de tener siervos de esa condición destinadas a los judíos (King, 1981: 160-161).

Cuando J. Roig (2019: 461) dice que, según esta propuesta, "esta práctica y trato funerario diferencial y excluyente obedecería a una posible condición servil en régimen de esclavitud de determinados individuos y de un grupo poblacional, dentro del marco de la sociedad visigoda", resulta difícil no pensar en los judíos del reino de Toledo. Ese "grupo poblacional" fue reducido en masa a la esclavitud por un decreto del rey Ervigio en el año 694, tras ir perdiendo sus derechos cívicos de forma paulatina a lo largo del siglo VII (Martin, 2013). Puede parecer que lo tardío de esa esclavización deja un margen cronológico muy estrecho entre el decreto y la caída del reino visigodo como para poder explicar el origen judío y la condición de esclavo de buena parte de los muertos de los silos. Sin embargo, quizá ese problema pueda solventarse a partir de la información proporcionada por otras leyes antijudaicas del siglo VII, promulgadas por Sisebuto y Recesvinto, respectivamente. La primera, al tratar sobre los esclavos de amos hebreos, condena a aquellos que se hubieran convertido al judaísmo y no renegasen de él a ser entregados a un cristiano como siervos a perpetuidad ("*christiano, cui a nobis iussum fuerit, perpetuo servitio servituri subdantur*"), después de ser azotados en público e ignominiosamente decalvados[542]. La segunda, al definir las penas de lapidación o muerte en la hoguera para los judíos que vulneraran las leyes establecidas contra ellos, deja abierta la posibilidad de que el rey sustituyese esos castigos capitales por la conversión en esclavos de quien éste decidiera ("*ille qui placuerit serviturus a rege donetur*")[543]. Es decir, que antes del decreto de Ervigio podía ya existir un número apreciable de esclavos

[539] Aunque desconozco si la privación de sepultura también era sufrida por los excomulgados en el mundo visigodo, lo cierto es que la pena de excomunión aparece con cierta frecuencia destinada a castigar delitos considerados especialmente graves, incluso de tipo político (Sanz, 1986).

[540] El origen de esa expresión, que se refiere a arrojar el cadáver a un vertedero y/o abandonarlo expuesto a las alimañas, está en la Vulgata, en Jeremías XXII, 19, cuando se dice que Joaquín, rey de Judá "*sepultura asini sepelietur, putrefactus et projectus extra portas Jerusalem*" ("será enterrado en la sepultura del asno, putrefacto y arrojado fuera de las puertas de Jerusalén") como castigo por sus pecados.

[541] "*Cum vero mortuus fuerit, corpus illius cum fratrum corporibus non ponatur, sed quolibet fossam in sterquilinio facite, in ea corpus eius proicite, ibique super eum tres áureos quos reliquit iactate*".

[542] *Lex Wisigothorum* XII, 2, 14.

[543] *Lex Wisigothorum* XII, 2, 11.

judíos –de nacimiento o conversos a esa religión– que se multiplicaría tras esa ley, en los últimos años del siglo VII y los primeros del VIII; que es, curiosamente, el momento en el que parecen fecharse la mayor parte de los muertos de los silos. Esclavos infieles[544] para los que la privación de sepultura tras su muerte no supondría ningún problema de orden moral y cuyos cadáveres podrían ser arrojados a los vertederos como auténticos desperdicios.

Al margen de esas consideraciones, en algunos casos parece rastrearse en estos contextos la acción de una epidemia o enfermedad contagiosa que provocase una rápida y gran mortandad. Encontramos el que posiblemente sea el mejor ejemplo en Gózquez, con un silo al que fueron arrojados simultáneamente cinco niños de entre 7 y 9 años y varios animales domésticos, así como varios recipientes cerámicos, a finales de época visigoda, entre finales del siglo VII y algún momento del VIII (Vigil-Escalera, 2013b: 281). Resulta imposible, a la vista de las características de este enterramiento –enterramiento múltiple simultáneo, población infantil, presencia de cerámicas, datación tardía–, no pensar en algunas de las cuevas que estamos estudiando y en la posible relación que podría existir entre ellos, por lo que volveremos sobre este ejemplo más adelante.

Finalmente, tampoco hay que descartar que algún tipo de "mala vida" o de "mala muerte" esté detrás de parte de los muertos de los silos. Un testimonio checo tardío, del siglo XVI aunque narra algo sucedido en el XIV y recogido por V. Kaznakov (2013: 197-198), podría contribuir a arrojar algo de luz acerca de esos muertos arrojados a hoyos. Cuenta la historia de la mujer de un alfarero, quien, al ser considerada una bruja que tenía pactos con Satán, fue privada de un enterramiento en suelo sagrado y "arrojada a una zanja como un perro".

Esta categoría, a diferencia de la anterior, cuenta con alguna cosa más en común con las cuevas con uso sepulcral. En primer lugar, la exclusión del cementerio, indiscutible en ambos casos y que está en el origen de la segunda: que se trata de inhumaciones en estructuras cuyo fin originario no era el de albergar cuerpos, en el caso de silos, pozos, fosas y demás hoyos artificiales; y de depósitos en lugares que, en principio, tampoco tienen una finalidad funeraria[545], como son las cuevas. Aunque, de nuevo y pese a algunas otras coincidencias puntuales o de caso, las diferencias son grandes y separan ambas categorías, ambas podrían considerarse como "sepulturas atípicas", como veremos más adelante.

[544] Los esclavos judíos no tienen por qué ser los únicos no cristianos en la Hispania de época visigoda, pudiendo haber también paganos e incluso musulmanes, llegados a través de las vías comerciales

[545] El concepto "estructura", en realidad un anglicismo en la acepción con la que lo utilizamos en este tema, implica que se trata de algo artificial, construido por la mano humana. Obviamente, eso descarta completamente su aplicación a las cuevas naturales.

3.3 CONCLUSIÓN: LAS CUEVAS SEPULCRALES DE ÉPOCA VISIGODA, SEPULTURAS ATÍPICAS

CARACTERIZACIÓN DE LAS CUEVAS SEPULCRALES

Llegados a este punto, creo que es posible hacer una caracterización, bastante aproximada, de las cuevas con uso sepulcral en época visigoda y que se basa en los siguientes aspectos: la localización de los yacimientos, la morfología de las cuevas, el carácter generalmente colectivo de los enterramientos, la presencia mayoritaria en ellos de individuos jóvenes, la presencia de elementos relacionados con la vestimenta y el adorno personal y también de objetos de la vida cotidiana, herramientas y armas y, finalmente, las evidencias de prácticas mágico-supersticiosas, entre las que se incluye la destrucción de parte de los restos humanos.

Lo primero -y obvio- que hay que decir acerca de la localización de estos yacimientos es que el uso de las cuevas como lugar de depósito de cadáveres es un fenómeno eminentemente rural, ya que difícilmente pueden encontrarse cavidades naturales en el interior de los recintos urbanos. Y, precisamente por eso, ese uso ha de estar relacionado con poblaciones que habitan en esos entornos rurales, principalmente en aldeas o granjas, aunque también puede que en asentamientos fortificados o *castella*. Discernir entre unos u otros tipos de asentamientos como lugares de habitación de las comunidades o grupos responsables del depósito de esos cuerpos en las cuevas puede ser importante a la hora de interpretar el fenómeno. Al igual que concluir la posibilidad de que esa relación exista con todos ellos, indistintamente de su tipo y tamaño. Lamentablemente, en el estado actual de las investigaciones no es posible establecer de forma mínimamente segura esa relación en ninguno de los casos. Ya se han mencionado en otro apartado tres -Cueva Foradada, Cova de Can Sant Vicenç y, con más dudas, Riocueva- en los que existen indicios en ese sentido, aunque solo la realización de trabajos arqueológicos -que ni están en marcha ni parece que lo vayan a estar- podría arrojar algo de luz en este asunto.

En cuanto a consideraciones a una escala mucho mayor, es importante destacar que el fenómeno tiene unas dimensiones globales, territorialmente hablando. O, al menos, globales para los territorios del reino de Toledo, básicamente la Península y el sureste de Francia[546]. En contra de lo que sostienen los partidarios de visiones reduccionistas sobre el tema, el uso sepulcral de las cuevas en los siglos VI-VIII no está restringido a ningún territorio peninsular concreto, en este caso a la zona cantábrica, sino que se documenta prácticamente por toda la zona objeto de estudio. Y, de hecho, muy probablemente los vacíos territoriales en sus mapas de dispersión se deban a la falta de estudios, prospecciones y dataciones absolutas de materiales procedentes de intervenciones antiguas en cuevas en esas zonas. Lamentablemente, se trata de un tema poco estudiado

[546] Aunque, como ya se ha señalado, existen ejemplos otras zonas del sur de Francia e incluso en Baleares, fuera ambos territorios de las fronteras políticas del reino visigodo, aunque muy cercanos los dos.

y que apenas suscita interés entre los investigadores, por lo que el goteo de nuevos hallazgos que vayan completando el mosaico territorial será, sin duda lento. Pero será.

En términos generales, nos encontramos casi siempre ante cavidades de difícil acceso, con bocas de pequeño tamaño, a veces meros agujeros, por las que en ocasiones hay que pasar agachado o, directamente, reptando. En algunas de ellas, existen también en su interior pasos estrechos y agaterados por los que, de nuevo, es necesario arrastrarse o progresar de rodillas o acuclillado. Hay cuevas en las que el asunto se complica aún más, ya que para acceder a la zona en la fueron depositados los cuerpos hay que descender una o varias simas profundas, de varios metros de caída, que conectan distintos pisos del sistema. Son zonas localizadas muy al interior de las grutas, en lugares a los que no llega la luz del exterior y hasta donde sólo se accede tras un recorrido subterráneo relativamente largo y dificultoso[547]. Y transportando cadáveres, lo que, sin duda, hubo de multiplicar los problemas. En algunos casos, la propia localización de las bocas en cortados o laderas abruptas, hasta las que resulta complicado llegar y en las que cuesta transitar, incrementa sensiblemente esa dificultad. Y es que ese parece haber sido, precisamente, el criterio general de selección de las cuevas y los lugares en su interior en los que depositar los cuerpos: la dificultad; provocada por alguno o varios de los condicionantes topográficos y geológicos que acabo de mencionar. Una dificultad que, conviene tenerlo muy presente, implica un esfuerzo más que notable a la hora de introducir los cuerpos -y el resto de elementos- en la cueva y trasladarlos hasta esos lugares recónditos. Y que sólo puede estar relacionada con la intención de alejar lo más posible esos cuerpos del exterior y, por tanto, del mundo de los vivos, como veremos con más detalle más adelante.

La presencia de estructuras artificiales ha sido documentada en varios de los yacimientos. Esta categoría puede dividirse en dos tipos principales: muros de cierre de diverso tipo y tumbas. Estas últimas sólo están presentes de forma evidente en dos de los casos, aunque podría haber un tercero. Los dos primeros son los abrigos de la Balma de la Margineda y de Roc del Migdia, donde se documentaron sendas tumbas de fosa con murete adosadas a la pared rocosa. Se trata de algo completamente extraño en el resto de las cuevas, donde los cadáveres, siempre que ha podido ser establecido, fueron depositados sobre el propio suelo de la cavidad; salvo en la cueva del Assut de Bellús, donde el único cuerpo documentado parece hacer estado enterrado, quizá también en una fosa delimitada por piedras y apoyada en la pared de la gruta, aunque ese último aspecto no está muy claro. En los dos primeros casos, las propias características de los abrigos, poco profundos, amplios y abiertos al exterior, los diferencian del resto de cavidades que estamos viendo. La presencia en ellos de esas tumbas "al uso" incide en esa diferenciación, contribuyendo a alejar esos dos yacimientos del conjunto de cuevas sepulcrales de los siglos VI-VIII en la Península y el sureste de Francia. Atendiendo a sus características podrían integrarse en la categoría de "Sepulturas dispersas o en pequeños grupos", una de las tres señaladas

[547] Cualquiera que haya visitado alguna vez una cueva puede darse cuenta de las dificultades que entraña la circulación por su interior, incluso en aquellas preparadas para la visita. Hay que tener en cuenta, además, que esa circulación se realizaba a la luz de teas, antorchas y, quizá, lámparas de aceite, con todo lo que eso implica en el aumento de la dificultad.

por A. Vigil-Escalera (2013: 12 y ss.) para los siglos V a VIII[548]. Este tipo de tumbas se caracterizan, principalmente, por ser tipológicamente indistinguibles de las de las necrópolis y por localizarse en las proximidades de éstas o de las zonas de habitación. En nuestros casos, la primera de las características está presente en ambos, con tumbas de fosa con murete que no difieren de las de cualquier cementerio de la época, salvo por estar apoyadas en las paredes de los abrigos. En cuanto a la segunda, a la de La Balma de La Margineda tal vez se la pueda relacionar con la fase tardoantigua, de los siglos V-VII, del poblado medieval de La Roureda de La Margineda, situado aproximadamente a 1 km al norte, en el mismo valle[549] (Vidal y Alegria, 2015: 762-763).

La relación entre el enterramiento del Assut de Bellús y los abrigos que acabamos de ver no está clara, aunque es evidente que los tres tienen algunas características comunes: su accesibilidad, la presencia de estructuras funerarias en las que se depositan los cadáveres y el hecho de que, en todos los casos, estemos ante un único cuerpo. La principal diferencia estriba en sus cronologías, significativamente más antiguas en el caso de los abrigos y encuadrable en la última -y mayoritaria- fase de uso sepulcral de cuevas en el de la caverna. Me parece probable, no obstante, que se trate de un ejemplo tardío y en cueva del mismo modelo representado por los dos abrigos y que, por tanto, haya que incluir a los tres en un mismo grupo diferenciado del resto.

Otra categoría de estructuras artificiales la constituyen los muros de cierre, y dentro de estos podemos distinguir entre los muros que sellan pasos o entradas o los que, complementados con las propias paredes de las cavidades, sirven para dar forma a cámaras sepulcrales. Del segundo tipo serían los del abrigo de Los Praos y el de *Contrebia Leucade*, el primero aprovechando una pequeña oquedad natural y el otro una cueva artificial de época celtibérica. En ambos casos, su carácter semi o completamente artificial les separa del resto de los yacimientos y hace que puedan constituir un grupo propio, atendiendo a sus peculiares características morfológicas. Como veremos, en los dos su función fue la de alojar enterramientos múltiples, aunque en el de la cavidad riojana las circunstancias parece que desbordaron ampliamente el plan inicial y terminó por convertirse en algo muy parecido a una sepultura de catástrofe (Hernández Vera *et alii*, 2007:113). En el caso valenciano, aunque las circunstancias de la inhumación parece que también hayan obedecido a una muerte catastrófica, la cámara fue sellada tras el primer -y ordenado- depósito y no se volvió a utilizar (SIP, 1974: 112). Este aspecto puede estar marcando una diferencia entre ambos lugares, incidiendo en el carácter familiar del segundo y comunitario -o, al menos, de su uso final- en el segundo, donde el número de

[548] Las otras dos serían las grandes necrópolis o cementerios comunitarios, obviamente, y las inhumaciones en estructuras no funerarias o depósitos especiales (Vigil-Escalera, 2013: 10)

[549] Según sus publicadores (Vidal y Alegria, 2015: 763), los restos de esa fase son escasos y no van más allá de indicios de alguna estructura y materiales cerámicos sueltos. Esto es debido al arrasamiento que sufrieron en periodos posteriores, con el fin de adaptar la zona para nuevas y mayores construcciones. En cualquier caso, lo más probable es que se tratase de un establecimiento menor, de poca entidad y subordinado al principal centro de poblamiento de la zona, El Roc d´Enclar

cuerpos que puede estimarse a partir de las fotografías parece sobrepasar con creces lo esperable para una unidad doméstica.

Finalmente, encontramos muros -generalmente de piedra en seco, aunque en Calero II los bloques están trabados con arcilla- que cortan el paso, sellan zonas o impiden la entrada a cuevas naturales en varios casos. Su estado de conservación, normalmente, es malo, habiendo sido parcialmente destruidos durante exploraciones o visitas a las cuevas a lo largo del tiempo. Aunque sólo se han documentado con toda seguridad en Cueva Foradada, Las Penas y Pic d´Alian, además de en Calero II, y puede proponerse su existencia también en Los Hornucos, es probable que sus restos hayan pasado desapercibidos en otras cuevas, dada la falta de exploraciones sistemáticas y de publicaciones detalladas.

Cuando ha sido posible conocer el número mínimo de individuos presentes en las cuevas y establecer si nos encontramos ante enterramientos colectivos o individuales, el resultado ha sido siempre favorable a la primera opción. Es así con toda seguridad en los casos de Riocueva, La Garma, Las Penas, Cueva Foradada, Los Goros, Riscos de la Escaleruela, La Condenada, Contrebia Leucade, Ancêtres y Abrigo Da Carrasca. Y muy probable en los de Portillo del Arenal[550], Cueva Larga[551] y el Juyo[552].

Dentro de este grupo, no obstante, observamos algunas diferencias, ya que el número de individuos depositado en cada una de las cavidades es muy variable, con casos en los que apenas se ha documentado un par y otros en los que aquellos se cuentan por decenas[553]. Su distribución en el interior de las cuevas también es compleja: en unas ocasiones los cuerpos están repartidos por galerías y zonas amplias y en otras han sido amontonados en espacios muy reducidos. E incluso hay algunos en los que se combinan ambas estrategias.

[550] La localización de dos broches de cinturón apunta a la presencia de al menos dos individuos distintos en la cavidad. Las tres puntas de huso y los cuatro cuchillos permiten suponer un número aún mayor de ellos.
[551] En este caso, los elementos relacionados con el atuendo y el adorno personal son menos significativos, aunque podría pensarse en al menos dos individuos: uno masculino para la hebilla de hierro con costados deprimidos y otro femenino para el pendiente. La elevada cantidad de individuos recuperados en la cueva permite suponer que, ya que parece que no todos, al menos sí una parte significativa podría datar de época visigoda
[552] Creemos que los restos humanos de El Juyo pueden fecharse en época visigoda tanto por su asociación directa a las cuentas de collar -para cuya interpretación seguimos las opiniones de González Echegaray y Martínez Santaolalla (González Echegaray y Freeman, 2015: 68)- como entre sí, ya que los cuatro aparecieron juntos en la misma sala y sin presencia de más elementos de cultura material que remita a otros periodos.
[553] Al menos 2 individuos seguros en Riscos de la Escaleruela y Abrigo da Carrasca y otros tantos supuestos en Portillo del Arenal y Cueva Larga. A partir de ahí, 4 en Los Goros y el Juyo, 5 en Ancêtres, 5 más 2 en La Garma, un mínimo de 8 en Riocueva, 13 en Las Penas y aproximadamente 25 en Cueva Foradada. De *Contrebia Leucade* o La Condenada no cuento con datos precisos, aunque estamos hablando, casi con toda seguridad, de decenas.

La única excepción sería el caso de la cueva del Assut de Bellús[554], cuyas peculiaridades se acaban de comentar y sobre el que se tratará con más detalle más abajo.

En los pocos casos en los que contamos con estudios antropológicos[555], los datos obtenidos señalan que nos encontramos ante individuos caracterizados por su juventud. Los datos sueltos o las observaciones de ese tipo procedentes de otro puñado de yacimientos parecen ratificarlo. O al menos no lo contradicen, a la espera de estudios más detallados. De los primeros podemos citar Riocueva, Las Penas y Cueva Foradada, con representación de ambos sexos, numerosa presencia de individuos infantiles y jóvenes, incluyendo perinatales, y ausencia total de sujetos mayores de 35 años. El caso de La Garma es muy similar, compuesto exclusivamente por individuos juveniles y algún infantil. Entre los segundos, en Ancêtres se mencionan una mujer adulta -sin especificar más- y varios infanto-juveniles; en El Juyo una mujer y tres niños y en Los Goros cuatro individuos, uno de ellos adolescente. Para los demás casos, o no contamos con datos o los que hay no distinguen entre muertos de época visigoda y de otros momentos anteriores, por lo que no resultan útiles. Hasta la fecha, los únicos elementos discordantes y que se salen de esta pauta son dos: uno de los individuos datados en Riscos de la Escaleruela, un adulto maduro, de entre 40 y 50 años de edad; y otro, esta vez procedente de Los Praos y cuyo cráneo fue objeto de un estudio específico, con una edad que se estima en unos 40 años. El caso de Los Praos es peculiar, como veremos, y merece un tratamiento aparte; así que quedaría como única excepción conocida hasta la fecha el individuo de la cueva conquense.

Cuando existe una reutilización de los espacios sepulcrales subterráneos, como ocurre durante la Prehistoria Reciente, se observa la agrupación de los restos de los primeros cuerpos depositados en las cavidades, generalmente formando paquetes con los huesos largos y colocando estos y los cráneos en lugares -junto a las paredes, por ejemplo- donde no ocupen espacio y, de ese modo, puedan depositarse nuevos cadáveres en el lugar que estos ocupaban con anterioridad. Como ya se ha comentado anteriormente, algo parecido sucede en algunas tumbas de inhumación de época visigoda y posteriores, donde los restos del ocupante anterior -o los ocupantes anteriores- pueden ser reducidos de forma similar y colocados a los pies del nuevo inquilino de la sepultura. Se trata de una práctica que tuvo un gran predicamento a lo largo de la Tardoantigüedad y la Alta Edad Media, como atestiguan los innumerables ejemplos arqueológicos conocidos. Este comportamiento, salvo en los casos de usurpaciones condenados por la Iglesia, parece relacionado con unidades familiares y con la memoria de los difuntos pertenecientes a éstas, que es mantenida por los vivos, quienes quieren ser enterrados, a su muerte, en las mismas tumbas que sus antepasados. Sin embargo, en las cuevas con uso sepulcral entre los siglos VI y VIII no se ha documentado nada semejante, algo que contrasta tanto con

[554] Siempre considerando que la cueva albergaba, únicamente, un enterramiento individual y no varios. Aunque esta última opción me parece muy poco probable, atendiendo a los detalles de la excavación publicados, en caso de confirmarse la presencia de más cuerpos habría que reconsiderar esta interpretación del yacimiento e incluirlo de nuevo en el grupo general

[555] Se ha prescindido de los resultados del estudio de Cueva Larga, por motivos que ya han sido señalados con anterioridad

lo visto en la Prehistoria Reciente como con lo que sucede en las necrópolis en esos momentos, como acabo de comentar. Podría pensarse que esa ausencia de reducciones y concentraciones de huesos tenga que ver tanto con la abundancia de espacio como con la falta de una gran presión para ocupar éste. Esto último puede ser correcto en algunos casos, aunque en otros se documenta la presencia de un elevado número de individuos agrupados -amontonados, según algunas interpretaciones- en zonas muy restringidas. Es el caso, sobre todo, de Cueva Foradada, aunque también de algunas de las agrupaciones de restos de Las Penas y, muy probablemente, de los de La Condenada. Esta diferencia entre unos y otros casos podría estar señalando un aspecto importante para la interpretación del fenómeno. En los de los amontonamientos, esa ausencia de reducciones indicaría que el enterramiento es múltiple y se produjo de forma simultánea o en un periodo de tiempo tan breve que no hizo falta ir readaptando el espacio sepulcral a la entrada de nuevos cadáveres: se les introdujo a todos de golpe -o casi- y se dejó de utilizar la cavidad. En otros casos, hay muy pocos individuos repartidos por zonas muy amplias de la cueva, grande de por sí, lo que parece indicar un "goteo" de enterramientos, en lo que podría ser una selección intencionada de los -escasos- individuos que van a ser depositados en su interior.

Otros elementos relacionados con la presencia en una cueva de enterramientos de época visigoda son los objetos que tienen que ver con la vestimenta y el adorno personal. Son especialmente importantes dentro de la primera categoría -y sobre todo para momentos tardíos- los broches de cinturón[556]. Más adornos indicativos, ya de la segunda clase, pueden ser los anillos y los pendientes, aunque suelen ser más difíciles de detectar. En cualquier caso, la presencia de cualquiera de ellos o de otros similares y con la misma función en el interior de una cueva puede estar indicando que hubo una "inhumación vestida" en su interior. Centrándonos en los modelos hispanovisigodos tardíos, los de tipo liriforme, hay que tener en cuenta que, fuera de las cuevas, este tipo de materiales aparecen fundamentalmente en dos tipos generales de yacimientos: los funerarios y los de hábitat. Comenzando por los segundos, hay constancia del hallazgo de broches -o partes de ellos- de esta clase en todo tipo de establecimientos, desde granjas y aldeas[557] hasta ciudades[558], pasando por *castella*[559] y complejos monásticos[560]. En cuanto a los primeros, su presencia en las tumbas es relativamente habitual y está relacionada con la indumentaria del difunto y con la -tantas veces mencionada a lo largo de este trabajo-

[556] Hay que tener en cuenta que este tipo de guarniciones constan de varios elementos -placa, hebilla, hebijón- que, en muchas ocasiones, se localizan por separado; no porque hayan sido introducidos de esa manera en la cueva sino debido a los numerosos procesos postdeposicionales -frecuentación humana, actividad de animales cavadores y, sobre todo, la acción del agua- a los que estos depósitos subterráneos han estado expuestos a lo largo del tiempo

[557] Por ejemplo, la de Aistra (Álava) (Quirós, 2011: 38) o la de El Pelícano (Madrid) (Vigil-escalera, 2011: 49 y 53)

[558] Como el Tolmo de Minateda, la Elo visigoda (Gamo, 2002)

[559] Fortificaciones como la del Castillo de los Monjes, con varios ejemplares (Tejado, 2011) o Monte Cildá, con al menos un par (Ruiz, 1993: 273-274) por señalar sólo dos ejemplos

[560] Como el de El Bovalar (Lérida), con un importante lote de piezas de este tipo procedentes de los espacios domésticos (Palol, 1986)

costumbre de enterrar vestidos a los muertos, en lugar de envueltos en un simple sudario, como será la norma posteriormente (Gutiérrez Cuenca, 2015: 593 y ss.). Dicho esto y como ya se ha comentado, hay pocas opciones para explicar la aparición de este tipo de guarniciones de cinturón en el interior de cuevas con escasas o nulas condiciones de habitabilidad ni evidencias de haber sido ocupadas con ese fin, más allá del olvido accidental de un objeto que resulta ciertamente difícil perder de forma azarosa[561]. Si a ello unimos el hecho de que, en contextos sepulcrales de ese tipo bien estudiados y documentados, la presencia de esos objetos es relativamente habitual, parece sencillo -y apropiado- concluir que toparnos con uno en uno de esos ambientes subterráneos puede estar indicando que nos encontramos ante otro enterramiento en cueva.

Obviamente, no todas las inhumaciones en grutas de época visigoda fueron "vestidas", en el sentido en el que estamos utilizando el término. Algunos de los restos datados por radiocarbono en estos momentos no parecen haber estado asociados a elementos relacionados con el atuendo y el adorno personal. Y en los casos en los que el número de individuos es elevado se observa que sólo una parte portaba, por ejemplo, un broche de cinturón, unos pendientes o un anillo, mientras que otros parecen haber sido depositados sin ningún acompañamiento de objetos. Si pensamos en la Galería Inferior de La Garma, de los cinco individuos localizados en ella sólo uno vestía un cinturón con broche cuando fue depositado en la cueva. El caso de Cueva Foradada es tan ilustrativo o más que el anterior, con unos 25 cuerpos amontonados en la zona sepulcral y donde únicamente se documentó un broche de cinturón y, junto a él, se recogieron tres anillos, un pendiente y tres cuentas de collar[562].

La presencia de ese tipo de objetos en esos contextos tan particulares, a la luz de lo que hemos observado en los casos mejor estudiados y tal y como se ha razonado con anterioridad, puede ser un buen elemento para suponer la presencia de enterramientos. Quizá no en todos los casos, pero, con toda seguridad, en un buen número de ellos; especialmente en los que cumplan algunas de las otras condiciones que estamos viendo y que los caracterizan. Dicho esto, todo apunta a que hay una parte del fenómeno que no es evidente y que muy probablemente se nos esté pasando por alto: la de esos muertos "sin vestir" que no fueron identificados en su momento, ni, por supuesto, tampoco fechados por radiocarbono. Y que pasaron a engrosar las colecciones de los museos etiquetados, genéricamente, como de la Prehistoria Reciente. Una pequeña parte de ellos comienza a aflorar con las dataciones realizadas sobre muestras tomadas de esas colecciones, procedentes de excavaciones o recogidas antiguas[563], como ha ocurrido en los casos del

[561] No olvidemos que el cinturón que cierra y decora sujeta el pantalón, algo que permitió a Gonçalves (2008: 138) realizar incluso una broma de dudoso gusto al tratar de explicar la presencia de una placa liriforme en la cueva de las Furnas do Poço Velho de Cascais

[562] Es probable que durante las visitas incontroladas a la cueva previas a su excavación se recogiesen otros materiales de este tipo de cuya presencia en el yacimiento no ha quedado registro. En cualquier caso, su número no pudo ser tan grande como para alterar la idea general que se maneja.

[563] Al igual que en las cuevas, ese mismo fenómeno se ha documentado en algún monumento megalítico de cronología prehistórica, como el de Las Alparatas 1 (Almería), con una inhumación fechada en los siglos VI-VII (Lorrio y Montero, 2004: 107)

Abrigo da Carrasca, la Coveta de l´Heura o La Sarsa, aunque la lógica dice que tienen que ser bastantes más. Eso no implica que haya existido un uso sepulcral masivo de las cuevas en esos momentos, ni mucho menos, pero sí que el fenómeno ha tenido que ser, necesariamente, más amplio y que todos los estudios que hagamos de él van a ser, también necesariamente, parciales.

La presencia de materiales relacionados con las actividades cotidianas de los inhumados es otra de las características de estos yacimientos, o al menos de una parte de ellos. Se trata, fundamentalmente, de útiles y herramientas, de cerámicas de cocina y recipientes de distinto tipo e incluso, en algún caso, de armas. Dentro de los primeros destacan, en las cuevas cántabras mejor estudiadas, los instrumentos relacionados con el trabajo textil, como los husos. Los pequeños ganchos de hierro -o bronce, en un caso- que rematan en ocasiones este tipo de objetos están representados en varias de las cuevas con uso sepulcral comprobado. En el caso, por ejemplo, de Calero II y, en cierto modo también, de Portillo del Arenal, su presencia en ellas es otro argumento a favor de la presencia de enterramientos de época visigoda, aunque en la segunda los indicios en ese sentido son mucho más numerosos. Otro tanto puede decirse de la cerámica, significativamente de los recipientes de tipo olla, aunque su detección en contextos subterráneos está abierta a otras interpretaciones que no tienen por qué estar relacionadas con lo sepulcral. De hecho, fue la aparente asociación de cerámicas de ese tipo a restos humanos lo que nos llevó, en 2010, a la toma de muestras con la que dimos comienzo a los trabajos de campo del Proyecto Mauranus. De la batería de dataciones sólo en un caso obtuvimos un resultado positivo, en Riocueva, mientras que el resto de los huesos fechados resultaron ser de la Prehistoria Reciente (Gutiérrez Cuenca y Hierro, 2010-2012).

En este punto es importante volver a señalar que, en algunas ocasiones, la presencia de numerosos útiles y herramientas metálicas en una cueva puede interpretarse de otra manera completamente distinta a la que estamos tratando aquí: como la evidencia del ocultamiento de objetos de ese tipo. Recientemente, C. Fernández Ibáñez (en prensa) ha señalado la existencia de esos depósitos en cuevas desde época tardorromana, en lo que no sería sino el traslado a contextos subterráneos de un comportamiento que parece haber sido muy habitual fuera de ellos en esos momentos. Se conocen numerosos atesoramientos similares enterrados en hoyos o introducidos en grandes recipientes cerámicos en casi cualquier lugar: en pleno campo, en el suelo de casas e incluso en el interior de tumbas. Algunas cuevas, por sus particulares condiciones, se prestan a ser utilizadas como escondites y a ocultar cosas en su interior[564]. De las cavidades que

[564] Branigan y Dearne (1992: 17) señalan una categoría de cuevas escondrijo ("hideaway") dentro de su clasificación de las cavidades británicas con uso en época romana. En su descripción de sus características no señalan la presencia de ocultaciones de objetos metálicos, aunque, para el momento que nos ocupa ese tipo de lotes quizá puedan incluirse en lo que estos autores denominan "valuables" (*Ibidem*: 29) y cuya presencia en esas cuevas permite interpretarlas de esa manera. Otra de las categorías que manejan relaciona la presencia de herramientas especializadas en una gruta con su uso como taller artesanal (*Ibidem*: 16-17), aunque no parece que ninguna de las cavidades que estamos estudiando reúna las condiciones necesarias para ser catalogada de esa manera.

estamos viendo en este trabajo, quizá hasta en cuatro de ellas podamos encontrarnos con ocultamientos de objetos metálicos: Los Hornucos, El Asno, Cudón y Cueva Larga.

De todas formas, el uso como escondite no invalida el sepulcral, ya que ambos no son, ni mucho menos, incompatibles. Al contrario, la presencia de muertos en el interior de las cuevas convierte a éstas en lugares más seguros para guardar cosas, ya que a la propia discreción del lugar hay que añadir el efecto disuasor que la presencia de cadáveres seguramente ejercería sobre buena parte de los posibles saqueadores. Aparte de que, al ser un sitio relativamente insospechado, resulta más difícil que sea objeto de rebusca. El ejemplo del tesorillo de *tremises* de La Condenada, oculto en la zona más profunda de la mina utilizada para depositar cadáveres, es muy ilustrador al respecto. La relación entre estos alijos metálicos y los muertos cuenta con algunos paralelos tardoantiguos[565] fuera de las cavernas que permiten reforzar esta hipótesis, como el citado por Fernández Ibáñez (e. p.) de Fuentespreadas[566] o el del enterramiento en zanja *RUS 1989 004* de Ruscino (Rébé y Brunner, 2014: 159 y 165). En ambos casos es posible que lo que buscasen quienes escondieron los lotes de herramientas fuese, precisamente, la "protección" de los muertos para sus "tesoros"[567]. En nuestro grupo de yacimientos, el caso de Los Hornucos -y quizá también el de Cudón- puede responder perfectamente a este patrón.

La quema de grano junto a los muertos es sin duda la principal de las prácticas rituales -propiciatorias, en este caso- detectadas en este tipo de cavidades. De hecho y más allá de otros posibles vestigios, parece la única que puede ser sólidamente argumentada a partir del registro arqueológico y las referencias textuales. Hasta la fecha únicamente se ha documentado en Las Penas y Riocueva, aunque está abierta la posibilidad -pendiente de comprobación mediante dataciones absolutas- de que pueda extenderse a Los Hornucos y El Juyo. Es cierto que la presencia de grano -quemado o no- en el interior de cuevas es relativamente habitual desde la Prehistoria Reciente, por lo que no se trata de una característica exclusiva de este tipo de yacimientos, aunque puede servir para reforzar las sospechas sobre algún otro.

Otro elemento característico de algunos de estos enterramientos en cueva son las destrucciones de los restos humanos una vez esqueletizados. Concretamente su quema o fractura, centrada en los cráneos. Hasta la fecha estas prácticas sólo han podido ser documentadas en tres de los yacimientos, las cuevas cántabras de La Garma, Las Penas y Riocueva. Es posible que a este reducido grupo se le pueda unir la cueva del Portillo del Arenal, aunque es algo que aún está por confirmar mediante la obtención de dataciones absolutas de los restos quemados. Que se trate de unos comportamientos que parecen restringidos a una zona muy determinada de la Península -la zona costera de la actual Cantabria- hace que haya que considerarlos, al menos de momento, como algo de carácter

[565] Posterior en el tiempo, ya del siglo XII, es el tesorillo de monedas de plata oculto en una tumba de lajas de la necrópolis medieval de Ambojo (Cantabria), que se conserva en el MUPAC (Rasines *et alii*, 1998)

[566] Al que quizá podría añadirse el de la Tumba nº 17 de la necrópolis de esa misma época de Las Merchanas (Salamanca) (Maluquer, 1968. 125)

[567] Huelga decir que, en ambos casos, los ocultamientos no fueron saqueados, ni tampoco recuperados, y que, por eso mismo, han podido ser documentados arqueológicamente.

regional y que no tiene por qué estar presente en el resto de yacimientos del mismo tipo. Si se pudiese contrastar la hipótesis sobre el muerto "fundacional" de la cámara sepulcral de *Contrebia Leucade* y comprobar que su cráneo también fue aplastado con una gran piedra habría que empezar a pensar en una extensión mayor del fenómeno, restringido de momento a las cuevas de la costa cántabra.

Un hecho muy llamativo que tiene que ver con las cuevas sepulcrales de época visigoda y que merece cierta atención es que, en muchas ocasiones, los restos humanos de esta cronología comparten espacio con los de momentos anteriores, concretamente de la Prehistoria Reciente. Esta circunstancia se da en algunos casos en los que contamos con dataciones absolutas de ambos momentos, como pueden ser la cueva de Los Riscos de la Escaleruela, La Sarsa, Gruta do Caldeirão, Abrigo da Carrasca o la Coveta de l´Heura. Y también en otros muchos, con restos humanos datados en la Prehistoria Reciente, en los que suponemos la presencia de inhumaciones de los siglos VI-VIII por motivos que se han razonado en un apartado anterior, sobre todo la presencia de elementos relacionados con la vestimenta y el adorno personal. Son los casos del Portillo del Arenal, el abrigo de La Castañera, las Furnas do Poço Velho de Cascais, La Boucle, Montou y, puede que también, Les Bruixes de Tautavel. A los que quizá también habría que añadir Cueva Larga y La Pila. En el caso de Los Hornucos sucede al contrario: a la datación absoluta de época visigoda hay que añadir la constatación arqueológica -aunque no radiocarbónica- de la presencia de inhumaciones prehistóricas en su interior. Únicamente La Garma, Las Penas, Riocueva, La Condenada y Los Goros, aunque con matices en este último caso[568], parecen no contar con la presencia de esos enterramientos anteriores. Para las demás la información disponible es tan escasa que resulta imposible hacer ninguna apreciación en este sentido.

Como se puede observar, se trata de un conjunto muy numeroso de cavidades, que se reparten entre los tres grandes momentos cronológicos de uso de las cuevas y por toda la geografía del territorio del reino de Toledo. Puede tratarse de algo casual, pues ya hemos comentado anteriormente la intensa utilización sepulcral de las cuevas entre el Neolítico y la Edad del Bronce; pero también puede existir algún tipo de componente simbólico en la elección de esos lugares para depositar muertos durante la Tardoantigüedad. Es probable que los huesos de esas inhumaciones prehistóricas, tal y como ocurre en la actualidad en muchos de los casos, estuviesen a la vista, en superficie. Y que quienes eligieron esas cuevas para depositar en ellas algunos cuerpos fuesen conscientes de esa presencia y ese uso sepulcral anterior, aunque no supiesen ubicarlo en un momento cronológico preciso ni interpretarlo del mismo modo en que lo hacemos hoy en día. Este tipo de comportamientos no son extraños durante la Tardoantigüedad y contamos con algunos ejemplos de reutilizaciones de sepulcros colectivos megalíticos en estos

[568] Consta la presencia de restos humanos atribuidos a la Prehistoria Reciente en la zona de la entrada de la cueva, si bien es cierto que no parece que los hubiera en la galería del piso inferior donde se encontraron los cuerpos de época visigoda (Llanos, 1991: 233 y ss.). Sin embargo, la identificación de la segunda placa "de tipo Almar" y su procedencia de esa zona exterior de la cavidad abre la posibilidad de que algunos de esos restos humanos que se creen de la Edad del Bronce sean en realidad de época visigoda, algo que sólo dataciones directas de los huesos podrían confirmar

momentos en el sur peninsular (Lorrio y Montero, 2004: 106-107; Díaz-Zorita y García Sanjuán, 2012).

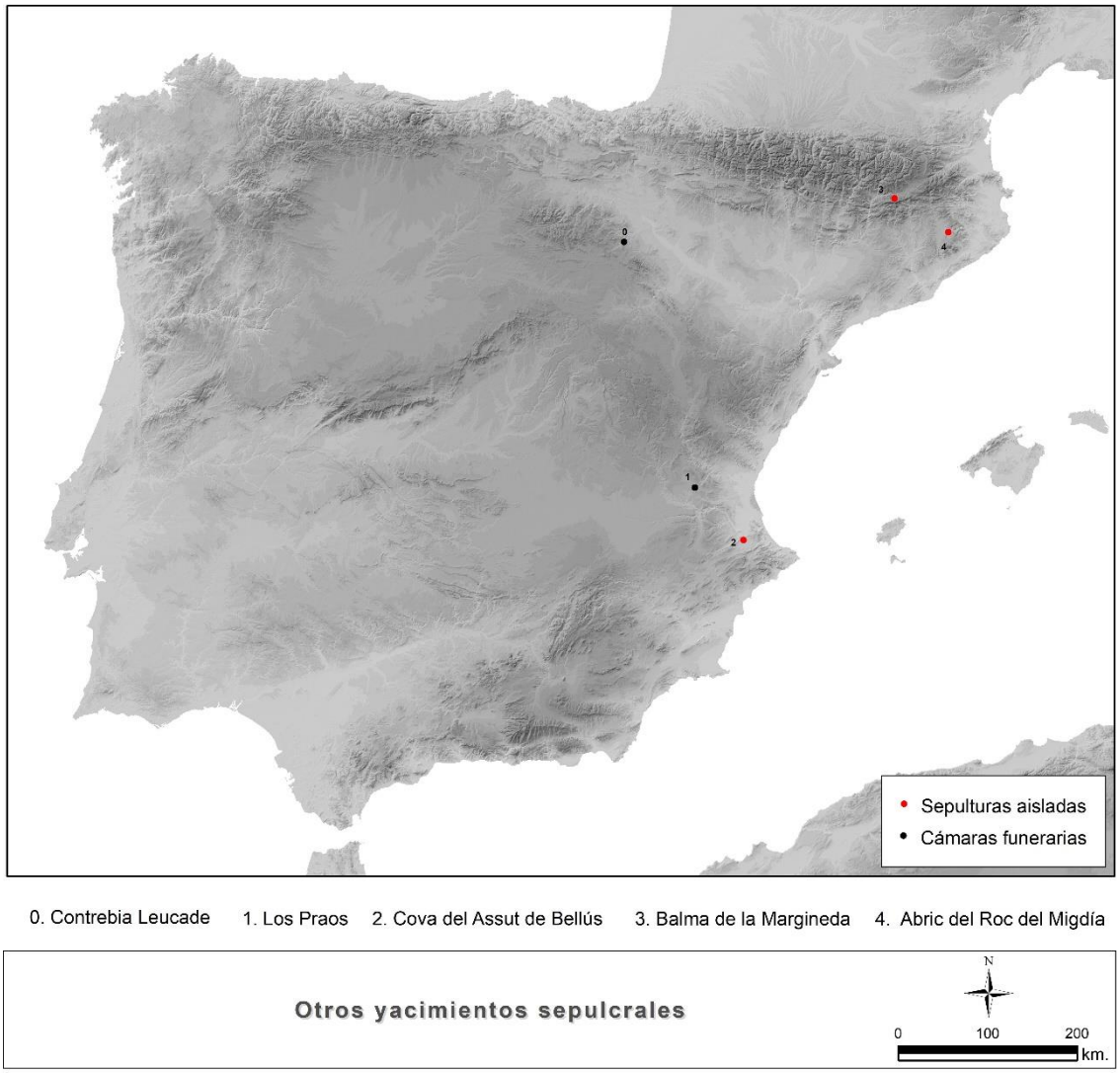
Para la Inglaterra anglosajona se ha señalado una intencionalidad social y política en la reutilización con fines sepulcrales de monumentos funerarios prehistóricos, de tipo tumular, entre los siglos V y IX; algo que ha sido definido como una "apropiación ritual del pasado" por parte de unas elites -en gran medida extranjeras- dominadoras del territorio y necesitadas de legitimar su poder (Williams, 1997: 25-26). Algo similar se ha propuesto para el sur de los Balcanes (Curta, 2016) entre los siglos IX y XI, donde se documentan numerosas tumbas en el interior de túmulos -u otro tipo de enterramientos monumentales- prehistóricos, un comportamiento que estaría provocado por la inestabilidad política en una zona fronteriza disputada por distintos pueblos y estados y en la que la población, sometida a constantes movimientos según se desarrollaban los acontecimientos bélicos, podría haber visto en esta costumbre funeraria una forma de reforzar su sentido de pertenencia y de reivindicar sus derechos ancestrales sobre el territorio[569]. Quizá esos argumentos podrían aplicarse también a algunas de las cuevas con enterramientos colectivos de la Prehistoria Reciente de la Península, en cuya reutilización funeraria entre los siglos VI y VIII podría haber jugado algún papel la intención de establecer algún tipo de relación con el pasado, representado en ellas por los restos humanos visibles en superficie. Sin embargo, el hecho de que en otras no parece que haya ni rastro de enterramientos anteriores permite poner en duda esa explicación, al menos con carácter general.

A partir de lo visto hasta aquí, considero que el conjunto de yacimientos en cueva que he considerado como sepulcrales puede dividirse en tres grandes categorías: sepulturas dispersas, cámaras funerarias y cuevas sepulcrales propiamente dichas.

El primer grupo está formado por la Balma de la Margineda, Roc del Migdia y la cueva del Assut de Bellús. Ya hemos visto sus características principales más arriba, por lo que no insistiré en ellas, más allá de señalar que en ninguno de los casos las inhumaciones -todas individuales- estaban acompañadas de objeto alguno. La distribución geográfica de los yacimientos que lo componen está claramente limitada a la mitad oriental de la Península, aunque se trata de una muestra tan pequeña que resulta imposible poder sacar alguna conclusión de ello. Además, al tratarse de enterramientos que pueden relacionarse con otros muchos que no se localizan en entornos rupestres, cuando se amplía el mapa se observa que este tipo de tumbas aisladas -o en pequeños grupos- aparecen por toda la geografía peninsular -y europea (Vigil-Escalera, 2013: 10 y ss.). En cuanto a su cronología, aunque las fechas absolutas no son muy precisas ni, curiosamente, han sido bien publicadas en dos de los tres casos, vemos que se trata de un fenómeno de largo

[569] La presencia de dos enterramientos musulmanes en el atrio del dolmen de Menga (Málaga) (Díaz-Zorita y García Sanjuán, 2012) quizá pueda interpretarse en ese mismo sentido, más aún teniendo en cuenta la datación de uno de ellos en los siglos VIII-IX, en pleno proceso de islamización de la población de la zona. La fecha del segundo, 1100±45 BP es, aparentemente, muy posterior, aunque la disposición de los cuerpos y la ausencia de otros en el lugar hace que resulte realmente complicado pensar en dos episodios sepulcrales separados por más de un siglo en ese mismo lugar.

recorrido y que abarca todo el periodo. En estos tres casos concretos, las fechas de los yacimientos oscilan entre los siglos V-VI, IV-VII y VII-IX, respectivamente y siguiendo el orden en el que han sido nombrados. En el caso de los sitios integrados en esta categoría, su relación con los entornos rupestres parece meramente circunstancial y debida más a la casualidad que a otro tipo de motivos. No olvidemos que algunas de estas tumbas dispersas o de los pequeños grupos aislados son de tipo excavado en la roca (Martín, 2014: 109-113), mientras que otras tantas no tienen relación de ningún tipo con esos entornos geológicos.



En el segundo grupo, integrado tan sólo por Los Praos y *Contrebia Leucade*, encontramos un tipo de yacimiento completamente distinto a los anteriores, con cámaras excavadas, completa o parcialmente artificiales, en las que tuvieron lugar enterramientos múltiples. Al igual que en el caso anterior, no es necesario incidir en unas características principales que ya han sido descritas anteriormente y que son las que han permitido individualizarlo y separarlo del resto. Su cronología sólo puede establecerse en el caso de *Contrebia Leucade* y es tardía, ya del siglo VIII, una fecha que no puede asegurarse para Los Praos, donde, por otra parte, tampoco parece que exista ningún elemento que la haga

incompatible. Los dos yacimientos se localizan en zonas alejadas entre sí, uno en Valencia y el otro en La Rioja, lo que parece insinuar, de nuevo, una dispersión geográfica amplia. Sin embargo, la zona valenciana cuenta con más ejemplos de hipogeos o cámaras sepulcrales de esta cronología -y anteriores- en lo que parece una tradición funeraria propia de ese territorio (González Villaescusa, 2001: 119-120), tanto en entornos rurales como urbanos.

El resto de los yacimientos forman un conjunto que comparte, en términos generales, las características propias de este tipo de cuevas que acabamos de comentar; obviamente no todas en cada uno de los casos, pero sí, al menos, varias. Dentro de él es posible hacer una nueva división, a partir de la cronología esta vez.

Así, al primer grupo, que se fecharía en los siglos V-VI, pertenecerían la Grotte des Ancêtres y el Abrigo da Carrasca. Con más dudas, podrían incluirse El Juyo y la cueva de L´Alborá.

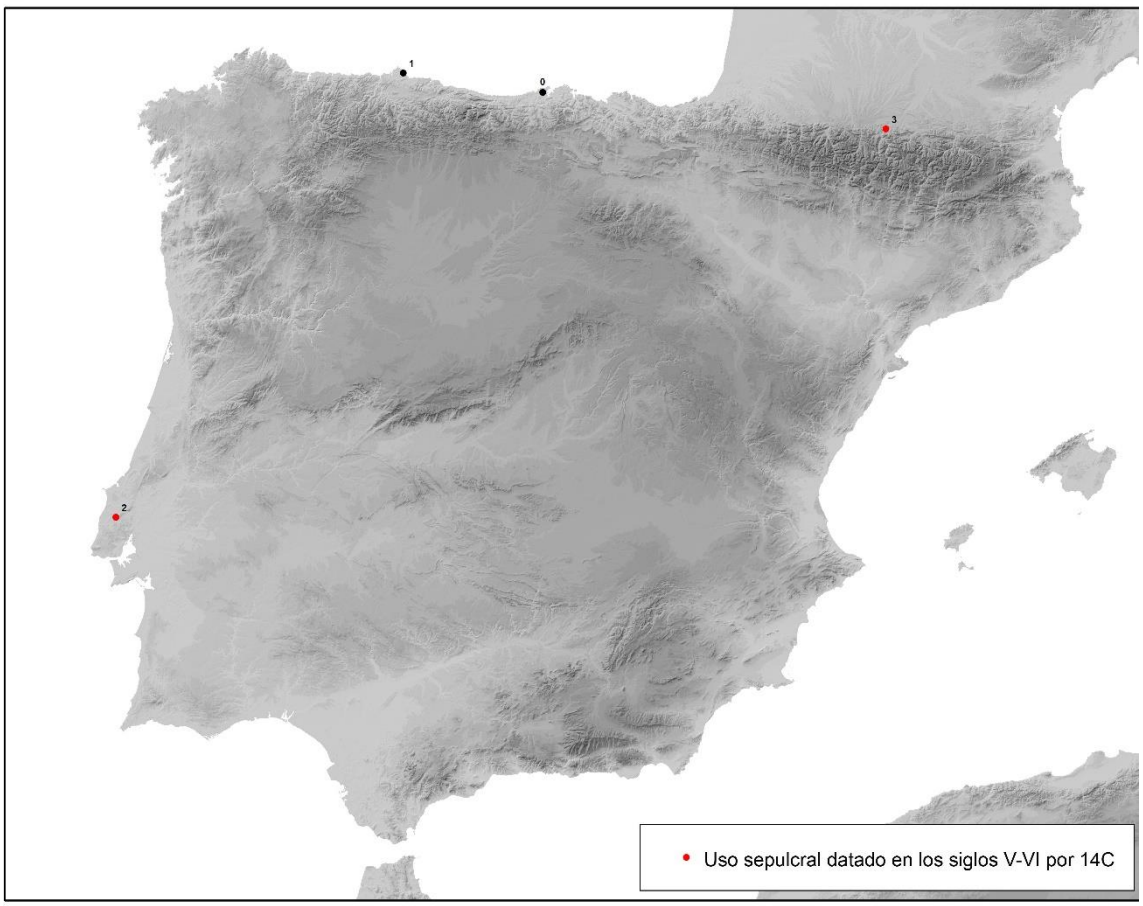
Al segundo, de nuevo el Abrigo da Carrasca, la Gruta do Caldeirão, La Sarsa, la Coveta de l´Heura, La Garma y Riocueva, y quizá también Cueva Larga, El Tajón, Cudón, Aven de la Boucle y Pic d´Alian. Todas se fechan en los siglos VI-VII.

Y finalmente, el resto, con más o menos dudas, al tercero, de los siglos VII-VIII. Con seguridad, Riocueva, La Garma, Las Penas, Riscos de la Escaleruela, Los Hornucos, Portillo del Arenal, Los Goros, Cueva Foradada y La Condenada. Y probablemente, Montou, Hoyos I, Venta del Cuco, La Pila, Abrigo de la Castañera, La Mora, Indeterminada de la montaña leonesa, Los Moros, Furnas do Poço Velho, Can Sant Vicenç, Les Bruixes, el Asno, Binisafuller, Fresneda I, La Sivella y cueva de la Roca de Miravet. A las que habría que añadir, Calero II y Lazaldai.

Quedan fuera de la clasificación los yacimientos de Tredjoloungo, Les Bruixes de Tautavel y La Carrasca, donde no hay elementos para tratar de establecer una cronología, ni siquiera aproximada, más allá de su uso genérico en época visigoda y la posibilidad de que éste haya sido sepulcral.

El grupo más antiguo destaca, sobre todo, por lo reducido del número de yacimientos que lo integran: únicamente cuatro; algo que condiciona mucho su caracterización. Pese a lo limitado de la muestra, la localización de los ejemplos -en el sur de Francia, en Cantabria, en Asturias y en Portugal- permite pensar en una distribución territorial muy amplia. En cuanto a las características de los enterramientos, en el caso portugués no sabemos apenas nada más que su existencia, ya que se hallaban mezclados con otros de la Prehistoria Reciente y como tales fueron estudiados. En todo caso, no consta la presencia en la cueva de objetos de cronología tardoantigua, por lo que se da por hecho que los muertos no estaban vestidos ni acompañados de otro tipo de elementos. En el francés, por el contrario, algunos objetos de adorno personal y un fragmento de un cuenco de bronce permiten pensar en inhumaciones vestidas, al menos en el caso de dos o tres de los cinco individuos detectados. En El Juyo, sabemos de unas cuentas de collar -de tipología indeterminada- como único hallazgo de ese tipo. Finalmente, en L´Alborá hay una fíbula en omega y

algunos otros elementos que podrían tener que ver con el atuendo o el adorno personal, así como restos de cerámicas y otros objetos que han sido asociados a los restos humanos, aunque en algunos casos su interpretación no está muy clara[570].



0. El Juyo 1. Cueva de l'Alborá o del Alba 2. Abrigo da Carrasca 3. Grotte des Ancêtres

Cuevas con uso sepulcral datado en los siglos V-VI

N

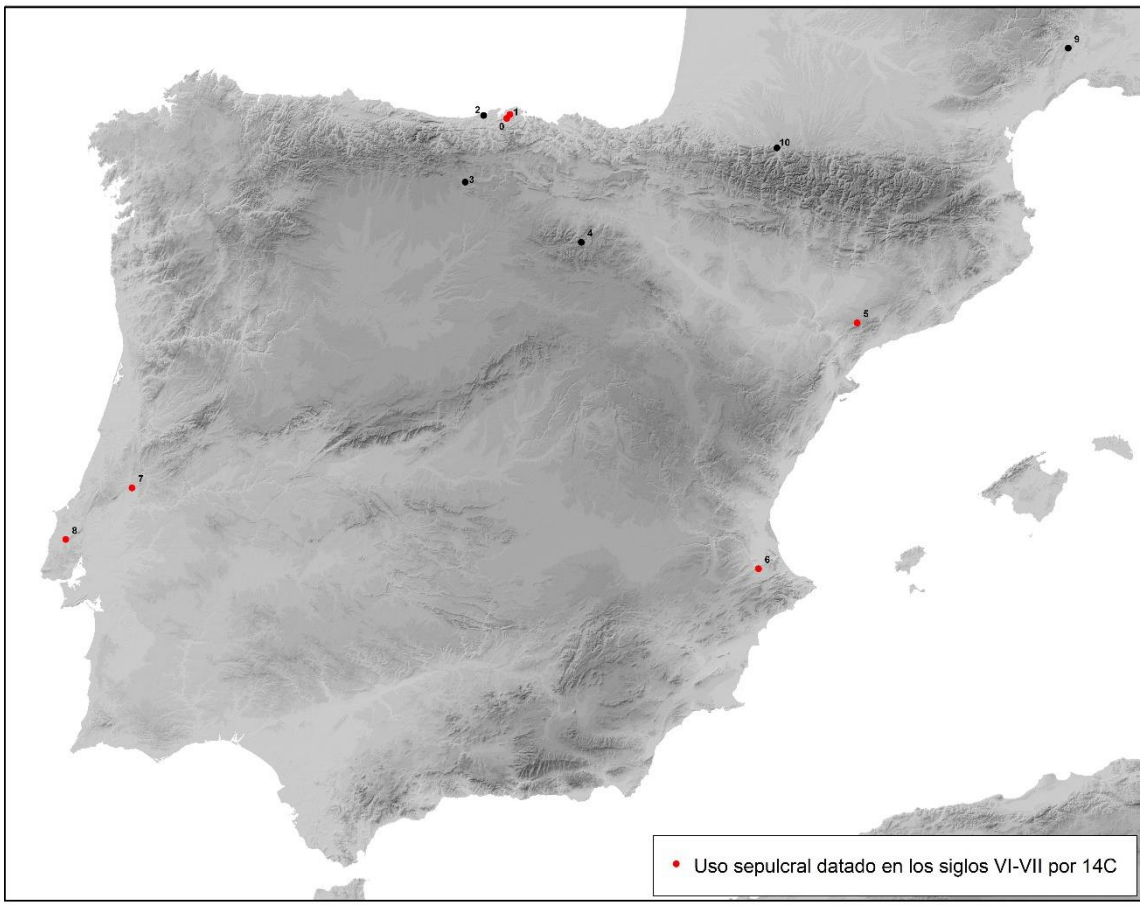
0 100 200 km.

El segundo grupo de cuevas, con usos sepulcrales que se fechan en los siglos VI-VII, de nuevo aparece repartido por toda la geografía peninsular: Portugal, Valencia, Cataluña. La Rioja, Cantabria, el norte de Palencia y el sur de Francia. En esta ocasión hay varios yacimientos en los que se constata su uso en otros periodos, el anterior en el caso del Abrigo da Carrasca y el posterior en los de La Garma, Riocueva y Cudón. De nuevo escasean los objetos asociados a los restos humanos, completamente inexistentes en los casos del Abrigo da Carrasca, La Sarsa y Coveta de l´Heura, yacimientos en los que los muertos de época visigoda compartían espacio con otros de la Prehistoria Reciente[571]. En

[570] Especialmente en el caso de la presunta cantonera de la vaina de un cuchillo de tipo Simancas (*vid. supra*).

[571] Y en el caso de La Sarsa, incluso posteriores, de los siglos XI-XII.

el caso de los muertos de La Garma que datan de estos momentos, únicamente uno de ellos está acompañado de un objeto, un posible remate de huso de hierro. En Riocueva no ha podido individualizarse ningún material para este periodo y en Cudón ni siquiera podemos confirmar su uso sepulcral en esas fechas. En Cueva Larga, pendiente, anillos y hebilla de costados deprimidos, y en la Gruta do Caldeirão, otra hebilla de ese mismo tipo y otra circular completan el magro apartado de la vestimenta y el adorno personal para este grupo. Apartado que podría incrementarse con tres guarniciones de cinturón: la hebilla y el hebijón del Pic d´Alian, la placa de La Boucle y el broche de El Tajón. Mientras los de la primera cueva encajan bien en la cronología de este grupo, los de las dos segundas ofrecen alguna duda, ya que, aunque podrían llevarse a mediados del siglo VII, no puede descartarse un uso posterior para ellos, contemporáneo al de los de tipo liriforme.



0. Riocueva
1. La Garma
2. Cudón
3. Cueva Larga
4. El Tajón
5. Coveta de l'Heura
6. Cova de la Sarsa
7. Gruta do Caldeirão
8. Abrigo da Carrasca
9. Aven de la Boucle
10. Pic d'Alian

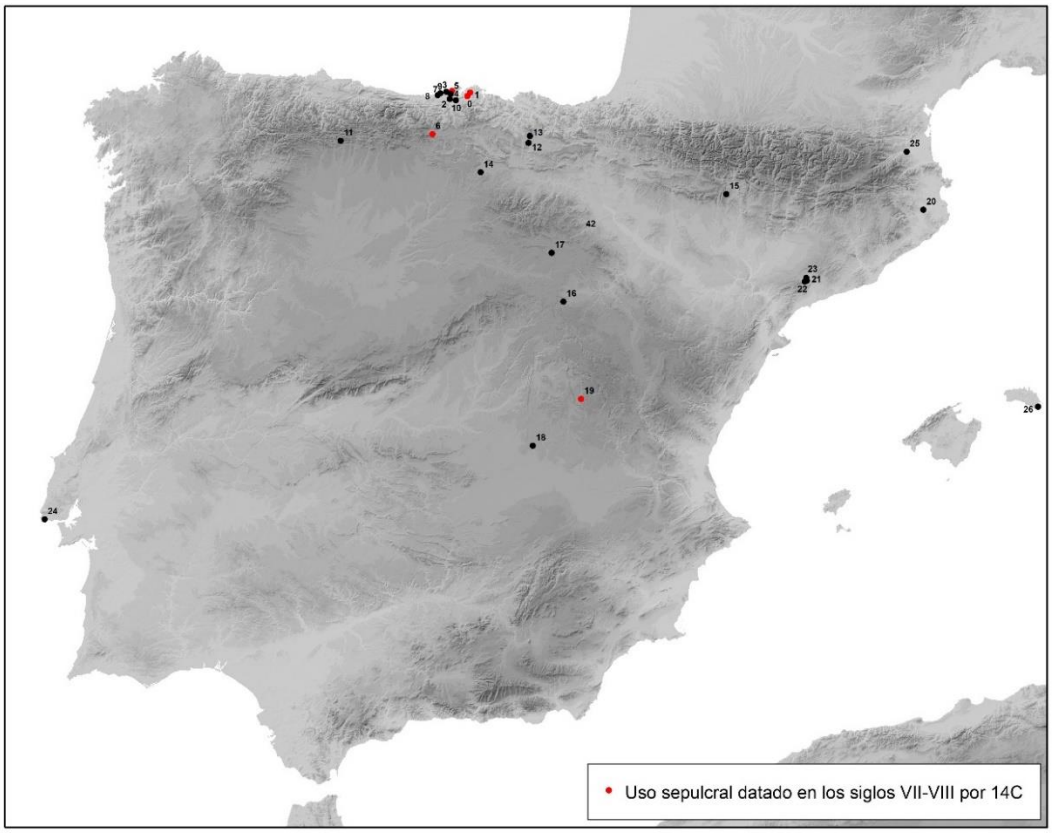
Cuevas con uso sepulcral datado en los siglos VI-VII

N

0 100 200 km.

El tercer grupo es, con mucho, el más numeroso, y las cavidades que lo componen se reparten por toda la geografía del marco de estudio: de Portugal al sureste de Francia y

de Cuenca a Cantabria, aunque con el ya señalado -y muy marcado- pico de yacimientos en este último territorio. Dentro de él, a un grupo de cuevas con un uso sepulcral comprobado y bien documentado se suma otro conjunto, bastante extenso, de otras donde considero que también existe esa posibilidad, a partir, fundamentalmente, del hallazgo en su interior de objetos relacionados con el atuendo y el adorno personal. En ese sentido, este grupo se caracteriza por la presencia abrumadora de este tipo de elementos, significativamente de broches -o partes de ellos- de tipo liriforme. En ese aspecto, las diferencias con los grupos precedentes son enormes, mostrándose los individuos de este grupo mucho más "vestidos", si se me permite la expresión, que los de aquéllos. Algo que puede extenderse, en los casos mejor estudiados, a otro tipo de materiales, tanto dentro de esa misma categoría como de la relacionada con la vida cotidiana.



0. Riocueva
1. La Garma
2.Las Penas
3. Las Penas
4. Cueva del Portillo del Arenal
5. El Calero II
6. Los Hornucos
7. Hoyos I
8. Venta del Cuco
9. La Pila
10. Abrigo de la Castañera
11. Fresneda I
12. Los Goros
13. Lazaldai
14. Cueva de los Moros
15. Cueva Foradada
16. La Mora
17. El Asno
18. La Condenada
19. Cueva de los Riscos de la Escaleruela
20. Can Sant Vicenç
21. Bauma de la Sivella
22. Cova de les Bruixes
23. Cova de la Roca de Miravet
24. Furnas de Poço Velho
25. Grotte de Montou
27. Binisafuller

Cuevas con uso sepulcral datado en los siglos VII-VIII

N

0 100 200 km.

La presencia de broches liriformes en una cantidad tan grande de cuevas abre la puerta a dos reflexiones, una relacionada con el tema que estoy tratando y otra que atañe a un aspecto concreto de la arqueología de época visigoda en general. Por un lado, tenemos la confirmación de un momento de uso muy importante de las cavidades a finales de la época visigoda. Por el otro, vuelve a manifestarse la enorme popularidad de que gozó ese tipo de guarnición de cinturón en los momentos finales del periodo.

Vistas las principales características de las cuevas, la mejor manera de comprobar que se trata de un tipo de enterramientos muy peculiar y específico es comparar éstas con las del resto de manifestaciones funerarias de los siglos VI-VIII en el ámbito rural de la Península y el sureste de Francia. Se ha señalado que una de las principales características del mundo funerario tardoantiguo es la de la desaparición de la división entre los espacios de los muertos y los de los vivos (Azkarate, 2002: 135-136). Al contrario que los paganos o los judíos, los cristianos no consideraban que el contacto con sus muertos fuera contaminante[572], siquiera de forma ritual, sino que veían los cuerpos de estos como sagrados y los manipulaban sin ningún temor (Paxton, 1990: 25). Y por eso mismo, en esos siglos se asiste a un acercamiento entre los lugares de habitación y los de reposo eterno, con cementerios vinculados a templos en el interior de las ciudades, necrópolis comunitarias situadas junto a las aldeas o grupos de casas o tumbas ubicadas en las inmediaciones de las propias estructuras de habitación o incluso productivas. Incluso los cadáveres arrojados a -o depositados en- los silos amortizados como basureros se localizan junto a las casas, en el interior o el entorno más inmediato de las aldeas[573]. Solo algunas excepciones parecen romper esa convivencia entre vivos y muertos, como esas tumbas aisladas repartidas por el territorio y que parecen indicar un cierto alejamiento de los vivos, aunque parecen bastante minoritarias[574]. Tenemos pues, un marco en el que muertos y vivos comparten espacios, en términos generales, y en el que las sepulturas de los unos nunca están excesivamente lejos de las moradas de los otros. Y en el que los cementerios, además de cercanos, son lugares accesibles, en donde tienen lugar, además de las inhumaciones, ceremonias y actividades periódicas en memoria de los difuntos.

Las tumbas, tanto en esos lugares comunitarios como las que aparecen dispersas, alojan en su interior cuerpos depositados conforme a un ritual. Salvo contadas excepciones, los fallecidos son colocados de forma individual en las sepulturas, orientadas W-E, en posición de decúbito supino y con la cabeza a poniente. Pueden estar mejor o peor vestidos o envueltos en un sudario, estar acompañados de objetos o no, pero la gran mayoría muestra evidencias de haber sido depositados de forma cuidada por sus deudos. Se aprecia en ellos una intencionalidad en su colocación y en las cosas que los acompañan; e incluso en la ausencia de ellas, si es el caso. Son respetados en la muerte,

[572] Aunque, a la vista de la concepción isidoriana de los cadáveres, la corrupción del aire y el contagio de enfermedades (*vid. supra*), es posible que esa afirmación pueda ser matizada.

[573] Curiosamente, en algunos casos estos muertos están más cerca de los vivos que los inhumados en las sepulturas del cementerio. Un buen ejemplo, muy gráfico, en el plano con la distribución de unos y otros en la aldea de Can Gambús (Roig, 2011: 129).

[574] La mayor parte de las que se encuadran en la segunda categoría revisada, la de las tumbas y grupos de tumbas dispersos, se localizan en las inmediaciones de lugares de hábitat.

sus cuerpos no son ultrajados y su memoria se perpetúa durante generaciones. Por el contrario, en la mayor parte de los inhumados en los silos no se encuentra ni rastro de todo lo anterior: arrojados como -y con- animales muertos a vertederos, de forma individual o colectiva. Y en muchos casos, olvidados entre basura. Este tipo de inhumaciones constituyen una excepción a la norma, numéricamente importante pero muy minoritaria.

En cuanto a las inhumaciones vestidas, características del periodo, no suponen sino una parte del total y van disminuyendo según transcurren los siglos, haciéndose muy raras a finales del VII y en el VIII, cuando en muy pocos casos pueden encontrarse objetos tan significativos como los broches de cinturón en sepulturas. Y precisamente en un momento en el que el uso de este tipo de objetos, en su versión liriforme, se ha popularizado enormemente, como señala la gran cantidad de objetos de ese tipo conocidos y su ubicuidad. Finalmente, la presencia de armas o herramientas en las tumbas es, salvo excepciones muy localizadas geográficamente, escasísima en el caso de las primeras y prácticamente anecdótica en el de las segundas.

Llegados a este punto creo que resulta muy evidente el contraste entre lo que hemos visto que caracteriza a las cuevas y lo que observamos en la mayor parte del resto de manifestaciones funerarias en el ámbito rural, con la excepción de algunas de las sepulturas aisladas y de los muertos en silos y otras estructuras similares[575]. Es decir, con las necrópolis de distintos tipos y tamaños relacionadas con diferentes núcleos de población y también con las agrupaciones de tumbas dispersas, probable reflejo de pequeños grupos familiares. Estos lugares se localizan junto a las zonas de hábitat y/o trabajo, mientras las cuevas están alejadas. El acceso a ellos es sencillo, al igual que el tránsito junto a las sepulturas, todo lo contrario que en las cavernas, a las que es complicado acceder y donde resulta aún mucho más difícil transitar por su interior y llegar hasta a los cuerpos, con todas las implicaciones que este hecho tiene en relación con la *cura mortuorum* y la memoria de los difuntos, como veremos más adelante. En las tumbas que forman parte de ellos, los difuntos -de todas las edades- han sido dispuestos, por lo general, conforme a una norma, en determinadas posturas, de forma individual y ordenada, mientras que en las cuevas encontramos agrupaciones de individuos -abrumadoramente jóvenes- en un mismo espacio y algunas colocaciones de los cuerpos inusuales. Y, en las fechas en que en las cuevas son más utilizadas con fines funerarios, a finales del siglo VII y durante parte del VIII, en estas abundan los *ornamenta* y otro tipo de objetos acompañando a los muertos, mientras que en los cementerios los primeros escasean y los segundos están, directamente, ausentes.

Aun aceptando, como ya se ha visto, la heterogeneidad del mundo funerario tardoantiguo y la diversidad de sus manifestaciones, creo que existen suficientes elementos para considerar las cuevas sepulcrales de época visigoda como sepulturas atípicas, como

[575] Estructuras que, en principio, no se construyen -o, mejor, se excavan- con una finalidad funeraria, sino que se aprovechan, una vez amortizadas, para depositar cadáveres en su interior.

enterramientos que se diferencian de forma sustancial, en fondo y forma, de los que son mayoritarios y reflejan la que podría ser considerada la norma en esos momentos.

LAS CUEVAS COMO SEPULTURAS ATÍPICAS

Para tratar de explicar lo que puede considerarse una sepultura atípica -o anómala, tanto da[576]- hago mía la definición de D. Vaquerizo (2014: 221) para este tipo de manifestaciones funerarias en un trabajo sobre las de la Bética en época romana: "Entiendo por sepulturas anómalas aquellos enterramientos no convencionales con relación a la cultura, la población o la época a la que pertenecen, en razón, entre otras muchas, del tipo de tumba, la posición, orientación o características estructurales de la misma, la colocación del cadáver o las prácticas rituales asociadas de forma intencionada a su deposición última (en el momento de la muerte, durante el sepelio, o transcurrido ya un tiempo desde el mismo), o a veces un cúmulo de todas ellas (…)[577]". Ateniéndonos a ella[578], no resulta difícil encajar las cuevas sepulcrales de época visigoda en esa categoría.

[576] Según A. Tsaliki (2008: 1), "*unusual burials can also be termed atypical, anomalous, extraordinary, non-normative, abnormal or deviant*". Esta autora define esos enterramientos como "*cases where an individual has been buried in a different way than what is considered the norm for the period and/or the population under examination*". En el mismo volumen y, en cierta manera, en sentido contrario, E. Aspöck (2018: 17), después de manejar una definición "de consenso" muy similar a la anterior ("*the minimal definition of deviant burials that most archaeologists would agree to is that they are burials different from the normative burial ritual of the respective period, region and/or cemetery. These differences may occur in body position or treatment, location or construction of the grave or types of grave goods*"), concluye que lo que entendemos por sepulturas atípicas forman parte, al mismo tiempo, de las prácticas sepulcrales normales en la mayor parte de las comunidades y que, para entender las primeras hay que estudiar las segundas, ya que ambas son inseparables (*Ibidem*, 29-30). Para A. Reynolds (2009: 37-38), por su parte, "*In general terms, the presence of deviant burial customs in combination with boundary locations allows execution cemeteries and deviant isolated burials to be separated from normative field cemeteries and other, if not entirely 'normal', burials such as individual interments at rural settlements*", en lo que parece una visión bastante restringida del fenómeno. En esas mismas líneas este autor enumera las prácticas que considera atípicas –"*deviant*"- respecto a la norma: enterramientos en decúbito prono, decapitaciones, con evidencias de retirada de partes del cuerpo, cubiertos con piedras, entre otros tratamientos anormales; además de la propia localización de los enterramientos. También señala las posibles causas que han de tenerse en cuenta para explicarlos y que pueden detectarse arqueológicamente, como son las muertes en batalla, las ejecuciones, las masacres, los asesinatos, la peste, los sacrificios, los suicidios y las supersticiones. En cualquier caso, conviene tener presente la idea de que la definición de lo que es o no un enterramiento normativo, una "sepultura típica" es, en cierta medida, una construcción arqueológica actual que está simplificando un conjunto de manifestaciones mucho más complejas pero que no han dejado una huella material que podamos analizar (Vargha, 2017: 273), con todo lo que ello implica para el estudio de las "atípicas".

[577] La cita original de Vaquerizo continúa en ese punto con un "siempre con intención necrofóbica y destinada básicamente a impedir el regreso del difunto a la vida, fijándolo a su sepultura". He prescindido de esa parte porque creo que, aunque válida en algunas ocasiones en el tema que nos ocupa, no lo es en todos los casos que estamos viendo; o al menos no de forma evidente.

[578] Existen divergencias entre los distintos autores acerca de qué tipo de evidencias pueden ser consideradas o no sepulturas atípicas. Mientras para algunos los cuerpos arrojados a silos y pozos sí entran dentro de esa clasificación (Ripoll y Molist, 2014: 25), otros autores consideran que esos enterramientos en estructuras

Tal y como acabamos de ver en el apartado anterior, ni el tipo de tumba, ni sus características estructurales, ni la orientación o la colocación del cadáver se corresponden con lo convencional o esperable en la época. Y en algunas de ellas, especialmente en las que más y mejor han sido estudiadas, encontramos evidencias de esas prácticas mencionadas por Vaquerizo, en este caso transcurrido un tiempo desde el sepelio -destrucción y quema de restos y quema de grano- y quizá también durante el mismo -de nuevo, la quema de grano.

La idea de los enterramientos en cuevas en época histórica como sepulturas atípicas no parece haber gozado de mucha popularidad, en paralelo al generalizado desinterés de la investigación, tanto española como europea, por un tema que -seamos sinceros- no levanta pasiones. Pese a ello, algunos autores sí han establecido esa identificación. Es el caso de S. Leach (2006: 20), al tratar acerca del uso funerario de algunas cuevas británicas en época romana. Esta autora, después de proponer una posible relación entre esos depósitos de restos humanos en contextos subterráneos -y sus evidencias de muertes traumáticas- con momentos de convulsión y crisis social, cree que esos lugares pudieron ser utilizados, por sus propias características y su consideración como lugares oscuros y peligrosos, para realizar en ellos enterramientos atípicos. Incide también en algo que me parece de suma importancia en el tema que estamos tratando y que ya he comentado anteriormente: la dificultad que tuvo que implicar el traslado de los cadáveres hasta las cuevas y su introducción en ellas, descartando, por su propia morfología, que fuese la "opción más sencilla" para quienes llevaron a cabo esas tareas; ni siquiera en el caso de haber arrojado los cuerpos desde el borde de una sima[579], algo que, en nuestros casos, sabemos que no sucedió. O de la referencia de O´Sullivan *et alii* (2013: 285) a, entre otros yacimientos, las cuevas sepulcrales irlandesas de Cloghermore y Kilgreany[580] como "deviant burials", como lugares anómalos para el depósito de muertos, al mismo nivel que los fondos de cabaña, las zanjas, los pozos e incluso los hornos abandonados. En la investigación española, han sido, hasta donde yo sé, nuestros trabajos sobre el uso

preexistentes, que denominan "oportunistas", no pueden ser entendidas de esa manera (Sofield, 2015: 354). M. Vargha (2017: 279), que también cuestiona que este tipo de enterramientos puedan siquiera ser denominados así, establece un criterio diferenciador en este sentido: la presencia o no de ritual; presencia que, obviamente, descarta en estos casos. Para el caso hispánico, A. Vigil-Escalera (2013: 29), tras analizar el conjunto de evidencias, propone la denominación "inhumaciones extracementeriales" para una categoría que englobe tanto este tipo de manifestaciones funerarias como las sepulturas segregadas del cementerio comunitario.

[579] "*Alternatively, they may have been seen as dark, dangerous but perhaps convenient locations for what might be considered deviant burials. There must have been some degree of difficulty involved in transporting a corpse into the lower chambers of these fissures, unless the bodies were simply tossed over the edge, as would appear likely in the case of Slip Gill Windypit. These fissures were not simply the easiest option for mortuary disposal; furthermore the entrances to the Windypits are not obvious or prominent features in the landscape*." (Leach, 2006: 20).

[580] En realidad, el carácter sepulcral de la cueva de Kilgreany durante la Edad Media no ha podido ser demostrado hasta la fecha. Pese a la aparente asociación entre algunos materiales de cronología medieval y los restos humanos presentes en la cavidad, las fechas absolutas obtenidas de muestras de estos últimos los sitúan en la Prehistoria Reciente. La cueva sí tuvo una ocupación altomedieval datada por radiocarbono, pero de carácter habitacional, si bien esporádico (Dowd, 2002).

sepulcral de las cuevas en época visigoda los únicos que han manejado ese concepto, aplicado a este tipo de yacimientos (Hierro, 2011; Gutiérrez Cuenca y Hierro, 2012; Arias *et alii*, 2018: 149, Gutiérrez Cuenca y Hierro, 2019).

Pese a que, como acabamos de ver, hasta hace muy poco no habían sido calificadas de esa manera, las cuevas que estamos estudiando -por sus particulares características, entre las que la propia condición de cueva con uso sepulcral es la más destacada- han sido vistas desde antiguo como algo excepcional. Como algo inusual, extraño, que se salía de la norma habitual. Quizá el primer investigador que, a su manera, se dio cuenta de lo atípico que resultaba un contexto sepulcral de este tipo, en cueva, en época visigoda fue L. de Hoyos Sáinz, quien en su trabajo sobre los restos humanos de la cueva de Los Hornucos (De Hoyos, 1940: 128) decía lo siguiente cuando trataba acerca de la comparación entre las osamentas procedentes de la cueva y otros cráneos de los siglos VI-VII: "Claro es, que hubiera bastado la diferencia entre el enterramiento de esta época histórica, y el depósito más o menos sepulcral de los prehistóricos de las primeras edades del metal [para desechar el visigotismo de los muertos de la cueva]". Para este autor, el mero hecho de tratarse de cuerpos depositados en el interior de una caverna -y no enterrados en tumbas en una necrópolis, como él entendía que era la norma en aquellos siglos- permitía descartar, completamente y sin recurrir a otros estudios, una cronología de época visigoda para ellos. Por supuesto, al ilustre antropólogo ni se le pasó por la cabeza la posibilidad de que algunos de aquellos cráneos -u otros huesos- que con tanto detalle estudió pudieran datar de los siglos VI-VIII, como ha resultado ser al final, al menos en un caso. Como tampoco a quienes publicaron poco después el broche de las Furnas do Poço Velho de Cascais, cuyas palabras son también de sobra elocuentes: "*nao é de admitir que um germánico ali fôsse inhumado, por ser contrario aos seus usos e ritos funerários*" (Figueiredo y Paço, 1947: 14).

Como hemos visto en el apartado dedicado a la historia de la investigación, fue P. de Palol el primer arqueólogo que certificó el carácter funerario de este tipo de hallazgos en cueva. Lo hizo en 1950, al publicar el hallazgo de Los Goros. Y, al establecer ese uso sepulcral de la cueva en época visigoda, también dejó entrever que había algo allí que no encajaba; que contrastaba con lo normal. Un contraste que achacaba a que los visigodos no se habían llegado a instalar en el territorio donde se localiza la gruta. En sus propias palabras: "Estos hallazgos son, sin lugar a dudas, de carácter funerario. Ello es indicio de una población visigoda pasajera, que no se asienta en el país, pues de otra forma, hallaríamos sus necrópolis, como sucede para esta época en todo el ámbito de la Península" (Palol, 1950: 83). De nuevo, el choque entre lo esperable -la necrópolis- y lo realmente encontrado -los enterramientos en cueva. Y una vez más, la necesidad de buscar una explicación. En este caso, de carácter político y demográfico, planteando que la zona escapó, al menos en parte, al control efectivo visigodo y que no se instalaron en ella miembros de ese pueblo[581].

[581] Hay que entender ese tipo de referencias en el contexto historiográfico de la época, finales de los años 40. Unas líneas después de las citadas, el propio Palol (1950: 84) distingue entre "los siglos de dominación visigoda y de fusión hispanovisigoda".

Unos años después, también J. González Echegaray se percató de que ese tipo de depósitos en zonas profundas de las cuevas se salían de lo normal, algo que interpretó como un reflejo de las creencias de los cántabros de la época, aún sin cristianizar y aferrados a formas de vida protohistóricas, según la visión historiográfica predominante entonces[582]. Comentaba el ilustre arqueólogo montañés, acerca de los restos humanos de época visigoda de la sala sepulcral de El Juyo[583], que "dada la disposición de los individuos entre sí, el lugar profundo de la cueva donde se hallaron, el ambiente que los rodeaba, la falta de todo signo cristiano, parece que habrá que concluir que se trata de un enterramiento pagano. Más aún: las circunstancias abogan por suponerlo relacionado y acaso provocado por creencias de tipo mágico. Nada, pues, tiene que ver con los monjes colonizadores de Cantabria, sino más bien con los propios cántabros, aún aferrados a sus costumbres" (González Echegaray, 1966: 237). A su manera, él también lo vio como un enterramiento extraño, radicalmente distinto de lo esperable en el mundo hispanovisigodo[584].

De la misma manera, I. Barandiarán (1973: 46-47), al tratar de encontrar una explicación para lo que había documentado durante su excavación en Cueva Foradada, reparó igualmente en lo inusual del yacimiento: "La mayor dificultad ante ese conjunto de cadáveres reside en la justificación de su presencia ahí, en una cueva de muy difícil acceso y tan densamente acumulados. La pirámide de edades establecida -con un demasiado notable predominio de los niños y jóvenes sobre los adultos, y de las mujeres sobre los hombres- no parece corresponder a las habituales proporciones de mortandad de la época. No resulta normal un cementerio corriente en tales circunstancias: es sumamente difícil llegar a la cueva[585] y, una vez ante su boca, muy penoso de introducir un cadáver por esas angosturas (…) Me resisto a imaginar una utilización como cenotafio de "La Foradada" en circunstancias normales y habría que sugerir -como hipótesis explicativa- cualquier

[582] Hay que señalar que, en aquellos momentos, el conocimiento acerca de las costumbres funerarias de los cántabros protohistóricos era muy escaso y que la interpretación -ahora sabemos que errónea- de un uso sepulcral de las cuevas en esos momentos de la Protohistoria cántabra no comenzó a tomar cuerpo hasta los años 80 y 90 (*vid.* Morlote *et alii*, 1996). Por tanto, González Echegaray no tenía ningún referente para hacer ese juicio y considerar el enterramiento como pagano y propio de unos indígenas sin romanizar, así que todo apunta a que lo hizo por descarte. Una derivada interesante de este hecho es que, probablemente, toda la corriente posterior que defendía la presencia de enterramientos de la Edad del Hierro en cuevas estuvo directamente influenciada por el caso de El Juyo.

[583] Descritos como "el enterramiento o acaso más bien el sacrificio ritual de una mujer y sus niños, uno de los cuales llevaba un collar, que deberá datarse como de época visigoda" (González Echegaray, 1966: 237)

[584] Aunque es muy probable que ni siquiera se plantease la "presencia visigoda" en el territorio cántabro antes del siglo VIII, más allá de la manida presencia de eremitas y monjes misioneros (*Vid*. González Echegaray, 1998). Quizá, de haber sido los muertos de El Juyo adultos de sexo masculino en lugar de una mujer y varios niños, ésa -la del cementerio de un pequeño cenobio en cueva- hubiera sido la explicación barajada.

[585] El tema de la localización de algunas de estas cuevas en parajes casi inaccesibles ha llamado desde el principio la atención de los investigadores. Así, E. Gago (1902: 65) señalaba, al hablar de la cueva perdida de la Montaña leonesa, que ésta se localizaba "donde las aves rapaces hacían su nido seguras de no ser molestadas", algo que, curiosamente, se repetía en el caso de Cueva Foradada, que, en palabras del propio Barandiarán (1973: 14) "tiene dos bocas, abiertas al nordeste y sudoeste, en que anidan águilas"

evento extraño e inhabitual que justificara tal acumulación de cuerpos". No se puede expresar con mayor claridad: nada era normal allí. De nuevo, la palmaria evidencia de lo atípico obligó a un investigador a tratar de darle sentido a lo que tenía ante sí. Barandiarán buscó, como adelanta en el texto, algún suceso excepcional que justificase aquel enterramiento múltiple en circunstancias tan particulares. Y, tras barajar la hipótesis de la epidemia como posible causa, propuso como alternativa la de la muerte del grupo en el contexto de las incursiones cordobesas en la zona a mediados del siglo VIII; tal vez por asfixia o incluso por emparedamiento, ambos provocados por los presuntos atacantes.

Vemos pues que, aunque lo que se plantea en este trabajo pueda ser, hasta cierto punto, novedoso, la verdad es que lo que lo motiva ha estado ahí casi desde el comienzo de las investigaciones. O al menos desde que se estableció el carácter sepulcral de los primeros yacimientos de referencia para el tema que estamos tratando. Prácticamente todos los investigadores que han estudiado el tema, en mayor o menor medida y con más o menos profundidad en el análisis, se han percatado de que los enterramientos en cueva son algo excepcional, inusual y que necesitan de una explicación propia y concreta. Incluso la interpretación más reciente, la que los considera asociados a las aristocracias norteñas de la Tardoantigüedad, los ve, también a su manera, como enterramientos atípicos[586]. Algo que se manifiesta en el recurso a la comparación con las inhumaciones anglosajonas en grandes túmulos: "Aunque ya desde tiempos protohistóricos se registran prácticas funerarias en algunas de esas cuevas (La Garma, Portillo del Arenal, etc.) resulta difícil considerar ese remoto precedente como origen de las inhumaciones rupestre tardoantiguas. Más probable puede ser el ambiente coetáneo de prácticas funerarias más insólitas y hasta extravagantes, como son los enterramientos anglosajones principescos bajo formas tumulares, en barcos y cámaras (v.g. Sutton Hoo) y otras modalidades de inspiración nórdica" (Gutiérrez González, 2010b: 20-21). Insólitas, extravagantes…y atípicas, se podría añadir. De nuevo, la constatación de que nos encontramos ante enterramientos especiales, con características diferenciadoras y en contextos originales y fuera de lo habitual. Y, una vez más, un intento por encontrar la razón de ser de esas diferencias; en el marco de las desigualdades sociales, en este caso.

Antes de proseguir, conviene revisar de forma detallada algunas de las interpretaciones que se han manejado para el fenómeno. Asumido su carácter sepulcral y desechadas por tanto las opciones clásicas del cenobio y el refugio, comenzaré precisamente por la más reciente, que es la que acabo de mencionar en el párrafo anterior. En palabras de su primer formulador, A. Gutiérrez González (2010: 196), "las inhumaciones en cuevas cantábricas podrían estar reflejando un similar ejemplo de enterramiento [se refiere a Sutton Hoo y a las inhumaciones anglosajonas en túmulos] privilegiado a miembros de élites locales, como formas de diferenciación social", ya que "los depósitos que acompañan a los individuos inhumados -armamento, broches, collares, jarritos, cerámicas…- denotan un alto rango y preminencia social en el contexto regional". En la misma línea se manifiestan

[586] La elección de un lugar de enterramiento fuera del cementerio, propia de algunos enterramientos privilegiados, también es una forma de exclusión (Gutiérrez Cuenca, 2015: 482)

A. García Álvarez-Busto e I. Muñiz (2018: 109-110) en un trabajo reciente, al estudiar el uso sepulcral de las cavidades en Asturias durante la alta Edad Media, cuando plantean, también a partir de los ajuares encontrados en ellas, "el posible carácter de prestigio de las cuevas, consideradas como criptas naturales dirigidas especialmente a las jerarquías sociales de la Antigüedad Tardía astur". Dado que se trata de una de las pocas explicaciones del fenómeno surgidas en los últimos años y el ascendiente que parece comenzar a alcanzar en una parte de la investigación, merece ser analizada con cierto detalle, algo que haré sobre la base de la crítica planteada en un trabajo reciente (Arias *et alii*, 2019: 148).

En primer lugar y desde un punto de vista estrictamente geográfico, hay que recordar que, como ha quedado de manifiesto en las páginas precedentes de este trabajo, el fenómeno no puede restringirse a la zona cantábrica, ni mucho menos a las actuales Asturias y Cantabria. A lo largo de esta investigación hemos tenido la ocasión de comprobar cómo las cuevas con este tipo de uso en época visigoda se distribuyen por amplias zonas de la Península y el sur de Francia, por lo que, de haber sido realmente utilizadas a la manera de criptas por parte de las elites de los siglos VI-VIII, lo habrían sido por las de gran parte del territorio del reino de Toledo y no únicamente por las del norte peninsular. Es más que evidente que el fenómeno no puede confinarse en los territorios cantábricos, tal y como se ha planteado.

Centrando el foco en Asturias -desde donde surge y para cuyo contexto específico se formula- resulta aún más complicado sostener esa afirmación, si nos atenemos únicamente al registro arqueológico regional. Y lo es porque los ejemplos citados distan mucho de encajar en lo esperable para sepulturas propias de esa categoría, la de las elites tardoantiguas. O al menos si nos basamos en los contextos y materiales documentados en las cuevas de ese territorio y no extrapolamos datos de los vecinos. Porque, de hecho y como hemos visto con detalle en los apartados correspondientes, ninguno de los casos asturianos estudiados puede ser considerado de forma indudable como una cueva sepulcral de los siglos VI-VIII. Sobre los problemas de interpretación de la cueva de l´Alborá ya he tratado anteriormente, así que no considero necesario insistir en ello en este punto. A ello hay que añadir la errada consideración como enterramiento en cueva de la sepultura de Cueva Güerta y el ejemplo de la cueva indeterminada de Cabrales, que tampoco es tal cosa. El caso de Cueva Pequeña -donde, de nuevo, ni siquiera sabemos si el contexto es real ni tenemos forma de comprobarlo- también es más que dudoso. Lo mismo sucede con el caso citado de una cueva en Valdediós (García Álvarez-Busto *et alii*, 2018: 109), para el que el único argumento manejado es la presunta asociación entre restos humanos sin datar y una fíbula anular "en omega", objeto cuya cronología, como también se ha expuesto en otra parte, es tan amplia que deja margen para todo tipo de dudas; aunque diéramos por buena su asociación directa a restos humanos, algo que sería mucho dar, a la vista de la ausencia de cualquier otra evidencia al respecto. Llegados a este punto y sin salir del territorio del actual Principado, este pequeño repaso a la lista de yacimientos manejados debería servir para cuestionar seriamente esa interpretación.

Es cierto que, si ampliamos el marco geográfico, sobre todo a Cantabria, aunque no solo, en algunos casos los objetos -o, al menos, una parte de ellos- que acompañan a los muertos de las cuevas podrían interpretarse como elementos "de prestigio". Ese carácter suele atribuirse, sin ninguna duda, a armas de filo como las espadas y, en menor medida, los *scramasaxes*, de las que contamos con varios ejemplares de reciente descubrimiento en La Garma, aunque aún están pendientes de estudio. Otro tanto ocurre con los mencionados jarritos de bronce, considerados como objetos de lujo e incluso como marcadores de la presencia de miembros de las jerarquías religiosas entre los inhumados en las cuevas (Gutiérrez González, 2013: 392-393). Y lo mismo sucede con los broches de cinturón, especialmente con los que tienen decoración damasquinada. Incluso la vajilla de vidrio, como veremos, suele interpretarse como marcador de estatus social elevado.

Comenzando por las armas, tanto las espadas como los *scramasaxes* formaban parte del equipamiento militar habitual en época visigoda, tal y como se comprueba por la arqueología, pero también gracias a algunas fuentes escritas. En principio parecen haber estado destinadas a una elite de guerreros (Catalán, 2015: 301). Sin embargo, quizá esa imagen pueda matizarse, a la luz de textos como el de la Ley Militar del rey Wamba, de la segunda mitad del siglo VII y recogida en el *Liber Iudiciorum* (Libro IX, Título II). En él se establece la obligación de que los señores movilicen para la guerra a la décima parte de sus siervos, que deberán estar instruidos en el uso de espadas, escramas, lanzas y flechas, así como hondas y otras armas: "*spathis, scramis, lancéis sagittisque instructos quosdam etiam fundarum instrumentis vel caeteris armis*". Dos cosas llaman la atención de este texto en el contexto en el que lo estamos analizando. En primer lugar, el orden en el que se citan las distintas armas ofensivas, con *spatha* y *scrama* en primera posición, de donde parece colegirse que se trataba de los elementos más habituales o importantes, lejos de esa imagen exclusiva que acabo de comentar. Y en segundo, y abundando en ello, la constatación de que los siervos, en determinadas ocasiones, podían ser equipados con espadas. Esto último resulta sorprendente y matiza esa imagen, que acabamos de comentar, de unas armas consideradas habitualmente como de lujo, con importantes implicaciones simbólicas y, presuntamente, sólo al alcance de unos pocos miembros de la sociedad visigoda[587]. En cuanto al registro arqueológico, los hallazgos de espadas en la Península son escasos, como ya hemos comentado en el apartado correspondiente. Los pocos ejemplos conocidos con contexto seguro remiten a tumbas con ajuares guerreros, lo que por otra parte tiene toda su lógica. Ajuares que, en estos casos, sí podrían estar evidenciando la pertenencia de los difuntos a una elite social de la época. La única excepción sería la presunta empuñadura[588] recuperada en un silo en Arroyo Culebro, en un contexto aldeano de los siglos VII-VIII (Penedo *et alii*, 2002). En cuanto a los *scramasaxes*, también hay algún caso de aparición en contexto aldeano o similar, como el de la granja de La Vega (Boadilla del Monte) (Alfaro y Martín, 2000: 229 y 237).

[587] Quizá una forma de conjugar esa idea y lo reflejado en el texto sea pensar en que el término *spatha* de la Ley de Wamba pudiera referirse a los largos *scramasaxes* o sables, mucho menos "elitistas" que las espadas de dos filos, aunque esto no pasa de ser una mera conjetura.

[588] Sus posibles problemas de interpretación ya han sido mencionados en otro apartado

Otro de los elementos que se manejan como argumento de peso para identificar los enterramientos en cueva como propios de las elites, en este caso, religiosas, es la presencia de jarritos de bronce en ellas (Gutiérrez González, 2013: 392-393). Ya hemos visto al tratar sobre ese tipo de objetos en un apartado anterior que, realmente, no hay tantos ejemplares procedentes de cuevas como se afirma y que, en los casos de los que sí lo son, su asociación a restos humanos ni mucho menos es clara o evidente. Esto, por sí solo, podría servir para poner en duda esa interpretación "elitista", sin necesidad de entrar a valorar el uso litúrgico o profano de los jarritos y dando por hecho que este último también sería exclusivo de miembros de la aristocracia, los únicos que, según esos puntos de vista, podrían acceder a ellos. Pero es que, como ya he adelantado en otro lugar, si analizamos los casos de hallazgos de este tipo de recipientes en cuevas -y de otros que se les suelen asociar, como los aguamaniles, mal llamados "patenas"- observamos que todo apunta a que no están ahí por su condición de objetos lujosos o exclusivos, sino por todo lo contrario: por ser chatarra, atesorada junto a otros elementos metálicos con vistas a su reciclaje. Por ejemplo, el lamentable estado de conservación del jarrito de la cueva de El Asno, reducido a un gran fragmento formado por el pie y una pequeña parte del cuerpo (Eiroa, 1987), se explica mucho mejor por su condición de material desechado y reciclable que por las condiciones de la cueva. Si a ello le unimos su asociación directa con objetos de hierro variopintos -cuchillos, clavos, herramientas, placa de "tipo Almar"- que suelen aparecer en esta clase de conjuntos, parece razonable suponer que su presencia allí se debe a que formaba parte del ocultamiento y no a razones religiosas ni de prestigio social. En el caso del jarrito perdido de Cudón, con los fragmentos de patena en su interior, ocurre lo mismo: esos trozos se explican perfectamente si interpretamos que tanto el jarro que los contenía como el lote de herramientas y objetos metálicos recuperado en la cueva formaban parte de un mismo ocultamiento de metales. Y, ampliando el espectro, aunque con las cautelas que impone el no conocer apenas nada acerca de su contexto real, el hecho de que los ejemplares de Mina El Milagro, Iturrieta y la cueva indeterminada de La Horadada[589] carezcan de asa y de fondo refuerza el argumento: se trataría de objetos inservibles, completamente inutilizables y destinados al reciclaje[590]. Ya sin jarrito, pero

[589] En el caso de que, como ya se ha planteado varias veces a lo largo de este trabajo, esa cueva indeterminada fuese, en realidad, Cueva Larga, habría que relacionar el jarrito con el conjunto de herramientas de hierro procedente de la cavidad y pensar en que todo pudo formar parte de un mismo ocultamiento

[590] Como por otra parte ocurre con un elevado porcentaje de los jarritos de este tipo conocidos en la Península, que sólo en muy pocos casos conservan fondo y/o asa (*vid*. Balmaseda y Papí, 1997). Para el asunto de la pérdida de los fondos se han manejado explicaciones tan pintorescas como que se debía a las inutilizaciones de los jarros una vez muertos sus dueños, para que nadie más pudiera usarlos, extrayendo de ese supuesto, además, conclusiones acerca del carácter presuntamente personal -y se ve que también intransferible- de aquéllos. En mi opinión resulta mucho más sencillo pensar en que la acción continuada de los líquidos que contenían, pues ése y no otro era su uso, acabó corroyendo las zonas más débiles de los jarritos, los fondos, que terminaron por perderse. En ese mismo sentido se manifiesta L. Tobalina (2010-2012: 249, nota 27) quien considera que "la falta del fondo puede ser simplemente debido a que se perdió por efectos naturales, al ser una parte añadida a la pieza con posterioridad, al igual que ocurre con las asas". Una de las características técnicas de estos recipientes es que sus fondos son piezas independientes que van soldadas al cuerpo principal (Palol, 1950).

con otros elementos asociados, tenemos los hallazgos de Los Hornucos, con los mangos, los fragmentos de plato y de broche de cinturón con evidencias de recortes[591] y su asociación al conjunto de herramientas de hierro y al gran contenedor de tipo *dolium*. Por tanto, es un error vincular automáticamente la presencia de jarritos de este tipo en las cuevas con el enterramiento en su interior de miembros relevantes del clero hispanovisigodo (*vid*. Gutiérrez González (2010b: 17-20; 2013: 392). Esa identificación, debida a un análisis superficial de contextos y materiales, termina por convertir a -si se me permite la expresión- simples chatarreros, que ni siquiera tienen por qué estar enterrados junto a los conjuntos metálicos, en miembros relevantes de la Iglesia[592]. Y todo ello sin que, obviamente, existan motivos reales para hacerlo si se examina en profundidad el registro material de los yacimientos. Finalmente, para cerrar el tema de los jarritos y sus implicaciones, cabe decir que también resulta muy llamativo el elevado número de recipientes de ese tipo conocidos en la Península[593] (*vid*. Beghelli y Pinar, 2013: 717), lo que no parece corresponderse muy bien con un objeto exclusivo, al alcance únicamente de unos pocos miembros de la sociedad y sí con recipientes que pudieron tener una difusión mucho mayor y ser utilizados de manera habitual en contextos de otro tipo, no necesariamente relacionados con las elites de la época.

Otro de los argumentos manejados por los autores que sostienen esta interpretación tiene que ver con la presencia de broches de cinturón. Ya hemos visto que los broches de tipo liriforme, considerados como tales en sentido amplio, distan mucho de ser elementos exclusivos sólo al alcance de unos pocos miembros de la sociedad. Y son precisamente esos los que aparecen, de forma masiva, en las cuevas. Por tanto, es fácil descartar en este punto su carácter "elitista".

El caso de los broches con decoración damasquinada es más complejo y se presta a discusión ya que, en principio, podrían ajustarse a ese patrón exclusivo y sólo al alcance de los miembros de una elite, como ha sido sostenido por algunos autores (Tejado, 2011: 454-455)[594]. Sin embargo, esa impresión puede matizarse si se ponen en contexto y se

[591] A lo que habría que añadir el posible fragmento de cuchara y varios trozos más de placas de aleación de cobre conservados en el MUPAC. En cuanto a la cuchara que se recuperó completa y a la placa liriforme no se puede descartar que también formasen parte del "alijo", aunque habría que estudiarlas para observar su deterioro o no. No olvidemos que la cueva también tuvo función sepulcral en esos momentos y esos elementos podrían haber llegado a la cueva acompañando a alguno de los cadáveres.

[592] Nótese que, en este caso, la interpretación "elitista" recoge una idea muy extendida desde antiguo, la del uso litúrgico-misionero de las cuevas, aunque llevándola a un nuevo nivel y convirtiendo a los antiguos eremitas de aquella formulación inicial en religiosos de alto rango. En esta transformación me parece muy evidente la influencia que han tenido las nuevas tendencias historiográficas interesadas en la documentación arqueológica de las diferencias sociales a finales de la Antigüedad e inicios de la Edad Media. En ese empeño por identificar a las elites de la época, relacionar a éstas con las cuevas sepulcrales es sólo una de sus manifestaciones.

[593] A lo que habría que sumar los fragmentos sueltos y también los aguamaniles, mal llamados "patenas", con los que, en ocasiones, hacían juego y que también están ampliamente representados en el registro arqueológico peninsular.

[594] Para este autor (Tejado, 2011: 455), "parece fuera de toda duda que estos broches de cinturón damasquinado contenían en sí mismos, y lo que es más importante, conferían a su poseedor, una preeminencia social derivada de su exclusividad"

analizan con cierto detalle. Para empezar, conviene recordar que este tipo de broches no sólo aparecen en lugares de habitación vinculados a esas elites de las que estamos hablando, como los *castra* o *castella*, sino que, en ocasiones, también lo hacen en contextos aldeanos, como es el caso del ejemplar de El Pelícano (Vigil-Escalera, 2011: 49 y 53). Contextos en los que tampoco son extraños otros elementos, relacionados con el adorno personal, elaborados con metales que tienden a verse como prestigiosos, como, por ejemplo, el anillo y el pendiente de plata de la estructura de habitación E 1-2 de La Cabilda (Gómez Osuna, 2018: 35-36).

También es importante señalar que, al igual que ocurre con los broches de cinturón de bronce, existen distintas calidades. Así, junto a piezas que muestran un diseño y una ejecución primorosos, como son los del *British Museum y* la *Morgan Library&Museum*, encontramos una mayoría de piezas mucho más vulgares, con diseños y acabados muy por debajo de esos dos ejemplos citados. Eso es algo que, sin conocer estos, ya observó Martínez Santa-Olalla (1948: 184), quien distinguió entre lo que él consideraba "obras insuperables", fruto de "talleres cortesanos" y cuyo exponente serían los magníficos bocados de caballo hispanovisigodos damasquinados en plata y oro, y "toda la gama de técnica y estilo mediocres hasta los productos más degenerados, como eco de las obras innumerables y perfectas de los talleres burgundios y vecinos", en donde incluye los broches que estamos viendo; o al menos los escasos ejemplares que se conocían en su época. En cuanto a los materiales empleados, lo cierto es que, pese a la primera impresión, tampoco suponen una inversión desmedida, teniendo en cuenta que la base es de hierro y que el latón -por otra parte, poco o nada lujoso- y la plata se emplean en pequeñas cantidades, especialmente la segunda, de mayor valor[595]. En momentos -finales del siglo VII y, sobre todo, el VIII- en los que se observa una tendencia al reciclaje de objetos de aleación de cobre[596] en lo que podría interpretarse como un indicio de la escasez de este mineral, podría incluso plantearse que el coste de estos productos damasquinados no tendría que ser, necesariamente, más elevado; al menos desde el punto de vista de las materias primas. Es entonces en la mano de obra especializada donde podría residir esa exclusividad, si es que fue tal, aunque en ese sentido resulta complicado realizar afirmaciones con cierto fundamento.

Si volvemos la vista a lo que sucede en Francia podremos apreciar la presencia masiva -o casi- de este tipo de producciones al norte de los Pirineos, sobre todo a partir del siglo VII, cuando, en palabras de E. Salin (1957: 171) "*elles furent fabriquées par milliers*".

[595] Recuérdense los resultados de los análisis metalográficos realizados a la placa con decoración damasquinada de la cueva del Portillo del Arenal, comentados en un apartado anterior. Estos han certificado la presencia de distintas aleaciones formando parte de los diferentes adornos -hilos embutidos y plaquitas- de la pieza, algo que, en mi opinión, está indicando claramente el recurso a materiales reciclados como materia prima con la que confeccionar estos elementos pretendidamente lujosos. Un recurso al reciclaje en este tipo de producciones que ha sido documentado, también mediante analíticas metalográficas, en uno de los ejemplares del Castillo de los Monjes (Tejado, 2011: 421)

[596] Como se desprende de la abundancia de ocultamientos -o atesoramientos- de materiales metálicos entre los que abundan los objetos de bronce, como, por ejemplo, el de la casa de *Contrebia Leucade*, de finales de época visigoda (Hernández Vera *et alii*, 2001: 16-17).

No parece pues que nos encontremos ante objetos de lujo destinados a la elite aristocrática merovingia y sí con unos elementos -y una técnica decorativa- que, por el motivo que sea, se ponen "de moda" en esas fechas y alcanzan una gran difusión. Obviamente, la situación no es comparable en la Hispania visigoda y su provincia gala, donde el número de objetos conocidos de este tipo es muchísimo menor y no puede hablarse de grandes producciones, frente a la masiva elaboración de broches de cinturón en aleación de cobre por las mismas fechas. Sin embargo, esa proliferación franca permite suponer que, al menos desde el punto de vista de los costes de producción, no debía tratarse de piezas sólo al alcance de unos pocos, radicando quizá su limitación en la existencia de artesanos especializados en el damasquinado, con toda probabilidad mucho más numerosos al norte de los Pirineos que al sur. De hecho, el propio Palol (1957b: 304) propone la presencia hipotética de alguno de esos orfebres merovingios en Hispania y que su mano esté detrás de al menos algunos de los broches peninsulares con decoración damasquinada, aun insistiendo en el "hispanismo" morfológico, técnico y decorativo de los broches.

Recientemente (Hierro, 2018: 187-188) se ha propuesto la relación entre los broches de cinturón hispánicos con decoración damasquinada de tema animal y las guarniciones de cinturón bizantinas de los tipos F7 y F8 de la clasificación tipocronológica de M. Schulze-Dörrlamm (2009: 160 y ss). De acuerdo a esa hipótesis, los ejemplares peninsulares serían un intento por recrear, de forma local, los originales bizantinos, tal y como ocurrió décadas antes con los liriformes y cruciformes (Ripoll, 1998: 60 y ss.; Gutiérrez y Hierro, 2013. 122-123). En este caso concreto, la dificultad habría sido mayor, ya que la particularidad de las piezas orientales reside en su policromía, conseguida mediante la superposición de distintas placas de aleación de cobre -lisas y caladas- y el uso de esmaltes, todo ello realizado en serie, en talleres especializados (Schulze-Dörrlamm, 2009: 337 y ss.). Y para ello, en la Península, ante la ausencia de esos talleres y de esos conocimientos técnicos, se habría recurrido al damasquinado para conseguir esa combinación de colores presente en los broches originales. Si esta idea es correcta, es probable que esas piezas -las más parecidas a los tipos F7 y F8- hayan sido las primeras en elaborarse y que luego la técnica del damasquinado se haya ido extendiendo y utilizándose para otro tipo de decoraciones, como las de tipo geométrico presentes en varios de las guarniciones de cinturón conocidas y que imitan las que presentan los broches liriformes de bronce, aunque policromadas. Todo apunta a que podrían extrapolarse a estos momentos tardíos algunas de las ideas manejadas por J. Pinar (2017: 144) para siglos anteriores. Este autor constata la existencia de imitaciones más económicas de productos de lujo en las que los materiales preciosos y las técnicas más elaboradas son sustituidas por otros de menor valor y soluciones más sencillas, aunque aparentes. En el caso que nos ocupa, los broches originales bizantinos en aleación de cobre de los tipos F7 y F8 ya imitan a otros fabricados en oro (Schulze-Dörrlamm, 2009: 160 y ss), por lo que los ejemplares hispánicos serían, en realidad, una versión barata de la que podríamos considerar como "gama media" de guarniciones de cinturón de este tipo.

El caso de la vajilla de vidrio, extensamente representada en el registro arqueológico de los siglos VII-VIII en todo tipo de asentamientos, incluyendo de forma significativa las

aldeas, es otro buen ejemplo de lo que estamos viendo. Considerada tradicionalmente como un objeto de lujo, su presencia -y su número- en este tipo de yacimientos ha llevado a algunos autores a reconsiderar tanto esa calificación como la capacidad de los campesinos de época visigoda de acceder a determinados productos (Vigil-Escalera, 2016: 118) y, por tanto, a comenzar a poner en duda la imagen de pobreza rayana en la más absoluta de las miserias con las que los imaginamos hoy en día[597]. Yendo un paso más allá, incluso, de ser correcta la atribución de ese estatus a los muertos de los silos, la posesión de esclavos por parte de esos mismos campesinos libres que habitaron la red aldeana del Reino de Toledo sería otro poderoso argumento en ese sentido (*Ibidem*).

Pero es que, aunque de nuevo -como en el caso de la distribución geográfica y del registro material de los contextos asturianos- no tuviéramos en cuenta lo dicho hasta aquí y aceptáramos sin cuestionarlo el carácter "prestigioso" de todos esos materiales, habría que explicar por qué hay algunos yacimientos de ese tipo en el que aquéllos no están presentes. U otros en los que conviven cuerpos a los que se asocian con otros que no tienen nada. En ese sentido, el ejemplo de la Galería Inferior de La Garma es muy ilustrador, con cinco individuos, un broche con decoración damasquinadas y un posible remate de huso de hierro a repartir entre ellos. Aunque asumiéramos que la guarnición de cinturón constituye un marcador de estatus elevado, tendríamos únicamente un miembro de esas presuntas elites compartiendo el espacio funerario subterráneo con otros cuatro que no lo son. E incluso si añadiésemos a los de la Galería del Río y los considerásemos miembros de la aristocracia guerrera, en virtud de las armas que se les asocian, seguiríamos teniendo que explicar la presencia de los de más arriba. Quizá, precisamente, ahí resida, tal y como yo lo veo, el *quid* de la cuestión: que la condición social del difunto no tiene que ver con su depósito en la cueva. O, lo que es lo mismo, que en ese tipo de yacimientos podríamos encontrar representados a cualquier tipo de miembro de la sociedad de la época, o al menos de las comunidades que habitaban en su entorno y están detrás del uso funerario de las cavidades.

Una técnica utilizada en los últimos años para tratar de establecer diferencias entre grupos sociales y documentar desigualdades a través de la dieta es la de los isótopos estables. En el caso que nos ocupa, los análisis isotópicos, en el único caso en el que se han realizado, Riocueva, podrían estar señalando otro "pero" a la identificación de los muertos de las cuevas como miembros relevantes de la sociedad local de la época. Los resultados muestran un elevado consumo de plantas de tipo C_4 por parte de los enterrados en la caverna. Esas plantas, que, como hemos visto en otro lugar, conocemos también por los hallazgos carpológicos en esos mismos yacimientos, son fundamentalmente cereales de primavera, como el panizo y el mijo. Conocidos y consumidos desde al menos la Edad del Bronce (Tafuri *et alii*, 2009: 150-151), esos cereales siguieron formando parte de la dieta habitual en algunas regiones en época romana, aunque no gozaron de buena fama como alimentos destinados al consumo humano (*vid*. Stobbe *et alii*, 2019: 255-256). Es

[597] Señala este autor, acertadamente en mi opinión, que "perhaps the ingrained proverty of the villagers in our traditional social imaginay continues to weight more than the mere evidence" (Vigil-Escalera, 2016: 118)

por eso por lo que, tradicionalmente, el consumo de mijos suele asociarse a estratos bajos de la sociedad romana, algo que algunos estudios parecen confirmar, al menos para el entorno de la ciudad de Roma en momentos altoimperiales (Killgrove y Tykot, 2013: 36).

Por el contrario, recientes investigaciones parecen poner en duda ese carácter "marginal" del consumo de mijos durante la Tardoantigüedad y la Alta Edad Media y lo extienden a capas privilegiadas de la sociedad de la época. Así, analíticas llevadas a cabo sobre el interior de cerámicas de cocina de los siglos VI a X[598] procedentes del complejo episcopal de Padua han permitido comprobar el consumo directo de mijos a lo largo de esos siglos, tanto en los momentos en los que el edificio estuvo ocupado por individuos de estatus elevado, en el siglo VI, como cuando sus inquilinos fueron mucho más modestos, con posterioridad a su destrucción a manos de los lombardos, a inicios del siglo VII (Ganzarolli *et alii*, 2018). Según esta investigación, el consumo directo de estos cereales no implicaría la pertenencia a capas bajas de la sociedad de la época ni permitiría descartar, en el caso que nos ocupa, la pertenencia a las elites de la época de los individuos inhumados en cuevas cuyos valores isotópicos -como en los casos de Riocueva, La Garma y Las Penas- fueran compatibles con ese consumo de plantas de tipo C_4[599].

Un argumento similar podría esgrimirse para la presencia de cerámicas bastas, hechas a torneta, en estos contextos funerarios. Como ya se ha señalado, nuevos hallazgos están permitiendo desterrar la idea de su carácter "marginal" en estos momentos (Azkarate y Solaun, 2016), lo que las haría compatibles con sepulturas privilegiadas, en este caso en el interior de cuevas. Sin embargo, como se ha comprobado en Riocueva, esas cerámicas bastas, que lo son, también lo son de cocina. Y como tales han sido utilizadas antes de su amortización en la cavidad, lo que no casa con ese ambiente "elitista" propuesto.

Otro escollo para esta interpretación lo suponen los grupos de edad representados, ya que no propone ninguna explicación para la juventud de la mayor parte de los muertos. De hecho y en sentido contrario, la presencia notable de individuos de edad avanzada ha sido puesta en relación con la pertenencia a una clase social elevada, ya que estaría indicando una esperanza de vida más alta que la de la mayor parte de la población. Es el caso de los sepulcros colectivos de la segunda fase de uso de la zona cementerial del núcleo episcopal de Valencia (Alapont, 2005: 248), en los que la mayor parte de los inhumados llegaron a los 45 años y varios de ellos superaron los 60 y que se interpretan como los mausoleos familiares de las elites visigodas dominantes en la ciudad en el siglo VII (Ribera, 2005: 234-236). En las cuevas esa representación de franjas de edad se invierte, con niños, subadultos y adultos jóvenes casi en exclusiva y completa ausencia de individuos seniles.

[598] La técnica utilizada en ese estudio ha consistido en la identificación, mediante cromatografía de gases y espectometría, de la presencia de miliacina, un biomarcador presente en los mijos, en el interior de vasijas de cocina. Esa presencia, confirmada en un elevado número de muestras, ha permitido probar el consumo directo de mijos, independientemente de la ingesta también pudiera hacerse de forma secundaria, a través de la carne de animales alimentados con cereales de ese tipo.

[599] Se ha señalado un incremento del consumo de plantas de tipo C_4 durante la Tardoantigüedad en el Noroeste de Hispania, relacionándolo con la llegada de los suevos (López Costas y Müldner, 2016: 151)

En el caso de los ejemplos cántabros -que son los que, sin nombrarlos, se toman como modelo de presuntos enterramientos de miembros de las elites, pues es en ellos en los que aparecen representados los también presuntos marcadores de estatus elevado- en los que esos comportamientos post-sepulcrales han sido detectados, como Las Penas, Riocueva y La Garma, también habría que explicar la destrucción de los restos, una vez esqueletizados. En principio, no parece que el hecho de pertenecer a una elite que se entierra en sus propias "criptas naturales" pueda acarrear un "castigo" como ése, una vez transcurrido cierto tiempo desde el depósito de los cuerpos en las cuevas. Sólo en un contexto de fuerte enfrentamiento social[600] -el étnico podemos descartarlo en este caso, ya que esas presuntas aristocracias serían las mismas durante todo el periodo estudiado- podríamos pensar en un comportamiento como ése sobre los restos de miembros importantes de la sociedad de la época[601]. Y no contamos con ningún elemento que nos permita siquiera proponer una situación de ese tipo en el periodo que estamos estudiando.

En cuanto a la clase de lugar elegido para depositar los cuerpos, el principal argumento parece ser la comparación de las cuevas cantábricas con los grandes túmulos anglosajones utilizados para enterramientos principescos. Esta idea, sin embargo, no parece tener en cuenta una de las características más destacadas de estos últimos: su relación con el paisaje y su ubicación en lugares elegidos por su gran visibilidad (Reynolds, 2009: 207). Una visibilidad completamente ausente en las cavidades con uso sepulcral en época visigoda, en la mayor parte de los casos con bocas apenas perceptibles y situadas en lugares con muy poco dominio visual sobre el entorno. Además, la elección de cuevas, tampoco tiene por qué implicar la presencia en ellas de sepulturas privilegiadas o de miembros de las elites[602]. Al referirse a los enterramientos altomedievales en túmulos prehistóricos de los Balcanes, F. Curta (2016: 283) afirma que estos no constituyeron una forma de inhumaciones privilegiadas, más allá de que alguno de los cuerpos pudiera pertenecer al algún personaje destacado y portar, por eso mismo, algún símbolo de estatus elevado[603]. Es decir, que en ningún caso sería esa forma de enterramiento en particular la que señalaría el origen aristocrático o el rango elevado -y, de hecho, menciona varios ejemplos en los que no parece que los nuevos "inquilinos" de esos túmulos fueran gente socialmente importante- sino, en cada caso concreto, los materiales asociados a ellos.

[600] La rebelión de los siervos en el Reino de Asturias durante el reinado de Aurelio, en la segunda mitad del siglo VIII (Besga, 2000: 362-363), parece el único momento en el que pudo haberse producido algo así, aunque suponer que realmente pudo llegar a ocurrir no deja de ser una mera especulación.

[601] La profanación de cadáveres en contextos de revueltas sociales no es un comportamiento extraño y contamos con ejemplos bastante recientes. Durante la Guerra Civil Española, en la "fase revolucionaria" sucedida en la zona republicana en el verano y otoño de 1936, miembros de las milicias de algunas organizaciones obreras desenterraron y expusieron cadáveres de religiosos, profanaciones que son sólo una de las varias manifestaciones de la ola de profundo anticlericalismo que sacudió la parte del país bajo control -más nominal que real en aquellos meses- del gobierno del Frente Popular. Los asesinatos de religiosos, la destrucción de imágenes y objetos sagrados y la quema de iglesias fueron otras.

[602] Entiendo que hay una alusión implícita a este tipo de situaciones en la mención, por comparación, al enterramiento principesco anglosajón de Sutton Hoo (Gutiérrez González, 2010: 196).

[603] "The individual buried in grave 6 in Spilaio may well have been of elevated social status. If so, however, that was signaled by means of the associated sea of Marianos, not by his grave being dug into a prehistoric mound" (Curta, 2016: 283).

Creo que ese mismo razonamiento, como ya he sostenido más arriba, puede aplicarse perfectamente a los muertos de las cuevas de los siglos VI-VIII en la Península y Septimania, entre los que todo apunta a que podemos encontrar sujetos de toda condición.

Finalmente, tampoco conviene olvidar que, a finales del siglo VII y, sobre todo, ya en el VIII, las fechas en las que las cuevas son usadas con fines sepulcrales de forma más intensa, observamos cómo comienza a abandonarse la práctica de la inhumación vestida y a modificarse la forma de realzar el estatus, cambiando la amortización funeraria de *ornamenta* y de otros elementos en las tumbas por sepulturas con una ubicación determinada -junto a las iglesias y, especialmente, las zonas más importantes de éstas; o directamente en su interior- y en determinados contenedores, como los sarcófagos. La opción de pensar que en Cantabria ese proceso no sucedió de esa manera o llegó más tarde no parece viable (*vid*. Gutiérrez Cuenca, 2019: 125 y ss.). Además, contamos con un magnífico ejemplo que ilustra perfectamente esa situación y cuál pudo ser la forma de inhumarse de las elites locales a finales del siglo VII o ya en el VIII: un enterramiento en sarcófago en la necrópolis de San Pantaleón de La Puente del Valle fechado por radiocarbono en el mismo momento de uso de las cuevas sepulcrales situadas algo más al norte (Gutiérrez Cuenca, 2015: 293-294)[604]. No es necesario insistir -se volverá sobre ello más adelante- en que las cuevas -y menos las del tipo usado en estos siglos para inhumar en su interior- no son los lugares más adecuados para la ostentación y el alarde funerarios, tanto por su propia morfología como por su ubicación. Por no hablar de las zonas sepulcrales de algunas de ellas, a las que sólo es posible acceder descendiendo simas de varios metros de profundidad.

Tras lo expuesto en los párrafos anteriores es evidente que la interpretación de las cuevas con uso sepulcral como enterramientos aristocráticos, laicos o religiosos, adolece de serios defectos. Y que esos defectos la invalidan, en mi opinión, como una opción para explicar el fenómeno, al menos tal y como ha sido formulada hasta la fecha. Ni las cuevas se localizan en una región geográfica determinada, ni los depositados en ellas están en todos los casos acompañados de objetos de prestigio, ni los que son considerados habitualmente como tales lo son en todos los casos. A lo que hay que añadir que no sirve para explicar de forma satisfactoria algunas de las principales características de estas manifestaciones funerarias tan particulares, como su localización y la dificultad de acceso, los grupos etarios presentes en ellas o, en los casos en los que se han documentado, las destrucciones y quemas de restos esqueléticos.

[604] La fecha es 1275 ± 45 BP, que, calibrada a 2 sigma, se sitúa entre los siglos VII y IX, aunque centrada en el VIII. Resulta muy similar, por ejemplo, a las dos de huesos humanos de Las Penas (1270 ± 30 BP y 1275 ± 30 BP), a una de las de La Garma (1288 ± 42) BP y a otras dos de Riocueva (1285 ± 30 BP y 1265 ± 30 BP). A la vista de todas ellas parece evidente que, al tiempo que se está enterrando en las cuevas, en la misma región se inhuma en sepulturas privilegiadas en sarcófago en las necrópolis normalizadas. De forma similar, en el siglo VIII se asiste a la construcción de una pequeña iglesia en la necrópolis también cántabra de El Conventón de Rebolledo, en cuyo interior se inhuman, en dos sarcófagos, dos individuos posiblemente relacionados con la erección del templo. En este caso todo apunta, de nuevo, a que se trata de sepulturas privilegiadas de miembros de la elite local (Gutiérrez Cuenca, 2019: 123-124).

La interpretación de este tipo de cuevas como escenario de prácticas funerarias precristianas es otra de las interpretaciones para estos contextos que ha llegado hasta nuestros días. Arranca, como hemos visto, con González Echegaray (1966: 273) y sus comentarios acerca del contexto sepulcral de El Juyo y tuvo su importancia en el desarrollo de las teorías indigenistas, cuyo máximo exponente es la obra de referencia de A. Barbero y M. Vigil (1974: 192), al servir de apoyatura arqueológica a sus postulados acerca de la no cristianización y los presuntos modos de vida de tipo protohistórico de los pueblos del norte peninsular durante la Tardoantigüedad. Y, aunque, ciertamente, no ha sido el argumento más utilizado para explicar los porqués y las peculiaridades de estos yacimientos, su influencia historiográfica puede seguirse hasta prácticamente nuestros días (Peñil *et alii*, 1986; Bohigas, 2003[605]). Así, C. García de Castro Valdés (2019: 712) utiliza, en una publicación reciente, estas cuevas sepulcrales cántabras de época visigoda -que describe como "ajenas por completo a todo ritual cristiano, pese a lo que se haya afirmado en sentido opuesto"- como evidencias de la perduración del paganismo -o de la falta de cristianización, si se prefiere- en los territorios cantábricos en esas fechas.

Lo primero que se puede objetar a esta interpretación, es que, como la anterior, nace vinculada exclusivamente a un territorio determinado, periférico y, hasta cierto punto, marginal respecto a otros del reino de Toledo[606]. Y, como vengo repitiendo, la distribución geográfica de las cuevas sepulcrales abarca toda la Península y el sur de Francia, permitiendo desechar, por tanto, ese presunto particularismo regional. Si tenemos que aceptar que los cántabros y astures de la vertiente costera de sus respectivos territorios eran paganos, a la altura de los siglos VII-VIII, porque utilizaban cuevas -y unos peculiares rituales funerarios- para enterrar a -algunos de- sus muertos, habría que concluir que ese paganismo también era la norma en el prepirineo oscense, en Septimania o en los actuales Cuenca y Portugal, por citar sólo algunos ejemplos; habida cuenta de los yacimientos del mismo tipo localizados en esos territorios. Tampoco es necesario insistir en la coexistencia, en un mismo territorio, de necrópolis normales, al uso, de culto cristiano indudable y, en algunos casos, largo recorrido cronológico, y cuevas con este tipo de enterramientos. El caso de Cantabria es clarificador, con las necrópolis de Santa María de Hito, Santa María de Retortillo o El Conventón de Rebolledo (*vid*. Gutiérrez Cuenca, 2019), entre otras menos documentadas, funcionando al tiempo que las cuevas de su entorno se utilizaban con fines funerarios. Y no sólo las situadas al norte de la Cordillera, como se podría objetar, sino también, por ejemplo, Los Hornucos, en la misma comarca de Campoo-Los Valles y a unos 8 km de distancia de Retortillo.

[605] Este autor distingue entre los enterramientos en cueva, que considera paganos, y las necrópolis, que serían cristianas. Y enfatiza las diferencias religiosas y culturales que, según esa visión, convivirían en el territorio cántabro a finales de época visigoda (Bohigas, 2003: 774-775).

[606] No me consta que se haya propuesto este tipo de interpretación para ninguna de las cuevas con uso sepulcral situadas en latitudes más meridionales u orientales dentro de la Península, lo que vuelve a evidenciar el sesgo geográfico que, en ocasiones, se da a estos yacimientos desde la investigación "regional" en Asturias y Cantabria, sin duda un reflejo de la vigencia que las teorías indigenistas tuvieron en la historiografía sobre el periodo hasta hace poco tiempo.

Y, aunque la situación religiosa en la Hispania de época visigoda distase de ser uniforme y la fuerza de las antiguas creencias fuese aún grande en el ámbito rural a la altura del siglo VII, como se desprende de las medidas contra la idolatría presentes en algunos de los cánones conciliares de esa centuria (*vid*. Martin, 2015), no creo que se pueda hablar de la existencia de paganismo o de paganos en ninguno de sus territorios, ni siquiera en los del norte[607], salvo que, como ya se ha comentado en otro apartado, no entendamos ese paganismo como un culto que refleje unas creencias normalizadas y sujetas a un ritual, sino como un conjunto de prácticas de origen precristiano que conviven, de mejor o peor forma, con la nueva religión que se va imponiendo y va estableciendo sus normas sobre los diferentes aspectos de la vida y la muerte de sus practicantes. Sería ese "*Folk-paganism*", también citado, que ni mucho menos es incompatible con el cristianismo y cuyas manifestaciones, en algunos casos, se han integrado en éste y llegado prácticamente hasta nuestros días[608]. Y en el que creo, además, que pueden incluirse algunos de los comportamientos simbólicos detectados en algunas de las cuevas que estamos estudiando, como se verá más adelante.

Pero es que, aun asumiendo que se trate de poblaciones enteramente paganas o no cristianizadas, eso tampoco explicaría las causas de la aparición de esa modalidad funeraria. Y no lo haría porque, precisamente, en los momentos en los que sí sabemos a ciencia cierta que esas gentes son mayoritariamente paganas, la Edad del Hierro o la época romana, no hay ni rastro de enterramientos en cuevas comparables a los que estamos viendo en este trabajo (*vid*. *supra*), como ya supo apreciar P. A. Fernández Vega[609] (2006: 88). Centrándonos en el momento que más nos puede interesar como precedente, los siglos IV-V, no encontramos nada ni remotamente parecido, en contextos subterráneos, a los yacimientos de época visigoda que estamos estudiando. Más allá de algunos enterramientos aislados, documentados mediante dataciones absolutas y que parecen responder, al menos en el único caso bien estudiado, el abrigo de Tragaluz (Domingo *et alii*, 2019), a criterios de emergencia o inmediatez, no hay un uso sepulcral importante de las cavidades en esos siglos en la Península. Siglos en los que, por otra parte, las evidencias de frecuentación de cuevas son tan abundantes que demuestran, al margen de las interpretaciones que se quieran dar al fenómeno, un elevado nivel de conocimiento -y

[607] En Cantabria, por ejemplo, ha gozado de gran influencia, debida sin duda al gran prestigio del que gozó su autor, la visión sobre el tema que manejó J. González Echegaray y que, dicho de forma muy resumida, sostenía el paganismo de los cántabros tardoantiguos -y del resto de pueblos del norte peninsular- y enfatizaba la labor evangelizadora llevada a cabo en sus territorios por monjes misioneros llegados del sur -romanizado, visigodo y cristiano- y cuya figura señera sería San Millán (González Echegaray, 1998: 45 y ss.).

[608] Piénsese, por ejemplo, en la que tal vez sea la más obvia de todas: el encendido de hogueras para celebrar el solsticio de verano. O en las mascaradas de invierno, reflejo de las celebraciones ligadas a las *kalendas ianuarias*, tantas veces condenadas en los penitenciales y otros textos eclesiásticos (Filotas, 2000: 225 y ss.) y que aún perduran en numerosas zonas rurales de Europa.

[609] Este autor reflexionaba así, a cuenta del presunto paganismo de los enterramientos tardoantiguos en cuevas de Cantabria: "Por otro lado, ¿con qué práctica pagana hemos de emparentarlo? No nos constan enterramientos romanos en cueva, y retrotraerse a la Edad del Bronce como hacía Hermilio Alcalde del Río, o empeñarse en entroncar con un pasado remoto, sólo encaja desde supuestos de renovado cantabrismo post-romano" (Fernández Vega, 2006: 88).

de uso- de ese medio por parte de las poblaciones rurales de Hispania. Y, pese a ello, no depositaron en él a sus muertos, o al menos no lo hicieron de forma significativa y, desde luego, no de la misma manera en que lo llevaron a cabo los que usaron las cuevas con fines sepulcrales algunos siglos después. A todo lo anterior hay que añadir otra pega: que quienes se apoyan en la existencia de este tipo de cuevas para sostener el paganismo de los habitantes del norte peninsular en época visigoda no han explicado cuál es el motivo del presunto cambio en las costumbres funerarias en un marco en el que se supone, según su visión, que las creencias no se han transformado. O lo que es lo mismo, por qué los mismos paganos del siglo IV o del V, que enterraban a sus muertos en necrópolis[610], pasaron a hacerlo en cuevas en algún momento indeterminado del siglo VI, alcanzando su máximo a finales de época visigoda. De nuevo, si aceptamos que esa utilización de las grutas es una señal de paganismo, habremos de asumir que la sociedad en el norte peninsular era más pagana, si se me permite la expresión, en el siglo VII o incluso en el VIII que en el IV o el V; algo que no parece que tenga demasiados visos de ser correcto.

Otro argumento contrario al carácter pagano de la elección de cuevas como lugares de enterramiento puede ser la total ausencia de menciones a ellas en la abundante literatura eclesiástica altomedieval -libros penitenciales, sermones, cánones conciliares, etc.- que tratan sobre las numerosas costumbres precristianas aún en uso entre los campesinos en esos siglos (*vid*. Filotas, 2000; Martin, 2015). Existen referencias a rocas, fuentes, encrucijadas, ríos, monumentos antiguos y, por supuesto, a tumbas, pero ni una a las cuevas; lugares, por otra parte, tan asociados en nuestro imaginario contemporáneo a la realización de cultos y prácticas relacionados con el paganismo. Resulta, por todo ello, muy extraño que, de suceder esas cosas en esos entornos, no quedara ningún reflejo en los textos de la época, máxime si, como estamos viendo, gran parte de esas "desviaciones" de la norma cristiana -si no todas- fueron recogidas por escrito en un intento secular -pues duró siglos- de corregirlas.

Finalmente, la presencia en algunas de esas cuevas de elementos de adorno personal con evidente y explícita simbología cristiana tampoco parece corresponder con lo esperable en un entorno pagano. Se trata de los broches de cinturón de hierro con decoración damasquinada Las Penas y de La Garma, ambos decorados con cruces; acompañada de una escena alegórica -muy probablemente también de tipo religioso- en el primero (Serna *et alii*, 2005; Hierro, 2011) y flanqueada por dos ruedas radiadas -conformando un motivo con buenos paralelos incluso en iglesias de la época- la del segundo (Hierro, 2011; Arias *et alii*, 2012). Es cierto que los portadores de ese tipo de objetos no tienen,

[610] Buenos ejemplos de esto que se señala, al norte de la cordillera Cantábrica, son las necrópolis de Paredes, en Siero (Asturias) (Requejo, 2013: 53 y ss.), y de La Carretera de la Playa en Castro-Urdiales (Cantabria) (Gutiérrez Cuenca, 2015: 142-143), típicas de esos siglos y asociadas a lugares de hábitat, de tipo villa en el primer caso y, probablemente, antigua ciudad devenida en aglomeración secundaria en el segundo. Más elocuente aún es el caso de la de San Martín de Finaga, en Vizcaya (García Camino, 2001: 63-78), con una necrópolis de esas fechas ordenada en torno a un edificio, presumiblemente cultual, sobre el que se levantará una iglesia en el siglo VII alrededor de la cual continuará la vida del cementerio, mostrando la evolución de las costumbres funerarias a lo largo de varias centurias en el que es, hasta la fecha, el mejor ejemplo de secuencia larga en un contexto funerario de este tipo en la vertiente cantábrica.

necesariamente, que ser cristianos[611], pero también lo es que, no siéndolo y puestos a elegir una guarnición de cinturón, lo lógico hubiera sido optar por una sin ese tipo de decoración. En un momento en el que encontramos algunos pocos broches con decoración de tipo religioso -cruces, representaciones de fábulas del fisiólogo, de los salmos, alegorías bíblicas, etc.- y muchos más sin ella, resulta difícil de aceptar que portar los primeros no haya sido una elección personal. Es decir, que quien viste un objeto de ese tipo lo hace a sabiendas y de forma voluntaria, porque es cristiano y esas decoraciones tienen un significado y una importancia para él en el marco de sus creencias. Y por eso mismo no me parece aceptable pensar que un pagano, pudiendo escoger entre una elevada gama de decoraciones de todo tipo, opte por las religiosas. Y que eso se repita en dos ocasiones. El caso de broche cruciforme -también damasquinado- de la cueva de Los Moros de Quintanaurria (Ortega *et alii*, 2017) es un ejemplo de esto mismo aún mucho más elocuente, ya que la propia guarnición de cinturón es una cruz[612]. Estos elementos permiten, además, descartar que se trate de individuos no paganos pertenecientes a una religión distinta de la cristiana, judíos[613] o -mucho menos probable- musulmanes[614].

Vemos pues que, al igual que ocurría en el caso anterior, la hipótesis del paganismo no sirve para explicar este tipo de yacimientos y sus peculiares características; más allá de la imagen inicial de considerar pagano, por oposición a la norma cristiana, a todo lo que se salga de ésta.

En realidad, si tratamos de establecer quiénes están detrás de estos usos de las cuevas todo apunta a que la mayor parte de los muertos depositados en ellas tengan que ver con hábitats campesinos, en granjas y aldeas[615], del tipo de los detectados en amplias zonas de la Península -y de Europa, obviamente- en esas fechas (*vid*. Quirós, 2009), ya que, como hemos visto, se trata de un fenómeno eminentemente rural. Pese ello, en ningún caso creo que pueda hablarse de los cementerios al uso de algunos de esos establecimientos, ni siquiera en su versión de pequeñas agrupaciones de tumbas. Respecto a los yacimientos con una cifra más alta de inhumados, todo indica que deben relacionarse

[611] Sobre la interpretación de objetos -entre ellos, los broches de cinturón- con simbología cristiana en el norte de la Francia merovingia y los problemas que puede suscitar, *vid*. Dierkens, 1991. Son también ilustradoras al respecto las palabras de H. Gaillard de Sémainville (2011: 223), quien, citando al autor anterior, afirma que: "*Cette popularité, même si elle ne constitue pas la preuve absolue des convictions religieuses de celui qui porte un tel objet, reflète pour le moins «un goût général et une mode dans laquelle le christianisme prend une part de plus en plus grande»*". Este investigador (*Ibidem*: 236) sostiene también que este tipo de producciones, las guarniciones de cinturón con decoración de tema cristiano, jugaron un papel, cuya importancia está por evaluar, en la cristianización de los ambientes rurales del mundo merovingio.

[612] Sobre las implicaciones de tipo religioso de los broches cruciformes hispanovisigodos, *vid*. Gutiérrez Cuenca y Hierro, 2013a; 2013b: 214).

[613] No sólo la presencia de motivos cristianos, sino también la ausencia de elementos que se puedan relacionar con la religión hebraica, una vez descartado el posible motivo de un *Aleph* en el anillo de oro de Riocueva (*vid. supra*).

[614] Aunque las fechas más tardías permitirían suponer ese credo para algunos de los inhumados en las cuevas, los contextos -ausencia de ritual islámico, inhumaciones vestidas- lo impiden del todo

[615] Es probable que, en algunos casos, los habitantes de asentamientos de otro tipo, como *castra* y *castella*, también puedan estar representados, como ya ha sido señalado anteriormente

con grupos de tamaño muy superior al de una familia. Pensemos, por ejemplo, en Cueva Foradada, con alrededor de 25 individuos depositados a la vez o en un espacio muy corto de tiempo y donde están ausentes las personas por encima de 35 o 40 años. Son cifras que apuntan, en mi opinión claramente, a un establecimiento de tipo aldea -quizá las ya señaladas ruinas de La Morería- en lugar de a una granja familiar. Y también a una muerte catastrófica, como veremos en el siguiente punto. El tema de los grupos etarios juega también en contra de esa posibilidad, ya que la "selección" hace que el conjunto que origina la muestra, cuando ésta es simultánea o casi, tenga que ser mucho mayor que si estuviesen representados todos los rangos de edad. O dicho de otra forma, no se puede pensar en una familia nuclear que tenga y pierda, a la vez, un feto, cuatro individuos infantiles, cinco subadultos y tres adultos jóvenes. Las cifras, admitiendo -como parece- que en este caso el depósito se produjo de una sola vez o en un periodo muy corto de tiempo, apuntan, claramente, hacia un grupo mayor. Y la misma objeción puede hacerse en el caso de Las Penas, con un conjunto también numeroso, aunque menor. En aquellos otros en los que los muertos se han ido introduciendo en la cueva de forma más espaciada en el tiempo, como en La Garma, la objeción también es pertinente, aunque de otro tipo. Ese "goteo" de inhumaciones tampoco se correspondería con lo esperable, ni siquiera en un establecimiento de hábitat de tipo familiar, sólo que esta vez y al contrario que la anterior, por defecto. Es decir, deberíamos poder documentar un uso continuado, con depósitos de cuerpos al ritmo que se producen los fallecimientos y presencia de todos los rangos de edad. Y, sin embargo, encontramos cinco cuerpos[616], todos pertenecientes a individuos jóvenes, que se han ido depositando a lo largo de varias décadas, en lo que parece un patrón completamente alejado de los que reflejan la mortalidad ordinaria de cualquier comunidad. En Riocueva se detecta algo semejante, con lo que parecen, al menos, dos momentos de uso diferenciados separados por algunas décadas. En este caso, de nuevo, ni el patrón demográfico ni las características del depósito permiten interpretar la cavidad como el cementerio de una comunidad al completo. Probablemente, en los próximos años, los estudios de ADN, en curso en algunos yacimientos de este tipo, nos irán aportando información que pueda corroborar, matizar o corregir estas afirmaciones.

Asumiendo el presumible carácter aldeano de algunos de los muertos documentados en las cuevas, hay que señalar que no creo que la presencia de *ornamenta* y otro tipo de objetos asociados a ellos en estos contextos -herramientas, armas, etc.- pueda interpretarse como una evidencia de la alta competitividad social en ese tipo de entornos campesinos, caracterizados por una escasa estratificación en esos momentos, tal y como se ha propuesto en alguna ocasión (Quirós, 2011: 31, y ss.). Sin entrar a valorar el fondo de este tipo de interpretaciones de los ajuares funerarios en el mundo rural

[616] Se omiten deliberadamente aquí los restos de la Galería del Río, ya que no han sido cuantificados, más allá de una primera aproximación. De añadir esos datos, muy provisionales, hablaríamos de un mínimo de siete individuos en todo el complejo, algo que no cambia sustancialmente la reflexión que estoy haciendo acerca del uso de la cueva.

tardoantiguo[617], sólo quiero señalar que, a diferencia de los cementerios vinculados a los lugares de hábitat, las cuevas no se prestan a la exhibición de los atributos materiales que acompañan al difunto en el momento de su entierro. Al contrario, y como vengo señalando a lo largo de este trabajo, son sitios apartados, ocultos y que no permiten la realización de ceremonias públicas en las que esa argumentada manifestación del estatus de cada grupo familiar dentro de la comunidad, podría tener lugar. Si una de las bases sobre la que se asientan esas teorías tiene que ver con la "visibilidad de la jerarquía interna" de la comunidad (Quirós *et alii*, 2013: 228-229), no se me ocurren lugares menos visibles en los que llevar a cabo ese tipo de demostraciones.

Una mirada al exterior, a otras zonas de Europa y el mundo mediterráneo, en busca de paralelos o referentes tardoantiguos para este tipo de yacimientos sepulcrales en cueva[618] arroja un magro resultado. Más allá de las menciones a restos aislados de esta cronología en algunas cuevas galesas e inglesas[619], como las del abrigo de Wolf Cave (Glamorgan) (Aldhouse-Green y Peterson, 2013), Lesser Garth (Cardiff) (Madgwick *et alii*, 2016) y Bone Hole (Somerset) (Mullan *et alii*, 2017), los únicos yacimientos que pueden servir como comparación son la cueva de Oporovina y la de Andritsa; especialmente esta última.

En la cueva de Oporovina, situada en un complejo kárstico localizado en el cañón de Lovanska Draga, en la región croata de Istria, y utilizada como lugar esporádico de habitación durante la Prehistoria Reciente y la Antigüedad Tardía, se documentó un contexto funerario fechado, por la tipocronología de una hebilla de cinturón asociada a los restos humanos, en el siglo VI. El depósito sepulcral estaba formado por seis cuerpos, amontonados unos encima de otros y en posiciones flexionadas, en un espacio muy reducido de una zona interior de la cavidad. Esas características han llevado a sus excavadores a considerar esta inhumación múltiple como una "fosa común"[620] que interpretan como reflejo de situaciones de crisis, entre las que no descartan el efecto de una epidemia (Blecic y Komso, 2015: 87-88 y 93).

---

[617] Sin ánimo de ser exhaustivo, para los diferentes argumentos manejados en esta interesante polémica historiográfica, centrados en este caso en los cementerios con armas del actual País Vasco, vid. Quirós 2011; Azkarate y García Camino, 2012

[618] Los de los periodos anteriores e inmediatamente posterior ya han sido brevemente reseñados en un apartado anterior (*vid. supra*).

[619] En el primero, un diente humano, datado por ^{14}C, ofreció una fecha de 1391±29 BP (Aldhouse-Green y Peterson, 2013: 4), mientras que en la segunda, sendas tibias arrojaron las siguientes fechas radiocarbónicas: 1572±24 BP y 1435±29 BP, respectivamente. En la tercera, por su parte, un fémur y una vértebra dieron estas fechas: 1304±26 BP y 1282±26 BP (Mullan *et alii* :179). En los tres casos también se recuperaron restos humanos datados en la Prehistoria Reciente, así como en momentos posteriores en el caso de Lesser Garth y en época romana en el de Bone Hole

[620] "*These are, as it currently stands, likely six individual interred in a curled up/contorted and/or clenched position – not buried, but rather laid immediately beneath the Surface (Fig. 10). The curled up position is not the characteristic of some particular ritual or burial method, but ref lects rather the maximum use of the available, very narrow, constricted and not easily accessible space. It appears that the deceased were thrust one against the other or one atop another, without particular consideration or order, indicative of a mass grave*" (Blecic y Komso, 2015: 87).

El caso de la cueva de Andritsa es, probablemente, uno de los más espectaculares de este tipo, aunque, lamentablemente, sólo ha sido publicado muy superficialmente (Kormazopoulou y Hatzilazarou, 2005; McCormick, 2016: 1008-1009). Se trata de una cueva a la que sólo se accede a través de dos simas, casi completamente verticales, de 14 m de profundidad y en cuya única gran sala se han documentado los restos de un número mínimo de 33 individuos, así como numerosos objetos asociados a ellos, entre los que se pueden destacar abundantísimos recipientes cerámicos, destinados principalmente a contener líquidos; lucernas, monedas, varios jarros -uno de ellos conteniendo un tesorillo de monedas- de bronce, una cruz de ese mismo metal, cuchillos, una punta de lanza y elementos relacionados con el atuendo y el adorno personal, como fíbulas, anillos y pendientes. En cuanto a la edad y el sexo de los muertos, en palabras de sus excavadores, "*many of them were of a young age, infants, children pre-adolescents and adolescents, and young adults, and there were some indications that the majority were females*" (Kormazopoulou y Hatzilazarou, 2005: 30). Los restos humanos estaban agrupados por zonas, asociados a otros materiales formando grupos separados unos de otros, alguno de ellos localizados incluso en las partes más inaccesibles de la sala, cuya superficie se caracteriza por la presencia de grandes acumulaciones de bloques que delimitan los espacios mencionados y dificultan el tránsito en algunas partes. Según las primeras observaciones antropológicas, los cadáveres están depositados sobre la superficie de la gruta, generalmente en posición de decúbito supino -a veces con los brazos cruzados sobre el pecho- o contraídos[621]. El conjunto, que parece responder a un único momento de uso, se fecha, a partir de los hallazgos monetarios, en el último cuarto del siglo VI. La interpretación para el conjunto que manejan los investigadores de esta cueva es que se trata de una cavidad que fue utilizada como refugio por una población cercana en un momento de peligro, convirtiéndose en una trampa mortal para los refugiados en ella, que no pudieron volver al exterior y fallecieron de inanición dentro. Aún es pronto para poder hacer valoraciones y habrá que esperar a una publicación en detalle del yacimiento, pero se pueden plantear algunas objeciones a esa explicación. En primer lugar, la propia elección del presunto refugio, una cueva con un único y complicado acceso, con simas por las que se supone que han bajado -o han sido descolgados- un grupo numeroso de niños. La disposición de los cadáveres tampoco parece, en principio, la esperable en una de estas situaciones. Las posturas en decúbito supino y con los brazos cruzados sobre el pecho, son poco propias de quien fallece de inanición, aunque podría argumentarse que los supervivientes podrían ir colocando de esa forma a los fallecidos. Sin embargo, esa posible gestión de los muertos por los vivos dentro del espacio cerrado de la cueva sirve, de ser correcta, para plantear una objeción aún mayor: la convivencia entre muertos y vivos. Tal y como se describe el yacimiento, parece que hay varias agrupaciones de cuerpos repartidas por distintas zonas, aunque compartiendo, en la mayoría de los casos, el gran espacio central de la cavidad. Y eso es algo que no cuadra muy bien con la situación propuesta, ya que lo esperable sería que los cuerpos fueran apartados de esas zonas y agrupados donde resultasen menos molestos, teniendo en cuenta que las muertes se irían produciendo de forma escalonada, al igual que los consiguientes procesos de

[621] La palabra utilizada en el original en inglés es "*contracted*". Entiendo que se refiere a "flexionado".

putrefacción. En ese sentido, se interpreta que algunos de esos supervivientes se habrían desplazado hacia las zonas más interiores[622] (*Ibidem*: 44) aunque eso no parece que pase de ser una suposición -podría tratarse de otro conjunto de cuerpos, sin más- y tampoco explica la aparente nula gestión de los cadáveres en la sala principal. Sea como fuere y a la espera de esa monografía que permita resolver esas dudas, lo cierto es que el yacimiento de la cueva de Andritsa presenta muchas similitudes con las cuevas que estamos viendo en este trabajo: acceso muy complicado, población mayoritariamente joven, presencia de objetos de uso cotidiano. Y no es menos cierto que nuestras cuevas en ningún caso pueden ser interpretadas como lo es la caverna griega, aunque alguna, como Cueva Foradada, lo fuera en su momento (McCormick 2016: 1009). Quizá se deba a la casualidad o quizá haya que buscar algún tipo de conexión entre ésta y -al menos, una parte de- aquellas.

Descartada, pues, la condición de aristócratas, puesto seriamente en duda su presunto paganismo y establecido que este tipo de cuevas no son lugares apropiados para la exhibición de marcadores de estatus en el marco de tensiones sociales en comunidades campesinas ni han servido como trampa natural en casos de peligro exterior, lo que parece evidente es que nos encontramos ante ejemplos muy claros de exclusión en el ámbito funerario. Los muertos depositados sobre el suelo de estas cavidades no han sido enterrados en el cementerio comunitario ni en una pequeña necrópolis familiar y ese hecho, que realmente define este tipo de yacimientos, debe tener una explicación. Señala A. Vigil-Escalera (2013a: 25) que la exclusión en las necrópolis medievales suele interpretarse como la consecuencia de "alguna forma de rechazo, marginalización o condena social", por motivos religiosos, sociales o jurídicos. Según G. Ripoll y N. Molist (2014: 24), algunos de los excluidos del cementerio y de los rituales funerarios establecidos por la Iglesia podían ser los condenados por determinados delitos, los suicidas, los no bautizados o los esclavos. B. Effros (1997: 1-3 y 14) recoge algunos testimonios tempranos (ss. VI-VII) de exclusión en el mundo merovingio, uno relativo a un suicida[623], otro -ya citado en un apartado anterior- a un monje y un tercero, especialmente interesante y sobre el que volveré más adelante, que trata sobre dos monjas pecadoras[624].

Sea cual sea la causa, una de las consecuencias de esa exclusión -al menos de ésta que se manifiesta en las inhumaciones en cueva- es la de la negación del derecho a la memoria,

[622] En esa parte de la cueva estaba colocada, contra la pared, una gran cruz procesional de bronce, en lo que podría ser un intento por "cristianizar" un entorno natural subterráneo no destinado, en principio, a servir como lugar de depósito de restos humanos. Siempre que no aceptemos la opción del refugio fallido y pensemos en un uso sepulcral de la cavidad por otros motivos, claro está.

[623] El texto, de Gregorio de Tours, cuenta el suicidio de un conde, *Palladius*, y cómo sus restos fueron llevados por su familia a un monasterio, donde fue enterrado, aunque de forma segregada, apartado del resto de muertos ("*sepulturae mandatus, sed non iuxta christianorum cadavera positus*"). Y también castigado sin misas en su recuerdo ("*nec missarum solemnia meruit*") (Effros, 1997: 2 y nota 3).

[624] En el caso de las monjas (Ibidem: 14), la historia está recogida en la obra de Jonás de Bobbio, *Vita Colombani abbatis*, y en ellas se cuenta cómo la abadesa, tras morir ambas de una repentina enfermedad como castigo divino por sus pecados, ordenó que fueran enterradas fuera de los límites del monasterio, en tumbas segregadas ("*Quas cum in collegio ceterarum nequaquam sepelire mater monasterii ratum duceret, segregatim humandas ac in extremum sepeliendas fore iubet*").

a ser recordados, para esos difuntos. La obligación, tanto de orden moral como legal, de no dejar los muertos insepultos y de respetar las tumbas existe desde la Antigüedad y también desde entonces algunas de las funciones de la sepultura son perpetuar la memoria de los difuntos y mantener el vínculo entre estos y los vivos, algo que se materializa en las tumbas (Rodet-Belarbi y Séguy, 2013: 63). Ya hemos visto antes que el propio Isidoro (Etym. XV, II: 1) dice que al sepulcro también se le llama monumento porque sirve para perpetuar la memoria del difunto y que sea recordado. En los casos que nos ocupan, en las cuevas, esos vínculos y esa memoria están completamente ausentes. Los vivos no pueden visitar y honrar a sus muertos y eso rompe con la obligación más importante que tenían para con ellos: el recuerdo (Martín, 2013: 77).

Si, como sostiene I. Martín (*Ibidem*), "el ritual y el espacio funerario son diseñados por los vivos y no por los muertos y sirven para fines de quienes intervienen en los enterramientos y seleccionan los lugares de inhumación" y "los vivos juegan con el recuerdo de los muertos", parece claro que quienes seleccionaron las cuevas -o las zonas interiores e inaccesibles de éstas- para depositar los cuerpos de esos muertos en su interior no tenían ninguna intención de perpetuar su memoria. Y cuando, en algunos casos, profanaron y destruyeron, con piedras y fuego, sus huesos, mucho menos. Estas localizaciones en cueva, con sus peculiares características de ubicación, tipo de acceso y topografía interna, impiden cualquier tipo de *cura mortuorum*, incluyendo la visita periódica a las tumbas de los antepasados y la realización de los rituales relacionados con ellos (Ripoll y Molist, 2014: 46-47). En muchos de los casos ni siquiera puede plantearse la opción de que esas ceremonias se realizasen en las bocas o los vestíbulos de las grutas. No es que no se haya documentado ningún tipo de evidencia al respecto en los casos mejor estudiados, que no se ha hecho[625], sino que la propia topografía lo impide. Pensemos en los casos de Cueva Foradada, casi colgada sobre el cañón del río Vero, de La Garma, cuya entrada no era mayor que un agujero en una cuesta empinada o de Riocueva, en cuyo vestíbulo hay que permanecer acuclillado dada su escasa altura y con una zona inmediata a la boca donde apenas hay espacio para estar sin rodar ladera abajo.

Surge entonces la obligada pregunta, a la vista de esa exclusión del cementerio y de ese concienzudo alejamiento de los territorios de los vivos: ¿por qué? ¿Por qué los miembros vivos de esas comunidades se tomaron tantas molestias en llevar tan lejos a esos muertos, a esa parte concreta de sus fallecidos? ¿Por qué se antepuso esa necesidad de alejarlos a la de perpetuar su memoria y mantener su recuerdo en el cementerio comunitario? La respuesta que resuelva el enigma, obviamente, se me escapa, así que toca pensar en

[625] Por ejemplo, junto a la boca de la cueva de Las Penas se realizó una excavación preventiva, con motivo de la colocación de la verja de cierre de la cavidad, que no arrojó resultados positivos en ese sentido (Valle y Serna, 2004). Y buena parte de la zona exterior contigua a la entrada al complejo de La Garma, la boca de La Garma A, ha sido objeto de una importante excavación que ha llegado a documentar niveles de hábitat del Paleolítico Inferior, aunque sin rastro de actividad humana en época visigoda (comunicación personal de Pablo Arias Cabal). Actividad que sí ha sido documentada en la boca de la cueva para momentos posteriores de la Edad Media, en los que se datan algunas cerámicas recuperadas en esa parte de la cavidad (Gutiérrez Cuenca, 2002: 95).

posibles explicaciones, a sabiendas de que pueden ser parciales y no servir para aclarar los porqués en todos los casos.

No suele ser habitual -ni recomendable, por otra parte- responder a una pregunta con otra pregunta, aunque, en este caso y para introducir la primera de las dos alternativas que voy a manejar, me permitiré esa licencia: ¿Obedecen estos peculiares enterramientos al miedo al contagio de determinadas enfermedades contagiosas agudas? ¿Son los muertos de las cuevas víctimas de epidemias que han sido excluidos del cementerio ordinario para evitar la propagación de su mal? La respuesta afirmativa a estas preguntas fue la conclusión de la opción interpretativa que planteé en mi Trabajo de Fin de Máster y en su versión unos años posterior (Hierro, 2008; Hierro, 2011) y que, con algunos matices importantes, sigo considerando válida; al menos en algunos de los casos que estamos viendo. Es cierto que los estudios de paleomicrobiología llevados a cabo sobre muestras de los tres yacimientos de referencia en estos momentos, La Garma, Las Penas y Riocueva (Spyrou, 2019) no han hallado rastro genético de la bacteria *Yersinia pestis*, la causante de la peste bubónica; lo que supone que haya que descartar esa enfermedad[626] -la que fue señalada como más probable, dada su alta incidencia en época visigoda- como causante de la muerte de los depositados en las grutas analizadas. Algo que no invalida del todo la propuesta, pero que reduce las opciones de encontrar al o los microorganismos culpables, si los hubiera.

Aunque pueda parecer propia de tiempos más recientes, la noción de contagio ya existía en época visigoda y era muy similar a la nuestra, aunque entonces la explicasen por motivos distintos; tal y como puede comprobarse en las Etimologías de San Isidoro cuando habla de la peste: "La pestilencia es contagio, porque cuando uno la coge rápidamente se la transmite a muchos (…) De igual forma, *contagio* [viene] de *ser tocado*, porque a quien toca, le contamina" (*Etym.* IV, 6: 17-18). En cuanto a las causas de la enfermedad, éstas tendrían que ver con la contaminación del aire ("Nace de la corrupción del aire y se desarrolla penetrando en las vísceras"[627]). Una corrupción que aparece claramente ligada a los cadáveres en otro apartado[628] (*Etym*. XV, II: 1). Por tanto, en la literatura isidoriana tenemos juntos todos los elementos que permiten justificar esta interpretación: los cadáveres contaminan el aire, del aire corrupto surge la peste, ésta se contagia fácil y rápidamente entre las personas y muchas mueren. Y el ciclo vuelve a comenzar. Parece razonable pensar entonces que la mejor forma de hacer desaparecer esa

[626] En realidad, no puede descartarse la peste al 100%, ya que el ADN de la bacteria podría no haberse conservado, sin más. Sin embargo, la considero una opción poco probable, dado el tamaño de la muestra, que incluyó a un elevado número de individuos de los tres yacimientos; por lo que habría que pensar, para seguir sosteniendo esta hipótesis, en algún otro tipo de patógeno, probablemente un virus. En cualquier caso, el ejemplo de la necrópolis de la Plaza de La Almoina de Valencia, también muestreada en el marco de este proyecto y con un único resultado positivo -obtenido de una misma fosa con 15 individuos (Gruber, 2018: 207-208) de entre 36 muestras analizadas (Keller *et alii*, 2019: 12365), obliga a ser cautos a este respecto.

[627] "*Pestilentia est contagium, quod dum unum adprehenderit, celeriter ad plures transit* (…) *Idem et contagium a contingendo, quia quemquem tetigerit, polluit* (…) *Gignitur enim ex corrupto aere, et in visceribus penetrando innititur*"

[628] "*Prius autem quisque in domo sua sepeliebatur. Postea vetitum est legibus, ne foetore ipso corpora viventium contacta inficerentur*"

amenaza para la salud que suponen esos muertos sea alejarlos lo más posible de los vivos y ocultarlos en lugares donde su "hedor" no pueda corromper el aire. Y esas cuevas inaccesibles -o casi- podrían parecer lugares bastante adecuados para ese fin. En este caso, la enorme dificultad del traslado y la introducción de los cuerpos encontraría una explicación que creo bastante satisfactoria, ya que, a un esfuerzo enorme, le seguiría el beneficio mucho mayor -o al menos esa sería su esperanza- de terminar con la propagación de la enfermedad. Atendiendo a esas condiciones tan complicadas, tantas veces mencionadas a lo largo de este trabajo, resulta muy difícil encontrar una interpretación alternativa para la palmaria intención de alejar lo más posible a esos muertos del entorno de los vivos que muestran esos yacimientos. Un alejamiento que resulta sorprendente aún hoy, cuando, con todos los medios técnicos que tenemos a nuestra disposición, tenemos que esforzarnos -y no poco- para llegar a las zonas sepulcrales de algunas de esas cuevas.

La acción de algún tipo de enfermedad contagiosa epidémica es, en mi opinión y hasta la fecha, la única que, al margen de otras consideraciones, puede explicar la curiosa "selección" -en este caso, natural- de los rangos de edad presentes entre los muertos de algunas de las cuevas, especialmente en las que se documenta un elevado número de individuos. A su favor está el pico observado en las categorías de jóvenes y adultos jóvenes, un marcador claro para ese tipo de sucesos (Margerison y Knüsel, 2002: 141). En su contra, la ausencia de individuos maduros y seniles. En circunstancias normales, tanto los reflejos de muertes "naturales" en el cementerio de una comunidad como los de fallecimientos catastróficos indiscriminados -que no estén relacionados con acciones de guerra o asesinatos de prisioneros- muestran, aunque con las obvias diferencias entre unos y otros casos, la presencia de todos los rangos de edad (*vid. supra*). En principio, tal y como reflexionó I. Barandiarán (1973: 47) cuando barajó la opción de la epidemia para explicar el contexto sepulcral de Cueva Foradada, ésta no tendría por qué afectar sólo a determinados grupos etarios. Sin embargo, ese argumento puede matizarse seriamente, ya que hay dos opciones posibles para que eso sea así. En primer lugar, que se trate de algún tipo de enfermedad que afecte -por ejemplo, en estos casos- más a los niños (Margerison y Knüsel, 2002: 141), que se encuentran muy representados en las muestras. En segundo, que la catástrofe no sea tan indiscriminada y que la enfermedad realmente "discrimine", a su manera, a sus víctimas. Ya mencioné (Hierro, 2011: 390) que las evidencias documentales muestran que tanto la peste bubónica como la viruela inmunizan a quienes las sobreviven, produciéndose una "selección" de los muertos en la siguiente oleada de la enfermedad, que serán, en su mayor parte, los nacidos en el intervalo entreésta y la anterior. Los ejemplos manejados entonces[629] me siguen pareciendo

[629] Tanto los referidos a la Peste Negra del siglo XIV: "*In 1361 a general mortality oppressed the people. It was called the second pestilence and both rich and poor died, but especially young people and children*", "*In 1369 there was a third pestilence in England* (…) *and was particularly fatal to children*". "*The fourth pestilence arrived in York and was particularly fatal to children*", "*In 1390 a great plague ravaged the country. It specially attacked adolescents and boys*" (Little, 2007: 18); como el que describe los efectos de la viruela sobre la población de Quito en 1603: "Luego al año siguiente [de un terremoto, en Quito] tras estos males sobrevino el contagio de las viruelas que hizo espantosa carnicería en niños, y mancebos de

válidos[630], aunque hayan sido criticados, por anacrónicos, en algún trabajo posterior (Magalhães, 2014a: 215). A ellos se puede añadir la mención en una antigua crónica irlandesa a "La Peste de los niños" o "Peste de los jóvenes", una epidemia que asoló la isla entre los años 683 y 686 y en la que "murieron todos los jefes y casi todos los jóvenes nobles de irlanda"[631] (Radner, 1978: 37); en lo que parece un claro ejemplo, tardoantiguo esta vez, de muerte selectiva -en lo referido a la edad- por una epidemia. La opción más probable es que esta "Peste de los niños" sea un rebrote de la peste bubónica que asoló las islas británicas en el año 664 (Maddicot, 1997: 11-12), por lo que los muertos en esta nueva oleada en Irlanda serían, en su mayor parte, menores de 20 años de edad, algo que casa perfectamente con lo narrado en los anales. Existe otra mención de la época que, si bien no de forma tan clara, deja entrever esta posible inmunización de los supervivientes y, por tanto, el sesgo demográfico de las muertes de las sucesivas visitas de la plaga. Así, Agathias comenta que la epidemia del año 558 en Bizancio, la segunda oleada de la Peste de Justiniano, afectó de forma indiscriminada a gente de todas las edades, aunque los más afectados fueron los jóvenes y fuertes (Little, 2007: 18).

Una objeción pertinente a esta explicación[632] -destinada a cuestionar, en general, las explicaciones "excepcionalistas" para los muertos de los silos, pero perfectamente aplicable en el caso de las cuevas- es aquella que incide en que no parece que otros muertos por esas mismas causas no hayan sido enterrados en la necrópolis al uso asociada a su lugar de habitación[633] (Vigil-Escalera, 2013a: 30-31). La identificación microbiológica de casos de fallecidos de peste bubónica inhumados en tumbas que forman parte de necrópolis (Keller *et alii*, 2018: 12365, tabla 1) parece reforzar ese argumento, aunque también hay algún caso significativo de enterramientos múltiples en contextos no funerarios, como los de las fosas de saqueo de Lunel-Viel (Herault, Francia). Para solventar esa aparente contradicción habría que pensar en otros componentes añadidos -de tipo no material- a esas posibles muertes por determinadas enfermedades. O

edad hasta de treinta años, porque a los mayores los tocó en muy pocos: murieron más mujeres que hombres, y fue cosa maravillosa, que no tocó esta enfermedad a ninguno de los que eran nacidos en España" (García Cáceres, 2003: 45).

630 En principio, el desarrollo de ambas enfermedades y su forma de afectar a los seres humanos no cambia con el tiempo. La gripe cursaba exactamente igual hace un siglo que ahora, aunque, por motivos sanitarios y de avances médicos, fuese mucho más mortífera entonces de lo que es ahora.

631 "*683 The beginning of the children's plague in the month of October, which lasted for three years in Ireland*" y "*684 Kl. The plague of youths, in which all the chieftains and nearly all the young Irish noblemen perished*".

632 Otra, destinada específicamente a mi artículo de 2011, aparece en una nota al pie (Gutiérrez González, 2013: 393, nota 5), en la que, tras mencionar que su autor "concluye que estos usos de las cuevas deben tratarse de enterramientos marginales epidémicos (*sic*)", se la califica de "idea poco fundamentada y creíble, a la vista de las deposiciones suntuarias y armamento que acompaña a los difuntos".

633 "Por cuanto respecta a la familia de interpretaciones en clave excepcionalista (donde se destaca el papel de la mortandad por epidemias infecciosas), no existen razones para suponer que otros fallecidos por las mismas posibles causas dentro de las comunidades hayan dejado de ser inhumados de acuerdo a formas rituales socialmente normalizadas en la necrópolis del grupo, incluso en esas situaciones excepcionales" (Vigil-Escalera, 2013: 30-31).

tal vez la propia consideración que esas enfermedades -entre las que no incluiríamos la peste- pudieran tener entre los habitantes de la Hispania tardoantigua.

La interpretación de los restos materiales que acompañan a los ocupantes de sepulturas múltiples, presumiblemente víctimas de alguna enfermedad contagiosa, como fómites ha sido contemplada en otras ocasiones (Hierro, 2011). También en el caso de uno de los silos de la aldea de Gózquez, donde, en un momento indeterminado de finales del siglo VII o ya en el VIII, los cadáveres de 5 niños menores de 10 años y varios animales fueron arrojados juntos a su interior, acompañados de algunos vasos cerámicos para los que se ha propuesto esa consideración (Vigil-Escalera, 2013b: 281)[634]. Este hecho podría relacionarse con una de las posibles interpretaciones de los objetos presentes en las sepulturas de la temprana Edad Media que hace H. Härke (2014): la que los considera "*polluted items*", objetos contaminados, aunque, en este caso, lo sean únicamente por el carácter contaminante de la muerte y los difuntos y no desde un punto de vista estrictamente material, porque podrían contagiar enfermedades. En cualquier caso, ambas nociones no estaban en absoluto separadas en las sociedades premodernas, así que no habría problema en establecer esa relación para las fechas sobre las que estamos tratando. En el mismo sentido se han visto los objetos metálicos localizados junto a uno do de los enterramientos extracementeriales, en zanja en este caso, de *Ruscino*. Según sus excavadores, podría tratarse de pertenencias personales de un fallecido por alguna enfermedad contagiosa y que fueron enterradas con él en una sepultura de circunstancias. Sin embargo, también consideran probable que la asociación sea más aparente que real y el enterramiento, apresurado, se realizase en la misma zona en la que se habían ocultado los objetos metálicos, herramientas y recipientes en su mayor parte (Rébé, Brunner *et alii*, 2012: 159-166).

De vuelta a los silos de Gózquez, los análisis isotópicos no muestran ninguna diferencia en su acceso a las proteínas con el de los subadultos inhumados en tumbas en la necrópolis (*vid*. García Collado, 2016). Ya hemos visto que esos datos no se compadecen demasiado bien con la consideración de esclavos manejada para esos niños, porque, en principio, lo esperable para quienes, presuntamente, tenían la consideración de cosas y eran tratados como basura cuando fallecían sería una dieta acorde con esa condición; máxime si se trataba de niños, que no tendrían que realizar trabajos que implicasen sobreesfuerzos físicos, como sí podría argumentarse en el caso de los jóvenes o adultos. Es decir, deberían tener un menor acceso a las proteínas y no parece que sea el caso. Como también se ha comentado, resulta muy llamativa esa "igualdad" -al menos alimentaria- en vida y esa tremenda desigualdad de trato en la muerte. Sin embargo, creo que hay una manera, de superar esa aparente contradicción: pensar en niños libres -y, por tanto, alimentados como tales, exactamente igual o incluso mejor que los enterrados en el cementerio- muertos todos al tiempo -o en periodo de tiempo muy breve- por algún tipo de enfermedad contagiosa aguda, por alguna epidemia, y que, precisamente por eso, fueron excluidos del

[634] En nota al pie este autor menciona un ejemplo de destrucción de los enseres personales de fallecidos por tifus, del siglo XVIII, por miedo al contagio (Vigil-Escalera, 2013b: 281, nota 36).

cementerio y arrojados a los silos. En estos casos, en los que se ha comprobado el carácter múltiple de las inhumaciones, la opción de la epidemia parece la más verosímil y en el caso de Gózquez ya ha sido barajada como posible causa (Vigil-Escalera, 2013b: 281); aunque tampoco pueden descartarse otras, como los accidentes que pueden afectar a varios individuos: un incendio, un ahogamiento en el río, un envenenamiento alimentario, etc. En este caso concreto, además, esos fallecimientos también podrían entrar en la categoría de "muertes prematuras" o "malas muertes", de las que se tratará a continuación.

Se ha señalado (Jobbé-Duval, 1924: 127) el hecho de que, en el mundo romano, una forma de explicar las epidemias era atribuyendo su origen a la acción de los muertos inquietos, de las *larvae*; una idea que ha pervivido en las creencias populares de numerosos pueblos -europeos y de otras zonas del planeta- prácticamente hasta hoy. Esa idea permite, además, establecer una relación estrecha entre esas enfermedades y determinados tipos de muertes, considerados como malignos en la Antigüedad, como veremos a continuación.

Al comenzar a escribir sobre las sepulturas atípicas he citado unas líneas de D. Vaquerizo (*vid*. *supra*) con una definición sobre ese tipo de manifestaciones funerarias. Como explicaba en nota al pie, el párrafo estaba cortado, porque, en la parte que faltaba, hacía referencia a que siempre tenían "intención necrofóbica" y estaban "destinadas básicamente a impedir el regreso del difunto a la vida, fijándolo a su sepultura". Eso, que no considero correcto en términos generales, sí me parece válido ahora para tratar sobre la posibilidad de que la exclusión del cementerio y el carácter atípico de las cuevas sepulcrales estén relacionados con algún tipo de muerte particular; dentro de las que pueden considerarse, desde el punto de vista de las creencias en el mundo antiguo[635] y medieval[636], "malas muertes".

S. Alfayé (2009: 184 y ss.) establece cuatro categorías de lo que ella denomina, en inglés, "restless dead" -y para los que utilizaré la traducción relativamente habitual de "muertos inquietos"- en el mundo greco-latino: los que no recibieron sepultura, los que sufrieron una muerte prematura, los que murieron violentamente o por determinadas causas contempladas como no naturales -por "mala muerte"- y los que fueron "atípicos" en vida. En ocasiones, para evitar que regresaran para perturbar el mundo de los vivos, podían ser objeto de un tratamiento diferenciado tras su defunción, tanto en el mismo momento del entierro como algún tiempo después. En los casos que estamos viendo, la presencia de determinados muertos en algunas de las cuevas que estamos estudiando podría explicarse si los considerásemos dentro de la segunda y la tercera categorías, las de los muertos

[635] Para el mundo romano, Jobbé-Duval (1924: 57 y ss.) menciona varios motivos por los que un fallecido puede convertirse en peligroso para los vivos, entre ellos algunos tipos de "malas muertes"; a saber: los insepultos, los muertos cuyo descanso en la tumba se perturba, las víctimas de muerte prematura, los ajusticiados o muertos de forma violenta, los suicidas, los asesinados, las víctimas de accidentes, los soldados caídos en combate y aquellos a los que mató un rayo.

[636] Ch-O. Carbonell (2005: 20-22) señala tres ejemplos generales de "malas muertes" en el mundo altomedieval: la muerte dolorosa y con sufrimiento, la muerte súbita y la muerte solitaria.

prematuros y los que sufrieron una "mala muerte"; si es que los primeros no pueden considerarse, realmente, un subtipo dentro de los segundos[637].

Aunque estas creencias son propias del mundo antiguo, nada impide pensar en su pervivencia durante la Tardoantigüedad e incluso más allá[638], algo que, en este último caso, está de sobra atestiguado por las numerosas referencias a ellas de época medieval y moderna. Aunque los materiales tardoantiguos en ese sentido no sean, ni mucho menos tan abundantes, si las hubo antes y las hay después, con características similares y en un mismo marco geográfico, no resulta muy arriesgado pensar que esas creencias también estuvieron ahí en el periodo situado en mitad. Está fuera de toda duda que, en el mundo romano, existió la creencia en que una mala muerte -o la muerte de alguien que hubiera tenido una mala vida- podía provocar el retorno del espíritu del difunto y suponer un peligro para los vivos. Y para la Edad Media, también, aunque no únicamente de un modo espiritual[639], sino también corpóreo. Además, en ambos periodos y con las obvias diferencias, esa amenaza podía conjurarse tomando una serie de medidas físicas y tangibles relacionadas con el entierro y el tratamiento del cuerpo del difunto potencialmente peligroso: enterrándole en determinados sitios o de formas particulares, acompañándole de ciertos objetos, realizando determinados ritos o prácticas simbólicas o, en las versiones más extremas, mutilando o destruyendo el cuerpo. Siendo eso así, considero que nada impide aceptar que creencias y comportamientos semejantes hubiesen existido también durante la Tardoantigüedad[640]. De hecho, algunos ejemplos arqueológicos, como las tumbas con evidentes mutilaciones post-mortem y otros tratamientos necrofóbicos de las necrópolis italianas de Casalecchio di Reno (Bolonia) (Pancaldi y Raggi, 2010) y Baggiovara (Módena) (Labate y Palazzini, 2010), fechadas en los siglos V-VI y VI, respectivamente, confirman la vigencia de esas costumbres en ese periodo.

---

637 Por ejemplo, P. Chalier (2009) incluye las muertes de niños en su clasificación de tipos de muertes violentas o "malas muertes" en la Antigüedad

638 En realidad, este tipo de creencias es común a prácticamente todas las culturas, con las diferencias lógicas, y, en el caso peninsular puede rastrearse en el mundo prerromano (*vid.* Oliver, 2003-2004)

639 En realidad, y pese a que hablemos del alma del difunto y su dimensión parezca, en el mundo romano, más espiritual de lo que lo será en el caso de los *revenants* medievales, lo cierto es que las medidas protectoras de época romana tardía -o, al menos, aquellas que se pueden documentar arqueológicamente- son bastante "físicas" también: grandes piedras sobre los muertos, decapitación y otras mutilaciones post-mortem, enterramientos en decúbito prono… (Alfayé, 2009: 191 y ss.; Ortalli, 2010: 32 y ss.; Vaquerizo, 2014: 221 y ss.)

640 En un sentido similar me parece pertinente la reflexión de S. R. Gordon (2013: 184-185) acerca de la utilidad de las informaciones que nos proporcionan el folklore y las fuentes escritas a la hora de interpretar, siempre con las debidas precauciones, las posibles evidencias arqueológicas de prácticas necrofóbicas destinadas a aplacar o destruir a posibles *revenants*. Según este autor "*the habitus of an Early Modern or near-contemporary village (and all the possible practices and beliefs held therein) possesses the same potential for the belief in the walking dead as it did in medieval times. This is not to suggest that they shared the exact same worldview, or that attitudes to the dead were uniform and static, but that there existed a base mental schema in which dying badly and the resistance of the body to decay led, in certain situations, to the belief that the dead could rise*"

Retornando a los muertos inquietos, en este caso a los prematuros, hay que señalar que, para época visigoda contamos, una vez más, con el testimonio de San Isidoro (*Etym.* XI, 2: 32), quien distingue entre varios tipos de muertes, dependiendo de la edad de los finados: acerba, prematura y natural[641]. La primera sería la de los niños, la segunda la de los jóvenes y la última, la merecida, la de los ancianos. Aunque no establece ningún tipo de consideración sobre unas u otras, en el caso de la de los niños la elección del adjetivo *acerbus* -cruel, amargo- parece bastante elocuente, en el sentido de que no se trata de una "buena muerte". La creencia en que los muertos "antes de tiempo", especialmente los niños pequeños, eran susceptibles de convertirse en una amenaza para los vivos es muy antigua y sigue presente en algunos lugares[642]. Burcardo de Worms habla de la creencia en la posibilidad de que los niños muertos sin bautizar pudieran retornar para dañar a los vivos, algo que se trataba de evitar enterrándolos en lugares secretos y atravesando sus cuerpos con estacas (Filotas, 2000: 381) [643].

Entre las muertes prematuras se incluye también la de las mujeres que fallecían durante el parto (Alfayé, 2009: 184). De nuevo, Burcardo de Worms (Filotas, 2000: 381) recoge -y condena- la costumbre de enterrar juntos a la madre y al niño muertos al dar a luz, atravesando a ambos con una estaca para clavarlos al suelo[644]. Esta mención demuestra que, a la altura del siglo XI, las fallecidas de esta manera seguían considerándose como potencialmente peligrosas, además de sugerir un origen romano -o, al menos, compartido con el mundo mediterráneo- para ese temor, en lugar de germánico o centroeuropeo. En lo que atañe a este trabajo, resulta obligado pensar en la presencia de individuos fetales y

641 "*Tria sunt auntem genera mortis: acerba, inmatura, naturalis. Acerba infantum, inmatura iuvenum, merita, id est naturalis, senum*"

642 En el folklore de Rumanía, por ejemplo, a los niños muertos sin bautizar se les denomina *moroi* y se cree que retornan para molestar a sus padres -especialmente a las madres- durante los primeros siete años o una vez cada siete años (Vilmos, 2005: 60). Es curiosa esa cifra de años tan concreta, que tal vez está señalando el momento en el que el niño, de seguir vivo, habría dejado de ser un *parvulus*. Ya hemos visto en otro lugar que, durante la Tardoantigüedad y la Alta Edad Media, los menores de esa edad contaban con un ritual funerario propio dentro de la liturgia cristiana, al menos en la Península, según el *Liber Ordinum* sacerdotal. Finalmente, otro dato curioso que proporciona esta referencia rumana es el del nombre, ya que en España se llama "moros" o "moritos" a los niños sin bautizar. Así, el diccionario de la RAE, en la novena acepción para la palabra "moro" dice: "adj. coloq. Dicho de una persona, especialmente un niño: Que no ha sido bautizado". Como parece realmente complicado que, en Rumanía, la palabra *moroi* esté tomada de la que describe a los norteafricanos de credo musulmán, como podría pensarse para el caso español, es posible que exista un origen común para los términos castellano y rumano que haya llegado desde el pasado común romano de ambos territorios y lenguas. Restaría saber si ese carácter maléfico de los *moroi* rumanos es -o fue- compartido por los "moros" peninsulares.

643 "*Cum aliquis infans sine baptismo mortuus fuerit, tollunt cadáver parvuli, et ponunt in aliquo secreto loco, et palo corpusculum eius transfigunt, dicentes, si sic non fecissent, quod infantulus surgeret, et multos laedere poset*" ("Cuando algún niño muere sin bautizar, toman su cadáver y lo depositan en un lugar secreto, y atraviesan su cuerpecillo con una estaca, diciendo que, si no lo hicieran así, el niño se levantaría y podría hacer daño a mucha gente")

644 "*Cum aliqua femina parere debet, et non potest, dum parere non potest, in ipso dolore si morte obierit, in ipso sepulcro matrem cum infante palo in terram transfigunt*" ("Cuando una mujer tiene que parir y no puede, y, como no puede parir, muere de dolor, en el sepulcro a la madre y al niño clavan al suelo con la misma estaca").

perinatales entre los muertos de algunas de las cuevas que estamos viendo, concretamente en Cueva Foradada, Las Penas y Riocueva. Se trata de niños fallecidos durante -o inmediatamente después de- el parto o en fases avanzadas de la gestación, junto con sus madres, en el caso de los fetos.

Además de los niños pequeños y las parturientas, otra de las categorías de muertos prematuros, candidatos a convertirse en inquietos, es la de los jóvenes muertos sin haberse casado, los *innupti* (Alfayé, 2009: 184). La tantas veces comentada elevada cantidad de individuos infantiles y juveniles presentes en las cuevas sepulcrales también podría casar con el temor a los muertos de esta categoría. Es cierto que, en algunos casos, como Las Penas o Cueva Foradada, la presencia de mujeres embarazadas permite pensar en su condición de casadas, quizá no para todas, pero sí para algunas. En otros, como La Garma, la condición de *innupti* podría servir para explicar la presencia de los cinco individuos de la Galería Inferior.

En cuanto a las huellas arqueológicas de esas creencias, aplicadas al caso de las cuevas sepulcrales y más allá de la elección de las propias cuevas[645], con sus ya tantas veces comentadas características de lejanía e inaccesiblidad, creo que resulta evidente que los comportamientos post-sepulcrales observados en La Garma, Las Penas y Riocueva pueden interpretarse como medidas de tipo necrofóbico, encaminadas a destruir por completo a los muertos susceptibles de volver para molestar o dañar a los vivos. La quema de grano, como ya se ha analizado con detalle en otro lugar, tenía la función de aplacar al muerto y evitar que dañase a los vivos (Meaney, 1964: 18; Filotas, 2000: 217, 461; Gilchrist, 2008: 146-147). También he señalado otros posibles restos de elementos -molinos, cencerros, instrumentos textiles, etc.- que pudieran tener funciones semejantes, aunque de forma mucho más hipotética. Sin embargo, donde no parece que pueda haber tantas dudas es en el caso de las destrucciones y quemas post-mortem, por lo que me centraré en esos aspectos.

La destrucción de los cráneos puede entenderse como una forma extrema de decapitación, que es sin duda el tipo de mutilación *post mortem* más frecuente en las inhumaciones atípicas, al menos desde época romana, cuando los casos de enterramientos en los que la calavera ha sido desplazada de su lugar original y depositada, generalmente, entre las piernas o a los pies del inhumado son muy abundantes (Taylor, 2008: 102-105; Alfayé, 2009: 212). A la vez, se trata de una de las prácticas necrofóbicas más documentadas, en términos generales (*vid*. Tsaliki, 2008).

[645] Algunos autores (Williams, 1997: 23) creen que, a partir del siglo VII, la forma de ver y entender las ruinas y los monumentos prehistóricos cambia en Inglaterra, pasando a ser considerados lugares donde enterrar a víctimas de "malas muertes", como, por ejemplo, a los ejecutados. Quizá en la Península esa percepción ya existiese en época visigoda aplicada a las cuevas, donde los enterramientos prehistóricos eran habituales y los abundantes restos humanos en superficie evidentes para los pobladores de sus contornos, que podían visitarlas ocasionalmente. Ya hemos señalado la coincidencia, en unos cuantos casos, de inhumaciones de una y otra época en una misma cavidad y la extrañeza que me produce que se trate de algo casual.



Detalle del cráneo del individuo nº1 de la Galería Inferior de La Garma

La fijación por esa parte del esqueleto puede explicarse sin demasiada dificultad por estar considerada, desde antiguo, la zona en la que residía el espíritu de las personas. Esa importancia de la cabeza en la percepción de la Tardoantigüedad fue reflejada por Isidoro en su Etimologías (*Etym*. XI, 1: 25) de la siguiente manera: "La parte más importante del cuerpo es la cabeza (…) donde en cierto modo está representada la propia alma, que vela por el bien del cuerpo"[646]. Si la cabeza es la manifestación física o el lugar donde reside el alma, tiene toda su lógica que, si lo que se quiere es acabar con la presunta amenaza que puede suponer alguien que ha sufrido una mala muerte y sea susceptible de volver para molestar o amenazar a los vivos, sea precisamente esa parte de su cuerpo la que sea objeto de especial atención. Y que, por eso mismo, las destrucciones y quemas estén centradas en los cráneos y no en otras partes del cuerpo. Aunque, como hemos visto, algunas de esas otras partes también pudieron ser objeto de destrucciones intencionadas. En todo caso, la predilección por los cráneos es la norma general, evidenciándose sobre todo en este último caso y también en Las Penas, donde fueron separados del resto de los esqueletos, concentrados en un lugar, machacados y quemados.

El recurso al fuego como elemento destructor de muertos potencialmente peligrosos está profusamente recogido en la literatura etnográfica y en las fuentes que tratan el tema,

646 "*Prima pars corporis caput (...) Unde ipsius animae, quae consulit corpori, quodammodo personam gerit"*

aunque sólo desde la plena Edad Media[647] (Barber, 1988; Caciola, 1996; Simpson, 2003). En los casos que nos ocupan tampoco parece que su uso haya sido generalizado, ya que, por ejemplo, está completamente ausente en La Garma mientras que sus efectos son más que evidentes sobre los huesos de Las Penas y Riocueva. Fuera de estos contextos resulta difícil encontrar ejemplos, aunque alguno se puede citar. Así, en la necrópolis romana de Guilden Morden (Cambridgeshire, Reino Unido) (Lethbridge, 1936: 114-115) se documentó una inhumación con un individuo decapitado -y sin rastro de su cráneo- y con evidencias de haber sido parcialmente quemado en la misma tumba. Esa última observación se apoya en las evidencias la acción del fuego en las -escasas- partes de brazos y piernas que aún conservaba y en la capa de carbón sobre la que se apoyaban estos. En la necrópolis del monasterio de San Millán de Suso (La Rioja) se documentó un enterramiento en una zanja, con los pies por debajo de la altura de la cabeza, en una especie de hoyo, y evidencias de quema, *in situ*, de esa parte del cuerpo; algo que sus excavadores atribuyen a la intención de "purificarlos" por algún tipo de enfermedad (Valdés *et alii*, 2000: 106) Recientemente se ha publicado el estudio de numerosos restos humanos de cronología medieval, procedentes de un pozo del yacimiento inglés de Wharram Percy (North Yorkshire), con evidencias de destrucciones post-mortem -marcas de corte, roturas y quema- que han sido interpretadas como reflejo de prácticas necrofóbicas destinadas a combatir el posible "revenantismo" de esos muertos concretos[648] (Mays *et alii*, 2017). En este caso se trata de restos desarticulados de varios individuos -y con distintas cronologías- que sufrieron esos daños, que han podido ser documentados gracias a los estudios antropológicos, en circunstancias desconocidas. Aunque en este caso parece que, a diferencia de Las Penas y Riocueva[649], las quemas tuvieron lugar cuando los cuerpos aún no se habían esqueletizado, o al menos no lo habían hecho del todo, una característica en común con nuestros yacimientos es que éstas estuvieron centradas en las cabezas, afectando también a la parte superior del cuerpo (*Ibidem*: 4).

[647] Existe, sin embargo, un testimonio anterior, del siglo VII, que podría estar, siquiera lejanamente, relacionado con ese uso del fuego. Se trata de la historia de Jonás de Bobbio sobre las dos monjas pecadoras que fueron excluidas del cementerio monástico y enterradas de forma segregada (*vid. supra*). Cuenta este autor que, tiempo después del entierro -durante los tres años posteriores, en realidad- se aparecían sobre las tumbas dos bolas de fuego que emitían lamentos. Al abrir los sepulcros, transcurridos seis meses desde los sepelios, en su interior, en lugar de los cadáveres putrefactos, sólo encontraron evidencias de fuego en su interior y las cenizas a las que habían sido reducidos los cuerpos (Effros, 1997: 14 y nota 63). Aunque es evidente que puede interpretarse de forma diferente, no deja de ser sugerente, para el tema que nos ocupa, la asociación entre dos muertas excluidas del cementerio, sus apariciones sobrenaturales y la destrucción de sus restos físicos, en la propia tumba, mediante el fuego.

[648] La otra opción barajada por esos autores es la del canibalismo, aunque no la otorgan tanto crédito como a la de la necrofobia. Al canibalismo como principal causa achacan los investigadores que los publican, los -escasos- restos muy alterados, desarticulados y con marcas de corte pertenecientes a uno de los dos individuos recuperados del fondo de un silo en la aldea carolingia del siglo IX de La Confiserie (Val-d´Oise) (Abadie *et alii*, 2013).

[649] Y de Cloghermore cave, donde la quema de algunos de los cuerpos se produjo en un momento en el casi estaban completamente descarnados, pero aún articulados (Conolly *et alii*, 2005: 264-266)



Restos de mandíbula entre carbones en la Galería de los Cráneos de Las Penas (Fotografía: M. L. Serna y A. Valle)

El *revenant* medieval (Caciola, 1996: 31-35; Simpson, 2003; Keyworth, 2007: 27) es un ser corpóreo, físico, al que hay que destruir de forma también física, mediante la mutilación e incluso la quema. Es cierto que todo apunta a que esa corporeidad implicaba, al menos en las historias que nos han llegado por parte de escritores de la Edad Media, la no esqueletización del cuerpo, la presencia de carne sobre sus huesos. En nuestros casos, las destrucciones y quemas parecen haber tenido lugar con los cuerpos, si no completamente reducidos a huesos, sí en un estado muy avanzado de descomposición de los tejidos blandos.

Otra de las características de éste, compartida en este caso con las *larvae* romanas, de quienes ya se mencionó más arriba, es que propagan enfermedades y epidemias, a través de la corrupción del aire que ellos mismos provocan, como en los casos de los fantasmas ingleses de Berwick y de Anant, narrados por William of Newburgh en el siglo XII[650]

[650] En el caso del primero, los propios vecinos se percatan del peligro que corren si la putrefacción del cadáver andante corrompe el aire y provoca una epidemia: "*In this town a certain man, very wealthy, but as it afterwards appeared a great rogue, having been buried, after his death sallied forth (by the contrivance, as it is believed, of Satan) out of his grave by night, and was borne hither and thither, pursued by a pack of dogs with loud barkings (…) the wiser shrewdly concluding that were a remedy further delayed, the atmosphere, infected and corrupted by the constant whirlings through it of the pestiferous corpse, would engender disease and death to a great extent*". En el del segundo, el relato afirma que tratar de evitar al *revenant* era inútil, ya que, una vez más, la contaminación de la atmósfera provocada por él propagaba la enfermedad y la muerte por todas partes: "*pursued by a pack of dogs with horrible barkings, he wandered*

(Gordon, 2013: 222 y ss.; 2014). Esto nos devuelve a los lazos que pueden establecerse entre las epidemias y la mala muerte, en un círculo que se retroalimenta a sí mismo y que, para época moderna y contemporánea, está bien atestiguado tanto por la investigación etnográfica como por la propia documentación escrita: los muertos en epidemias son susceptibles de retornar para molestar a los vivos y siguen propagando la epidemia[651](*vid*. Barber, 1988). El círculo, en la mentalidad de la época, sólo se rompe acabando, físicamente, con quien está en el origen del mal, el *revenant*. Y esa podría ser una explicación para lo que vemos en las cuevas.



Huesos fragmentado y, en muchos casos también quemados, de Riocueva

Es importante señalar a este respecto que la documentación de las prácticas necrofóbicas únicamente en algunas de las cuevas cántabras[652] introduce un claro matiz regional en el

through the courts and around the houses while all men made fast their doors, and did not dare to go abroad on any errand whatever from the beginning of the night until the sunrise, for fear of meeting and being beaten black and blue by this vagrant monster. But those precautions were of no avail; for the atmosphere, poisoned by the vagaries of this foul carcass, filled every house with disease and death by its pestiferous breath"

651 "*A partir du XVe siècle et jusqu´au XIXe siècle, les populations d´Europe centrale déterrèrent et décapitèrent de nombreux morts en pensant qu´ils mâchaient dans leurs tombeaux et provoquaient de cette manière les èpidémies de peste*" (Soloviova-Horville, 2005: 305). También existen casos documentados a finales del siglo XIX en Nueva Inglaterra (Estados Unidos), en los que el contagio -y las muertes subsiguientes- de la tuberculosis era achacado a un ser de este tipo, significativamente el primero en fallecer por la enfermedad, cuyo cuerpo era desenterrado y objeto de mutilaciones y destrucciones (Gordon, 2014: 62).

652 Aunque las he clasificado dentro de otros tipos de inhumaciones extra-cementeriales (*vid. supra*), como sepultura aislada y como cámara funeraria, respectivamente, no podemos olvidar que tanto en la tumba de Roc del Migdia como en el sepulcro colectivo de *Contrebia Leucade* tenemos otros posibles ejemplos de decapitación post-mortem, en el primer caso, y de destrucción de cráneo, en el segundo.

análisis. Aun teniendo en cuenta que se trata, en términos generales, de los yacimientos de este tipo más y mejor estudiados y que sólo nuevas intervenciones arqueológicas en cuevas con el mismo uso de otros territorios podrán aportar nuevos datos comparables con los obtenidos en ellas, hay que asumir que, a día de hoy, estos comportamientos parecen exclusivos de Cantabria. Por tanto, hay que plantearse -siquiera a modo de hipótesis provisional y a la espera de esas futuras intervenciones- que, en el caso de los actos propiciatorios o profilácticos y las destrucciones *post mortem*, estemos ante un particularismo relacionado con las creencias de los habitantes de una zona determinada de la Península; en este caso, de los cántabros de la vertiente costera.

Finalmente, he de admitir que resulta complicado establecer a ciencia cierta si la elección de la cueva como lugar de enterramiento, el tipo de depósito funerario realizado en ella y las prácticas necrofóbicas están relacionadas. Sería posible interpretar las dos primeras como un tipo de manifestación sepulcral determinado, independiente, en principio, de las terceras, que ni siquiera tendrían que haber sido llevadas a cabo por las mismas personas que se encargaron del o los sepelios. Desde ese punto de vista, un grupo humano entierra a sus muertos -o a una parte de ellos- en una cueva y, tiempo después y por motivos que desconocemos, alguien -no necesariamente perteneciente a ese mismo grupo y, en todo caso, por motivos que nada tendrían que ver con las características del depósito- entra en la cueva y realiza una destrucción selectiva de los restos humanos, de la peculiar forma que hemos detallado a lo largo de este trabajo[653]. Es una posibilidad, aunque deja, en mi opinión, demasiados cabos sueltos. Por el contrario, la interpretación que estoy defendiendo en este punto explica mucho mejor toda la secuencia, considerando cada uno de sus actos como parte de un todo. Así, todos ellos encuentran un sentido pleno si se consideran como parte de un mismo comportamiento con varias manifestaciones, dentro del marco general de la "mala muerte"[654] de algunos miembros de la comunidad y de las medidas tomadas por los vivos para tratar de conjurar sus posibles efectos perniciosos sobre ellos. La exclusión del cementerio, el alejamiento del lugar de hábitat, la elección de cuevas con accesos complicados y de zonas interiores difíciles de alcanzar, la presencia de objetos extraños a las sepulturas normalizadas y relacionados con la vida cotidiana, las edades de los inhumados, la quema de grano y las destrucciones y quemas post-mortem de los cráneos encajan, a mi entender perfectamente, en un único discurso. Un discurso que muestra que, por alguna razón, esos muertos eran vistos como molestos o peligrosos, bien por lo que habían sido en vida, bien -como me parece más probable- por la forma en la que murieron; o por ambas cosas, dependiendo de los casos. Inhumados en cuevas de difícil acceso, separados de sus antiguos familiares y vecinos por esa barrera física que supone el medio subterráneo, sin derecho al recuerdo ni a la memoria, esos cuerpos, en

[653] Puede excluirse completamente la acción de saqueadores de tumbas, dada la abundancia de objetos de todo tipo -entre los que hay un anillo de oro, pendientes de plata o broches de bronce o de hierro con decoración damasquinada- recuperados en las excavaciones y que no fueron retirados de las cuevas

[654] Una "mala muerte", entendida en un sentido amplio y que englobaría tanto las que son estrictamente consideradas así, incluyendo las provocadas por determinadas enfermedades, como las muertes prematuras y, quizá también, las de aquellos que hubieran tenido determinados comportamientos o características especiales en vida.

algunos casos, seguirían siendo considerados dañinos hasta el punto de sufrir, tiempo después de convertirse en cadáveres, la profanación y la destrucción de sus restos con una saña pocas veces documentada en el registro arqueológico de la Tardoantigüedad peninsular.

BIBLIOGRAFÍA

ABADIE, I., GENTILI, F., BOULESTIN, B., CHARLIER, P. y YVINEC, J-H (2013): "Traces d´interventions anthropiques sur des restes osseux humains déposés dans un silo du Haut Moyen Âge", *Revue archéologique d´Île-de-France 6*, pp. 185-222.

ABÁSOLO, J. A., CORTES, J. y PÉREZ RODRÍGUEZ-ARAGÓN, F. (1997): *La necrópolis Norte de La Olmeda (Pedrosa de la Vega, Palencia)*, Palencia.

ABÁSOLO, J. A., CORTES, J., PÉREZ, F. y VIGHI, A. (1984): *Excavaciones en el yacimiento de La Morterona. Saldaña (Palencia)*, Palencia.

ABOAL FERNÁNDEZ, R. y PARCERO OUBIÑA, C. (1999): "Primeros resultados de documentación arqueológica en el yacimiento romano y altomedieval de As Pereiras (Amoeiro, Ourense)", *Gallaecia 18*, pp. 301-312.

ADAMS, N. (2014): *Bright Lights in the Dark Ages: The Thaw Collection of Early Medieval Ornaments*, New York.

ADÁN, G. E., CID, R. M., GARCÍA, A., GARCÍA, R., IBÁÑEZ, C., RODRÍGUEZ, L., ARBIZU, M., CARRETERO, J. M., ÁVAREZ, D. y PALACIOS, X. (2007): "Madrebona: los enterramientos tardoantiguos de la Cueva de l´Alborá (Perlora, Asturias)" en LARIO, J. y SILVA, P. G. (ed.): *Contribuciones al Estudio del Periodo Cuaternario*, XII Reunión Nacional de Cuaternario-Ávila, 2007, pp. 86-87.

ADÁN, G. E., GARCÍA, A., GARCÍA, R., IBÁÑEZ, C., RODRÍGUEZ, L., RODRÍGUEZ, A., GONZÁLEZ, M., ÁLVAREZ-LAO, D. J., ARBIZU, M., CARRETERO, J. M., ÁLVAREZ, D., PALACIOS, X. y CID, R. M. (2009): "Entrellusa, Perlora (Carreño): evidencias paleolíticas, enterramientos tardoantiguos y hábitat medieval" en FERNÁNDEZ REYERO, J. y GARCÍA DE CASTRO VALDÉS, C. (coord.): *Excavaciones arqueológicas en Asturias 2003-2006*, pp. 235-242.

ADÁN, G., ARBIZU, M., ÁLVAREZ LAÓ, D., CARRETERO, J. M., CID, R. M., RODRÍGUEZ, L., GARCÍA, R., IBÁÑEZ, C., PALACIOS, X. y ÁLVAREZ, D. (2004): "Del Paleolíticu a los enterramientos tardorromanos, la construcción na Islla y la caza de ballenes nel medievu", *Asturies: Memoria encesa d´un país 18*, pp. 16-23.

AGUADO, M., CASTELO, R., TORRECILLA, A., ARRIBAS, R., JIMÉNEZ, O., LÓPEZ, A., SIERRA, C. y TALÉNS, C. (1999): "El yacimiento arqueológico de El Saucedo (Talavera la Nueva, Toledo): balance y perspectivas", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología 25, 2*, pp. 193-250.

AGUILELLA ARZO, G., GUSI I JENER, F. y OLÀRIA I PUYOLES, C. (1999): "El jaciment prehistòric de La Cova dels Diablets (Alcalà de Xivert, Castelló)", *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló 20*, pp. 7-35.

AGUILERA ROMOJARO, M. J. (2016): "Hallazgos arqueológicos de la necrópolis visigoda de El Barranco, Hinojar del Rey (Burgos)", *Boletín del Museo Arqueológico Nacional 34*, pp. 183-194.

AGUILERA Y GAMBOA, E. de (1909): *El Alto Jalón. Descubrimientos arqueológicos*, Madrid.

AGUSTÍ, B., CASELLAS, Ll. E., FOGUET, B., LlINÀS, J., LÒPEZ, J., MERINO, J., POU, J. y TIÓ, X. (1993): "Les necròpoli de les Goges (Sant Julià de Ramis, Gironès)", *Tribuna d´Arqueologia 1991-1992*, pp. 117-128.

AJA SÁNCHEZ, J. R. (2008): "Cantabria en la Antigüedad Tardía" en AJA SÁNCHEZ, J. R., CISNEROS CUNCHILLOS, M. y RAMÍREZ SÁDABA, J. L. (coord.): *Los Cántabros en la Antigüedad: la Historia frente al Mito*, pp. 191-227.

ALAPONT MARTÍN, Ll. (2005): "La necrópolis de l´área episcopal de València. Noves aportacions antropològiques" en GURT, J. M. y RIBERA, A. (eds.): *Les ciutats tardoantigues d´Hispania: cristianització i topografía*, VI Reunió d´Arqueologia Cristiana Hispànica, pp. 245-250.

ALAPONT MARTÍN, Ll. y BALLESTER MARTÍNEZ, C. (2007): "La intervención arqueológica en el jaciment visigòtic de la Senda de l´Horteta" en ALAPONT MARTÍN, Ll. (coord.): *El tresor d´Alcàsser i el legat visigot*, pp. 11-34.

ALCALDE DEL RÍO, H. (1934): "Varios objetos de los primeros tiempos del cristianismo en la Península", *Anuario del Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos. Homenaje a Mélida, I*, pp.149-160.

ALDHOUSE-GREEN, S. y PETERSON, R. (2013): *Excavations in Goldsland Wood, Wenvoe, Vale of Glamorgan 2005-2007*, Informe provisional, Preston.

ALFARO ARREGUI, M. y MARTÍN BAÑÓN, A. (2000): "La Vega, asentamiento visigodo en Boadilla del monte (Madrid)", *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología 39-40*, pp. 225-237.

ALFAYÉ, S. (2009): "*Sit tibi terra gravis*. Magical-religious practices against restless dead inthe ancient world" en MARCO SIMÓN, F., PINA POLO, F. y REMESAL RODRÍGUEZ, J. (coord.): *Formae mortis: el tránsito de la vida a la muerte en las sociedades antiguas*, pp. 181-216.

ALFAYÉ, S. (2013): "Dinámicas rituales en las cuevas y abrigos de la Celtiberia" en RÍSQUEZ, C. y RUEDA, C. (eds.): *Santuarios íberos: territorio, ritualidad y memoria*, pp. 385-395.

ALMAGRO BASCH, M. (1942): "Otro jarrito de ritual visigodo", *Ampurias 4*, pp. 227-228.

ALMAGRO BASCH, M. (1953): "Materiales visigodos del Museo Arqueológico de Barcelona. Las hebillas de cinturón de bronce", *Memorias de los Museos Arqueológicos Provinciales 11-12, 1950-51*, pp. 13-23.

ALMAGRO, M. y PALOL, P. (1962): "Los restos arqueológicos paleocristianos y alto-medievales de Ampurias", *Revista de Gerona 20*, pp. 27-41.

ALONSO ÁVILA, A. (1984): "Aproximación a la época visigoda en el territorio de la actual provincia de Segovia", *Studia Historica. Historia Antigua 2*, pp. 271-290.

ALTUNA, J., ARMENDARIZ, A., ETXEBERRIA, F., MARIEZKURRENA, K., PEÑALVER, X. y ZUMALABE, F. J. (1995): "Iruaxpe III", *Gipuzkoa, Karta Arkeologikoa/Carta Arqueológica II. Haitzuloak/Cuevas*.

ÁLVAREZ, F. Y MAEZTU, J. J. (2003): Nuevas contribuciones al estudio del endokarst de la sierra de Badaia (Álava), *Koloska 1*, pp. 23-38.

ALZOLA GUEREDIAGA, N. (1958): "El jarrito de ritual visigodo de la cueva de Iturrieta de Mañaria", *Boletín de la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País 14, 3*, pp. 454-455.

ANTUNES-FERREIRA, N. (2005): *Paleobiologia de grupos populacionais do Neolítico Final/Calcolítico do Poço Velho (Cascais)*, Trabalhos de Arqueologia 40, Lisboa.

APELLÁNIZ, J. M. (1970): "La campaña de excavaciones arqueológicas en Vizcaya durante el año 1969", *Kobie 2*, pp. 45-47.

APELLÁNIZ, J. M. (1971): "Los enfermos de la necrópolis de la cueva de Ereñu´ko Arizti (Ereño, Vizcaya)", *Kobie 3*, pp. 67-70.

APELLÁNIZ, J. M. (1973): *Corpus de materiales de las culturas prehistóricas con cerámica de la población de cavernas del País Vasco meridional*, Munibe. Suplemento nº 1, San Sebastián.

APELLÁNIZ, J. M. (1974): "Los problemas de las cuevas sepulcrales de Ereñuko Arizti, Arenaza y Albiztey en Vizcaya", *Dos Estudios sobre Prehistoria del País Vasco*, pp. 113-155.

APELLÁNIZ, J. M. (1974): *El Grupo de Los Husos durante la Prehistoria con cerámica en el País Vasco*, Estudios de Arqueología Alavesa 7, Vitoria.

APELLÁNIZ, J. M. (1975): *El Grupo de Santimamiñe durante la Prehistoria con cerámica*, Munibe XXVII 1-2, San Sebastián.

ARDANAZ ARRANZ, F. (2000): *La necrópolis visigoda de Cacera de las Ranas (Aranjuez, Madrid)*, Arqueología, Peleontología y Etnografía 7, Madrid.

ARDANAZ, F; RASCÓN, S.; SÁNCHEZ, A. (1998): "Armas y guerra en el mundo visigodo" en *Arqueología, Paleontología y Etnografía 4, Los Visigodos y su mundo*, pp. 411-449.

AREVALO-MUÑOZ, E. y CAMARERO, C. (2018): "La industria ósea del castro de Kutzemendi (Vitoria-Gasteiz)" en AGUDO, L. *et alii* (eds.): *Actas de las IX Jornadas de Jóvenes en Investigación Arqueológica. Santander 8-11 junio 2016*, pp. 129-137

ARIAS CABAL, P. y ONTAÑÓN PEREDO, P. (2008): "Zona Arqueológica de La Garma (Omoño, Ribamontán al Monte). Campañas 2000-2003" en ONTAÑÓN PEREDO, R. (coord.): *Actuaciones Arqueológicas en Cantabria 2000-2003*, pp. 43-60

ARIAS CABAL, P. y ONTAÑÓN PEREDO, R. (2016): "Investigaciones en la Zona Arqueológica de La Garma (Omoño, Ribamontán al Monte). Campañas de 2004 a 2011" en SANZ PALOMERA, G. (ed.): *Actuaciones arqueológicas en Cantabria 2004-2011*, pp. 17-27.

ARIAS CABAL, P., GONZÁLEZ SÁINZ, C., MOURE ROMANILLO, A. y ONTAÑÓN PEREDO, R. (2000): "La zona arqueológica de La Garma (Cantabria): investigación, conservación y uso social", *Trabajos de Prehistoria 57-2*, pp. 41-56.

ARIAS CABAL, P., GONZÁLEZ SÁINZ, C., MOURE ROMANILLO, A. y ONTAÑÓN PEREDO, R. (2000): "Estudio integral del Complejo Arqueológico de La Garma (Omoño, Ribamontán al monte) en ONTAÑÓN PEREDO, R. (coord.): *Actuaciones arqueológicas en Cantabria 1984-1999*, Santander, pp. 271-277.

ARIAS CABAL, P., GONZÁLEZ SAINZ, C., MOURE ROMANILLO, A., y ONTAÑÓN PEREDO, R. (1999): *La Garma. Un descenso al pasado*, Santander.

ARIAS CABAL, P., GUTIÉRREZ CUENCA, E., HIERRO GÁRATE, J. A. y LÓPEZ-DÓRIGA, I. (2012): *El consumo de cereales en la Cantabria altomedieval (siglos VII-VIII d.C.): haciendo hablar a los muertos*, Póster presentado en el Coloquio Internacional "Arqueología de la agricultura y la ganadería en la Alta Edad Media europea (siglos V-X)" celebrado en Vitoria-Gasteiz en noviembre de 2012.

ARIAS CABAL, P., ONTAÑÓN PEREDO, R., ÁLVAREZ FERNÁNDEZ, E., CUETO RAPADO, M., ELORZA ESPOLOSIN, M., GARCÍA MONCÓ, C., GÜTH, A., IRIARTE CHIAPUSO, M.J., TEIRA MAYOLINI, L.C., y ZURRO HERNÁNDEZ, D. (2011): "Magdalenian floors in the lower gallery of La Garma: a preliminary report" en GAUDZINSKI-WINDHEUSER, S., JÖRIS, O., SENSBURG, M., STREET, M. y TURNER, E (eds.): *Site-internal Spatial Organization of Hunter-gatherer Societies: Case Studies from the European Palaeolithic and Mesolithic*, pp. 31-51.

ARIAS CABAL, P., ONTAÑÓN PEREDO, R., GUTIÉRREZ CUENCA, E., HIERRO GÁRATE, J. A. y PEREDA ROSALES, E. (2012): "El broche de cinturón de tipo visigodo de la Galería Inferior de La Garma" en ARIZAGA, B. *et alii* (eds.): *Mundos*

medievales. Espacios, sociedades y poder: homenaje al profesor José Ángel García de Cortazar y Ruiz de Aguirre, pp. 335-354.

ARIAS PÁRAMO, L. (2006): "Jarrito litúrgico de la Mina Milagro", en FERNÁNDEZ VEGA, P. A. (coord.): *Apocalipsis. El ciclo histórico de Beato de Liébana*, p. 168.

ARIAS SÁNCHEZ, I. y BALMASEDA MUNCHARAZ, L. J. (2015): *La necrópolis de época visigoda de Castiltierra (Segovia). Excavaciones dirigidas por E. Camps y J. Mª de Navascués, 1932-1935. Materiales conservados en el Museo Arqueológico Nacional. Tomo I: presentación de sepulturas y ajuares*, Madrid.

ARIAS SÁNCHEZ, I. y BALMASEDA MUNCHARAZ, L. J. (2017): "Dos sepulturas excepcionales de Castiltierra" en ARIAS SÁNCHEZ, I. y BALMASEDA MUNCHARAZ, L. J. (coord.) *La necrópolis de época visigoda de Castiltierra (Segovia). Excavaciones dirigidas por E. Camps y J. Mª de Navascués, 1932-1935. Materiales conservados en el Museo Arqueológico Nacional. Tomo II: Estudios*, pp. 138-165.

ARIAS SÁNCHEZ, I. y BALMASEDA MUNCHARAZ, L. J. (2017): "Observaciones sobre las excavaciones de E. camps y J. Mª de Navascués en Castiltierra" en ARIAS SÁNCHEZ, I. y BALMASEDA MUNCHARAZ, L. J. (coord.) *La necrópolis de época visigoda de Castiltierra (Segovia). Excavaciones dirigidas por E. Camps y J. Mª de Navascués, 1932-1935. Materiales conservados en el Museo Arqueológico Nacional. Tomo II: Estudios*, pp. 7-101.

ARIAS SÁNCHEZ, I. y NOVOA PORTELA, F. (1996): "Un conjunto de broches de cinturón de época visigoda ingresados en el Museo Arqueológico Nacional", *Boletín del Museo Arqueológico Nacional XIV 1-2*, pp. 71-86.

ARIAS, P. y ONTAÑÓN, R. (2012): "La Garma (Spain): Long-Term Human Activity in a Karst System" en BERGSVIK, K. A. y SKEATES, R. (eds.): *Caves in Context. The Cultural Significance of Caves and Rockshelters in Europe*, Oxford, pp. 101-117.

ARIAS, P., ONTAÑÓN, R., GUTIÉRREZ CUENCA, E., HIERRO GÁRATE, J. A., ETXEBERRIA, F., HERRASTI, L. y UZQUIANO, P. (2018): "Hidden in the depths, far from people: Funerary activities in the Lower Gallery of La Garma and the use of natural caves as burial places in early medieval Cantabria, northern spain" en BERGSVIK, K. A. y DOWD, M. (eds.): *Caves and Ritual in Medieval Europe, AD 500-1500*, Oxford, pp. 133-151.

ARMIT, I., SCHULTING, R., KNÜSEL, C. J. y SHEPHERD, I. A. G. (2011): "Death, Decapitation and Display? The Bronze ans Iron Age Human Remains from the Sculptor´s Cave, Covesea, North-east Scotland", *Proceedings of the Prehistoric Society 77*, pp. 251-278.

ASPÖCK, E. (2008): "What Actually is a Deviant Burial? Comparing German-Language and Anglophone Research on Deviant Burials" en MURPHY, E. M. (ed.): *Deviant Burial in the Archaeological Record*, pp. 17-34.

AVELLO ÁLVAREZ, J. L. (1986): "El jarro hispanovisigodo de Alesga y algunas consideraciones generales sobre estos tipos de objetos litúrgicos", *Asturiensia Medievalia 5*, pp. 19-32.

AZKARATE GARAI-OLAUN, A. (1999): *Aldaieta. Necrópolis tardoantigua de Aldaieta (Nanclares de Gamboa, Álava). Volumen I. Memoria de la excavación e inventario de los hallazgos*, Memorias de yacimientos alaveses 6, Vitoria-Gasteiz.

AZKARATE GARAI-OLAUN, A. (2002): "De la Tardoantigüedad al Medievo cristiano. Una mirada a los estudios arqueológicos sobre el mundo funerario" en VAQUERIZO, D. (ed.): *Espacio y usos funerarios en el Occidente Romano*, Córdoba, pp. 115-140.

AZKARATE GARAI-OLAUN, A. (2003): "La arqueología y los intereses historiográficos (De los postulados vascocantabristas a las necrópolis tardoantiguas de influencia nordpirenaica)", *Bidebarrieta 12*, pp. 27-60.

AZKARATE GARAI-OLAUN, A. (2004): "¿Reihengräberfelder al sur de los Pirineos occidentales?", *Antigüedad y cristianismo 21. Sacralidad y Arqueología*, pp. 389-413.

AZKARATE GARAI-OLAUN, A. (2005): "Sobre los orígenes cronológicos de los cementerios cispirenaicos de época tardoantigua", *Munibe (Antropologia-Arkeologia) 57*, Homenaje a Jesús Altuna, pp. 405-417.

AZKARATE GARAI-OLAUN, A. y GARCÍA CAMINO, I. (2012): "El espacio circumpirenaico occidental durante los siglos VI al X d.C. según el registro arqueológico: algunos interrogantes" en CABALLERO ZOREDA, L., MATEOS CRUZ, P. y GARCÍA DE CASTRO VALDÉS, C. (eds.): *Asturias entre visigodos y mozárabes*, Anejos de AEspA LXIII, Madrid, pp. 331-351.

AZKARATE GARAI-OLAUN, A. y GARCÍA CAMINO, I. (2013): *Vasconia, tierra intermedia. Ritos funerarios de frontera*, Bilbao/Vitoria-Gasteiz.

AZKARATE GARAI-OLAUN, A. y SOLAUN BUSTINZA, J. L. (2016): "La cerámica altomedieval en el País Vasco (siglos V-X d.C.): producciones, modelos productivos y patrones de consumo", en VIGIL-ESCALERA GUIRADO, A. y QUIRÓS CASTILLO, J. A. (dir.): *La cerámica de la Alta Edad Media en el cuadrante noroeste de la Península Ibérica (siglos V-X). Sistemas de producción, mecanismos de distribución y patrones de consumo*, pp. 193-228.

AZKARATE, A., NUÑEZ, J. y SOLAUN, J. L. (2003): "Materiales y contextos cerámicos de los siglos VI al X en el País Vasco", en CABALLERO ZOREDA, L., RETUERCE VELASCO, M. y MATEOS, P. (Eds.): *Cerámicas tardorromanas y*

altomedievales en la Península Ibérica. Ruptura y continuidad, Anejos de Archivo Español de Arqueología XXVIII, pp. 321-370.

AZKARATE, A., PLATA, A., SÁNCHEZ, I. y SOLAUN, J. L. (2013): "La catedral de Santa María" en AZKARATE GARAI-OLAUN, A. y SOLAUN BUSTINZA, J. L. (Dir.): *Arqueología e historia de una ciudad. Los orígenes de Vitoria-Gasteiz*, Volumen I, pp. 111-150.

AZUAR, R. (2016): "De arqueología Mozárabe II. De sus iglesias y documentos epigráficos", *Arqueología y Territorio Medieval 23*, pp. 75-102.

BALMASEDA MUNCHARAZ, L. J. (2002): "Orfebrería de la época visigoda", en MORÍN DE PABLOS, J., LÓPEZ QUIROGA, J. y MARTÍNEZ TEJERA, A. (eds.): *El tiempo de los "bárbaros". Pervivencia y transformación en Galia e Hipania (ss. V-VI D. C.)*, pp. 435-459.

BALMASEDA MUNCHARAZ, L. J. (2010): "Orfebrería epigrafiada de época visigoda en el Museo Arqueológico Nacional" en AVILA, N., SALAMANCA, L. y ZOZAYA, L. (eds.): *VIII Jornadas Científicas sobre la Documentación de la Hispania Altomedieval (siglos VI-X)*, Madrid, pp. 11-42.

BALMASEDA MUNCHARAZ, L. J. y PAPÍ RODES, C. (1997): "Jarritos y patenas de época visigoda en los fondos del Museo Arqueológico Nacional", Boletín del Museo Arqueológico Nacional 15 1-2, pp. 153-174.

BARANDIARÁN MAESTU, I. (1975): *Revisión estratigráfica de la Cueva de La Mora (Somaén, Soria). 1968*, Noticiario Arqueológico Hispánico. Prehistoria nº 3, Madrid.

BARANDIARÁN, I. (1973): "Restos visigodos en la cueva Foradada (Sarsa de Surta, Huesca)", *Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón, IX*, Zaragoza.

BARANDIARÁN, J. M. (1964): "Excavaciones en Goikolau (campaña de 1962)", *Noticiario Arqueológico Hispánico 1-3*, pp. 49-59.

BARBER, P. (1988): *Vampires, Burial, and Death. Folklore and reality*, New Haven/Londres.

BARBERO, A. y VIGIL, M. (1979): *Sobre los orígenes sociales de la Reconquista*, Madrid.

BARROSO BERMEJO, R., CAMINO MAYOR, J., BUENO RAMÍREZ, P. y DE BALBÍN BEHRMANN, R. (2007): *Fuentenegroso. Un enterramiento del I milenio a.C. en la sierra de Cuera, Asturias*, Oviedo.

BARROSO CABRERA, R. (2006): "Panorama de la arqueología de época visigoda en la provincia de Cuenca", en MORÍN DE PABLOS, J. (Ed.): *La investigación arqueológica de la época visigoda en la Comunidad de Madrid, vol. II*, Zona Arqueológica 8, pp. 118-137.

BARROSO CABRERA, R. y MORÍN DE PABLOS, J. (2006): "Armas en la arqueología madrileña de la Antigüedad Tardía" en MORÍN DE PABLOS, J. (ed.): *La investigación arqueológica de la época visigoda en la Comunidad de Madrid, vol. III*, Zona Arqueológica 8, pp. 735-745.

BARROSO CABRERA, R., MORÍN DE PABLOS, J., PENEDO COBO, E., OÑATE BAZTÁN, P. y SANGUINO VÁZQUEZ, J. (2006): "La necrópolis visigoda de Tinto Juan de la Cruz (Pinto, Madrid)" en MORÍN DE PABLOS, J. (ed.): *La investigación arqueológica de la época visigoda en la Comunidad de Madrid, vol. II*, Zona Arqueológica 8, pp. 535-565.

BARTOLOMÉ GARCÍA, M. y PÉREZ AVELLANEDA, M. (2014): *III Día de las Letras Cántabras. Cuaderno de las Letras*, Camargo.

BARTOLOMÉ HERRERO, B. (1996): "Los usos funerarios en la Alta Edad Media. Tradición cristiana y reminiscencias paganas", *Medievalismo 6*, pp. 33-62.

BASAS FAURE, C. (1987): "Excavaciones en Goikolau. Campaña de 1980-81. La necrópolis", *Zainak. Cuadernos de Antropología-Etnografía 4*, Homenaje al Dr. José María Basabe, pp. 71-124.

BASAS FAURE, C. (1989): "Cueva de Goikolau (Berriatua, Bozkaia)", *Arkeoikuska 88*, pp. 86-88.

BASSO RIAL, R. E. (2018): "La producción de hilo a finales de la Edad del Bronce e inicios de la Edad del Hierro en el Sureste y el Levante peninsular: las fusayolas de materiales óseos", *MARQ. Arqueología y Museos 9*, pp. 47-59.

BATANERO MARTÍN, C., BELTRÁN PENZÓN, J. M. y VERA RODRÍGUEZ, J. C. (2016): "La necrópolis tardoantigua de La Orden-Seminario (Huelva): rituales funerarios y aspectos antropológicos", *Revista Onoba 4*, pp. 105-126.

BAUDOIUN, M. y HUBERT, G. (1925): "Découverte de squelettes humains, en 1924, dans la Grotte de la Cave à Margot, à Saulges (Mayenne), et étude de ces ossements", *Bulletin de la Société préhistorique de France 22-3*, pp. 137-152.

BAUDREU, D. y RANCOULE, G. (2010): "À l´origine de Caunes-Minervois: Buffens" en POUSTHOMIS-DALLE, N. y BAUDREU, D. (eds.): *L´abbaye et le village de Caunes-Minervois (Aude). Archéologie et Histoire*, Archéologie du Midi médiéval. Supplément 6, pp. 13-23.

BEGHELLI, M. y PINAR GIL, J. (2013): "Corredo e arredo liturgico nelle chiese tra VIII e IX secolo", *Jahrbuch des Römisch-Germanischen Zentralmuseums 60,* pp. 697-762.

BEHMER, E. (1939): *Das Zweischneidige Schwert der Germanischen Völker-Wanderungszeit,* Estocolmo.

BERNALDO DE QUIRÓS, F., GUTIÉRREZ, C., DE LAS HERAS, C., LAGÜERA, M. A., PUMAREJO, P. y UZQUIANO, P. (2000): "Excavación arqueológica en la cueva de La Pila (Cuchía, Miengo)" en ONTAÑÓN PEREDO, R. (coord.): *Actuaciones arqueológicas en Cantabria 1984-1999,* pp. 53-56.

BERNÁRDEZ GÓMEZ, J. M. y GUISADO DI MONTI, J. C. (2014): "La moneda visigoda en Cuenca y su contexto arqueológico. El hallazgo de tesorillo de tremises visigodos de la mina romana de *lapis specularis* de La Condenada en Osa de la Vega" en GOZALBES CRAVIOTO, E., HERNÁNDEZ RUBIO, J. A. y ALMONACID CLAVERÍA, J. A. (coord.): *Cuenca: la historia en sus monedas*, Cuenca, pp. 159-190.

BERNÁRDEZ GÓMEZ, M. J. y GUISADO DI MONTI, J. C. (2005): "El tesorillo de trientes hispanovisigodos de la mina romana de lapis specularis "La Condenada" en Osa de la Vega (Cuenca)", en ALFARO, C., MARCOS, C. Y OTERO, P. (eds.): *Actas del XIII Congreso Internacional de Numismática (Madrid 2003),* Madrid, pp. 1135-1142..

BESGA MARROQUÍN, A. (2000): *Orígenes hispano-godos del Reino de Asturias,* Oviedo.

BILLOIN, D., GAILLARD de SÉMAINVILLE, H. y MOULHÉRAT, C. (2006): "La nécropole du Haut Moyen Âge de Largillay-Marsonnay sur le Marteret (Jura)", *Revue Archéologique de l´Est 55,* pp 225-256.

BITEL, L. M. (2006/2007): "Tools and Scripts for Cursing in Medieval Ireland", *Memoirs of the American Academy in Rome 51/52,* pp. 5-27.

BLAIZOT, F., RAUX, S., BONNET, C., HENRY, E., FOREST, V., ÉCARD, P., JORDA, C. y MACABÉO, G. (2008): "L´ensemble funéraire rural de Malbosc (Montpellier, Hérault): pratiques funéraires de l´Antiquité tardive", *Revue Archéologique de Narbonaisse 41,* pp. 53-99.

BLANCO ROTEA, R., COSTA GARCÍA, J. M. y SÁNCHEZ PARDO, J. C. (2015): "Análisis de la evolución constructiva de las estructuras excavadas en el yacimiento de A Cidadela (Sobrado dos Monxes, A Coruña) y propuestas interpretativas sobre sus fases tardoantiguas", *Estudos do Quaternário 12,* pp. 69-93.

BLECIC KAVUR, M. y KOMSO, D. (2015): "A secret city - a city of secrets. Oporovina and the caves system in the canyon at Lovranska Draga", *Histria Archaeologica 46*, pp. 75-97.

BOHIGAS ROLDÁN, R. (1986): *Yacimientos arqueológicos medievales del sector central de la Montaña Cantábrica*, Monografías Arqueológicas de la ACDPS nº 1, Santander.

BOHIGAS ROLDÁN, R. (2003): "La arqueología de la Tardoantigüedad a la Alta Edad Media en las riberas de la Bahía de Santander" en FERNÁNDEZ IBÁÑEZ, C. y RUIZ COBO, J. (Eds.): *La Arqueología de la Bahía de Santander*, Tomo III, Santander, pp. 703-777.

BOHIGAS ROLDÁN, R. y RUIZ GUTIÉRREZ, A. (1989): "Las cerámicas visigodas de poblado en Cantabria y Palencia", *Boletín de Arqueología Medieval 3*, pp. 31-51.

BOHIGAS ROLDÁN, R.; MUÑOZ FERNÁNDEZ, E.; PEÑIL MÍNGUEZ, J. (1984): "Las ocupaciones recientes en las cuevas", *Boletín Cántabro de Espeleología, 4*, Santander, pp.140-159.

BOLADO DEL CASTILLO, R. y CUBAS MORERA, M. (2015): "La Cueva del Aspio (Ruesga). Nuevas intervenciones arqueológicas", *Cantabria. Nuevas evidencias arqueológicas*, pp. 91-118.

BOLADO DEL CASTILLO, R., LÓPEZ BULTÓ, O. y CUBAS, M. (2020): "Wooden technology during the Iron Age: the Aspio cave (Ruesga, North Spain)", *Oxford Journal of Archaeology 39 (1)*, pp. 89-106.

BOLADO, R., CUBAS, M., TAPIA, J., ÁLVAREZ-FERNÁNDEZ, E., CUETO, M., DUARTE, C., GARATE, D., GUTIÉRREZ CUENCA, E., GUTIÉRREZ MEDINA, M., HIERRO, J. A., LAPLANA, C., LÓPEZ-DÓRIGA, I. y UZQUIANO, P. (2015): "El poblamiento en el valle del Asón durante la Prehistoria: la cueva del Aspio (Ruesga, Cantabria)", *Férvedes 8*, pp. 133-141.

BOSCH CASADEVALLL, J. M. y VALLÉS CUEVAS, J. (1987): "Sepultures tipus cista de lloses i/o tegulae a Catalunya: hipòtesi interpretativa", *Actas del II Congreso de Arqueología Medieval Española, tomo III*, pp. 328-338.

BOSCH GIMPERA, P. (1923): "Resultats de l´exploració de coves de Catalunya per l´Institut d´Estudis Catalans (1915-1920)", *Anuari de l´Institut d´Estudis Catalans MCMXV-XX*, pp. 473-491.

BOURKE, C. (2008): "Early Ecclesiastical Hand-Bells in Ireland and Britain", *Journal of the Antique Metalware Society 16*, pp. 22-28.

BOYER, R., DEDET, B. y MARCHAND, G. (2006): "L´aven sépulcral de Plerimond à Aups, Var (VI^{e} s. av. J.-C.)", *Gallia 63*, pp. 171-209.

BRANDI FERNÁNDEZ, A. Y ROBLES RODRÍGUEZ, F.J. (1992): "Estudio antropológico de los restos humanos hallados en el yacimiento de El-Val: Necrópolis del Camino de los Afligidos", *Actas del III Congreso de Arqueología Medieval Española, Vol. 2*, Oviedo, pp. 38-41.

BRANIGAN, K. y DEARNE, M. J. (1992): *Romano-British Cavemen. Cave Use in Roman Britain*, Oxford.

BUGARSKI, I. (2010): "Sixth century Rhomaioi javelins and findings from the Vrsenice hilltop and Liska Cava (Serbia)", *Zbornik Narodnog muzeja (arheologija) XIX-1*, Belgrado, pp. 423-454.

BUGARSKI, I. y IVANISEVIC, V. (2013): "Early medieval hoard ofi ron objects from Rujkovac and similar finds from the central Balkans", *Starinar LXIII*, pp. 131-152.

BURCH, J., NOLLA, J. M., PALAHÍ, Ll., SAGRERA, J., SUREDA, M. y VIVÓ, D. (2005): "El *castellum* de Sant Julià de Ramis (Gironès). Darreres novetats", *Tribuna d´Arquelogia 2005*, Generalitat de Catalunya. Departament de Cultura, pp. 190-207.

BURCH, J.; GARCÍA, G.; NOLLA, J.M.; PALAHÍ, L.; SAGRERA, J.; SUREDA, M.; VIVÓ, D. Y MIQUEL, I. (2009): *Excavacions arqueològiques a la muntanya de Sant Julià de Ramis. El castellum*, Girona.

C.A.T.H.M.A., LEENHARDT, M., RAYNAUD, C., SCHNEIDER, L., ALESSANDRI, P., BAUDREU, D., BELLAN, G., CAZES, J. P., GARNIER, B., SAUZAT, M., GINOUVEZ, O., KOTARBA, J., LÉCUYER, N., MANNIEZ, Y., PARODI, A., PASSELAC, M., PAYA, D., PELLECUER, C., PÊNE, J. M. y PITON, J. (1993): "Cerámiques languedociennes du haut Moyen Age (VIIe-XIe s.)", *Archéologie du Midi médiéval* 11, pp. 111-228.

CABALLERO ZOREDA, L. (1985): "Hallazgo de un conjunto tardorromano en la Calle Sur de Getafe (Madrid)", *Boletín del Museo Arqueológico Nacional (Madrid) III 1*, pp. 97-127.

CABALLERO ZOREDA, L. y ULBERT, T. (1976): *La basílica paleocristiana de Casa Herrera en las cercanías de Mérida (Badajoz)*, Madrid.

CALLEJO SERRANO, C. (1962): "Cuatro inscripciones visigodas en Extremadura", *Ampurias 24*, pp. 244-248.

CAMPILLO VALERO, D. (1978): "Dos notas de paleopatología", *Archivo de Prehistoria Levantina 15*, pp. 311-323.

CAMPILLO, D. y ALVAREDA, M.J. (1987): "Estudio de los restos humanos procedentes de la necrópolis paleocristiana de Gerena, Sevilla (Siglos V-VI)", *Noticiario Arqueológico Hispánico 29*, pp. 202-210.

CARBALLO, J. (1935): "La caverna de Suano (Reinosa)", *Altamira 3*, pp. 233-252.

CARBONELL, Ch-O. (2005): "Les malemorts, une histoire" en BONNET-CARBONELL, J. (dir.): *Malmorts, revenants et vampires en Europe*, pp. 19-27.

CARDOSO, J. L., CARDOSO, G. y GUERRA, M. F. (1995): "A necrópole tardo-romana e medieval de Talaíde (Cascais). Caracterizaçao e integraçao cultural. Análises nao destrutivas do espólio metálico", *Estudos Arqueológicos de Oeiras 5*, pp. 315-339.

CARMONA BALLESTERO, E. y VEGA MAESO, C. (2017): "Rediometric dates form open-air archaeological contexts: El Mazo de la Castañera (Cantabria, Spain)" en BARCELÓ, J. A., BOGDANOVIC, I. y MORELL, B. (eds.): *IberCrono. Cronometrías para la Historia de la Península Ibérica*, Actas del Congreso de Cronometrías para la Historia de la Península Ibérica (IberCrono 2016, Barcelona), pp. 286-292.

CARMONA BERENGUER, S. (1998): *Mundo funerario rural en la Andalucía tardoantigua y de época visigoda. La necrópolis de El Ruedo (Almedinilla, Córdoba)*, Córdoba.

CARNICERO CÁCERES, S. (2006): "Estudio antropológico del yacimiento arqueológico *Cueva de Las Penas* (Mortera, Piélagos, Cantabria)", *Sautuola XII*, pp. 295-300.

CARNICERO CÁCERES, S. (2017): *Estudio antropológico de la intervención realizada en Riocueva (Hoznayo, Entrambasaguas)*, Informe inédito, Santander.

CARNICERO CÁCERES, S. (2018): "Estudio antropológico de los restos humanos hallados en el yacimiento visigodo de Riocueva (Hoznayo, Entrambasaguas, Cantabria)", *Munibe Antropologia-Arkeologia 69*, pp. 257-263.

CARRERAS CASANOVA, A. (2006): "A propòsit del poblament de la Conca de Barberà abans del domini comtal (segles V-X)", *Aplec de Treballs (Montblanc) 24*, pp. 41-72.

CASAS, J. y NOLLA, J. M. (2011): *Instrumental de hierro de época romana y de la Antigüedad Tardía en el N. E. de la Península Ibérica*, BAR International Series 2217, Oxford.

CASTAÑER, P. y TREMOLEDA, J. (2006): "La villa de Vilauba. De la Antigüedad Tardía hasta el abandono final", en CHAVARRÍA, A., ARCE, J. y BROGIOLO, G. P. (eds.): *Villas tardoantiguas en el Mediterráneo Occidental*, Anejos de AEA XXXIX, pp. 133-151.

CASTIELLA RODRÍGUEZ, A. (1988): "Asentamiento de Sansol (Muru-Astrain, Navarra). Memoria de excavación. 1986-87", *Trabajos de Arqueología Navarra 7*, pp. 145-220.

CASTIELLA RODRÍGUEZ, A. (1991-92): "Consideraciones sobre el poblado y necrópolis de Sansol (Muru-Astrain. Navarra). Campaña 1988", *Trabajos de Arqueología Navarra 10*, pp. 225-286.

CASTILLO, A. del (1953): "Las tres capas de la cueva de La Mora de Somaén (Soria), *Archivo de Prehistoria Levantina IV*, pp. 135-150.

CATALÁN RAMOS, R. (2015): "Elementos de armamento y mundo funerario en hispania (siglos V-VIII). Reflexiones teóricas y ejemplos destacados" en QUIRÓS CASTILLO, J. A. y CASTELLANOS, S. (dir.): *Identidad y etnicidad en Hispania. Propuestas teóricas y cultura material en los siglos V-VIII*, Documentos de Arqueología Medieval 8, pp. 291-311.

CEPEDA J. J. y UNZUETA M. (1988): "Numismática bajoimperial romana del norte de la península Ibérica", *Kobie (Serie Paleoantropología) XVII*, pp. 134-155.

CERDEÑO SERRANO, M. L. (1978): *Los broches de cinturón peninsulares de tipo céltico*, Separata de Trabajos de Prehistoria 35, Madrid.

CERRILLO CUENCA, E. y GONZÁLEZ CORDERO, A. (2014): "Collective Burial Caves in Spanish Extremadura: Chronology, Landscapes and Identities" en CRUZ, A., CERRILLO CUENCA, E., BUENO RAMÍREZ, P., CANINAS, J. C. y BATATA, C. (eds.): *Rendering Death: ideological and Archaeological Narratives from Recent Prehistory (Iberia)*, BAR International Series 2648, Oxford.

CERRILLO MARTÍN DE CÁCERES, E. (1989): "El mundo funerario y religioso en época visigoda", *Actas del III Congreso de Arqueología Medieval Española*, Oviedo, pp. 89-110.

CÉSAR VILA, M., DE LOMBERA HERMIDA, A., FÁBREGAS VALCARCE, R. y RODRÍGUEZ-ÁLVAREZ, X-P. (2018): "Estudio de la cerámica medieval de Cova Eirós (Triacastela, Lugo)", *Cuadernos de Estudios Gallegos 65, nº 131*, pp. 73-105.

CHARLIER, P. (2009): *Male mort. Morts violentes dans l´Antiquité*, París.

CLAUSTRE, F. (1990): "Corbere-les-Cabanes. Montou", *Archéo-66* 5, pp. 44-45.

CLAUSTRE, F. (1993): "Corbere-les-Cabanes. Grotte de Montou", *Bilan Scientifique de la région Languedoc-Roussillon 1992*, p. 103.

CLAUSTRE, F. (1995): "Corbere-les-Cabanes. Grotte de Montou", *Archéo-66* 10, pp. 11-13.

CLAUSTRE, F. y CORNET, L. (1998): "Le niveau sépulcral bronze ancien de la grotte de Montou et la répartition spatiale de la céramique" en GUILAINE, J. y VAQUER, J. (dir.): *Tombes, Nécropoles, Rites funéraires préhistoriques et historiques*, pp. 37-44.

COCKAYNE, O. (1865): *Leechdoms, Wortcunning and Starcraft of Early England*, vol. II, London.

COIFFÉ, A. y BOUDARTCHOUK, J. L. (2019): "Le site funeraire de la grotte des Ancêtres (Malvezie, Haute-Garonne): contexte de découverte et étude du mobilier associé aux sépultures" en BOUBE, E., CORROCHANO, A. y HERNÁNDEZ, J. (eds.): *Du royaume Gotha au Midi mèrovingien*, Bordeaux, pp. 509-516.

COLL I RIERA, J. M., MOLINA I VALLMITJANA, J. A. y ROIG I BUXÓ, J. (1994): "El Fondal de Valldellós (Mediona, Alt Penedès): un nucli eremític-cultual en cova del s. V", *Miscel-lània penedesenca 18*, pp. 171-183.

COLL RIERA, J. M. (2011): "Els vidres d´época visigoda a Catalunya: primeres dades" en FERNÁNDEZ DEL MORAL, I., MENCHÓN, J. y VILA, J. M. (coord.): *Actes del IV Congrés d´Arqueologia Medieval i Moderna a Catalunya*, vol. I, pp. 201-209.

COLLETER, R., AUBIEN, G., CHEREL, A. F., HINGUANT, S., PEUZIAT, J. y SELLAMI, F. (2007): "Un ensemble funéraire de la transition âge du fer-Antiquité en contexte karstique: la grotte Rochefort à Saint-Pierre-sur-Erve (Mayenne)", *Revue archéologique de l´Ouest 24*, pp. 89-109.

COLLINS, R. (2005): *La España visigoda, 409-711*, Historia de España, IV, Barcelona.

COLMENAREJO GARCÍA, F. (1986): "El yacimiento arqueológico de Fuente del Moro", *Actas del I Congreso de Arqueología Medieval Española, tomo II*, Zaragoza, pp. 221-237.

CONNOLLY, M., COYNE, F. y LYNCH, L. G. (2005): *Underworld. Death and burial in Cloghermore cave, co. Kerry*, Dublín.

CORTÉS SÁNCHEZ, M., SIMÓN VALLEJO, M. D., MORALES-MUÑIZ, A., LOZANO FRANCISCO, M. C., VERA PELÁEZ, J. L. y ODRIOZOLA LLORET, C. (2016): "La caverna iluminada: una singular lámpara gravetiense arroja luz sobre el arte parietal de la cueva de La Pileta (Benaoján, Málaga)", *Trabajos de Prehistoria 73*, nº 1, pp. 115-127.

CRESPO DÍEZ, M. y FERNÁNDEZ DÍAZ, L. (2018): "Dos tumbas de época hispanovisigoda exhumadas en la necrópolis de Prado de Guadaña (Villalba de los Alcores, Valladolid, España)" en HERNÁNDEZ GUTIÉRREZ, N., LARRAZABAL

GALARZA, J. y PORTERO HERNANDO, R. (coord.): *Investigaciones Arqueológicas en el Valle del Duero. Del Paleolítico a la Edad Media (6)*, pp. 510-534.

CRESPO LASTRA, V., MUÑOZ FERNÁNDEZ, E., GÓMEZ AROZAMENA, J., BERMEJO CASTRILLO, A. y GONZÁLEZ LUQUE, C. (2007): "Catálogo de cavidades del municipio de Piélagos. Actuaciones espeleológicas 1986-2003" en CRESPO LASTRA, V. (coord.): *Catálogo de cavidades del municipio de Piélagos. Actuaciones espeleológicas 1986-2003*, pp. 163-215.

CRUBÉZY, E., GIRAUD, J. P., ROUZAUD, F., SALGUES, T., COQUEUGNOT, H., LE GUILLOU, J. L., MURAIL, P., SOULIER, M. y DU FAYET DE LA TOUR, A. (2000): "Un ensemble funéraire exceptionnel du premier Âge du Fer en Quercy: la grotte des Palabres (Boussac, Lot)" en DEDET, B., GRUAT, P., MARCHAND, G., PY, M. y SCHWALLER, M. (eds.): *Archéologie de la Mort, Archéologie de la Tombe au Premier Âge du Fer*, Lattes, pp. 123-129.

CUENCA SOLANA, D. (2012): *Utilización de instrumentos de concha para la realización de actividades productivas en las formaciones económico sociales de los cazadores-recolectores-pescadores y primeras sociedades tribales de la fachada Atlántica europea*, Tesis Doctoral defendida en la Facultad de Filosofía y Letras (Departamento de Ciencias Históricas) de la Universidad de Cantabria.

CURTA, F. (2016): "Burials in prehistoric mounds: reconnecting with the past in early medieval Greece", *Revue des études Byzantines 74*, pp. 269-285.

DE BLAS CORTINA, M. A. (2004): "El jarro litúrgico de tipo visigodo de "Galacieso" y la mina de cobre de El milagro" en BENITO RUANO, E. (coord.): *Sulcum sevit: estudios en homenaje a Eloy Benito Ruano*, Vol. 1, Oviedo, pp. 49-67.

DE HOYOS SAINZ, L. (1940): "La cueva de Suano, Santander", *Revista de la Universidad de Oviedo, I, 1*, pp. 103-134.

DE LUIS MARIÑO, S. (2014): "Aproximación al uso ritual de las cuevas en la Edad del Hierro: el caso del Cantábrico Centro-Oriental (península ibérica)", *Munibe (Antropologia-Arkeologia) 65*, pp. 137-156.

DE MIGUEL IBÁÑEZ, M. P., FONTECHA MARTÍNEZ, L., IZAGIRRE ARRIBALZAGA, N. y DE LA RÚA VACA, C. (2016): "Paleopatología, ADN y diferenciación social en la maqbara de Pamplona. Límites y posibilidades" en QUIRÓS CASTILLO, J. A. (dir.): *Demografía, paleopatologías y desigualdad social en el noroeste peninsular en época medieval*, Documentos de Arqueología Medieval 10, pp. 163-182.

DE NICOLÁS MASCARÓ, J. C. (2004): *Ajuntament de Sant Lluís. Catàleg del Patrimoni Històric: Arqueologia y Paleontologia*, Sant Lluís.

DÍAZ, P. C. (2019): "El esquema provincial en el contexto administrativo de la monarquía visigoda de Toledo", *Melanges de la Casa de Velázquez [en línea] 49-2*, URL: http://journals.openedition.org/mcv/11009 ; DOI : 10.4000/mcv.11009.

DÍAZ-ZORITA BONILLA, M. y GARCÍA SANJUÁN, L. (2012): "Las inhumaciones medievales del atrio del dolmen de Menga (Antequera, Málaga): estudio antropológico y cronología absoluta", *Menga. Revista de Prehistoria de Andalucía 3*, pp. 237-249.

DIEGO SANTOS, F. (1979): "De la Asturias sueva y visigoda", *Asturiensia medievalia 3*, pp. 17-60.

DIERKENS, A. (1991): "Interprétation critique des symboles chrétiens sur des objets d´époque mérovingienne", *L´art des invasions en Hongrie et Wallonie*, pp. 109-124.

DÍES CUSÍ, E., SERRANO PÉREZ, R., TIERNO RICHART, J. y SAMPER LASSO, A. (2013): "Los Praos. Ficha de catálogo de yacimientos arqueológicos", *Plan General de Requena. Catálogo de inmuebles de interés histórico, artístico y arquitectónico. Tomo III.1: fichas yacimientos arqueológicos*, pp. 353-355.

DOCAMPO ÁLVAREZ, P., VILLAR VIDAL, J. A. y MARTÍNEZ OSENDE, J. (2000): "La versión C del Fisiólogo latino. El Codex Bongarsianus 318 de Berna", *Medievalismo: Boletín de la Sociedad Española de Estudios Medievales 10*, pp. 27-68.

DOHIJO GUTIÉRREZ, E. (2002): "La necrópolis de Suellacabras: la memoria realizada por la Comisión de Monumentos Provinciales en 1868", *Gladius, Anejos 5*, pp. 671-682.

DOHIJO GUTIÉRREZ, E. (2007): "La necrópolis hispanovisigoda del área foral de *Termes*", *Pyrenae* 38, vol. 1, pp. 129-162.

DOHIJO GUTIÉRREZ, E. (2011): *La Antigüedad Tardía en el Alto Valle del Duero*, BAR International Series 2199, Oxford.

DOMÉNECH BELDA, C. (2014): "Moneda y espacios de poder en el reino visigodo. Los tremises de El tolmo de Minateda (Hellín, Albacete)", *Arqueología y Territorio Medieval 21*, pp. 9-37.

DOMINGO, R., DIARTE BLASCO, P., VILLALBA MOUCO, V., ALCOLEA, M., VILLAROEL, J. L., CUCHÍ, J. A. y MONTES, L. (2019): "Outside the cities. A late Antique funerary finding from Spanish Pyrenees", *Journal of Archaeological Science: Reports 25*, pp. 460-471.

DOMÍNGUEZ SOLERA, S. D. (2011): *Deconstruyendo Verdelpino. Historia y Gestión de un yacimiento polémico*, Cuenca.

DOMÍNGUEZ SOLERA, S. D. (2014): "Más allá de Verdelpino: Fase II, Campaña 2012", *Actas de las novenas jornadas de Patrimonio Arqueológico en la Comunidad de Madrid*, pp. 63-76.

DOMÍNGUEZ SOLERA, S. D. y MUÑOZ, M. (2012): "Más allá de Verdelpino. Primera campaña del proyecto", *Studia Academica 17*, pp. 64-171.

DOUVEZ, C. (2000a): "La grotte sépulcrale de Tredjoloungo commune d´Aventignan (Hautes-Pyrénées)", *Archéologie des Pyrénées Occidentales et des Landes 19,* pp. 183-191.

DOUVEZ, C. (2000b): "De nouvelles données archéologiques sur la grotte de Tredjoloungo Commune d´Aventignan (Hautes-Pyrénees)", *Revue de Comminges et des Pyrénées centrales 116,* pp. 21-49.

DOWD, M. A. (2002): "Kilgreany, co. Waterford: Biografy of a Cave", *The Journal of Irish Archaeology 11,* pp. 77-97.

DOWD, M. A. (2013): "The archaeology and mythology of the Keash Caves, Co. Sligo", *Dedicated to Sligo: 34 essays on Sligo´s past,* pp. 75-80.

DOWD, M. A., LYNCH, L. G. y McCARTHY, M. (2007): "Recent archaeological discoveries in Dunmore cave, County Kilkenny: further questions regarding Viking activity at the site", *Old Kilkenny Review 59,* pp. 7-17.

DUDAY, H. (1986): "Organisation et fonctionnement d´une sepulture collective neolithique. L´aven de la Boucle a Corconne (Gard)", *Anthropologie physique et Archéologie,* Paris.

EBEL-ZEPEZAUER, W. (2000): *Studien zur Archäologie der Westgoten vom 5.-7. Jh. N. Chr.,* Iberia Archaeologica 2, Mainz am Rhein.

ÉBRARD, D. (2013): "Les grottes sepulcrales de Soule" en VVAA (2013): *50 ans d´archéologie en Soule. Hommage a Pierre Boucher (1909-1997),* Ikerzaleak 7, pp. 146-155.

EFFROS, B. (1997): "Beyond cemetery walls: early medieval funerary topography and Christian salvation", *Early Medieval Europe* 6, Oxford-Malden, pp. 1-23.

EGGENBERGER, P., ULRICH-BOCHSLER, S., BOSSERT, M., SIEGMUND, F. y TREMBLAY, L. (2016): *Vom spätantiken Mausoleum zur Pfarrkirche. Die archäologische untersuchung der kirche von Biel-Mett,* Bern.

EIROA, J. J. (1979): *La cueva del Asno. Los Rábanos (Soria). Campañas 1976-1977,* Madrid.

EIROA, J. J. (1987): "Restos de un jarrito visigodo en tierras de Soria", *Homenaje al Profesor Juan Torres Fontes,* vol. I, pp.413-418.

ELORZA, J. C. (1988): "Notas sobre las llamadas cucharillas litúrgicas romanovisigodas localizadas en Hispania: la colección del Museo Arqueológico Nacional", *Gerión, nº Extraordinario Homenaje a García Bellido*, Madrid, pp. 381-394.

ESCAGEDO SALMÓN, M. (1919): *Crónica de la Provincia de Santander, Tomo I*, Santander.

ESCANDÓN, J.M. (1862): *Historia monumental del heróico rey Pelayo y sucesores en el trono cristiano de Asturias*, Madrid.

ESCHENLOHR, L., FRIEDLI, V., ROBERT-CHARRUE LINDER, C. y SENN, M. (2007): *Develier-Courtélle. Un hábitat rural Mérovingien 2. Métallurgie du fer et mobilier métallique*, Cahiers d´archéologie Jurasienne 14, Porrentruy.

ESCHER, K. (2014): "Plaques-boucles byzantines et apparentées de la période VI^{e}-VIII^{e} siècle trouvées en France", *Revue Archéologique de l´Est 63*, pp. 301-336.

ESCÓ SAMPÉRIZ, C. y CALVO CIRIA, M. J. (1986): "Cueva de La Carrasca (Almazorre, Bárcabo, Huesca), *Arqueología Aragonesa 1984*, pp. 105-107.

ESCO SAMPÉRIZ, C. y CASTÁN SARASA, A. (1985): "Los broches del yacimiento de Santa María del Monte (Liesa, Huesca), en el ámbito de las artes menores hispano-visigodas de la Península Ibérica", *III Coloquio de Arte Aragonés, vol. II. El arte aragonés y sus relaciones con el hispánico e internacional*, Huesca, pp. 47-59.

ESCORTELL, M. (1973): El tesorillo romano-bizantino de Chapipi, *Archivum 23*, pp. 43-54.

ESCRIBANO PAÑO, M. V. (2000): *Los Godos en Aragón*, Zaragoza.

ESPELT, J. y POBLET, C. (1978): "Una sivella visigótica del segle VII", *Aplec de Treballs 1*, pp. 25-32.

ESTONBA REKALDE, A. (1999): "Tipos de las razas Latxa y Carranzana", *Naturtzale 14*, pp. 121-133.

ESTRADA MARTÍN, A. y NADAL i LORENZO, J. (1993): "La industria òssia de la Balma del Duc (Montblanc)", *Aplec de Treballs 11*, pp. 7-24.

ETXEBERRIA GABILONDO, F. (1990/91): "Pseudopatología en restos humanos de época prehistórica en el País Vasco", *Kobie (Serie Paleoantropología) XIX*, pp. 23-27.

ETXEBERRIA GABILONDO, F. y HERRASTI, L. (2001): *Informe relativo a los restos humanos de La Garma tras la inspección llevada a cabo en la cavidad*, Informe inédito, San Sebastián.

FANJUL PERAZA, A. (2011): "Las últimas cuevas. Observaciones en torno a la ocupación histórica de las cuevas astur-leonesas", *Arqueología y Territorio Medieval 18*, pp. 91-116.

FERNÁNDEZ ACEBO, V. y MUÑOZ, E. (1981): "La cueva de La Pila (Cuchía, Santander)", *Boletín Cántabro de Espeleología 1*, pp. 34-35.

FERNÁNDEZ ACEBO, V., MUÑOZ FERNÁNDEZ, E. y SAN MIGUEL LLAMOSAS, C. (1980-81): "La cueva de La Pila", *Asociación Cántabra para la Defensa del Patrimonio Subterráneo. Memorias 1980-1981*, pp. 3-8.

FERNÁNDEZ CONDE, F. J., GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, A., FERNÁNDEZ MIER, M., SUÁREZ ÁLVAREZ, M. J. y ARIAS PÁRAMO, L. (2009): "Poderes sociales y políticos en Asturias. Siglos VIII-X", *Territorio, Sociedad y Poder, Anejo nº 2*, pp. 11-30.

FERNÁNDEZ CRESPO, T. (2016): "El papel del fuego en los enterramientos neolíticos finales/calcolíticos iniciales de los abrigos de la sierra de Cantabria y sus estribaciones (valle medio-alto del Ebro)", *Trabajos de Prehistoria 73, 1*, pp. 128-146.

FERNANDEZ CRESPO, T. y DE LA RÚA, C. (2016): "Demographic differences between funerary caves and megalithic graves of northern Spanish Late Neolithic/early Chalcolithic", *American Journal of Physical Anthropology, February 2016*, pp. 1-14.

FERNÁNDEZ ERASO, J. y POLO DÍAZ, A. (2008-2009): "Establos en abrigos bajo roca de la Prehistoria Reciente: su formación, caracterización y proceso de estudio. Los casos de Los Husos y de San Cristóbal", *Krei 10*, pp. 39-51.

FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ, A. y BARTOLOMÉ ABRAIRA, R. (2016): "Cerámicas tardoantiguas en el noroeste de la Península (Galicia y norte de Portugal): entre la importación y el artesanado local/regional (ss. V-VII)" en VIGIL-ESCALERA GUIRADO, A. y QUIRÓS CASTILLO, J. A. (dir.): *La cerámica de la Alta Edad Media en el cuadrante noroeste de la Península Ibérica (siglos V-X). Sistemas de producción, mecanismos de distribución y patrones de consumo*, pp. 69-111.

FERNÁNDEZ FLORES, A., PLIEGO VÁZQUEZ, R. y CARVAJAL MATEOS, G. (2013): "Nuevos hallazgos de bronces visigodos en la provincia de Sevilla: una aproximación metrológica y de composición metálica", *The Journal of Archaeological Numismatics 3*, pp. 275-304.

FERNÁNDEZ GODÍN, S. y PÉREZ DE BARRADAS, J. (1931): *Excavaciones en la necrópolis visigoda de Daganzo de Arriba (Madrid). Memoria de los trabajos realizados en 1930*, Madrid.

FERNÁNDEZ GÓMEZ, F.; OLIVA ALONSO, D. Y PUYA GARCÍA DE LEANIZ, M. (1984): "La necrópolis tardorromana-visigoda de «Las Huertas», en Pedrera (Sevilla)", *Noticiario Arqueológico Hispánico 19*, pp. 271-387..

FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, R., RICO SÁNCHEZ, M. T., FERNÁNDEZ MATALLANA, F., CRESPO ROS, M. y AMANTE SÁNCHEZ, M. (1994): "Placas de cinturón y jarro votivo visigodo del Cerro de la Almagra (Mula, Murcia)", *Antigüedad y Cristianismo XI*, pp. 295-305.

FERNÁNDEZ IBÁÑEZ, C. (e. p.): "Metalistería tardorromana en cuevas de Hispania. Una propuesta interpretativa a partir de los ajuares funerarios y las ocultaciones", *Actas del Congreso Internacional las Villas Romanas Bajoimperiales en España*, Palencia

FERNÁNDEZ MIER, M. (2015): "La articulación social de la Alta Edad Media Asturiana" en QUIRÓS CASTILLO, J. A. y CASTELLANOS, S. (dir.): *Identidad y etnicidad en Hispania. Propuestas teóricas y cultura material en los siglos V-VIII*, Documentos de Arqueología Medieval 8, pp. 181-200.

FERNÁNDEZ MIER, M. y FERNÁNDEZ HEVIA, J. M. (1998): "Un microespacio en la montaña asturiana: Presorias", *Arqueología y territorio medieval 5*, pp. 91-108.

FERNÁNDEZ MIER, M., FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ, J., LÓPEZ GÓMEZ, P. MARTÍNEZ GALLARDO, C. y RODRÍGUEZ PÉREZ, S. (2019): "Arqueología de las aldeas habitadas en Asturias: Los casos de Vigaña Arcéu y Villanueva de Santu Adrianu" en GARCÍA ÁLVAREZ-BUSTO, A., GARCÍA DE CASTRO VALDÉS, C. y RÍOS GONZÁLEZ, S. (eds.): *1300. Aniversario del origen del Reino de Asturias*, Actas del Congreso Internacional "Del fin de la Antigüedad Tardía a la Alta Edad Media en la península ibérica (650-900), Anejos de Nailos 5, pp. 99-119.

FERNÁNDEZ OCHOA, C., GIL SENDINO, F., SALIDO DOMÍNGUEZ, J. y ZARZALEJOS PRIETO, M. (2013): *El horreum de la villa de Veranes (Gijón, Asturias). Primer testimonio material de los hórreos de Asturias*, Madrid.

FERNÁNDEZ OCHOA, C., GIL SENDINO, F., VILLAR CALVO, A., FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, N., ÁLVAREZ TOLEDO, G. y MORÁN FERNÁNDEZ, O. (2005-2006): "La villa romana de Veranes (Gijón, Asturias). Aportaciones preliminares sobre la transformación funcional del asentamiento en la tardía Antigüedad", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid 31-32*, pp. 137:194.

FERNÁNDEZ OCHOA, C., SALIDO DOMÍNGUEZ, J. GARCÍA DÍAZ, P. y GIL SENDINO, F. (2015): "El uso de la madera en el periodo tardoantiguo: objetos de la vida cotidiana procedentes de la excavación de la Fábrica de Tabacos de Gijón (Asturias)", *Zephyrus LXXVI*, pp. 141-158.

FERNÁNDEZ VEGA, P. A. (2006): "De los cántabros al final de Cantabria: arqueología en siglos oscuros" en FERNÁNDEZ VEGA, P. A. (coord.): *Apocalipsis. El ciclo histórico de Beato de Liébana*, Santander, pp. 71-89.

FERNÁNDEZ VEGA, P. A., BOLADO DEL CASTILLO, R. y HIERRO GÁRATE, J. A. (2010): "Una nueva placa liriforme procedente del yacimiento arqueológico de Santa Marina (Valdeolea, Cantabria)", *Kobie. Serie Paleoantropología 29*, pp. 125-140.

FERNÁNDEZ, V., SERNA, M. y MUÑOZ, E. (2004): *El macizo de Peña Cabarga. Un recorrido por el tiempo y el patrimonio*, Santander.

FEUGERE, M. (2000): "Outillage agrícola et quincallerie Antique de Valentine (F, Haute-Garonne)" en FEUGERE, M. y GUSTIN, M. (coord.): *Iron, Blacksmiths and Tools. Ancient Europe Crafts. Instrumentum Conference at Podsreda, Apr. 1999*, pp. 169-178.

FEUGERE, M. (2014a): "Les accessoires de l´habillement" en RÉBÉ, I., RAYNAUD, C. y SÉNAC, P. (dir.): *Le premier Moyen Age à Ruscino (Chateau-Roussillon, Perpignan, Pyrénées-Orientales). Entre Septimanie et al-Andalus (VIIe-IXe s.)*, Monographies d´Archeologie Mediterranénne 35, Hommages à Rémy Marichal, pp. 263-270.

FEUGERE, M. (2014b): "Les *militaria*" en RÉBÉ, I., RAYNAUD, C. y SÉNAC, P. (dir.): *Le premier Moyen Age à Ruscino (Chateau-Roussillon, Perpignan, Pyrénées-Orientales). Entre Septimanie et al-Andalus (VIIe-IXe s.)*, Monographies d´Archeologie Mediterranénne 35, Hommages à Rémy Marichal, pp. 271-276.

FEUGERE, M. (2017): "Plaques-boucles d´époque wisigothique conservées au Musée Episcopal de Vic", *Quaderns del Museu Episcopal de Vic VIII*, pp. 51-64.

FIGUEIREDO, F. J. A. de y PAÇO, A. de (1947): "Placa de cinturao visigótica das grutas de Cascais", *Homenaje a Julio Martínez Santa-Olalla*, vol. II, pp. 14-20.

FILLOY NIEVA, I. y GIL ZUBILLAGA, E. (2000): *La romanización en Álava. Catálogo de la exposición permanente sobre Álava en época romana del Museo de Arqueología de Álava*, Vitoria.

FILOTAS, B. (2000): *Pagan survivals, superstition and popular cultures in early medieval pastoral literatura (500-1000)*, Tesis Doctoral defendida en la Faculté des arts et des sciences (Département d´histoire) de la Université de Montréal.

FISCHBACH, T. (2016): "L´armement dans les tombes de guerriers de la nécropole mérovingienne d´Erstein (Bas-Rhin)", *Archéologie Médiévale 46*, pp. 3-32.

FISCHBACH, T., MÉDARR, F. y BARRAND EMAM, H. (2015): "Des pièces d´armes au service de l´artisanat textile? Le cas des lames de tisserand mérovingiennes en contexte funéraire", *Revue Archéologique de l´Est 64*, pp. 301-331.

FOLCH IGLESIAS, C. (2005): "La cerámica de la Alta Edad Media en Cataluña (S. VIII-IX d. C.): el estado de la cuestión", *Arqueología y Territorio Medieval 12*, pp. 237-254.

FOLCH, C. y GUIBERT, J. (2017): "L´ús de datacions radiocarbòniques en jaciments altmedievals de Catalunya (segles V-XI d.C): estat de la qëstió i noves perspectives de recerca", en BARCELÓ, J. A., BOGDANOVIC, I. y MORELL, B. (eds.): *IberCrono. Cronometrías para la Historia de la Península Ibérica*, Actas del Congreso de Cronometrías para la Historia de la Península Ibérica (IberCrono 2016, Barcelona), pp. 293-303.

FOMBELLIDA, I. (2005): "Nota relativa a la identificación de restos óseos de aves aparecidos en el yacimiento sepulcral visigodo de Las Penas (Mortera, Piélagos)", *Sautuola XI*, p. 278.

FONTANEDA, C. y MAÑANES, T. (2006): "Jarrito litúrgico visigodo. Cueva de La Horadada (Mave, Palencia)" en FERNÁNDEZ VEGA, P. A. (coord.): *Apocalipsis. El ciclo histórico de Beato de Liébana*, Santander, p. 171.

FOUCHER, P., TOSNERAT, N., VALLADAS, H., DUDAY, H. y GACHINA, J. (1995): "Le squelette réputé aurignacien de la grotte du Bouil Bleu à la Roche-Cpurbon, Saint-Porchaire (Charente-Maritime)", *Bulletin de la Société préhistorique française 92-4*, pp. 443-444.

FOY, D. (1995): "Le Verre de la Fin du IV au VIII Siècle en France méditerranéenne" en FOY, D. (ed.): *Le Verre de l'Antiquité Tardive et du Haut Moyen Age, typologie, chronologie et difusión*, pp. 187-242.

FRANCO MATA, A. (2009-2010): "Tesoros de Oviedo y León. Problemas estilísticos, liturgia e iconografía", *Boletín del Museo Arqueológico Nacional 27-28*, pp. 51-118.

FREY, A. y GREIFF, S. (2009): "Early medieval glass beads with metal tubes" en IGNATIADOU, D. y ANTONARAS, A. (eds.): *Annales du 18e congrès de l´Association Internationale pour l´Histoire du Verre*, pp. 373-378

FULLOLA, J. M., BERGADÀ, M. M. y BARTROLÍ, R. (1989): *Memòria d´excavació de les campanyes 1987-1989 a la Cova del Parco (Alòs de Balaguer, La Noguera, Lleida)*, Lleida.

GAGNIÈRE, S. AND GRANIER, J. (1963): "L'occupation des grottes du III° au V° siècle et les invasions germaniques dans la basse vallée du Rhône", *Provence Historique XIII*, pp. 225-239.

GAGO RABANAL, E. (1902): *Estudios de Arqueología Protohistórica y etnografía de los Astures Lancienses (hoy Leoneses)*, León.

GAILLARD DE SÉMAINVILLE, H. (2011): "Décor chrétien des objects de parure. L´exemple des plaques-boucles mérovingiennes de *Burgundia*", *Antiquité Tardive 19*, pp. 223-236.

GAITZSCH, W. (1980): *Eiserne römische Werkzeuge. Studien zur römischen Werkzeugkunde in Italien und den nördlichen Provinzen des Imperium Romanum*, Oxford

GALÁN, C. y NIETO, M. (2010): *Mycetozoa: extrañas formas de vida en cuevas de Gipuzkoa. Nuevos hallazgos en karsts en caliza urgoniana en Aizkorri (Igitegi), Izarraitz (Aixa) y Udalaitz (Montxon Koba)*, Informe del Laboratorio de bioespeleología de la Sociedad de Ciencias Aranzadi, San Sebastián.

GALERA, V.; GARRALDA, M. D.; MORENO, J. M. y VANDERMEERSCH, B. (1994): "La población cántabra de Santa María de Hito. Perspectivas paleodemográficas de la Edad Media en España", *Revista Española de Antropología Biológica* 15, Madrid, pp.73-90.

GAMA DA SILVA, A. M. (2002): *Antropologia funerária e paleobiologia das populaçoes portuguesas (litorais) do Neolítico final/Calcolítico*, Lisboa.

GAMO PARRAS, B. (1995): "Vidrios de época visigoda en España. Una aproximanción" en FOY, D. (ed.): *Le verre de l´Antiquite Tardive et du Haut Moyen Age. Typologie – Chronologie – Diffusion*, pp. 301-317.

GAMO PARRAS, B. (1998): *La Antigüedad Tardía en la provincia de Albacete*, Albacete.

GAMO PARRAS, B. (2002): "Piezas de cinturón altomedievales del Tolmo de Minateda. Apuntes para su datación a partir del registro estratigráfico", *II Congreso de Historia de Albacete. I Arqueología y Prehistoria*, pp. 301-306.

GAMO PARRAS, B. (2002b): "Un material frágil y olvidado. El estudio del vidrio de época visigoda en *Hispania*" en MORÍN DE PABLOS, J., LÓPEZ QUIROGA, J. y MARTÍNEZ TEJERA, A. (ed.): *El tiempo de los "bárbaros". Pervivencia y transformación en Galia e Hispania (ss. V-VI D. C.)*, Zona Arqueológica, Madrid, pp. 476-487.

GANZAROLLI, G., ALEXANDER, M., CHAVARRIA ARNAU, A. y CRAIG, O. E. (2018): "Direct evidence from lipid residue análisis for the routine consumption of millet in Early Medieval Italy", *Journal of Archaeological Science 96*, pp. 124-130.

GARCÍA ÁLVAREZ-BUSTO, A. y MUÑIZ LÓPEZ, I. (2010): Arqueología medieval en Asturias, Gijón.

GARCÍA ÁLVAREZ-BUSTO, A. y MUÑIZ LÓPEZ, I. (2018): "Comportamientos funerarios en la Asturias medieval: una revisión arqueológica" en DE BLAS CORTINA, M. A. (ed.): *Arqueología de época histórica en Asturias*, pp. 105-133.

GARCÍA BORJA, P. (2015): *El estilo de la cerámica neolítica de la Cova de la Sarsa (Bocairent, València)*, Tesis Doctoral presentada en la Facultat de Geografia i Història de la Universitat de València, València.

GARCÍA BORJA, P., SALAZAR GARCÍA, D. C., MARTINS, H., PÉREZ JORDÁ, g. y SANCHIS SERRA, A. (2012): "Dataciones radiocarbónicas de la Cova de la Sarsa (Bocairent, València)", *Recerques del Museu d´Alcoi 21*, pp. 19-24.

GARCÍA CÁCERES, U. (2003): "La implantación de la viruela en Los Andes. La historia de un holocausto", *Revista Peruana de Medicina Experimental y Salud Pública* 20 (1), pp. 41-50.

GARCÍA CAMINO, I. (1998-1999): "Documentos para el estudio de la Tardoantigüedad en Bizkaia: el broche de cinturón de Arrietabaso (Dima)", *Kobie (Serie Paleoantropología) 25*, pp. 183-196.

GARCÍA CAMINO, I. (2001): "La aportación de la arqueología al estudio del tránsito entre la antigüedad y el Medievo en Bizkaia", *Arqueología y Territorio Medieval 8*, pp. 97-112.

GARCÍA CAMINO, I. (2002): *Arqueología y poblamiento en Bizkaia, siglos VI-XII. La configuración de la sociedad feudal*, Bilbao.

GARCÍA COLLADO, M. I. (2016): "Food consumption patterns and social inequality in an early medieval rural community in the centre of the Iberian Peninsula" en QUIRÓS CASTILLO, J. A. (ed.): *Social Complexity in Early Medieval Rural Communities. The North-Western Iberia Archaeological Record*, pp. 59-78.

GARCÍA DE LA CRUZ, REBECA (2018): *Restauración de un broche de cinturón visigodo del yacimiento La Genestosa 2016*, Póster presentado en las VIII Jornadas de Arqueología del Valle del Duero (Ávila, 2018)

GARCÍA JIMÉNEZ, G. y VIVÓ CODINA, D. (2003): "Sant Julià de Ramis y Puig Rom: dos ejemplos de yacimientos con armamento y equipamiento militar visigodo en el Noreste peninsular", *Gladius XXIII*, pp. 161-190.

GARCÍA MERINO, C. (1995): *Uxama. I (Campañas de 1976 y 1978). Casa de la cantera. Casa del sectile. "El tambor"*, Madrid.

GARCÍA PRÓSPER, E. (2015): *Los ritos funerarios de la necrópolis romana de la calle Quart de Valencia (siglos II a.C.-III d.C.)*, Tesis Doctoral defendida en la Facultat de

Geografia i Història (Departament de Prehistòria i Arqueologia) de la Universitat de València.

GARCÍA, R., RODRÍGUEZ, L., RODRÍGUEZ, A., CARRETERO, J. M., ADÁN, G., ÁLVAREZ-LAO, D., ARBIZU, M., ÁLVAREZ, D. y PALACIOS, J. (2003): "La Cueva del Alba (Entrellusa, Perlora, Asturias): "¿Enterramiento o deposición en una cueva durante la época romana?" en FLOR, G. (ed.): *Actas de la XI Reunión Nacional de Cuaternario (Oviedo, 2003)*, pp. 341-346.

GARÍN Y MODET, J. (1912): "Nota acerca de algunas exploraciones practicadas en las cavernas de la cuenca del río Iregua. Provincia de Logroño", *Boletín del Instituto Geológico de España XIII*, Segunda Serie, pp. 123-150.

GARÍN Y MODET, J. (1913): "Hebilla epigráfica cristiana del siglo V hallada en Ortigosa de Cameros (Logroño)", *Boletín de la Real Academia de la Historia LXIII*, pp. 105-106.

GARRIDO PIMENTEL, D., GUTIÉRREZ CUENCA, E. y HIERRO GÁRATE, J. A. (2014): "Pin-beaters bajo la lupa. Análisis tecnológico y funcional de los punzones de tejedor de las cuevas del Portillo del Arenal y del Linar (Cantabria)", *Sautuola XIX*, pp. 373-390.

GASSIOT BALLBÈ, E. (2016): "Capítulo 7. Ocupaciones pastoriles en época romana e inicios de la Edad Media" en GASSIOT BALLBÈ, E. (ed.): *Arqueología del pastoralismo en el Parque Nacional d´Aigüestortes i Estany de Sant Maurici. Montañas humanizadas*, pp. 147-173.

GASSIOT BALLBÈ, E. y PÈLACHS MAÑOSA, A. (2017): "La ocupación ganadera de los Pirineos occidentales de Catalunya en época romana e inicios de la Edad Media", *Treballs d´Arqueologia 21*, pp. 287-306.

GASSIOT BALLBÈ, E. y QUESADA CARRASCO, M. (2016): "Capítulo 6. Cambios en los sistemas de poblamiento al final de la Prehistoria" en GASSIOT BALLBÈ, E. (ed.): *Arqueología del pastoralismo en el Parque Nacional d´Aigüestortes i Estany de Sant Maurici. Montañas humanizadas*, pp. 125-145.

GIL ZUBILLAGA, L. (1997): "Hábitat tardorromano en cuevas de la Rioja Alavesa: los casos de Peña Parda y Los Husos I (Laguardia, Álava)", *Isturitz 8*, pp. 137-149.

GIL ZUBILLAGA, L. (1998): "Broches de cinturón visigodos en Álava", *Arqueología, Paleontología y Etnografía 4. Monográfico jornadas internacionales "Los visigodos y su mundo"*, pp. 398-407.

GILCHRIST, R. (2008): "Magic for the Dead? The Archaeology of Magic in Later Medieval Burials", *Medieval Archaeology 52*, pp. 119-159.

GÓMEZ AROZAMENA, J. (2003): "El arte esquemático-abstracto. Una actualización" en VVAA (2003): *C.A.E.A.P. veinticinco años de investigaciones sobre el Patrimonio Cultural de Cantabria*, Camargo, pp. 215-232.

GÓMEZ OSUNA, R., GARCÍA ARAGÓN, E. COLMENAREJO GARCÍA, F. y POZUELO RUANO, A. (2018): "Enterramientos Infantiles Altomedievales en La Cabilda, Hoyo de Manzanares, Madrid", *Territorio, Sociedad y Poder 13*, pp. 23-47.

GÓMEZ PÉREZ, J. L. (1997): "Estudio de los restos humanos recuperados en la necrópolis de "El Ruedo" (Almedinilla-Córdoba)", *Anales de Arqueología Cordobesa 8*, pp. 117-132.

GONÇALVES, V. S. (2008): *As Ocupaçoes Pré-Históricas das Furnas do Poço Velho (Cascais)*, Cascais.

GONZALBES CRAVIOTO, C. (2005): "Monedas visigodas de bronce halladas en Churriana (Málaga)" en ALFARO ASINS, C., MARCOS ALONSO, C. y OTERO MORÁN, P. (coord.): *Actas del XIII Congreso Internacional de Numismática Madrid 2003*, vol. 2, pp. 1187-1194.

GONZÁLEZ ECHEGARAY, J. (1985): "La industria lítica" en BARANDIARÁN, I., FREEMAN, L. G., GONZÁLEZ ECHEGARAY, J. y KLEIN, R. G. (1985): *Excavaciones en la cueva del Juyo*, pp. 121-153.

GONZÁLEZ ECHEGARAY, J. (1998): *Cantabria en la transición al medievo. Los siglos oscuros: IV-IX*, Santander.

GONZÁLEZ ECHEGARAY, J. (1996): *Los Cántabros*, Santander.

GONZÁLEZ ECHEGARAY, J. y FREEMAN, L. G. (2015): *Excavando la cueva de El Juyo. Un santuario de hace 14.000 años*, Monografías del Museo Nacional y Centro de Investigación Altamira 25, Madrid.

GONZÁLEZ ECHEGARAY, J. y GONZÁLEZ SÁINZ, C. (1994): "Conjuntos rupestres paleolíticos de la cornisa cantábrica", *Complutum 5*, pp. 21-43.

GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, R. y FERNÁNDEZ MATALLANA, F. (2007): "Nuevas placas de cinturón procedentes de la ciudad visigoda del Cerro de la Almagra (Mula, Murcia)", *Mastia* 6, Murcia, pp. 165-179.

GONZÁLEZ MARTÍN, A., RASCÓN PÉREZ, J., CAMBRA MOO, O. y PIMENTEL DE FRANCISCO, G. (2016): "Estudio poblacional del cementerio medieval de Veranes (Gijón, Asturias). Estado de la cuestión" en QUIRÓS CASTILLO, J. A. (dir.): *Demografía, paleopatologías y desigualdad social en el noroeste peninsular en época medieval*, Documentos de Arqueología Medieval 10, pp. 83-96.

GONZÁLEZ SALAS, S. (1945): *El castro de Yecla, en Santo Domingo de Silos (Burgos)*, Informes y Memorias de la Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas nº 7, Madrid.

GONZÁLEZ VILLAESCUSA, R. (2001): *El mundo funerario romano en el País Valenciano. Monumentos funerarios y sepulturas entre los siglos I a. de C. -VII d. de C.*, Madrid-Alicante.

GONZÁLEZ Y FERNÁNDEZ VALLÉS, J.M. (1976): *Miscelánea Histórica Asturiana*, Oviedo.

GONZÁLEZ-ALCALDE, J. (2006): "Cuevas-santuario ibéricas en Cataluña", *Quaderns de prehistòria i arqueologia de Castelló 25*, pp. 187-248.

GORDON, S. R. (2013): *The Walking Dead in Medieval England: Literary and Archaeological Perspectives*, Tesis Doctoral defendida en la Faculty of Humanities (School of Arts, Languages and Cultures) de la University of Manchester.

GORDON, S. R. (2014): "Disease, Sin and the Walking Dead in Medieval England, c. 1100-1350: A Note on the Documentary and Archaeological Evidence" en GEMI-IORDANU, E. *et alii* (eds.): *Medicine, Healing and Performance*, pp. 55-70.

GOSTENCNIK, K. (2000): "Die Geräte zur Textilerzeugung und Textilverarbeitung vom Magdalensberg in Kärnten", *Instrumentum* 11, Montagnac, pp. 18-19.

GOSTENCNIK, K. (2011): "Textile production in late Republic and early Empire: old *virunum* on Magdalensberg in *Noricum* (Southern Austria)" en ALFARO, C., BRUN, J. P., BOGARD, P. y BENOIT, T. P. (eds.): *Textiles y Tintes en la Antigüedad. Actas del III Symposium Internacional sobre Textiles y Tintes del Mediterráneo en el Mundo Antiguo, Purpureae Vestes* III, pp. 41-53.

GOUDE, G. (2007): *Étude des modes de subsistance de populations néolithiques (VI^{e}-IV^{e} millénaires av. J.-C.) dans le nord-ouest de la Méditerranée. Aproche par l´utilisation des isotopes stables (^{13}C et ^{15}N) du collagène*, Tesis Doctoral defendida en la Université Bordeux 1, Burdeos.

GRAU LOBO, L. (2018): "Placa de broche de cinturón de Vegacervera" en LÓPEZ QUIROGA, J. y MARTÍNEZ TEJERA, A. M. (coord.): *In tempore Sueborum. El tiempo de los suevos en la Gallaecia (411-585). El primer reino medieval de occidente*, Catálogo de la Exposición, pp. 100-101.

GRAU SOLOGESTOA, I. (2019): "Estudio de los materiales faunísticos (mamíferos y aves) y de la industria ósea del yacimiento de Zornoztegi" en QUIRÓS CASTILLO, J. A. (dir.): *Arqueología de una comunidad campesina medieval: Zornoztegi (Álava)*, pp. 377-400.

GREIFF, S. y NALLBANI, E. (2018): "Whuen metal meets beads: technological study of early medieval metal foil beads from Albania", *Melanges de l´école française de Rome 120-2*, pp. 355-375.

GRUBER, H. (2018): "Indirect Evidence for the Social Impacto f the Justinianic Pandemic: Episcopal Burial and Conciliar Legislation in Visigothic Hispania", *Journal of Late Antiquity 11-1*, pp. 193-215.

GRUPO ESPELEOLÓGICO "MANUEL IRADIER" (1957): "La Cueva de Los Goros (Hueto arriba-Álava)", *Boletín de la Institución Sancho el Sabio, 1-2, I,* Vitoria, pp.65-72.

GUIDI SÁNCHEZ, J. J. (2013): *Les muntanyes de Prades, poblament i territorio entre el segles V i XIII d.C. Història, arqueología y patrimoni des d´època romana fins a la consolidació del sistema feudal,* Tarragona.

GUILAINE, J. (1995): "Sepultura (es) histórica (ques) de la Balma de la Margineda" en GUILAINE, J. y MARTZLUFF, M. (eds.): *Les excavacions a la Balma de la Margineda (1979-1991),* Volum I, pp. 104-107.

GUILAINE, J. y MARTZLUFF, M. (1995): "La Balma de la Margineda en el seu marc geogràfic" en GUILAINE, J. y MARTZLUFF, M. (eds.): *Les excavacions a la Balma de la Margineda (1979-1991),* Volum I, pp. 14-20.

GUILAINE, J., COULAROU, J., MARTZLUFF, M. y PONS, P. (1995): "Les ocupacions del període històric" en GUILAINE, J. y MARTZLUFF, M. (eds.): *Les excavacions a la Balma de la Margineda (1979-1991),* Volum I, pp. 100-103.

GUILLOT, F. y PORTET, N. (2012*): Rapport de sondage archéologique à la grotte du Campanal (Montréal-de-Sos – Auzat – Ariège) 2012*, hal-00769260.

GUTIÉRREZ CUENCA, E. (2002): "Dataciones absolutas para la Arqueología de época histórica en Cantabria", *Nivel Cero* 10, Santander, pp. 89-111.

GUTIÉRREZ CUENCA, E. (2015): *Génesis y evolución del cementerio medieval en Cantabria*, Tesis Doctoral defendida en la Facultad de Filosofía y Letras (Departamento de Ciencias Históricas) de la Universidad de Cantabria, Santander.

GUTIÉRREZ CUENCA, E. (2019): "Ruptura y continuidad. Origen y evolución de los espacios funerarios medievales en el sur de Cantabria", *Onoba 7*, pp. 113-131.

GUTIÉRREZ CUENCA, E. y HIERRO GÁRATE, J. A. (2007): "El uso de las cuevas de Piélagos entre la época romana y la Edad Media" en CRESPO LASTRA, V. (coord.): *Catálogo de cavidades del municipio de Piélagos. Actuaciones espeleológicas 1986-2003*, Santander, pp. 127-137.

GUTIÉRREZ CUENCA, E. y HIERRO GÁRATE, J. A. (2010): "Instrumentos relacionados con la actividad textil de época tardoantigua y altomedieval en Cantabria", *Munibe (Antropologia-Arkeologia) 61*, pp. 261-288.

GUTIÉRREZ CUENCA, E. y HIERRO GÁRATE, J. A. (2010-2012): "Nuevas evidencias sobre el uso de las cuevas de Cantabria durante la Tardoantigüedad y la Alta Edad Media. Primeros resultados del *Proyecto Mauranus*", Sautuola XVI-XVII, pp. 263-280.

GUTIÉRREZ CUENCA, E. y HIERRO GÁRATE, J. A. (2013a): "Broches cruciformes de los siglos VII-VIII en la Península Ibérica: caracterización tipocronológica", *Pyrenae 44-2*, pp. 109-136.

GUTIÉRREZ CUENCA, E. y HIERRO GÁRATE, J. A. (2013b): "¿Un broche cruciforme de época visigoda en El Castillete (Reinosa, Cantabria)?", *Kobie. Serie Paleoantropología 32*, pp. 207-216.

GUTIÉRREZ CUENCA, E. y HIERRO GÁRATE, J. A. (2015): "Desenterrando a los últimos visigodos. Actuaciones arqueológicas en Riocueva (2010-2014)", *Cantabria. Nuevas evidencias arqueológicas*, pp. 155-185.

GUTIÉRREZ CUENCA, E. y HIERRO GÁRATE, J. A. (2016a): "Proyecto Mauranus 2010. Toma de muestras de materiales arqueológicos" en SANZ PALOMERA, G. (ed.): *Actuaciones arqueológicas en Cantabria 2004-2011*, Santander, pp. 212-223.

GUTIÉRREZ CUENCA, E. y HIERRO GÁRATE, J. A. (2016b): "Proyecto Mauranus 2011. Intervención arqueológica en la cueva de Riocueva (Entrambasaguas)" en SANZ PALOMERA, G. (ed.): *Actuaciones arqueológicas en Cantabria 2004-2011*, Santander, pp. 224-231.

GUTIÉRREZ CUENCA, E. y HIERRO GÁRATE, J. A. (2016c): "La cerámica en Cantabria entre la Antigüedad Tardía y la Alta Edad Media (siglos V-X)" en VIGIL-ESCALERA, A. y QUIRÓS CASTILLO, J. A. (dir.): *La cerámica de la alta Edad Medcia en el cuadrante noroeste de la Península Ibérica (siglos V-X). Sistemas de producción, mecanismos de distribución y patrones de consumo*, Documentos de Arqueología Medieval 9, Vitoria, pp. 172-191.

GUTIÉRREZ CUENCA, E. y HIERRO GÁRATE, J. A. (2016d): "Crochets de fuseau en fer du VII^{e}-VIII^{e} s. en Cantabrie (ES)", *Instrumentum 44*, pp. 33-35.

GUTIÉRREZ CUENCA, E. y HIERRO GÁRATE, J. A. (2019): "Riocueva, una cueva sepulcral de época visigoda (siglos VII-VIII) en la zona costera de Cantabria" en GARCÍA ÁLVAREZ-BUSTO, A., GARCÍA DE CASTRO VALDÉS, C. y RÍOS GONZÁLEZ, S. (eds.): *1300. Aniversario del origen del Reino de Asturias*, Actas del Congreso Internacional "Del fin de la Antigüedad Tardía a la Alta Edad Media en la península ibérica (650-900), Anejos de Nailos 5, pp. 515-529.

GUTIÉRREZ CUENCA, E., HIERRO GÁRATE, J. A. y ALFARO GINER, C. (2016): "Restos textiles de la cueva de Riocueva, Hoznayo (Entrambasaguas, Cantabria)" en ALFARO, C., TELLENBACH, M. y ORTIZ, J. (coord.): *Production and trade of textiles and dyes in the Roman Empire and neighbouring regions: Actas del IV Symposium Internacional sobre Textiles y tintes del Mediterráneo en el mundo antiguo*, Purpureae Vestes IV, Valencia, pp. 73-81.

GUTIÉRREZ CUENCA, E., HIERRO GÁRATE, J. A. Y PAREDES COURTOT, H. (2018): "Ollas para los muertos. Cerámica de los siglos VII-VIII de la cueva de Riocueva (Cantabria)" en MARTÍN VISO, I. (coord.): *Cerámicas altomedievales en Hispania y su entorno (siglos V-VIII d. C.)*, pp. 65-83.

GUTIÉRREZ CUENCA, E., HIERRO GÁRATE, J. A., LÓPEZ LÓPEZ-DÓRIGA, I. Y MARTÍN SEIJO, M. (2017): "Fires in the dark. Wood and charcoal analysis of the Early Medieval funerary deposits in the cave of Riocueva (Cantabria, Spain)", *Estudos do Quaternário 16*, APEQ Braga, pp. 73-85.

GUTIÉRREZ CUENCA, E., HIERRO GÁRATE, J. A., RÍOS GARAIZAR, J., GARATE MAIDAGAN, D., GÓMEZ OLIVENCIA, A. y ARCEREDILLO ALONSO, D. (2012): "El uso de la cueva de Arlanpe (Bizkaia) en época tardorromana", *Archivo Español de Arqueología 85*, pp. 229-251.

GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, J. A. (1982): "Hábitats rupestres altomedievales en la meseta norte y cordillera cantábrica", *Estudios humanísticos 4*, pp. 20-56.

GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, J. A. (2010a): "Poderes locales y cultura material en el área ástur-cántabra (ss. VI-VII)" en SÉNAC, P. (ed.): *Historia y arqueología de las sociedades del valle del Ebro (ss. VII-XI)*, Villa 3, pp. 183-205.

GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, J. A. (2010b): "Arqueología tardoantigua en Asturias. Una perspectiva de la organización territorial y del poder en los orígenes del reino de Asturias", en RUIZ DE LA PEÑA SOLAR, J. I. y CAMINO MAYOR, J. (coord.): *La Carisa y La Mesa. Causas políticas y militares del origen del Reino de Asturias*, pp. 1-32.

GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, J. A. (2013): "Oviedo y el territorio astur entre Mahoma y Carlomagno", en *De Mahoma a Carlomagno. Los primeros tiempos (siglos VII-IX)*, Pamplona.

GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, J. A. (2014): "La temprana Edad Media en tierras de León" en GRAU LOBO, L. (coord.): *Arqueoleón II. Historia de León a través de la arqueología*, pp. 157-176.

GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, J. A. y MIGUEL HERNÁNDEZ, F. (2016): "Cerámica altomedieval en León y su entorno" en VIGIL-ESCALERA, A. y QUIRÓS CASTILLO, J. A. (dir.): *La cerámica de la alta Edad Media en el cuadrante noroeste de la Península*

Ibérica (siglos V-X). Sistemas de producción, mecanismos de distribución y patrones de consumo, Documentos de Arqueología Medieval 9, Vitoria, pp. 139-172.

GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, R. (2015): "La necrópolis de El Forniellu (Leces, Ribadesella, Asturias), *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra 23*, pp. 291-323.

GUTIÉRREZ LLORET, S. (2011): "El reconocimiento arqueológico de la islamización. Una mirada desde al-Andalus" en BAQUEDANO, E. (ed.): *711. Arqueología e historia entre dos mundos*, vol. I, Zona Arqueológica 15, pp. 191-210.

GUTIÉRREZ LLORET, S. Y GRAU MIRA, I. (2012): "El territorio tardoantiguo y altomedieval en el sureste de Hispania: Eio-Iyyuh como caso de estudio", en L. CABALLERO ZOREDA, P. MATEOS CRUZ Y T. CORDERO RUIZ (eds.), *Visigodos y omeyas. El territorio*, Anejos de AEspA LXI, pp. 171-198.

GUTIÉRREZ NEIRA, C. (2014): *Análisis de vidrios procedentes de Riocueva utilizando la técnica MEB-EDX*, Informe inédito, Madrid.

GUTIÉRREZ RODRÍGUEZ, M. y MORGADO, A. (2013): "*Fulgit item si percutiat lapis aut ferrum*. Aproximación experimental para la caracterización de encendedores de época tardorromana en la península Ibérica" en PALOMO, A., PIQUÉ, H. y TERRADAS, X. (eds.): *Experimentación en arqueología. Estudio y difusión del pasado*, Serie monográfica del MAC 25, pp. 211-218.

HÄRKE, H. (1998): "Knifes in early saxon burials: Blade length and age at death", *Medieval Archaeology 33*, pp. 144-148.

HÄRKE, H. (2014): "Grave goods in early medieval burials: messages and meanings", *Mortality 19-1*, pp. 41-60.

HAWKES, C. J., ROGERS, J. M., TRATMAN, E. K., BOON, G. C. y STENNER, R. D. (1978): "Romano-British Cemetery in the Fourth Chamber of Wookey Hole Cave, Somerset", *Proceedings of the University of Bristol Spelaeological Society 15 (1)*, pp. 23-52.

HERAS MORA, F. J. y OLMEDO GRAGERA, A. B. (2015): "Identidad y contexto en la necrópolis tardorromana de Mérida" en QUIRÓS CASTILLO, J. A. y CASTELLANOS, S. (dir.): *Identidad y etnicidad en Hispania. Propuestas teóricas y cultura material en los siglos V-VIII*, Documentos de Arqueología Medieval 8, pp. 275-290.

HERNÁNDEZ VERA, J. A., BIENES CALVO, J. J. y GUTIÉRREZ GAMAZO, M. C. (2001): "*Contrebia Leukade*. Resultado de la excavación de la parte superior de la vaguada", *Estrato 13*, pp. 12-17.

HERNÁNDEZ VERA, J. A., GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, F. J. y MARTÍNEZ TORRECILLA, J. M. (1996): "*Contrebia Leukade*. Materiales metálicos de la última ocupación", *Estrato 7*, pp. 25-31.

HERNÁNDEZ VERA, J. A., NÚÑEZ MARCÉN, J. y MARTÍNEZ TORRECILLA, J. M. (2007): *Contrebia-Leucade, guía arqueológica*, Logroño.

HIERRO GÁRATE, J. A. (2002): "Arqueología de la Tardoantigüedad en Cantabria: yacimientos y hallazgos en cueva", *Nivel Cero 10*, pp. 113-128.

HIERRO GÁRATE, J.A. (2011): "La utilización sepulcral de las cuevas en época visigoda: los casos de Las Penas, La Garma y El Portillo del Arenal (Cantabria)", *Munibe (Antropologia-Arkeologia) 62*, pp. 351-402.

HIERRO GÁRATE, J. A. (2018): "Los objetos de época visigoda de la cueva de Los Goros, sesenta años después" en GUTIÉRREZ CUENCA, E., HIERRO GÁRATE, J. A. y BOLADO DEL CASTILLO, R. (coord.): *Septem! Homenaje a Alberto Gómez Castanedo*, pp. 177-191.

HIERRO GÁRATE, J. A. y GUTIÉRREZ CUENCA, E. (2015): "Aportaciones del *Proyecto Mauranus* a la arqueología de la Antigüedad tardía y la Alta Edad Media en Cantabria", *Sautuola XX*, Proyectos de investigación en la arqueología de Cantabria, pp. 203-218.

HIERRO GÁRATE, J. A. y GUTIÉRREZ CUENCA, E. (e. p.): "Dos nuevos broches de cinturón damasquinados de época visigoda con decoración de tema animal", *Sautuola XXIII*.

HIERRO GÁRATE, J. A., SERNA GANCEDO, M. L. y VALLE GÓMEZ, M. A. (2006c): "Herraduras" en FERNÁNDEZ VEGA, P. (coord.): *Apocalipsis. El ciclo histórico de Beato de Liébana*, Catálogo de la Exposición, p. 174.

HIERRO GÁRATE, J. A., SERNA GANCEDO, M. L. y VALLE GÓMEZ, M. A. (2006b): "Hacha de combate (francisca)" en FERNÁNDEZ VEGA, P. (Coord.): *Apocalipsis. El ciclo histórico de Beato de Liébana*, Catálogo de la Exposición, p. 144.

HIERRO GÁRATE, J. A., SERNA GANCEDO, M. L. y VALLE GÓMEZ, M. A. (2006a): "Broche de cinturón con decoración damasquinada" en FERNÁNDEZ VEGA, P. (Coord.): *Apocalipsis. El ciclo histórico de Beato de Liébana*, Catálogo de la Exposición, p. 179.

HIGELIN, M. (2015): *Activités économiques et vie domestique au Haut-Empire. Étude du mobilier métallique et de l´instrumentum d´un quartier de l´agglomération d´Horbourg-Wihr (68)*, Memoria para la obtención del diploma de la EPHE 2015, Paris.

HIGHAM, Z. (2015): *Interred in the Deep-delved Earth: An Analysis of Dated Human Remains from British Caves*, B015287.

ILLARREGUI GÓMEZ, E. (2006a): "*Oinochoe* altomedieval", en FERNÁNDEZ VEGA, P. (coord.): *Apocalipsis. El ciclo histórico de Beato de Liébana*, p. 188.

ILLARREGUI GÓMEZ, E. (2006b): "*Puñal*", en FERNÁNDEZ VEGA, P. (coord.): *Apocalipsis. El ciclo histórico de Beato de Liébana*, p. 189.

INSA MONTAVA, J. (2001): *Rojals. Un poble, un terme, una gent*, Valls.

IZQUIERDO BENITO, R. (1977): "Ensayo de una sistematización tipológica de la cerámica de necrópolis de época visigoda", *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos LXXX*, pp. 837-865.

JALLET, F., DUDAY, H. y COURS, S. (2010): "Néolithique récent et Néolithique final de l´aven de la Boucle (Corconne, Gard), regards d´archéologes", en JAUBERT, J., FOURMENT, N. y DEPAEPE, P. (dir.): *Transitions, ruptures et continuité en Préhistoire*, Vol. 1, XXVII^{e} Congrés Préhistorique de France, pp. 243-256.

JAMES, E. (1980): *Visigothic Spain: New Approaches*, Oxford.

JANSSENS, J. y GONZÁLEZ ECHEGARAY, J. (1959): *Memoria de las excavaciones en la Cueva del Juyo (1955- 56)*, Santander.

JOBBÉ-DUVAL, E. (1924): *Les morts malfaissants*, Paris.

JUSUÉ, E. (1910): "Monedas de oro de la época visigótica halladas en la provincia de Santander", *Boletín de la Real Academia de la Historia LVII*, pp. 482-487.

KALANTARIAN, I., ARIMURA, M., HOVSEPIAN, R. y CHATAIGNER, C. (2012): "The archaeological investigations of Getahovit-2 Cave (Armenia) in 2011-2012: the preliminary results", *Aramazd VII-1*, pp. 7-23.

KAZNAKOV, V. (2013): *Treatment of the "special" dead in the early middle ages: Anglo-Saxon and Slavic perspectives*, Tesis Doctoral defendida en el Departamento de Historia Medieval de la Universidad de Glasgow, Glasgow.

KELLER, M., SPYROU, M. A., SCHEIB, C. L., KRÖPELIN, A., HAAS-GEBHARD, B., PÄFFGEN, B., HABERSTROH, J., RIBERA i LACOMBA, A., RAYNAUD, C., CESSFORD, C., STADLER, P., NÄGELE, K., NEUMANN, G. U., BATES, J. S., TRAUTMANN, B., INSKIP, S., PETERS, J., ROBB, J. E., KIVISILD, T., McCORMICK, M., NOS, K. I., HARBECK, M., HERBIG, A. y KRAUSE, J. (2019): "Ancient *Yersinia pestis* genomes from across Western Europe reveal early diversification during the First Pandemic (541-750)", *Proceedings of the National Academy os Sciences of the United States of America 116 (25)*, pp. 12363-12372.

KEYWORTH, G. D. (2007): *Troublesome Corpses: Vampires & Revenants from Antiquity to the Present*, Southend-on-Sea.

KILLGROVE, C. y TYKOT, R. H. (2013): "Food for rome: A stable isotope investigation of diet in the Imperial period (1st-3rd centuries AD)", *Journal of Anthropological Archaeology 32-1*, pp. 28-38.

KING, P. D. (1981): *Derecho y sociedad en el reino visigodo*, Madrid.

KIRKINEN, T. (2017): "Burning pelts. Brown bear skins in the Iron Age and Early Medieval (0-1300 AD) burials in South-Eastern Fennoscandia", *Estonian Journal of Archaeology 21-1*, pp. 1-27.

KORMAZOPOULOU, L. y HATZILAZAROU, D. (2005): *Andritsa Cave - Fateful Refuge*, Catálogo de la Exposición, Atenas.

KOTARBA, J. (2012): "La plaine de Tautavel et ses alentours de l´époque gauloise au debut du renouveau carolingien" en MARTZLUFF, M., CATAFAU, A. y GALINIER, M. (dir.): *Tautavel. Des hommes dans leur vallée*, pp. 197-455 (versión digital en OpenEdition Books: https://books.openedition.org/pupvd/4841).

KOTARBA, J., CASTELLVI, G. y MAZIÈRE, F. (2007): "Corbère-les-Cabanes. *Montou*" en PROVOST, M. (dir.): *Carte Archeologique de la Gaule. Les Pyrénées Orientales 66*, pp. 310-313.

LABATE, D. y PALAZZINI, C. (2010): "Le tombe 8 e 13 della necropoli tardo-antica (VI sec. d.C.) di Baggiovara (MO)" en BELCASTRO, M. G. y ORTALLI, J. (eds.): *Sepolture anomale. Indagini archeologiche e antropologiche dall´epoca classica al Medioevo in Emilia Romagna*, pp. 121-129.

LABORDA, R., VILLALBA-MOUCO, V., LANAU, P., GISBERT, M., SEBASTIÁN, M., DOMINGO, R. y MONTES, L. (2017): "El Puerto Bajo de Góriz (Parque Nacional de Ordesa y Monte Perdido). Ocupación y explotación de un paisaje de alta montaña desde la prehistoria hasta el siglo XX", *Bolskan 26*, pp. 9-30.

LANE, B. (2016): "New radiocarbon dates for sites around Wells", *Proceedings of the Somerset Archaeological and Natural History Society 159*, pp. 186-190.

LE FORESTIER, C. *et alii* (2015): *Archéologie des nécropoles mérovingiennes en Île-de-France. Rapport d´activité 2015*, Paris.

LEACH, S. (2006): "Life and Death in the Ryedale Windypits, Near Helmsley, North Yorkshire", *Prehistory Research Section Bulletin 43*, pp. 17-20.

LECOUTEUX, C. (2009): *Fantômes et revenants au Moyen Âge*, Paris.

LEGUILLOUX, M. (2004): *Le cuir et la pelleterie à l´époque romaine*, Paris.

LETHBRIDGE, T. C. (1936): "Further excavations in the early Iron Age and Romano-British cemetery at Guilden Morden", *Proceedings of the Cambridge Antiquarian Society XXXVI*, pp. 109-120.

LINTZ, G. y VUAILLAT, D. (1987): "Les poignards et les coutelas dans les sépultures gallo-romaines du Limousin", *Gallia 45*, pp. 165-188.

LITTLE, L. K. (2007): "Life and Afterlife of the First Plague Pandemic" en LITTLE, L. K. (ed.): *Plague and the end of Antiquity. The Pandemic of 541-750*, pp. 3-31.

LLANOS ORTIZ DE LANDALUCE, A. (1991): "Dos nuevos yacimientos del horizonte Cogotas I, en Álava. El depósito en hoyo de La Paul y cueva de Los Goros", *Cuadernos de Sección. Prehistoria. Arqueología 4*, pp. 219-238.

LLANOS ORTIZ DE LANZALUZE, A. (2003): "De nuevo sobre el arte rupestre esquemático-abstracto en cuevas. Reflexiones sobre su cronología", *Estudios de Arqueología Alavesa 20*, pp. 94-116.

LLANOS, A. y AGORRETA, J. A. (1961): "Estudio espeleológico de la cueva de Lazalday. Zárate (Álava)", *Munibe 13*, pp. 65-80.

LLINÀS POL, J., TARRÉS FARRÉS, A., MONTALBÁN MARTÍNEZ, C., FRIGOLA TRIOLA, J., MERINO SERRA, J. y AGUSTÍ, FARJAS, B. (2008): "Pla de l´Horta (Sarrià de Ter, Girona): una necrópolis con inhumaciones visigodas en la Tarraconense oriental", *Archivo Español de Arqueología 81*, pp. 289-304.

LÓPEZ COLOM, M. M., GEREÑU URZELAI, M. y URTEAGA ARTIGAS, M. M. (1997): "El territorio guipuzcoano. Análisis de los elementos romanos", *Isturitz 8*, pp. 151-173.

LÓPEZ COSTAS, O. y MÜLDNER, G. (2016): "Fringes of the empire: Diet and cultural change at the Roman to post-Roman transition in NW Iberia", *American Journal of Physical Anthropology 161-1*, pp. 141-154.

LÓPEZ COSTAS, O. y SÁNCHEZ PARDO, J. C. (2016): "Antropología física, arqueología y desigualdad social en las necrópolis medievales de Galicia. Hacia una visión de conjunto" en QUIRÓS CASTILLO, J. A. (dir.): *Demografía, paleopatologías y desigualdad social en el noroeste peninsular en época medieval*, Documentos de Arqueología Medieval 10, pp. 43-62.

LÓPEZ PÉREZ, I. P. (2012): "¿Somos todos griegos… incluso en el exilio? Algunas reflexiones acerca de las influencias bizantinas en la plástica hispánica de la Tardoantigüedad y la Alta Edad Media", *Anales de Historia del Arte 22*, pp. 213-219

LÓPEZ QUINTANA, J. C., GUENAGA LIZASU, A., ETXEBERRIA, F., HERRASTI, L., MARTÍNEZ DE PANCORBO, M. A., PALENCIA, L., VALVERDE, L. y CARDOSO, S. (2015): "Nuevos datos sobre la secuencia de uso sepulcral de la cueva de Santimamiñe (Kortezubi, Bizkaia)", *ARPI 03 Extra,* Homenaje a Rodrigo de Balbín, pp. 180-196.

LÓPEZ QUIROGA, J. (2010): *Arqueología del mundo funerario en la Península Ibérica (siglos V-X),* Madrid.

LÓPEZ QUIROGA, J. (2018): "Placa de broche de cinturón con inscripción de Paço Velho da Facha" en LÓPEZ QUIROGA, J. y MARTÍNEZ TEJERA, A. M. (coord.): *In tempore Sueborum. El tiempo de los suevos en la Gallaecia (411-585). El primer reino medieval de occidente,* Catálogo de la Exposición, pp. 103-104.

LÓPEZ RUIZ, J.M.; MARTÍNEZ GÓMEZ, D.; SUÁREZ YUBERO, A.; VALERO TÉBAR, M.A. Y SÁNCHEZ DUQUE, I. (2007): "Excavación arqueológica en la necrópolis de Los Colmenares en Almodóvar del Pinar (Cuenca): aproximación a un estudio funerario de época visigoda", *Arqueología de Castilla-La Mancha 1,* pp. 503-530.

LORRIO, A. J. y MONTERO RUIZ, I. (2004): "Reutilización de sepulcros colectivos en el sureste de la península Ibérica: la Colección Siret", *Trabajos de Prehistoria 61-1,* pp. 99-116.

LOVEGROVE, S. (2015): "Mudanças nos símbolos materiais de identidade no Período Visigodo a propósito das fivelas de cinturao liriformes", en BRANCO, G., ROCHA, L., DUARTE, C., OLIVEIRA, J. de y BUENO RAMÍREZ, P. (eds.): *Arqueologia de Transiçao: O Mundo Funerário,* pp. 187-194.

LOZA URIARTE, M. y NISO LORENZO, J. (2016): "La basílica tardoantigua de San Martín de Dulantzi (Alegría-Dulantzi, Álava)", *Pyrenae 47-2,* pp. 95-129.

McCORMICK, M. (2016): "Tracking mass death during the fall of Rome´s empire (II): a first inventory", *Journal of Roman Archaeology 29,* pp. 1008-1046.

MACZYNSKA, M. (1992): "Westgotische Perlen. Funde vom Graberfeld Carpio de Tajo und aus den Sammlungen in Barcelona und Nürnberg", *Madrider Mitteilungen 33,* Mainz, pp.145-183.

MADGWICK, R., REDKNAP, M. y DAVIES, B. (2016): "Illuminating Lesser Garth Cave, Cardiff: the human remains and post-Roman archaeology in context", *Archaeologia Cambrensis 165,* pp. 201-229.

MADDICOT, J. R. (1997): "Plague in Seventh-Century England", *Past and Present 156,* pp. 7-54.

MADRID BALANZA, M. J. y VIZCAÍNO SÁNCHEZ, J. (2006): "Nuevos elementos de ajuar de la necrópolis oriental de *Carthago Spartaria* (I)", *Mastia 5*, pp. 85-130.

MAEZTU, J. J. (2003): Características geográficas y geomorfológicas de la sierra de Badaia (Álava), *Koloska 1*, pp. 5-15.

MAGALHÃES ARECES, a. c. (2010): *Elementos de Adorno Altimediévicos em Portugal (Séculos V a VIII)*, Trabajo de fin de Máster presentado en la Faculdade de Letras da Universidade do Porto, Porto

MAGALHÃES AREZES, A. C. (2014a): *Ocupaçao "Germânica" na Alta Idade Média em Portugal: as necrópoles dos séculos V a VIII, Vol. I*, Tesis Doctoral presentada en la Faculdade de Letras da Universidade do Porto, Porto.

MAGALHÃES AREZES, A. C. (2014b): *Ocupaçao "Germânica" na Alta Idade Média em Portugal: as necrópoles dos séculos V a VIII, Vol. II*, Tesis Doctoral presentada en la Faculdade de Letras da Universidade do Porto, Porto.

MALUQUER DE MOTES, J. (1968): "Excavaciones arqueológicas en el castro de Las Merchanas (Lumbrales, Salamanca), *Pyrenae 4*, pp. 101-128.

MALUQUER DE MOTES, J. (1976): "Nota sobre una moneda visigótica de la Vall del Segre", *Cypsela 1*, pp. 157-158.

MALUQUER DE MOTES, J. y FUSTÉ ARA, M. (1962): "La Prehistoria de Andorra", *Zephyrus 13*, pp. 5-20.

MANGADO, X., PETIT, M. A., FULOLLA, J. M. y BARTROLÍ, R. (2006-2007): "El paleolític superior final de la cova del Parco (Alòs de Balaguer, la Noguera), *Revista d´Arqueologia de Ponent 16-17*, pp. 45-62.

MANNIEZ, Y. (2005): "Les lampes à huile dans les sépultures romaines tardives du Languedoc méditerranéen" en CHRZANOVSKI, L. (dir.): *Lychnological Acts 1. Actes du 1er Congrès international d´etudes sur le luminaire Antique (Nyon-Genève, 29.IX – 4.X.2003)*, Monografie Instrumentum 31, pp. 227-231 y lám. 107-108.

MANSILLA, R. (2012): "Los metales del yacimiento de Zaballa", en QUIRÓS CASTILLO, J. A. (Dir.): *Arqueología del campesinado medieval: la aldea de Zaballa*, Documentos de Arqueología Medieval 3, pp. 300-335.

MAÑANES PÉREZ, T. (2002): *Arqueología del Área Central de la Cuenca del Río Duero: de Simancas a Coca*, Valladolid.

MARCOS MARTÍNEZ, J. (inédito): *Dictamen sobre la necesidad de un estudio sobre patrimonio cultural de los terrenos afectados por el "Proyecto de instalación de un Parque de la Naturaleza en La Lastra (T. M. de Las Rozas de Valdearroyo"*

MARCOS, C. (2006): "Recreación del tesoro visigodo de La Hermida (Peñarrubia, Cantabria)" en FERNÁNDEZ VEGA, P. (coord.): *Apocalipsis. El ciclo histórico de Beato de Liébana*, Catálogo de la Exposición, p. 142.

MARGERISON, B. J. y KNÜSEL, C. J. (2002): "Paleodemographic Comparison of a Catastrophic and an Attritional Death Assemblage", *American Journal of Physical Anthropology* 119, pp. 134-143.

MARINÉ, M. (2017): "Fíbulas arcaicas en Castiltierra" en ARIAS SÁNCHEZ, I. y BALMASEDA MUNCHARAZ, L. J. (coord.): *La necrópolis de época visigoda de Castiltierra (Segovia). Excavaciones dirigidas por E. Camps y J. Mª. de Navascués, 1932-1935. Materiales conservados en el Museo Arqueológico Nacional*, Tomo II: Estudios, Madrid, pp. 102-121.

MARSAN, G. (1993): "De l´occupation de la montagne pyrénéenne. I. Le polissoir-affûtoir d´Accaüs. Le dépôt funéraire du Pic d´Alian", *Pyrénées 173*, pp. 73-80.

MARTÍN RODRÍGUEZ, E. M. (2015): "El yacimiento de Santa María de la Aldea (Baltanás, Palencia). Evolución de su iglesia", *Estudios de Patrimonio Cultural 13*, pp. 50-60.

MARTÍN VISO, I. (2014): "El espacio del más acá: las geografías funerarias entre la Alta y la Plena Edad Media" en LÓPEZ OJEDA, E. (coord.): *De la tierra al cielo. Ubi sunt qui ante nos in hoc mundo fuere?*, pp. 75-140.

MARTÍN VISO, I. (2017): "A place for the ancestors. Early medieval burial rites in the central área of the Iberian Peninsula" en BIS-WORCH, C. y THEUNE, C. (eds.): *Religion, cults & rituals in the medieval rural environment*, pp. 227-239.

MARTIN, C. (2013): "La degradación cívica de los judíos libres en el reino visigodo de Toledo" en GONZÁLEZ SALINERO, R. (ed.): *Marginados sociales y religiosos en la Hispania tardorromana y visigoda*, Madrid/Salamanca, pp. 221-241.

MARTIN, C. (2015): "*De sacrilegiis extirpandis*. Interpretar la legislación contra el paganismo en la Hispania de los siglos VI-VII" en FERNÁNDEZ UBIÑA, J., QUIROGA PUERTAS, A. J. y UBRIC RABANEDA, P. (coord.): *La Iglesia como sistema de dominación en la Antigüedad Tardía*, pp. 273-292.

MARTÍNEZ PÉREZ, M. A. (2016): "La necrópolis de Orriols (Valencia): ejemplos de ritual funerario en época romana (siglos II-IV D. C)", *Lvcentvm XXXV*, pp. 171-191.

MARTÍNEZ SALCEDO, A. (2004): *La cerámica común de época romana en el País Vasco*, Vitoria-Gasteiz.

MARTÍNEZ SALCEDO, A. AND UNZUETA PORTILLA, M. (1988): *Estudio del material romano de la cueva de Peña Forua (Forua-Vizcaya)*, Bilbao.

MARTÍNEZ SANTA-OLALLA, J. (1933): *Excavaciones en la necrópolis visigoda de Herrera de Pisuerga (Palencia)*, Memoria de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades 125, Madrid.

MARTÍNEZ SANTA-OLALLA, J. (1934): "Notas para un ensayo de sistematización de la arqueología visigoda en España. Períodos godo y visigodo", *Archivo Español de Arte y Arqueología 29*, pp. 139-176.

MARTÍNEZ SANTA-OLALLA, J. (1948): "Nielado y ataujía en la España visigoda", *Homenaje a José Puig y Cadafalch*, pp. 179-184.

MARTÍNEZ VELASCO, A. y SERNA GANCEDO, M. L. (2010): "Pico Mizmaya o Vizmaya" en SERNA GANCEDO, M. L., MARTÍNEZ VELASCO, A. y GERNÁNDEZ ACEBO, V. (coord.): *Castros y castra en Cantabria. Fortificaciones desde los orígenes de la Edad del Hierro hasta las guerras con Roma. Catálogo, revisión y puesta al día*, Santander, pp. 495-500.

MARTÍNEZ VILLA, A. (2011): *La Mina Milagro y la minería del cobre en Onís. De la prehistoria al siglo XX*, Onís.

MARTÍNEZ VILLA, A. y REQUEJO PAGÉS, O. (1986): "Aproximación cronológica de una serie de hallazgos cerámicos medievales en Asturias", *Actas del I Congreso de Arqueología Medieval Española. Vol. 5: Cristiano*, pp. 333-345.

MARTZLUFF, M., ABÉLANET, J., KOTARBA, J., PASSARRIUS, O., VIGNAUD, A. y POLLONI, A. (2012): "La *Cova de les Bruixes*, à Tautavel: une grotte fréquentée depuis le Néolithique vérazien" en MARTZLUFF, M., CATAFAU, A. y GALINIER, M. (dir.): *Tautavel. Des hommes dans leur vallée*, pp. 197-455 (versión digital en OpenEdition Books: https://books.openedition.org/pupvd/4766).

MARZINZIK, S. (2012): *Masterpieces. Early Medieval Art*, London.

MASON, A. (2008): "Buried Buckets: Rethinking Ritual Behaviour before England´s Conversion" en ARCEO, A., FLEMING, R. y MASON, A: "Buckets, Monasteries and Crannógs: Material Culture and the Rewriting of Early Medieval British History", *Haskins Society Journal 20*, pp. 1-18.

MASSÓ CARBALLIDO, J. y CAPDEVILLA VALLVERDÚ, R. (1999): "Sobre una placa de sivella visigótica trovada a Rojals", *Aplec de Treballs 17*, pp. 5-8.

MASTYKOVA, A. (2002): "Les perles en Espagne et en Gaule méridionale à l´époque wisigothique (V^{e}-VII^{e} s.)" en MORÍN DE PABLOS, J., LÓPEZ QUIROGA, J. y MARTÍNEZ TEJERA, A. (ed.): *El tiempo de los "bárbaros". Pervivencia y transformación en Galia e Hispania (ss. V-VI D. C.)*, Zona Arqueológica, Madrid, pp. 461-474.

MAYS, S., FRYER, R., PIKE, A. W. G., COOPER, M. J. y MARSHALL, P. (2017): "A multidisciplinary study of a burnt and mutilated assemblage of human remains from a deserted Mediaeval village in england", *Journal of Archaeological Science: Reports 16*, pp. 441-455.

MAZA SOLANO, T. (1957): "Manifestaciones de la economía montañesa desde el siglo IV al XVIII", *Aportación al estudio de la historia económica de La Montaña*, Santander.

McCORMAC, F. G., BAYLISS, A., BROWN, D. M., REIMER, P. J. y THOMPSON, M. M. (2008): "Extended radiocarbon calibration in the Anglo-Saxon period, AD 395-485 and AD 735-805", *Radiocarbon 50, 1*, pp. 11-17.

McLEOD, S. H. (2011): *Migration and acculturation. The impact of the Norse on Eastern England, c. 865-900*, Tesis Doctoral inedita defendida en la School of Humanities of the University of Western Australia, Perth.

McNEILL, J. T. (1933): "Folk-paganism in the penitentials", *The Journal of Religion 13 (4)*, pp. 450-466.

MEANEY, A. (1964): *A Gazzeter of Early Anglo-Saxon Burial Sites*, Londres.

MENCÍA VALDENEBRO, I. (2013): *La colección de herraduras del museo veterinario complutense: studio, identificación, clasificación y catalogación*, Tesis Doctoral defendida en la Facultad de Veterinaria (Departamento de Toxicología y Farmacología) de la Universidad Complutense de Madrid.

MÉNDEZ MADARIAGA, A. y RASCÓN MARQUÉS, S. (1989): *Los visigodos en Alcalá de Henares*, Cuadernos del Juncal 1, Alcalá de Henares.

MERGELINA Y LUNA, C. (1949): "La necrópoli de Carpio de Tajo: notas sobre ajuar, en sepulturas visigodas", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología 15*, pp. 145-154.

MÉRY, S. (2018): "Les boucles d´oreilles en forme de croissant à l`époque mérovingienne: relecture de ce type de pendants à l´échelle du sud-ouest de la Gaule", *Cahiers LandArc 28*, pp. 1-11.

MEZQUÍRIZ, M. A. (1965): "Necrópolis visigoda de Pamplona", *Príncipe de Viana 98-99*, pp. 107-131.

MIR, A. y SALAS, R. (2000): "La cueva de la Fuente del Trucho y su industria lítica arcaizante del Peniglacial superior (Colungo, Huesca)", *Bolskan 17*, pp. 9-32.

MOLINA-CARDÍN, A., CAMPUZANO, S. A., OSETE, M. L., RIVERO-MONTERO, M., PAVÓN-CARRASCO, F. J., PALENCIA-ORTAS, A., MARTÍN-HERNÁNDEZ, F., GÓMEZ-PACCARD, M., CHAUVIN, A., GUERRERO-SUÁREZ, S., PÉREZ-FUENTES, J. C., McINTOSH, G., CATANZARITI, G., SASTRE BLANCO, J. C.,

LARRAZABAL, J., FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V. M., ÁLVAREZ SANCHÍS, J. R., RODRÍGUEZ-HERNÁNDEZ, J., MARTÍN VISO, I. y GARCIA I RUBERT, D. (2018): "Updated Iberian Archaeomagnetic Catalogue: New Full Vector Paleosecular Variation Curve for the Last 3 Millenia", *Geochemistry, Geophysics, Geosystems 19*, pp. 3637-3656.

MOLINERO PÉREZ, A. (1948): *La necrópolis visigoda de Duratón (Segovia). Excavaciones del plan nacional de 1942 y 1943*, Madrid.

MOLINERO PÉREZ, A. (1971): *Aportaciones de las excavaciones y hallazgos casuales (1941-1959) al Museo Arqueológico de Segovia*, Madrid.

MONTES BARQUÍN, R. y SANGUINO GONZÁLEZ, J. (2000): "Trabajos arqueológicos en la cueva de El Linar (La Busta, Alfoz de Lloredo)" en ONTAÑÓN PEREDO, R. (coord.): *Actuaciones arqueológicas en Cantabria 1984-1999*, Santander, pp. 231-233.

MONTES, L. y MARTÍNEZ BEA, M. (2007-2008): "La cueva Drólica de Sarsa de Surta (Huesca). El arte rupestre que nunca fue y su yacimiento campaniforme", *Veleia 24-25*, pp. 813-831.

MONTES, L., BEA, M., DOMINGO, R., SÁNCHEZ, P., ALCOLEA, M. y SEBASTIÁN, M. (2016): "La gestión prehistórica de un territorio en la montaña Prepirenaica: Tierra Bucho (Huesca, España)", *Munibe 67*, pp. 349-362.

MONTES, M. L., CUCHÍ, J. A. y DOMINGO, R. (2000): "Epipaleolítico y neolítico en las sierras prepirenaicas de Aragón. Prospecciones y sondeos, 1998-2001", *Bolskan 17*, pp. 87-123.

MONTES, R. (2016): "Arte rupestre paleolítico en Miengo" en VVAA (2016): *Cantabria. Nuevas evidencias arqueológicas*, pp. 51-90

MORÍN DE PABLOS, J. (2005): "Pizarra con dibujo de San Vicente de Río Almar (Salamanca). Museo de Salamanca" en VELÁZQUEZ SORIANO, I. y SANTONJA GÓMEZ, M. (coord.): *En la pizarra. Los últimos hispanorromanos en la Meseta*, p. 287.

MORÍN DE PABLOS, J., PENEDO COBO, E., OÑATE BAZTÁN, P., OREJA MARTÍN, G., RAMÍREZ MOLINA, M. y SANGUINO VÁZQUEZ, J. (2006): "La necrópolis hispanovisigoda de *La Indiana* (Pinto, Madrid)" en MORÍN DE PABLOS, J. (ed.): *La investigación arqueológica de la época visigoda en la Comunidad de Madrid, vol. II*, Zona Arqueológica 8, pp. 566-579.

MORLOTE, J. M.; MUÑOZ, E.; SERNA, A.; VALLE, A. (1996): "Las cuevas sepulcrales de la Edad del Hierro en Cantabria", *La arqueología de los Cántabros. Actas de la I Reunión sobre la Edad del Hierro en Cantabria*, Santander, pp. 195-279.

MOURRE, V. (2013): "Fréchet-Aure – Grotte du Noisetier", *Archéologie de la France – Informations, 2013, Midi-Pyrénees*, pp. 1-4 http:// adlfi.revues.org/17459.

MUJIKA ALUSTIZA, J. A., AGIRRE GARCÍA, J., EDESO FITO, J. M., LOPETEGI GALARRAGA, A., PÉREZ DÍAS, S., RUIZ ALONSO, M., TARRIÑO VINAGRE, A. y YUSTA ARNAL, I. (2013): "La continuidad de la actividad pastoril durante la época romana en la zona de Argarbi (Sierra de Aralar-Gipuzkoa)", *Kobie. Serie Paleoantropología 32*, pp. 217-258.

MULLAN, G. J., BOYLE, G., HUTCHINSON, D. y ROSSINGTON, R. J. (2017): "Bone hole, Cheddar gorge, somerset. Archaeological and Palaeontological Collections", *Proceedings of the University of Bristol Spelaeological Society 27 (2)*, pp. 161-183.

MÜLLER, K. et alii (2010b): *Gräber, Gaben, Generationen. Der frühmittelalterliche Friedhof (7. Jahrhundert) von der Früebergstrasse in Baar (Kanton Zug). Band 2: Katalog*, Tafeln und Verzeichnisse, Basilea.

MUÑOZ FERNÁNDEZ, E. (1981-1982): "Carta arqueológica del Valle de Piélagos", *Altamira 43*, pp. 245-307.

MUÑOZ FERNÁNDEZ, E. (1996): "Los yacimientos de las cuevas de Cantabria", *Boletín Cántabro de Espeleología, 12*, Santander, pp. 91-104.

MUÑOZ FERNÁNDEZ, E. (2006a): "Placa de broche de cinturón. Cueva del Portillo del Arenal, en Arce (Sierra de Peñajorao, Piélagos, Cantabria)" en FERNÁNDEZ VEGA, P. (coord.): *Apocalipsis. El ciclo histórico de Beato de Liébana*. Catálogo de la Exposición, p. 176.

MUÑOZ FERNÁNDEZ, E. (2006b): "Hacha de combate. Cueva de Los Cirrios en Liencres (Piélagos, Cantabria)" en FERNÁNDEZ VEGA, P. (coord.): *Apocalipsis. El ciclo histórico de Beato de Liébana*. Catálogo de la Exposición, p. 143.

MUÑOZ FERNÁNDEZ, E. (2009): "De la Protohistoria a la Tardoantigüedad" en RUIZ COBO, J. y MUÑOZ FERNÁNDEZ, E. (Coord.): *La Prehistoria del Bajo Asón: registro arqueológico e interpretación cultural*, BAR internacional Series, pp. 129-137.

MUÑOZ FERNÁNDEZ, E. y MORLOTE EXPÓSITO, J. M. (2000): "Documentación arqueológica de la cueva del Calero II y la sima del Portillo del Arenal, en Piélagos", *Actuaciones Arqueológicas en Cantabria 1984-1999*, Gobierno de Cantabria, pp.262-266.

MUÑOZ FERNÁNDEZ, E. y SERNA GANCEDO, M. L. (inédito): "Algunas notas sobre la arqueología tardoantigua en Cantabria"

MUÑOZ FERNÁNDEZ, E., GÓMEZ AROZAMENA, J., MORLOTE EXPÓSITO, J. M., CRESPO LASTRA, V., BERMEJO CASTRILLO, A., SAN MIGUEL LLAMOSAS,

C. y GONZÁLEZ LUQUE, C. (2007): "La arqueología de las cuevas del municipio de Piélagos" en CRESPO LASTRA, V. (coord.): *Catálogo de cavidades del municipio de Piélagos. Actuaciones espeleológicas 1986-2003*, pp. 33-63.

MUÑOZ FERNÁNDEZ, E., SAN MIGUEL LLAMOSAS, C. y GÓMEZ AROZAMENA, J. (1991): "Avance al estudio del Arte Rupestre Paleolítico de la *Caverna de Cudón*", *Arquenas. Arte Rupestre y Mobiliar 1*, pp. 29-79.

MUÑOZ, E., GARCÍA, P. y RUIZ, J. (2009): "La información arqueológica. Fichas de yacimientos" en RUIZ COBO, J. y MUÑOZ FERNÁNDEZ, E. (coord.): *La Prehistoria del Bajo Asón: registro arqueológico e interpretación cultural*, BAR internacional Series, pp. 185-295.

MUÑOZ, E., GARCÍA, P., BERMEJO, A., SMITH, P. y RUIZ, J. (2008): "Fichas de yacimientos del Medio Asón", en RUIZ COBO, J. y MUÑOZ FERNÁNDEZ, E. (coord.): *Entre La Marina y La Montaña. Arqueología del Medio Asón (Cantabria, España)*, BAR Internacional Series 1.799, pp. 207-338.

MUÑOZ, E., SAN MIGUEL, C. y CAEAP (1987): *Carta arqueológica de Cantabria*, Santander.

NAUMANN, S., KRZEWINSKA, M., GÖTHERSTRÖM, A. y ERIKSSON, G. (2014): "Slaves as burial gifts in Viking Age Norway? Evidence from stable isotope and ancient DNA analyses", *Journal of Archaeological Science 41*, pp. 533-540.

NAVARRO Y MORENÉS, C. (1934): "Cueva prehistórica de Suano (Reinosa)", *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones y de la Sección Excursionista de la Facultad de Filosofía y Letras. Arte-Arqueología-Historia, Año XLII, Tercer trimestre*, Madrid, pp. 224-232.

NERI, E., GRATUZE, B. y SCHIBILLE, N. (2019): "The trade of glass beads in early medieval Illyricum: towards an Islamic monopoly", *Archaeological and Anthropological Sciences 11-3*, pp. 1107-1122.

NIELSEN, A.H., MARTÍNEZ, R., PRADO, C., ACEVEDO, P., y CUESTA, R. (1994): "Paleodemografía de la población visigoda de Tinto Juan de la Cruz (S. VI), Pinto, Madrid (España)", *Biología de Poblaciones Humanas: Problemas Metodológicos e Interpretación Ecológica: Actas Del VIII Congreso de la Sociedad Española de Antropología Biológica*, Madrid, pp. 123-134.

NOLLA, J. M., PALATI, L. y SUREDA, M. (2003): "Una gerra lutúrgica amb inscripció trobada a Sant Julià de Ramis", *Butlletí Arqueològic. Reial Societat Arqueològica Tarraconense 25*, pp. 255-269.

NUÑO GONZÁLEZ, J. (1999): "Asentamientos encastillados de época romana en el Alto Pisuerga" en IGLESIAS GIL, J. M. y MUÑIZ CASTRO, J. A. (eds.): *Regio Cantabrorum*, pp.167-177.

O´BRIEN, E. (1996): *Post-Roman Britain to Anglo-Saxon England: the burial evidence reviewed*, Tesis Doctoral defendida en la Universidad de Oxford, Oxford.

O´SULLIVAN, A. (2008): "Early Medieval Houses in Ireland: Social Identity and Dwelling Spaces", *Peritia 20*, pp. 225-256

OEHRL, S. (2013): "Bear hunting and its ideological context (as a background for the interpretation of bear claws and other remains in Germanic graves of the 1st millennium AD)" en GRIMM, O. y SCHMÖLCKE, U. (eds.): *Hunting in northern Europe until 1500 AD. Old traditions and regional developments, continental sources and continental inflences*, pp. 297-332.

OLIVA, M. (1949): "Más hallazgos en la cueva de Can San Vicens (San Julián de Ramis)", *Anales del Instituto de Estudios Gerundenses 4*, pp. 254-256.

OLIVER FOIX, A. (2003-2004): "Sacrificios y mala muerte en el Registro Arqueológico de los Yacimientos Ibéricos", *Espacio, Tiempo y Forma. Serie I, Prehistoria y Arqueología 16-17*, pp. 2003-2004.

ONTAÑÓN, R. y ARMENDÁRIZ, A. (2006): "Cuevas y megalitos: los contextos sepulcrales colectivos en la Prehistoria reciente cantábrica", *Munibe (Antropologia-Arkeologia) 57*, Homenaje a Jesús Altuna, pp. 275-286.

ORLANDIS, J. (2003): *Historia del reino visigodo español*, Madrid.

ORTALLI, J. (2010): "Morti inquiete e tombe anomale tra storia, antropologia e archeologia" en BELCASTRO, M. G. y ORTALLI, J. (eds.): *Sepolture anomale. Indagini archeologiche e antropologiche dall´epoca classica al Medioevo in Emilia Romagna*, pp. 23-37.

ORTEGA, A. I. y MARTÍN MERINO, M. A. (1986): "La arqueología del karst de Ojo Guareña", *KAITE. Estudios de Espeleología Burgalesa* 4-5, pp. 331-389.

ORTEGA, A. I., NOTARIO, B., FERNÁNDEZ, P., ÁLVARO GALLO, A. y ORTEGA, N. (2017): *Broche cruciforme identificado mediante tecnología avanzada en microtomografía computarizada*, Póster presentado en el XII Congreso Ibérico de Arqueometría, CENIEH, Burgos.

OSABA Y RUIZ DE ERENCHUN, ABÁSOLO RUIZ, J. A., URIBARRI ANGULO, J. L. y LIZ CALLEJO, C. (1971): "La cueva de Quintanaurria, provincia de Burgos", *Noticiario Arqueológico Hispánico XV*, pp. 181-187.

OSABA Y RUIZ DE ERENCHUN, B. (1960): "La arqueología en Ojo Guareña", *Revista de archivos, bibliotecas y museos 68-1,* pp. 177-192.

PALOL SALELLAS, P. (1950): "Fíbulas y broches de cinturón de época visigoda en Cataluña", *Archivo Español de Arqueología XXIII,* pp. 73-98.

PALOL SALELLAS, P. (1950): *Bronces hispanovisigodos de origen mediterráneo I. Jarritos y patenas litúrgicos,* Barcelona.

PALOL SALELLAS, P. (1957a): "Los objetos visigodos de la cueva de Los Goros (Hueto Arriba-Álava)", *Boletín de la Institución Sancho el Sabio 1-2, 1,* pp. 73-84.

PALOL SALELLAS, P. (1957b): "Bronces con decoración damasquinada en época visigoda", *Actas del V Congreso Nacional de Arqueología,* pp. 292-305.

PALOL SALELLAS, P. (1962): "Los bronces litúrgicos hispanovisigodos y sus perduraciones", *Homenaje al profesor Cayetano de Mergelina,* pp. 699-710.

PALOL SALELLAS, P. (1964): "Nuevos bronces litúrgicos hispanovisigodos", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología 30,* pp. 311-318.

PALOL SALELLAS, P. (1964b): "Cuchillo hispanorromano del siglo IV de J. C.", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología 30,* pp. 67-102.

PALOL, P. (1986): "Las excavaciones del conjunto de El Bovalar, Serós (Segria, Lérida) y el reino de Akhila", *Antigüedad y Cristianismo III, Los visigodos. Historia y civilización,* pp. 513-525.

PANCALDI, P. y RAGGI, N. (2010): "Le tombe 6, 8 e 16 della necropoli tardo-antica (V-VI sec. d.C.) di Casalecchio di Reno (BO)" en en BELCASTRO, M. G. y ORTALLI, J. (eds.): *Sepolture anomale. Indagini archeologiche e antropologiche dall´epoca classica al Medioevo in Emilia Romagna*, pp. 103-119.

PANTÍN, F. (2008): "Un guerreru cabraliegu de la Edá del Hierru", *Asturies. Memoria encesa d´un país 25,* pp. 94-95.

PASCUAL MARQUÍNEZ, A. (2012): *Estudio de la Antigüedad Tardía en el Valle del Arlanza: el yacimiento arqueológico de la Cabeza de San Vicente (Monasterio de la Sierra, Burgos),* Trabajo de Fin de Máster, Universidad de Cantabria.

PÁSZTÓKAI-SZEÓKE, J. (2013): "Following a Clew: From Tools to Textile Production in Roman Panonia" en BANCK-BURGESS, J. y NÜBOLD, C. (eds.): *NESAT XI. The North european Symposium for Archaeological Textiles XI*, pp. 257-264.

PAXTON, F. S. (1990): *Christianizing Death. The Creation of a Ritual Process in Early Medieval Europe,* Ithaca/London.

PAZ i MARTÍNEZ, M. A. y VILA y MITJA, A. (1988): "El Roc del Migdia (Vilanova de Sau, Osona: un jaciment mesolític atípic?", *Tribuna d´Arquelogia 1987-88,* pp. 133-143.

PAZ PERALTA, J. A. (2004): "Contribución a la historia de la numismática de época visigoda e hispanovisigoda: el contexto histórico-arqueológico de los hallazgos en Aragón, *Bolskan 21,* pp. 11-25.

PENEDO COBO, E., MORÍN DE PABLOS, J. y BARROSO CABRERA, R. (2002): "La ocupación romana e hispanovisigoda en el arroyo Culebro (Leganés)", *Vida y muerte en arroyo Culebro (Leganés),* pp. 187-199.

PEÑA SUÁREZ, R. (2006a): "Perfil de olla y orza" en FERNÁNDEZ VEGA, P. (coord.): *Apocalipsis. El ciclo histórico de Beato de Liébana*. Catálogo de la Exposición, p. 181.

PEÑA SUÁREZ, R. (2006b): "Perfil de orza" en FERNÁNDEZ VEGA, P. (coord.): *Apocalipsis. El ciclo histórico de Beato de Liébana*. Catálogo de la Exposición, p. 184.

PEÑIL, J.; FERNÁNDEZ, C.; OCEJO, A.; MÁRQUEZ, M. J. (1986): "Presentación de los materiales cerámicos procedentes de algunos yacimientos medievales inéditos de Cantabria", *Actas del I Congreso de Arqueología Medieval Española,* pp. 363-383.

PÉREZ ALMOGUERA, A. (1998): "Tres casos de rituales fundacionales o propiciatorios en construcciones domésticas en el alto imperio romano. ¿Latinidad o indigenismo?", *ARYS 1,* pp. 195-206.

PÉREZ GONZÁLEZ, C. e ILLARREGUI, E. (1997): "El siglo IV en la antigua Cantabria según la evidencia material" en PÉREZ, C. y TEJA, R. (eds.): *Actas del Congreso Internacional "La Hispania de Teodosio"*, vol. 2, pp. 615-628.

PÉREZ MAESTRO, C., PIÑERO PALACIOS, J. M. y SALINAS VILLEGAS, J. M. (2010): "Actividad arqueológica preventiva en el solar sito C/ Pintor Palomino, 55. Córdoba" en CASADO ARIZA, M. (coord.): *Anuario arqueológico de Andalucía 2006,* Sevilla.

PÉREZ RODRÍGUEZ-ARAGÓN, F. y DE COS SECO, M. A. (1985): "Los restos visigodos de El Castillete (Reinosa, Cantabria)", *Sautuola IV,* pp. 311- 327 pp. 9-48.

PÉREZ RODRÍGUEZ-ARAGÓN, F. (1999): "Un broche de cinturón damasquinado de época visigoda procedente de Monte Cildá (Olleros de Pisuerga, Palencia)", *Sautuola VI,* pp. 453-456.

PÉREZ RODRÍGUEZ-ARAGÓN, F. (2006a): "Aros de hebillas de broches de cinturón" en FERNÁNDEZ VEGA, P. (coord.): *Apocalipsis. El ciclo histórico de Beato de Liébana,* Catálogo de la Exposición, p. 177.

PÉREZ RODRÍGUEZ-ARAGÓN, F. (2006b): "Placa de broche de cinturón" en FERNÁNDEZ VEGA, P. (coord.): *Apocalipsis. El ciclo histórico de Beato de Liébana*, Catálogo de la Exposición, p. 159.

PÉREZ RODRÍGUEZ-ARAGÓN, F. (2006c): "Placa de broche de cinturón" en FERNÁNDEZ VEGA, P. (coord.): *Apocalipsis. El ciclo histórico de Beato de Liébana*, Catálogo de la Exposición, p. 48.

PERIN, P. (2005): "La vaisselle de bronze dite Copte dans les royaumes Romano-Germaniques d´Occident. État de la question", *Antiquité Tardive 13*, pp. 85-97.

PHELPS, M., FREESTONE, I. C., GORIN-ROSEN, Y. y GRATUZE, B. (2016): "Natron glass production and supply in the late antique and early medieval Near East: The effect of the Byzantine-Islamic transition", *Journal of Archaeological Science 75*, pp. 57-71.

PILIPOVIC, S. (2013): "Wine and the Vine in Upper Moesia. Archaeological and Epigraphic Evidence", *Balcanica XLIV*, pp. 21-34.

PINAR GIL, J. (2007): "Sepulturas góticas y arquitectura en el Mediterráneo occidental ca. 500 AD: una primera aproximación", *Hortus Artium Medievalium 13/2*, pp. 271-290.

PINAR GIL, J. (2017a): "Materie prime, tecniche e tempi di lavorazione: costo degli oggetti e potere d´acquisto nell´età gota" en BEGHELLI, M. y DE MARCHI, P. M. (dir.): *L´Alto Medioevo. Artigiani, tecniche produttive e organizzazione manifatturiera 2*, Roma, pp. 129-155.

PINAR GIL, J. (2017b): *La cronología dei corredi funerari di epoca visigota in Spagna e Francia meridionale: peculiarità, problema, soluzioni e stress testing*, Roma.

PINAR, J. y TURELL, L. (2007): "*Ornamenta vel vestimenta ex sepulcro abstulere*. Reflexiones en torno a la presencia de tejidos, adornos y accesorios de indumentaria en el mundo funerario del Mediterráneo tardoantiguo", *Collectanea Christiana Orientalia 4*, pp. 127-167.

PINELL, J. (1998): *Liturgia Hispánica*, Barcelona.

PIÑÁN GARGANTIEL, A. (2013): "Enterramientos tardoantiguos en la cornisa cantábrica: el caso de la cueva de l´Alborá (Entrellusa, Carreño, Asturias)" en ALDEA, J. M., LÓPEZ, C., ORTEGA, P., de SOTO, M. R. y VICENTE, F. J. (coord.): *Los lugares de la Historia, Temas y perspectivas de la Historia nº 3*, pp. 1543-1554.

PIRENE, H. (2008): *Mahoma y Carlomagno*, Alianza Editorial, Madrid.

PONTE, S. da (1992): "Materiais arqueológicos romanos e visigóticos da Gruta do Caldeirao", en ZILHAO, J. (dir.): *Gruta do Caldeirao. O Neolítico Antigo*, Trabalhos de Arqueología 6, pp. 321-324.

PORTER, J. A. F. (1977): *A re-assessment of pagan Anglo-Saxon burials and burial rites in Wiltshire: Not available,* Tesis de Máster defendida en la Universidad de Durham, Durham.

POVEDA NAVARRO, A. M. (2019): "Instrumentos eucarísticos de la iglesia del *castrum* bizantino de *Elo* (El Monastil, Elda)" en LÓPEZ VILAR, J. (ed.): *Actes del 4t Congrès Internacional d´Arqueologia i Mòn Antic,* pp. 305-312.

POZO FLORES, M. (2016): *Vasconia y los vascones de la crisis del Imperio romano a la llegada del Islam (siglos V-VIII). Evolución sociopolítica y génesis de la gens effera*, Tesis doctoral defendida en la Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibersitatea, Vitoria-Gasteiz.

POZO FLORES, M. (2018): "Vascones y Wascones. Las relaciones entre las dos vertientes de los Pirineos occidentales según las fuentes escritas y los testimonios arqueológicos (siglos VI-VIII)" en GASC, S., SÉNAC, P., VENCO, C. y LALIENA, C. (eds.): *Las fronteras pirenaicas en la Edad Media (siglos VI-XV) – Les frontières pyrénéennes au Moyen Âge (VI^{e}-XV^{e} siècles),* Zaragoza, pp. 25-65.

PRIETO CARRERO, J. L. (2017): *Estudio antropológico y paleopatológico de los restos humanos hallados en la cueva del Portillo del Arenal (Velo, Piélagos, Cantabria)*, e-monografía del C.E.M. nº 3, Santander.

PROVOST, M. *et alii* (1999): *Carte Archeologique de la Gaule. 30/2, Le Gard,* París.

PUTELAT, O. (2013): "Les restes animaux en contexte funéraire dans l´Alsace du premier Moyen Âge et ses marges géographiques", *Anthropozoologica 48 (2),* pp. 409-445.

QUINTANA LÓPEZ, J. y ESTREMERA PORTELA, S. (2008): "La ocupación prehistórica del castro de Peña Amaya (Amaya, Burgos)", *Sautuola XIV*, pp. 107-124.

QUIRÓS CASTILLO, (2009): "Early medieval villages in Spain in the light of European experience. New approaches in peasant archaeology" en QUIRÓS CASTILLO, J. A. (dir.): *The archaeology of early medieval villages in Europe*, Documentos de Arqueología e Historia 1, pp. 13-26.

QUIRÓS CASTILLO, J. A. (2011): "Los paisajes altomedievales en el País Vasco, 500-900. De la desarticulación territorial a la emergencia de los condados" en QUIRÓS CASTILLO, J. A. (ed.): *Vasconia en la Alta Edad Media, 450-1000. Poderes y comunidades rurales en el Norte Peninsular*, pp. 29-54.

QUIRÓS CASTILLO, J. A. y ALONSO MARTÍN, A. (2007): "Las ocupaciones rupestres en el fin de la Antigüedad. Los materiales cerámicos de Los Husos (Elvillar, Álava)", *Veleia 24-25,* pp. 1123-1142.

QUIRÓS CASTILLO, J. A., LOZA URIARTE, M. y NISO LORENZO, J. (2013): "Identidades y ajuares en las necrópolis altomedievales. Estudios isotópicos del cementerio de San Martín de Dulantzi, Álava (siglos VI-X)", *Archivo Español de Arqueología 86*, pp. 215-232.

RABINOWITZ, A., SEDIKOVA, L. y HENNENBERG, R. (2010): "Daily life in a provincial late Byzantine city: recent multidisciplinary research in the south región of Tauric Chersonesos (Cherson)" en DAIM, F. y DRAUSCHKE, J. (ed.): *Byzanz – das Römerreich im Mittelalter, vol. 2, 1*, pp. 425-477.

RADDATZ, K. (1963): "Zu den spatantiken Kriegergrübern von Tañine (Prov. Soria), *Madrider Mitteilungen 4*", pp. 133-140.

RADLER, J. N. (ed.) (1978): *Fragmentary Annals of Ireland*, Dublin.

RAFEL, N., MONTERO RUIZ, I., SORIANO, I. y DELGADO-RAACK, S. (2016): "L´activité minière préhistorique dans le Nord-Est de la péninsule Ibérique. Étude sur la Coveta de l´Heura et l´exploitation du cuivre à la Solana del Bepo (Tarragone, Espagne)", *Bulletin de la Société Préhistorique Française 113-1*, pp. 95-129.

RASINES DEL RIO, P.; BOHIGAS ROLDÁN, R.; GÓMEZ CASTANEDO, A.; SAINZ VIDAL, E. (1998): "El hallazgo monetario medieval de Ambojo (Pedreña, Marina de Cudeyo, Cantabria", *Trabajos de Arqueología en Cantabria IV*, pp. 169-214.

RAUX, S. y SAVARESE, L. (2014): "L´outillage en fer et l´artisanat" en RÉBÉ, I., RAYNAUD, C. y SÉNAC, P. (dir.): *Le premier Moyen Age à Ruscino (Chateau-Roussillon, Perpignan, Pyrénées-Orientales). Entre Septimanie et al-Andalus (VIIe-IXe s.)*, Monographies d´Archeologie Mediterranénne 35, Hommages à Rémy Marichal, pp. 201-214.

RÉBÉ, I. *et alii* (2014): "Les silos, fosses et puits" en RÉBÉ, I., RAYNAUD, C. y SÉNAC, P. (dir.): *Le premier Moyen Age à Ruscino (Chateau-Roussillon, Perpignan, Pyrénées-Orientales). Entre Septimanie et al-Andalus (VIIe-IXe s.)*, Monographies d´Archeologie Mediterranénne 35, Hommages à Rémy Marichal, pp. 53-119.

RÉBÉ, I. y BRUNNER, P. *et alii* (2014): "Les sépultures et restes humanis" en RÉBÉ, I., RAYNAUD, C. y SÉNAC, P. (dir.): *Le premier Moyen Age à Ruscino (Chateau-Roussillon, Perpignan, Pyrénées-Orientales). Entre Septimanie et al-Andalus (VIIe-IXe s.)*, Monographies d´Archeologie Mediterranénne 35, Hommages à Rémy Marichal, pp. 133-169.

REDONDO GÓMEZ, E., DUMAS PEÑUELAS, M. R., SÁNCHEZ SÁNCHEZ-MORENO, V. M. y GALINDO SAN JOSÉ, L. (2006): "El Guijo y El Bajo del Cercado, un ejemplo de la ocupación visigoda en la Vega del Jarama (Madrid)" en MORÍN DE PABLOS, J. (ed.): *La investigación arqueológica de la época visigoda en la Comunidad de Madrid, vol. II*, Zona Arqueológica 8, pp. 479-492.

REINHART, W. (1947): "Los anillos hispano-visigodos", *Archivo Español de Arqueología, 20,* pp. 167-178.

REMÍREZ VALLEJO, S. (2007-2008): "Avance de la segunda campaña de sondeos arqueológicos realizados en la ermita de San Sebastián (Cintruénigo), 2007", *Trabajos de Arqueología Navarra 20*, pp. 63-86.

REQUEJO PAGÉS, O. (2003-2004): "El Registro Arqueológico en el territorio de Cangas de Onís (Principado de Asturias): Producciones cerámicas tardías y altomedievales", *Espacio, Tiempo y Forma. Serie I. Prehistoria y Arqueología, 16-17,* pp. 479-539.

REQUEJO PAGÉS, O. (2013): *Arqueología y territorio en el sector central de Asturias: la cuenca del río Nora entre el periodo tardorromano y la Antigüedad Tardía (siglo IV-inicios del siglo VIII d. C.),* Tesis Doctoral defendida en el Departamento de Historia y Artes de la Universidad de Oviedo, Oviedo.

REQUEJO PAGÉS, O. (2016): "Cerámica altomedieval en Asturias" en VIGIL-ESCALERA, A. y QUIRÓS CASTILLO, J. A. (dir.): *La cerámica de la alta Edad Medcia en el cuadrante noroeste de la Península Ibérica (siglos V-X). Sistemas de producción, mecanismos de distribución y patrones de consumo,* Documentos de Arqueología Medieval 9, pp. 113-137.

REQUEJO, O. y ÁLVAREZ, V. (2013): "Materiales cerámicos de la Edad del Hierro procedentes de la Vega de Corao, Cangas de Onís (Principado de Asturias)", en GIRÓN, L., LAZARICH, M. y LOPES, M. C. (coord.): *Actas del I Congreso Internacional sobre Estudios Cerámicos. Homenaje a la Dra. Mercedes Vegas,* pp. 1659-1692.

REYES TÉLLEZ, F. (2002): *Población y sociedad en el valle del Duero, Duratón y Riaza en la Alta Edad Media, siglos VI al XI: aspectos arqueológicos,* Memoria para optar al grado de Doctor presentada en la Universidad Complutense de Madrid, Madrid.

REYNOLDS, A. (2009): *Anglo-Saxon deviant burial customs*, Oxford.

RIBERA i LACOMBA, A. (2005): "Origen i desenvolupament del nucli episcopal de València" en GURT, J. M. y RIBERA, A. (eds.): *Les ciutats tardoantigues d´Hispania: cristianització i topografía,* VI Reunió d´Arqueologia Cristiana Hispànica, pp. 207-243.

RINCÓN VILA, R. (1985): "Las culturas del metal" en GARCÍA GUINEA, M. A. (dir.): *Historia de Cantabria: Prehistoria, Edades Antigua y Media,* pp. 113-209.

RIPOLL LÓPEZ, G. (1986): *La ocupación visigoda en época romana a través de sus necrópolis,* Tesis Doctoral defendida en la Universidad de Barcelona.

RIPOLL LÓPEZ, G. (1992): "Las relaciones entre la Península Ibérica y la septimania entre los siglos V y VIII, según los hallazgos arqueológicos" en FONTAINE, J. y

PELLISTRANDI, C. (dir.): *L´Europe héritière de l´Espagne wisigothique*, Madrid, pp. 285-301.

RIPOLL LÓPEZ, g. (1993-1994): "La necrópolis visigoda de El Carpio de Tajo. Una nueva lectura a partir de la topocronología y los adornos personales", *Butlletí de la Reial Acadèmia Catalana de Belles Arts de Sant Jordi VII-VIII*, pp. 187-250.

RIPOLL LÓPEZ, G. (1995): "Broche de cinturón bizantino con una escena del Fisiólogo conservado en *The Metropolitan Museum of Art* de Nueva York", *Verdolay 7*, pp. 385-389.

RIPOLL LÓPEZ, G. (1998): *Toréutica de la Bética (siglos VI y VII D.C.)*, Barcelona.

RIPOLL LÓPEZ, G. (1999): "A belt fitting with Physiologus scenes in the Metropolitan Museum of Art", *Hortus Artium Medievalium 5*, pp. 203-208.

RIPOLL LÓPEZ, G. y MOLIST CAPELLA, N. (2014): "*Cura mortuorum* en el nordeste de la Península Ibérica, siglos IV al XII d.C.", *Territorio, Sociedad y Poder 9*, pp. 5-66.

RITA LARRUCEA, C. (1978): "Broches de cinturón de época visigótica en el Museo Arqueológico de Mahón", *Bolletí de la Societat Arqueològica Luliana XXXVI*, pp. 185-188.

RIURÓ, F. (1945-46): "Nuevos hallazgos en dos cuevas de San Julián de Ramis", *Ampurias VII-VIII*, pp. 335-339.

RODANÉS VICENTE, J. M. (1985): "Fíbulas zoomorfas en La Rioja. Los hallazgos de la cueva de El Tejón y Monte Cantabria", *Caesaraugusta 61-62*, pp. 191-198.

RODANÉS VICENTE, J. M. (1997): "Las cuevas sepulcrales en la Rioja. Estudio histórico-arqueológico", *Munibe (Antropologia-Arkeologia) 49*, pp. 77-93.

RODANÉS, J. M., LORENZO, J. I. y ARANDA, P. (2016): "Enterramientos en cuevas y abrigos en el Alto Aragón durante el Neolítico y la Edad del Bronce", *Del neolític a l´edat del bronze en el Mediterrani occidental. Estudis en homenatge a Bernat Martí Oliver*, pp. 411-426.

RODERO PÉREZ, S. Y ASENSI LLÁCER, M. J. (2008): "Nuevos datos sobre la necrópolis tardoantigua de «El Ochavillo» (Hornachuelos, Córdoba). Campaña de excavación 2007", *Romula 7*, pp. 271-298.

RODET-BELARBI, I. (2014): "Le travail du bois de cerf et l´*instrumentum* en os" en RÉBÉ, I., RAYNAUD, C. y SÉNAC, P. (dir.): *Le premier Moyen Age à Ruscino (Chateau-Roussillon, Perpignan, Pyrénées-Orientales). Entre Septimanie et al-Andalus (VIIe-IXe s.)*, Monographies d´Archeologie Mediterranénne 35, Hommages à Rémy Marichal, pp. 213-220.

RODET-BELARBI, I. y SÉGURY, I. (2013): "Des Humais traités comme des chiens. La non sepulture. Periodes historiques, France" en GUY, H., JEANJEAN, A. y RICHIER, A. (eds.): *Le Cadavre en procès*, Techniques & Culture 60, pp. 60-73.

RODRÍGUEZ MARINHO, J. (1992): "Monedas romanas e portuguesas medievais da Gruta do Caldeirao", en ZILHAO, J. (dir.): *Gruta do Caldeirao. O Neolítico Antigo*, Trabalhos de Arqueología 6, pp. 325-326.

ROIG BUXÓ, J. (2011): "Formas de poblamiento rural y producciones cerámicas en torno al 711: documentación arqueológica del área catalana" en BAQUEDANO, E. (ed.): *711. Arqueología e historia entre dos mundos*, Zona Arqueológica 15, pp. 121-144.

ROIG BUXÓ, J. (2015): "Necrópolis de época visigoda, ajuares funerarios y depósitos humanos anómalos de los s. V-VIII en la *Tarraconense* oriental (Cataluña): ¿indicadores de etnicidad y/o nivel económico? e indicios arqueológicos de desigualdad y exclusión social" en QUIRÓS CASTILLO, J. A. y CASTELLANOS, S. (dir.): *Identidad y etnicidad en Hispania. Propuestas teóricas y cultura material en los siglos V-VIII*, Documentos de Arqueología Medieval 8, pp. 333-393.

ROIG BUXÓ, J. (2019): "Prácticas funerarias de época visigoda y altomedieval (siglos VI al X): el ejemplo arqueológico del noreste peninsular (Cataluña)" en GARCÍA ÁLVAREZ-BUSTO, A., GARCÍA DE CASTRO VALDÉS, C. y RÍOS GONZÁLEZ, S. (eds.): *1300. Aniversario del origen del Reino de Asturias*, Actas del Congreso Internacional "Del fin de la Antigüedad Tardía a la Alta Edad Media en la península ibérica (650-900), Anejos de Nailos 5, pp. 431-481.

ROIG BUXÓ, J. y COLL RIERA, J. M. (2011): "Esquelets humans en Sitges, pous i abocadors als assentaments rurals i vilatges de l´Antiguitat tardana de Catalunya (segles V-VIII): evidències arqueològiques de la presència d´esclaus i serfs", *Actes del IV Congrés d´Arqueologia Medieval i Moderna de Catalunya: Tarragona, del 10 al 13 de juny de 2010*, pp. 75-82.

ROJO VEGA, A. (1987): "Estudio de los restos humanos de Goikolau (Vizaya)", *Zainak. Cuadernos de Antropología-Etnografía 4*, Homenaje al Dr. José María Basabe, pp. 373-378.

ROSSER LIMIÑANA, P. (2013): *Arqueología del poblamiento de un territorio del Mediterráneo occidental (Alicante, España) desde época tardía a la primera ocupación islámica*, Tesis Doctoral defendida en la Facultad de Filosofía y Letras (Departamento de Prehistoria, Arqueología, Historia Antigua, Filología Griega y Filología Latina) de la Universidad de Alicante, Alicante.

ROUDIL, J-L. (1982): "Languedoc-Rousillon", *Gallia préhistoire 25-2*, pp. 437-468.

RUIZ COBO, J. Y SMITH, P. (2003): *La Cueva de Cofresnedo en el Valle de Matienzo. Actuaciones arqueológicas 1996-2001*, Santander.

RUIZ GUTIÉRREZ, A. (1993): *Estudio histórico-arqueológico de Monte Cildá, Aguilar de Campoo (Palencia)*, Tesis Doctoral defendida en la Facultad de Filosofía y Letras (Departamento de Ciencias Históricas) de la Universidad de Cantabria.

RUIZ VÉLEZ, I. (2009): "La cueva de Ojo Guareña (Burgos): El príncipe que se perdió y murió en ellas", *Sautuola XV*, pp. 261-274.

SÁENZ GARCÍA, C. (1969): "La Hoz del Duero en Soria (geología y espeleología locales) IV. La cueva del Asno", *Celtiberia 38*, pp. 189-213.

SALES CARBONELL, J. (2013): "Fabricando pergamino durante la Antigüedad Tardía. Notas arqueológicas para los monasterios de Hispania", *Augustinianum 53*, pp. 469-500.

SALES CARBONELL, J. (2015): "El Bovalar (Serós, Lleida). ¿Un monasterio productor de pergamino en la Hispania visigoda?", *Rivista di Archeologia Cristiana 90*, pp. 423-464.

SALIN, E. (1951): "Les techniques de la damasquinure en Gaule Merovingienne", *Gallia IX*, pp. 31-52.

SALIN, E. (1957): *La civilisation mérovingienne. D´apres les sepultures, les textes et le laboratoire. Troisieme partie: les techniques*, Paris

SALIN, E. (1959): *La civilisation mérovingienne. D´apres les sepultures, les textes et le laboratoire. Quatrième partie: les croyances*, Paris

SALVAYRE, H., LENOBLE, J. L. y RIDEAU, P. (2005): "La Chambre Rouge du Montou, Corbère-les-Cabanes (Pyrénées-Orientales)" en MARTZLUFF, M. (dir.): *Roches ornées, roches dressées*, pp. 353-358.

SAN MIGUEL LLAMOSAS, C. y MUÑOZ, E. (2010): "El Linar" en MALPELO GARCÍA, B. y CASTANEDO TAPIA, I. (coord.): *Las cuevas con arte paleolítico en Cantabria*, Santander, pp. 101-106.

SÁNCHEZ DE PRADO, M. D. (2009): "La vajilla de vidrio durante la Antigüedad Tardía en el *Conventus Carthaginensis*", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología LXXV*, pp. 159-200.

SANCHIDRIÁN TORTI, J. L., MEDINA ALCAIDE, M. A., LIÑÁN BAENA, C., DEL ROSAL PADIAL, Y., COBOS PASTOR, J. M., RUIZ MÁRQUEZ, R. M. y TORRES RIESGO, A. (2017): "Regreso a la cueva de El Morrón (Torres, Jaén): revisión arqueológica treinta y cinco años después de su descubrimiento", *Munibe (Antropologia-Arkeologia) 68*, pp. 85-100.

SANTONJA GÓMEZ, M.; SANTONJA ALONSO, M.; ALCALDE CRESPO, G. (1982): "Aspectos de la ocupación humana antigua del cañón de la Horadada (Palencia)", *Publicaciones de la Institución "Tello Téllez de Meneses" 47*, pp.337-392.

SANTONJA, M. Y MORENO ALCALDE, M. (1991): "Tres pizarras con dibujos de época visigoda en la provincia de Salamanca", *Zephyrus 44-45*, pp. 471-496.

SANZ DE SAUTUOLA, M. (1880): *Breves apuntes sobre algunos objetos prehistóricos de la provincia de Santander*, Santander.

SANZ SERRANO, R. (1986): "La excomunión como sanción política en el Reino Visigodo de Toledo", *Arqueología, Paleontología y Etnografía 4, Los Visigodos y su mundo,* Madrid, pp. 275-288.

SAÑUDO, P., LÓPEZ, J. E. y VERDASCO, C. (2013): "Enterramientos tardoantiguos y primeras ocupaciones islámicas en el Sequer de San Bernat" en FERRER CLARI, A. (dir.): *El yacimiento arqueológico del Sequer de San Bernat,* Alzira, pp. 99-144.

SARABIA ROGINA, P. (2003): "Excavaciones en la fortaleza medieval de la Bolera de los Moros (Piñeres, Peñarrubia, Cantabria). Campaña de 1999", *Sautuola IX*, pp. 341-386.

SASTRE BLANCO, J. C. (2017): *El poblado de El Castillón (Sta. Eulalia de Tábara, Zamora). Contribuciones al estudio de la Antigüedad Tardía en el valle del Esla*, Tesis Doctoral presentada en el Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada, Granada.

SCHMITT, J. C. (1990): *La raison des gestes dans l'Occident médiéval*, Paris.

SCHULTING, R. J. y RICHARDS, M. P. (2002): "Finding the coastal Mesolithic in southwest Britain: AMS dates and stable isotope results on human remains from Caldey Island. South Wales", *Antiquity 76 (294)*, pp. 1011-1025.

SCHULZE-DÖRRLAMM, M. (2007): Ein Silbermedaillon des 9. Jahrhunderts aus Cascais (Portugal): zu den Gürtelschließen vornehmer Frauen im westlichen Mittelmeerraum, *Archäologisches Korrespondenzblatt* 37, 147-159.

SCHULZE-DÖRRLAMM, M. (2008): Zur Nutzung von Höhlen in der christlichen Welt des frühen Mittelalters (7-10 Jahrhundert), *Jahrbuch des Römisch-Germanischen Zentralmuseums 55*, 529-575.

SCHULZE-DÖRRLAMM, M. (2009): *Byzantinische gürtelschnallen und gürtelbeschläge in Römisch-Germanischen Zentralmuseum, Teil II*, Mainz.

SERNA GANCEDO, A. y FANJUL PERAZA, A. (2018): "La Cerrosa (Suarías, Peñamellera Baja). Una sima de la Edad del Hierro", *Asturies. Memoria encesa d´un país 38*, pp. 18-22.

SERNA GANCEDO, M. L., VALLE GÓMEZ, A. y HIERRO GÁRATE, J. A. (2005): "Broches de cinturón hispanovisigodos y otros materiales tardoantiguos de la cueva de *Las Penas* (Mortera, Piélagos)", *Sautuola XI*, pp. 247-277.

SERNA, M. L.; VALLE, A.; OBREGÓN, F.; TOCA, M. A. y GONZÁLEZ, C. (2001): *Las cuevas del valle de Villaescusa*, Santander.

SICARD, D. (1978): *La liturgie de la mort dans l´Église latine des origines à la réforme Carolingienne*, Münster.

SIERRA SAINZ-AJA, A. (2014): *Subsistencia y modos de vida durante la Prehistoria Reciente en Cantabria. Los restos faunísticos y antropológicos del Abrigo de la Castañera*, Trabajo de Fin de Máster defendido en la Universidad de Cantabria, Santander.

SIMPSON, J. (2003): "Soul or walking corpse? Datable Apparitions in Medieval England", *Folklore 114*, pp. 389-402.

SIP (1973): *La labor del Servicio de Investigación Prehistórica y su museo en el pasado año 1971*, Valencia.

SIP (1974): *La labor del Servicio de Investigación Prehistórica y su museo en el pasado año 1972*, Valencia.

SMIT, Z., JEZERSEK, D., KNIFIC, T. y ISTENIC, J. (2009): "PIXE-PIGE análisis of Carolingian period glass from Slovenia", *Nuclear Instruments and Methods in Physics Research B 267*, pp. 121-124.

SMITH, P. y RUIZ COBO, J. (1999): "Avance al Inventario Arqueológico de la Depresión Cerrada de Matienzo", *Sautuola VI*, pp. 243-255.

SMITH, P., RUIZ COBO, J. y CORRÍN, J. (2013): "La cueva de Las Barandas (Matienzo, Cantabria): depósito y muerte", *Sautuola XVIII*, pp. 101-114.

SOFIELD, C. M. (2015): "Living with the Dead: Human Burials in Anglo-Saxon Settlement Contexts", *Archaeological Journal 172-2*, pp. 351-388.

SOLANES POTRONY, E. Y ALÒS TREPAT, C. (2003): "Interpretació de l'aixovar de la necrópolis hispanovisigoda de Palous (Camarasa, la Noguera): apunts sobre l´adobat de pells a l'antiguitat tardana", *Revista d´Arqueologia de Ponent 13*, pp. 345-350.

SOLAUN BUSTINZA, J. L. (2005): *La cerámica medieval en el País Vasco (siglos VIII-XIII). Sistematización, evolución y distribución de la producción*, Vitoria-Gasteiz.

SOLER DÍAZ, J. (2002): *Cuevas de inhumación múltiple en la Comunidad Valenciana*, vol. I, Madrid/Alicante.

SOLER LÓPEZ, M. (2015): *Les excavacions arqueològiques a Puig Rom: estudi dels materials dels anys 1946 i 1947*, Trabajo de Fin de Máster presentado en la Facultat de Lletres de la Universitat de Girona, Girona.

SOLOVIOVA-HORVILLE, D. (2005): "Le chasse aux vampires au XVIIIe siècle" en BONNET-CARBONELL, J. (dir.): *Malmorts, revenants et vampires en Europe,* pp. 299-312.

SOLULAT, J. (2015): "Etude du petit mobilier" en TAN, C. (dir.): *La Croix Caraque, deux aires d´ensilage du milieu du IXeme siècle à la fin du XI eme siècle à Salles-en-Toulon,* Rapport d´Opération d´Archeologie Préventive, vol. 1, pp. 207-218.

SOUTOU, A. (1959): "Les scalptoriums Hallstattiens du Sud-Ouest de la France", *Bulletin de la Société préhistorique de France 56 1-2,* pp. 121-128.

SPYROU, M. A. (2019): *Ancient DNA análisis from three caves sites in Cantabria: Las Penas, Riocueva and La Garma,* Informe inédito.

STOBBE, A., BUJSKIKH, A., RÜHL, L. y SEUFFERT, L. (2019): "An amphora with Millet from the Roman citadel al Olbia Pontica, Ukraine", *Archäologische Berichte 30,* pp. 251-258.

STREHLAU, H. (2018): *Animals in burial contexts. An investigation of Norse rituals and human-animal relationships during the Vendel Period and viking Age in Uppland, Sweden,* Trabajo de Fin de Máster defendido en la Facultad de Arqueología e Historia Antigua de la Universidad de Uppsala, Uppsala.

STUTZ, F. (2000): "L'inhumation habillée à l'époque mérovingienne au Sud de la Loire", *Mémoires de la Société Archéologique du Midi de la France LX*, pp. 33-47.

SUPIOT, J. (1934): "Papeletas sobre orfebrería bárbara: hebillas de cinturón visigodas", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología 2/1,* pp. 43-59.

TAFURI, M. A., CRAIG, O. E. y CANCI, A. (2009): "Stable Isotope Evidence for the Consumption of Millet and Other Plants in Bronze Age Italy", *American Journal of Physical Anthropology 139,* pp. 146-153.

TARACENA AGUIRRE, B. (1927): *Excavaciones en las provincias de Soria y Logroño. Memoria de las excavaciones practicadas en 1925-26,* Madrid.

TAYLOR, A. (2008): "Aspects of Deviant Burial in Roman Britain" en MURPHY, E. M. (ed.): *Deviant Burial in the Archaeological Record*, pp. 91-114.

TEJADO SEBASTIÁN, J. M. (2011): *Arqueología y gestión del territorio en el Alto Valle del Iregua. El castro de "El Castillo de los Monjes" (Lumbreras, La Rioja)*, Tesis Doctoral defendida en la Universidad de La Rioja, Logroño.

TEJEDOR GARCÍA, U., PIÑERO PALACIOS, J. M. y SALINAS VILLEGAS, J. M. (2016): "Excavación y estudio antropológico de la muestra visigoda procedente de la calle Pintor Palomino, 55 (Córdoba)", *Anales de Arqueología cordobesa 27*, pp. 239-266.

TEJERIZO GARCÍA, C. (2015): *Arqueología del campesinado medieval en la cuenca del Duero (ss. V-VIII D.C.)*, Tesis Doctoral defendida en la Facultad de Letras (Departamento de Historia Medieval, Moderna y de América) de la Universidad del País Vasco – Euskal Herriko Unibertsitatea, Vitoria-Gasteiz.

TENTE, C. y CARVALHO, A. F. (2015): "Sepulturas e necrópoles alto-medievais na investigaçao arqueológica portuguesa: metodologias, problemáticas e perspetivas", en QUIRÓS CASTILLO, J. A. y CASTELLANOS, S. (dir.): *Identidad y etnicidad en Hispania. Propuestas teóricas y cultura material en los siglos V-VIII*, Documentos de Arqueología Medieval 8, pp. 125-144.

TIFFAGOM, M. y SANCHÍS SERRA, A. (2008): "Excavaciones arqueológicas en la Cova de l´Assut de Bellús. Primeras valoraciones", *Archivo de Prehistoria Levantina XXVII*, pp. 371-380.

TISSERAND, N. (2010): "Les outils en fer du site de Vertault-*Vertillum* (Côte-D´Or)", *Aspects de l´artisanat en milieu urbain: Gaule et Occident romain*, 28 suppl. À la RAE, pp. 251-265.

TOBALINA PULIDO, L. (2010-2012): "Arqueología del cristianismo de la antigüedad tardía en Cantabria: hacia un estado de la cuestión", *Sautuola XVI/XVII*, pp. 241-262.

TOBALINA PULIDO, L., DUMÉNIL, V. y CAMPO, A. (2015): "Fréquentations des grottes durant l´époque romaine: le cas de la Navarre", *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra 23*, pp. 123-161.

TREINEN-CLAUSTRE, F. (1987): "Fouilles récentes à la grotte de Montou (Corbère-les-Cabanes, Pyrénées-Orientales)", *Etudes Roussillonnaises offertes à Pierre Ponsich*, Perpignan, pp. 83-91.

TRINKAUS, E., BAILEY, S. E. y ZILHAO, J. (2001): "Upper Paleolithic human remains from the Gruta do Caldeirao, Tomar, Portugal", *Revista Portuguesa de Arqueologia 4*, vol. 2, pp. 5-17.

TSALIKI, A. (2008): "Unusual Burials and Necrophobia: An Insight into the Burial Archaeology of Fear" en MURPHY, E. M. (ed.): *Deviant Burial in the Archaeological Record*, pp. 1-16.

URBINA MARTÍNEZ, D. y MORÍN DE PABLOS, J. (2009): "El cerro de La Gavia (Madrid): espacios de producción y transformación agrarias", *Actas de las sextas jornadas de Patrimonio Arqueológico en la Comunidad de Madrid*, pp. 145-161.

URIBARRI, E. (1994): "Dataciones de época histórica en el yacimiento en Cueva de Iritegui (Oñate, Gipuzkoa)", *Munibe (Antropologia-Arkeologia) 42*, pp.147-152.

URIBARRI, E. (1998): "Cueva de Iritegi (Oñati)", *Arkeoikuska 97*, pp. 166-169.

URTEAGA, M. (1985): "Cueva de Iruaxpe III", *Arkeoikuska 1984,* pp. 44-47.

URTEAGA, M. (1986): "Iruaxpe III", *Arkeoikuska 1985,* pp. 48-50.

USCATESCU, A. y RUIZ SOUZA, J. C. (2014): "El occidentalismo de Hispania y la koiné artística mediterránea (siglos VII-VIII)", *Goya 347,* pp. 95-115.

UTRILLA, P., BALDELLOU, V., BEA, M., MONTES, L. y DOMINGO, R. (2014): "La Fuente del Trucho. Ocupación, estilo y cronología" en CORCHÓN, M. S. y MENÉNDEZ, M. (eds.): *Cien años de arte rupestre paleolítico. Centenario del descubrimiento de la cueva de la Peña de Candamo (1914-2014),* pp. 119-132.

UTRILLA, P., LABORDA, R. y SEBASTIÁN, M. (2014): "La reocupación de cuevas prehistóricas del Prepirineo oscense en época romana" en DUPLÁ ANSUANTEGUI, A., ESCRIBAÑO PAÑO, M. V., SANCHO ROCHER, L. Y VILLACAMPA RUBIO, M. A. (eds.): *Miscelánea de estudios en homenaje a Guillermo Fatás Cabeza,* Zaragoza, pp. 693-704.

VALDÉS, L. G. (1982): "El jarro hispanovisigodo de Mañaria (Vizcaya)", *Acta Historica et Archaeologica Medieaevalia 3,* pp. 145-154.

VALDÉS, L., PUJANA, I., REINA, J. y MUÑOZ, R. (2010): "Monasterio de Suso. Actuaciones año 2000", *Estrato 12,* pp. 102-109.

VALLE GÓMEZ, A. y SERNA GANCEDO, M. L. (2004): "El yacimiento arqueológico de la cueva de Las Penas o Los Perros I (Mortera, Piélagos). Un avance a su estudio", *Guía patrimonial de La Picota,* pp. 49-86.

VALLE, M. A.; MORLOTE, J M.; SERNA, A. y MUÑOZ, E. (1998): "La cueva del Portillo del Arenal (Velo, Piélagos, Cantabria). El contexto arqueológico de las manifestaciones esquemático-abstractas", *En el final de la Prehistoria. Ocho estudios sobre Protohistoria de Cantabria,* pp.33-80.

VALLÉE, A. (2016): "La pratique funéraire du dépot de seaux en bois à la période mérovingienne: un état de la question en Gaule du Nord-Ouest", *Archéologie Mediévale 46,* pp. 33-56.

VAN DEN EYNDE, E. (1985): "El tránsito a la Edad Media" en GARCÍA GUINEA, M. A. (1985): *Historia de Cantabria: Prehistoria, Edades Antigua y Media,* pp. 277-286.

VAN DEN EYNDE, E. (1986): "Tipologías hispanovisigodas en yacimientos de la repoblación cantábrica", *Actas del I Congreso de Arqueología Medieval Española Vol. II,* pp. 297-304.

VAQUERIZO GIL, D. (2014): "*Mortes singulares* y miedo a los muertos en el mundo romano. Reflexiones, indicios, escatología" en NEIRA JIMÉNEZ, L. (ed.): *Religiosidad, rituales y prácticas mágicas en los mosaicos romanos,* pp. 211-246.

VARA IZQUIERDO, C. y MARTÍNEZ PEÑARROYA, J. (2015): "Primeros indicios de la necrópolis hispanovisigoda de El Soto (Illana, Guadalajara)", *Boletín de la Asociación de Amigos del Museo de Guadalajara 6*, pp. 31-56.

VARGHA, M. (2017): "Deviant burials in rural environment in the High Middle Ages. Ritual, the lack of ritual, or just another kind of it?" en BIS-WORCH, C. y THEUNE, C. (eds.): *Religion, cults & rituals in the medieval rural environment*, pp. 271-280.

VEGA MAESO, C., CARMONA BALLESTERO, E., SIERRA SAINZ-AJA, A. y MARÍN ARROYO, A. B. (2016): "El Abrigo de la Castañera (Cantabria, Spain): A Chalcolithic cattle stable?", *Quaternary International 414*, pp. 226-235.

VELÁZQUEZ, I., LOZA, M. y NISO, J. (2017): "Una posible cristianización del mito de Teseo representada en una *cochlear* hallada en la Iglesia de San Martín de Dulantzi (Alegría-Dulantzi, Álava)", *EVPHROSINE XLV*, pp. 539-561.

VIDAL, A. y ALEGRIA W. (2015): "El jaciment de La Roureda de La Margineda (Andorra la Vella): un model de poblament medieval als Pirineus", *Actes del V congrés d´Arqueologia medieval i moderna a Catalunya, vol. II*, pp. 759-772.

VIGIL-ESCALERA GUIRADO, A. (2009a): *Escenarios de emergencia de un paisaje social y político altomedieval en el interior de la Península Ibérica durante la quinta centuria: cerámica, necrópolis rurales y asentamientos encastillados*, Tesis Doctoral inédita defendida en la Facultad de Letras de la Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea, Vitora-Gasteiz.

VIGIL-ESCALERA GUIRADO, A. (2009b): "Las aldeas altomedievales madrileñas y su proceso formativo" en QUIRÓS CASTILLO, J. A. (dir.): *The archaeology of early medieval villages in Europe*, Documentos de Arqueología e Historia 1, pp. 315-340.

VIGIL-ESCALERA GUIRADO, A. (2012): "El papel de las comunidades rurales (entre bárbaros y campesinos)" en EBANISTA, C. y ROTILI, M. (dir.): *La trasformazione del mondo romano e le grandi migrazioni. Nuovi popoli dall´Europa settentrionale e centro-orientale alle coste del Mediterraneo*, pp. 75-88.

VIGIL-ESCALERA GUIRADO, A. (2013a): "Comunidad política aldeana y exclusión. Una revisión de las formas de inhumación altomedievales (ss. V-VIII d.C.)", *Reti Medievali Rivista 14-1*, pp. 1-39.

VIGIL-ESCALERA GUIRADO, A. (2013b): "Prácticas y ritos funerarios" en QUIRÓS CASTILLO, J. A. (ed.): *El poblamiento rural de época visigoda en Hispania. Arqueología del campesinado en el interior peninsular*, pp. 259-288.

VIGIL-ESCALERA GUIRADO, A. (2013c): "Ver el silo medio lleno o medio vacío: la estructura arqueológica en su contexto" en VIGIL-ESCALERA GUIRADO, A., BIANCHI, G. y QUIRÓS CASTILLO, J. A. (eds.): *Horrea, barns and silos. Storage and*

incomes in Early Medieval Europe, Documentos de Arqueología Medieval 5, pp. 127-144.

VIGIL-ESCALERA GUIRADO, A. (2018): "La producción y el consumo de cerámica en el campo y la ciudad del centro de Hispania en época visigoda (siglos VI-VII d.C.): ¿dos modelos o un sesgo analítico" en MARTÍN VISO, I., FUENTES MELGAR, P., SASTRE BLANCO, J. C. y CATALÁN RAMOS, R. (coord.): *Cerámicas altomedievales en Hispania y su entorno (siglos V-VIII d. C.)*, pp. 15-38.

VIGIL-ESCALERA, A. (2009b): "Sepulturas, huertos y radiocarbono (siglos VIII-XIII D. C.). El proceso de islamización en el medio rural del centro peninsular y otras cuestiones", *Studia Historica, Historia medieval 27*, pp. 97-118.

VIGIL-ESCALERA, A. (2011): "Is it really relevant the ethnicity of our historical subjects?" en QUIRÓS CASTILLO, J. A. (coord.): *Dossier Archaeology and ethnicity. Reassessing the "Visigothic necropoleis", Arqueología y Territorio Medieval 18*, pp. 45-53.

VIGIL-ESCALERA, A. (2016): "Invisible social inequalities in early medieval communities: the bare bones of household slavery" en QUIRÓS CASTILLO, J. A. (ed.): *Social Complexity in Early Medieval Rural Communities. The North-Western Iberia Archaeological Record*, pp. 113-123.

VILASECA ANGUERA, S. (1952): "La Coveta de l´Heura, de Ulldemolins (provincia de Tarragona)", *Ampurias XIV*, pp. 121-130.

VILLAR VIDAL, J. A. y DOCAMPO ÁLVAREZ, P. (2003): "El Fisiólogo latino: versión B. 2. Traducción y comentarios", *Revista de Literatura Medieval 15-2*, pp. 105-157.

VILMOS, K. (2005): "Mort traditionelle et mort accidentelle en Roumanie" en BONNET-CARBONELL, J. (dir.): *Malmorts, revenants et vampires en Europe*, pp. 49-72.

VIVES i DOMÈNEC CAMPILLO, E. (1995): "Les restes antropològiques del periodo històric a la Balma de la Margineda" en GUILAINE, J. y MARTZLUFF, M. (eds.): *Les excavacions a la Balma de la Margineda (1979-1991)*, Volum I, pp. 108-111.

VIZCAÍNO SÁNCHEZ, J. (2007): *La presencia bizantina en Hispania (siglos VI-VII). La documentación arqueológica*, Antigüedad y Cristianismo. Monografías históricas sobre la Antigüedad Tardía XXIV, Murcia.

VIZCAÍNO SÁNCHEZ, J. (2007b): "Elementos de indumentaria y adorno personal procedentes de los niveles tardíos de las excavaciones del teatro romano de Cartagena. Etapa bizantina (I)", *Mastia 6*, pp. 11-36.

VVAA (1987): *Carta Arqueológica de Álava 1 (hasta 1984)*, Instituto Alavés de Arqueología, Vitoria-Gasteiz.

VVAA (2010): *Museo de Prehistoria y Arqueología de Cantabria. Colecciones de reserva: una historia de la cultura material*, Santander.

VVAA (2014): *La Cova dels Diablets (Alcalà de Xivert, Castelló). Prehistòria a la Serra d´Irt*a, Castellò.

WALTON ROGERS, P. (1997): "Textile Production at 16-22 Coppergate" en ADDYMAN, P. V. (ed.): *The Archaeology of York. Volume 17: The Small Finds*, pp. 1687-1875.

WATTS, S. (2012); *The Structured Deposition of Querns: The Contexts of Use and Deposition of Querns in the South-West of England from the Neolithic to the Iron Age*, Tesis Doctoral inédita defendida en la Universidad de Exeter, Exeter.

WATTS, S. (2014): "The symbolism of querns and millstones", *AmS-Skrifter 24*, pp. 51-64.

WERNARD, J. (1998): "*Hic scramasaxi loquuntur*", *Germania 76-2*, pp. 747-787.

WERZ, K. (2005): *"Sogenanntes Koptisches" buntmetallgeschirr*, Konstanz.

WILLIAMS, H. (1997): "Ancient Landscapes and the Dead: The Reuse of Prehistoric and Roman Monuments as Early Anglo-Saxon Burial Sites", *Medieval Archaeology XLI*, pp. 1-32.

WILLIAMS, H. (2006): *Death and Memory in Early Medieval Britain*, Cambridge.

YLL y AGUIRRE, R. (2010): *Roc del Migdia. Memoria de la intervenció 2004*, Barceolona.

YLL, E. I., WATSON, J. y PAZ i MARTÍNEZ, M. A. (1994): "Les darreres excavacions al Roc del Migdia (Vilanova de Sau, Osona): estat de la qüestió i noves perspectives", *Tribuna d´Arquelogia 1992-93*, pp. 15-24.

YLL, E. I., WÜNSCH, G. y GUILLAMON, C. (1986): "Metodologia instrumental per a l´estudi de sepultures mesolítiques (Roc del Migdia, Vilanova de Sau. Osona", *Cota zero 2*, pp. 14-19.

ZEISS, H. (1934): *Die Grabfunde aus dem spanischen Westgotenreich*, Berlín.

ZILHÃO, J. (1992): *Gruta do Caldeirao. O Neolítico Antigo*, Trabalhos de Arqueología 6, Lisboa.

Fuentes:

Ravennatis Anonymi Cosmographia et Guidonis Geographica, Ed. M. PINDER y G. PARTHEY (1860).

Isidori Hispalensis Etymologiarum Sive Originum Libri XX. Ed. J. OROZ y M. A. MARCOS (1982)